

Stefan Zweig

Diarios

EDICIÓN DE KNUT BECK

PREFACIO DE MAURICIO WIESENTHAL

TRADUCCIÓN DE TERESA RUIZ ROSAS

Mittwoch 27 Allerheiligabend. M.A. avanciert. Nachmittags Lippenberg, sehr gut angekommen. Wir bringen alle Dinge recht auf glück: ich habe das Gefühl, dass er über die Situation optimistischer steht als er über sich selbst: vollends mit der Nebenarbeit. Aber wenn er alles in Ordnung bringt dann gut

Dienstag Lippenberg bei abends, das erste Mal. Dann recht müde, gerade dann ich noch die Haltung des Rabbiners ertragen

Freitag 29 Sofort wieder weitergearbeitet, ich kann nicht so viel tun, als ich wollte, die Hoffnungen sind größerer Umfang und wir will es genossen und genossen



Acceso
Abierto

DIARIOS

STEFAN ZWEIG

EDICIÓN DE KNUT BECK

PREFACIO DE
MAURICIO WIESENTHAL

TRADUCCIÓN DEL ALEMÁN
DE TERESA RUIZ ROSAS



ACANTILADO
BARCELONA 2021



TÍTULO ORIGINAL

Tagebücher

Publicado por
ACANTILADO
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 – 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 1976 by Atrium Press Limited

Esta obra ha sido negociada a través de International Editors'Co Agencia Literaria

© del prefacio, 2021 by Mauricio Wiesenthal González

© de la traducción, 2021 by María Teresa Otilia Ruiz Rosas Catteriano

© de esta edición, 2021 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-18370-50-2

PRIMERA EDICIÓN DIGITAL

julio de 2021



Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

[-] Este símbolo indica una inserción o una anotación al margen en una página del diario.

‡ Este símbolo indica personajes, obras o situaciones sobre los que no ha sido posible encontrar información.

[=] Junto a la fecha apuntada por Zweig, se indica la correcta entre corchetes y precedida del signo igual.

MEMORIAL ZWEIG

Hay obras cuya aparición es una fiesta. Sólo cabe celebrarlas, y más cuando se publican en una editorial que atesora un catálogo nutrido y selecto de clásicos y de grandes autores contemporáneos, como es el caso de Acantilado: referencia fundamental en la bibliografía de Stefan Zweig.

Además de su obra genial como narrador, celador de la memoria de nuestros maestros, pensador libre, guía excepcional de la cultura, degustador de la vida y cautivador ensayista, nadie ha superado a Zweig en la tarea de interpretar la historia de Europa en la primera mitad del siglo XX, porque sus libros autobiográficos (memorias, ensayos y estos *Diarios* que ofrecemos ahora en lengua española) no sólo nos cuentan lo sucedido, sino que además *nos permiten compartirlo*.

Desde su creación, Acantilado se propuso el difícil reto de recuperar la obra de Zweig, dotándola de renovada presencia y apoyándola en mayor rigor crítico para beneficio de los bibliófilos y disfrute de los lectores. Hemos celebrado así la aparición de tantas obras famosas o incluso inéditas del gran maestro europeo, en un caudaloso río que sigue y seguirá fluyendo—pues nuestro autor fue prolífico—en versiones fieles, corregidas y revisadas, ofrecidas en traducciones magistrales, y acompañadas de anotaciones y estudios que nos descubren secretos inesperados de la obra y la vida de su autor.

Stefan Zweig, el humanista, el descubridor de vidas olvidadas, el poeta de Europa, el luchador de la libertad, el maestro de la memoria de nuestra cultura y el faro de tantas generacio-

nes que tenemos con él una deuda impagable fue el último creador de mitos en una época donde todavía se podía ocultar—no ignorar—una parte de la realidad: una tarea homérica que hemos perdido en este tiempo decadente, sometido a la violencia dogmática y chulesca de unos ignorantes que pretenden saberlo todo. Se pierde así la sabia cautela de embellecer y humanizar las cosas y los hechos, olvidando que las vidas necesitan ser amparadas y las verdades requieren sereno reposo en el consuelo del espíritu, en la literatura, en el arte y en la belleza. La filosofía es búsqueda aplicada, curiosa, anhelante y sensible de la realidad, y los antiguos griegos nos enseñaron a perseguir ese desvelo (ellos lo llamaban *alétheia*). Aprendí en Zweig el gusto por estas palabras que tienen en un idioma muchos niveles de interpretación porque crean «veladuras» (sigamos poniendo velos) y son más artísticas y literarias, como este término *desvelo* que puede significar lo mismo ‘insomnio’ que ‘anhelo’, o también ‘atención’ y ‘acto de quitar un velo’ (*desvelar*). Por eso la sabiduría decae y desfallece en épocas como la nuestra, atolondrada y soberbia, en la que unos corsarios sin ley creen posible conquistar el cielo arrancando los velos y asaltando a los dioses, y especialmente a las diosas, porque son las mujeres quienes guardaron y sublimaron el poder de los velos (urdimbres y tramas, luces y sombras, distancias y fugas, lunas y estrellas).

De una guisa más brutal y cruda fueron siempre los bárbaros: matones que destruían todo lo civilizado porque eran incapaces de entender que el misterio y el mito deben celarse en seguro templo, e ignoraban que el respeto de lo bello no debe ser profanado ni violado, aun cuando los seres humanos—los hijos de Prometeo—conozcamos una verdad más blasfema y ardiente y sepamos dónde está el fuego.

Los pueblos cultos de la Antigüedad sabían, por el contrario, que la cultura, el culto y el arte exigen también ficción, y por esa razón—pura razón—una diosa seguía siendo virgen, aun-

que un bruto como Vulcano presumiese de acostarse con ella. La vida tiende al pudor, condición que es incluso visible en el estudio de la naturaleza, en las más bellas estructuras cristalográficas (escondidas en honda mina), en los ritos animales de exhibición que muestran el buche o la pluma y juegan a la danza—dilatando el momento del sexo—y en las formas nucleares de la biología, protegidas por membranas y fluidos que mantienen en torno a la célula una armonía de presiones y tensiones.

A la «era de la sospecha» que vivió Zweig ha seguido en el siglo XXI el tiempo del derribo, la denuncia y la acusación. No puede revelarse ninguna sabiduría ni belleza en la violencia y la violación, porque el placer de descubrir exige traspasar con vigilancia el manto del amor (*filo-sofía*), el velo de la piedad, la gasa de la clemencia y la materia del vestido con todos sus adornos, cortes, encajes y brillos. Desvestir no es desnudar. Se necesita un conocimiento universal de la cultura para situar a los hombres y los hechos en su entorno, valorándolos en todas sus dimensiones.

Para entender a un autor tan complejo como Zweig—pese a la aparente sencillez de su estilo, que forma parte de sus modales de cortesía—se necesita conocer ampliamente su obra, pues escribió sobre temas muy variados que reclaman amplia curiosidad intelectual y buena formación cultural en el lector.

La primera cúpula de este «Memorial Zweig» que levantó Acantilado fue la definitiva edición en español de *El mundo de ayer. Memorias de un europeo*. La habían precedido ya varias obras de Zweig y seguirían muchas otras, contando también con estudios colaterales, correspondencia y testimonios de sus amigos, pues la idea de construir conjuntos culturales coherentes—una Biblioteca para grandes lectores, bibliófilos y estudiosos—ha sido uno de los valores distintivos de la editorial.

Se culmina hoy una etapa fundamental en la construcción del «Memorial Zweig» al publicar en lengua española los *Diarios* del autor: un tesoro que, tras años de traducción, documenta-

ción y trabajo, constituye otra de las torres de este monumento. Gracias a un equipo selecto se ha logrado llevar a término la valiosa tarea. Y es justo decir que ningún lector en lengua española puede hoy conocer rigurosamente a Zweig sin acceder a este gran memorial.

Mejor que con palabras cabría acompañar con música estos *Diarios* (un *kadish* funeral, siendo Zweig judío), o un cortejo que proclamase la única *verdad* humanista: «¡Ha vivido, ha vivido!», como gritaban los antiguos griegos en los entierros de sus héroes. Más allá del respeto—forma irrefutable de la poesía—, acepto el honroso papel de último escolta en la edición de estos *Diarios*, sólo porque así me es dado acompañar a los que quieran seguir sus huellas. Es muy curiosa y reveladora «la lectura a la inversa» de unos *Diarios*. Lo importante para el lector es llegar a conocer bien al autor, y tanto vale encontrarlo de ida como de vuelta.

El diario nos otorga un privilegio cuando nos permite situarnos junto al autor y seguir el cauce de su vida. El ensayo biográfico, la literatura epistolar, la autobiografía y las memorias no ofrecen esta prebenda ni este provecho, ya que nos lo dan todo interpretado, seleccionado, armado y vertebrado, digerido y filtrado por el autor. En suma, los *Diarios* ofrecen abundante juego y disfrute, más amplio campo de intriga, más posibilidades de descubrimiento, mayores opciones de interacción en la lectura y muy variada diversión para el lector, dado que éste puede participar en la trama. Hasta las notas que acompañan al texto en este magistral trabajo de edición son divertidas y sustanciosas. Cada detalle nos permite adivinar, predecir y pensar el transcurso de una vida, sabiendo ya el desenlace que no conocía el propio autor. Conocemos incluso los nombres de los «asesinos» en este *thriller* vertiginoso y escalofriante de la vida de Zweig. ¡Magnífico y genial *spoiler*, como dirían hoy los aficionados al cine!

Uno de los encantamientos que ofrecen los libros es que tienen una lectura diferente en cada tiempo, según la época y la hora en que los aborda el lector. Los *Diarios* de Zweig son para nosotros más interesantes en este momento del siglo XXI que cuando el autor los escribió desde 1912 a 1940. Hoy pueden leerse como un viaje al pasado, y eso los hace novelescos, curiosos, entretenidos y tan reveladores. Estas páginas ofrecerán un disfrute maravilloso a quienes hayan leído *El mundo de ayer*, las *Cartas* de Joseph Roth, la *Correspondencia* de Friderike Zweig, y a cuantos conozcan la vida y la obra del autor. Los lectores podrán compartir activamente la lectura de estas páginas—igual que el coro de la tragedia griega recitaba sus advertencias y lamentos a medida que se desarrollaba el drama—, observando cómo nuestro personaje se dirige inexorablemente hacia su *fatum*.

¿Cómo un hombre nacido en un tiempo feliz, y en una familia privilegiada por la fortuna, pudo perderse en un final tan dramático? Pero también, ¿cómo un carácter tan tímido y pesimista fue capaz de ser el nudo de relación de tantos seres humanos, creando un culto a la amistad y a la lealtad como el que unió a los amigos de Zweig? Y ¿hasta qué punto las circunstancias adversas y los vientos contrarios no son los que empujan precisamente el ánimo de los grandes navegantes y de los adelantados de la ciencia y de la cultura, a los que Zweig dedicó tanta atención y páginas deslumbrantes?

En estos *Diarios sentimos* cómo el avance del sectarismo y de la razón fanática (tan terrible es la razón encadenada como el delirio del loco) iba acorralando y flagelando a este escritor humanista que intentaba crear *contra su tiempo* una obra sublime de tolerancia y comprensión, continuadora del testamento que nos legaron sus maestros Erasmo y Montaigne. El estruendo de su propio tiempo—gritos autoritarios, pronunciamientos, camisas negras, banderas rojas, cruces gamadas y bombardeos—le obligó a veces a levantar su tono, de natural sensato y moderado,

llevándolo hasta el manifiesto más enérgico, como había hecho ya su amigo Romain Rolland en *Más allá de la contienda*. Hay que comprender que en el vendaval de locura que le tocó vivir no había trinchera ni tregua: ni las víctimas podían escapar de los verdugos, ni los libros se salvaban de las hogueras, ni las catedrales más nobles y hermosas del Viejo Continente se libraban de los bombardeos.

Los lectores más fieles de Zweig que han leído y releído *El mundo de ayer* no sólo conocen ya su destino y su fin, sino que lo han acompañado en sus lúcidas opiniones, en su lucha humanista, en sus evocaciones de los escenarios felices que contemplaba con romántica melancolía, y también en sus tenebrosas inquietudes de profeta *jeremiaco* que—desgraciadamente—siempre acertaba.

Las memorias y los *Diarios* de Zweig tienen precisamente el valor de que no son un simple relato descriptivo, sino también un retrato de su época: un cuadro pintado con la subjetividad y la pasión de un artista, pero también con la autoridad de un intérprete que vivió en primera línea los acontecimientos. Sus libros no podían estar escritos de otra manera, porque siendo un humanista no fue un *sadhu* pacifista y contemplativo, sino un hombre de combate—declarado enemigo de la violencia—y un sublime escritor dotado de fulgurante curiosidad y cultura.

Las páginas autobiográficas de Zweig nos seducen siempre con su pasión y su energía narrativa, pues ofrecen una visión original de su tiempo que hoy nos parece más actual que cualquier versión escolástica. No pretenden ser tarea erudita de un historiador oficial, y eso precisamente salva y enaltece su valor literario, las libera de las opiniones políticamente correctas que atan a los burócratas de la cultura, las enriquece con su *pathos* artístico y las integra, por derecho propio, en el género *ensayo*. Montaigne y Chateaubriand ilustraron brillantemente ese mismo estilo de escribir unas «memorias ensayadas».

Stefan Zweig escribió «en el pórtico de los gentiles» y esa independencia (no se olvide que la idea obsesiva que guía su vida es la búsqueda de su libertad) le permitió ser un excelente biógrafo—escándalo a veces de eruditos y clérigos—porque sabía, como nadie, revelar a sus personajes desde un tono literario y artístico, sin renunciar al rigor que debe exigirse a un género que no está basado en la fantasía sino en la crónica bien documentada de una vida en su espacio y en su tiempo.

Hemos dicho que Zweig, como los antiguos maestros griegos, gustaba de mezclarse con su auditorio y con sus discípulos, pero, en su tono y en su estilo, va siempre vestido con la toga de la cultura y con su bastón de peregrino. Nada más propio de un peregrino que escribir unos *Diarios*. La palabra *día* tiene variados sinónimos en la lengua española y significa lo mismo ‘jornada’ que ‘camino’ y ‘viaje’. Por eso me gustaría que el lector recapacite al acabar—o al empezar—la lectura de estos *Diarios*, y se pregunte si este libro no podría definirse como un fabuloso *camino* que se extiende por la segunda mitad de la vida de Zweig y nos ofrece distintos paisajes; tantas historias y experiencias como el más apasionante de los viajes, ya que el autor era además un gran viajero.

En contante y sonante castellano se llamaba *dieta* al ‘camino que puede andarse en un día’. Y, aún, seguimos llamando *dieta* al estipendio que se cobra para los gastos de viaje. Pero, con el tiempo, la palabra *dieta*, arrinconada en el cofre de los arcaísmos, fue sustituida por el italianismo *jornada*, del toscano *giornata* y, este vocablo a su vez, de *giorno* (*día*). «El salir de la posada es la mayor jornada», leemos en el *Tesoro* de Alonso de Covarrubias. Era un proverbio usual entre los españoles del Siglo de Oro que sabían bien lo difícil que es partir y los compromisos y excusas que nos cortan las alas cuando queremos librarnos de las limitaciones del localismo y de sus patios de vecinos. Estos *Diarios* de apasionante y aleccionadora lectura están escritos

por un hombre que tuvo el valor de asumir los riesgos y costes de su viaje, sus jornadas y sus dietas. Por eso su vida fue tan rica en experiencia y le permitió crear una obra maestra más auténtica e interesante que las «lecciones» de esos desagradables moralistas que sermonean virtudes de forma hipócrita y condenan los errores ajenos sin haber salido de sus prejuicios locales.

Un diario es un itinerario, o también lo que los antiguos griegos llamaban un *método* (*métodos*, ‘camino para progresar’). Para todos aquellos que quieren iniciarse en una sabiduría honda no hay mejor método que andar la vida—ordenada en etapas—y eso precisamente es la esencia de un diario y la experiencia que nos ofrece esta obra, meticulosa recopilación de los cuadernos donde Stefan Zweig dejó el testimonio de sus gestas y sus andanzas (¡qué oportuna suena aquí la referencia quijotesca!).

No podemos soslayar la referencia al lenguaje profético y bíblico al adentrarnos en los *Diarios* de Stefan Zweig, descendiente de judíos austríacos e italianos. Uno de los aspectos característicos de su estilo y de su literatura es precisamente la fuerza que adquieren en su obra los símbolos. Cada palabra que, en cualquier otro autor, podría tener sólo un significado utilitario—sometida a una definición de léxico y limitada por un discurso racionalista—, alcanza en su pluma una reverberación moral. Este descendiente de hebreos, educado en la memoria y en la nostalgia de la diáspora, sabe pasar así del tono poético y místico del Cantar de los Cantares a las descripciones novelescas del Éxodo o a los comentarios minuciosos y obsesivos del Levítico, pero siempre lo que dice tiene diferentes niveles de lectura, y el último y superior de esos grados es mágico. De ahí que el lector deba andar con cautela en esta rutina aparente de las jornadas de los *Diarios*, no sea que se le escape un mensaje que el autor esconde intencionadamente en un tono sencillo. Hasta las vidas de sus personajes—a veces unos amigos en conversación—aparecen interpretadas en su significado más apocalíptico y

universal, igual que ocurre en la Biblia, de forma que una reina, un delator, un asesino, un descubridor, un poeta, un sabio, un cobarde o un amante no son sólo personajes de una hora y una escena, sino signos y señales de la historia de la humanidad. Una frase cualquiera se puede leer siempre a la luz de una revelación profética, y por eso la obra de Stefan Zweig tiene ese valor único de narrar el mundo de ayer y aparecer como una revelación en el mundo de hoy o de mañana.

También hay que decir que los amigos de Zweig no son *cualquier cosa* (ningún ser humano, oscuro o célebre, bueno o malo, es cualquier cosa) y por estas páginas pasan nombres y vidas inolvidables, como Richard Strauss, Romain Rolland, Émile Verhaeren, Rainer Maria Rilke, Hermann Bahr, Hugo von Hofmannsthal, Jakob Wassermann, Alma Mahler, Franz Werfel, Arthur Schnitzler, Arturo Toscanini, Sigmund Freud, Bruno Walter y tantos otros; grandes músicos, directores de orquesta, escritores, bibliotecarios, anticuarios y libreros, directores de escena, actrices, todos ellos descritos en su entorno íntimo y familiar, sin pedantería ni pretensión académica, sino sorprendidos en la fabulosa comedia de costumbres de la vida diaria. Y el lector echará probablemente de menos la presencia de otros personajes: Paul Valéry, Maksim Gorki, Julien Cain o René Fülöp-Miller, a los que Zweig trató y conservó dentro de su círculo más cercano y querido. Algunos amigos tan importantes, como Joseph Roth o Ernst Toller, apenas reciben aquí una cita necrológica. Desaparecieron de esta pintura intimista que tiene una luz hogareña de maestro flamenco, aun cuando todos ellos están bien presentes en el escenario más dramático y teatral de *El mundo de ayer*.

Al acompañar y celebrar la edición de estos *Diarios* de Stefan Zweig, no puedo dejar de rememorar los largos y difíciles itinerarios que recorrí, desde que era un muchacho, para conocer a los amigos que habían sobrevivido a mi maestro y que podían

darme noticias suyas y facilitarme direcciones que me permitieran seguir sus huellas. Hoy podría llamarlas «Peregrinaciones en busca de los santos de mi calendario», como le gustaba decir a Zweig, repitiendo una expresión de nuestro común amigo Jules Romain. No olvido el pueblecito del Valle del Loira donde este autor hoy olvidado—aunque bien recordado en estos *Diarios*—había escrito *Los hombres de buena voluntad* y otros ensayos y novelas. Cuando llegué a conocerle ya tan sólo escribía artículos, pero ofrecía a sus huéspedes los vinos de sus viñedos, blancos ligeros y perfumados que olían como el albaricoque y que, en las añadas más ácidas o descarnadas, yo me esforzaba en comparar con el perfume limpio de los limones.

La trama de los amigos de Zweig era como un firmamento estrellado donde uno podía perderse en un sueño cósmico. Aquí tiene el lector esos nombres, aunque ya no pueda sentir su voz. Recuerdo los ratos inolvidables que pasé con Richard Friedenthal, compañero de las últimas horas de Zweig, y «heredero literario» de parte de su legado, pues acabó como pudo la incompleta versión de *Balzac* que dejó Zweig al morir, y editó algunos originales de estos *Diarios*. Con él pude evocar y conocer detalles significativos de los días del exilio de Stefan y de Lotte, su segunda mujer. ¡Tantos viajes y encuentros quizá expliquen por qué ahora las páginas de estos *Diarios* me parecen un paseo por las sombras y no de la mano de Virgilio ni de Beatrice, sino de Stefan Zweig!

Con Anna Freud—en su acogedora casa londinense de Maresfield Gardens, 30, tan llena de la presencia de su padre—compartí no pocos recuerdos de la relación entre el doctor Sigmund Freud y Zweig, amistad que fue en un principio distante y difícil, hasta convertirse en la relación fiel de exiliados que unió a los dos en Inglaterra. *Allien enemy*, se leía en el salvoconducto que les permitía vivir, en continuo estado de alarma y sospecha, como «enemigos extranjeros». Anna me enseñó los libros que le había dedicado Lou Salomé, a la vez que me dio

datos muy personales que me ayudaron luego al escribir mi biografía de Rilke y enriquecerla con datos muy inéditos (*Rainer Maria Rilke. El vidente y lo oculto*, Barcelona, Acantilado, 2015).

Era sólo un muchacho de veintitrés años cuando viajé a Berlín para poder entrevistar a Ernst Feder, el escritor socialista que estaba entonces muy olvidado. Con él pude hablar de los tiempos que vivió en Petrópolis y de las partidas de ajedrez que jugaba en la veranda de la casa, en la *rua* Gonçalves Dias, 34. Se les hacía de noche y, muchas veces, Zweig y Lotte acompañaban al matrimonio Feder hasta su vivienda. Fue Ernst Feder quien me contó cómo Zweig pudo haberse refugiado en Colombia en aquellos años difíciles del exilio, cuando no se sabía si el gobierno de Brasil tomaría el derrotero de los nazis en los vaivenes de la política endiablada. Quizá la decisión de quedarse encerrado en el jardín mágico de Petrópolis propició su final dramático y el de su pareja que le acompañó en el último viaje. Muchas veces he pensado que las razones de su muerte trágica formaban parte de ese azar que los griegos llamaban la *moira* y el *kairós*: el hado y el destino inescrutable de los seres humanos.

Pero, entre las cartas que Zweig recibió en sus últimos días, Feder me habló de una que me conmovió. Se la enviaba Germán Arciniegas, un amigo colombiano al que había conocido en un viaje a América: uno de los más grandes humanistas que ha dado la cultura latinoamericana. Stefan Zweig quedó fascinado por el mundo mágico de Arciniegas y por su forma de narrar, humanista y culta, pero no desencantada al modo europeo, sino brillante y seductora como la de los grandes escritores de América. Inmediatamente, se sintieron atraídos el uno por el otro, porque compartían los mismos héroes, como Montaigne, Magallanes o Américo Vespucio. Arciniegas, que tenía entonces cuarenta años, hablaba con tiempos verbales activos y futuros, o con proposiciones perifrásticas: «va a ser», «llegará a ser», «tendrá que ser», «habrá de ser»... Era un hombre lleno de voluntad y esperanza. Y Zweig hablaba sólo en pasiva, en condi-

cional y en pretérito. Tenía sesenta años y pocas fuerzas para proseguir un camino que, en aquel momento, era tan duro para un escritor europeo: liberal, humanista y, además, de origen judío. Nuestra Europa comenzaba ya a ser sólo pasado.

Rebelándose contra el imperialismo y la colonización anglosajona, Arciniegas defendía la identidad de la cultura hispanoamericana. Los latinos no podemos resolver nuestros problemas con los reglamentos pragmáticos de las instituciones germánicas o anglosajonas. Necesitamos ofrecer a nuestros pueblos un proyecto mágico y moral, proponiéndoles ideales que les despierten el *pathos* individual y social: entusiasmo, fascinación y fe. Ésa es justamente la herencia que la cultura europea recibió de la antigua escuela clásica, griega y latina: ideas que sobrevivieron en Europa hasta que el racionalismo y el materialismo socavaron los fundamentos idealistas de nuestra tradición. Germán de Arciniegas acababa de ser nombrado Ministro de Educación de Colombia. Y, en su carta, le ofrecía a Zweig la hospitalidad de iniciar una nueva vida en su país: un pueblo libre y culto, entre gente amiga.

Años más tarde me invitaron a pronunciar una charla en la Feria del Libro de Bogotá y se me ocurrió comenzar evocando esta historia. Fue entonces cuando, en medio del auditorio, se levantó un joven, se adelantó hacia el estrado donde yo hablaba —provocando mi desconcierto, pues pensé que había ofendido a alguien— y me dijo: «¡Profesor!, soy un discípulo de Don Germán de Arciniegas, estuve junto al lecho de muerte de mi maestro cuando falleció hace pocos años y debo darle un abrazo por habernos traído a Colombia la memoria de unos hechos que desconocíamos y pueden enorgullecernos, porque somos un país hospitalario, nos alegramos de que un colombiano tendiese una mano a un hombre perseguido y acorralado, y nada nos hubiera honrado más que dar asilo entre nosotros a Stefan Zweig, el gran humanista».

Y comprended por qué evoco con emoción este tema al comentar la nueva edición de los *Diarios*. Estas páginas se detienen en 1942, justo al borde del abismo de los últimos años de Zweig, quien ya no tuvo fuerzas para aceptar la invitación de Arciniegas. Pero puedo deciros que, la última noche que apagó la luz en su veranda de Petrópolis, antes de dejarnos para siempre, le dijo a su mujer y a su amigo Feder, con quien acababa de jugar una partida de ajedrez: «¿No deberíamos aceptar la invitación de Germán de Arciniegas y visitar Colombia?». Su mujer, Lotte, ya enferma y cansada, le dijo que no. Era una maravillosa noche de verano. Y así desapareció para siempre en las estrellas. Las mariposas grandes, con su vestido de Carnaval, volaban en la noche brasileña buscando una mañana nueva.

La inmensa red de estrellas que encontré siguiendo a mi maestro no se acaba aquí ni podría describirla en mil años de memoria, porque es fascinante y quimérica como la noche de las mariposas brasileñas. Conservo también las cartas de Marshall A. Best, la primera de ellas fechada en 1972, cuando era el editor de Viking Press en Nueva York. En esas páginas ya amarillentas, escritas a máquina, me relata su visita a Zweig en Salzburgo, («la sensación de estar ante un hombre sabio y de carácter encantador») y sus recuerdos de la vivienda del Kapuzinerberg («casa de piedra oscura entre abetos, meditativa y sombría»). Sin duda, él mismo lo reconocía, me escribía ya influido por el destino final de Zweig, y no contemplaba la alegría de las pinturas murales, de las colecciones de autógrafos, de los recuerdos maravillosos (entre ellos el escritorio que había pertenecido a Beethoven) que poblaban aquella vivienda monacal, construida, eso sí, al final de un angustioso vía crucis y a la sombra de un convento.

En una de sus cartas este inolvidable amigo norteamericano, Marshall A. Best, me adjuntó lo que para mí fue un tesoro: unas notas personales sobre Benjamin Huebsch, editor también de James Joyce y de D. H. Lawrence, con valiosos detalles

sobre su amistad con Stefan Zweig, ya que incluso intervino personalmente en la traducción y primera edición de *El mundo de ayer* para Viking Press de 1943. Además, Ben tradujo otras obras del maestro vienés, y este dato no es conocido en el mundo anglosajón, porque era un hombre muy modesto y no quiso poner su firma. La figura de Huebsch aparece citada varias veces en estos *Diarios*, pues Zweig mantuvo con él una larga amistad.

Cuando fui a Nueva York a ponerme en contacto con Marshall Best llevaba mi agenda tan repleta de nombres y direcciones que me sentía como un mensajero de Zweig. Mi inolvidable amigo rumano Eugen Relgis, que entonces vivía exiliado en Uruguay, formaba parte de esa «red Zweig», ya que nuestro autor le había prologado en 1939 su primera novela *Mirón el sordo*. Era un prodigio de lealtad a sus amigos, y gracias a él encontré muchas rutas de peregrinación hacia los maestros que luego fui compartiendo en mi obra. Me guio para que visitase las casas de Romain Rolland y de Paul Biriukov (el que fuera secretario de Tolstói, también citado en estos *Diarios*), que habían vivido casi vecinos en el lago Lemán, y me dio una prodigiosa lista de direcciones tolstoianas. Las puso en mis manos ceremoniosamente como un legado sagrado y secreto, y así conservo toda su obra dedicada con su letra menuda y algunas de las cartas donde proclamaba sus ideales pacifistas, internacionalistas y anarquistas, que en un hombre de su bondad podrían ser candorosos o ingenuos, pero no contradictorios.

El recuerdo de Romain Rolland y de los amigos y discípulos tolstoianos se unió así a mi peregrinación. La red de las estrellas volvía a lucir en mi firmamento. Aprovechando que viajaba a Nueva York para ver a Marshall A. Best localicé a Alexandra («Sacha») Tolstaia, la hija del gran escritor. Ella, la única que había acompañado a su padre en la «fuga de Astapovo» (otro tema dramático y estelar de Zweig) y había dirigido el Museo de Yásnaia Poliana antes de exiliarse a Estados Unidos. Vivía en

Valley Cottage y había creado la Tolstoi Foundation, donde hizo tantas obras humanitarias con refugiados y, especialmente, con niños. Había sido una hija rebelde con su madre porque era conflictiva para la educación de su tiempo (era homosexual), pero fue en realidad un alma libre y pura como su padre. Se había convertido con los años en una abuela *demasiado rusa*: capaz de regañar con ideas carcas y un poco reaccionarias a los mismos jóvenes desorientados a los que amparaba y protegía. Todo era en ella Tolstói. Pero era maravilloso escuchar sus palabras de *bábushka* ('abuela rusa') cuando nunca decía *exilio* (*exile* en inglés), sino *destierro* en español (¡qué voz tan material, tan humilde y tan expresiva del desarraigo más cruel que puede tener una vida!). Yo le respondía *izgnanye*, pero ella volvía a la palabra española y la pronunciaba con un sentimiento especial (*des-tierro*) porque dejó su alma en un *claro luminoso* (Yásnaia Poliana significa eso) del bosque mágico de Zakaz donde, bajo un túmulo de hierba y tierra, hojarasca y ramas, está enterrado su padre.

Los amigos de Zweig me habían conducido hasta allí—quizá alguno de ellos tenía una deuda con Sacha, porque no la había secundado en su valiente denuncia de los crímenes que Stalin estaba cometiendo contra el pueblo ruso—, y cuando leo ahora los *Diarios* de mi maestro veo que todos los rodeos y los días, las jornadas y las dietas, son itinerarios mágicos. Con Alexandra Tolstaia pude hablar de Yásnaia Poliana y comentar las cosas geniales que Stefan Zweig había escrito sobre Tolstói, pues el gran maestro austríaco había sido además el representante de su país en los actos que se celebraron en Moscú en 1928 para conmemorar el centenario del profeta y novelista ruso. No quiero cansar al lector con mis recuerdos, pero los ofrezco como ejemplo de qué importante es la lectura de los *Diarios* y las memorias de un autor, y cómo esta curiosidad puede devolver un tesoro de aventuras, azares, conocimientos y experiencias a un joven con vocación de estudio y aprendizaje.

Siguiendo a los amigos de mis amigos pude conocer la fabulosa trama del tapiz que Stefan Zweig había tejido con sus sentimientos y con su vida, uniendo a los seres humanos sin distinción de razas, creencias, géneros ni fronteras. Eran, eso sí, humanistas de gran talla intelectual y de autoridad moral indiscutible, muchos de ellos socialistas, combatientes en la causa de la libertad, comprometidos con la democracia y partidarios de las reformas de progreso.

Conocí también hoteles inolvidables como el Beaujolais de París o el Belvoir a orillas del lago de Zúrich que aparecen citados en estas páginas de los *Diarios*. Creo que, debido a mi edad ya bien nevada, soy uno de los últimos afortunados que llegó a hospedarse en estos lugares sencillos y encantadores, porque no eran palacios lujosos sino reliquias del mundo de ayer que no debían de haber desaparecido jamás. No llegué a conocer a Prosper Montagné, y tuve que conformarme con las noticias que me daban amigos mayores que habían gustado su cocina cuando era propietario de Le Boeuf à la mode, el histórico restaurante de la rue Valois de París—también citado en estos *Diarios*—donde Zweig se reunía con Rilke, Rolland, Verhaeren y Bazalgette. En mi biografía *Rainer Maria Rilke. El vidente y lo oculto* dediqué una documentada crónica al local y a estos encuentros.

Así, siguiendo itinerarios mágicos y azares providenciales—como corresponde a un discípulo fiel—fui trazando la senda de mi maestro por todo el mundo. Recuerdo bien a Michel Castaing, que era el sucesor de Charavay en la más famosa y antigua tienda de autógrafos de París. Allí compraba Zweig sus autógrafos—tenía una colección fabulosa y valiosa—, y en aquella casa me permitían estudiar y repasar los archivadores donde se guardaban las cartas y manuscritos originales de Mozart y Chopin, de Lamartine y Victor Hugo, de Balzac, de Valéry, de Puccini, de Mark Twain, de Byron, de Chateaubriand, de Baudelaire y del propio Zweig. Aparece citada varias veces en estos

Diarios con el nombre de librería Charavay, aunque era un espacioso entresuelo situado sobre la plaza Furstenberg, justo frente al taller de Delacroix. En el interior había pupitres de trabajo donde el tiempo pasaba, encantado y feérico, como el vuelo de las páginas de los manuscritos y el temblor creativo de la letra de los genios que habían escrito esas cartas y esas obras. Una atmósfera que sólo puedo comparar con las horas («libros de horas») de monje estudioso que pasé en la Biblioteca Nacional de la *rue Richelieu* en el mismo centro de París, donde Zweig—como confiesa en estos *Diarios*—escribió su maravilloso ensayo sobre la genial Marceline Desbordes-Valmore, «poeta y madre» (pues a ella no le gustaría otro título) flagelada por la miseria que se abatía sobre las mujeres que caían en desgracia y sobre las vidas sencillas en los tiempos brutales de la Revolución.

Merece la pena leer con atención el texto de los *Diarios*, observando cómo el autor escribe a veces con una agitación y una angustia que le lleva hasta la repetición atolondrada de ciertas palabras, como ocurre con *paz*, *frontera*, *vida*, *pasión*, *destino* o *libertad* (sustantivo que remacha varias veces en la misma frase, como un repique de alarma), mientras que en su interpretación apenas toca las notas de la *crueldad*, la *ruina* o la *violencia*, pasando sobre esas claves y cuerdas en un presto pianísimo, sin apenas desflorarlas. ¡Silencio extraño en una época tan terrible, tensa y violenta como la que le tocó vivir! Sólo el término *sangre* («me hieló la sangre», «sed de sangre», «un torrente de sangre», «letra de imprenta escrita con sangre», «las amapolas florecen como la sangre», «pronto Europa quedará anegada en sangre», «inútil derramamiento de sangre») se repite en la escala de los graves como una tonalidad cósmica y dominante que, si pensamos en la admiración que nuestro autor sentía por Mozart, alcanza el peso fatalista que tiene el *Re menor* en la *Condenación de Don Juan* o en el *Réquiem*.

¿Hasta qué punto—no olvidemos su educación burguesa en la Viena de Freud—reprimía ciertos sentimientos para mantener su difícil equilibrio interior y hasta qué extremo ese silencio no es una de las causas que le llevaron a su final dramático, en la hora atribulada en que decidió poner término violento y abrupto a su vida?

Reclamo, por favor, la comprensión del lector que debe disculparme por esta larga explicación armónica, ya que uno de los secretos de la fascinación que ejerce sobre nosotros la prosa de Zweig—arquetipo del escritor artista—es su musicalidad, y a veces se le entiende más por cómo *entona* lo que escribe que por lo que dice. Cuando se abandona a la marea de su prosa nos deslumbra y envuelve, nos acuna y atrae «como el silbido de un zumbel» (la cuerda que se ata al trompo para lanzarlo y hacerlo bailar) o «como el señuelo hipnotizador con que se engaña a las aves», y utilizo expresiones muy suyas. Por eso sus silencios son también significativos, medidos, intencionados y musicales. Se comprende que Rilke y él tuviesen esta sintonía de espíritu—aun siendo tan diferentes—y que Zweig fuese el primero en distinguir al poeta de *Las elegías de Duino* por el sonido ingrávito y amortiguado de sus pasos, y por la resonancia armónica de su presencia.

Cuando Zweig «desvanece» o «ensombrece» una palabra (*morendo, calando y smorzando*, podríamos escribir al margen, como si leyésemos una partitura) es consciente de que la música es sólo una forma de mejorar el silencio. Si uno es incapaz de dotar un sonido de necesidad y significado—Beethoven *dixit*—debe callar. Incluso en la exigencia de *impromptus* que tienen unos *Diarios*, donde valen la espontaneidad e incluso el arrebató, en esta obra se muestra maravillosamente el estilo seductor de Zweig, tan rico en acordes, en intervalos armónicos y en recursos rítmicos. Es así como consigue transportarnos a un astuto juego psicológico de *confesión* en el que se alternan los silencios, los punteos, las sordinas de terciopelo y ciertas veladuras—como

balbuceos de timidez—en las que el escritor cede la expresión musical al misterio.

Es verdad que era tímido y reservado hasta extremos contradictorios, porque en todo artista hay un fondo exhibicionista que es incluso necesario cuando se escriben unos *Diarios* o se compone una autobiografía como *El mundo de ayer*. Los comentaristas más morbosos de su vida llevan hoy este *diagnóstico* de exhibicionismo hasta los aspectos sexuales más explícitos. Incluso se discute si el recuerdo de sus paseos nocturnos por los jardines del palacio Liechtenstein de Viena—una memoria que le despierta la vergüenza en las anotaciones del martes 10 de septiembre de 1912—oculta ese contenido turbio. Pienso que se trata más bien de la frecuentación de las pobres mujeres (*das süsse Mädel*, las dulces muchachitas) que ofrecían sus servicios eróticos en aquella Viena de su juventud. Ya Acantilado incluyó el capítulo *Eros Matutinus* en su edición de *El mundo de ayer*, subsanando así un vacío que se había censurado en otras versiones. Incluso Friderike, su primera mujer, lamentaba que Zweig describiese el refinamiento y las pasiones artísticas de su juventud en una Viena tan espiritualizada como *reprimida* (donde el palacio Liechtenstein aparece como el paraíso de los conciertos y la cultura) sin hacer referencia a otros anhelos de la libido.

En cualquier caso, la educación puritana e hipócrita de aquel tiempo, denunciada por Freud y reconocida también por Zweig, dejó huellas en su carácter. La relación difícil con su madre, que era un personaje distintivo de las muchachas burguesas de la Viena de finales del siglo XIX, le llevó a distanciarse de esa clase ociosa y algo frívola. Buscaba en las mujeres un carácter más independiente y activo, y reclamaba también su libertad en la relación de pareja. La sordera de Ida Zweig no favoreció la comunicación con su hijo, que fue educado y protegido—como era costumbre en las familias pudientes—entre ayas, doncellas, un mayordomo y otros sirvientes. No en vano era hijo de un gran empresario que llegó a director de la Bolsa de Viena. A

su madre, descendiente de banqueros e hija de una familia con raigambre social, le agradaban más los conciertos, las lecturas, los viajes a Marienbad y a Italia, y las reuniones de amigas. Por eso su infancia transcurrió tensionada entre extremos, pues en su casa se mezclaba la disciplina moral e intelectual de la rama paterna—centrada en el trabajo—con la frivolidad de las clases pudientes y más inclinadas a una tolerancia aristocrática. Tampoco nos dejemos llevar por la exageración al juzgar a su madre, pues es muy posible que fuera ella quien le legó el espíritu estético y su gusto por las delicias de la vida, cualidades tan importantes en un artista que se distinguió como testigo de su época y como delicioso rastreador de sentimientos. El resultado de las virtudes y tensiones de esa educación burguesa fue el autor de estos *Diarios*, a quien conoceremos aquí en 1912: el año en que el tango triunfa en París, se edita *La muerte en Venecia* de Thomas Mann, en Centroeuropa comienza la Primera Guerra de los Balcanes y en el Atlántico naufraga el *Titanic*, orgullo de la ingeniería naval que se lleva al abismo del mar las vidas de muchos seres humanos.

Cuando pone su pluma en la primera línea de estos *Diarios*, Stefan Zweig es ya un joven de treinta años, doctorado en Viena y Berlín que comienza una carrera literaria exitosa (ha escrito poemas y relatos cortos, una monografía sobre Verhaeren, ha publicado traducciones, ha viajado por Francia, Alemania, España y Extremo Oriente, y ha estrenado incluso en el Hofburgtheater). En el plano más personal es la fecha en la que comienza su relación con Friderike von Winternitz (nacida Friderike Maria Burger), una muchacha casada con dos hijas que será su compañera hasta 1934, cuando, enamorado ya él de otra mujer, Lotte Altmann, pasan todavía unas vacaciones de invierno juntos los tres en Niza.

El final de esta historia se interrumpe el miércoles 19 de junio de 1940, cuando la invasión de Francia por el ejército alemán acerca el peligro a las costas británicas, Stefan Zweig y Lo-

tte se embarcan hacia Nueva York, dejando atrás la Europa en llamas. Su último intento de dejar un mensaje fue una conferencia que pronunció en abril en París. El tema: «La Viena de ayer». Al despedirse de Europa agitó en su pañuelo—igual que Noé dejó volar a la paloma desde el Arca—el signo precursor de *El mundo de ayer*, que será su último libro y que ya comenzaba a rondar su inspiración en estos días dramáticos.

El lector de estos *Diarios* ha acompañado o acompañará a Zweig en los momentos más decisivos de su vida, siguiendo los tiempos que él, en su sinfonía de *El mundo de ayer*, resumió en temas heroicos, pero que ahora podemos leer con detalle minucioso y renombrar también a nuestro antojo: los años de formación y aprendizaje, un hombre inseguro, los primeros triunfos, la locura de las naciones, la lucha por la fraternidad humanista, los años dorados en el corazón de Europa, un matrimonio no puede ser un encierro, la diáspora de los libros perdidos o quemados, ¿el amanecer de otra ilusión puede ser una impaciencia del corazón?, el regreso de Jeremías al Cautiverio, el vacío es un logro terrible y absoluto, y la dudosa desesperanza del exilio...

Es verdad que era un hombre angustiado por el absoluto, hijo de aquella Viena feliz y seductora, que era una madre amorosa pero que, en palabras de Kafka, «también tenía sus uñas». Sin duda era inseguro, hasta tal punto que la *rectitud levítica* y la responsabilidad en la que había sido educado—pues ésa era la formación de los hijos burgueses que debían hacerse cargo de las grandes empresas, como lo hizo su hermano Alfred—le impedían salvarse recurriendo al juego, al humor y a la ironía. Le costaba aceptar una promesa y acababa rindiéndose a una mala profecía. Sus últimas palabras en una de sus cartas son: «aún no me lo creo». En esa desconfianza racionalista está probablemente el misterio de su final trágico, pues, decaído el corazón, es difícil mantener la esperanza para un artista que cree en la

belleza, cuando llega la hora en que no existen ya *razones* para levantar el vuelo.

Es curioso que Friderike le regaló cuando se conocieron—justo en los días en que comienzan estos *Diarios*—una mariposa del Brasil enmarcada en un cuadro que él siempre conservó. ¡Extraña premonición y pequeños eventos que no observamos a veces en nuestras vidas! Una mariposa del Brasil—tenía que ser del Brasil—para un hombre que iba a acabar su vida, muchos años más tarde, en un paraíso de colores de aquella bendita tierra y que iba a caer con las alas quemadas en un sueño de paz y fraternidad absoluto, como la falena cuando se dirige a la llama que con su fulgor la encandila y la abrasa. «En mi vida todo es como un manantial incesante, y cuando deja de fluir la corriente, se seca por completo», escribió proféticamente Zweig en la primera entrada de estos *Diarios*.

Largo, grave, smorzando e morendo, hemos llegado al final en la partitura de su vida. Pero en el Concierto de Europa queda este «Memorial Zweig», y los lectores en español tienen afortunadamente la dicha de poder escuchar la sinfonía completa en estas obras de Acantilado.

MAURICIO WIESENTHAL

Barcelona, mayo de 2021

DIARIO DE SEPTIEMBRE DE 1912 A PRIMAVERA DE 1914 (PARÍS)

**(10 DE SEPTIEMBRE DE 1912 – 6 DE MAYO DE 1913;
20-28 DE MARZO DE 1914)**

Viena, 10 de septiembre de 1912 Hoy, un día como cualquier otro, empiezo de nuevo mi diario,¹ ¡por enésima vez! El motivo es que al releer un diario anterior acabo de advertir cuánto se ha empañado mi memoria, de un modo enfermizo y peligroso.² Cosas que describía allí como experiencias íntimas ahora son sólo palabras, vivencias olvidadas y ajenas, y por más que hurgue en mis recuerdos ya no soy capaz de poner rostro a esas personas. Quizá este afán de revivir experiencias vividas se deba a que no conservo nada del pasado, a que en cierto sentido en mi vida todo es como un manantial incesante, y cuando deja de fluir la corriente, se seca por completo. La pérdida, aquel robo de mi diario de París y Londres,³ de aquellos dos años, los más intensos de mi vida, es lo más terrible que me ha ocurrido; ni siquiera me atrevo a abrigar la esperanza de que regrese algún día a mis manos. Por eso he decidido empezar de nuevo (¿por cuánto tiempo?!). Esta vez debo poner a prueba mi fuerza de voluntad, porque cada día veo con mayor claridad que me urge temprarla. Vivo presa de la atonía. La agitación de la ciudad, la fiebre por *La casa junto al mar*,⁴ me resulta ajena, no la siento; para mí significa mucho más una sola de mis aventuras sexuales, que, por cierto, sólo merecen la pena por el peligro que encierran.

Me gustaría comprobar si tengo suficiente control sobre mí —incluso los días que paso absorto en ensoñaciones— como para dar cuerda cada noche a la espiral de acero que hay en mi interior, igual que le doy cuerda al reloj, y rendir cuentas ante mí mismo, por escrito, de mis actos. El futuro próximo será pródigo en decisiones, e interiormente, en caso de que aún sea capaz de reaccionar, tendré que organizarme a conciencia. No creo que tenga el alma atrofiada, tal vez sólo un poco embota-

da, y puesto que finalmente Felix P.⁵ ha desaparecido de mi vida, debería ser posible cierta regeneración. Habrá que intentarlo.

Martes, 10 de septiembre He dedicado toda la mañana a asuntos pendientes, y he pasado más rato preparándolo todo para ponerme a trabajar que trabajando propiamente. Después he salido a pasear por el parque de Liechtenstein, *schaup*.⁶ El objeto, demasiado joven, sin mucho interés, más atónita que capaz de la madurez psicológica adecuada. En definitiva ha sido menos excitante que peligroso. Debería evitarlo, al igual que el parque Liechtenstein. Después de comer, he dictado unas cuantas cartas a la Poppek⁷ (una buena combinación de timidez y ambición); luego, he ido a pasear por la ciudad, que bullía de gente en fervor eucarístico.⁸ Al atardecer, esbozo para el prólogo y el epílogo de *La tempestad*,⁹ pero aún queda trabajo. Cuando he llegado a casa, a las once y media, me esperaba una carta de Petzold diciéndome que tiene algo importante que contarme. Su esposa, que padece una tuberculosis avanzada, ha de viajar a Merano. Me comprometo a ayudarlo (pese a que en estos años he gastado dinero muy por encima de mis posibilidades en este tipo de ayudas). Sus poemas son realmente admirables, rara vez he visto en nadie un desarrollo tan consciente. No obstante, su apariencia sigue siendo trágica: una y otra vez ese rubor artificial en las mejillas, el rostro inteligente escondido tras la joroba, el atroz andar lento y jadeante del asmático (pericarditis). Las manos, delgadas y los ojos de un insólito gris claro; un rostro que me conmueve cada vez que lo veo. Entrada la noche, aún he tomado algunas notas y he leído. Pongo a prueba mis fuerzas.

Miércoles, 11 de septiembre La mañana perdida por la llegada de mis padres y otros quehaceres similares;¹⁰ por la tarde, hojéo perezosamente Shakespeare, más que leerlo; sólo al anochecer

he tratado de escribir un poema,¹¹ y lo he logrado a medias: un par de estrofas que me parecen bastante banales, y que, diría, el ritmo deslucе o embellece a ratos («Entre el sueño del que venimos y aquel que nos aguarda ansioso», etcétera). Esta tarde ha venido a verme Thimig a casa, pero no lo he visto porque he salido a zambullirme en el bullicio que inunda las calles de la ciudad.

Jueves, 12 de septiembre Hoy he conseguido trabajar un poco en mi «Dostoievski»,¹² o más bien he orientado el trabajo. Luego he salido a pasear y por la tarde he estado con Milan Begović, hombre sagaz y vital, aunque veleidoso, me temo. He revisado «Raskolnikov»,¹³ leído la novela en lengua española de Larreta, un fresco de todo lo hispano sin fuerza alguna. Al atardecer, las mejores intenciones de trabajar relegadas a causa de una amable señorita de Brno, treinta minutos sólo, pero suficientes para disipar la fantasía. He contratado a un criado.¹⁴

Viernes, 13 de septiembre Bahr me ha mandado un ejemplar de su *Toma de inventario*¹⁵ y le he dado las gracias puntualmente en una extensa carta donde le exponía mis afinidades y mis diferencias con él. Por la mañana ha venido a verme Berthold Viertel, un hombre de una inteligencia desagradable y audaz, en absoluto beneficosa. Anotaciones al Dostoievski, lecturas, Shakespeare. Al menos me reconforta dedicar estos días improductivos a buenas lecturas, aunque con eso no baste. Es como si la soga de mi voluntad se hubiese aflojado. ¡Ojalá pueda volver a tensarla! Hoy ha salido publicado mi ensayo sobre Grouchy:¹⁶ no sabría decir por qué, pero me resulta vacío, y el ritmo podría ser más vivo; en estos momentos ni siquiera tengo un estilo sólido, sino que lo adapto al tema (del mismo modo que me amoldo demasiado a la conversación, soy una especie de eco anticipado).

Sábado, 14 de septiembre No he trabajado nada, ni un poco. Sólo he leído, aunque a Shakespeare (un autor que siempre me estimula, no me desalienta). Después he dictado unas cuantas cartas y por la noche he vuelto a leer un buen rato. Pero debo empezar de una vez por todas, vivo anclado en el pasado.

Domingo, 15 de septiembre De nuevo he leído mucho, todo bueno, pero aparte de eso no he pegado golpe. Por la tarde, con el doctor Oskar Krauss,‡ una persona extraordinariamente bondadosa e inteligente, el joven al que mayor afecto le tengo. Lamentablemente, su talento es tan disperso que resulta difícil sacarle provecho, aunque ésa no sea la finalidad del arte, pero sí el fermento de la vida. Tengo mucha fe en él.

Lunes, 17 [= 16] de septiembre Para mi enorme satisfacción, he recibido el manuscrito de Dostoievski.¹⁷ Por lo demás, sólo he dado paseos, no he escrito una línea. No puedo seguir así, mañana mismo empiezo en serio, me lo he prometido.

Martes, 18 [= 17] de septiembre Mala semana. Es como si se me hubiese reblandecido el cerebro, soy incapaz de formular una sola idea, las horas transcurren absurda y plácidamente. Paseos, parque de Liechtenstein, ningún éxito en la Pramg,¹⁸ café con la doctora Links.‡ Por la tarde, antes de *El milagro*,¹⁹ uno de aquellos extraños episodios contra natura, encuentro con la pareja de hermanos P.‡ Todo ello aprisa, pero con eficiencia. Después, he asistido al estreno de *El milagro*: me ha parecido magnífica, Reinhardt se ha superado a sí mismo. Las multitudes, agitadas, precipitándose como torrentes, la audacia de las metamorfosis, la insinuación de todo un espacio a partir de un simple detalle (la alcoba, la taberna), todo el conjunto es un hallazgo memorable. Si tengo oportunidad, me gustaría expresarle mi admiración.

Miércoles, 19 [= 18] de septiembre Desde primera hora de la mañana me importuna alguien. No dejan de llamar a la puerta y me interrumpen. Y lo que yo quiero es paz. ¿Tendré que huir de Viena para tener tranquilidad? Me refugio en un parque para poder pensar un rato en silencio. Más tarde, leo. Pero ¿cuándo trabajaré, por el amor de Dios? Lo siguiente ha de ser mi *Plegaria del artista*.‡ He dedicado la tarde a diversas minucias, y por la noche he acudido con Trebitsch a ver la comedia divertidísima de Shaw.²⁰ Después de la función, he ido con los Schnitzler al Meißl & Schadn.²¹ Es curioso lo impotente que me siento siempre con los Schnitzler. Soy absolutamente incapaz de sostener una conversación poco enjundiosa intelectual o espiritualmente, o en la que se excluyan los temas sexuales, es decir, una conversación limitada a las convenciones sociales. Por alguna razón que se me escapa, Schnitzler está de mal humor. Una y otra vez llama «bribones» a Reinhardt y a Horsetzky, y actúa como si lo hubieran dejado relegado, una queja para la que no tiene ningún motivo. Esta actitud enturbia su imagen, aunque percibo en ella la influencia de su vanidosa mujer (a quien no le gusto, como también percibo).

Jueves, 20 [= 19] de septiembre Otra mañana de improductiva apatía. Por la tarde, tras una buena conversación con el estupendo E. O. Krauss,‡ escribo un par de estrofas para el «Poeta».‡ No son definitivas, pero al menos siento que vuelvo a poner manos a la obra. No me explico por qué traiciono ese noble deseo (¡que en ocasiones me sobreviene con una dichosa facilidad!) con todas esas estériles horas de pereza y desaliento. Debería ser más ambicioso. Una de esas aventuras tan estimulantes de la Kärntnerstraße; después, con Viertel y Rosenbaum, y luego, por la noche, orden en los asuntos espirituales. Eso es lo que yo llamo un buen día, ¡tampoco es pedir demasiado!

Viernes, 21 [= 20] de septiembre ¡Poco, poco, muy poco! Unas cuantas lecturas, cartas y más cartas (¡qué lata!), visita impetuosa y arriesgada al parque Liechtenstein. Por la tarde, un poco de todo, pero nada bien; Geyling, Rosenbaum, y por la noche con Begović y Soyka. Este último es peligroso, porque sólo es agradable si antes le has certificado tu admiración, preferentemente en letra impresa. Una persona tan inteligente con semejante amor propio, tan infantil, y tal afán de poder es una inspiración magnífica para un personaje literario. Su juego de ajedrez, en todo caso, prodigioso. Antes, a la Kärtnar.²²

Sábado, 22 [= 21] de septiembre de 1912 Otra vez apatía, malgasto las horas. Últimamente, por las mañanas me siento muy débil porque duermo mal. Me ha venido a ver Huber:²³ sigo sin saber si es un auténtico dechado de bondad o el más taimado estafador. En todo caso, yo debería ser más cuidadoso con mis cartas de recomendación. Por la noche, en el estreno de Czinner:²⁴ puras banalidades presentadas como *sketches*, pero por lo menos era una obra animada. Eso sí, el público me ha parecido repugnante: un horror tener algo que ver *con esa gente*. Pero ya se sabe que cuando uno empieza a publicar tiene que hacer concesiones.

Domingo, 23 [= 22] de septiembre En casa de Trebitsch, con Barnowsky, hombre muy inteligente, firme y sencillo; también estaba Friedell, de cuya compañía sólo disfruto después del mediodía, y Hans Müller, cuyos discursos tienen más decibelios que inteligencia. Es incapaz de callarse nada, grita, lo escupe todo. Con frecuencia termina dándome pena: *necesita* tanto el éxito que trata de obtenerlo a la fuerza y por todos los medios. Aunque me cae simpático, su literatura no me convence. Por la noche, Kärntnerstraße y crucigramas en un café.

Lunes, 24 [= 23] de septiembre Reviso *La casa junto al mar*, cuyo estreno se aproxima inexorablemente. Después, la visita del joven Herbert Steiner, con su actitud desenvuelta y su distinguida serenidad, que resulta casi impertinente. No obstante, es muy posible que tenga potencial, pues hace cinco años demostró una precocidad asombrosa.‡ En cualquier caso su impasibilidad me resulta muy afectada. Por la tarde, en casa de la señora Von Winternitz. Al fin una buena conversación con una mujer sensible de verdad, la criatura más delicada que pueda uno imaginar, pero de una franqueza de espíritu que la enaltece. Me ha confesado que le parecía trágico tener hijos de un solo hombre (¡qué audacia y nobleza para verbalizar algo así!). En momentos como ése me llena de dicha comprobar que el mayor don que me ha dado la vida es ayudar a las personas a que se abran, despertar en ellas, a través de una sinceridad de mi parte que está por encima de todo pudor (en eso soy muy libre), la necesidad de expresar sus pensamientos más ocultos. Qué maravilla es un pensamiento de esa índole, sentir cómo osa hacerse palabra por vez primera con el objeto de que alguien lo escuche, y esa felicidad que lo embarga a uno, igual a la de un pájaro que por vez primera alza el vuelo y grazna de placer porque las alas lo sostienen. Sé que a menudo libero algo en las mujeres, y también en los hombres. Me cuido mucho de no sacar provecho erótico de ello. De hecho, sólo consigo infundir esa sensación de libertad en los otros gracias a la renuncia silenciosa de mi erotismo. Algo fácil en este caso frente a un ser tan frágil y delicado; no obstante, era absolutamente conmovedor ver cómo sostenía en sus brazos a la niña enferma, pálida,²⁵ cómo inclinaba la cabeza hacia ella. Esos gestos revelan una delicadeza prodigiosa que me parece música: todos sus movimientos son acompañados. Sin embargo, cuando ha llegado el esposo (un poco incómodo, tensión que me he apresurado a rebajar), ha sido como si una corriente de aire helado llenara la habitación. Ella parece hallarse en un estadio intermedio entre el anhelo de belleza juvenil y el sosiego propio de la maternidad; y, en medio, su esposo, co-

mo un péndulo que no alcanza ninguna de las campanillas para hacerlas vibrar. Por la noche, absorto en mis rumiaciones. Por último voy al café, ese final innecesario del que quiero deshabituarme.

Martes, 24 de septiembre Por la mañana he hecho cuatro cosas y luego he salido a pasear. Al anochecer me he quedado en casa, leyendo, nada que reseñar: los dramas de Schnitzler, que me gustan, sin llegar a impresionarme, y algo de Conrad Ferdinand Meyer, quien, desde mi punto de vista, está sobrevalorado como novelista.

Miércoles, 25 de septiembre Dicto cartas y ordeno. Por la noche voy a ver *Joachim von Brandt*,²⁶ un especie de *Hamlet à la Kohlhaas* demasiado grandilocuente. Después, en vez de dedicarme a la literatura ilustre, me quedo con Hans M[üller], que me cuenta de todo, como siempre. Él también está metido en aventuras a las que, pese al peligro que comportan—o tal vez precisamente a causa del mismo—, se siente incapaz de renunciar. Está sumamente bien informado sobre cualquier tema y es exageradamente abierto a la hora de hablar de ellos. Una gozada cómo nos divertimos.

Jueves, 26 de septiembre Día desperdiciado. He estado ocupado con los quebraderos de cabeza causados por el nuevo aplazamiento,²⁷ poco más. Al anochecer, encuentro con Wassermann, cuya amabilidad, no sé por qué, tanto me disgusta. En el fondo, me perdona tan poco como yo a él.‡

Viernes 27 Encuentro con Rundt, un hombre inteligente, vital, capaz de dosificar sus fuerzas gracias a un talante sereno. Lástima no tener ahora una pieza de teatro por estrenar, nunca

había tenido una oportunidad tan buena. Únicamente escribo cartas, cartas y más cartas. Consulta por el asunto de Alfred.²⁸

Sábado 28 Liechtenstein resulta cada vez más infructuoso, pese a que he duplicado las visitas. Al anochecer, en casa de Birinski:²⁹ me he reído y avergonzado de mi risa al mismo tiempo. Superficial pero ingenioso. Por la noche, con mi querido Felix [Braun], una de las mejores personas que conozco, con su mujer, el doctor Krauss‡ y Begović.

Domingo 29 Hoy lo he hecho todo con esa inquietud que me corroe por dentro. Para distraerme, por la tarde traigo a casa a dos amigas, pero, aunque la belleza de sus cuerpos me reconforta, ya no me siento capaz de soportar demasiado rato la falta de cortesía de este tipo de encuentros, de modo que a las seis en punto las despido. Me quedo en casa, duermo hasta que me repongo, me salto la cena y me consuelo con Gottfried Keller durante el largo lapso entre la una y las cuatro de la madrugada hasta que me vencen el cansancio y el sueño.

Lunes 30 La noticia del aplazamiento del estreno de *La casa junto al mar* y el asunto del criado me dejan inquieto. Al atardecer, juego a las cartas con Wassermann, cuyo inocente egoísmo salta a la vista deliciosamente en cuanto se le cae la máscara.

Martes 1.º [de octubre de 1912] Ha llegado el nuevo criado. Por fin vuelve a haber orden en mi caos. Traduzco a Verhaeren³⁰ con la destreza de antes, aunque se trata de un poema poco relevante.³¹ Al atardecer, con Rosenbaum y Trebitsch. [-] A mediodía, voy a casa de Wassermann. A solas con él. Hablamos con bastante franqueza y siempre es una buena persona cuando no juega. No obstante, persiste cierta desconfianza entre nosotros: soy más sincero con él que él conmigo. Resulta

desagradable su descortesía y su falta de indulgencia, que incluso exagera de forma artificial. Es curioso, a solas con él me siento incómodo. En nuestra charla le señalo la falta de temas proletarios en su obra,³² que es lo que le impide ser un Balzac (quiere escribir un ciclo de novelas que transcurran en una Alemania imaginaria). Asiente incluso. Después, con el doctor Krauss,‡ excelente conversación llena de revelaciones eróticas, de las cuales sólo cobro conciencia al hablar. [-]

Miércoles 2 Por la mañana, compras, visita de Josef Brendel:‡ un holgazán, neurasténico y sumiso mantenido por su madre, pretencioso y vulgar. Además, creo que no tiene talento. Sus esbozos tienen gracia, pero ni siquiera son demasiado prometedores y él, en el trato, siempre se pasa de empalagoso o de grosero. Por la tarde he estado con Paul Wilhelm, otro descarriado, curiosamente lúcido, sin embargo. No obstante, sus excusas sobre la imposibilidad de trabajar... cuán deplorables y convenientes en el fondo. Me alegro de no poner excusas... Al atardecer he ido a casa de Thimig, un sajón embustero que me pone en una situación comprometedora con la Marberg. Después he estado con la doctora Feld‡ a ver *Las bodas de Fígaro*. Qué liberadora es esa alegría pura, sin ironía ni pizca de ordinariez. Escuchar a Mozart rejuvenece. La señora Feld me cuenta varias cosas interesantes: me sorprende especialmente cuando me confiesa que su primera visita al teatro fue tardía y que todo, claro, le parecía elemental. Por la noche, aún tengo tiempo de leer una novela corta sobre Seldwyla.³³ ¡Qué gran narrador, Keller!

Jueves, 3 de octubre ¡Menuda sorpresa! De buena mañana llaman a la puerta de mi cuarto y el criado me entrega dos tarjetas: Hermann Bahr. Y, como caído del cielo, entra en la habitación (¡acuérdate de lo que te contó en Bonn!),³⁴ con la barba blanca como la nieve, la frente despejada y los ojos pequeños,

que vistos de cerca son muy oscuros y brillantes. Suele mirar directamente a la cara cuando habla, lo cual, aunque inicialmente puede desconcertar, al cabo de un rato resulta muy reconfortante. Me habla de los quincuagenarios,³⁵ y le explico que con la iniciativa pretendo consolidar la figura del escritor en Alemania. Me cuenta anécdotas al respecto, por ejemplo: que el primer ministro solía invitarlo cuando era director de *Die Zeit*, y apenas dejó de serlo, nunca más. Después, me cuenta historias de la Austria oficial y me comenta que Benedikt me había recomendado como al único capaz de escribir sobre temas de la vida. Comentamos el proyecto del gran teatro y muchas otras cosas. Con él es prácticamente imposible meter baza en la conversación, porque encadena las frases con una rapidez y un ímpetu que es imposible no quedar atrapado y dejarse llevar sin oponer resistencia. Le recuerdo que tiene que escribir su autobiografía,³⁶ a lo que me responde con esta perla: «¡Si supiera que me quedan tres años de vida, o treinta, sería mucho más fácil!».

Por la tarde, dictado y paseos.

Viernes, 4 de octubre La mañana ha sido un auténtico caos. Por la tarde viajo a Baden, donde el otoño despliega al fin su encanto: los bosques de color cobre y el cielo metálico. Por la noche, regreso a Viena contento, aunque ahora estoy fastidiado por no haber hecho nada en todo el día.

Sábado, 5 de octubre Trabajillos. Al atardecer, en casa de Wildegans, que me lee unos sonetos preciosos.³⁷ Tiene la audacia de decir cosas de lo más banales que, una vez hechas poesía, resultan profundamente conmovedoras. Es un tipo muy impetuoso. Velada con los Hirschfeld y Krauss.‡

Domingo, 6 de octubre Todo tipo de asuntillos, pero ninguno sensato. El anecdotista Soyka viene a verme, según dice para

«pedirme consejo», pero en realidad para exhibir un nuevo éxito. Entre una cosa y otra, tomo algunos apuntes para el trabajo.

Lunes, 7 de octubre Visita de Csokor. Luego me dedico a escribir cartas. Por la noche, con Wassermann y Zifferer. Hace un tiempo que he dejado a un lado el erotismo. El nuevo criado me permite llevar una vida más ordenada.

Martes, 8 de octubre Pequeñas diligencias. Por la tarde voy a casa de Bettelheim, donde coincido con personas excepcionales, sorprendente su distinguidísima mujer, ahijada de Hebbel. Bettelheim pertenece a esa generación que tuvo la suerte de no tenerse que esforzar demasiado para obtener reconocimiento. Después, voy a casa de [Victor] Léon para tratar el asunto del cine. Luego, con Hagemann, el nuevo hombre del Burgtheater. Begović es el más vivo de todos. Hagemann, demasiado egocéntrico, pero es sincero y no esconde sus intenciones. Por la mañana he ido a ver a Setzer, el fotógrafo.

Miércoles, 9 de octubre Acudo al ensayo general de Rittner. Coincidimos por primera vez: es un hombre refinado y muy nervioso, devorado por la inquietud. Espero ser mejor que él. La obra de teatro,³⁸ ligera y amena, como él. Por la noche vuelvo pronto a casa y me dedico a escribir cartas y otros asuntos similares. La excursión a Bäch resulta muy grata.‡

Jueves, 10 de octubre de 1912 Mi vida es un poco más sensata desde que tengo criado: me levanto pronto y tengo un horario ordenado. Hoy he dictado y al terminar he ido a tomar el té a casa de Gerasch. Luego, con Setzer, que me ha hecho unos retratos estupendos. Por la noche, con Hagemann (su falso «¡sí, sí!» a todo cuanto digo me pone de los nervios) en casa de Rittner, a quien le han dado un vapuleo, lo cual me parece un mal

presagio, pues la Marberg está divina, su trabajo es sublime y el teatro estaba repleto de amigos. Más tarde he ido al Sacher³⁹ con Auernheimer y regresado muy tarde a casa. ¡Qué días tan improductivos!

Viernes, 11 de octubre En el café, examinando las críticas, que son muy favorables; después veo a Glossy, y hablamos de todo. Por la tarde, el ajetreo habitual; al anochecer, con Beierle⁴⁰ y [Leo] Feld. ¡Ojalá estrenemos de una vez!

Sábado, 12 de octubre Ajetreado toda la mañana porque a las doce del mediodía debía estar en el Burgtheater para el ensayo, aunque a mí mismo me asombra la indiferencia que siento ante el «honor» que se me otorga. Reimers es muy simpático, franco y afable, la Marberg está un poco resfriada, Gerasch y los otros, en plena forma, y Heine, dispuesto a comerse el mundo. Me horroriza ver lo mal construida que está la casa: es imposible crear en ella espacios íntimos, lo quieren todo inmenso, amplio y ruidoso. Ya he corregido un lapsus: «De momento me parece una lata». Pero en general tengo la sensación de ser completamente innecesario, preferiría estar en Merano (¡qué lugar más bonito!) escribiendo algo nuevo y muy bello, en lugar de estar aquí, presenciando, impotente, que no hay nada que hacer. Por la noche, con Felix Braun y los otros. Un día más sin escribir una sola línea, aparte de la carta a un ser querido.

Domingo, 13 de octubre Por la mañana, la sesión matinal de Eulenberg.⁴¹ Tiene buen aspecto: rollizo, sin ser obeso, hermosa frente abombada, grandes ojos inquietos y oscuros, el cabello peinado hacia arriba a la altura de las sienes. Sólo la boca no encaja, es demasiado pequeña y frunce los labios como una mujer, de modo que comprime las palabras dándoles un toque ligeramente almibarado y artificioso. Nada que ver con el discurso torrencial de sus escritos. Cuando Eulenberg lee en voz

alta el artículo‡ sobre Liliencron no me produce la impresión que esperaba. En cambio la señora Neustädter está soberbia al leer el *Aldebarán*, es una de las lecturas más poderosas que he escuchado jamás. Por la tarde, me quedo dormido como un tronco, estoy realmente exhausto. Al anochecer, con Eulenberg, su esposa (que está un poco deteriorada) y Fontana. Charlamos a gusto, con entusiasmo, sobre temas no estrictamente literarios: es magnífico volver a ver a una persona tan fuerte y juvenil, un auténtico poeta. Al final, me quedo un rato más con Fontana, que me gusta mucho.

Lunes, 14 de octubre Por la mañana, el ensayo. Heine está extraordinario como director: es enérgico, está en todo, va de un lado a otro, es brillante y decidido, sabe lo que hace. Trata de ayudar a Reimers, que lo entiende todo al revés (¡la parte de la casa!), como si fuese un niño, y con mano izquierda lo reconduce para llevarlo a buen puerto, indicándole hábilmente los gestos, es de una astucia endiablada. La escena en que la Marberg y la Orloff discuten de quién se acostará con Peter⁴² es exquisita. Estoy convencido de que funcionará de maravilla como obra teatral, sobre todo los dos primeros actos. No me angustia en absoluto, por el contrario, me asombra constatar mi profunda indiferencia, que no podría ser mayor. Doy un paseo por la tarde y, al anochecer, acudo a ver *Walewska*,⁴³ que me impresiona, a excepción del final. No me sorprende que las obras de Eulenberg siempre fracasen a causa del desenlace: lleva la acción con tanta fuerza hacia la locura, hacia los límites del dolor y la pasión, allí donde la razón se inflama para, poco a poco, irse consumiendo hasta que apenas quedan las brasas. Sin embargo, le faltan la fuerza de Kleist y la grandeza de Shakespeare: los diálogos de los personajes son insustanciales, se convierten en pasiones cuyo ardor es apenas el de los fuegos de artificio. Compárense las palabras de Lear sobre Cordelia y las de Walewski ante el cadáver de su hija: las deficiencias saltan a la vista

con una claridad atroz porque la fuerza de los acontecimientos convierte el texto en una mera arenga. En los versos, en cambio, una imagen ilumina la otra y todo cobra vida. Sin duda es un gran poeta. Después de la función, me escabullo porque me abruma estar rodeado de tanta gente. Ceno con Wassermann, Trebitsch y Auernheimer, una velada tranquila y banal.

Martes, 15 de octubre Me ocupo de la correspondencia hasta que llega a casa Bettelheim que, como los gatos, siempre cae de pie para protagonizar la conversación. Vanidoso y no demasiado inteligente, por eso es una persona influyente en Austria. Por la tarde, dicto un rato, y luego salgo a pasear. Más tarde quedo con Gerasch y los Rosenbaum y, después de un paseo nocturno por la ciudad (por la Ringstrasse y el Stadtpark, donde por poco me topo con Dörmann), regreso a casa tras un episodio.

Miércoles, 16 de octubre Hoy no he hecho nada de mucha importancia. Únicamente he leído *Cuentos de hadas alemanes inspirados en los Grimm*,⁴⁴ donde encuentro un tema estupendo para un ensayo.⁴⁵ Ahora mismo los relatos breves son el formato ideal para mí, ya que estoy bastante inquieto y exhausto, aunque ni siquiera tengo motivo para estarlo, es tan sólo esta sensación de encontrarme en una fase de transición, terriblemente molesta, que me va minando. Para colmo, mi criado se enferma precisamente ahora, cuando más lo necesito. He enviado un ejemplar de *La casa junto al mar* a Gerhard Hauptmann y siento auténtica curiosidad por ver si me responde.

Jueves, 17 de octubre Tengo que poner fin a estos días inútiles de una vez por todas. Me horroriza ver como mi vida oscila entre los recuerdos y las esperanzas convirtiéndose en una ilusión fantasmagórica.

Viernes, 18 de octubre Hoy, al menos, salgo a pasear. Es lo más inteligente que puede hacerse; encuentros episódicos. Preferiría estar en Merano o en cualquier otro lugar tranquilo.

Sábado 19 Trabajo un poco y pongo orden. Por la noche voy a ver las aborrecibles piezas de un acto de Hans Müller.⁴⁶ La complacencia en los instintos más bajos y la vulgaridad del chiste fácil me atacan los nervios: el público, por el contrario, estaba entusiasmado, o eso parecía, legiones de conocidos aplaudían y aclamaban como si se tratase de una proeza artística. Me pareció deplorable (y no lo digo desde la envidia) ver cómo piensan mis necios colegas. Después quedo con Feld y unos amigos.

Domingo 20 Por la noche, asisto a la conferencia del consejero privado Friedländer y paso con él una velada muy agradable.⁴⁷ Es un hombre encantador y distinguido, de una educación y amabilidad extraordinarias.

Lunes 21 Ensayos, todavía sin el vestuario. Hoy he tenido un roce con Heine, que no ha sido especialmente amable. ¡Qué poca cortesía tienen algunos, y cuánta falta hace en situaciones así! Veo cómo va cobrando forma poco a poco la obra, aunque todavía puede ganar en naturalidad. De la Marberg no sé qué decir todavía... Por ahora, nada me entusiasma del todo. Pero lo que más me disgusta es que mi criado sigue enfermo y no tengo a nadie que me ayude.

Martes, 22 de octubre Altercado con Heine, que está nervioso y me contesta de mala manera. Me dice que querría dejar la obra, que ya no quiere dirigirla, y cosas parecidas. Rehúyo la discusión con prudencia. Hoy todo sale mal. Ojalá cambie pronto, como el tiempo. El único que me parece magnífico es Dev-

rient. Por la tarde, voy a casa de Zobeltitz,⁴⁸ un tipo encantador, todo un *gentleman*; por la noche, con Victor [Fleischer] (que empieza a recibir los primeros reconocimientos) y el resto de colegas.

Miércoles, 23 de octubre Viene a verme a casa Alfons Paquet, toda una eminencia. La última vez que lo vi me pareció soso y apático, pero hoy estaba mucho mejor. Me habla de la nueva estación ferroviaria de Leipzig y cosas por el estilo. Por la tarde, nos volvemos a ver en el café, y nos acompaña el consejero áulico Vetter,[‡] un funcionario austriaco inteligente, pura iniciativa y empuje.

Jueves 24 Último ensayo. Ya es tarde para salvar la obra. Me noto apático. El último acto no me gusta nada, después de los dos anteriores resulta flojo. Diría que los demás también se han dado cuenta. Paso toda la tarde desanimado. Luego, voy a la Neue Wiener Bühne a ver *Mein Freund Teddy*,⁴⁹ y a la salida me reúno con Begović y Hans Müller, con quienes nos divertimos de lo lindo hasta bien entrada la noche.

Viernes 25 Ensayo general. Hablo con un par de personas (Rittner, Schnitzler), pero todos son prudentes. Trebitsch, con quien voy a almorzar, pronostica aplausos tras los dos primeros actos, desaprobación en el último. En suma, como estoy cansado y nervioso, me voy a casa y duermo un par de horas. Por la noche, vuelvo pronto a casa y procuro burlar al tiempo leyendo. La repugnancia y el placer se mezclan: a excepción de los libros sobre Verhaeren, jamás me ha producido auténtica satisfacción ninguna obra mía.

Sábado, 26 de octubre Ha llegado la hora de la verdad. Por la mañana salgo a pasear, voy a ver a Hugo Heller y resuelvo un

par de asuntos pendientes. Paso la tarde con Victor y el doctor Krauss.‡ Y por fin llegan las tres horas. El primer acto cosecha un gran éxito, aclaman a Thimig y lo hacen salir hasta cuatro veces a saludar. Después del segundo acto recibo el telegrama de Gerhart Hauptmann felicitándome, lo cual me llena de alegría y me da seguridad: salgo al escenario, sereno, y al otro lado del telón aparece el público, esplendoroso. Mire donde mire veo a todo el mundo aplaudir y sonreír, e incluso reconozco algunas caras. Salgo al escenario ocho veces. Todo el mundo me felicita, pero eludo los cumplidos porque me siento inseguro del tercer acto, que efectivamente genera reticencias, como escucho y percibo desde el escenario con toda claridad. Es extraño cómo se enrarece el ambiente pese al gran éxito que hemos tenido (creo que también me afecta el cansancio). Más tarde, cuando me reúno con Rosenbaum, Gerasch, Victor y mi hermano, noto claramente que el cerebro me dice basta. La tranquilidad de los últimos días me pasa factura en forma de momentáneo abatimiento, aunque por suerte me sobrepongo enseguida y lentamente llega la dichosa sensación de liberación.

Domingo 27 Las críticas son más favorables para mí que para la obra, que tildan de folletinesca, lo cual me preocupa muy poco. El imbécil de Kalbeck se muestra claramente agresivo en el *Tagblatt*.‡ Pero ¡me llueven las felicitaciones! No obstante, al anochecer soy incapaz de acercarme al teatro, eso es lo que más me horroriza. ¡Basta! ¡Basta!

Lunes 28 Cada vez percibo con mayor nitidez lo falso que es el éxito *a voces*. Al final, sólo unos pocos te son leales, lo cual no debe subestimarse. Esto me recuerda que debo ponerme a trabajar en serio. Hoy, sin embargo, ya tengo suficiente faena despachando la correspondencia, que amenaza con asfixiarme cualquier día.

Martes 29 Viene a verme a casa Oscar A. H. Schmitz, con quien converso muy a gusto, como siempre, porque hablamos de sexo. Le hablo de Begović y de Rosenbaum, y le cuento que ambos sienten interés por él. Paso la tarde en el teatro con Kilian, mitad del aforo, un poco por debajo de lo previsto, lo que revela el destino de esta obra. Viena quiere obras de señoras, eso lo sabe cualquiera. Ésas son precisamente las que Kilian no soporta. Pero el propio Kilian es aburrido. Entiendo a sus detractores, pues no tiene ningún contacto con la sociedad de Múnich. Vuelvo pronto a casa.

Miércoles, 30 de octubre Hoy he mantenido una conversación muy interesante sobre literatura erótica con Oscar A. H. Schmitz. También he empezado el artículo en torno a los cuentos de hadas,⁵⁰ al menos ya lo tengo pensado. Por la noche, disputa con Bessemer,⁵¹ a quien por fin le canto las cuarenta, porque resulta que se cree demasiado «distinguido» para felicitarme. La envidia y la rabia que siente lo han vuelto cada vez más insolente, de modo que era cuestión de legítima defensa plantarse, y en adelante voy a ignorarlo absolutamente, se lo ha ganado a pulso.

Jueves 31 Ahora me toca afrontar las consecuencias de la obra de teatro: me paso la mitad del día respondiendo cartas. La agresividad de Salten⁵² me ha perjudicado mucho: a ese tipejo insignificante lo voy a poner en su sitio un día de estos. No me intimida, todo lo contrario, me despierta el impulso de *braver le danger* [‘desafiar el peligro’]. Por la tarde, fugaz aventura.

Viernes, 1.º de noviembre [de 1912] Día de Todos los Santos. Visita a casa de Trebitsch con Michel y Schmitz, y después paso una hora en la casa nueva de Alfons Petzold. Luego voy a casa de Feld, donde están Eugen d’Albert y su esposa (la exesposa de Fulda), que, pese a que empieza a ajarse, me interesa mucho

por su gran vitalidad y su inteligencia pizpireta. Describe a la gente con agudeza y malicia, y poco a poco consigo que me confíe un montón de detalles interesantes sobre diversos cotilleos, especialmente sobre Hauptmann y Schnitzler. Sus ojos grises, fríos, de mirada sagaz, brillan mientras cuenta las maldades, como los de Salten: recuerdo aún cuando Arthur le invitó a un *goulasch*. Incluso deja caer algún que otro comentario agri-dulce sobre sobre Fulda. Por la noche, en compañía de todo el grupo, Begović, etcétera.

Sábado, 2 noviembre Hoy, según he oído, ha habido mucha afluencia de público en el teatro para ver mi obra. No hay mayor novedad. He leído la tragedia de Paquet,⁵³ que me corta el aliento. Por la noche, solo en casa, recupero por fin la tranquilidad.

Domingo, 3 de noviembre Me llega una noticia estremecedora: la señora D'Albert se ha arrojado del tren y está herida de bastante gravedad. Es extraño cómo la vida de las personas presenta caras diferentes según se mire desde fuera o desde dentro, ¡qué impenetrables son los secretos del matrimonio! Por la tarde, viene Victor a casa, y al fin consigo trabajar un poco, ¡con ganas! De pronto todo me resulta fácil y precisamente por esa facilidad y esa predisposición al esfuerzo artístico debería mantenerme alejado de la constante afluencia de insignificantes intereses ajenos que tanto me disipan.

Lunes, 4 de noviembre Trabajo intensamente en mi «Regresar a los cuentos».⁵⁴ Por la tarde, me visita Max Zweig. Tiene tanto amor propio que paga un alto precio en forma de profunda soledad. Por la noche voy a casa de Auernheimer y jugamos una partida de ajedrez, un apacible encuentro entre amigos.

Martes, 5 de noviembre He seguido escribiendo el ensayo sobre los cuentos de hadas, que está quedando muy bien. Recibo una visita desde Baden y despacho toda clase de minucias.

Miércoles, 6 de noviembre Sin novedades. He concluido el ensayo sobre los cuentos para el suplemento cultural.

Jueves, 7 de noviembre Karl Rosner viene a casa por la tarde, un tipo refinado y sereno. En nombre de Cotta⁵⁵ me invita a formar parte de la editorial, propuesta que me veo obligado a declinar. Paso la noche con Trebitsch y Zifferer, quien me cuenta muchas cosas interesantes de la guerra.⁵⁶ No tengo tiempo para mujeres, sólo un apresurado episodio esporádico.

Viernes, 8 de noviembre La función de anoche de mi obra no tuvo demasiada afluencia de público, pero estoy contento de haber recibido el *Emanuel Quint* de Gerhart Hauptmann con una preciosa dedicatoria suya.⁵⁷ Por la tarde, voy a casa de Seztzer: Gerasch no me recibe porque está tan furioso con el director que no quiere salir de la cama, presa de la ira. Me recojo pronto.

Sábado, 9 de noviembre Por la tarde asisto a la conferencia de Harden, que es, en efecto, un fenómeno de los matices. En un primer momento da la impresión de ser vanidoso, con el maquillaje y el crisantemo, pero la manera de exponer sus pensamientos, el orden mental y el arte con que dispone las ideas termina dejando a todo el mundo boquiabierto. Su discurso es de una claridad que sorprende gratamente. Al concluir, Harden me saluda con esa cordialidad modesta que le es propia, muy agradable pese a ser tan estudiada. Por mucho que uno crea conocerlo, siempre logra sorprender con nuevas ideas.

Domingo, 10 de noviembre Hugo Wolf viene a casa y nos ofrece una lectura en voz alta de su nueva pieza de teatro, *La seducción de Lotte Seligmann*.[‡] Están presentes Felix Braun, Czokor, Victor, Lucka. La obra resulta imponente por la novedad temática y el dramatismo de los diálogos. Es curioso lo reservado que es Wolf: el rostro aniñado, la seriedad que le dan los ojos claros y la ingenua serenidad no dejan sospechar la fuerza de su experiencia interior, que se manifiesta con mayor contundencia precisamente en las distancias cortas. Tras la lectura, pasamos un agradable rato juntos.

Por la mañana, he ido a ver a Mimi Giustiniani y a su hermana.⁵⁸

Lunes, 11 de noviembre A mediodía, asisto al banquete de Harden. Me siento junto a Felix von Weingartner, amable, de ojos rasgados, pero un poco insulso. Wittmann, que normalmente se dedica a quejarse, sobre todo conmigo, hoy está encantador y se pone a contar batallitas de su estancia en París, y de Richard Wagner. Con el rostro enrojecido a causa del vino, rebosa juventud, y habla por los codos, achispado, con su ligero acento suabo. Presencio una discusión entre Benedikt y Harden inolvidable por su intensidad. Por último, paso un rato con Servaes.

Martes, 12 de noviembre Hoy, un poco de todo. Escribo un artículo para el suplemento cultural sobre Romain Rolland,⁵⁹ quien me gusta cada vez más. Después, ha venido a casa la señora Von Winternitz, cuya timidez y serenidad me atraen muchísimo. Es tan imperturbable en su desamparo, tan bondadosa en su sosiego, tan femenina en su inteligencia. No me atrevo a insinuarme: sólo serviría para estropearlo todo y a lo sumo obtendría una momentánea ilusión, mientras que la contención latente entre nosotros es inmensamente seductora. Paso la noche con Otto König hasta altas horas de la madrugada.

Miércoles, 13 de noviembre He estado trabajando en el texto de Romain Rolland. Por la tarde, voy a casa de Nelly Pins, la entusiasta de Lemonnier, y después trabajo otro rato y pongo orden.

Jueves, 14 de noviembre Con Max Zweig, cuya novela corta es tan genial que asusta.⁶⁰ Hemos hablado de ello un buen rato. Después he ido a casa de los Rosenbaum, donde he conocido a Crüwell,⁶¹ un tipo que me ha parecido francamente antipático, falso, arrogante y que, cómo no, se siente relegado. Por lo demás, no me parece un poeta, a lo sumo es un polígrafo.

Viernes, 15 de noviembre Viene a verme Robert Friedmann,‡ un caso perdido, un hombre débil, desalentado por su padre. Después, voy a casa de Lili Marberg, encantadora, completamente distinta del resto. Melancólica, insatisfecha con su entorno, quiere acercarse a nosotros y no se da cuenta de que nuestra reserva es mera timidez. Aprecio muchísimo su gran humildad y su extraordinario tacto, tan humano. Parece agotada, se nota que ha dejado atrás la vida amorosa y que la actuación teatral le parece un insulso sucedáneo. Por la noche, con los amigos.

Sábado, 17 [= 16] de noviembre Trabajillos de poca monta, veo a gente; después, quedo con Hfdks.‡ En conjunto, un día desperdiciado. Me tiene inquieto el viaje.

Domingo, 18 [= 17] de noviembre Últimos preparativos. Por la noche, asisto a la lectura pública de Gerhart Hauptmann.⁶² Apariencia majestuosa, más apuesto que nunca desde que el cabello no le cubre la frente y le deja el rostro despejado. Da mucha profundidad a la lectura y, mientras, mueve la mano de un lado a otro, sin parar, como si quisiera hacer volar las frases, o

cierra el puño, lo alza, como si quisiera brindar apoyo a la voz, algo áspera y débil. Lo que lee me aporta poco: el *Odiseo* es un epígono, excepto la escena de la anagnórisis. Además, el lenguaje es poco elaborado, y los versos, oscuros y confusos. Después, el banquete.⁶³ Vuelven a presentarnos y es muy cordial. Da gusto ver esos ojos claros mirarte, serenos y nítidos, con una sonrisa. Se dirige a mí con mucha cortesía y, como si de pronto se percatara de la futilidad de las palabras, me invita a Berlín y a Agnetendorf. El banquete es un rotundo éxito, está todo el mundo: los Schönherr, Schnitzler, sólo falta Hofmannsthal, que no ha podido acudir por culpa del asunto, realmente escandaloso,‡ con Salten. Aunque no todo lo que dice sea verdad, habla bien, y eso lo disculpa con creces. Girardi canta fabulosamente los cuplés de Bauer, y al final Gerhard Hauptmann responde, con bastante torpeza, sin levantar la mirada del papel. No obstante, es bonito ver cómo escucha, visiblemente interesado y evitando cruzar la mirada con nadie. Al terminar, Salten me pregunta si podemos hablar para explicarme su ataque e intenta negar cualquier hostilidad. Yo permanezco muy frío, no le sigo el juego de tratar de acercarse mediante palabras amables, marco claramente las distancias. Le reprocho su conducta e incluso termina dándome la razón. También mantengo una conversación con Kalbeck, muy conciliadora. Después, voy al café con Schönherr y Girardi, nos divertimos de lo lindo. Schönherr cuenta un par de anécdotas jugosas, todos derrochamos vitalidad y estamos muy contentos. Una velada muy agradable.

Lunes, 19 [= 18] de noviembre De buen humor por haberme sacado de encima todos los pendientes, y por la tarde parto a Dresde.

Martes, 20 [= 19] de noviembre Dresde. Me quedo dormido en el coche cama. Llego tarde a la cita con Camill [Hoffmann], pe-

ro nos vemos al cabo de un rato en el café. Después, en el concierto sinfónico‡ que dirige Schuch en la Galería de Pinturas. Más tarde, después de comer, voy a casa de Wiecke con Camill [faltan cuatro páginas arrancadas]

Lunes, 2 de diciembre [de 1912] He puesto orden y resuelto asuntos pendientes. Luego voy a Schönwiesen,⁶⁴ que por algún motivo extraño me gusta. La perspectiva de Múnich me produce horror, querría marcharme a algún lugar luminoso y tranquilo donde poder trabajar.

Martes, 3 de diciembre He enviado un poemita a Friderike, que mañana celebra su cumpleaños. Después pulo algún pasaje, retoco algunos versos‡ y despacho toda la correspondencia. Cartas, cartas y más cartas.

Miércoles, 4 de diciembre He ido a casa de los Giustiniani, que me dan mucha pena, sobre todo porque niegan lo ocurrido. Todavía no he asimilado del todo esa catástrofe, los sigo viendo en su lujo y en la felicidad pueril con que vivían. Después ha venido a casa Friderike Maria para celebrar su cumpleaños: un encuentro muy alegre y ardoroso que pone las cartas de la lujuria cada vez más al descubierto. Qué espléndido juego de Hélène Fourment junto a la chimenea.⁶⁵

Jueves, 5 de diciembre He puesto orden y al atardecer parto a Múnich (de mala gana).

Viernes, 6 de diciembre Llegada a Múnich al amanecer. Esperaba ver a Kosor, pero no ha llegado. Una vez llego al teatro, encontrarme al asesor artístico y al director general es como un jarro de agua fría, pese a que me tratan amablemente. El ensayo es espantoso, y los actores, la descortesía en persona, a excep-

ción de Jacobi. Me sacan de mis casillas el sacerdote franciscano en la platea, un par de oficiales y el director del teatro que, de tan reservado, no abre la boca... Como la rabia y la impotencia al verme rodeado de esa tropa me enfurecen decido ir a ver al librero de viejo Hirsch, la única persona sensata, y luego me echo un rato confiando en que el sueño disipe el mal humor. Aborrezco tanto esta ciudad que ni siquiera he probado bocado desde primera hora de la mañana. Para colmo mi conferencia. ‡ Nadie viene a recibirme, ni Henckell, ni Weigand, ninguno de esos miserables están ahí. Al menos asisten unas cuantas personas a las que les gusta mucho mi conferencia. Está Dora Hohlfeldt. Más tarde, acudo al seminario de Kutscher, donde por fin me lo paso bien. Kutscher, sentado a una larga mesa con los estudiantes, cada uno con su cerveza delante, y la sala llena del humo de las pipas, mientras Wedekind lee en voz alta pasajes de *Rabbi Esra*⁶⁶ y la novela corta sobre el pirómano.⁶⁷ Lo observo con atención mientras lee: la expresión del rostro muy serena; humedece continuamente los labios, finísimos, al hablar; la voz, grave y queda; todo su ser transmite una prudencia y circunspección que revelan su sensibilidad. Los ojos y el cabello grises le dan a su aspecto una especie de toque inglés, un extraño aire de predicador y bufón a un tiempo, que recuerda a E. T. A. Hoffmann. Cuando hablas con él, te mira inquisitivamente y hace una breve pausa antes de replicar. Me siento junto a él y a Friedenthal, recibidos por los estudiantes con un ruidoso zapateo de alegría. Por la noche, nos dan las tres de la madrugada en el Rathauskeller. Me doy cuenta de que todos odian a Hauptmann y están enfadados por la crítica, hay que andarse con cuidado. Por fin me siento más tranquilo y respiro aliviado.

Sábado 7 Por la mañana salgo a pasear con Kosor y [Stefan] George, y luego voy a casa de Hohlfeldt. Por la tarde salgo a pasear de nuevo y me encuentro con Gisela Etzel, quien me

hace confidencias. Por la noche, ajedrez con Roda Roda, un tipo encantador, y luego acudo al estreno,⁶⁸ que empieza bien, pero termina con división de opiniones y me aburre sobremedida. Cena en casa de Kilian, donde Weigand, para variar, me trata con suma frialdad e insolencia (no me dirige la palabra). También están Hagen, Swoboda... Sólo pienso en subirme al tren, y por fin parto feliz a Viena. Me despido de esta obra, que ya me repugna.

Domingo, 8 de diciembre Viena, correspondencia, duermo toda la tarde y paso la noche con amigos. Por fin respiro tranquilo.

Lunes, 9 de diciembre He trabajado, corregido y despachado bastantes cosas. Ahora no hay nada que me impida dedicarme a mi obra, el camino está despejado.

Martes, 10 de diciembre Por la mañana viene a verme Wolfgang Schumann, joven alemán torpe y simpático. Me acompaña a la estación de ferrocarriles. Una vez en el tren, me encuentro tanto con Terramare, que me llena la cabeza de montones de confidencias, como con Wildgans, honrado y diligente, quien está trabajando con tanto tesón últimamente que le sale humo de la cabeza y me resulta muy envidiable. Mantenemos una larga y grata charla. El aire es tibio y limpio, y respiro una feliz tranquilidad.

Miércoles, 12 [= 11] de diciembre He empezado la novela corta *Confuso recuerdo*.⁶⁹ Me reúno con Wildgans, que tan bien me cae, y acepto las obligadas interrupciones de los vecinos. El aire tibio y las vistas me redimen maravillosamente.

Jueves 13 [= 12] Avanzo poco a poco con la novela corta. Me aborda la señora Goldschmidt,‡ una mujer incomprensible, die-

cisiete años menor que su esposo, motivo por el cual está en tratamiento con Freud; sin embargo, le falta valor para lanzarse y actuar, por sus inhibiciones y... habla en sueños, lo que sería un buen tema para una novela. Me cuenta cosas graciosas de su noviazgo auténticamente judío, que sus hermanas, ya casadas, le dijeron entre risas que debía prepararse porque al día siguiente un tal señor Goldschmidt quería verla en Nauheim, a lo cual ella respondió horrorizada: «¿En serio quieren prometerme ya?!».

Viernes 23 [= 13] Terminado el esbozo para la novela corta. Paseos. Wildgans me lee en voz alta su obra de teatro (demasiado simple).⁷⁰

Sábado, 24 [= 14] de diciembre He empezado un poema, uno de largo aliento, «Los insomnes».‡ Se lo debo a la señora Goldschmidt,‡ que de vez en cuando me brinda inspiración.

Domingo, 15 de diciembre Continúo trabajando en el poema y pensando en nuevos proyectos: *Ifigenia*⁷¹ y una comedia de familia sobre Richard Wagner,⁷² que me ha inspirado la obra de teatro de Duhamel *Dans l'ombre des statues*.⁷³ Más detalles en su momento.

Lunes 16 Paseos. Regreso a Viena.

Martes 17 Con Wolfgang Schumann, hombre inteligente pero obstinado, y con su seca esposa. Trabajo un poco y paso la noche con mi querido Felix [Braun].

Miércoles 18 Almuerzo en casa de Wassermann. Me gusta lo que dice sobre la gramática como puntal; después, con una admiradora, Adele Popr.,‡ a quien he mortificado sin darme cuen-

ta. Desde hace dos años, me conoce o me ama, concretamente desde el hotel Metternichhof de Baden; al fin reparo en la fuerza de aquellas miradas penetrantes y en cómo aquello que para nosotros no es más que un juego, para otros es realmente serio. La señora Goldschmidt‡ me habla de sus hijas y de lo mucho que les había afectado el piropo de un individuo al pasar junto a ellas: «Pero qué niñas tan bonitas». Pese al comentario, correr el peligro sigue siendo tentador. Por lo demás, es muy mojigata, porque vive muy aislada, no demasiado inteligente y sentimental, lo que la hace peligrosa. Debo evitar implicarme sentimentalmente con ella.

Jueves 19 Hoy hago un poco de todo, preparativos navideños. Por la noche, en casa de Ernst Benedikt, cuyo libro me interesa mucho.⁷⁴ Un ser desgarrado por dentro, pero con una gran capacidad de concentración.

Viernes 20 Hago diversos recados y salgo a pasear. De trabajo, sólo minucias. En mi interior, sin embargo, empieza a cobrar forma la novela de la bailarina.‡ Por la tarde, vienen a visitarme Gerasch y Setzer, estamos todos muy contentos y de excelente humor.

Sábado 21 Por la tarde encuentro con Friderike von Winternitz. De nuevo es muy halagüeño estar con ella, pero tengo que evitar a toda costa el peligro de que la relación se decante hacia el terreno sexual. Los paseos juntos son hermosos y lo cierto es que conversamos estupendamente: tal vez se deba todo al arte de hacerse entender. Las mujeres son capaces de comprenderlo todo, de lograr que les expliquemos todo. No obstante, la cuestión es cuánto dura tal comprensión, si no se ofusca y se enturbia muy pronto. Friderike es una mujer tan delicada que uno teme que la ternura o cualquier otro sentimiento la abruman. La próxima vez, le dejaré claro que perdemos demasiado. No hace

mucho me di cuenta, de un modo extraño pero con inmensa claridad, del problema de la condición femenina y la masculina: a nosotros nos mueve la anticipación del placer y la extenuación que acompaña a la consumación; a ellas, el placer retrospectivo, pues les falta imaginación. Las mujeres viven hacia atrás, nosotros hacia adelante, por lo cual ellas, casi siempre, tienen mejor memoria.

Domingo 22 Quería ir al campo, pero finalmente me he quedado dictando *Rubens*,⁷⁵ y por la tarde he hecho una siesta. A veces me tumba el agotamiento. He pensado mucho en *Ifigenia*.

Lunes 23 He puesto orden. Se ha publicado mi ensayo sobre Romain Rolland,⁷⁶ que incluso a mí me gusta. Por la noche he ido al Burgtheater a ver *El cuento del lobo*⁷⁷ (inteligente, lleno de ocurrencias y de detalles banales muy ingeniosos); después, una agradable velada con Paula Silten y Hans Müller. Nos reímos mucho y a gusto.

Martes 24 Agenda navideña. Día perdido.

Miércoles 25 Lectura de periódicos y artículos, nada de provecho.

Jueves 26 La carga del día festivo. Terminada la traducción de *Rubens*, una sensación de liberación que reconforta. Por la noche, le he contado a Feld mis nuevos proyectos.

Viernes 27 Hasta la Nochevieja, aprovecharé para despachar toda clase de asuntos menores, nada serio. Cierre del año con un balance no demasiado halagüeño: en lo esencial, he sacado rédito del trabajo anterior, he consolidado mi posición ante el público. Pero he producido poco, y encima lo poco que he es-

critico está por terminar. Sin embargo, me han surgido proyectos muy ambiciosos y tendré que trabajar con tesón para poder cumplir con lo prometido. No me faltan voluntad ni capacidad, el problema son más bien las fuerzas, ya que en ocasiones me asalta una ataraxia casi patológica. Además, Viena también me paraliza. Tengo grandes esperanzas puestas en París, espero no engañarme.

1.º de enero [de 1913] Con Ernst Peter Tal, que se ha convertido en todo un personaje entrañable y parece tener mucha importancia en su cargo.

2 de enero He empezado un artículo sobre Gustav Falke,⁷⁸ creo que me está quedando bien. He estado leyendo bastante y releiendo todo Romain Rolland.

3-4 de enero Hoy me dedico únicamente a hacer planes. Ahora lo tengo claro:

La novela de la bailarina virginal,‡ que podría convertirse en una colorida novela de una gran belleza.

La vieja tragedia en prosa.‡

Lo nuevo (inspirada en la obra de Duhamel *Dans l'ombre des statues*).⁷⁹

El ciclo de poemas «Die Herren des Lebens» ('Los señores de la vida').⁸⁰

*La antología francesa.*⁸¹

Ifigenia, el drama o la ópera.

Todo esto sería suficiente, para empezar. Y yo sería feliz si durante el año consiguiera terminar al menos la mitad. Fuerza, mucha fuerza y paz interior.

Domingo 5 Paso la tarde en Baden. Episodio que se repite la primera vez que vuelvo a Baden tras una larga ausencia. El cariz infantil de la situación, sin embargo, me resulta extraño. Esta vez, lo es doblemente porque tengo ayuda, aunque no sirve de mucho. En el tranvía de regreso a casa, un grato episodio con una señorita con quien coqueteo y responde tímidamente, hasta que de pronto, en la estación de Inzersdorf, sube un joven que la saluda y cuya compañía parece darle confianza de inmediato. Ríe cuando le muestro la tarjeta de visita donde he anotado mi número de teléfono y, pese a que el joven, sorprendido, le pregunta por qué ríe, ella responde con evasivas. Seguimos así todo el trayecto hasta que, finalmente, al bajarse ella me ofrece el manguito donde deslizo veloz la tarjeta y, de nuevo, el joven le pregunta por qué ríe.

Lunes 6 Paso la tarde con Rittner y Lucka en casa de Servaes, quien nos lee una farsa realmente graciosa; por la noche, con Hans Müller, Kramer y Pepi Glöckner, que pese a ser divertidos me parecen de una soberbia espantosa. ¡Qué pandilla insoportable de comediantes!

Martes 7 Recibo la puntual llamada de la dama de Baden y nos citamos para mañana... He trabajado bien, aunque, lamentablemente, en cosas irrelevantes, todo ensayos, y echo de menos la poesía.

Miércoles 8 La dama de Baden o el quebrantamiento de los votos matrimoniales. El asunto se precipita a una velocidad vertiginosa. De nuevo la historia del marido impotente. No soy, por cierto, su primer desliz. Por la noche, acudo a la Neue Wiener Bühne,⁸² a ver la atroz obra *Aglavaine*,⁸³ que me repugna por su exhibicionismo sentimental y la torpeza interpretativa.

Jueves 9 Trabajo y salgo a pasear. No he terminado nada. Ataraxia. Tan sólo disfruto corrigiendo porque puedo dar rienda suelta a la fantasía, que se desperdicia en forma de ensoñaciones.

Fines de febrero [de 1913] Diversas circunstancias me han impedido continuar llevando el diario con regularidad. Quiero revisar retrospectivamente lo ocurrido en las últimas semanas. Sobre todo la escapada al Semmering, donde tan intensamente disfruté de la naturaleza y trabajé un poco. En primer lugar, he retocado la novela corta y, sinceramente, me gusta mucho cómo ha quedado, y también he escrito un par de cositas más. De las personas con quien coincidí allí, Zerline Balten, con quien me entiendo a la perfección. Es una mujer de una sinceridad e impudicia extraordinarias, pero sin una pizca de cinismo, de una bondad ilimitada, e incluso con cierta tendencia a la desdicha en materia erótica. Precisa compadecerse para excitarse eróticamente y hasta ahora prácticamente sólo ha estado con hombres que la necesitan. Lo que me cuenta sobre sus relaciones (interesantísimo para mí) es el reverso de aquellas historias que sólo describen lo agradable y seductor, pero jamás la tragedia de los neurasténicos desesperados que huyen de su familia para refugiarse en los brazos de una mujer. El tipo que en dos años no hizo sino gimotear y mortificarla con lamentos era quien la mantenía. Finalmente, la familia pagó 50000 coronas para alejarlo de ella. Zerline es una mujer auténtica, apasionada, bondadosa e inteligente, pero sin interés por asuntos más serios.

Segundo episodio, el de la pequeña Frie...,‡ éste con su institutriz, esa criatura traviesa a la que fuerzo al erotismo hasta que accede con mirada curiosa, pero sin entender del todo. Después, el hipnotizador, muy interesante y asombroso, pese a que su cháchara pomposa me parece una banalidad. Sin embargo, la mirada penetrante, la concentración de toda la energía in-

terior gracias a la morfina, el inaudito virtuosismo y el poder que ejerce sobre las mujeres hacen de él un personaje interesante. Conversaciones con Ernst Benedikt, tan inteligente como confuso; y el paisaje y las largas horas de cielo despejado en los parajes donde la nieve se derrite exhalando el aroma de los capullos que aguardan la floración.

Al regresar a Viena se apodera de mí el agotamiento. *La caja de Pandora*, sensacional, con la actuación de la Eysoldt,⁸⁴ y *Nju*,⁸⁵ esa pieza sobrecogedora, y la comedia más bien floja de Auerheimer...⁸⁶ Más allá de eso, he leído *La Anunciación a María* de Claudel, fantástica.⁸⁷ No he trabajado ni un poco. En Viena me siento absolutamente estancado. Tengo la mirada puesta en París. [-] Charlo con Bartsch—un auténtico presumido, auténtico y presumido de su auténtica pasión—, y con Klitsch en casa de Ginzkey. Buena velada [-] Se me han ocurrido dos nuevas ideas: para una novela⁸⁸ (chantaje como coacción para obtener la confesión) y para un diálogo‡ entre la ramera y el oficial para la Eysoldt. Quiero escribirlos pronto, ambos.

Schönbrunn.

Viaje a Praga, Dresde, Leipzig. Veo a Kippenberg y lo dejamos todo acordado; en Dresde, veo a Zeiss y hablamos de muchas cosas. También veo a Paquet, Hoffmann y Hegner. En Praga, estuve con el bueno de Victor en casa de su padre, ese hombre que es todo probidad y sabiduría, y también con Willi⁸⁹ y con Kvapil. Asimismo, hablé de negocios, todo ello un pretexto para huir de Viena.

Mientras tanto, un rayo de luz gracias a las sabias cartas que me escribe Friderike desde lejos. Son de un afecto y una entrega que me hacen preguntarme por qué Dios ha querido obsesarme a mí, una persona indigna, dada la frialdad de mis sentimientos, la disipación de mi vida y el terrible estancamiento de mis ambiciones. Este afecto debería ayudarme, si no soy un caso del todo perdido. Si la estridente voz interior enmude-

ciera, si la inquietud que me acosa se disipara y volviera la luz, tal vez aún podría... Pero lo dudo. París será una prueba.

Y después, ese día en que mi suerte fue puesta a prueba del modo más espeluznante y que, quizá por última vez, ¡consegui superar con éxito! No es preciso que lo describa porque es inolvidable. El domingo 23 por la tarde, recibo la insospechada visita de Lily Rosen,[‡] que quiere «mostrarme unos poemas». Por la noche, tengo previsto ir a ver *El príncipe de Homburgo*,⁹⁰ pero antes salgo a pasear por el Schönbornpark⁹¹ y entonces ¡ocurre! Lo más espeluznante es que no he sentido *absolutamente* nada. En un momento en que otro se habría desmoronado ante semejante presión, en un momento en que mi vida entera, mi existencia toda, estaba en juego y ya perdida... después del primer instante de desamparo, tan sólo me invade un inmenso sosiego. En el teatro, me olvidé de *todo*, y al terminar la obra regresé a casa alegre y dormí como un tronco. Me pregunto si es persona quien no siente nada de nada, quien es capaz de tal indiferencia frente a la situación más espeluznante, puesto que no hay nada de heroísmo en ello, sino tan sólo entumecimiento. En serio, a una persona semejante no puede ocurrirle nada, pero ¿qué es una persona a quien ya nada «le ocurre»? Un cadáver, una máscara terrorífica como la de Dostoievski.

El erotismo me horroriza, porque no soy yo quien lo domina, sino él a mí. Mi propio virtuosismo me espanta. En el baile de máscaras del Volkstheater, me insinúo a una dama, una escultora, y antes de que se dé cuenta, a las cuatro de la madrugada está en mi casa, en mi cama. Me mira arrobada, como si yo fuese un espejismo, y veo el despertar de una mujer junto a un hombre de quien tan sólo conoce el cuerpo, aunque profundamente. Es toda una alemana del norte, usa las típicas frases idealistas y se muestra orgullosa de su audacia, a juzgar por cómo le avergüenza arrepentirse o cómo se arrepiente de avergonzarse ante mí. Y, por la mañana, se acabó... como si nada hubiera ocurrido.

Aquella voz lejana que me llama... ¿Conseguirá despertarme de mi apatía? Le hago caso tan rara vez, a ella que siempre piensa en mí y es pura bondad, que me pregunto si todavía puedo despertar... París es mi esperanza, el silencio se impondrá al ruido.

Lunes, 3 de marzo [de 1913] Llegada a París por la mañana, después de un viaje sin incidentes. Por desgracia el Hôtel Voltaire resulta, a la larga, inadecuado y anticuado, es caro y muy ruidoso. El edificio tiembla de arriba abajo cada vez que pasa un ómnibus traqueteando con estrépito. Es horrible lo ruidoso que se ha vuelto París por culpa del tráfico constante, las calles apestan a gasolina y cruzar de una acera a otra es una proeza. Salgo en busca de alojamiento, pero no lo encuentro. Un extraño instinto retrospectivo me conduce a la rue Victor Massé,⁹² donde todo está decadente. Sin embargo, qué intenso es el recuerdo. De modo que lo único que hago es perseguir recuerdos, prácticamente sin buscar ninguna nueva experiencia. Por la tarde, me voy a visitar Saint-Cloud (el trayecto hacia el norte de París es precioso). También aquí está todo igual que entonces, ¡tal vez demasiado! *Le bon maître*⁹³ me recibe con el mismo cariño, me muestra sus manuscritos (el primero de ellos es su mayor orgullo), y hablamos de diversos temas. Después llega Tribout. Por la noche acudo a los cafés del Quartier Latin. En realidad, sólo en ellos me siento a gusto. El habitual broche de oro del primer día transcurre con mucha alegría y fugacidad. Y, de regreso al hotel, la suave brisa, delicada como la tez de una mujer. Tengo fe en mi trabajo y la verdad es que hoy me ha costado dejarlo de lado.

Martes, 4 de marzo Corrijó Verhaeren⁹⁴ y al terminar salgo a buscar alojamiento, tarea sumamente agotadora en esta ciudad. Encuentro, por fin, un pequeño hotel, el Beaujolais, cuya gran ventaja es que da a los jardines del Palais Royal, no a las calles

terriblemente ruidosas. Las instalaciones no parecen demasiado cómodas, pero creo que me quedaré sólo por el silencio. He paseado bastante por la ciudad, por el Bois, donde no había ni un alma, y regresado en el ómnibus de Étoile a Avenue de Friedland, de un lujo insólito, al que creía ser inmune, pero la inagotable profusión de placeres trastorna a cualquiera. A ello se suma el resplandor de las tiendas, que exhalan luz y colores (¡qué poema!), flores, encajes... Más tarde, un encuentro extrañamente desconcertante con un inglés, que me recordaba de forma inquietante al pastor de *La caja de Pandora* de Wedekind, tras el cual vuelvo a los cafés del boulevard Saint-Michel. Quería ir a la Comédie Française a ver la obra de Molière, pero los entreactos me resultan demasiado largos yendo solo y tener que atildarme me aterra. Prefiero pasear por el Sena, junto a las aguas que fluyen como metal fundido desprendiendo destellos rojos y verdes. Reina en el río la atmósfera de oscuridad y misterio que más amo en el mundo. Por ahora la soledad de este lugar me ha despertado el alma y sólo pensar que he de ir a ver a los Brettauer me echo a temblar.⁹⁵ Ojalá todo siga como hasta ahora y mi única compañía sea la placidez de esta atmósfera casi poética.

Miércoles, 5 de marzo Por la mañana he ido de acá para allá buscando alojamiento hasta que finalmente, al mediodía, me he decidido a toda prisa por el Hôtel Beaujolais. Por ahora no me arrepiento, parece un lugar muy tranquilo y a nadie le preocupa lo que hace el prójimo, lo cual me encanta. Por la tarde, callejeo hasta la extenuación física y mental, y termino desembocando en Montmartre, donde me meto en el inmenso cine Gaumont con una chica. Contemplar al público me parece una experiencia realmente incomparable. Al terminar pasamos un rato juntos y vuelvo pronto al hotel, donde me embebo del exquisito silencio del jardín real.

Jueves, 6 de marzo Por la mañana quedo con Guilbeaux. Se ha vuelto un anarquista radical, más por desesperación financiera, creo, que por convicción, aunque lo cierto es que siempre ha sido muy temperamental. Después de comer, voy al Louvre, donde sólo me impresionan realmente (de nuevo) Mantegna y los alemanes. Luego vuelvo al hotel y por la noche ceno con Guilbeaux. Me cuenta cosas interesantes sobre anarquismo, aunque no percibo el menor éxtasis interior, sólo una ira que, como un revólver, dispara a ciegas en cualquier dirección.

Viernes, 7 de marzo A primera hora trabajo en la novela corta,⁹⁶ que avanza muy bien. Después de comer, voy al Museo Carnavalet, donde me deja fascinado la máscara mortuoria del duque de Reichstadt, un rostro inolvidable donde se combinan de forma asombrosa los labios gruesos de los Habsburgo y la nariz aguileña de Napoleón, un rostro audaz y en absoluto enfermizo. Flaubert, a su lado, un inmenso burgués en el momento de la muerte; Sainte-Beuve,⁹⁷ de facciones más finas, como cinceladas; y Victor Hugo, un rostro ya desdibujado. Largo paseo al atardecer, de un extremo a otro de la ciudad, y en el boulevard, un desconcertante encuentro con P.,‡ que, contra todo pronóstico, se declara muy feliz. Me recojo pronto y me acuesto a buena hora.

Sábado, 8 de marzo Por la mañana trabajo (muy poco), y por la tarde salgo a dar un paseo y vuelvo a mi habitación con una chica muy simpática que conozco en el metro, sin que ocurra nada serio. No alimento ningún deseo de esta clase, es mera curiosidad; quizá sea simplemente que paso demasiado tiempo solo como para no sucumbir al atractivo de tales aventuras, que en el fondo me dejan indiferente y nunca continuo, sino que dejo morir (tomo la dirección, pero jamás escribo). Después quedo con Balzaguette, la honradez en persona, y vamos a casa de Verhaeren, donde también se encuentra monsieur Heu-

mann,⁹⁸ un literato insignificante sin méritos propios. Verhaeren, insuperable en su vitalidad. Acaba de visitarlo un poeta de dieciséis años con su prima, algo que siempre le alegra, pues es un enamorado de la juventud. Nos habla de la visita de dos poetas japoneses con sus respectivos intérpretes, y de los regalos que le ofrecieron. Hablamos bastante de Rodin, Claudel y de muchos otros temas artísticos. Como siempre, me recojo a buena hora y avanzo un poco con mi novela corta.

Domingo, 9 de marzo La mañana desperdiciada. Después de comer, acudo a casa de la señora Brettauer, donde hay muchísima gente, aunque el único que me interesa es el joven compositor italiano Malipiero. Después doy un paseo. Por la noche voy al teatro La Cigale con dos señoritas (Marcelle y Suzanne) a ver una revista que me divierte muchísimo. Es una lástima que me incomode ir solo al teatro en París, aunque siempre acaba uno encontrando compañía.

Lunes, 10 de marzo Por la mañana, poca cosa. Por la tarde he terminado el poema de la golondrina,⁹⁹ aunque no estoy seguro de que haya quedado bien. Después viene a verme Romain Rolland. Ha envejecido, habla en voz baja y con prudencia, sin obstinación, y es precisamente su templanza la que parece llena de fuerza. Los ojos, de un delicado color gris que los quevedos no enturbian, la nariz muy delgada, todo él esbelto, un poco ascético. Conversamos de muchas cosas. Me habla de Tolstói, cuyo diario ha leído, el documento más grandioso de un martirio, y me habla de la carta con que Tolstói le respondió, cuando él aún estudiaba en l'École Normale,¹⁰⁰ en un momento en que se debatía íntimamente. Por ello, y como autor del *Jean-Christophe*,¹⁰¹ siente la obligación de responder personalmente siempre que le escriben, de no dejar a nadie sin respuesta y de ayudar en todo momento. Me habla mucho de las tendencias generales de la juventud, que lo inquietan, y encomia el entusiasmo de las

nuevas revistas que se sostienen exclusivamente gracias a inmensos sacrificios, elogia especialmente a Bloch. Considera que Paul Fort (después de Verhaeren, naturalmente) es el mejor poeta, junto con Suarès. Claudel le parece demasiado rebuscado, aunque va bien encaminado. Es fascinante lo polifacético que es este hombre, su entrega a sus diversos intereses, lo que —mucho me temo—paga con su salud. Ha renunciado a su plaza de profesor porque las lecciones magistrales significan para él, necesariamente, una banalización del trabajo. En este sentido Henri Bergson le ha servido de ejemplo del peligro que corre (todo el mundo está de acuerdo en París). Charlamos a gusto, pero tenemos demasiado trabajo para poder ponernos al día con calma. Después, paseos y clausura en el boulevard. Por la noche aun saco tiempo para escribir cartas al ancho y lejano mundo.

Martes, 11 de marzo Almuerzo en Saint-Cloud con Verhaeren, Georges Tribout, demasiado sinvergüenza para mi gusto, y Poncheville, un poético historiador del arte muy simpático. Al terminar vamos a Versalles (hace un día de primavera indescriptiblemente plácido y despejado) para ver en el Pequeño Trianón todo lo que normalmente permanece cerrado. Maravilloso el pequeño teatro de María Antonieta, donde ella misma actuaba; los decorados del interior y el mobiliario son una auténtica joya, un juego de claroscuros. El *pavillon* y las *fermieres*, encantadores. Verhaeren es un observador sensacional, no deja de vibrar ni un minuto, se recrea en aquello que le gusta y sus conocimientos son tan detallados que nos deja a todos boquiabiertos. Hablamos de Víctor Hugo, del magnífico gesto teatral que le ha conferido Rodin,¹⁰² y de la fuerza que desprende, aunque su *pathos* parezca falso. Cuando llego al hotel me espera un sobre de Romain Rolland que me llena de felicidad: me manda la carta de Tolstói (imponente, seria y solemne), además de su ensayo sobre la juventud y una recomendación para Suarès. Ro-

lland es la bondad en persona, siempre me hace pensar en Jens Peter Jacobsen.¹⁰³ Paso la tarde con Marcelle, quien me cuenta historias encantadoras de la modista. Dicho sea de paso, no ha sido precisamente afortunada: su marido, *vendeur aux halles* [‘vendedor del mercado de abastos’], la trataba brutalmente porque ella no le daba lo que ganaba (por lo visto, mucho). Es una mujer insaciable y consigo triunfos de puro éxtasis.

Miércoles, 12 de marzo Desgraciadamente no he sido muy productivo, sólo he leído y después he ido a pasear por el boulevard Saint-Michel. Los versos de Desbordes-Valmore¹⁰⁴ me causan una gran impresión. Voy a ver a su tienda a Vildrac. Es un hombre tranquilo, aunque poco cordial, adolece de la falta de temperamento que también delatan sus libros. Por él me entero de la llegada de Rilke, ojalá coincidamos. Después voy a la librería de Charavay,¹⁰⁵ donde descubro admirado los manuscritos de Stendhal,¹⁰⁶ su testamento y, en el catálogo de fichas, el manuscrito de Verlaine que persigo desde hace años y que quiero conseguir y conseguiré *coûte que coûte*.¹⁰⁷ Por la tarde viene a verme Mercereau, un tipo sagaz, amable y de un arribismo tolerable. Aunque me hace ilusión disfrutar de la compañía de la gente, declino sin dudarle la invitación a un banquete. Después, voy al ensayo general de *El combate* de Duhamel¹⁰⁸ en el Théâtre des Arts. No demasiada afluencia de público y los actores flojos. En cuanto a la obra, como siempre tratándose de Duhamel, tiene momentos y detalles muy buenos. En el ensayo me encuentro con Jules Romains, que me parece encogido, y cuyos ojos traslucen una confusión extraña. Se siente objeto de hostilidad general, y sospecho que no le falta cierta razón. Tras el tercer acto me escabullo: prefiero contemplar la animada vida del boulevard con una copa de burdeos que esos espectros líricos.

Jueves, 13 de marzo Por la mañana, el esbozo de una obra[‡] de teatro para homenajear a Zeiss. Después salgo a pasear y voy a ver (por compasión) al entrañable anciano y charlatán de Grünecke,[‡] tras lo cual vuelvo a casa y tomo apuntes. Por la noche, acudo a ver a la gente de *L'Éffort*.¹⁰⁹ Jean Richard Bloch, Bazalgette... El estilo de estas reuniones me encanta: una vez a la semana o al mes la revista reúne a sus colaboradores y a unos pocos invitados para charlar un buen rato, sin mujeres y de veras *sans façon* [‘en un ambiente distendido’]. Veo allí a Arcos, André Spire, muy simpático e inconfundiblemente judío en su cordialidad reconfortante, tan rara entre los franceses; veo también a Jean Richard Bloch, al pintor Doucet,[‡] a Gallimard,¹¹⁰ traductor de Hebbel, al joven alemán Schwerdtfeger,[‡] corresponsal del periódico colonés *Kölnische Zeitung*. Después, voy con Schwerdtfeger a pasear un rato por los bulevares.

Viernes 14 Por la mañana, poca cosa de provecho, cartas y más cartas. Al terminar, almuerzo con Grünecke. Recibo una carta cariñosa de Rilke, y otra de Suarès, casi grotesca por su altanería. Estos días no consigo poner manos a la obra. Por la noche, salgo con Marcelle al Folies-Bergère, y charlamos muy bien, aunque después todavía mejor. Es de una sinceridad encantadora: me confiesa que es la primera vez que le hacen una m.,¹¹¹ aunque prefiere no hablar del asunto. Sobre todo me fascina su excitación, que acrecienta la mía. Me siento tan liberado que tengo la sensación de que en París tal vez podría transformar esta tentación acuciante que tanto me dispersa en una conducta ordenada y saludable.

Sábado 15 Por la mañana, me acerco a la librería Charavay para recoger el manuscrito de *Fêtes galantes*,¹¹² que por fin he logrado adquirir. Qué extraña la anacrónica distribución del mobiliario y pertenencias de Charavay, anaqueles metálicos sin cerradura, objetos de gran valor, como lo de Stendhal, completa-

mente expuestos. Lo mismo en el *Mercur de France*,¹¹³ donde voy a continuación: la antigua casa de Beaumarchais también es un caos, sin teléfono, ni máquina de escribir... Primero hablo con Morisse, el traductor de mis novelas cortas, y luego con Figuière,¹¹⁴ que no me parece demasiado inteligente. Diría que quien mueve los hilos es Mercereau, un hombre activo e inteligente, estoy convencido de que llegará lejos. Después vamos juntos a la Maison de Balzac,¹¹⁵ muy conmovedora por el silencio, la soledad y las frases pintadas en las paredes, que aluden a su trabajo, hay pocas de la obra del autor. A continuación, visito al poeta ruso Balmont, de rostro curiosamente despejado para ser ruso: cabellera pelirroja y ondulada sobre la frente abombada, y la barba, puntiaguda y casi francesa; sólo los ojos pequeños y grises delatan su origen ruso. Me habla de sus viajes—por lo visto a ambos nos inspiran un sentimiento de libertad parecido—, de su predilección por Lenau, de Tolstói y también de Briúsov, su rival secreto. Balmont hace años que vive expatriado de Rusia (en parte debido a su traducción de Whitman) y no sabe si ahora podría volver porque algunos de sus escritos han sido tachados de blasfemos. Su esposa,¹¹⁶ canosa y huesuda como un jamelgo viejo, parece más bien su madre y me resulta menos agradable que él. Después me acerco a casa de Barzun, sencillo y amable, donde veo también a Tancrède de Visan, a Louis Mandin, un hombrecillo grácil, y a un par más de ese estilo, todos encantadores, aunque me temo que músicos flojos. Después, salgo de París para ver a Verhaeren, que está aún en el ensayo general de *Le Carillonneur*,¹¹⁷ al cual también me ha invitado la señora Rodenbach. Hablo con la esposa de Verhaeren, ambos nos alegramos por él: después de que la señora Rodenbach lo tratase de forma miserable y se distanciara de él durante años, ella le escribió una carta sinceramente cordial y ha acudido al ensayo general. Yo le doy a entender que no me gusta demasiado ver que Heumann y Tribout se arriman a Verhaeren y meten la nariz en todo lo que hace, de modo que jamás se le puede ver solo, algo no muy agradable para el visi-

tante. Ella me entiende y, sin confesarlo abiertamente, está de acuerdo conmigo. Pasamos una hora agradable. Verhaeren está de nuevo horrorizado por la hipocresía de la gente en un ensayo general. Después, cuando hojeamos antiguos papeles, encuentro una carta de Mallarmé con la hermosa frase: *On se croit mille étant seul* [‘¡Nos creemos mil estando solos!’], para expresar el poder sobre las masas; también una carta de Verlaine a Verhaeren de su época de católico (cuando Verhaeren escribía *Les moines*) y cosas por el estilo de tiempos pasados.¹¹⁸ Conservamos buenos recuerdos de amigos comunes y nos complace hablar de ellos. Heumann desaparece pronto, yo respiro y gozo por partida doble del ambiente de gran tranquilidad que nos rodea, nos reímos de la nueva cartera india comprada para los manuscritos y finalmente me doy prisa para no perder el tren. Por la noche, escribo un par de cartas y luego descanso de tanta gente y tantas cosas.

Domingo, 16 de marzo Nada de mucho provecho. Al mediodía voy a casa de la señora Brettauer, donde está reunida gente variopinta que no me interesa demasiado. Me siento completamente incapaz de relacionarme con la llamada sociedad. Después salgo a pasear y al regresar me quedo en casa leyendo a Victor Hugo, *La Légende des siècles*,¹¹⁹ una obra con una amplitud de miras de insólita fuerza, que por desgracia pierde intensidad por culpa de una locuacidad senil.

Lunes, 17 de marzo Vienen a recogerme al hotel Verhaeren, Bazalgette, Romain Rolland y Rilke y vamos a almorzar al Boeuf à la mode.¹²⁰ Rolland me recuerda mucho al retrato de Jens Peter Jacobsen. Su forma de hablar es increíblemente sosegada, apenas gesticula, sólo mueve los labios (muy pálidos y perfectamente delineados), y habla con un francés límpido, en absoluto afectado. Rilke, recién llegado de Ronda,¹²¹ está completamente bronceado, parece un chiquillo tanto cuando ríe co-

mo cuando gesticula. Su rostro es ordinario—la nariz de patata; los claros ojos, inexpresivos; la boca, sensualmente carnosa—, sólo las manos son muy delicadas. Al hablar usa imágenes poderosas. Nos cuenta su visita a la casa de Tolstói,¹²² y cómo en Moscú sondea a la gente conversando, y el relato del reluciente cristal de la puerta en el que tuvo clavada la vista hasta que Tolstói apareció, el paseo por el campo, el encuentro con el sencillo campesino, la ira de la condesa. Magníficas las anécdotas de España que cuenta Verhaeren, como la de los dos mendigos en el convento, que terminan ofreciéndole un trozo de queso burlonamente. También hablamos de la necesidad de crear una alianza europea y le propongo a Romain Rolland que escriba un diario como el de Dostoievski.¹²³ Su sueño es crear una revista internacional, pero nos oponemos a ello porque nosotros ya somos internacionales, sólo Francia está mal informada. Luego hablamos de animales y Rilke hace una descripción sensacional (un cuadro costumbrista) de un gato tomando el sol y Verhaeren de su gallinero en Caillou-qui-bique.¹²⁴ Ambos tienen una capacidad increíble para la observación de los menores detalles. Más tarde, ya en mi hotel, Rilke me habla de un fresco en Palermo, *El triunfo de la muerte*, y Verhaeren expone sus teorías sobre el origen de la pintura francesa. Es un auténtico placer tener juntos a estos tres hombres, que comparten la bondad y el genio; paso con ellos horas inolvidables en que percibo la vida en toda su plenitud. Me identifico por completo con Rilke cuando dice que cada vez que regresa a París se pregunta por qué viaja, si en París se encuentra todo en un solo lugar. Caminamos juntos un tramo en la misma dirección y acordamos volver a vernos. Tras despedirnos, me dirijo a casa de Suarès, en un bajo de la estrecha rue Cassette, una amplia habitación con vistas al jardín (necesita espacio, dice). Tiene un rostro redondo como el de Balzac, coronado por una frondosa melena negra peinada con la raya en medio; lleva perilla a la francesa, y sus ardientes ojos negros, inquietos, tienen algo estremecedor, como de ave nocturna. No descansan un instante,

se mueven de un lado a otro sin cesar, como una pelota acelerada por los nervios. Es muy amable, de una afabilidad apresurada y al mismo tiempo reservada. Me cuenta que se recluye en casa día y noche, a menudo pasa semanas enteras sin salir. Para media hora de trabajo necesita horas de preparación, según me cuenta. También es músico y este año quiere publicar algunas de sus piezas por primera vez. Es atroz escuchar las condiciones miserables en que ha vivido: durante muchos años sólo tenía ochenta francos al mes, de modo que perdió la costumbre de comer y nunca tuvo dinero para viajar a Bayreuth. Llevan años rechazando sus libros, jamás halló aprobación, vive, en parte, de la venta de sus manuscritos, un prodigio de belleza, más pintados que escritos. Discutimos sobre Mozart, a quien no considera capaz de sentir dolor profundo, lo cual es una coqueta alusión a sí mismo. También habla con mucho tino de Flaubert. Estoy convencido de que este tipo de vida alberga cierta grandeza y que su obstinación es en el fondo desesperación. Es insólito que hoy en día un genio como él viva aislado del mundo. Quiero hacer de veras todo lo posible por ayudarlo. Hablamos de la traducción de su libro sobre Beethoven.‡ Le creo cuando dice que le da miedo salir a la calle a causa de la multitud de impresiones, puesto que sus ojos lo devoran todo. Suarès niega su origen portugués, es bretón por la rama materna, por la paterna provenzal. No me quedo demasiado rato y nos despedimos muy amistosamente. Después, por la noche, quedo con Marcelle y libero toda la carga mental en el intenso juego físico hasta alcanzar la extenuación.

Martes, 18 de marzo A primera hora de la mañana hago recados y despacho correspondencia, y después del almuerzo voy a casa de Rilke. Vive en la rue Campagne-Première, que defrauda las expectativas, pero su casa está a bastante altura, es un estudio con una habitación contigua. Pocos objetos, al igual que en su vivienda de la rue Varenne: un cuadro antiguo, su blasón,

una librería; formidables el escritorio negro y el atril donde le gusta escribir, según me cuenta. Desde hace año y medio está agotado, tras concluir *Malte*¹²⁵ no ha vuelto a trabajar en nada, por razones íntimas, en parte, y por un cansancio y una congestión en la cabeza y los ojos. También ha abandonado las traducciones. En España ha estado, me dice, sólo por su obra, que bebe sobre todo de El Greco y Cézanne, pues más allá de esto está cansado de viajar. París le ofrece esa forma sublime de soledad que no lo oprime porque (hablamos del talante latino) permite un contacto muy directo. Hablamos de Kassner a propósito del Castillo de Duino,¹²⁶ donde la naturaleza, pese a ser exuberante, le resulta un poco ajena y es incapaz de apreciarla porque no se siente vinculado a ella, lo cual le resulta imprescindible. Me pide que le recomiende libros, no le gusta Claudel, pero sí, y mucho, el difunto Henri Franck y también *Découvertes* de Vildrac.¹²⁷ Conversamos sobre cartas, me habla de su correspondencia, de que algunos de sus intercambios lo han ocupado durante años y de la aprensión que le produce releer alguna entera. Confiesa que (incluso cuando escribe cartas) le resulta muy difícil expresar con objetividad lo que siente, por eso le sería imposible llevar un diario. Lo anota todo en una libretita y luego siempre pasa los poemas a un devocionario diminuto que me muestra: son todos sus poemas nuevos apiñados en un espacio muy reducido con su letra delicada pero siempre firme. Siento la necesidad de hablarle de Suarès: es increíble el sereno interés que muestra por todo, nunca se pone nervioso (como me ocurre a mí a menudo). Su carácter apacible y monacal contrasta con la severidad de su dedicación. Después salimos a pasear y a comprar algo de Suarès en aquella minúscula librería que le encanta. En ella sentimos toda la singularidad de Francia cuando nos dicen los precios elevadísimos de la primera edición de un poeta que jamás ha llegado a publicar una segunda, y nuestra conversación desemboca en todas las manifestaciones de la fama: la del escritor y la de la obra, pero también las manifestaciones de respeto hacia la fama. Me confiesa la admiración

que él mismo llegó a sentir por Zoozmann, y prácticamente descarta la posibilidad de una amistad entre artista y diletante, pues siempre tendría como premisa la falta de sinceridad. Habla mucho y con afecto de Rodin: me cuenta que el escultor ha cancelado las recepciones que daba y quiere vivir con más tranquilidad; Rilke no habla mal de nadie, es de una bondad extraordinaria y se interesa por mi trabajo casi con ternura. Nos citamos para un nuevo encuentro y a continuación me dirijo a casa de Verhaeren, donde coincido con Rysselberghe, con quien me llevo bien. También él se queja de que es incapaz de trabajar desde hace seis meses, y nos toca consolarlo como a un niño. Es el penúltimo día de Verhaeren, y somos muchos, aunque bien avenidos, en la estancia (a la que tanto le gusta venir a Rilke, ya que Verhaeren es, dice, la persona que más aprecia en París). Me marcho a regañadientes de ese pequeño espacio íntimo para dirigirme al Café des Lilas, donde se reúne la horda de jóvenes poetas: un caos de unas proporciones nunca vistas, cientos de mujeres y jóvenes gritones e impetuosos. Mercereau me presenta a un poeta japonés y un escritor ruso, antiguo marino en el *Potemkin* antes de Sebastopol¹²⁸ que sigue sentenciado a muerte. Más tarde converso con todos esos jóvenes, del primero al último, hasta que Paul Fort me atrapa y me abruma con su inmensa amabilidad. Es gracioso, delgado, de rasgos finos, nervioso y de una gentileza cautivadora con los jóvenes. Se expresa bien y con elegancia, aunque tal vez con cierta afectación a causa de la bebida, pues este hombre, ligeramente histérico, por desgracia se emborracha a menudo. Es una especie de epítome del francés. Moréas recibe a Verhaeren con la mayor admiración. Es realmente cautivador, estilizado como un efebo, los bellos rizos sobre la frente clara, los ojos límpidos, femenino en su masculinidad, un bohemio que recuerda a Verlaine (y también a Han Ryner, aquel afable anciano un poco chocho). Fort tiene algo seductor y, a pesar del desagrado que me provoca su embriaguez, lo sigo apreciando; también su esposa y su hija,¹²⁹ muy francesas ambas, me gustan. Me presenta a Chris-

tian Beck (que me inspira confianza y, pese a su actitud ruda, parece inteligente), y a dos conocidos más, de cuya conversación disfruto. Vuelvo tarde al hotel.

Miércoles 19 Día perdido. Como tengo dolor de estómago, me quedo leyendo en la cama: a Victor Hugo y a Suarès, que muy amablemente me ha enviado un libro. Paso la noche con Guilbeaux, pero no estoy en forma.

Jueves 20 Paso toda la mañana en la estación para despedirme de Verhaeren, que me da un abrazo y me llama *le plus charmant de ses amis* ['el más encantador de sus amigos']. Después, regreso al hotel, donde me aguardan los libros, las cartas y las anotaciones. Por la tarde, por fin comienzo a trabajar en el poema «Los insomnes». Creo que quedará bien. Entretanto leo al inmortal Maupassant, que vuelve a interesarme.

Viernes 21 Dedico la mañana a la correspondencia y menudencias. Por la tarde, muy animado, casi dejo terminado el poema. Al anochecer, voy al cine con Marcelle, que me cuenta cosas hilarantes de *tapettes*, *petites tantes* y *guigniolten* ['maricas, mariquitas y faranduleros'], la sugestiva historia de su amiga *Dépêchez-vous car je sors à la prochaine station* ['Apúrese, que me bajo en la próxima estación']. Es asombrosa la variedad de conocimientos que tiene en todos los campos gracias al trato con tales mujeres (el cual la protege de cometer las mismas tonterías que ellas). Tras el cine, vamos a mi hotel.

Sábado, 22 de marzo El *Berliner Tageblatt* me pide una contribución para el álbum de homenaje a Mosse¹³⁰ y echado en la cama, con Marcelle, compongo un aforismo que, no obstante, me toma su tiempo. Salimos a pasear juntos y vamos a ver Notre Dame, maravillosa. Preciosos los rosetones con la luz polícro-

ma que recuerda el frío colorido de las piedras preciosas. Las vistas de París desde las torres son nítidas, y apreciamos la extensión de esta ciudad inabarcable. Almuerzo con Marcelle y, cuando regreso al hotel, Romain Rolland me sorprende gratamente con una visita. Hablamos mucho de Suarès, cuyo genio reconoce Rolland en sus dos cualidades principales, el orgullo y la pasión, que conjugan un fervor bíblico en *Voici l'homme*,¹³¹ su obra más importante según él. Me habla también de su relación con la familia Wagner, que se rompió porque no escribió la crítica al *Bärenhäuter*.¹³² Rolland adora *Tristan*,¹³³ que le parece la obra de arte suprema. Conversamos sobre las diversas formas de la fama: como yo, él también la quiere como autoridad para hacer el bien. Sus ojos, habitualmente duros y penetrantes, adquieren en ese momento una mirada curiosamente dulce. Nunca se ha sentido insatisfecho pese a haber estado tan solo. Luego hablamos del antisemitismo en Francia, algo que también afecta a Suarès, y de la mala influencia de la Action Française. Este asunto lo tiene tan claro, tan meditado, que no necesita discutirlo, posee su propia visión de la vida y la realidad. Me pregunta muchas cosas de Alemania que conoce casi sólo intuitivamente y quizá más de lo que merecen conocerse. Después me reúno con Schwerdtfeger‡ el típico jovencito alemán: poco refinado, cargado de teorías y sin el menor interés por los asuntos políticos o de actualidad. Acepto la cita sólo para poder hablar alemán, oportunidad que también me brinda la visita de Müller.

Domingo (Pascua) Voy a pasear con Marcelle por el cementerio del Père Lachaise. No me parece que ese lugar tenga nada de extraordinario: es una apiñada ciudad de piedra. Después, vamos a tomar el aperitivo al Moulin, que está muy animado, tras lo cual vamos a mi habitación para un rápido esparcimiento. Por la noche quedo con Müller y vamos a un par de salas de

baile, que no me dicen nada en absoluto y tan sólo me aburren soberanamente.

Lunes 24 Recibo una enojosa carta de Kippenberg, que califica mi traducción del *Rubens* de «calamitosa». Me gustaría revisarla mientras estoy aquí. Si no tuviera tantas distracciones... cualquier otro despacharía eso en un abrir y cerrar de ojos. Para colmo, parece que sufro una especie de indigestión, porque hace días que siento esa pesadez que prácticamente me imposibilita trabajar, o me impide concentrarme, en todo caso. Apenas paseo, me limito a leer y descansar. No salgo hasta bien entrada la noche y regreso después de andar un buen rato sin rumbo por las calles de París.

Martes 25 He pulido un poco «Los insomnes», otro poco la novela corta, que ahora, tras dejarla reposar, veo con mayor claridad. Espero terminarla en breve. Por la noche me reúno con Paul Morisse, que cede, jesuíticamente, en todo y por lo tanto tiene poco interés conversar con él. Luego me reúno con Schwerdtfeger† en La Closerie,¹³⁴ donde me aburro, y más aún cuando nos honra con su presencia el repugnante Herwarth Walden. En el camino de regreso, mi malestar adquiere dimensiones eruptivas como no las había conocido jamás, y paso una *nuit blanche* [‘noche en blanco’].

Miércoles 26 Arrastro todo el cansancio de ayer, pero aun así consigo trabajar un poco. Por la noche, con Marcelle en Le President† y, después, en mi habitación. Cada día me gusta más por su bondad e inteligencia.

Jueves 27 Trabajo en la novela corta y en «Los insomnes». Por la noche, empiezo a corregir el *Rubens*. Hoy he salido poco, mejor dicho, no he salido en absoluto.

Viernes 28 Igual que ayer. He terminado «Los insomnes», pero no me gusta cómo ha quedado. Quizá tenga arreglo. Me parece que le falta unidad, está hecho a trozos, o al menos yo lo siento así. De nuevo ha sido un día muy tranquilo.

Sábado 29 Por la mañana, minucias. Después de comer, viene a verme Romain Rolland. Antes, no obstante, me sorprende gratamente la llegada de una carta de Rilke: me hace llegar el manuscrito de *La canción de amor y de muerte del alférez Christoph Rilke*¹³⁵ con afectuosas palabras. Todo tiene la regularidad meticulosa que caracteriza cada uno de sus actos. Rolland me cuenta recuerdos de César Franck, y luego vamos a ver la colección André,¹³⁶ una auténtica exhibición de buen gusto y de riqueza, un noble *foyer* en el viejo sentido de la palabra, una casa que confinó a sus moradores en la habitación de atrás, pues todo se consagró al arte. Inolvidable el joven Rembrandt, un «R. vert» [‘un Rembrandt temprano’] de una fuerza visual inaudita, también el Tiepolo, el prodigio de la representación y las exquisiteces del Renacimiento.

Por la noche me reúno con Marcelle, que me cuenta muchas cosas de su vida, más oscura de lo que yo creía. Ha tenido una fuerza extraordinaria para salir adelante, aunque sin duda la bondad la ha frenado. Las concesiones que hizo a su brutal marido al divorciarse y el apoyo a la familia la consumen, a ella, que lo tiene todo, incluida una considerable soledad. El orgullo de las mujeres que se valen únicamente por sí mismas peligra a causa de la falta de un hogar, de eso se da cuenta, siente el vacío de su existencia, el agotamiento de ganar dinero para gastarlo repartiéndolo. Su sueño sería tener un hijo para comenzar de nuevo y consagrarse a él en cuerpo y alma. Con cuánta lucidez se da cuenta de todo, y cuánto coraje el de las personas que se abren camino solas en la vida. Y qué sana la confesión desacomplejada de su necesidad de tener un hijo: me inspiran un

inmenso respeto las personas así. Vamos a un teatro de variedades para olvidar estos temas tan serios, y al terminar regresamos al hotel, donde por primera vez no tomamos ninguna precaución. Se estremece como si hubiera quedado embarazada, se inflama y jura estarlo, la idea la hace feliz, y también yo, curiosamente, me dejo arrastrar por la idea y el éxtasis. A la mañana siguiente, no obstante, me siento distanciado, pienso cuán lejos estoy y cuán atroz es para una mujer estar sola en esos instantes. Podría venir, perfectamente, en verano, dos semanas, y hacer otra visita en invierno, pero es muy poco tiempo para tanta distancia. Por ahora, debemos dejar que la cosa siga su curso, pero confieso que esta experiencia ha sido uno de los momentos más intensos de mi vida: el deseo consciente de un hijo, el resplandor de su cuerpo, de su ser entero, en el éxtasis de la entrega, la embriaguez de lo anhelado. Qué parecidas son ella y Friderike, qué figuras tan encantadoras y trascendentes me ha deparado el destino, para que, ante tal grandeza y consciente de su ductilidad, decida eludirlas (educadamente) en vez de abrazarlas con fuerza. Más tarde, por la noche, sopesaré el proyecto de mi novela corta: en relación con las mezquindades que cometemos con las mujeres: por ejemplo, a causa de las miradas de dos *cocottes* miserables en un restaurante (*voisin* ['vecino']), una mujer sencilla y abnegada (*maîtresse servante*)¹³⁷ pierde valor a los ojos de un hombre que, pese a avergonzarse de ello, finalmente la defrauda.

Domingo, 30 de marzo Paso horas enteras encerrado pensando en Octave.¹³⁸ Lluve y trabajo mientras Marcelle lee paciente y juiciosamente sentada en un sillón. Transcurren tres horas sin que ni ella ni yo nos cansemos, y es que la atmósfera de la vida en común posee mucha fuerza. Cenamos juntos y trabajo un poco tras haber concluido las correcciones del *Rubens*.

Lunes, 31 de marzo Paso solo todo el día, prácticamente sin salir. He trabajado, sobre todo, en la reseña del *Ravaillac*,¹³⁹ que no es tan buena como querría. Debería rehacerla para darle más fuerza.

Martes, 1.º de abril [de 1913] Trabajo en la reseña de *Ravaillac*. Por la tarde, voy a ver a Guilbeaux, que se encuentra mal, sin duda en gran parte por su culpa. Después, con Schwerdtfeger†. Por la noche concluyo la reseña.

Miércoles, 2 de abril A mediodía voy a ver a Romain Rolland a su buhardilla en una quinta planta, austeramente angosta pero con vistas al jardín. Vive como un estudiante en ese cuartito (que una criada se encarga de ordenar) cuya única decoración es la máscara mortuoria de Beethoven, libros, un retrato de Richard Strauss y libros y más libros. La habitación tiene algo monacal, pero dada la cantidad de cartas y periódicos uno se da cuenta de que en ella el mundo confluye en una especie de centro que lo aglutina todo. Rolland me enseña la carta de Tolstói y una de Nietzsche a Malwida von Meysenbug que ella misma le regaló. Me habla del cariño por ese barrio. A él, como a todos los de su generación, no le parece que la *rive droite* sea una parte de París, y de hecho a mí me ocurre lo mismo. Le encanta seguir sintiéndose como un estudiante, a él, que ha sido el ídolo de las lecciones magistrales y las conferencias, y hoy aún puede verse el afecto que le profesan sus alumnos de la École Normale. Al cabo de un rato llegan los *frères* Tharaud, un par de engréidos muy astutos, pero no demasiado abiertos de miras. El mayor es el secretario de Maurice Barrès y acaba de volver de la ciudad de Escútari,¹⁴⁰ donde participó en el asedio del lado de los montenegrinos; el menor ha estado en Galitzia para escribir un libro sobre los antiguos judíos. Después, llega también Châteaubriant, que me parece una persona bastante insignificante. Almorzamos juntos, charlamos muy bien de diversos temas,

volvemos a hablar de la situación en Francia, que todos sufren pero nadie combate públicamente. Después de comer, paseamos por los jardines de Luxemburgo y Rolland me cuenta qué ama de Italia y, sobre todo, cómo le gustan todos sus paisajes: «*J'aime la terre*», me confiesa al decirle yo cuánto añoro los árboles. También le interesa mucho la diversidad de estampas que ofrecen los alrededores de Roma. A veces me preocupa, cuando veo su rostro tan delgado y cómo se anuda el chal negro alrededor del cuello, porque temo que esté enfermo; sin embargo, Tharaud me dice que siempre ha tenido ese aspecto y que es muy robusto (la única secuela del accidente del año pasado es la fractura doble en el brazo). Después, voy a la librería Charavay para examinar los volúmenes póstumos de Stendhal, tras lo cual me reúno con Marcelle, cuya bondad se conjuga con su fuerza. Qué «voluntad de asumir el sufrimiento» y cómo irradia en el éxtasis de entregarse a él y afirma que mantendrá la entereza cuando nos separemos. Jamás saldrá una queja de sus labios, sólo sonrisas y caricias. Pese a la necesaria separación, pese a confesar que no sabe cómo saldrá adelante, estoy seguro y tranquilo de haber estimulado y elevado su existencia, razón por la cual me muestra su gratitud en todo momento. ¡Pasamos una tórrida noche!

Jueves, 3 de abril Después de almorzar, voy a ver a Duhamel, que, como todos los poetas parisinos (a diferencia de los refinamientos y comodidades a las que estamos acostumbrados nosotros) vive en una quinta planta. Parece abierto y afable, y pasamos juntos dos buenas horas. Después paseo durante horas por los jardines de Luxemburgo, y por la noche vuelvo a subir cinco pisos para visitar a un poeta muy listo y polifacético, Christian Beck. Me resulta extraña su habitación, donde hay una señora—él afirma que es su mujer, cosa que dudo—echada como un gato. Nos escucha con atención mientras hablamos

animadamente de diversos temas. Interesante su visita a Tolstói.

Viernes, 4 de abril Pocas cosas de provecho. He trabajado un poco, después he almorzado sin apetito, una vieja costumbre. Vuelvo a pasear por los jardines de Luxemburgo, y por la noche, yendo en coche desde la rue Richelieu hasta l'Étoile, acontecimientos desconcertantes, una vivencia extraña e insólita.

Sábado, 5 de abril A las doce del mediodía, viene Rilke a recogerme al hotel. Vemos juntos un par de poemas y después salimos a almorzar. Habla de la imposibilidad, de la dificultad lingüística del poeta alemán para redondear los versos. Para el poeta francés, en cambio, es la propia lengua, una vez la domina, la que continúa escribiendo el poema, mientras que el poeta alemán está obligado a comenzar una y otra vez de nuevo, en cada ocasión. Dice que escribir poesía es un acto religioso para él, como rezar, y que no siempre posee la misma devoción, pues exige un singular estado de recogimiento interior. En estos momentos está estancado: en Duino había empezado grandes obras y debería recobrar ese recogimiento. Se siente incapaz de empezar nada, siente el peso de la fatalidad de lo definitivo. Hablamos sobre Hofmannsthal: en su voluntad de abrazar el mundo Rilke ve un adiós a la juventud, la duda de si será capaz de crear hasta el final y el anhelo de recobrar fuerzas. Le expreso mis objeciones. Me alegra mucho su elogio a mis dos libros, *El comediante*¹⁴¹ y *Ardiente secreto*,¹⁴² y que el paisaje de Cadenabbia en mi *novelette*¹⁴³ le haya impresionado tanto que quiere viajar allí en verano. Es extraordinariamente amable y me habla de la admiración que le profesa una jovencita rusa. Hablamos de algunas personas: de Rodin, cuyo actual estado de abandono lamenta, pero también me habla de los proyectos irrealizados y me explica cómo su propia inexperiencia hizo que le propusiera el proyecto del «caso Hauptmann»¹⁴⁴ sin sos-

pechar en ningún momento que Hauptmann le pediría dinero. Quiere comentarle a Rodin la idea de Verhaeren.¹⁴⁵ Le fascinan Beer-Hofmann y Stucken, y me pregunta por Levetzow, que a él le indignó como persona. Pocos individuos tienen un modo tan sereno y afable de hablar como Rilke. Es, como todo en él, discreto, como su rostro, que con los quevedos resulta aún más indefinido y se aleja cada día más del joven que fue un día. No habla mal casi de nadie, incluso al referirse a Heymel tan sólo acude a una sutil ironía. Hablamos mucho de París, que para ambos es como nuestra ciudad. Lo acompaño hasta los jardines de Luxemburgo, y desde allí regreso al hotel y trabajo un poco en mi habitación. Por la noche, voy a una excelente revista en La Scala (*J'ai la gentile si sympathique*) ‡ con Marcelle, de nuevo encantadora y, sobre todo, nada celosa de la *petite tante*.¹⁴⁶

Domingo, 6 de abril Excursión a Robinson,¹⁴⁷ que al despuntar la primavera es un lugar hermoso de floridos árboles frutales, claros prados y un vasto horizonte, diverso y animado. Se ven postales peculiares, como las modistillas a caballo con improvisados atuendos de amazonas, los burgueses en pequeños carruajes o en burro, todos joviales, y hasta las fondas son encantadoras, de una coquetería campestre. Como todo en Francia, estas diversiones no se concentran en un solo punto, sino que están esparcidas por todo el paisaje. Regreso por Chantenay¹⁴⁸ y, por la noche, reposo profundo, a pesar de dormir con Marcelle, que al aire libre se abre como un botón en flor.

Lunes 7 Trabajo poco; por la noche, con Schwerdtfeger.‡

Martes 8 En casa de Bazalgette con Brossa; después doy un paseo por el Bois; por la noche, con Marcelle.

Miércoles 9 En casa de Duhamel. Por la tarde voy a ver el ensayo general de la obra de Jammes *La brebis égarée*,¹⁴⁹ soporífera y católica, rodeado de snobs. Al terminar, vuelvo al hotel con Marcelle. Después de cenar, voy con Poncheville a la subasta de autógrafos, donde también licitan al alza Arthur Meyer y Reynaldo Hahn. Muy divertido.

Jueves 10 Voy a casa de Mercereau. He trabajado muy poco, espero que mañana sea un día más productivo. Por la tarde, con Guilbeaux. A mi regreso, lectura de Balzac.

Viernes 11 Por la mañana hago recados y las críticas de Trebitsch. Por la tarde voy a casa de Poncheville, donde me muestra una carta muy bonita de Balzac. Cartas y más cartas, y después, Marcelle.

Sábado 12 Un poco de trabajo y largos paseos. Después, acudo a una subasta en Drouot. Siento pesados el estómago y el corazón.

Domingo 13 Qué delicia la llegada del *Prince des Penseurs* [‘príncipe de los pensadores’],¹⁵⁰ esa divina comedia que sólo es posible en París. A mediodía, observo a la divertida Raymonde‡ y después voy con Schwerdtfeger‡ al lugar donde está el busto, ante el que el viejecillo arrugado de Angers con su descolorido sombrero de copa pronuncia un discurso; acto seguido, voy a contemplar el Delacroix de la colección de Chéramy.¹⁵¹ Ya en casa de Schwerdtfeger disfrutamos de las fantásticas vistas de París. Por último, acudimos al banquete, que resulta memorable. Reúne a cientos de personas que asisten para divertirse; Duhamel, Romain y Arcos pronuncian los brindis de honor. Yo hablo en alemán, otros hablan en rumano, sueco, holandés, inglés, italiano, español, esperanto..., sin que el anciano home-

najeado, ni su sobrino alemán, se enteren de la broma del «batracismo». Todo amenizado con una música horrible, poemas, el busto bañado en oro y un espantoso bullicio. El ambiente empieza a caldearse, en la calle braman «*Vive Brisset*», colocan el busto del anciano sobre el adoquinado y bailan alrededor de él. Los pregoneros se unen al griterío, algunos amigos se suman a la celebración, y así concluye el glorioso día del *Prince des penseurs*.

Lunes 14 Poco trabajo. Por la tarde voy a ver a Romain, que tiene mejor aspecto en casa, aunque su actitud resulta demasiado principesca. Luego acudo a la subasta de Kra.¹⁵² Por la tarde me pierdo por las calles y paso largo rato leyendo. De noche, con Marcelle. Las ostras nos animan, pero por desgracia este efecto queda bastante enturbiado por el *mal au cœur* y las circunstancias.¹⁵³

Martes 15 La incesante lluvia me pone de mal humor. Paso un buen rato con Bazalgette y luego vuelven las horas vacías, que lleno de mala manera leyendo. Mi inconstancia sentimental hace que empiece a sentir París con menos intensidad. Sólo espero la subasta.

Miércoles 16 Trabajo un poco. Por la tarde salgo a pasear por los jardines de Luxemburgo y después voy a casa de Romain Rolland, con quien converso largo rato con mucha intimidad. Me pregunta por Hauptmann y Bahr, y es conmovedor comprobar que sólo le interesa la dimensión humana. Conozco a pocas personas con su elevado sentido de la justicia: los periódicos y todas las controversias públicas ya ni siquiera le repugnan, porque para él es como si no existieran. Es plenamente consciente de cómo se le acercan ciertas personas y de su desfachatez, pues le demuestran simpatía porque ya se han dado cuenta de que él no tiene la menor intención de echarlos del

medio académico. Compara este comportamiento con el de la gente de teatro hacia Claudel y Jammes. A raíz de su obra ha empezado a recibir muchas cartas de personas que le piden consejo y él acepta esa carga con gratitud y con ese elevado concepto del poeta como persona que consuela y ayuda a poner orden en los sentimientos. La sensación de cercanía que siento con él rara vez la he experimentado con nadie, y esa habitación pequeña con amplias vistas al jardín, donde transcurre *Les amies*,¹⁵⁴ me tiene cautivado, es una especie de precioso recuerdo de un ambiente sublime de hermandad y pureza. Me cuenta que siendo aún niño (en Clamecy),¹⁵⁵ Shakespeare le causó una honda impresión y que la música lo acercó a muchas cosas, en primer lugar, a Alemania, después, a Goethe, que lee casi todos los días. Nuestra despedida es muy sentida y me cuesta ocultar mi emoción. Luego, camino todavía un buen rato por las calles y me recojo tarde.

[–] *Jueves 17* Almuerzo con Tharaud. Por la tarde, trabajo [–]

Viernes 18 Trabajo poco, pero leo bastante, y me siento apesadumbrado por la lluvia. Por la noche, con Marcelle. Lamentablemente, la presencia de Octave resulta cada vez más molesta.

Sábado 19 Termino el penúltimo capítulo de la novela corta, pero no estoy seguro de cómo terminarla. Creo que debería alargarla o, en su defecto, ser más conciso, pero de momento no lo tengo claro. Por la noche Marcelle y carta a Rilke.

Domingo 20 Llega Trebitsch, el pobre se siente muy desgraciado, de veras parece que la vileza de algunos se hubiera conjurado en su contra. Su esposa [Antoinette Engalitscheff] lo trata a veces como a un idiota, con mucha hostilidad. Por ejemplo, en el hipódromo del Pavillon d'Armenonville, donde lo ha-

ce responsable de todo lo imaginable y hasta de lo inimaginable. Por la noche, pongo mis cosas en orden y leo a Balzac con enorme admiración.

Lunes 21 Al mediodía, me reúno con Trebitsch y jugamos al ajedrez. Luego voy a ver la exposición de David,¹⁵⁶ que no me dice mucho, y por la noche me entrego de nuevo a la plácida lectura de Balzac para aprender de él.

Martes 22 A primera hora de la mañana le hago una visita al joven ruso, y después me voy al *Mercure de France*. Luego, me reúno con Mercereau y Guilbeaux. Más tarde voy al Rumpelmaier¹⁵⁷ con Trebitsch, a quien le agradezco el descubrimiento del París elegante que hasta ahora no me había interesado en absoluto. Más tarde, con Marcelle, hoy triste. *Papillons noirs* ['pensamientos sombríos'], principalmente a causa de Octave, de quien teme no poder ocuparse como es debido. Su amigo y antiguo compañero C.‡ quiere ayudarla—pese a que se quedó *stupéfait*—en la medida de lo posible, de hecho ya ha comenzado a hacerlo. Ella está totalmente decidida. Por la noche, en el Olympia, de pronto el ambiente empieza a distenderse y la alegría se mezcla con el pesar que le causa perdernos a ambos en un solo día. Marcelle es reservada con sus cosas, fuerte en el sufrimiento y espléndidamente compasiva. Ella y Friderike son las mujeres de mi vida, las que poseen la mayor capacidad y afán de sufrimiento que he conocido. Con tal de poder socorrer al amado, quisieran verlo enfermo, y me conmueve cuando Marcelle trata de ayudarme con pequeñas atenciones (postales), cuán orgullosa está de poder enseñarme nuevas formas de expresión. Durante estas seis semanas hemos compartido las emociones más intensas que jamás he experimentado con una mujer, tal vez porque sabíamos que era una relación pasajera. Nadie podía prever que se produciría un giro tan decisivo, ese episodio tan serio desde el punto de vista de la conciencia y la

voluntad, todo lo cual ha convertido nuestro vínculo, de por sí tan esencial, en algo inolvidable. Marcelle posee esa *bonté claire-voyante* [‘bondad clarividente’] que es mejor que la inteligencia, y ambos nos sentimos doblemente agradecidos. La noche, tormentosa y bella.

Miércoles, 23 de abril Último día parisino. Marcelle siente dolor físico, pero lo adorna con su hermosa sonrisa. Ordeno, hago el equipaje, y al terminar acudo a la librería Charavay y compro sin más el magnífico testamento de Stendhal: no las piezas grandes, de lo que me alegro más tarde. Después, con Marcelle, que nos pierde a Octave y a mí al mismo tiempo. Aún no me atrevo a hacer balance. Aunque no he escrito demasiado, este cuaderno da fe de que durante estas seis semanas he vivido plena e intensamente. He coincidido con grandes personas (Rolland, Verhaeren, Suarès, Rilke y esta mujer) que han sido un gran estímulo y me alegro de cómo ha ido todo. Cuando llegue a casa quiero trabajar y para ello me llevo dos cosas: la voluntad de creación y la repugnancia hacia los vieneses, lo cual previsiblemente se traducirá en soledad. Marcelle descansa junto a mí. El coche no tarda en venir y llega la hora de proseguir, de cambiar la lejanía por la tierra natal, que de mala gana siento como tal. Estoy feliz, me siento ligero: ¡gracias, París!

Jueves 24 Llego a Salzburgo al mediodía tras un viaje veloz sin contratiempos. Es la primera vez que no veo la ciudad bajo la lluvia, irradia colores vivos, bajo un cielo despejado y límpido. Descanso un rato en los jardines de Mirabell, que están preciosos con la vegetación aún fresca, y luego me encamino a visitar a Bahr, que vive lejos de los jardines, en una planta del antiguo castillo de Arenberg. Una magnífica habitación, tan espaciosa que los libros, que en nuestras estancias suelen comerse todo el espacio, allí son tan sólo las paredes del cuarto; una larga mesa lo domina todo, y descansando en uno de los hondos sillones

está Bahr, alto y canoso, amable, de mirada algo menos salvaje, pero vehemente al hablar, de aspecto luminoso y distinguido al moverse a grandes pasos. Me cuenta que se siente feliz de tener ese jardín en la ciudad de los recuerdos, donde su bisabuelo, de niño, hacía de ayudante de caza, donde su prima es abadesa, donde él perdió la inocencia a los catorce años y donde se casó. Le transmito los saludos de Rolland y salimos a pasear hasta Hellbrunn mientras charlamos animadamente. ¡Qué narrador! ¡Cuántos recuerdos, qué rica y ramificada es su vida, y qué llena de bondad está ahora! Habla del actor Kainz (entre otras, de la historia secreta del lecho de muerte de su madre y la ternura del momento en que la anciana preguntó el precio). También me habla de Wagner, de la señora Cosima, cuya diplomacia y capacidad para eludir las preguntas le parece admirable. Alaba muchísimo el libro de Lucka,¹⁵⁸ en el que advierte un tema de su comedia y el descubrimiento del amor y la confusión en la atracción sexual, lo cual nos lleva a un largo e interesante debate sobre el erotismo. Johannes Müller parece ejercer una gran influencia en él: debido a que padece de gota, se ha vuelto vegetariano, y ahora se encuentra muy bien. Me parece espléndida la historia que me cuenta sobre Ibsen: después de una espantosa escena en Roma, Ibsen se convirtió de pronto en el más puntual y en el primero en llevar siempre frac, de forma parecida a un tío suyo que se volvió un ahorrador después de haber sido un despilfarrador (a escala provinciana). ¡Qué de cosas me cuenta!: de Hofmannsthal (cómo todos dejaban de contar sus historias sobre putas cuando él entraba en una habitación), de Mahler, de Wolf y de Burckhard, su preferido. Nos entendemos muy bien, hasta la una de la madrugada—hemos conversado diez horas, pues—no enfilo hacia la estación y regreso a casa sin problemas.

Viernes, 25 de abril Gracias al tiempo espléndido, Viena me causa una estupenda impresión. Pongo orden en mis cosas, y

viene a verme Grünecke, que me da la desconcertante noticia de la sífilis de E.,‡ cosa que me aterra. Lo he dispuesto todo meticulosamente para ponerme a trabajar y muy pronto podré empezar. No me falta voluntad, sino más bien la fuerza para perseverar. Debo intentarlo.

Viena, del 25 de abril al 1.º de mayo Trabajo en la novela corta que avanza lenta pero firmemente, y escribo un ensayo sobre el coleccionismo de textos autógrafos.¹⁵⁹ Los días son claros y despejados. Voy a menudo al Schönbrunn con los habituales pensamientos, que vuelven a apoderarse de mí con fuerza. La frustración se mezcla con los éxitos. Veo a poca gente, y aun así me parece demasiada.

1.º de mayo [de 1913] Visita de Friderike, dulce y encantadora. Ojalá no fuera tan sensual, porque precisamente en ella enturbia el sentimiento puro de su maravilloso mundo. Pasa aquí la noche tras viajar desde Semmering: me alegra mucho su compañía y recobro la lucidez.

2 de mayo Los estudiantes me reclaman la conferencia sobre Bahr.¹⁶⁰ Se me ocurren un montón de ideas al respecto, que prácticamente son un estorbo en la escritura de la novela corta.

3 de mayo Tensión en el ambiente: la política, Escútari, estamos entre la guerra y la paz.¹⁶¹ Sólo esta ciudad perezosa en estado de descomposición no lo percibe y respira tranquila en medio de la agitación.

4 de mayo Trabajo. Voy a Neuwaldegg¹⁶² con la telefonista, aspirante de una avidez jovial e inocente. Un episodio demasiado ligero para mi gusto, demasiado juvenil y bobo. Me asusta interferir en el destino ajeno, en las vidas de otros.

Lunes, 5 de mayo Marcelle me manda una carta desde el hospital. Una carta sin reproche alguno y, por eso mismo, siete veces más conmovedora. Me avergüenzo por la lejanía. Esta carta es para mí un reclamo de que vuelva a sentir. Y, por primera vez, creo haberle dicho en mi respuesta aquello que la exime, aquello que ella espera escuchar; me resulta más fácil hablar con franqueza desde la distancia que estando cerca. Oscilo entre el mayor pudor y la mayor impudicia, y lo hago de forma extrema.

6 de mayo De nuevo he conseguido avanzar un poco en mi trabajo. Recibo una carta muy grata de Bahr y leo la novela de Friderike,¹⁶³ en la que no puedo sino reconocirme, aunque me avergüence salir tan embellecido. No estoy en condiciones de decir nada sobre este libro, con ella me quedo perplejo y sin palabras.

Por la noche, voy a ver la obra de Eulenberg *Todo por dinero*,¹⁶⁴ que al final me deja frío. La dirección de Viertel es una obra maestra y el pequeño Deutsch, inolvidable [el resto de la página está tachada]

Sigue el «Diario de Italia»‡ en un cuaderno aparte. Aquí la continuación de París en 1914:

París, 20 de marzo de 1914 [Página en blanco]

Viernes, 20 de noviembre [= marzo] de 1914 Llegada a París. Lluve, hace frío y huyo corriendo al hotel, donde lamentablemente no me dan la misma habitación que el año pasado. Pero ya me acostumbraré. Después, voy a ver a Trebitsch, que me inspira desconfianza al contarme «amistosamente» ciertas conversaciones que ha tenido en Berlín... Sé que tales confidencias

se deben a dos sentimientos que se confunden: amistad y envidia. Después de comer, voy a la librería de Charavay, donde compro una página de Racine[‡] y vuelvo al hotel, donde viene a verme Verhaeren. Irradia juventud y energía, Rusia lo ha entusiasmado: dice que aquí siente que lleva una vida minúscula, una existencia previsible y metódicamente calculada. Soberbia la historia de los Rembrandt, la codicia que lo llevó a refugiarse cerca de ellos desde el primer día, y esa otra historia tan característica de su bondad, cómo llegó y bajó demasiado deprisa del tren, de modo que el cinematógrafo no lo captó y tuvo que volver a sacar el equipaje del vagón, volver a bajar la maleta y pasar por delante del aparato mientras daba la mano a veinte personas. Y el fervor de la gente, que sólo aspiran a quedarse a su lado, sin decir nada, *ardents de ferveur* ['enfervorizadas']. Finalmente lo acompaño y, envuelto en su pañuelo como un obrero de la fábrica de Belleville,¹⁶⁵ se sube al ómnibus y desaparece. Deambulo un rato bajo la abominable lluvia y por la tarde voy al cine Gaumont, que me fascina por las multitudes que aglutina.

Sábado 21 Por la mañana escribo cartas sin parar, pongo orden y al terminar me marchó al Soufflet¹⁶⁶ con Gisela Etzel, que se ha echado un nuevo novio, joven, y por fin irradia feminidad. Es una persona muy agradable y humilde, muy reservada y muy mujer, y él es un profesor alemán de carácter tranquilo. Después, pese a la lluvia, voy a los jardines de Luxemburgo, y por la tarde a Saint-Cloud. La vivienda es una habitación más grande y mucho más cómoda, la llegada de una sobrina incrementa la familia Verhaeren durante una temporada. Están Rysselberghe, Bazalgette y Stuart Merrill (que tiene un aire de *bourgeois lettré*). Verhaeren, por su vitalidad, sigue siendo el centro. Hay que escucharlo clamar: «*J'aime trop la vie pour me pouvoir complaire en Italie, qui n'est qu'à moitié vivant et à moitié musée*» ['Amo demasiado la vida como para contentarme con Italia, pues sólo

una mitad está viva, la otra mitad es museo’]. Y cuánto desprecio siente (nunca había visto yo un desprecio tan acérrimo) contra toda la sociedad del incienso en Francia, y afirma sin pudor que la Iglesia es más peligrosa que nunca. Me parece espléndida la historia de Briúsov, quien mientras escribía un artículo sobre Verhaeren recibió la llamada de una mujer, que se pegó un tiro porque él no aceptó reunirse con ella de inmediato. Es maravilloso cómo nos cuenta la señora Verhaeren cuánto lo entusiasmó a su marido la generosidad y el derroche de los rusos, y él mismo nos explica que le fascina porque su vicio es la tacañería. Ahorra hasta el último céntimo, pero hacerlo le produce un inevitable rechazo psicológico. Recuerdo que una vez me contó que el placer de ahorrar y contar hasta el último céntimo lo había heredado de su padre. No obstante, es desprendido con los demás. Despedimos el día con champán y Verhaeren nos cuenta muchas otras cosas sobre Rusia, inabarcable, y es bastante tarde cuando nos retiramos. Hablo con Bazalgette y Rysselberghe sobre la posibilidad de organizar una fiesta por el sexagésimo cumpleaños. Después me reúno con Marcelle. Tiembla de alegría al verme. Está más bella, más repuesta y tan abnegada como siempre. Ni una palabra de reproche, al contrario, trata de eludir el tema. Mantuvo una breve relación *de gratitude* con el médico que la operó, vive en casa y se está forjando una clientela para abrir un negocio. Su sinceridad es magnífica y pasamos una noche de pasión desenfundada.

Domingo, 22 de marzo Paso casi todo el día en casa, el tiempo es un desastre. Despacho treinta cartas, avanzo en el texto sobre Desbordes-Valmore, mientras Marcelle lee en la habitación, tranquila. Yo me sumo en un estado de gran serenidad, aunque la semana que viene habrá un montón de gente y el miércoles tengo que ir a Rouen con Verhaeren. Tanto da, saldrá bien. Ojalá, no obstante, deje de llover: *todavía no he podido disfrutar de*

París, que me mira distante y recelosa. Al atardecer voy al cine y después paso la noche con Marcelle.

Lunes 23 Por la mañana voy con Gisela Etzel a la Biblioteca Nacional, donde encontramos bastante material sobre Desbordes, será un buen trabajo. Al mediodía veo a Trebitsch y después voy con Ghéon al Theatre du Colombier. La mirada de Ghéon tiene algo extraño, una especie de sumisión fingida que me incomoda. Tal vez se deba a la homosexualidad de todo el grupo. Me presenta a André Gide, cuya voz también tiene un deje estridente, agrio, si bien es un hombre sofisticado. Me pregunta muchas cosas sobre traductores y pone por las nubes a las Brontë. Después, voy a ver a Romain Rolland a su nueva vivienda, muy parecida a la anterior, también en la quinta planta y con vistas al mismo jardín. Tiene mucho mejor aspecto; es curiosa la transparencia de su piel, esa delicadeza, su lado femenino, la abrumadora sensibilidad. Habla como lo haría una mujer sensual temerosa de delatarse, de entregarse; me dice que, en todo intercambio verbal, en cualquier conversación, aun entre personas que se consideran importantes recíprocamente, hay algo que disminuye, que se debilita (cuán cierto). Él mismo tiene más fuerza en las cartas que al hablar. Arremete contra la música alemana (la francesa ni siquiera la toma en consideración) por tener un solo ritmo, y asegura que en las melodías orientales encuentra algo distinto que según él es el futuro. También hablamos del catolicismo actual, que desde su punto de vista es el síntoma de un cansancio, de una forma de comodidad: mejor adoptar una fe ya existente que crear una propia. No obstante, de lo que más orgulloso se siente es de no tener ningún dios. En general, lo encuentro más firme que antes, más seguro de sí mismo, no a causa del éxito, sino de la confianza que tienen en él muchas personas. Muy característico de su sentido de la justicia: cuando ya estoy en el rellano, me llama para decirme que Lemaître *no* estuvo en contra de él, sino todo lo

contrario. Aparte de esto, no menciona el artículo, pero la manera en que me da la mano y se despide con la mirada es de una intensidad elocuente. Debo confesar que no me siento del todo libre cuando hablo con él, tengo demasiado miedo de lastimarlo, de avergonzarlo. En su novela¹⁶⁷ quiere liberar *le côté gaulois* [‘el lado galo’] de su carácter, la alegría, y creo que lo consigue, pues con *Jean-Christophe* ha logrado ofrecer al mundo todo el peso de lo que encerraba en su interior.

Después, me reúno con Ghéon, un tipo definitivamente aburrido. Nosotros siempre con prisas, ¡y él ha tenido que esperar diez años para que *Le Pain* viera la luz!¹⁶⁸ ¡¡Habría que aprender de ello!! Por la noche leo largo rato.

Martes Al mediodía me reúno con Guilbeaux, que parece haber sentado cabeza y estar más animado. Mil cartas y recados, ¡Verlaine, Verlaine! Por la noche, en casa de los Grautoff, personas sensatas y agradables.

Miércoles Verhaeren viene a almorzar a casa, irradia una gran vitalidad. Luego vamos al Musée Guimet, donde me hace de guía. En ningún sitio me parece más deslumbrante que cuando habla de obras de arte. A la salida, voy a la librería de Blaizot—maldita sea, llueve, sigue lloviendo sin parar—, por recomendación de Messein¹⁶⁹ con motivo de la subasta, y compro la novela de Balzac *Une ténébreuse affaire*¹⁷⁰ a la velocidad del rayo, precipitadamente, codicioso, pese a la sensación de estar pagando de más. Me quedo tan excitado y aturdido que soy incapaz de pensar con claridad, pero me calmo gracias a un encuentro. Entonces, voy a ver a Marcelle y, pese a todo, pasamos una noche de lo más apacible.

Jueves Viaje a Rouen con Verhaeren. Conversamos con mucha intimidad. La ciudad es muy bonita. Primero, vamos al museo, donde Verhaeren cae en una admiración fanática ante Gé-

rard David, mientras que a mí me interesa mucho Géricault. Después, la catedral, Saint-Ouen, Saint-Maclou, el precioso claustro. El vitral con la historia de Saint Julien l'hospitalier, el cementerio de Juana de Arco. Por la noche vamos al teatro, donde Bouserez (para quien Verhaeren es como un verdadero padre) hace ejecutar su música de maestro de capilla (*Le fléau* ['El flagelo']). ¡Cómo se engaña, el pobre, sobre su «*éxito*» y nuestras palabras amables! Más tarde vamos al cine, y de regreso a casa nos encontramos con dos amigos de Verhaeren, Luce¹⁷¹ y un pintor. Todos sus coetáneos parecen mucho mayores que él.

Viernes Viaje de regreso con Verhaeren. Es divertido cómo discute conmigo sobre qué día es y me cuenta que una vez, en Braunschweig, él y su esposa preguntaron si era domingo y estuvieron a punto de insultarlos por creer que se burlaban. Verhaeren está tan seguro de sí mismo que todo le es indiferente. Me sorprende al decirme que cree que después de los setenta años ya no habría que hacer nada (sin recordar que, cinco años atrás, me prometió no escribir un solo verso después de los sesenta). Pero argumenta que se trata del aburrimiento, de la costumbre. También es extraño su creciente rechazo contra los alemanes, a quienes encuentra antipáticos, «*ils n'ont pas la manière*» ['carecen de modales'], por mucho que quiera entrañablemente a un buen número de ellos. Nos despedimos en la estación y acto seguido me reúno con Bazalgette y con Sibilla Aleramo, una mujer encantadora y amable. Mantenemos una excelente conversación, sino fuese por Pierre Maes, el discípulo de Rodenbach, que *m'embête* ['me aburre']. Por la noche, trabajo en el volumen sobre Desbordes: el libro es maravilloso.

Sábado Cartas, cartas... un espanto. Cuando termino, Delahaye, el amable Proteo que fue a la escuela con Rimbaud y de quien cuenta muchas cosas (por ejemplo, cómo querían vender

por diez monedas de cinco céntimos el libro de Leconte de Lisle¹⁷² con anotaciones de Rimbaud y sólo les dieron ocho). Está claro que su biografía será aburrida.¹⁷³ Más tarde me reúno con Gisela Etzel para pasear. Por la noche, Dostoievski de nuevo. Trabajo.

DIARIO DEL PRIMER AÑO DE GUERRA, 1914

(30 DE JULIO DE 1914 – 30 DE ABRIL DE 1915)

30 de julio [de 1914] Parto de Ostende.¹⁷⁴ En el artículo que he pegado en el dorso de esta hoja trato de describir un poco el estado de ánimo. Tan sólo las últimas líneas son ficticias.¹⁷⁵ Viena estaba sumida en la consternación cuando llegué allí la tarde del

31 de julio La gente pasaba horas enteras de pie frente a la orden de alistamiento, redactada en un alemán miserable y totalmente incomprensible.¹⁷⁶ Cuando oscureció, algunos miembros de asociaciones de veteranos intentaban animar a la población, pero sus arengas sonaban huecas: se había arrastrado a demasiada gente y la guerra se había colado en todos los hogares. Fui a la redacción del *Neue Freie Presse*, escribí de una sentada el artículo¹⁷⁷ y, después de pasar un rato con Alfred [Zweig], a las doce y media de la madrugada corregí el suplemento.

1.º de agosto [de 1914] No permiten que los periódicos filtren ninguna noticia y los rumores se propagan por las calles. Al atardecer la señora Mandl me trae la noticia: el asalto del Lovćen¹⁷⁸ ha sido en vano, un regimiento entero ha caído. Cuando escucho noticias semejantes me siento fatal, en mi fuero interno no creo en la victoria austríaca, no sé por qué. Y me asusta pensar en Alemania, que ahora también se ve arrastrada.¹⁷⁹ Pasamos el día entero especulando sobre los escenarios posibles y nos preguntamos qué harán Francia e Inglaterra, no podemos dejar de darle vueltas, nadie es capaz de trabajar y todavía no nos han llamado a filas. Aunque no tardarán en hacerlo, ya hay rumores al respecto. De repente, aparece Adelt, corresponsal de guerra, y nos cuenta que en Alemania también

reina el desconcierto. Las calles están llenas de caballos que se lleva el ejército, el sonido de los cascos no cesa en toda la noche. Cuenta que en las estaciones de tren se producen escenas espantosas, pero no me atrevo a acercarme para comprobarlo. Estoy desmoralizado: no puedo probar bocado, tengo los nervios a flor de piel y no consigo dormir, mi imaginación recrea vivamente todo el espanto que domina la ciudad, casa por casa. Veo a los pobres jóvenes lejos y la miseria que nadie augura aún.

2 de agosto He ido al banco para sacar 300 coronas y he tenido que implorar. La gente acude en tropel a los bancos, que se han visto obligados a reintegrar millones de coronas en apenas un par de días. El banco central imprime las veinticuatro horas. Incluso mi padre pasa apuros para obtener el mínimo imprescindible. ¿En qué va a acabar esto? La moneda austríaca se ha devaluado tanto que en Ostende ni siquiera aceptaron cambiarnos 100 coronas. Por las calles todos los amigos caminan uniformados: Fritz Meiler,¹⁸⁰ Hornbostel...‡ A saber si volveré a verlos, o ellos a mí. También mi hermano Alfred y yo terminaremos teniendo que vestir el uniforme, no creo en las promesas que hacen: esta guerra se prolongará hasta que no quede un solo hombre en pie. Lo más angustiioso es la absoluta falta de noticias a la que está sometida la ciudad. Parece que Belgrado está tomada desde hace un día, pero ningún periódico habla de ello. Los rumores, en cambio, abundan: sobre el asesinato de Poincaré (aparte del de Jaurès), sobre los miles de soldados muertos... Por desgracia ni un solo rumor que nos levante el ánimo y nos aliente. De lo que no hay duda es de la declaración de guerra de Alemania. ¿Qué hará Inglaterra?, nos preguntamos todos. Dicen que Italia ha sobornado a Montenegro, pese a lo cual el ejército se dirige a Cetinje.¹⁸¹ La falta de noticias es atroz, voy a enloquecer. Quedo con Alfred [Zweig] y vamos a ver al doctor Z.,¹⁸² que me tranquiliza un poco, aunque tiemblo

sin parar, camine o esté sentado. La historia universal es sobrecogedora cuando se la mira de cerca. En las calles no queda un hombre, sólo mujeres y ancianos. Resulta espeluznante ver imponerse el silencio: en el jardín de mi casa ya no se oye el bullicio de los niños, en ningún lado se oye música y el entusiasmo se ha esfumado. Me angustia salir a la calle, no soporto la desolación. Preferiría haber tenido que partir.

3 de agosto Los periódicos describen detalles espantosos de lo que está sucediendo en Alemania: el envenenamiento de pozos, los bombardeos a ciudades indefensas... Pero de nosotros, ni una palabra. Mi pobre madre nos llora por anticipado, ¡ojalá que no se cumplan sus presentimientos! Las calles cada vez están más vacías, Leo[nhard Adelt] parte mañana, es angustioso ver cómo se vacían las ciudades. Y los rumores no cesan: dicen que los alemanes han tomado Kronstadt,¹⁸³ que han fusilado a Klofac,¹⁸⁴ y otros detalles espeluznantes de ejecuciones en la ciudad donde las paredes de los edificios hacen las veces de paredón. Por la tarde en la redacción todos aguardamos febrilmente la decisión de Inglaterra.¹⁸⁵ Paso la mitad de la noche en vela, hablamos por teléfono: que no sea Alemania contra el mundo entero.

4 de agosto Por la mañana hemos depositado en la cámara acorazada del banco unos cuantos documentos y mil coronas en billetes, quién sabe si mañana tendrán el valor de cien coronas. El banco está lleno de gente, todos esperan que vuelvan a llamar a filas. Corren mil rumores, se oye decir que mañana nos llamarán, o en diez días, o quizá dentro de un mes, cada cual dice una cosa distinta. Todos mis amigos, sin excepción, ya están en el frente,¹⁸⁶ incluso Hofmannsthal,¹⁸⁷ el poeta. Es espantoso andar por las calles, las mujeres me miran y me preguntan: «¿Qué hace aquí todavía, joven?». Las tiendas están cerradas a causa de la movilización. Veo a un chiquillo de doce años llo-

rando a lomos de un caballo que requisan. Al mediodía circula en Graben¹⁸⁸ el rumor de una gran victoria alemana. Por la tarde, desesperado, redacto mi artículo sobre Alemania¹⁸⁹ y escribo mi testamento. Al anochecer, cuando llevo el artículo a la redacción, recibo la noticia como un jarro de agua fría: Alemania vulnera la neutralidad de Bélgica,¹⁹⁰ Inglaterra se les echará encima, sacrificarán las colonias, dejarán nuestra flota en manos de Inglaterra y Francia, y todo tan sólo para llegar cuanto antes a París. ¿Es una genialidad o una locura? Nunca antes el mundo había estado tan agitado. Tengo la sensación de que todo lo que la humanidad ha vivido hasta ahora ha sido tan sólo un juego de niños comparado con esta última gesta atroz. No creo en una victoria contra el mundo entero, ojalá pudiera echarme a dormir durante seis meses y no enterarme de nada, ahorrarme el hundimiento, este último horror. Es el peor día de mi vida, suerte que Friderike está conmigo de nuevo,¹⁹¹ tiene el poder de tranquilizarme.

Miércoles, 5 de agosto No puedo dormir, en plena noche, a las tres de la madrugada, me levanto, porque me hierva la sangre a causa de las últimas noticias. Es demasiado, ya no quiero saber nada más, tan sólo quiero que todo haya terminado. El miedo que siento por el destino de Alemania no tiene nombre: Austria, nuestra fortuna, mi propia integridad no me preocupan ni la mitad. Y para colmo la repugnante molición que reina en Viena, las mujeres que se pasean con sus vestidos de colores claros, que coquetean y ríen, sin ninguna cautela, lo único que cuenta es el momento. La inquietud es mero nerviosismo. Hoy, una cola de gente que llegaba hasta el Ayuntamiento para cambiar objetos de plata por billetes, ya se ha instalado la desconfianza sin límites hacia nosotros mismos. Me horrorizan las noticias de los periódicos sobre la expulsión de los alemanes de París: así debería comenzar el capítulo de una novela anti-Romain Rolland, sobre cómo un amor se convierte de súbito en

odio. Veo la mezquina *gaminerie* [‘chiquillada’] contra los pobres que aman Francia, veo cómo se burlan de ellos en las estaciones de ferrocarril y cómo los empujan para meterlos en los trenes, medio muertos de hambre y asustados. Es como una pesadilla. Ya no me gusta la gente, todo el mundo es profeta y augur, nadie quiere abstenerse. Si al menos lograra trabajar... Pero ¿qué proyectos son suficientemente importantes en este momento y cuáles han dejado de serlo?

6 de agosto¹⁹² Se ha publicado el texto que escribí sobre Alemania. Lo que querría escribir es lo siguiente: hasta qué punto es casi imposible dormir en todo el mundo,¹⁹³ las noches son igual de largas, pero todos dormimos menos. Y también los días son más largos porque los llenamos de quimeras. En estos momentos quien mira a su alrededor tan sólo percibe una realidad ajena y artificiosa. Y sobre el día me gustaría escribir esto: a uno lo angustia más ver llevarse a los caballos que a las personas, porque los animales no son conscientes de lo que está ocurriendo, no disponen de estimulantes (del alcohol y la música), andan pesadamente sin sospechar adónde los llevan. Sólo perciben que los alejan de todo lo que conocen y no sospechan su destino. No puedo evitar que se me encoja el corazón al mirarlos. Uno diría que los soldados casi se alegran, no están locos de contento, pero van al frente decididos. Lo que me resulta sin duda insoportable son las mujeres, risueñas y voluptuosas, con sus vestidos blancos, absolutamente inconscientes de la gravedad de la situación, irreductiblemente vienesas. Por la noche me reúno con Adelt y los amigos Lucka y Fels, buenos debates.

7 de agosto Buenas noticias: los alemanes, que en un primer momento no habían podido tomar Lieja, finalmente lo consiguen, toda una hazaña. Basta con eso para que recuperemos el valor. Los rusos evacúan Polonia,¹⁹⁴ todo parece ir viento en popa. Ahora preocupa Italia.¹⁹⁵ si se hubiese puesto de nuestro

lado, seríamos invencibles, pero tememos que ocurra exactamente lo contrario. Sería una ignominia tan abismal que ni siquiera es posible imaginar que le ocurra a ningún pueblo. Por la mañana, como soy incapaz de trabajar, me voy al Prater para ver las maniobras de las tropas; y por la tarde, a Schönbrunn, donde me encuentro con Benno [Geiger]. La ciudad, indiferente, algo vacía. Pero aún queda la suficiente gente para saltar de alegría en caso de recibir una buena noticia, si llegara. Conmovera la noticia de los dos cruceros alemanes¹⁹⁶ que han zarpado hoy de Italia, tendrían que haber llegado a Austria, pero entonces se exigiría su entrega y sería *casus belli* con Inglaterra. De las noticias que me llegan me impresiona que Dehmel¹⁹⁷ se haya presentado voluntariamente para luchar contra Rusia, no contra Francia: eso es un verdadero ejemplo de heroísmo, no como Hofmannsthal,¹⁹⁸ que se ha hecho eximir del deber alegando «nerviosismo».

Sábado, 8 de agosto Empieza a reinar la inquietud porque no llegan noticias de Serbia y todo el mundo contaba con las primeras victorias. Todo el peso recae sobre Alemania. En Viena, ninguna novedad, lo único que hacemos es aguardar las ediciones especiales de los periódicos. Me encuentro con Benno en Schönbrunn, ambos tenemos el mismo propósito y nos damos cuenta de que el momento es demasiado grave para nuestras pequeñas rencillas. Después quedo con Ginzkey, que disimula mal su cobardía: es una vergüenza que todos estos antiguos oficiales—Hofmannsthal, Barlich, ‡ Werfel, Michel, Ginzkey—se queden cómodamente guarecidos en sus cálidas casas. Por la tarde, he escrito un poco sobre Lieja,¹⁹⁹ aunque por desgracia mis recuerdos sean muy imprecisos, vagos.

Domingo, 9 de agosto Por la mañana lo mismo que ayer: las noticias son escasas. La gente, exaltada, convierte una escaramuza en una batalla, pero de momento no hay ninguna proeza por

parte de Austria. A veces me asusta observar a la gente. Hoy he estado en el Prater y estaba lleno de provincianos, todos los restaurantes repletos, todos los tenderetes a rebosar. Los mismos que dentro de tres meses se quejarán de pasar hambre ahora están sentados bebiéndose una cerveza tras otra y pasándolo bien. Nada indica que estemos en guerra: las mujeres altas y lascivas. Realmente nada, absolutamente nada, puede contener las ganas de diversión de los vieneses. Esto coincide con lo que observa Stiedry (muy interesante): la seriedad de la movilización alemana, con la prohibición del alcohol, contrasta con la embriaguez de nuestros reservistas, como también señala el teniente Hernried.²⁰⁰ Ningún instante, por grande que sea, puede borrar los atributos de un pueblo, y nosotros somos débiles, sin capacidad de resistencia, un pueblo que da jóvenes apuestos y muchachas encantadoras, pero rara vez hombres de veras. Muy interesante la travesía de Stiedry por el canal de la Mancha en el último barco que lo cruzó antes de la declaración de la guerra. ¡Ojalá hubiera hechos, resultados!

Lunes, 10 de agosto Una nueva victoria alemana cerca de Mühlhausen,²⁰¹ mientras aquí impera un silencio descorazonador. La población está muy disgustada: «Siempre los alemanes», dicen todos, irritados. Leo horrorizado las noticias que llegan de Bélgica: en todas partes hay una chusma que sólo busca la ocasión de gritar, de «mostrarse» impunemente, de destruir, y el patriotismo es la máscara más cómoda. Entre mis amigos y yo hay algo que se ha echado a perder, quizá para siempre. Ahora sí he empezado a proyectar en secreto el libro en que narraré con toda intensidad lo que vivimos Marcelle y yo. Nos despedimos de Leonhard Adelt, tan poco práctico que parte al frente sin latas de conserva, ni abrigo, ni dinero.

Martes, 11 de agosto Tampoco hoy nada que reseñar. El nerviosismo ha dado paso a una espera apática. Las ediciones es-

peciales ya no le interesan a nadie desde que empezaron a convertir las escaramuzas en batallas. La ciudad se va vaciando de militares, escucho a los reservistas en el tranvía. Todos quieren partir de una vez, todos anhelan combatir. Lo entiendo: saben que terminará tocándoles a ellos y quieren que sea cuanto antes. Un maravilloso poema de Dehmel,²⁰² es la primera contribución poética: en estos tiempos se reconoce el verdadero carácter de las personas. Al atardecer voy a Pötzleinsdorf: desde lejos la ciudad parece respirar, tranquila, en el bochorno.

Miércoles, 12 de agosto Cada vez hay más quietud, la gente empieza a apaciguarse. Hoy apenas se nota la guerra: es un respiro antes de los acontecimientos, que marcarán el ritmo. Por la tarde, viene a verme Benno, a ambos nos parece espantosa nuestra inactividad forzada, pero nos han rechazado en todas partes: la incorregible congestión de la administración austríaca hace que un tercio de la población pueda quedarse en casa tranquilamente sin tener constancia de nada mientras los trámites siguen su curso. Jamás y en parte alguna se había evidenciado con mayor claridad la mala gestión y el despilfarro de nuestra administración como en este momento crucial, y esta manera de proceder como siempre es la prueba más evidente de una mala práctica y una organización ineficaz. Es atroz pensar que hay miles de personas como nosotros, dispuestas a trabajar pero sin la posibilidad de hacer nada: ahora mismo me gustaría estar en Alemania.

Jueves, 13 de agosto Hoy han llegado los Rosenbaum de Bélgica después de una auténtica odisea: cuentan que pasaron la noche en Lieja y que por la mañana los despertaron los cañones. Ellos también están completamente entusiasmados y tienen plena fe en Alemania: todo el que ha estado allí y ha visto la movilización está convencido de la victoria alemana, ojalá sea verdad. Aquí aumenta la preocupación por Italia:²⁰³ la revocación de los

embajadores de Viena y Berlín es muy mala señal, da la impresión de que se hicieron promesas que ahora desmiente la Consulta.²⁰⁴ Los periódicos no pueden publicar nada sobre Italia para evitar causar conflictos al otro lado de los Alpes.

Viernes, 14 de agosto Durante la mañana escribo el artículo «El mundo insomne»²⁰⁵ y por la tarde viajo a Baden.²⁰⁶ A lo largo de las vías de la línea del sur hay miles de familias que se agolpan en los solares vacíos para despedir a los reservistas. Es conmovedor ver la alegría a un lado y al otro en esta despedida. En Baden se ven escenas similares. Interesante la noticia del fusilamiento en Wiener Neustadt del abogado Lori,‡ que estuvo implicado en la voladura del polvorín tres años atrás. En Baden, hasta el público está alegre y despreocupado.

Sábado, 15 de agosto (festivo) Por fin llega la primera noticia de una victoria en Serbia, lamentablemente aún desde la frontera. Al parecer, se ha tenido que modificar el plan inicial de vencer a los serbios velozmente gracias a la superioridad numérica, y finalmente han tenido que desplazar a las tropas hacia Rusia. Entre la gente la lentitud del avance provoca desazón puesto que se esperaba una victoria rápida. En Vöslau y Baden se ve con indignación que las muchachas lleven la Cruz Roja como quien luce el emblema de un club deportivo, en el campo y en la pista de tenis. ¿Cuándo aprenderá este frívolo pueblo lo que es seriedad?

Domingo, 16 de agosto Siguen sin llegar noticias concretas. Pero creo que la semana que viene figurará en la historia universal: reina una calma chicha, el bochorno que precede la tempestad.

Lunes, 17 de agosto Trebitsch ha regresado de Ostende, y como siempre, dadas las circunstancias, le ha ido relativamente

bien. El ánimo festivo de la víspera del cumpleaños del emperador es más bien tibio,²⁰⁷ ahora mismo todo el mundo tiene la sensación de que el único motivo de alegría sería una gran victoria. Dehmel vuelve a escribir un poema espléndido.‡

Martes, 18 de agosto Se ha publicado mi artículo. Es el cumpleaños del emperador, pero la moral está baja, apenas ondean banderas, como si la gente estuviera harta de las muestras de patriotismo. Por la noche me reúno con Ginzkey, que está cómodamente instalado como oficial y ni se esfuerza en excusarse. Resulta espantosa la falta de ímpetu.

Miércoles, 19 de agosto Todo el mundo está muy inquieto por la falta de noticias. No se ha oído una palabra más de la victoriosa batalla de Valjevo,²⁰⁸ pero en cambio llega la noticia del hundimiento de un crucero.²⁰⁹ Mientras las páginas de nuestros periódicos se llenan de las proezas alemanas, los periódicos alemanes son más comedidos y serios. Esta ciudad de la buena vida desconoce la tragedia. En los últimos tiempos, todos los austríacos se convierten en alemanes, se sienten frustrados y sorprendidos de pertenecer a este pueblo tan mediocre. Eso sí, todos sueñan con la victoria y difunden por la ciudad rumores ridículos que nadie se cree pero cautivan a todos, ya que son demasiado cobardes para *pensar* siquiera en la gravedad de la situación.

Jueves, 20 de agosto Por la mañana volvemos a despertar con una noticia sobrecogedora: el ultimátum de Japón a Alemania.²¹⁰ Lo cual es un claro gesto contra Rumanía: ahora Rusia tiene vía libre. Los rumores no cesan: se oye decir que Boreo-
vić ha delatado el plan de campaña, que Schwarz‡ se ha pegado un tiro por haber suministrado alambre de púas a Serbia... Todo por culpa de la estúpida altanería de la administración austríaca, que insiste en menospreciar a la población. Hasta hoy no

habíamos oído una palabra de la victoria serbia, seis días después y ni una sola línea, un silencio sepulcral, que sólo contribuye a inquietar a la gente. Ni rastro de política o de planes. Sigo sin poder trabajar, me consume la incertidumbre.

Viernes, 21 de agosto Los alemanes están en Bruselas: un triunfo, aunque ningún golpe definitivo. Y eso es lo único necesario. La sensación de que el temporal ha llegado y de que, pese a combatir, uno no es más que una molécula, una lombriz en mitad de una tormenta, hace perder la cordura a cualquiera. Paso inquieto todo el día, y noto angustia también en la ciudad. Viene a verme A. S.,²¹¹ hablamos de otras cosas. En cuanto salgo a la calle, se publica en la edición especial la noticia de la gran victoria alemana en Metz. Diez mil prisioneros, con datos exactos, en un comunicado en absoluto jactancioso. Recuperamos el ánimo de golpe: nos sentimos orgullosos de la lengua alemana, de hablarla, de escribirla. ¡Al fin una *verdadera* victoria!

Sábado 22 ¡Llegan noticias amargas! Un comunicado, típicamente austríaco, absolutamente confuso, anuncia que «queda abortado el plan de campaña en Serbia». El enemigo nos ha rechazado y por lo visto ha habido una cantidad terrible de bajas. Se impone un sentimiento de rabia: hace seis años que se prepara este ataque, se da un ultimátum: «O lo tomas o lo dejas», y ahora tenemos que esperar. Nuestro prestigio en los Balcanes socavado, quién puede confiar en una nación que ni siquiera es capaz de tomar «Belgrado» (todo el mundo cantaba la canción por las calles),²¹² pese a que los propios serbios (como explicaba Grieninger)‡ lo esperaban de un día a otro. A mí sólo me preocupan nuestros pobres soldados, hombres extraordinarios, ¡que son sacrificados en vano en la lucha contra tales hordas! La sola idea me hace sufrir, estos episodios me producen una inmensa vergüenza ante Alemania. No tenemos idea de lo que sucede realmente allá abajo: estamos aquí, encerrados en una

botella, como dijo E. B.,²¹³ mientras afuera ruge el huracán. El comunicado también resulta desolador, sólo una victoria contra Rusia podría compensarlo.

Domingo 23 Paso el día en Baden con Emil Schaeffer. Nada más llegar, vemos los carteles en las paredes de las tiendas: nuevas victorias alemanas en todas partes, en Longwy²¹⁴ y en Gumbinnen,²¹⁵ ocho mil prisioneros rusos... Recobramos el aliento. La ciudad se llena de vida ¡y la sangre late en nuestras venas al compás del mundo! Pero todos, absolutamente todos, ven enturbiada su alegría por la vergüenza de que estas victorias sean alemanas, no nuestras. Nos justificamos de mil formas, por supuesto: el plan se vio abortado por culpa de la traición de Bo-reović, de la revuelta en Bosnia... Pero ¿acaso no es por culpa de lo de siempre? ¡El derroche de fuerzas inestimables por parte de los funcionarios! ¡Basta comparar el estilo de los comunicados!

Lunes 24 ¡Nuevas victorias alemanas! Las noticias llegan de todas partes. En Viena parece haberse impuesto la quietud, como si la ciudad entera estuviese a la escucha y no se atreviese a hablar.

Martes 25 Las victorias alemanas son una bendición: el abanico de las tropas se repliega hacia París. Leer eso es revivir las épocas napoleónicas, desde luego sólo de lejos, por ahora de muy lejos. Cuánto envidia las celebraciones de Berlín, que ojalá jamás se conviertan en embriaguez.

Miércoles 26 Por fin una victoria también nuestra en Rusia. Durante todo el día ha habido gran bullicio. El ambiente estaba cargado de rumores, por fin una alegría. De vez en cuando dos oficiales se acercaban para darse un apretón de manos. ¡Por fin

llegan las ediciones especiales! Y con ellas la noticia de que nuestro buque combate en Extremo Oriente:²¹⁶ ¡un bello acto heroico lleno de grandeza! ¡Por fin aire fresco! En Viena casi reina la euforia, aunque aún no ondean las banderas ni se oyen vivas en las calles. Desconfiamos de nosotros mismos, hemos perdido la fe. Yo el que más: cuando en el café oigo a la gente repartirse Bélgica, me dan escalofríos de pensar en la arrogancia y les ruego que hagan el favor de callar y no tienten a los dioses.

Jueves 27 ¡Los alemanes han tomado Namur y Longwy! ¡Seguimos avanzando! Parece, no obstante, que en el frente oriental uno de sus flancos ha cedido, si entiendo bien los informes, de ahí también el júbilo en Berlín por nuestra victoria en Krašnik.²¹⁷

Viernes 28 Los diarios publican la noticia de una descomunal batalla a lo largo de la frontera de Galitzia, que durará días. Me huela la sangre imaginar todo lo que debe de estar ocurriendo allá. Y de inmediato se extiende por toda Viena un comprensible nerviosismo: en la calle todo el mundo lleva un periódico en la mano, todos estamos inquietos. Hasta que, por la tarde, llega la noticia de la victoria contra los ingleses en Maubeuge²¹⁸ y todo el mundo da rienda suelta al entusiasmo.

Sábado 29 La inquietud continúa, los diarios informan lacónicamente de que sigue la feroz batalla y la situación nos es favorable. La población ha recibido una sacudida, todos aguardamos angustiados el desarrollo de los acontecimientos. De pronto, por la tarde, circula el rumor de que ha llegado al Ministerio de Guerra el informe de una gran victoria: corremos hacia allí. No es verdad, pero cientos de personas rodean el edificio y miran ansiosas las ventanas iluminadas como si fueran polillas atraídas por la luz. Algunos llevan horas sentados, como si su

espera pudiese forzar la llegada de un comunicado, pero las ventanas siguen en silencio, las únicas personas a las que se ven son los centinelas, que patrullan a oscuras alrededor del edificio. Al anochecer, escribo unas líneas sobre Lovaina,²¹⁹ la ciudad quemada por los alemanes.

Domingo 30 Hoy se publica el artículo sobre Lovaina en la edición especial.²²⁰ Más tarde, en casa de Benedikt, recibo felicitaciones. Explica que tiene buenas noticias de la batalla y sólo con eso ya me animo. Después de comer, juego al ajedrez con Trebitsch, al fin y al cabo es una distracción. Por la noche vuelve la inquietud, ¿en vano, todo es en vano!

Lunes 31 Sigue la confusión, no hay nada claro. Al atardecer mantengo buenas discusiones con Hans Müller. Poco a poco vamos cobrando conciencia de la magnitud de la victoria alemana en Ortelsburg.²²¹

Martes, 1.º de septiembre [de 1914], *Sedanstag* Aniversario de Sedán. De repente la ciudad se llena de rumores fantásticos—nadie sabe de dónde salen—, rumores de victoria. La policía y todo el mundo los confirma, salvo las fuentes oficiales. Quedo con Auernheimer y vamos a la sede del diario, pero tan sólo conseguimos una vaga confirmación: la situación parece favorable. Delante del Ministerio de la Guerra se agolpa una multitud entusiasta que aclama a los oficiales y se agita esperanzada. De pronto nos invade una fe ilimitada, la gente empieza a repartirse el mundo. Haber vivido este día ha sido maravilloso, ya estoy deseando que sea mañana. Se habla de cien mil prisioneros.

Miércoles, 2 de septiembre Silencio. Y, por lo tanto, el doble de inquietud, que va en aumento. Voy a trabajar en el Gobierno ci-

vil.²²² En las calles, la gente compra toda la prensa que encuentra. Paso la tarde en la misma oficina. Después, cuando estoy en el café, llega una noticia demoledora: una gran victoria del flanco izquierdo con cien piezas de artillería, pero «Lemberg²²³ aún está bajo nuestro dominio, por lo menos...». Todos sospechamos que está perdida, que el centro ha cedido. La gente, muy seria, guarda silencio, las celebraciones, para las que sin duda todo el mundo ya se había preparado, han desaparecido, y una espantosa apatía se apodera del espíritu triunfal que reinaba. Yo mismo estoy paralizado, me invade una horrible impasibilidad, la inquietud de los últimos días nos había sacudido con demasiada fuerza. Y no puedo evitar pensar en la matanza, en las montañas de Lemberg convertidas en un baño de sangre. Rumanía, Bulgaria, Turquía están perdidas...²²⁴ ¡salvo si en los próximos días nos recuperamos! ¿Ha sido una retirada o una derrota decisiva? El Estado Mayor dice: «La situación en la zona es muy complicada», y ahora todos sabemos leer perfectamente entre líneas. Una espléndida victoria, en cierto modo, se nos ha escapado. Viena, que ya estaba preparada para el triunfo, se sume en una abúlica espera.

Jueves, 3 de septiembre Trabajo en la Schwarzwelbes Kreuz²²⁵ de la oficina del Gobierno civil. Es una distracción bienvenida que, pese al caos, me tranquiliza. A las cinco y media, entra precipitadamente una dama del comité lanzando gritos de júbilo: la baronesa Bienerth acaba de recibir noticias del gran mariscal de la corte, una gran victoria, Lemberg ha sido liberada, debemos divulgar la noticia. ¡Viva! Y la noticia se difunde, llega a todos, la gente se echa a la calle y miles de personas se concentran delante del Ministerio de la Guerra. Por la tarde me reúno con Lili Marberg: a ella se lo ha confirmado el gerente del Palacio de Schönbrunn. Celebraciones por todas partes. En el boletín de las ediciones especiales no aparece ni una línea sobre la noticia, sólo se habla de los combates, y se insiste en la inmensa

cantidad de pérdidas. Tiene que ser espeluznante. Y, así, el día se vuelve sombrío pese a la buena noticia, que se desvanece al instante ante la terrible incertidumbre. El hecho de estar aislados del extranjero y no poder acceder a su prensa incrementa aún más la sensación de que sólo nos llega la parte positiva de la verdad, y en nuestro interior las sombras se alzan en forma de temores que adquieren proporciones descomunales.

Viernes, 4 de septiembre De nuevo en la Schwarzzgelbes Kreuz. Siguen sin llegar buenas noticias, pero la tensión decrece. No obstante, se oye hablar de heridos y refugiados de Lemberg, por lo visto la situación no es buena. El ejército de Dankl también está delante de Lublin²²⁶ desde hace ocho días, sin lograr entrar en la ciudad. A ello se suma la extenuación de las tropas, que llevan diez días en terreno pantanoso ¡sin poder cambiarse de ropa! Ni siquiera el hecho de que los alemanes estén prácticamente a las puertas de París, compensa todos estos sufrimientos.

Sábado, 5 de septiembre Riñas obscenas en la Schwarzzgelbes Kreuz: las envidias de sus excelencias del comité se ponen de manifiesto incluso en la beneficencia, cuando la mujer del gobernador [Bienerth] y la del alcalde [Weiskirchner] ¡se disputan el protagonismo! Se habla de dimisión a consecuencia de la desconsideración hacia los órganos de control del Gobierno civil—por lo visto se mostraron poco corteses con un consejero ministerial—, pero ellas se niegan. ¡Es repugnante ver con los propios ojos la cantidad de funcionarios desocupados que hay en Austria! ¡Imaginaos que en Alemania en tiempos de guerra se precisase de dos consejos secretos, de dos funcionarios activos para semejante fruslería! Del frente nos llegan pocas novedades, sólo la confirmación del horror. Egon²²⁷ me habla de suministros de hormigón y hierro a Riva, ¡parece que la cosa sigue mal con Italia!

Domingo, 6 de septiembre ¡No he hecho nada en todo el día! En el *Pester Lloyd* leo que Lemberg ha sido evacuada: aquí, dos días después, la censura ni siquiera ha permitido que llegue la noticia. Por su parte, Willi St.[†] me cuenta que en Praga la situación no es ni de lejos del color rosa con que la pintan las fuentes oficiales en sus informes.

Lunes, 7 de septiembre Los vieneses tan veleidosos como siempre: su estado de ánimo ha dado un giro de ciento ochenta grados. Y eso que la gente está indignada por la censura, que hoy todavía no ha notificado que Czernowitz²²⁸ está ocupada por los rusos, y sigue informando sobre las victorias del 25 de septiembre [= agosto] en esos territorios. Paso la velada con Arthur Schnitzler, una de las pocas personas que siempre me alegra. Ni una palabra de literatura, sólo hablamos de estas cosas. También él ha dejado de confiar en Austria a estas alturas. Disfruto mucho hablando con él y me alegra que exista un hombre así en estos tiempos: ¡el único tolerante!

Martes, 8 de septiembre Día festivo, también por la noticia de la caída de Maubeuge ¡con cuarenta mil prisioneros! He empezado un ensayo: «A los amigos del extranjero».²²⁹

Miércoles, 9 de septiembre En casa de Alfred Zinner, que ha recibido un disparo en el vientre mientras prestaba servicio como médico jefe. Los detalles del episodio ponen los pelos de punta: me cuenta cómo los camilleros lo dejaron caer cuando la artillería descargó una ráfaga de metralla, cómo consiguió llegar a la trinchera arrastrándose y, después, echarse como pudo en una camilla, cómo lo trasladaron más tarde en un triciclo motorizado hasta que el vehículo se averió. Después, lo sujetaron con correas con la cabeza hacia abajo y lo metieron en un camión, y luego de nuevo a pie en camilla, hasta que por fin lo la-

varon y, tras sesenta horas de viaje en tren, llegó a Viena. En el tren estaba rodeado de personas con disentería y mutilados gimiendo... Es atroz pensar en todo esto y creo de veras que el valor es en buena medida ¡pura falta de imaginación! Parece que allí los efectivos han sido completamente aniquilados: de todos aquellos regimientos de soldados en la flor de la vida a duras penas quedan cincuenta hombres, todos los oficiales han caído... Son espeluznantes las matanzas que se han producido. Poco a poco, la ciudad también empieza a resentirlo: en los últimos días las calles se han vaciado y la confianza ha disminuido. El aislamiento del mundo exterior no hace sino agudizar la inquietud.

Jueves 10 En el mundo, nada, y en el mío, poca cosa: he salido a pasear a Schönbrunn, he escrito unos versos de los que dudo que salga un poema, mi compasión es más fuerte que mi entusiasmo. Ha comenzado una nueva batalla en Lemberg y no puedo quitarme de la cabeza los nuevos vagones llenos de mutilados. ¡Viena está repleta de heridos!

Viernes 11 El *Berliner Tageblatt* incluye el comunicado de San Petersburgo, según el cual en Lemberg habríamos perdido trescientas piezas de artillería y setenta mil hombres. Nuestro contacto oficioso—agotado, para variar—alega que la noticia no es cierta pues ¡en Lemberg no ha tenido lugar ninguna batalla! (dice eso ¡literalmente!). Después de haber informado a diario durante diez días sobre la descomunal batalla, ahora se limitan a negarla. Idioteces como ésta evidencian la absoluta imbecilidad de nuestra administración y la eterna actitud heredada de los tiempos del Vormärz. También Ernst Benedikt me confirma que una verdadera victoria nos habría traído un millón de bayonetas rumanas y turcas; sin embargo, en tanto la alianza de la Triple Entente²³⁰ se ha visto reforzada, la situación de los alemanes no es precisamente óptima. Circulan historias de trai-

ción realmente increíbles: antes de la evacuación de Lemberg colgaron aprisa a los funcionarios que habían transmitido todos los telegramas del Ejército, razón por la cual me negué enérgicamente a que Bahr intercediera en favor de Vojnović, encarcelado en Arad²³¹ como sospechoso. Nuestra administración tiene en su haber incontables pecados—los suministros al ejército a precios exorbitados son un capítulo aparte—, pero ahora habrá que ocuparse de todo aquello que la negligencia desatendió, habrá que cauterizar con hierro al rojo vivo lo que la inmundicia ha hecho supurar.

Sábado 12 No puedo hablar con nadie, todo el mundo está enceguecido por un patriotismo necio y falso. Y encima la censura, ¡nuestro vicio histórico! Primero nos pintaron al ejército serbio como un ejército famélico y diezmado: ahora han entrado ochenta mil hombres en Eslovenia, en «Sirmia», como dice nuestra oficina de prensa para que la noticia sea aún más confusa. En cuanto a la batalla que se está librando allá arriba tampoco tengo demasiadas esperanzas, a pesar de que es una buena señal que hayamos reanudado la ofensiva. Tampoco me gustan en absoluto las noticias que llegan del frente francés, los ingleses movilizan con una terrible obstinación hasta al último hombre: no ceden, y Alemania ya despliega todas sus fuerzas en el campo de batalla. En todo caso, me preocupan Italia y Rumanía, que en este momento pueden sentenciar la partida. Los vieneses sólo se darán cuenta de la gravedad de la situación más adelante, porque no sienten la invasión del territorio eslavo como los alemanes sienten la ocupación de cada pulgada de tierra alemana. Yo estoy inquieto desde que invadieron Bélgica, y estoy completamente de acuerdo con Romain Rolland, cuya carta tiene mucha más fuerza y razón que la respuesta de Hauptmann,²³² quien simplemente se ocupa de los argumentos políticos, pero no de los culturales.

Domingo, 13 de septiembre Llegan pésimas noticias del frente norte. La batalla, que parecía favorable, ha sido abortada y las tropas se han reagrupado en un sector seguro, dada la superioridad del enemigo. Es una derrota: todos nos damos cuenta, y lo leemos en la cara de los demás. Hemos intentado recuperar Lemberg y hemos tenido que retroceder y guarecernos cerca de Przemyśl.²³³ Galitzia se da definitivamente por perdida, no hay ninguna esperanza de reconquistarla, ¡ninguna! Aunque lo cierto es que una victoria de Hindenburg en Prusia Oriental demuestra al mismo tiempo de manera flagrante que los rusos no son invencibles. ¡Ahora Viena ya tiembla ante la posibilidad de que puedan cruzar los Cárpatos! Todos mis temores se han visto confirmados, ¡*nosotros* le quitamos de un plumazo las bazas a Alemania! De pronto Viena está llena de pesimistas. Aquellos que echaban las campanas al vuelo ahora tocan retirada. Y me temo que también el ejército ha perdido el entusiasmo. ¡Quiénes regresan del frente no quieren volver a él! ¿Cómo va a terminar la guerra? Hablé con Sil Vara, que también será llamado a filas, y está completamente desconcertado, pero es sincero, *sabe* que no es ningún soldado heroico. ¡Todos somos demasiado conscientes, todos! Más de lo que mostramos, todo el mundo se llena la boca de heroísmo ¡pero en el fondo son unos cobardes!

Lunes 14 Dicen que la segunda batalla de Lemberg ha sido más encarnizada que la primera... Me temo que el Ejército de Auffenberg ha quedado rezagado con una parte de la intendencia. En los periódicos se omite muchísima información, nos administran la verdad con cuenta gotas. Las pocas noticias que llegan son alarmantes: «Es probable que los rusos anuncien una victoria aplastante». Y lo de la inmensa superioridad simplemente no me lo creo, en Galitzia deberíamos tener como mínimo un millón y medio o dos millones de soldados. ¡En alguna parte tienen que estar nuestras tropas, por Dios! En Serbia no

están, en Montenegro estamos en inferioridad numérica, ¿dónde están entonces?, ¿dónde se han metido? Hasta las personas más mansas se encolerizan con nuestros diplomáticos de Kalksburg,²³⁴ que estuvieron en Varsovia, Moscú, Kiev, ¡y no vieron venir ninguna movilización! Han desaparecido las banderas de las calles, ¡un escalofrío recorre la ciudad! Y eso que había ganas de celebrar, ¡cómo esperaba la ciudad que llegase el momento! ¡Ya se habían encargado las banderas, se habían aderezado los farolillos de papel para celebrar la victoria, la primera, o la caída de Belgrado! ¡Tampoco del sur llegan noticias! Y nada, absolutamente nada de la gran batalla decisiva a las puertas de París.

Martes 15 Me escribe Hugo Wolf para contarme que lo han herido y está en Wiener Neustadt. ¡Conque él también! Nadie regresa indemne, miles y miles de hombres han sido masacrados en el frente ¡todo por un plan de campaña falso! ¡Y cómo se había idealizado a Hötzendorf, el pueblo repetía sus palabras como si citara la Biblia! Y Brudermann, que tal vez haya sacrificado a cincuenta mil hombres, se lava las manos... Yo me pregunto: ¿en qué momento se pega un tiro un oficial? Pienso en Julius Bachrach, que se mató de un disparo porque se equivocó especulando en la bolsa y perdió acciones, ¡no vidas humanas!

Miércoles 16 Voy a ver a Hugo Wolf: un disparo en la pierna, nada grave. También pone de vuelta y media a los médicos: se mantienen bastante lejos del frente, de modo que, considerando la reducida cantidad de camilleros, los heridos tienen que esperar durante horas a ser evacuados. Él mismo viajó a lo largo de dos días en una carreta con un teniente moribundo (un disparo en la vesícula). Tuvieron que abandonar la batería, el fuego era demasiado intenso y la propia artillería estaba increíblemente diezmada por la absurda temeridad de los oficiales. En el trayecto a Wiener Neustadt para visitar a Hugo Wolf he viajado

con muchos heridos: llevan los uniformes destrozados y cubiertos de barro, y ellos mismos están demacrados, enjutos, como los que vuelven de los trópicos. El entusiasmo ha desaparecido por completo, ahora tienen diez días de permiso tras los cuales deberán reincorporarse. Lo único que les queda es una obediencia ciega: la belleza y la gloria de estos trabajadores y campesinos, lo que les hacía felices, se ha desvanecido, sólo la disciplina se mantiene inquebrantable. ¡Pobres! ¡Para quién, para quién! Después voy a Baden, donde también escucho historias terroríficas, la pequeña ciudad está atestada de heridos. ¡Y seguimos sin noticias sobre la batalla de París! Las espero con avidez: ¡será la sentencia!

Jueves, 17 de septiembre Nada especial, tan sólo cabe esperar, ¡estar atento a lo que ocurre a lo largo del río Marne! Pero no llega ninguna respuesta, ¡ninguna! Paso la tarde en casa de los Molo, mantengo una buena conversación con Servaes sobre nuestras preocupaciones. Todos estamos indignados con la corte, que no pone a disposición de los soldados ninguno de sus palacios—Laxenburg, Lainz, Troßdorf—, ¡a pesar de que están vacíos!

Viernes, 18 de septiembre Llegan mejores noticias de Francia: todos los ataques del enemigo han sido rechazados, los alemanes preparan poco a poco la ofensiva. Aquí el ambiente está cada vez más enrarecido. Schönaich escribe un artículo en *Neue Freie Presse* en el que figuran las atroces palabras «también en Königgrätz,²³⁵ etc.». ²³⁶ La derrota en Lemberg no parece haber sido tan severa como la pinta ahora la opinión pública, confundida a raíz de la indescriptible torpeza de nuestros oficiosos, para los cuales ninguna horca sería suficientemente alta. La situación en Italia también parece volver a ser preocupante, se han organizado manifestaciones por los «italianos caídos al servicio de Austria». ¡Después, la gente intentó manifestarse delan-

te del consulado! No creo que San Giuliano esté en condiciones de contener a los italianos, hace tiempo que se amenaza con su dimisión (con el pretexto de que padece una enfermedad), que en cualquier momento puede resultar políticamente efectiva.

Sábado, 19 de septiembre Ninguna noticia de importancia. La batalla en Francia, que retumba hace diez días, avanza lentamente, ¡con demasiada parsimonia para nuestra angustia! Por la noche, con Schnitzler, que se muestra extrañamente indiferente ante los acontecimientos.

Domingo 20 He hablado con Kammerloher,[‡] que ha vuelto con un grave reumatismo. Reniega horriblemente de la organización. La intendencia es deplorable, no da abasto, los propios oficiales no tienen suficientes mapas, no digamos los suboficiales. Muy interesante lo que explica de los cosacos, de quien dice que son gentuza cobarde y mezquina: participó en un ataque de caballería contra ellos en el que sufrieron una derrota lamentable. Dice que hasta ahora el Ejército no había aprendido cómo actuar frente al enemigo, que nuestra táctica era por completo obsoleta y temeraria. Explica que la traición era espantosa: gavillas de paja ardiendo, molinos de viento que de pronto empezaban a girar, rebaños de vacas cruzando las líneas, todo ello señales para el enemigo. Nosotros, no obstante, no teníamos ni idea. Es la vieja y triste canción de la ineptitud de nuestra burocracia.

Lunes 21 La batalla a orillas del Aisne es interminable.²³⁷ Continúan los ataques y contrataques, en medio de una lluvia torrencial: en las trincheras ¡el agua les llega hasta el ombligo! ¿Cuándo se acabará este infierno? Yo sigo sin poder trabajar, es como si la furia de los acontecimientos me paralizara, ¡como si me hubiera partido un rayo!

Martes 22 Leonhard Adelt, del cuartel general de prensa, ha regresado por un par de días. Cuenta cosas terribles de la desmoralización: el coronel H.²³⁸ y su adjunto se han hecho llevar a sus «novias» y esposas, a las que mantienen a costa del Estado y ocupan casi todo el espacio. En la retirada, prácticamente «se olvidaron» del cuartel general de prensa, y la intendencia, junto con cuatrocientos hombres, se salvó a duras penas, con mucho esfuerzo. Incluso el tono es desagradable: «Auffeles»,²³⁹ ¡así llaman al comandante victorioso! Otras anomalías: Michel es al mismo tiempo oficial y reportero del periódico *Vossische Zeitung* bajo pseudónimo.‡ Ésta es la falta de seriedad con que todos acatan las instrucciones. Los periodistas húngaros viajan de un lado a otro para visitar a sus mujeres, aunque no está permitido abandonar el cuartel general de prensa. Nadie está contento con la comandancia y también hay muchas quejas de la intendencia.

Miércoles 23 No hay noticias de importancia hasta que anochece: un submarino ha hundido tres grandes cruceros ingleses,²⁴⁰ veinte personas contra dos mil, ¡una heroica hazaña de una inmensa perspicacia y audacia! ¡Hoy el capitán Weddigen se ha convertido en un héroe alemán!

Jueves 24 Los alemanes han bombardeado la catedral de Reims—puedo imaginar los gritos de indignación con que responderá el medio cultural—; y, sin embargo, ha sido una trampa de los franceses, que *querían* que los alemanes salieran mal parados moralmente, pues hasta ahora no han conseguido dañarlos de otro modo. También el doctor Beliassay‡ me cuenta miserias nuestras: contactos por todos lados y desorganización generalizada. Me habla del ataque de un regimiento de la milicia formado sólo por soldados de mediana edad—sin un solo oficial que

los dirigiese—que fue miserablemente sacrificado. ¡Si no fuese por Alemania, nuestro mundo se hundiría!

Viernes 25 La gente cada vez está más desmoralizada. Hoy he visto por casualidad un ejemplar del *New York Herald*²⁴¹ en el que se decía que China ha autorizado el paso de la infantería japonesa,²⁴² y que ha respondido con insolencia a las recriminaciones de Alemania. También allí celebran ya la retirada de los alemanes, algo que yo por supuesto no creo, por más que haya algo de cierto; en todo caso, la ocupación de París es para los alemanes diez veces más difícil hoy que hace un mes. Nuestra moral está por los suelos desde que llegó el telegrama† de Hötzen-dorf, todo el mundo habla de la entrada de las tropas rusas en Viena, lo cual es tan absurdo como los himnos y loas del comienzo. Y, mientras tanto, el *Neue Freie Presse* sigue complaciéndose estúpidamente.

Sábado 26 Por fin se han hecho fuertes delante de Verdún, ¡quizá concluya por fin la interminable batalla! En Viena vuelven a llegar comunicados «extranjeros» bastante confusos donde se desmiente la información que tenemos y se habla, de pronto, de varias cabezas de puente. Seguimos sin tener informaciones concretas, pero las calles y los cafés de la ciudad están inundados de refugiados de Galitzia que cuentan historias espeluznantes. El actor Neugebauer me explica cosas maravillosas. Vuelve de Riga, en Varsovia ha experimentado la ineficiencia de nuestro consulado, que quería enviarlo a Austria cruzando un puente dinamitado (lo que sabían hasta los niños), posteriormente lo hicieron prisionero en Czystochowa y los alemanes lo liberaron. Luego cayó herido en las afueras de Belgrado. Me cuenta los magníficos preparativos de los serbios, que habían dispuesto tiradores en todos los puentes, y de su valentía verdaderamente heroica. Los asuntos de espionaje han sido espantosos, han colgado a miles. Para nuestras tropas no tie-

ne suficientes elogios, pese a que el equipamiento deja mucho que desear, en especial nuestra caballería va tan cargada que apenas puede moverse. Sobre el arrojo de las patrullas cuenta maravillas, cómo se alistan una y otra vez a una muerte segura con un inexplicable heroísmo [-] ¡Schönbrunn! ¡Peligro! [-]

Domingo 27 De pronto, el diario *Neue Freie Presse* publica un editorial sobre Rumanía,²⁴³ pidiendo que niegue a los rusos el paso que han exigido. ¡Un cubo de agua fría! No cae del cielo sin más, hace tiempo que yo mismo presentía que se avecinaban hechos desagradables porque, de repente, se cortaron los transportes y suministros, y también Rumanía bloqueó la entrada de cereales. Debe ser la señal para Italia. Siento como nunca que estamos perdidos y tiemblo por Alemania. ¡Es impensable lo que puede ocurrir cuando el rey [Carlos I de Rumanía] ya no tenga poder para contener a su pueblo! Al atardecer, salgo con Wildgans, ese hombre maravilloso, el único de todos nosotros capaz de mostrar su intimidad sin asomo de pudor: su tragedia *Pobreza*,²⁴⁴ que acabo de leer, es el mejor testimonio de ello. También es el único capaz de hallar el *pathos* de estos tiempos, que tan sólo surge de una humanidad provista de tanta compasión como fuerza.

Lunes 28 Erwin Sternried,²⁴⁵ ese joven amable, tranquilo e idealista, que se alistó voluntariamente a filas, ha caído bajo el mando de Hindenburg: ¡el primero de mi círculo de amigos! Lo lamento muchísimo por su hermano,‡ que tanto lo quería y admiraba. Erwin era uno de los más afables, no encajaba en absoluto entre la nueva juventud. Aparte de esta noticia, las demás informaciones son dilatorias: ¡y todos tenemos tantas ganas de que se acabe de una vez!

Martes 29 ¡La situación con Rumanía está a punto de desencadenar una crisis! Parece que los rusos han evacuado Czerno-

witz y han ofrecido Bucovina a los rumanos de regalo. La tentación es terrible, por eso allí también hay manifestaciones y están a punto de la rebelión. El rey aplaza una y otra vez el consejo de ministros por motivos de salud,²⁴⁶ para retrasar la resolución hasta ver qué sucede en el este y el oeste. Por lo visto también en Italia el ambiente es terrible, todos los austriacos esperan sentados con las maletas hechas la orden de partir en cualquier momento. En Viena, la gente todavía no es consciente de la gravedad de la situación y se escudan en el optimismo a causa de la desesperación, mientras que en Budapest, según he oído, ya se han desencadenado disturbios, porque saben que quienes recibirán el primer golpe serán ellos, no nosotros.

Miércoles 30 Hoy he leído un par de periódicos estadounidenses, el *New York Herald*: es horrible comprobar cómo tergiversan la situación. Alemania es calificada de *enemiga* sin vacilar y el odio que nos profesan hiela la sangre. Las armas alemanas tienen ahora dos frentes abiertos: uno contra los enemigos ¡y el otro contra los propios fracasos diplomáticos! Y la grandeza de Francia, ¡ya pueden estar orgullosos del amor que les profesa el mundo entero! Toda esa estima compensa el haber perdido tantas batallas. Siguen llegando relatos de los horrores: como la historia de un hombre que se ha quedado ciego, pero como aún no lo sabe asegura que cuando le saquen la venda de los ojos verá; o la de las horribles moscas en Serbia, y cómo en el hospital sólo espantan las de los moribundos, porque para los otros no hay tiempo; o el heroísmo, fruto del pánico, de un herido que huyó del hospital de Przemyśl en muletas para que no lo operasen. Prácticamente ya hay un millón de personas aniquiladas, ¿cómo va a seguir este desastre?

Jueves 1.º [de octubre de 1914] ¡Ninguna novedad! ¡La batalla a orillas del Aisne dura ya diecisiete días! Tenemos los nervios destrozados. Tengo unos cuantos versos‡ para un fresco sobre

la guerra, veremos si lo consigo. Estoy tan abatido al cabo de días y días de angustia que a duras penas puedo respirar, no digamos trabajar. Y, sin embargo, en algún momento hay que ponerse.

Viernes 2 En los Cárpatos, los rusos parecen tener más éxitos de los que admitimos. En cualquier caso, los comunicados son muy confusos en este punto.

Sábado 3 El paso de los días es cada vez más desesperante. Nada parece definitivo, en todas partes planes y aplazamientos. Lo único decisivo será Amberes.

Domingo 4 Por fin llega la noticia, los rusos están en Máramaros.²⁴⁷ Ha sido necesaria la extraordinaria negligencia austríaca para hacerlo posible. Dicen que alcanzan los cien mil efectivos, ¡eso sería una catástrofe!

Lunes 5 El envío de Romain Rolland en días como éstos es todo un acontecimiento. Veo que la carta que le escribí se publicó en ese número,²⁴⁸ ahora histórico, del *Journal de Genève*, de modo que soy testigo de su sentido de la justicia. Piensa en mí desde la distancia y me envía su segundo ensayo, que me parece maravilloso. Adjunto los dos escritos en estas páginas. En estos tiempos es importante haberse pronunciado y levantar la voz.

Martes 7 [= 6] Ha comenzado el sitio de Amberes. Aparte de esto, ninguna otra novedad. Una cosa que menciona Romain Rolland, y a mí también me ha llamado la atención, es que la gente aún no está cansada de la guerra, y hasta se enfurecen si a alguien se le ocurre ponerse a hablar ya de la paz. Tampoco en la vida pública se advierten signos de fatiga, por el contrario, la mayoría de gente está ganando más dinero que nunca. Son los

bonos de deuda, que sirven de papel moneda, los que obran el milagro, la pregunta es cuánto durará.

Miércoles 8 [= 7] Grandes avances en el sitio de Amberes. Me piden un artículo²⁴⁹ y lo escribo gustoso; aprovecho la ocasión para releer el magnífico sitio de Schiller.²⁵⁰

Jueves 9 [= 8] Una noticia favorable desde Przemyśl. Se han repelido los ataques y el levantamiento del sitio es inminente: un buen mes, este noviembre [= octubre].

Viernes 9 Amberes a punto de caer, los preparativos de la celebración ya están a punto.

Sábado 10 Amberes ha caído y Przemyśl ha sido liberada. Pero más vale no cantar victoria antes de tiempo: el rey Carlos, el único que contenía la agitación en Rumanía, ha muerto. Hace apenas catorce días habría sido una catástrofe, hoy es tan sólo un nuevo motivo de angustia.

Domingo 11 Nada nuevo. Nuestro ejército avanza. Aunque siempre nos atenaza la sensación de que la retirada de los rusos obedece a un plan, porque no conseguimos dar parte de las piezas de artillería ni de los prisioneros como en una victoria real.

Lunes 12 Berchtold, además de un loco, tiene mala suerte. Sigue los pasos del rey Carlos. San Giuliano también está enfermo, ya le han dado la extremaunción. ¡Nuestro único garante en Italia! ¡Todo lo que se ha logrado con indecible sacrificio puede desmoronarse con un pequeño gesto desde allá abajo!

Martes 13 Me he trasladado a Baden. Llevo buenas noticias: nuestra ofensiva avanza, y también los alemanes.

Miércoles 14 Algo he trabajado. Llegan buenas noticias desde Alemania. Aquí abundan los oficiales heridos que persiguen con diligencia a las muchachas; cierto grado de frivolidad le va a la perfección a esta pequeña ciudad. A eso se suman tropeles de ordenanzas y soldados: a los que han tenido disentería se los reconoce de inmediato por la palidez. Están enjutos y demacrados, los pobres. Los uniformes no son como cuando partieron, están gastados y cubiertos de polvo, da lástima verlos.

Jueves 15 Siguen llegando buenas noticias de Alemania. La batalla a orillas del Aisne es la única que prosigue, ¡pero ya caerán!

Viernes 16 Los alemanes siguen avanzando despacio, como el minutero en el reloj, pero casi con la misma regularidad. Se hace insoportablemente lento, y debe ser especialmente atroz para quienes participan en el combate. ¡Nosotros no podemos quejarnos!

Sábado 17 Nada. Avance de las tropas en Galitzia, pero no es una conquista arrolladora, sino un avance paso a paso. Los informes del ataque a Przemyśl son espantosos: los cadáveres de los rusos colgaban de las alambradas como arañas en las telas. La masacre es horrenda. Cuánta falta harían ahora personas que pusiesen término a esto. Lo que Romain Rolland y yo intentamos en este momento en nuestra correspondencia podría servir de ejemplo: algún día tiene que pronunciarse la palabra ¡*basta!*, ¿por qué no hacerlo cuando aún se está a tiempo de evitar lo peor?

Domingo 18 El llamamiento a filas de los reservistas que aún no han servido, grupo al que pertenezco, ha alborotado a todo el mundo. Ahora la gente acomodada que sólo conocía la guerra por los periódicos está asustada: la guerra se acerca más y más a todos, y por fin se dan cuenta del significado de la palabra *comunidad*. Lo que este ejército puede ofrecer es cuestionable: es evidente que el gran ímpetu del comienzo ha desaparecido, la desgracia ha golpeado a demasiadas familias. Yo mismo soy incapaz de hacer nada, estoy paralizado, es un año perdido y ansío que se me asigne algún deber.

Lunes 19 El Ejército austriaco avanza en Galitzia, si bien no como desearía: lo que se ha perdido a causa de una gran derrota sólo puede recuperarse mediante una gran victoria. Y la retirada de los rusos me resulta muy sospechosa.

Martes 20 Negociados sobre un tren hospital; he escrito a Romain Rolland, espero que con éxito.

Miércoles 21 Parsimonioso avance, Ostende ha sido tomada, pero no es realmente decisivo. El mal presentimiento que me acompaña desde el principio no me abandona, y precisamente el hecho de que no se tomen decisiones amenaza con eternizar el combate.

Jueves 22 Voy a ver a su casa a Berta Zuckerkandl, que comparte mis opiniones, pero qué pocos pensamos francamente. Veo cómo la mayoría de la gente está narcotizada por las consignas. No obstante, yo me opongo a todo patriotismo que no se traduzca en dinero o arriesgando el pellejo hasta las últimas consecuencias. Todos los supuestos entusiastas mienten tan descaradamente, por interés o por inconsciencia, que a menudo cuesta morderse la lengua.

Viernes 23 La ofensiva austríaca está cada vez más debilitada, de hecho casi parece que se ha convertido en defensiva. De todos modos, a raíz de la liberación de Przemyśl, se ha erigido un muro para varios meses.

Sábado 24 Se ha generalizado la sensación de que el impulso austríaco y alemán se han dado de bruces contra el tanque de acero de Rusia. En todo caso, Alemania aún está invicta y va a seguir así mucho tiempo.

Domingo 25 Lectura en casa de los Zoff y las discusiones obligadas. Sin novedades.

Lunes 26 Bernhard von Jacobi ha caído, ¡otra persona querida, lúcida y entrañable! ¡Qué desgracia! ¡Qué lástima su muerte y la de tantos otros! ¡Es terrible! Su esposa [Lucy Geldern] había perdido el año pasado a su único hijo y estuvo a punto de enloquecer a causa de la desesperación. A saber lo que será capaz de hacer ahora.

Martes 27 Progresos en Bélgica y Galitzia. Y pensar que conozco cada piedra y cada casa que devoran las llamas en Nieuwpoort.²⁵¹ Cuando tienes recuerdos personales que te unen a todas esas cosas aun sufres más.

Miércoles 28 Ninguna novedad relevante. En las tardes de Baden, el otoño luce plácido y confiado.

Jueves 29 He hablado con Gereth,‡ que acaba de regresar del condado de Ung, en Hungría. Ha tenido trescientos casos de cólera por día y setenta y cinco muertos. Explica que entregan a los vivos las mochilas y las armas de los muertos porque no es-

tán suficientemente equipados. De los oficiales regulares tampoco tiene maravillas que contarme, la mayoría escurrieron el bulto pretextando estar «enfermos» cuando llegó el cólera. También en el mando reinaba el caos. Y entre los demás oficiales se nota que las ganas de regresar al frente han mermado considerablemente.

Viernes 30 Los alemanes avanzan con lentitud; por otro lado, es indudable que se repliegan frente a los rusos en Varsovia, aunque por lo visto la retirada no ha supuesto mayores peligros.

Sábado 31 De pronto, como un espaldarazo, llega la noticia del bombardeo de los puertos rusos por parte de buques de guerra turcos. No puedo compartir la alegría general, temo las complicaciones bélicas que pueda generar la intervención de los otros estados balcánicos. Ya no me atrevo a alegrarme de nada, los malos presentimientos ensombrecen hasta las mejores victorias, excepto las proezas realmente heroicas del *Emden*, realmente incomparables.²⁵²

Domingo, 1.º de noviembre [de 1914] Día de Todos los Santos. Por la tarde voy a casa de Arthur Schnitzler y me quedo hasta la noche. Me habla de Berlín, donde en estos momentos el ambiente es más grave y solemne que nunca, casi trágico. ¡Pero que nadie se atreva a ser el primero en presentar una propuesta! En estos momentos hace falta fuerza y determinación para decir lo que todos sienten.

Lunes, 2 de noviembre ¡La batalla junto al Yser²⁵³ es una carnicería! ¡El ritmo al que avanza esta guerra es un suplicio indescriptible! Todos saldremos de ella destrozados de un modo u otro, porque no experimentamos ni verdaderos triunfos ni ver-

daderas derrotas. Estos altibajos, este movimiento imperceptible de masas gigantes, es inconcebible para cualquier imaginación y resulta, por lo tanto, paralizador, en vez de liberador.

Martes 3 Me llega una noticia espantosa, que sólo lo es para mí: Verhaeren proyecta escribir un libro contra Alemania, sobre la destrucción de Bélgica.²⁵⁴ No puedo impedirselo y, lo que es más doloroso, puedo incluso entenderlo; es más, incluso debería exigirselo. Pero se me encoge el corazón al pensar que esto tal vez haga que se alce entre nosotros un muro...

Miércoles 4 Llegan varias noticias, pero ninguna buena. Prosigue la retirada, por lo visto Przemyśl vuelve a estar sitiada, también los alemanes han emprendido la retirada. ¡A eso se suma la llegada del invierno! Nadie sabe cómo acabará la guerra, ¡dicen que algunas unidades del ejército se están desintegrando!

Jueves 5 Ninguna novedad relevante. El ataque por mar a Yarmouth²⁵⁵ demuestra gran audacia y dará ánimos a la población porque desvía la atención del verdadero peligro.

Viernes 6 Voy a Baden por el asunto del hospital,²⁵⁶ que me resulta muy agradable. Si lo es de veras, el futuro lo dirá.

Sábado 7 Vuelvo a Baden. Como en una novela, el médico inspector general, borracho, regaña a la chiquilla con un descaño digno de Maran, y después examina mi solicitud, indolente, sin entender de qué se trata. Y un tipo de esa calaña dirige una institución en Austria. Todos los que vuelven del frente se quejan de lo mismo, de la negligencia espantosa en todas partes. Es horroroso.

Domingo 8 Ha caído Tsingtao.²⁵⁷ Una gran batalla, del todo insensata: alemana en el verdadero sentido de la palabra. Aunque las noticias que nos llegan están llenas de silencios, leemos entre líneas las verdades amargas.

Lunes 9 Pequeña catástrofe de mi existencia: Verhaeren ha publicado un poema²⁵⁸ que es lo más necio e infame que pueda uno imaginar. Me siento inerme, también emocionalmente: ¿qué hacer para entenderlo, por mucho que comprenda su ira y su rabia? Pero hacerse eco de mentiras tan deplorables en un poema... No sé si algún día me armaré de valor para hablarle de ello.

Martes 10 Aún bajo el filo de la guillotina de ese poema. *He tenido* que escribir a Romain Rolland, no he podido evitarlo, necesitaba desahogarme con un amigo. Aquí nadie me entiende: carecen de la voluntad firme de ser justos aun *en contra* de las propias convicciones. Se embriagan de su falso entusiasmo (el mismo que mucho se cuida de poner en peligro los bienes o la vida). Empiezo a evitar a todo el mundo.

Miércoles 11 Mejores noticias de Serbia, malas de Galitzia. Parece ser que están decididos a abandonar el frente sur y a enviar al Ejército hacia el norte en primavera. Paso la tarde con Hans Müller, que me increpa—o más bien me advierte—con vehemencia de que tenga cuidado con ser tan justo. Su argumento (muy inteligente pero inaceptable para mí) es: «¿Quién te lo agradecerá?». Para colmo se nos une Leo Hirsch,[‡] tan presuntuoso, y dice haber leído en el *Daily Telegraph* un artículo mío sobre la desoladora situación en Viena.²⁵⁹ Me quedo consternado, lo cual alegra a Hans Müller, que naturalmente pregunta cómo es posible que precisamente hayan escogido *mi* nombre, algo tiene que haberse filtrado. Me doy cuenta de que sólo puede ser una parodia de mi ensayo «El mundo insomne», pero me

enfurece muchísimo pensar que la calumnia ya ha empezado a correr como la pólvora. Aunque yo no he escrito una sola palabra, sé que ahora quienes quieran hacer valer su patriotismo de pacotilla recurrirán a la calumnia atribuyéndome ese texto.

Jueves 12 Acto de celebración: hago la prueba de reconocimiento para prestar servicio en el TZD.²⁶⁰ Ha sido rápido, con el obligado retraso de todos los trámites en las oficinas de la administración austríaca. ¡Soy apto! El doctor Steifitz está orgulloso, mientras que a mí más bien me aburre hacer con treinta y tres años lo que hacen otros de dieciocho. En todo caso se ha cumplido el deseo de mamá.

Viernes 13 Buenas noticias desde Serbia y Alemania. Se avanza, aunque con gran lentitud. Paso la tarde fuera, en Baden.

Sábado 14 Paso la tarde en Klosterneuburg,²⁶¹ donde se apodera de mí el terror al ver la atmósfera en la que tendré que vivir, al menos por un tiempo. Es lamentable, un trabajo irrelevante y enojoso entre gente deplorable en esa oficina aburrida con despachos pestilentes excesivamente caldeados. Quizá sea importante pasar unos días en este lugar para entender el malhumor y la obstinación de nuestros funcionarios. Además, falta espacio: haré todo lo posible por evitar trabajar en este lugar.

Domingo 15 El *Neue Freie Presse* publica el detestable ataque de Wittmann a Verhaeren.²⁶² Escribo un artículo sobre Suez.²⁶³ Llegan, cosa rara, noticias increíblemente buenas: una victoria de Hindenburg sobre los rusos, una victoria de Potiorek, la ocupación de Valjevo. No obstante, lo que se escucha en privado sobre nuestro Ejército es deprimente: las enfermedades causan estragos, sobre todo en Galitzia, y no hay demasiadas espe-

ranzas de que la situación mejore en primavera. La falta de higiene fomenta las epidemias y, dadas las enormes aglomeraciones de personas, cabe temer lo peor. Tuve ocasión de hablar con el teniente H. sobre cómo se ha castigado el entusiasmo en Austria: la mayoría de voluntarios, es decir, los pocos hombres que *querían* luchar, los que tenían sed de aventura, están todavía en Viena y tienen que prestar aburridos servicios en los cuarteles. A estas alturas, por culpa de este desastroso servicio militar, el entusiasmo se ha esfumado y ya no recuerdan el enardecimiento de entonces.

Lunes 16 El éxito en Serbia es cada vez más evidente, aunque por lo visto en el frente occidental alemán todo parece detenido. Voy a la oficina de correos, donde me atienden muy amablemente. Sin duda me sentiría más a gusto que en Klosterneuburg. Espero que la cosa se resuelva pronto.

Martes 17 Hay que ver cómo son los vieneses. ¡Una pequeña victoria y se vuelven locos! Una vez más, corren todo tipo de rumores: que se ha tomado Belgrado, que se han capturado cincuenta mil prisioneros... Esas ilusiones ridículas que tanto me exasperan y en las que trato de no caer. Por supuesto que ni una palabra de todo ello es verdad, pero el hecho en sí es elocuente.

Miércoles 18 Se ha publicado el artículo sobre Suez. Llegan buenas noticias de Alemania: al parecer se prepara una gran victoria contra los rusos, si bien es sólo de los alemanes.

Jueves 19 En el Archivo de Guerra con el teniente coronel Veltzé.²⁶⁴ Me recibe con mucha amabilidad. Ginzkey me muestra los expedientes de las condecoraciones, cada uno dictado, corregido y refrendado por el emperador. Nadie habría sospe-

chado tal capacidad de trabajo de su parte. Me haría feliz que me destinaran a este servicio, y parece casi seguro. El *Neue Freie Presse* publica una formidable entrevista a Hindenburg.²⁶⁵

Viernes 20 Trebitsch me habla del encuentro con Goldman, quien le contó más cosas sobre Hindenburg de las que se publicaron en la entrevista. Por lo visto se quejó muchísimo del Estado Mayor de Austria y nos culpaba del fracaso en Varsovia. Por el contrario, en el sur parece que finalmente están avanzando. En Klosterneuburg me entero de que se está preparando un decreto contra los voluntarios; espero estar al margen de estas reclamaciones. El servicio allí es auténticamente austríaco: se consume todo un día para no hacer nada, y a eso se añade la soberbia de los oficiales, y el mal humor por culpa de un trabajo que consiste en calentar la silla y endurecer el trasero. Llama a filas a Alfred [Zweig], espero, no obstante, que sea indispensable en la retaguardia.

Sábado 21 Seguimos a la espera de noticias sobre la batalla decisiva en Polonia. Todavía está en el aire la gran decisión, pero *debe* tomarse pronto, pues se nos echa encima el invierno. Las noches son gélidas y puedo imaginar lo que estarán sufriendo esos pobres. Herwiedt me cuenta que en agosto salieron del cuartel con las pieles y que evidentemente todos los dragones las tiraron. ¡Cuánto deben echarlas de menos ahora! Los checos boicotean los préstamos de guerra, un banco checo en Viena ni siquiera ha colgado el anuncio y, de la «Ziv. Banka», la mayoría son suscripciones encubiertas de empréstitos vieneses. Por eso tememos tanto la victoria rusa.

Domingo 22 Una carta preciosa de Romain Rolland me libera de toda mi tristeza. Me habla de Verhaeren, del elevado precio que ha pagado emocionalmente por su odio y de cómo se debate para seguir siendo un *bonnête homme*. Además, trata de con-

solarme y me recuerda el martirio del pensamiento universal. Tal vez el año que viene se convierta en un apátrida por querer sacrificarse de este modo, pero en nuestros corazones siempre habrá un lugar para él. Casi se me saltan las lágrimas al leerlo, me he sentido tan ínfimo y mezquino ante su nobleza y su espíritu de sacrificio. En su persona está presente todo lo que me habría gustado transformar en bondad en mi interior, todo lo que en mí absorben las pasiones, y en buena medida su existencia es un estímulo para dar vida a lo que de valioso pueda haber en mí. Tal vez entre él y Friderike podrían salvarme de mí mismo. Ella, con su característico instinto clarividente, también me lo dijo, ella, que me conoce mejor que nadie.

23-30 de noviembre Una semana sin escribir en este diario. Estoy haciendo la instrucción, voy todos los días a Klosterneuburg y me adentro en las profundidades de un mundo subalterno. El primer signo de la conducta austríaca: la pérdida de tiempo como sistema. Tengo que esperar horas al teniente, soy testigo del poder vejatorio de un único sargento (Bauer),‡ de la sumisa alegría de los oficinistas recelosos, de sus existencias tediosas, embrutecidas en habitaciones demasiado caldeadas y mal ventiladas, observo esa forma de vida descuidada y debilitante, y en unas pocas horas comprendo muchas cosas. El teniente, estúpido pero no exento de sentido de la justicia y la elegancia, es todo un personaje. Ahora entiendo por qué oficinistas como Balzac y otros terminaron convirtiéndose en escritores y poetas. Hay que estar unido a las personas por obligación, no por elección, no escoger uno mismo sino dejar que el azar te asigne tu sitio. Por eso el servicio militar tiene un papel decisivo en algunas personas. Con todo, estoy contento de sólo haberme asomado a ese mundo, porque me doy cuenta de cuánto puede amargarlo a uno tal ambiente. ¡Que Grillparzer me sirva de advertencia!²⁶⁶ En lo político, no hay demasiados cambios: en Serbia, grandes progresos, quizá decisivos; en la

Polonia rusa prosigue la batalla, que en líneas generales es favorable, pero no se materializa en una victoria. En general no tengo muchas esperanzas en la victoria, de hecho creo que ya sería una suerte que se mantuviera la situación actual.

1.º de diciembre [de 1914] Me presento en el Archivo de Guerra.²⁶⁷ Me han asignado realmente un muy buen trabajo y tengo ganas de empezar. Nada subalterno ni de segundo orden, sino un trabajo de verdad. ¡Espero que vaya bien! Hoy he vestido por primera vez el uniforme y ha sido una sensación más bien extraña. Me siento un poco ridículo con el sable sabiendo que no hay que luchar contra nadie.

2 de diciembre En el cumpleaños del emperador nos llega, inesperadamente, la noticia de la caída de Belgrado, así que la noticia resulta doblemente alegre, y el texto del despacho también es excelente. Felix Braun, que estaba conmigo en la lectura en voz alta de la magnífica obra teatral de Víctor,²⁶⁸ sale corriendo a la calle para ver el júbilo de la gente, sin embargo ya no es como al principio, el estado de ánimo del pueblo está demasiado afligido a estas alturas para poder continuar haciendo grandes celebraciones. El precio que se ha pagado hasta ahora es tan elevado que cualquier triunfo futuro resulta temible.

3 de diciembre Trabajo en la oficina. Leo mucho y cosas muy interesantes. Más tarde llega una noticia: la esposa de Petzold ha muerto. ¡Pobre! ¡Qué lástima, es un hombre tan bueno y tranquilo!

4 de diciembre La marcha triunfal en Serbia parece haber topado con un pequeño contratiempo, en cambio a los alemanes les va bien en el norte. Estos constantes altibajos son lo peor de esta guerra, porque amenazan con prolongarla hasta el infinito.

El tono del discurso del canciller del Reich alemán [Bethmann-Hollweg] fue magnífico, aunque la tendencia me parece desacertada (visiblemente benévolo con Francia) y antipática, ya que sólo al final, obligado por la necesidad, hizo mención a la paz. Creo que hoy se reprime esta palabra con cierta vehemencia y severidad por culpa de un falso pudor. En Viena, no obstante, la gente sigue sin ser consciente de la gravedad de la situación: he leído una orden dirigida a los oficiales prohibiendo la continua asistencia a locales nocturnos porque parece ser que las noches son indecorosamente alegres y se les recomienda que se reserven las fuerzas para recuperarse.

5 de diciembre Recibo una carta de Romain Rolland donde se disculpa por haberme escrito otra anterior, muy airada, que jamás llegué a recibir. ¡Evidentemente confiscada! Se han puesto más estrictos desde que los checos boicotean los créditos de guerra y practican una abierta oposición. Es comprensible, por lo demás, que no les entusiasme la causa de Austria cuando es tan evidente que se trata de la de Alemania. Lo más trágico, sin embargo, es que las provincias alemanas fieles al emperador perderán a sus mejores hombres mientras que las checas van a florecer doblemente exuberantes. En Viena apenas se sabe nada de estas cosas: la mayoría no *quiere* saber.

Domingo, 6 de diciembre Los alemanes han vuelto a recuperar Lódz.²⁶⁹ una grata victoria. Aparte de esto, nada más: he comenzado un poema a Tolstói.‡

7 de diciembre El trabajo en la oficina me deja poco tiempo. He estado mirando unos grabados en un catálogo de arte y por la noche he asistido a una magnífica función de *Ifigenia en Áulide*,²⁷⁰ una de las mejores que he visto jamás.

Martes, 8 de diciembre Día tranquilo, festivo,²⁷¹ con pequeñas noticias. Poner en orden mis cosas me ha sosegado. Ahora evito incluso a los amigos, no me apetece hablar con personas que de repente han descubierto su patriotismo austríaco y tienen sed de sangre.

Miércoles, 9 de diciembre Llegan buenas noticias de Alemania: hemos ganado Łódź. De este modo queda repelido por mucho tiempo un posible ataque al Reich. Parece que ha sido una victoria formidable, aunque, como siempre en el caso de los rusos, no decisiva. Yo no puedo evitar tener la vista puesta en el objetivo final, que es la paz, ¡la paz! Paso la noche con Hans Müller, que sigue eufórico y optimista, ¡aunque sólo de palabra!

Jueves, 10 de diciembre Estoy harto de todos estos telegramas de Potiorek,²⁷² doctorados *honoris causa*,²⁷³ antes de que se haya decidido nada, e igualmente ridículo el nombramiento de mariscal de campo otorgado al archiduque Federico,²⁷⁴ sólo para emparejarlo con Hindenburg, aunque lamentablemente no haya comparación entre sus méritos. Paso la noche en casa de Schnitzler y charlamos muy a gusto. Lástima que su sordera haya empeorado.

Viernes, 11 de diciembre Dos cartas de Rolland con un evidente tono incisivo. Me insta a que «rompamos el silencio» porque es nuestro deber. Pero ¿qué debemos decir? ¿Qué podemos decir? ¡Nada! De ningún modo: aunque quisiéramos, cualquier cosa que dijéramos sería tergiversada y mutilada, ¿de qué serviría? Rolland tiene arrebatos de pasión que, si bien lo engrandecen, también lo ponen en peligro; luego se *obliga* a recuperar el equilibrio y tal vez ese esfuerzo es lo que más necesitamos todos. Rolland es sensible no por debilidad, sino por fortaleza, y se obliga a dominarse. Por eso no puedo tomarle nada a mal.

Sábado, 12 de diciembre Sin noticias de Serbia y comunicados sesgados en los que se habla de reagrupamiento. Nos afecta más negativamente esto que la más cruda verdad. ¿Por qué no hablan con claridad? Ya estoy harto de tanto acertijo.

Domingo, 13 de diciembre Voy al hospital a visitar a Amann, un tipo muy humano y lúcido. Me cuenta cosas interesantes sin la menor presunción. Lo hirieron cuando intentaba ayudar a otro. ¡Me gustan más este tipo de héroes que los que avanzan sin mirar nunca atrás!

Lunes 14 Se confirma mi presentimiento de que en Serbia se había producido una catástrofe: por lo visto, dos cuerpos del Ejército se han disuelto y en la caótica retirada se han perdido cincuenta piezas de artillería, material y dinero. Valjevo ha sido reconquistada: todo nuestro esfuerzo ha fracasado vergonzosamente por culpa del incorregible optimismo austríaco, que no conoce la previsión y confía en el «todo irá bien». Cuando Viena se entere de lo que ha ocurrido, se desvanecerá de golpe toda esta alegría infame, lo cual ansiamos con toda nuestra alma quienes tenemos una noción realista de los tiempos en que vivimos.

Martes 15 La catástrofe ha sido un jarro de agua fría: nada hasta ahora había causado ni remotamente un efecto tan demoralizador como este último comunicado. Pero sólo cuando llega la hora de confrontar la información queda patente la estupidez de nuestra cobertura informativa: a primera hora podía leerse «Evacuación de Valjevo, queda abortada la ofensiva, conquista de Belgrado como contrapartida». Y luego, por la tarde, no, ya al mediodía: «Se ha preferido evacuar Belgrado sin ofrecer resistencia». Primero lo presentan como una victoria y antes de que se seque la tinta de la imprenta ya lo han retirado, todo ello cuando hacía ya mucho que tendría que haberse conocido

la noticia. La gente está muy indignada. En las calles todavía cuelgan los carteles donde se lee: «La capital de Serbia, nuestro enemigo, está en nuestras manos».

Miércoles 16 La consternación continúa. Corren rumores de toda clase: que si los regimientos rusos han pasado al ataque, que si los serbios se han sublevado; se busca la traición por doquier, como en Francia. De Alemania llegan buenas noticias.

Jueves 17 Llega la noticia de una gran victoria de Hindenburg. En Berlín las banderas ondean por todas partes, parece que durante el invierno no habrá que sufrir por el peligro de una invasión. Paso la velada en casa de Stiedry con Prohaska, ambos interpretan de maravilla a Beethoven. Estamos contentos. No obstante, las cifras de Serbia empiezan a filtrarse: veinticinco mil prisioneros, la artillería... Pero sobre todo: el oprobio, una vez más el oprobio, ¡cuánto oprobio! Primero el anuncio del ultimátum, el comunicado de Potiorek de llevar hasta el final la campaña de invierno, y finalmente ¡este resultado! Esto ha sido el tiro de gracia a la vanidad nacional de los austríacos.

Viernes 18 A la espera de que lleguen detalles de la victoria de Hindenburg, pero no llega nada. Lo único que llega son las noticias de los diarios cantando victoria. No quiero ni leerlos. En la oficina soy feliz, estoy más tranquilo que en cualquier otra parte.

Sábado 19 Siguen sin llegar noticias. Adelt ha venido a verme hoy desde el cuartel general de prensa. Se ha vuelto un poco irónico, como todos los sentimentales que tratan de protegerse de sí mismos. No tiene mucho que contar. Además, a estas alturas todos conocemos la guerra como si hubiésemos estado en el frente. Es atroz cuánto se prolonga el relato de los acon-

tecimientos, cosa que lo vuelve aburrido desde el punto de vista literario. Comenzó bien, pero después se ha perdido en relatos interminables, como una de esas novelas larguísimas, tan alemanas.

Domingo 20 Aunque lo llamen «domingo dorado»,²⁷⁵ hoy no es un día precisamente dorado, todo está un poco ensombrecido. A la gente ya ni siquiera le alegran las victorias. El nombre de Limanowa,²⁷⁶ donde hemos obtenido algunas victorias, ni siquiera se ha hecho popular. Incluso la victoria alemana parece menos completa de lo que esperábamos. Sobre todo, porque aún faltan los argumentos emotivos de las cifras y la prueba del aniquilamiento: la huida.

Lunes 21 Visita de Georgi al Archivo de Guerra. Desprende confianza y optimismo alemanes, como corresponde. Yo, en cambio, vuelvo a estar deprimido (a nivel nacional) por la magnífica actitud del parlamento francés. Siempre han dominado la retórica, pero en los grandes momentos la cargan de sentimiento y así logran armonizar la belleza con la fuerza. Debo decir que su posición es la más segura, ya que las cosas sólo puede mejorar para ellos: a mi entender, los alemanes superaron el cénit de su éxito hace dos meses, aunque no creo ni mucho menos que haya llegado aún su ocaso. El absurdo descomunal de las masacres me aterra. Y todo por culpa de frases huera y falsedades, al menos entre nosotros. He estado leyendo a Tolstói: lo más profundo que se ha dicho sobre el tema está en su «Nicolás Varapalo».²⁷⁷ Ahora lo veo clarísimo y estoy totalmente de acuerdo con él.

Martes 22 Nada relevante. Por la noche llega el comunicado de una acción de la flota austríaca. Han hundido un submarino²⁷⁸ y han torpedeado un *dreadnought*,²⁷⁹ dos auténticas gestas. Pero cuántos aspavientos de nuevo en los periódicos. Aquí lo

primero que se hace con los éxitos es vociferarlos a los cuatro vientos, en lugar de esperar a confirmarlos o incluso digerirlos.

Miércoles 23 Preparativos. Me nombran sargento.²⁸⁰ Todo un detalle, pero me resulta indiferente. Escribo a Romain Rolland, que en los últimos días está recibiendo ataques feroces en Francia. Cada vez le tengo más cariño.

Jueves 24 Nochebuena. Ninguna noticia especial. En las calles reina un silencio extraño, y también hay menos luces que de costumbre. Es atroz pensar en todos los que están lejos de aquí, en el frente. Y la ignominia de que ni por esta noche se haya podido imponer la paz.

Viernes 25 Los periódicos van llenos de artículos. Entre el fajo de hojas, un ensayo muy bueno de Hofmannsthal sobre el príncipe Eugenio de Saboya²⁸¹ y otro de la Mildenburg sobre la asistencia de las enfermeras.²⁸² He ido a Baden a estirar las piernas, a respirar aire puro ¡y a estar tranquilo! ¡Por fin vuelvo a respirar aires nuevos!

Sábado 26 He estado reflexionando un poco sobre mí. Ahora mismo me siento excluido de un modo tan extraño que no tengo derecho a estar con los alemanes, porque no soy del todo alemán. Cuanto más me examino más difícil me resulta encontrar una aprobación franca e inmediata, ni siquiera con respecto al heroísmo, porque me parece que hay algo servil en el mismo. La idolatría al emperador, por ejemplo, me resulta insoportable, así como el servilismo al príncipe o la falta de democracia, que se hace más evidente en estos momentos en comparación con Francia e Inglaterra. Pero de eso sólo puedo hablar con muy pocas personas, porque la mayoría está ofuscada y narcotizada por la atmósfera bélica... Tal vez tengan razón, pero a mí estos

acontecimientos tan sólo me infunden un dolor sordo incompatible con cualquier forma de alegría.

Domingo 27 He leído en un periódico las magníficas palabras que Goethe le dijo a Eckermann el 14 de marzo de 1830, y consultar el texto en mi biblioteca me ha reconfortado. Cada línea es un consuelo, una confirmación de mis sentimientos más hondos, de lo que creo en lo más profundo de mi alma sobre los belicistas y los pacifistas. Me lo voy a grabar en el escritorio para mantenerme firme en mis propias convicciones.²⁸³ Salgo a pasear en medio de una atmósfera invernal clara y luminosa. Encuentros, Pramg.²⁸⁴ y la joven entusiasta de los aspirantes a oficiales, grotesca en su admiración. Es curioso que aquí, a media hora de Viena, a uno no le interesen los periódicos, ni las noticias, que en los últimos días no son muy buenas: la ofensiva en la Galitzia oriental se ha convertido en una operación defensiva, una severa retirada hacia los Cárpatos.

Lunes 28 Pocas noticias. Por la noche, el doctor Steiff me comunica nuestro traslado de Klosterneuburg.²⁸⁵ Es la infracción de la ley más flagrante que quepa imaginar, y el pobre va a sufrir mucho por culpa de eso. A mí apenas me afecta, pero me resulta muy desagradable y me pasa factura toda la noche. Tengo sentimientos encontrados, soy mi propio enemigo, odio cada día y cada hora que pasa. Pero me he hecho la promesa de superar todo a fuerza de trabajar.

Martes 29 Una sagaz carta de Lissauer, mantenemos un debate epistolar. La situación en lo militar aún es preocupante y difícil, no veo progresos en ninguna parte y apenas ninguna posibilidad de avanzar. Sólo percibo una duración infinita, una soledad opresiva y angustiosa. Ojalá pudiera huir de mí mismo y del tiempo. Mañana quiero empezar con Dostoievski.²⁸⁶

Miércoles 30 Nada de nada. La monotonía de las noticias contrasta con los estridentes titulares de los diarios del medio-día, que pretenden conseguir victorias a fuerza de gritar. Entretanto, los cafés llenos a reventar, pese a todas las prohibiciones, por todas partes nata montada, pastas y bizcochos, todavía una pátina de fidelidad recubre la indecible miseria, que sigue siendo anónima. Por el momento todavía nos salen por las orejas los billetes y los suministros, por eso nadie se da cuenta, ¡pero veremos en un año! Aunque los cafés continuarán llenos, porque son el palacio de los haraganes: a estas alturas, en plena guerra, aún proliferan como setas.

Jueves 31 Un fin de año triste. Por la noche, el silencio es más absoluto que nunca. Han prohibido el «jaleo», pero ¡quién tiene ganas de jaleo!

Viernes, 1.º de enero de 1915 Los optimistas están cabizbajos: ¡cuántas veces habían jurado que para Navidad se habría acabado! Todos tenemos la sensación de que en el mejor de los casos debe quedar la mitad: cualquiera se da cuenta de que el final de esta guerra está aún muy lejos, y poco a poco todo el mundo advierte que es absurda. Los gritones van bajando la voz, y desde Alemania también recibo cartas de Kaemmerer en las que advierto que la esperanza ha menguado. La ilusión de llegar a la paz gracias a un gran triunfo se ha esfumado: hoy ya está claro que la paz sólo se alcanzará con un acuerdo, y no será favorable para Austria. En Galitzia todo el mundo se desespera, especialmente los que ya se habían anexionado Varsovia.

Sábado, 2 de enero Me he reencontrado conmigo mismo. Ya no fumo, trabajo: por fin me he dado cuenta de lo absurdo que es mi nerviosismo, y ahora cada día avanzo un poco. Ante todo, retomo el Dostoievski, esta vez con el interés que merece, pues en estos días he aprendido a entender la grandeza de Tolstói.

Domingo 3 He dado una conferencia sobre Liliencron a los trabajadores,²⁸⁷ antimilitarista y espero que buena. Después voy a casa de los Feld. Las noticias de la guerra son *équivoques*, avanzan y reculan a trancas y barrancas. Ha caído otro compañero de escuela, Frischauer. Así es como me doy una idea del porcentaje de bajas.

Lunes 4 Sigo avanzando en el relato²⁸⁸ y pongo orden. Estoy mucho más tranquilo y pronto habré conseguido dominar esta guerra. Ahora sé que la detesto tanto que no puedo, ni quiero, encontrar nada bueno en ella. Lo único que es posible hacer en estos tiempos es encerrarse en uno mismo.

Martes 5 Asuntos sin importancia. Mi hermano vive situaciones parecidas de infracción de la ley a la del doctor Steif.‡ A ello se suman las historias de la dirección artística...²⁸⁹ El *Arbeiter Zeitung*, el único diario bueno en Viena, tendrá sobre qué escribir. En ese diario leí, por cierto, el artículo de Spitteler,²⁹⁰ que me pareció ejemplar y no entiendo por qué exaspera tanto a Alemania. A los países implicados en una guerra la neutralidad les parece una provocación. ¿Por qué, me pregunto, se desviven todos por concitar simpatías y obtener aprobación? Si su íntimo sentido de lo necesario no les parece suficiente se ponen en evidencia.

Miércoles 6 Día festivo. ¿Alguien sigue leyendo las noticias? Es tan extraño ver cuánto ha cambiado la mirada de la gente al abrir los diarios: se adivina en ella el cansancio. Y eso que los periódicos han mejorado. Constató que, con la llegada del mes de enero, la palabra *paç* aparece todos los días en los titulares, aunque los Estados se pasan la patata caliente, como antes hacían con las crueldades y los delitos. No obstante, el simple hecho de que *pueda* hablarse de paz ya es una señal. Además, cir-

culan rumores por todas partes sobre el inicio de las negociaciones, y, de hecho, la subida de las cotizaciones en Berlín podría ser un síntoma. Pero la complejidad de todo el proceso de paz excluye cualquier acción precipitada: como mucho, podrían haberse producido intercambios de peticiones en voz baja.

Jueves 7 En Viena percibo cada vez un creciente malestar a mi alrededor. Y no únicamente en mi círculo de amistades, sino que rezuma por todos los poros de la vida pública. Tan sólo lo enmascaran los grandes triunfos, los pseudobeneficios. La conversación de hoy con el doctor Glossy es típica de Austria: consejero gubernamental, austríaco de pura cepa, editor de un gran diario austríaco, considera normal la renuncia a Galitzia y al Trentino. Así ha cambiado en nuestro país la opinión pública: así hablan ahora los estamentos oficiales. Y mientras tanto tratan de mantener el *Österreichischer Rundschau* de hace tres meses.

Viernes 8 Ninguna novedad de la guerra. Noticias poco relevantes. Por lo visto la ofensiva francesa no consigue abrirse paso en ningún frente, la alemana se hunde en el lodazal a las afueras de Varsovia y nosotros retrocedemos lentamente mientras seguimos dando batalla en los Cárpatos. De Serbia y Przemyśl, ni una palabra. Al. S.²⁹¹ me cuenta cosas interesantes de Skoda:‡ él también reniega. Y mi teniente coronel echa pestes contra el Estado Mayor, los funcionarios critican al ministro... El ambiente está cargado de reproches que estallan en forma de brutales ataques en absoluto inofensivos: acusaciones y denuncias anónimas. ¡Y en el Ministerio de Guerra no paran de llover los decretos! ¿Ocurrirá lo mismo en Francia?!

Sábado 9 Pocas novedades: en realidad, ya ni queremos tenerlas. Las emociones aletargadas: lo veo en mí, que desde hace unos días puedo trabajar de nuevo como es debido y avanzo. Quizá el fenómeno más cruel que se ha producido hasta ahora

es la aparente inexistencia de la guerra tanto en nuestro mundo interior como en el exterior, este olvido en todos los que no participamos directamente. Ahora, de hecho, sólo la viven intensamente quienes tienen algún motivo de preocupación personal, los demás se han habituado. En la ciudad probablemente la mayor incitación sea el pan fresco en las mesas.

Domingo 10 Vivo encerrado en mi mundo. Cartas, libros, Dostoievski, trabajo, ¡tranquilidad!

Lunes 11 La ofensiva alemana avanza en el frente occidental. La señora Viertel, que acaba de regresar de Neusalz, cuenta toda clase de cosas: por lo visto, la indignación de los oficiales con el Estado Mayor no tiene límites. Hasta a la guerra llevan su indiferencia, la cobardía tan típica de nuestro régimen, la falta de sentido de la responsabilidad, también muy típica en nuestra oficina. El tal Bartsch, que se embolsa un sueldo de capitán sin sentir la necesidad (¡en tiempos de guerra!) de ganárselo, el teniente coronel empeñado en viajar a Belgrado sin más propósito que recibir una condecoración, o la cruz al mérito militar—la única condecoración que era democrática, sin jerarquías—, que de pronto otorgan a tres: la primera a Potiorek, la segunda al ministro de Defensa [Georgi], que se la cuelga al cuello y *todos* los generales de Viena tienen que vestirse de gala e ir a felicitarlos. ¡*Para eso* se tiene tiempo en nuestro país! Bessemer²⁹² cuenta que en su cuartel no se hace *nada, nada de nada*, nadie se da prisa, los voluntarios se dedican a jugar a las cartas... Total ¿para qué? ¡Si estamos en guerra! Algunos voluntarios están allí desde agosto ¡y todavía no han pisado el campo de batalla! ¡Si los alemanes lo supieran!

Martes 12 Ahora trabajo regularmente: el tiempo es de nuevo una rueda que gira plácidamente, ¡aunque con otro impulso! He leído un texto fantástico de Mörike sobre la poesía en tiempos

de guerra,[‡] y me ha sentado muy bien. En el frente occidental grandes triunfos alemanes que ponen en evidencia las fanfarro-nadas francesas sobre el aplastamiento del militarismo alemán.

Miércoles 13 La dimisión de Berchtold cae como un jarro de agua fría. Naturalmente nadie informa de las razones. ¿Por qué no dejar que circulen todo tipo de rumores? ¿Por qué ser honestos y hablar abiertamente en momentos tan serios como éstos? Todos los periódicos se han contagiado de la lepra blanca de la censura, los comentarios están prohibidos. El avance alemán en Soissons²⁹³ sigue dando frutos.

Jueves 14 Se siguen echando en falta comentarios sobre el asunto de Berchtold. Pero parece que Rumanía está detrás y esta vez en un sentido favorable. El infame de Mille publica en *Adevărul* una declaración a favor de Austria; tiene que haber pasado algo gordo, algo inexplicable. De Alemania vuelven a llegar buenas noticias. Y una magnífica para Austria: un terremoto ha causado estragos en Italia, cerca de Roma.²⁹⁴ Precisamente ayer expuse en mi trabajo²⁹⁵ cómo en su momento el terremoto de Calabria había salvado a Ährenthal durante la crisis:²⁹⁶ el de esta vez ha sido lamentablemente menos intenso, aunque también ha costado la vida a treinta mil personas y los daños materiales, sin duda, son terribles. Por poco no nos hemos librado de nuestro peor quebradero de cabeza.

Viernes 15 Todavía nada concreto, puras vaguedades. Tengo la sensación de que es precisamente en estos días tranquilos cuando suceden las cosas más importantes. Es lo que en el mar se llama *bonanza*: la calma antes de la tempestad. Los rumores de que el acuerdo con Italia²⁹⁷ está a punto de expirar parecen plausibles; Ernst Hardt, con quien paso la velada, me cuenta algo parecido. Es un hombre serio y simpático, aunque un poco petulante. Su odio a Hofmannsthal está bien fundado, la histo-

ria de Brahm y George, como la de Rilke, son muy poderosas.²⁹⁸ Conversamos hasta bien entrada la noche.

Sábado 16 En el ámbito político, nada relevante. La victoria alemana de Soissons ha levantado la moral: ridiculiza mejor que cualquier cosa que pueda decirse el triunfalismo francés. Por la noche acudo al estreno de *Pobreza* de Wildgans,²⁹⁹ que me estremece de la cabeza a los pies. Su punto fuerte: mostrar al gran hombre maduro y sus vivencias sin ningún pudor. Esta obra describe sin duda su juventud.

Domingo 17 Me llueven las críticas, que me despiertan un sentimiento de repugnancia sin límites hacia esa chusma. Me horroriza formar parte de ese medio, en tiempos de guerra sigue habiendo envidiosos e insolentes.

Lunes 18 Preocupaciones domésticas por culpa del asunto de mi hermano. Trabajo en el ensayo sobre Dostoievski. Hartazgo de la política. Todas las ofensivas echadas a perder a causa de las lluvias, y el espíritu militar ha quedado enfangado en el lodazal de Galitzia. ¡Pobres tropas! No las compadecemos suficiente.

Martes 19 Trabajo, lo cual me ayuda a liberarme de muchas inquietudes. En Viena son días arduos. Mantengo una extraña conversación con la señora Viertel, que por desgracia confirma muchas de las cosas que sospechaba de ella. En su alegría de vivir hay algo de la desesperación de los condenados que saben que la muerte apremia.

Miércoles 20 El llamamiento a filas, que se ha visto apresurado por el conflicto italiano, ha sembrado aún más desasosiego entre las familias. La gente está harta, y aunque eso sólo se diga

de los franceses, creo que pronto llegará la gota que colme el vaso. La censura empieza a causar indignación, todos los periódicos protestan. *Neue Freie Presse* fue muy hábil al publicar hace poco un artículo de Börne.³⁰⁰ Por mi parte, tengo que lamentar la pérdida de tres cartas de Romain Rolland que me fueron confiscadas, pero, como soldado, no me atrevo a protestar. Nos sentimos realmente oprimidos.

Jueves 21 Movimientos extraños entre los bastidores de la política. Según dicen, Alemania es favorable a la cesión del Trentino, pero el emperador Francisco José se niega. A ello se debe la legación extraordinaria de Alemania, la visita al cuartel general, ese ir y venir, que evidencia intranquilidad y la genera. Siento la tragedia de los Habsburgo, enemistados con el sentir popular pero sin adivinar todavía lo lejos que están sus intereses privados de los intereses de las diversas etnias lingüísticas. En Austria todo el mundo está dispuesto a hacer concesiones, sólo ese pequeño círculo en torno al emperador rechaza esa posibilidad, pero lamentablemente las masas son impotentes y esa pequeña minoría lo decide todo. Entre la gente reina el descontento y cuando estalle será catastrófico, si la catástrofe no llega antes desde fuera. Por la noche acudo a la conferencia de Strunz,³⁰¹ magnífica. Es una de las personas más auténticas de Viena.

Viernes 22 Trabajo. Mantengo conversaciones interesantes con Bartsch. Dostoievski.

Sábado 23 Los zepelines que han sobrevolado Inglaterra, como me temía, han tenido poco éxito, sólo han soliviantado y enfurecido al país, pero no han causado heridos. Ojalá que la venganza no sea terrible.

Domingo 24 Tranquilidad y trabajo. Un día plácido, de esos en los que todo parece amortiguado, tal vez por el agotamiento nervioso.

Lunes 25 Avanzo con Dostoievski. Ahora lo veo todo más claro. La situación de Alfred es realmente enojosa, y la mala suerte lo complica cada vez más. Intento hablar con Z.,‡ pero es difícil que intervenga porque todos los esfuerzos van encaminados en una sola dirección. Me acabo de enterar de la estadística de los caídos en combate, el 96 por ciento son de infantería, el resto se reparte entre las demás armas. En cuanto a la guerra, no hay muchas novedades: la batalla naval difiere demasiado en los informes alemanes y los ingleses como para hacer conjeturas acerca de la victoria.

Martes 25 [= 26] Todo el mundo habla de la posible intervención de Italia y Rumanía.³⁰² El hecho de que repentinamente se permita a los diarios abordar un tema tan delicado hace sospechar que la cosa va en serio. Y todo debe quedar decidido antes del 15 de febrero. En cualquier caso, si Italia interviniese, por primera vez habría entre nosotros verdadero odio. Incluso hemos recibido voluntarios, porque la perfidia de los ataques indigna hasta al más inocente de los ciudadanos. ¡Aunque en esta guerra la indignación tiene menos valor que las ametralladoras!

Miércoles 26 [= 27] Pocas novedades. El ritmo de vida en Viena es tranquilo en los últimos días. Ya casi nadie lee las ediciones especiales, todo sigue un nuevo curso. El proceso contra Ornstein,‡ el proveedor de sombreros para damas que recibía suministros de cebada del erario público, es típico. ¡Un caso paralelo al nuestro!

Jueves 26 [= 28] Aunque lentamente, avanzo bien con mi trabajo. En la oficina también les resulto útil. El último trabajo es el proyecto para el cine,[‡] que voy a aceptar con precaución. Estos asuntos son peligrosos.

Viernes 27 [= 29] Rolland vuelve a dar señales de vida, aunque para las cartas de verdad han cerrado el grifo. En los últimos días a veces me entran ganas de escribir algo, pero me lo prohíbo con todas mis fuerzas.

Sábado 28 [= 30] Quedo con [Georg] Hirschfeld, con quien acordamos pasar una velada en su casa ¡sin hablar de la guerra! Y la verdad es que siento muy bien, pero al final es inevitable y, sin querer, los senderos del cerebro nos conducen al tema, porque hoy en día todo está relacionado y es imposible sustraerse. Las noticias continúan informando de los turbulentos altibajos, pero ahora mismo en Viena estamos más pendientes de la política que se hace en la Ballplatz que del escenario bélico.³⁰³ Nuestro futuro está en manos de Italia y Rumanía, en estos momentos algunas cosas están en nuestra contra de nuevo, como por ejemplo ¡el préstamo de cien millones de coronas de Londres! Allí la política del chantaje se ha convertido en un arte.

Domingo 29 [= 31] ¡En estos días se cumple medio año de guerra! Curiosamente, pese a todo, tengo la impresión de que el tiempo ha pasado volando. Desde aquí es casi imposible imaginárselo, si no te une a alguien el amor o la pasión. En Viena la gente no sufre demasiado. Aunque a los que sufren de veras no los vemos porque viven sumidos en la oscuridad de sus cavernas.

Lunes 30 [= 1° de febrero de 1915] No, me niego a seguir anotando los sucesos de esta guerra, es una sucesión de altibajos sin fin. A ello se suman los rumores que pretenden acelerarlo todo, la guerra y la paz. Pero ya no tienen ningún efecto, ya no tranquilizan a nadie.

Martes 31 [= 2 de febrero] Por fin ha refrescado un poco. Parece que el invierno está siendo benévolo en el norte. Hoy han vuelto a llamar a filas a cientos de miles, hasta el último hombre es enviado al norte, una hornada tras otra. La guerra, esa despobladora de ciudades.

Miércoles 1.º [= 3] Trabajo en la oficina y en casa. Apenas me doy cuenta del paso de los días, todo se ha vuelto espantosamente rutinario. El asunto de mi hermano pinta bien, espere-mos que sea definitivo.

Jueves 2 [= 4] Poca cosa puedo anotar en mi diario estos días. No hablo con nadie, vivo enclaustrado y completamente ensimismado. Veo que a muchos les ocurre lo mismo. Al comienzo tenía ganas de estar con gente; ahora, la reacción es una medida necesaria.

Viernes 3 [= 5] Nada.

Sábado 4 [= 6] Se ha anunciado el bloqueo de Inglaterra mediante los submarinos. ¿Es un bluf o un peligro? Yo *no* creo que un bloqueo pueda ser nefasto para Inglaterra. Las llamadas «sorpresas» no han dado resultado en ningún sitio. Es extraño que los mejores episodios, como por ejemplo la huida de la tripulación del *Emden* en la pequeña goleta *Ayesha* (una auténtica proeza), ya no entusiasmen a nadie.³⁰⁴ El tifus y la viruela son más fuertes que el heroísmo.

Domingo 6 [= 7] Un buen artículo de Ellen Key en defensa de la paz.‡ Pero aún demasiado tímido, le falta determinación. ¡Cómo podrían hablar estas personas! ¡Se echa en falta un Tolstói! Precisamente acabo de leer *La guerre ruso-japonaise*.³⁰⁵

Lunes 7 [= 8] Nada. O lo mismo de cada día, que ya no aflige, pero nos pone sombríos. A partir de hoy ya sólo hay pan de guerra en la ciudad. Por fin (cuando falten los panecillos) empezará a moverse algo pese a toda la negligencia.

Martes 8 [= 9] Carta de Romain Rolland, cautelosa pero muy cordial. Sigue en Ginebra, fiel a sí mismo. ¡Cuánto lo quiero! Entre nosotros también se elevan aquí y allá algunas voces, como Anette Kolb en Dresde,³⁰⁶ pero son acalladas a gritos. Sólo en clave de sátira (por ejemplo, en la *Schaubühne*)³⁰⁷ se percibe el asco que da el patriotismo que vende carteles de «Dios castigue a Inglaterra» a diez peniques y los cantos de guerra de Hans Müller.³⁰⁸

Miércoles 9 [= 10] He trabajado bien. No hay noticias, es la trágica monotonía de un cielo cubierto, sin rayos, ni estrellas, ni tormenta, ni claridad, tan sólo unas nubes muy altas que no se disipan y braman amenazando tempestad, inmóviles, inmóviles, inmóviles.

Jueves 10 [= 11] Poca cosa de importancia. Las noticias apenas varían. Kippenberg dice que llega el domingo: tengo muchas ganas de verlo, cualquier persona que venga de Alemania es para nosotros, de algún modo, un mensajero de buenas noticias, y ahora realmente nos hacen falta.

Viernes 11 [= 12] Trabajo y asuntos cotidianos.

Sábado 12 [= 13] Estreno de Trebitsch.³⁰⁹ La verdad es que estas cosas me resultan físicamente insoportables. No consigo asimilar que haya personas que en los tiempos que corren sigan siendo capaces de divertirse en el teatro, me pone los pelos de punta. Sólo Trebitsch puede tomarse en serio una cosa así: a mí me daría vergüenza ponerme a bailar en frac delante de la gente mientras miles de soldados están en las trincheras, a la intemperie. He leído algunos poemas bellos de Viertel.

Domingo 13 [= 14] Buenas noticias de Hindenburg, que gracias a sus afiladas garras ha vuelto a atrapar a los rusos por segunda vez en los funestos lagos de Masuria. Informa de 26000 prisioneros, pero anuncia que seguirá avanzando. Paso la tarde con Kippenberg. Me llevo una agradable sorpresa al descubrir que no todos los alemanes están sedientos de una muerte heroica como parece desde lejos, sino que, por el contrario, aman la vida y sus placeres con mucha intensidad. Quizá exageramos un poco la devoción que les atribuimos. También me cuenta bastantes detalles que me levantan el ánimo: por ejemplo, que una quinta, la de los jóvenes de veinte años, se ha dejado en reserva para ponerla como material de elite en el último momento sobre el platillo de la balanza.

Lunes 14 [= 15] Con Kippenberg, quien, con su diligente modo de implicarse, va a colaborar en la biblioteca austríaca.³¹⁰ ¡Qué valiente es esa gente! Como si la guerra ya hubiese terminado y fuera un asunto del pasado, así hablan de ella, así actúan en plena guerra. Víctor nos abandona, se marcha a Berlín, donde van a fundar (¡ahora!) una gran revista.‡

Martes 15 [= 16] Nuevas noticias sobre la victoria en los lagos de Masuria. Ya son 50000 prisioneros. En Alemania bromean diciendo que los números no son el punto fuerte de Hindenburg, que no sabe contar, porque en un primer momento

siempre cuenta a la baja y luego termina anunciando cifras muy superiores.

Miércoles 16 [= 17] Hoy han venido a casa Kippenberg, Schnitzler y Wassermann. La situación política es crítica en los últimos días. Se ha anunciado el bloqueo submarino, cuyo efecto nadie puede prever, pero sin duda su solo anuncio generará temor en Inglaterra. No puedo imaginarme quién puede querer aventurarse en estos momentos en aguas inglesas sembradas de minas y acechadas por periscopios. Los marineros ya están exigiendo un aumento del salario, los alimentos suben de precio y esta presión hace que Inglaterra note—¡por fin!—que estamos en guerra. ¡Hasta ahora sólo lo habían leído en los periódicos! Lamentablemente, tiene su contrapartida: en Italia se ha convocado al Parlamento, con el cual se negociará sobre nosotros. A los austríacos, pobres mortales, no nos llega una palabra de ello. Es allá arriba, en la constelación de Burián y Tisza,³¹¹ donde se decidirá si queremos asumir la carga de otro enemigo terrible³¹² o preferimos entregar Trentino, que en realidad no pertenece orgánicamente a nuestro territorio. Somos el único país europeo que carece de parlamento,³¹³ vivimos en una especie de estado de esclavitud, sin ninguna perspectiva de rebelión a la vista. Las ametralladoras han paralizado por completo el espíritu de autodeterminación; los pueblos oprimidos no han adquirido conciencia de sí mismos en ningún lado, la voluntad de las naciones no tiene el menor poder en ningún rincón. Y a nadie parece dolerle.

Jueves 17 [= 18] Ya son 65000 prisioneros, de Bucovina también llegan buenos informes. Pero ahora mismo todos tenemos puesta la mirada en Italia. El ambiente está cargado de rumores y de una honda preocupación ante el desconocimiento de tales decisiones.

Viernes, 18 [= 19] de febrero Un día decisivo para la historia universal. Comienza el bloqueo submarino y las deliberaciones del Parlamento italiano. Una fecha que tal vez los niños estudiarán en las escuelas algún día. Mientras tanto, nosotros vamos de un lado a otro, trabajamos, jugamos al ajedrez, hablamos y actuamos, sin darnos cuenta de que se está escribiendo la historia. Siempre he sabido que la importancia de los grandes acontecimientos se revela con el paso del tiempo, pero nunca lo había sentido como hoy. Qué pocas veces presenciamos el momento histórico (incluso ahora, en tiempos de guerra), casi siempre sólo vemos su sombra.

Sábado, 19 [= 20] de febrero Llegan muy pocas noticias de la cámara italiana. En cualquier caso, el Gobierno ha votado a favor de un aplazamiento, parece que todavía se están produciendo negociaciones decisivas. Sea como sea, se están armando (la compra de caballos y la prohibición de exportaciones dan fe de ello) y también nosotros hemos concentrado a muchos hombres en las fronteras. No en vano no cesa el llamamiento a filas, incluso mi hermano, el pobre, sirve ahora en el cuerpo militar de sanidad. Qué terrible despliegue de hombres. Carne de cañón. No tengo fe en un desenlace pacífico, tiemblo al pensar en la contumacia de las altas esferas, que sólo tienen intereses monárquicos, ¿acaso hay otros intereses en nuestro país? No se atisba el final.

Domingo 20 [= 21] Siguen avanzando en Galitzia desde que volvieron a ocupar Czernowitz. Lentamente, es cierto, porque la fatiga parece ser espantosa. He retomado mi poema sobre Tolstói, esta vez con mucho impulso.

Lunes 21 [= 22] Por fin sabemos el alcance real de la victoria de Hindenburg. Cien mil prisioneros, 150 piezas de artillería, y de nuestro lado se anuncian 40000. En un momento así es ine-

vitale sentir euforia y orgullo de ser alemán. Es un hito estratégico tan inaudito, y doblemente improbable, porque se ha conseguido por segunda vez y casi en el mismo lugar. La duplicación de la hazaña debe convertir definitivamente a Hindenburg en un personaje legendario. Es un gran día en la historia bélica alemana, un día para la posteridad, ¡una auténtica batalla de Cannas!

Martes 22 [= 23] Me llega una carta de Ellen Key que me alegra mucho. Se compromete a seguir actuando en favor de la causa común. No entiendo a los indiferentes, son todos unos indolentes, apáticos, incapaces de reaccionar a nada.

Miércoles 23 [= 24] He trabajado en mi poema sobre Tolstói, avanzo a buen ritmo. Llegan noticias de la guerra sin demasiada importancia y ¡sólo una gran noticia como la de Hindenburg podría levantar la moral! Hoy he recibido la edición inglesa de mis libros sobre Verhaeren.³¹⁴ Es preciosa, ¡cuánto me habría alegrado en tiempos de paz!

Jueves 24 [= 25] Mi trabajo avanza lentamente, pero avanza. Reina un silencio extraño sobre los combates de Stanislau.³¹⁵ En Prascynz un nuevo triunfo de Hindenburg.³¹⁶ En las altas esferas austríacas predomina, cómo no, una especie de resentimiento contra Hindenburg, incluso en plena guerra se da rienda suelta a la envidia. Todos esos laureles deberían haber sido para Hötzen Dorf.

Viernes 25 [= 26] Italia vuelve a ser motivo de inquietud. La ciudad entera, el Imperio, ya están al tanto de las exigencias y negociaciones, dicen que la situación en Italia se ha vuelto insostenible para los alemanes. Es trágico pensar en el trato tan miserable que se da a quienes, durante años y con una idolatría in-

comprensible para mí, han apoyado al Imperio. Pensar en Italia sin Alemania... ¡una paradoja sin precedentes!

Sábado 26 [= 27] Parece que Hindenburg no ha tenido suerte en el norte, de pronto los comunicados del Estado Mayor de San Petersburgo han desaparecido. También en los Dardanelos el ataque ha sido más complicado de lo que se admite.³¹⁷

Domingo 27 [= 28] Paso la velada con Schnitzler, una de las poquísimas personas que sigue siendo lúcida. Es un placer hablar con él.

Lunes 28 [= 1.º de marzo de 1915] El ataque en los Dardanelos parece ser la preparación de una gran acción. Y sigue el asunto de Italia. Mientras tanto, el pueblo sigue amordazado, excluido, sin Parlamento ni una censura razonable, somos un rebaño al que llevan directamente al matadero. Otto Bade† ha caído, lo ha destrozado una granada de mano. Sobrevivió veinticuatro horas, si a eso se le puede llamar vida.

Martes 1.º [= 2] Se confirma la derrota de los alemanes. No es grave. Es evidente que la guerra la deciden el gabinete del emperador y Tisza: los neutrales empuñan las armas. En Estados Unidos parece que por fin se ha producido un giro, aunque no creo que se trate de una intervención enérgica contra las vejaciones sufridas por Inglaterra. Todo indica que los fuertes de Dardanelos han sido destruidos, lo que en Berlín con seguridad producirá una gran consternación. En Viena la gente no ve más allá de sus narices, tiene la vista clavada en la frontera, sin sospechar dónde se toman realmente las decisiones. La batalla en los Cárpatos parece haberse hundido en la nieve. Debe ser lo más espantoso que hayan vivido jamás los hombres.

Miércoles 2 [= 3] Leo *Guerra y paz* de Tolstói, un evangelio para nuestros tiempos. Está todo dicho en esa novela, el egoísmo sin límites de los implicados y el hecho de que precisamente los que están arriba o en medio no piensen en el conjunto, ni en el objetivo, sino sólo en ellos mismos. La imperturbabilidad y el antiidealismo de Tolstói, fruto de un auténtico afán de verdad, son inquebrantables. Leer sus obras hoy en día debería ser una obligación para todos. Las noticias sobre la guerra son inciertas, un constante goteo de bajas, sin grandes acontecimientos.

Jueves 3 [= 4] El anuncio del llamamiento a filas de los hombres entre treinta y siete y cuarenta y dos años vuelve a causar pánico social. Todo indica que quedan muchos meses de guerra y que la situación con Italia es desfavorable. Además, tras el último giro de los acontecimientos, parece que Grecia, muy inquieta desde el último sitio en los Dardanelos, quiere aliarse. Aquí los temores no se deben tanto a los acontecimientos en sí, cuanto a las eventualidades del azar. El aislamiento espiritual de Alemania es algo espantoso, sin precedentes. Con Napoleón, los franceses llegaron a ganarse el aprecio por la Revolución francesa y el respeto por sus poetas y por su lengua, pero el rechazo a Alemania es tan profundo que cuesta reprimir el sentimiento de horror. Cuando Bahr me escribe que Europa volverá a ser la que fue, se equivoca: no bastarán unas cuantas décadas para reconstruir lo que han destruido unos pocos diplomáticos estúpidos.

Viernes 5 La censura me ha vuelto a arrebatarme una carta de Rolland. Me pondría a gritar de rabia, estamos indefensos ante la estupidez de un puñado de oficiales que han huido del frente para guarecerse en cómodas oficinas. Cuánta bondad en las palabras de Rolland. Me he enterado de que ha hecho las paces con Hauptmann, ¿dónde queda alguien como él hoy en día?! Las noticias me son indiferentes. Todo el mundo está tan

exhausto de esperar, sin la menor esperanza de un final verdaderamente *bueno* (incluso los optimistas tan sólo esperan uno medianamente aceptable), que poco a poco vuelve a oírse la voz de la razón. Ya nadie perora sobre la paz primero con Francia y después con Rusia, ahora cualquiera sabe que la única salvación será el agotamiento. De hecho, lo más acertado que ha hecho Hindenburg ha sido admitir que todo dependerá de quién esté dispuesto a sacrificar más.

Sábado 6 Me toca trabajar en las solicitudes de méritos. Encuentro aspectos importantes y valiosos, también para la psicología. Del escenario bélico, poca novedad, los ataques en los Dardanelos parecen tener lugar de manera sistemática. Las fricciones entre Alemania y Austria, que se perciben hasta en los cotilleos de la gente y con seguridad vienen de arriba, resultan desconcertantes y son un signo de la creciente incertidumbre. Precisamente el incremento de «actos» aparentes para reforzar los lazos de fraternidad da fe de la realidad. Desde Italia no llega ninguna solución, y el bloqueo submarino de Inglaterra ya hace tiempo que ha demostrado ser una patraña, como me temía. Ha generado confusión, lamentables sanciones disciplinarias que han propiciado la desertión, calamidades como el aumento abusivo de los precios, pero esencialmente no se ha logrado nada, no se ha conseguido detener el transporte de tropas ni bloquear el comercio. Es repugnante leer los diarios atrasados.

Domingo 7 Parece que el asunto de Grecia ha mejorado un poco, a juzgar por el conflicto del rey [Constantino I] con Venizelos. Por lo demás, el mismo estancamiento. Ojalá llegue pronto una buena noticia, ¡hace tanto que no celebramos ninguna!

Lunes 8 Hoy nos han dado una alegría. Aún no nos atrevemos a sentirla, pero yo ya la noto correr por mis venas. A última hora de la noche una fuente fidedigna me informa de que el Consejo de Ministros de hoy reunido con el emperador ha tomado una decisión: que se haga la cesión del Trentino. Si se confirmase ¡podríamos respirar aliviados por fin!

Martes 9 No hay nada seguro, pero se dice que las cotizaciones se han disparado por todo lo alto. Y la bolsa tiene olfato para estas cosas.

Miércoles 10 Los diarios alemanes lo confirman, las negociaciones avanzan a toda máquina. Los demás detalles, como que Alemania nos compensará económicamente, son rumores. También se dice que el emperador alemán [Guillermo II] y, sobre todo, el papa [Benedicto XV] han intervenido y que la unión de sus fuerzas ha logrado lo imposible. Por contra, desde Galitzia llegan noticias horribles: pese a todos los esfuerzos no se ha conseguido avanzar, y Przemyśl apenas podrá resistir unas pocas semanas más, a lo sumo hasta abril, si los indicios no engañan.

Jueves 11 Llega otra buena noticia: en respuesta a mi queja, la dirección de correos me promete que a partir de ahora mis cartas a Romain Rolland tendrán vía libre. Espero que cumplan su palabra, para mí es muy necesario recibir de vez en cuando alguna noticia suya. El asunto de Italia pinta bien, sin duda. Aquí en Viena nadie se opone a la cesión, y diría que lo mismo ocurre en el resto del Imperio.

Viernes 12 Trabajo bien en dos poemas de largo aliento, y también en la oficina hay mucho que hacer. Se respira una atmósfera menos enrarecida, lo percibo en todos lados: Italia era

nuestra mayor preocupación, pues Rumanía está totalmente controlada, igual que Bulgaria. Todos somos conscientes de que todavía no ha llegado el momento de saldar cuentas. Todavía es posible cometer errores. Los periódicos franceses, por cierto, son simplemente odiosos: siguen tratando a todos los Estados como si aún estuviéramos en tiempos de Napoleón, como si fuéramos paladines de la grandeza de Francia. Tendrán que verter su sangre y Joffre se llevará los laureles. No obstante, me temo que hemos adivinado su juego y, por el momento, la suerte no está de su parte.

Sábado 13 He leído un nuevo panfleto de Verhaeren³¹⁸ tan repugnante que estoy decidido a desentenderme para siempre. El poema podría perdonársele como un arrebató de rabia y exaltación, pero las efusiones en *Les Annales* son sencillamente deplorables. Dudo que sea capaz de volver a dirigirle la palabra jamás.

Domingo 14 Nada especial. No avanzamos ni retrocedemos. Pero es extraño, porque el paso del tiempo nunca me había parecido tan fugaz, nunca había sentido que se escapara tan aprisa como ahora. Y yo que pensaba que un mes podía dilatarse una eternidad. La capacidad de adaptación del organismo, tanto a nivel individual como nacional, ha sido para mí la mayor revelación de esta guerra.

Lunes 15 Nada nuevo. Tan sólo la llegada de la primavera en el aire. También es un alivio saber que el sufrimiento físico no será tan intenso. Será preciso, no obstante, advertir a la gente de que más adelante dé un relato *fiel*: me ronda la idea de escribir un libro, un folleto, en contra de la apología de la guerra.³¹⁹ También una colección de los documentos *buenos* de este tiempo. Pero ¿cuándo, todo eso cuándo?

Martes 16 Trabajo. Desde los Dardanelos, mejores noticias. Pero en el norte nada se mueve.

Miércoles 17 Cobran fuerza los rumores de que en Przemyśl la cosa no va bien. Por lo visto no estamos suficientemente abastecidos, y según dicen el 1.º de abril es el último plazo que ha dado Kusmanek. Además el escorbuto se ha propagado por culpa del consumo exclusivo de conservas.

Jueves 18 He recibido una carta de Rolland con un maravilloso artículo suyo,³²⁰ que traduzco de inmediato para el *Neue Freie Presse*. Este hombre es lo más conmovedor y hermoso en estos días, me alegra que por fin haya recibido una carta mía. Por la tarde, visito a Sil Vara en el hospital. Es uno de los poquísimos que ha conservado la lucidez y con quien puedo hablar. Al llegar al hospital vuelve a invadirme el espanto al ver cómo devuelven a los mayores al frente, mientras que los patriotas se quedan aquí dándose la buena vida. Y todo por la «patria», ¡como si una esposa y cuatro hijos no fuesen más patria que todas la fronteras y lenguas del mundo! Madre mía, qué pocos comprenden algo tan simple, qué engañados están por la educación casi todos.

Viernes 19 Me he llevado un susto de muerte cuando he visto un espacio en blanco en el periódico. Me ha atormentado durante toda la mañana, estaba convencido de que era el artículo de Romain Rolland que traduje. Pero tan sólo era un artículo contra la estúpida ordenanza municipal del pan (retirada de inmediato) que ha hecho cundir el pánico en toda la ciudad. De repente, sin previo aviso, había desaparecido el pan de la ciudad, la gente se aglomeraba delante de las panaderías y el fantasma del hambre ha irrumpido como un gigante inesperado por encima de la repugnante comodidad de la gente. Nuestras loables autoridades han conseguido que la población, ya de por

sí inquieta a causa de los llamamientos a filas, se enfurezca de veras. Creo que al final conseguirán acabar con la paciencia de los austríacos. El patriotismo hace tiempo que flaquea, y muy pronto la hambruna será la gota que colme el vaso. Los señores optimistas han dejado de cantar victoria.

Sábado 20 Me inquieta no recibir carta de Rolland, me temo que correos no haya cumplido su palabra. ¡Haré todo lo que esté en mi mano por saber qué ha ocurrido! Desde los Dardanelos llega la noticia de una victoria, tres acorazados hundidos.³²¹ Es todo un éxito, pero me temo que los ingleses no se rendirán sin más. En el diario *Vossische Zeitung* aparece un artículo plagado de mentiras sobre una rebelión en Sudán:‡ es ridículo que también Alemania se dedique a «crear» opinión pública favorable.

Domingo 21 En Alemania el empréstito ha reportado siete millones, una suma gigantesca. A nosotros, en cambio, ay, pobres de nosotros... En Przemyśl, por lo que me cuenta Berta Zuckerkandl, una mujer inteligente, la suerte no nos acompaña, y también ella ha oído hablar del primero de abril como fecha límite.³²² Yo sigo pensando que acabará en catástrofe. Sin embargo, no conseguir aprovisionar durante más de cuatro meses nuestra fortaleza más sólida, un baluarte pensado para resistir años, sería una ignominia histórica, igual que Ulm.³²³ Quizá todavía consigan planear un contrataque de última hora, al menos eso hacen sospechar los numerosos preparativos, aunque personalmente no lo creo.

Lunes 22 ¡Un día negro! Por la tarde llega la noticia y nos deja helados: ha caído Przemyśl. Una ignominia sin igual debida al hambre y la negligencia. Todos esperan la dimisión de Hötzen-dorf. De repente, la situación se ha ensombrecido por completo. Creo que tendrá un final rápido.

Viernes 23 Toda Viena sumida en el abatimiento. Se han cancelado las funciones, los teatros están vacíos. El espíritu festivo ha recibido un repentino revés. Y mientras tanto, como una broma de mal gusto, un sol radiante: la primavera inunda las calles clamando alegría y vestidos de colores.

Miércoles 24 Una carta preciosa de Rolland. Como el aliento del mundo, un gesto de bondad frente al desconsuelo. Veo la carta como un arcoíris contra un cielo cubierto de nubes. ¿Podré agradecérselo alguna vez lo suficiente? En los últimos días he charlado con Lissauer y Carl Hauptmann. Dos días en Viena han bastado para bajarles la moral. La mía está por los suelos desde hace tiempo.

Jueves 25 Por diversas vías percibo que Alemania nos ha retirado la simpatía. El primer signo del fracaso es la incapacidad recíproca para asumir responsabilidades y los reproches mutuos. Es evidente que ambos Estados han cometido errores: tanto en Lemberg como en las afueras de París hace tiempo que la campaña fracasó, el resto es tan sólo un penoso epílogo. En la ciudad, y probablemente también en Alemania, todo el mundo se da cuenta de que ha ocurrido algo decisivo. Y muchos ya desean que se acabe cuanto antes, a cualquier precio. Es sorprendente lo que la gente se atreve a decir últimamente en el tranvía. No es gratuita la adivinanza que reza: «¿Qué es alta traición? Respuesta: dos vieneses conversando». De pronto todos los intelectuales quieren «huir» a Alemania, reorganizarse allí, los Salten y su séquito. Por fin se ha publicado en la prensa el artículo de Rolland.

Viernes 26 Olvidé anotar la velada en casa de Trebitsch con miss Blyth,‡ que había estado en Przemyśl y nos contó que después del primer asedio nadie creyó que habría un segundo, y

que el aprovisionamiento no se produjo hasta el último momento. En Viena se cree que hubo malversación, y todo el mundo está abatido, se ha perdido la confianza, ni siquiera la batalla de los Cárpatos esperanza a nadie. Me parece absolutamente inviable seguir en guerra más de tres meses teniendo en cuenta cómo está la moral, nos desmoronaremos o empezarán a producirse revueltas en Viena, que naturalmente irán dirigidas contra los judíos. En los últimos tiempos el socialcristianismo se muestra muy agresivo, se siente muy seguro o muy inseguro de sí mismo, en cualquier caso los partidos comienzan a tratar de sacar rédito de la guerra. El país pagará las consecuencias y la economía basada en la emisión de papel moneda apunta a una catástrofe como jamás se ha visto en la historia.

Sábado 27 Escribo el ensayo sobre Polonia y Bélgica.³²⁴ También en la oficina hay mucha actividad, no precisamente altruista. Pero no quiero hablar de ello. Es curioso que de repente todo el mundo esté de acuerdo, los mismos que hace unas semanas se llenaban la boca contra Italia ahora quieren darle el mundo en bandeja. Hay que ver lo necio que es el pueblo y lo bien que han sabido lavarle el cerebro los periódicos. Todos carean los mismos disparates, sin darse cuenta de que se los han susurrado. En los movimientos de masas se aprecia cómo se extinguen, igual que en las epidemias, los pocos espíritus independientes que quedan. Ahora estamos bajo la sugestión del pesimismo, pero incluso al pesimismo le dan la vuelta los vieneses diciendo que «Ahora ya todo da lo mismo», igual que antes decían «Venceremos porque tenemos que vencer» y actuaban como si fuera cierto.

Domingo 28 La situación en los Cárpatos es crítica, y en el frente occidental tampoco parece que les vaya muy bien a los alemanes. Al menos nos ahorramos las celebraciones de la vic-

toria. Por la tarde, voy al recital de Lissauer³²⁵ y conozco a un par de personas simpáticas.

Lunes 29 Recibo una carta de Rolland en la que me pregunta por una señora apellidada Furtmüller.³²⁶ La magia del azar quiere que estuviese en la velada de anoche y que hoy me la encuentre en la *Pasión de San Mateo*.³²⁷ Hablo un rato con ella, es una mujer sencilla y modesta. Es curioso, todos los conocidos de Rolland comparten un distintivo secreto. Hoy he leído el *Diario de un burgués* de Ohnet³²⁸ y me ha deprimido mucho. Si los franceses cultos se tragan ciertas cosas no cabe esperar nada de ellos durante años, ¡qué difícil será! Consideran a los alemanes animales salvajes, ¡pero si de algo pecan es de contenerse! ¿Cuándo se liberará este pueblo de la autoridad, de la propaganda de odio contra Inglaterra y de la consigna del Hiddekk?³²⁹ ¿Cuándo se rebelarán contra la tutela de unos diplomáticos ineptos y contra Wilhelm, el diletante, ante quien todos se arrojan? El nuestro es un pueblo perdido, por grande que sea, mientras no aprenda a administrarse por sí mismo.

Martes 30 La eterna batalla de los Cárpatos. Acabo de escuchar que ha caído el joven Karrag,† a quien su madre aún había podido visitar en el campo de batalla. Sobre Neugebauer también corren rumores. Y, entretanto, un tal Feld† y una docena más de personas siguen parloteando sin parar del esplendor y las maravillas de la sacra guerra, pero yo me burlo de ellos como merecen. Por la noche, doy la charla sobre Petzold.³³⁰

Miércoles 31 Ningún cambio en el frente. Lo único que sé es que los hospitales de Austria son evacuados a toda prisa, pues se espera que lleguen nuevos heridos de Hungría. Nadie, absolutamente nadie, confía ya en la victoria, incluso en los periódicos se advierte la absoluta resignación. Cualquier persona mínimamente lúcida sabe hoy lo que yo sabía desde el primer día,

desde la declaración de guerra de Inglaterra: que la victoria era imposible. De hecho, desde Lemberg la derrota era segura. Ahora todos la presienten, casi la desean.

Jueves, 1.º de abril [de 1915]³³¹ He estado con Kubin, que me ha contado muchas cosas. Es un hombre entrañable y lúcido, que sabe caracterizar de maravilla la ridiculez de los adeptos a Stefan George, que alentaron esta guerra y la profetizaron. También él comparte mi opinión. Mis padres han partido a Merano. Los he animado a hacerlo, estoy seguro de que no nos atreveremos a enfrentarnos con Italia.

Viernes, 2 de abril Malas noticias, en ellas leo toda la aflicción de los próximos diez años para el mundo germánico. Tendrá que pasar mucho tiempo, muchísimo, para que vuelva a levantar cabeza. Paso la velada con Lucka y Hans Müller, ambos han renunciado al entusiasmo. Ahora soy yo el que echo de menos alguien que nos devuelva la confianza, aunque en el fondo sé que todo lo que le ocurre a Austria es por su bien.

Sábado 3 He obtenido un permiso, me han nombrado cabo primero, me marcho a Baden. Podré volver a ver cómo son los árboles y el cielo sereno sobre sus copas. Es atroz la cantidad de heridos que veo de camino a Baden, no debemos olvidarlo jamás.

Domingo 4 ¡Domingo de Pascua! Primero los periódicos, después paseos interminables, estoy realmente feliz de volver a respirar, de haber escapado de la atmósfera opresiva. Se ha publicado mi artículo sobre Polonia. He trabajado un poco, y después la habitual diversión. Por la noche, he hablado con Gere-th, que acaba de regresar de la batalla de los Cárpatos. Dice que ahora mismo nuestro Ejército está inmejorablemente armado y

que el avance de los rusos queda prácticamente descartado. Y los hechos le dan la razón. El frente parece haberse desplazado un poco, pero no cede, resiste con disciplina. No creo que se produzcan más de una o dos grandes batallas en todos los frentes, las fuerzas de todos los países se han agotado.

Lunes 5 Trabajo un poco, sólo un poco, porque la primavera es *demasiado vigorosa*. Esta vez la he observado de muy cerca: por la mañana los capullos aún están cerrados y al mediodía una pelusa de un tierno color verde asoma en cada hoja. ¡Y silencio, el silencio reina en todas partes!

Martes 6 Con Hilde Coste, con quien me topo por casualidad, y con Lissauer, que me visita. Es un monomaniaco entrañable, ridículamente vanidoso, pero de una candidez que desarma. Le hace la corte a la señora [Friderike Maria] Von Winternitz. Y lo extraño es que la política ya no le interesa en absoluto, lo único que le interesa es el amor y sus efectos.

Miércoles 7 Paseos de despedida y regreso a Viena, donde encuentro un buen puñado de cartas, entre ellas una preciosa de Rolland. Noticias: han hundido el submarino *U-29*. Los ingleses tenían razón: por cada buque mercante pagamos con un submarino, y ése es un precio *demasiado* alto. El bloqueo era una patraña, lo supe desde siempre, o por lo menos lo sospeché. Son estas cosas tan evidentes las que más minan la confianza en Alemania. Y tal vez esté bien que así sea: por ahora siguen siendo los más hostiles a la paz, aunque tras la evacuación de Bélgica tendría que poderse solucionar todo. Pero es evidente que todavía no lo quieren, aunque ésa habría sido la única solución.

Jueves 8 Nada de importancia. Los frentes en el este y el oeste parecen mantenerse firmes. Pero nada es decisivo, creo que mayo y junio nos darán el cuadro definitivo. Entretanto, reina la impaciencia por doquier y todo el mundo se pregunta cuándo terminará la guerra.

Viernes 9 Todo tipo de asuntos menores. Días vacíos llenos de inquietud. Por las noches estoy siempre agotado. Tengo los nervios a flor de piel, lo noto sobre todo en el trabajo. Hoy he leído el manuscrito de la novela de Bartsch,³³² extraordinaria. Aquí, la guerra se ha dado la vuelta como un guante: desde el interior parece una superficie oscura contra el resquicio de luz de los acontecimientos

Sábado 10 Trabajo. Voy a casa de Helene Scholz, que mantiene buena relación con los de Bruselas. En el estreno de Czor,³³³ coincido con Viertel. Es un narrador fabuloso. No olvidaré nunca la retirada del Kolubara:³³⁴ cómo va a parar a la calle principal y ve huir a toda velocidad el tren de campaña. Su odio hacia la guerra, hacia la injusticia y la barbarie, es fundado. Muy bueno lo que dice: la infantería dirige la guerra y a los hombres les toca participar. Es la clave de muchas cosas.

Domingo 11 En casa de Berta Zuckerkandl. Por la tarde, visito a Schnitzler. Su esposa nos había aconsejado discretamente que le pidiésemos que nos leyera sus obras de un acto.³³⁵ En realidad, yo iba por el infame asunto de Rosenbaum y Thimig.³³⁶ Schnitzler, un hombre fantástico, se ha convertido en una persona desconfiada, ya no tiene ninguna seguridad en sí mismo, y está afligido pese a estar en la plenitud de su madurez. Sus obras de un acto son increíblemente buenas. Retratan el mismo estrecho mundo de antes, aparecen los mismos temas, pero formulados con mayor vigor que nunca. Sobre todo las dos pri-

meras son verdaderas obras maestras. ¡Qué velada más agradable y enriquecedora!

Lunes 12 Seguimos arrastrando el mismo lastre de siempre, esta espera incierta, pese a que ya tenemos los hombros lastimados. Viertel vuelve a contarnos historias magníficas, es una de las personas más lúcidas que conozco: sería bueno que todos fuesen tan nobles como él. Aun así, también él está nervioso y habla de forma atropellada. Todos los que vuelven del norte o bien casi han perdido el habla o bien hablan por los codos. A la tarde voy a la redacción del periódico por el asunto de Rosenbaum. Siguen acudiendo a mí cada vez que es necesario escribir sobre algún asunto del corazón. No creo que yo acepte por bondad, sino tan sólo por una especie de voluntad, mitad consciente, mitad inconsciente, de ser leal.

Martes 13 Trabajo, pero no lo suficiente como para dejar de sentir el mundo. Recibo una carta de Rolland, polémica a causa de Bélgica. Paso la velada con Friderike, que me deja atónito al confesarme la pasión de Lissauer. Dice que sus intenciones son serias y que percibe con cierta irritación el contraste conmigo.

Miércoles 14 Había olvidado apuntar que desde hace tres días en Viena tenemos cartillas de racionamiento para el pan. En nuestros círculos, la gente protesta por pereza y por comodidad, pero entre el pueblo llano parece haber una especie de revuelta. Se habla de panaderías asaltadas. Nosotros, que comemos carne y verduras, apenas notamos la privación, pero quienes se alimentan de tocino y embutido son perfectamente conscientes de lo que significa. A ello se suma el espantoso encarecimiento de la vida. La carne se ha convertido en un producto de lujo, ha subido el precio de todos los alimentos, y no parece que la situación vaya a mejorar. Me temo que estos fenómenos no harán sino aumentar el descontento. Ahora *cada*

cual se da cuenta de que estamos en guerra, hasta el momento algunos podían abstraerse, pero hoy sus garras atenazan todos los hogares, no queda nadie que escape a sus constantes arañazos. Paso la velada con Viertel y Wildgans, una buena charla.

Jueves 15 Los hechos bélicos son monótonos. Hemos avanzado metro a metro por esta nada homicida, y hemos pagado cada pulgada con siete vidas. Paso la tarde en casa del señor Von Sachs,‡ donde se encuentran reunidos la condesa Coudenhove y un par de aristócratas. Me pongo agresivo sin querer. Debería evitar las reuniones sociales, me crisper demasiado tener que mentir.

Viernes 16 Nada especial. La batalla de los Cárpatos parece haber terminado temporalmente sin resultado positivo de ninguna de las partes. Corren rumores de un tratado de paz con Rusia, pero diría que se deben tan sólo a las ganas de que haya paz y al hecho de que desde hace semanas no pasa nada en la frontera del este de Prusia.

Sábado 17 A estas alturas, después de todos los días transcurridos, los círculos oficiales deciden dar una explicación de la caída de Przemyśl, una estupidez, como todo lo que se hace en las altas esferas. Alegan que no se quiso inquietar a Rusia procediendo a avituallar a las tropas. Realmente, parecen unos miramientos excesivos hacia un país que se estaba armando desde hacía meses. Además, ¿qué significa una fortaleza próxima a la frontera si no una amenaza?

Domingo 19 [= 18] Se ha anunciado el llamamiento a filas de los hombres de cuarenta y dos a cincuenta años. Eso va a crispas los ánimos, estoy convencido. Nadie esperaba que quisieran desangrar al pueblo de este modo. Yo sigo esperando que se

acabe la paciencia y estalle la ira. El rechazo a la guerra ya es generalizado, ya era hora. Ojalá lo sea también en los demás países.

Lunes 20 [= 19] Nada de importancia. He trabajado un poco.

Martes 20 Asuntos personales. Lo de Lissauer será una catástrofe. Se ha lanzado sobre Friderike con toda la vehemencia de su ser, y ella no sabe o no quiere resistirse. Tiene la intención de casarse con ella, la asedia, la importuna, la persigue. No sé cómo acabará, porque ella no parece oponerse del todo.

Miércoles 21 La escena de anoche fue inolvidable. Primero, el encuentro con Lissauer en la calle, luego lo veo esperando junto al portal. Y lo más trágico es que hasta a mí me conmueve verlo bullir como un volcán. Tiene palpitaciones, impulsos suicidas. La quiere a cualquier precio y tiene una voluntad de hierro.

Jueves 22 Hoy he vivido la escena entre el príncipe Myshkin y Rogozhin.³³⁷ Acude a verme en cuanto recibe mi carta. Ha sido indescriptible el momento en que me ha tendido la mano y me ha dicho, con la voz quebrada, que permitiría... Es extraño, he cedido en todo. Mi máxima es no tratar de retener nada, no anhelar nada, tan sólo tomar lo que viene a mí, lo que me queda. Pero esta vez no me resulta fácil.

Viernes 23 Escribo el artículo sobre Mahler.³³⁸ Victoria alemana en Ypern, toda una sorpresa. Pero nada me levanta la moral. Me siento muy enfermo, tengo los nervios destrozados. Todos mis conocidos están igual. Sin embargo, este mal común ejerce una fuerza inaudita sobre nosotros.

Sábado 24 He estado corrigiendo y al terminar he leído el librito que un viejo coronel dedicó a su hijo caído. Me parece inolvidable el pasaje en que entrega el uniforme a la academia militar porque el heredero al trono había escrito unas líneas en la espalda y a un amigo el sable que su padre había llevado en tres campañas. Pese a estar escrito con tan poco oficio, este relato de las once semanas de un teniente resulta precisamente por ello diez veces más conmovedor.

Domingo 25 Se ha publicado mi artículo sobre Mahler. Parto a Baden. La escena con Lissauer es inaudita. Me asalta y me dice que no quiere hacer el papel de Brackenburg:³³⁹ todo en él es vanidad, orgullo herido por haber sido rechazado, y, como hace con cualquier otro sentimiento, trata de espiritualizarlo y justificarlo. A menudo se lo ve completamente perdido, es un monomaniaco. Resulta curioso que el egoísmo personal haya desbancado al egoísmo de masas, es decir, al patriotismo: ya ni siquiera lee los últimos boletines de guerra. La victoria de Ypern (que no es decisiva, pero tampoco menospreciable) lo deja indiferente.

Lunes 26 Una carta cordial de Schnitzler, y por la noche asisto al concierto‡ de Rosé. No sé por qué, en medio de dos sonatas, me sobreviene la visión de Ypern en pleno ataque. La hermana de Mahler‡ me invita a sentarme a su lado: no tiene un solo rasgo de él, todo en ella es laxo y lánguido, sólo en los ojos el mismo destello grisáceo.

Martes 27 Nada importante. Muchos indicios hacen sospechar que se prepara una gran ofensiva en el norte. Eso parece indicar el desplazamiento de las tropas. Es curioso cómo todo se filtra, cómo las palabras, arrastradas con pasión, llegan hasta el último rincón de la ciudad. Se sabe que con Italia no están bien las cosas, se sabe que se disolverá el regimiento de reserva

de Praga, que quieren jugarle una mala pasada a Auffenberg por hablar en voz demasiado alta sobre algunos archiduques. Al comienzo, los rumores no tenían sentido, pero a estas alturas la técnica del rumor se ha perfeccionado y sabemos distinguir los falsos de los auténticos, igual que en el comercio se aprende a distinguir los productos con la mirada. Entre la gente, reina a estas alturas un hartazgo apático, pero la persistencia de la situación ha agotado definitivamente la voluntad de resistencia. Todos estamos enfermos de los nervios. Por la noche asisto a *La canción de la Tierra*.³⁴⁰

Miércoles 28 Nada especial, un poco de trabajo y mucho cansancio. Los partes de guerra, por muy favorables que sean, me dejan frío. Sólo una cosa ha tenido un efecto sensacional, el torpedeo del *Léon Gambetta*,³⁴¹ en Francia seguro que deben resentirlo. Es trágico, pero en este momento la guerra debería causar más muertos para que la gente se diera cuenta de que es una locura. Lo que muy pronto empezará a afectar a París es que la ofensiva anunciada en Flandes se haga esperar tanto. La gente terminará exigiendo ver en el mapa dónde se materializan los resultados que anuncian todos los días. Y es que en Francia el desánimo los invade a la misma velocidad que el entusiasmo.

Jueves 29 Ninguna novedad. Nuestra ofensiva se hace esperar. Hoy se ha hecho público el asunto de Auffenberg,³⁴² es una vergüenza crucificar de ese modo al vencedor de Zamość.³⁴³ Aquí todo el mundo está de su lado, no va a ser un nuevo Benedek. Paso la velada con Eva.‡

Viernes 30 De golpe, como por arte de magia, una ofensiva alemana contra Riga.³⁴⁴ Como si la primavera les hubiese dado fuerzas, vuelven a golpear a diestra y siniestra. El bombardeo de Dunkerque también es un golpe maestro.³⁴⁵ hay por lo me-

nos treinta kilómetros de distancia entre sus posiciones y la ciudad. Ojalá todo eso tuviese algún efecto en el objetivo final.

He terminado prácticamente un cuaderno, han pasado nueve meses y aún no se vislumbra el principio del fin. ¿Completaré otro cuaderno? Ni yo ni nadie lo desea. Y, sin embargo, nadie puede detener la rueda que gira sin cesar.

DIARIO DEL SEGUNDO AÑO DE GUERRA, 1915

SEGUNDO VOLUMEN

(1.º DE MAYO DE 1915 – 24 DE FEBRERO DE 1916)

Sábado, 1.º de mayo [de 1915] Un segundo cuaderno: a un tiempo inesperado y espeluznante para mí. La tensión de hoy es igual que la del primer día: reina la misma incertidumbre con respecto a lo que hará Italia que en su momento reinó con respecto a lo que haría Inglaterra. Los sentimientos se resisten al horror, y a la vez la situación es imposible de sobrellevar sin sensibilidad, así que soy un amasijo de emociones y me consumen los deseos (febriles y a veces fanáticos), a juzgar por mis sueños. Peripecia: por primera vez tengo guardia en el Archivo de Guerra, desde temprano por la mañana hasta la noche. Estaba seguro de que podría trabajar, pero se desató un incendio, o al menos hubo un humo que nos hizo temer un fuego. Nervios, tensión, responsabilidad, si me hubiese movido de mi puesto me habrían podido caer diez años. No ha sido gran cosa, pero de trabajo nada, sólo tensión. Al atardecer, me reúno con la alegre Eva C.‡ y el encuentro me sienta de maravilla.

Domingo 2 Nada. Estoy tan cansado que he dormido de un tirón la tarde entera, de tres a ocho, a pierna suelta. Mis nervios son ya como las cuerdas de un instrumento muy gastadas de tanto sonar: el menor roce los rompe.

Lunes, 3 de mayo Por la noche, de repente, llegan noticias del comienzo de una gran victoria. La ofensiva en Gorlice³⁴⁶ ha tenido éxito, ha supuesto un avance en las posiciones enemigas. El comunicado contiene auspiciosas profecías. Los alemanes siguen avanzando simultáneamente en Ypres³⁴⁷ y Riga, una sorpresa extraordinaria para todos.

Martes, 4 de mayo Los informes son contundentes, pero los rumores lo son aún más. Ya circulan por todas partes, no basta con una buena verdad, la voluntad de que todo esto termine empuja a la gente a creer, creer y creer. Todo el sentimiento religioso que estaba ausente en el hombre moderno sale ahora al encuentro de esta meta: creemos cualquier cosa, alzamos la mano al viento y agarramos lo que éste nos trae.

Miércoles, 5 de mayo Esta vez los rumores son de una precisión extraordinaria: 165.000 hombres, 464 cañones, 7 trenes sanitarios, 39 aviones... Nos informa un ujier del Ministerio de Guerra. Le creemos y debemos creerle por la precisión de las cifras; pero luego llega el comunicado y anuncia 40000, una réplica contundente a los rumores. Vagas imprecisiones, las llamó Ovidio,[‡] pero ahora salen al escenario armadas con cifras exactas, distintas de como se las habría imaginado jamás. Es imposible comprender quién las acuña. El deseo tiene ese poder, pero ¿quién les presta esos contornos tan definidos? Uno está tentado de creer que hay mala fe. En cualquier caso, parece una gran victoria y sobre todo una obra maestra desde el punto de vista estratégico. Nuestros altos mandos del Ejército, por supuesto, ya se han peleado «en presencia del mariscal de campo, el archiduque Federico³⁴⁸ bajo la dirección de Su Excelencia Mackensen», se hacía constar en el informe de Alemania, a lo cual nosotros respondemos alabando a Conrad [Hötzendorf].

Jueves, 6 de mayo Las calles están empavesadas con banderolas que la primavera ilumina. Hacía mucho tiempo que no se veía algo así, es prácticamente nuevo para los corazones olvidadizos. Y la gente, voluble, vuelve a confiar. Los alemanes están a las puertas de Riga, 50000 prisioneros, y lo más importante: el Ejército de las Besquidas está rodeado (y confiamos que derrotado).³⁴⁹ Tal vez hayamos cortado una de las cabezas de la Hidra.

Pero en Austria la alegría no dura demasiado, porque las cosas empiezan a complicarse en Italia. El discurso de D'Annunzio³⁵⁰ se convierte en un peligro de Estado para nosotros, los periódicos tuvieron la desvergüenza de calificar de «osadía» el que hundiéramos un buque de guerra francés en el Adriático.³⁵¹ Ahora pagamos las consecuencias de la arrogancia de Tisza, el belicoso imprudente que destituyó a Berchtold para quitárselo de en medio. Es curioso, me opongo al odio personal y tengo claro que es absurdo, pese a lo cual me siento incapaz de volver a mirar a un italiano a los ojos. Nos han atormentado tanto con su perfidia, con su hipocresía, al pretender atribuir motivos nobles a la mera mezquindad... Alemania deberá odiarlos durante siglos, lo que están haciendo es una locura. Lo más trágico es que habríamos acabado con ellos si no fuese por Rumanía, que culmina esta profanación de cadáveres. Me saca de quicio pensar que los causantes de todo han sido el emperador y Tisza. Pero la candorosa Viena todavía no se ha dado cuenta y la gente sigue de celebración.

Viernes 7 Mucha tensión. Todas las buenas noticias de aquí y allá carecen de importancia frente a esta decisión extrema. No logro sentir nada más ni pensar en otra cosa: en cualquier instante, el cielo puede dejar caer sobre nuestras cabezas una tempestad. Paso la velada en casa de Ernst Benedikt: ellos también cuentan con el cataclismo. Se ha esperado ocho días de más con las concesiones, y ahora el pueblo está furioso allá abajo: nadie podrá detener ese aluvión.

Sábado 8 No he dormido. Veo el hundimiento con más pavor que nunca. Sé que nadie en el mundo pedirá clemencia para Alemania, la pisotearán hasta aplastarla. Porque ahora conocen su poder y saben que en cincuenta años resucitará con una fuerza demoníaca, de modo que hay que doblegar a los alemanes sin contemplaciones. A eso se suma la catastrófica desgra-

cia del *Lusitania*,³⁵² que le costará a Alemania el odio del mundo entero, en especial de Estados Unidos: tales brutalidades son una locura. Sin embargo, el Ejército lo domina todo en Alemania, absolutamente todo, en los comentarios de los periódicos es fácil advertir cómo se les atragantan los gritos de júbilo por esta victoria. Las imágenes del futuro me bastan, soy demasiado consciente de la inevitable catástrofe que se avecina. Aquí sigue habiendo charlatanes que no ven que Rumanía y Bulgaria se lanzarán como aves de rapiña sobre el botín. El *Cantar de los Nibelungos* se cumple, el canto de la miseria de los Nibelungos. No creo que haya vuelta de hoja, ningún hombre de Estado puede oponerse a esta inercia.

Domingo 9 Estoy en Baden, donde en medio del maravilloso paisaje no oigo nada, y por unos instantes lo olvido todo, aunque sólo por unos instantes. Nuestros periódicos aún no están autorizados a decir palabra, únicamente en los círculos más íntimos se habla de ello. Pero los diarios alemanes son de una claridad aterradora, tan sólo señalan que las relaciones diplomáticas aún no se han interrumpido... Eso es lo único que nos separa de la guerra. Parece que apenas se puede evitar. Trato de resistirme al odio todo lo que puedo, pero la *forma* en que los italianos agitan los ánimos es la cosa más repugnante del mundo: acusan a Alemania de traicionarlos por... En fin, ni siquiera saben por qué, pero lo importante es acusar a Alemania. Miles de alemanes y austríacos han huido de allí. Ese país que Alemania ama desde hace siglos, casi más que a su propia alma.

Lunes 10 Hoy por primera vez nuestros periódicos están autorizados a publicar algo y la noticia cae como un jarro de agua fría entre la opinión pública. Ahora todo el mundo quiere hacer cualquier concesión, los mismos que semanas atrás se negaban a ceder el Trentino ahora están dispuestos a renunciar a Trieste y a lo que haga falta. Por supuesto, hablan de revocar las conce-

siones dentro de algunos años, y esas mismas personas siguen diciendo que castigarán a los italianos. No era consciente del nivel de estupidez de la gente, repiten lo que oyen sin pararse a pensar. Lo único que queda es la elite. Mi desconfianza hacia la gente ha llegado a niveles insospechados: evito a todo el mundo.

Martes 11 La gente sigue teniendo esperanza, porque *quiere* tenerla y porque el peligro se disimula gracias a los empréstitos de guerra. Yo, personalmente, creo que no hay nada que hacer, conozco a los italianos y su afán de gloria siempre que la causa no encierre peligro. Por culpa de este asunto la victoria de Galitzia no le parece relevante a nadie, y las ediciones especiales de los diarios se anuncian a gritos por las calles en vano. La verdad es que sorprende ver la impasibilidad de la gente. La programación teatral en estos días pasará a la historia como una deshonra para la ciudad: *Sólo se vive una vez*,³⁵³ *Él y ella*,³⁵⁴ *Como una vez en mayo*,³⁵⁵ *Por orden de la duquesa*...³⁵⁶ Operetas y frivolidades.

Miércoles 12 Hoy he hablado con los oficiales de la oficina y lo único que ha sabido decir mi teniente ha sido: «Recemos, señores». A eso se reduce para él la situación. Los periódicos reflejan la incertidumbre de los ignorantes. El destino de Europa está en manos de unos pocos. No deberíamos pensar en ello, pero es imposible dejar de hacerlo. Anteayer vi pasar en fila los trenes de carga hacia Baden y hoy escucho que se abandona Villach como estación principal; Trieste hace tiempo. Tendría que ocurrir un milagro para que la situación se resolviera, y ya no creo en milagros. Hace días que en los puertos italianos se ha prohibido hacerse a la mar a los barcos «neutrales», es decir a nuestros barcos. Todo será una catástrofe material sin precedentes: la imaginación ni siquiera me alcanza para hacerme una idea.

Jueves 13 Respiro aliviado. Giolitti ha resurgido del olvido y ha sido recibido por el rey [Victor Manuel III]. Su escudero Cirmeni ha sido el encargado de asestar el duro golpe: la publicación de las concesiones de Austria. Por lo visto ha causado efecto, por lo menos ahora los partidarios de la paz tienen un punto de apoyo en el hombre que armó la guerra de Libia y ganó para Italia una gran provincia.³⁵⁷ Puede volverse a abrigar una vaga esperanza, aunque sólo vaga.

Viernes 14 El ministerio de Salandra ha presentado su dimisión, con lo cual se ha hecho patente la discordia que reina en Italia. Por fin sale a la luz que muchos no lo quieren pero no se habían atrevido a pronunciarse hasta ahora. Aquí, la moral está infinitamente más alta, sobre todo porque las noticias de las victorias del noreste son muy prometedoras, las ciudades caen una tras otra al paso del ejército, y uno ni siquiera se atreve a imaginar qué hubiese ocurrido si Przemysł hubiera resistido.

Sábado 15 Por lo visto, en Italia cunde la rabia, ambos partidos amenazan con una revolución. Hablé con el doctor N.‡ e identificamos las fuerzas originarias en Italia, la francmasonería contra los jesuitas, que esta vez, no obstante, se han aliado con los socialistas radicales. Ambos partidos (socialismo y catolicismo), que la guerra ha hecho desaparecer en todos los países, allí han despertado del letargo y han vuelto a levantarse, pese a que se les oponga toda la juventud de Italia, que tiene mucho poder. Lo tiene D'Annunzio como orador, y lo tiene también, por otra parte, el papa [Benedicto XV], que habría amenazado con hacer abdicar a nuestro emperador (y sobre todo podría conseguirlo gracias a la fuerza de su requerimiento apostólico). En Italia se dan la mano los extremos y tienen cierta fuerza. Pero la rueda ha empezado a girar, y se verán obligados a invertir el doble de esfuerzo para tratar de detener su ímpetu. Verdaderos héroes son hoy gente como Cirmeni, Bertolini y Giolitti.

Hoy he presenciado una escena espantosa en el tranvía: sube un soldado, cojeando, con una muleta, arrastrando una pierna, pero la tela gris de la otra pernera cuelga, atterradamente vacía. Todo el mundo guarda un respetuoso silencio hasta que, de repente, una mujer que no lo conoce se echa a sollozar, y pese a ser comprensible, todos quedan aterrados. Jamás olvidaré la escena.

Domingo 16 La situación en Italia sigue siendo incierta. Han renunciado Marcora y Carcano, todos temen asumir la responsabilidad. Ha llegado la hora de la verdad: Sonnino o Carcano. Cinco días más de espera y sufrimiento, ¡es insoportable! Hoy, el asunto de Auffenberg: se lee la interpelación en el Parlamento húngaro, parece un complot medieval en toda regla. El sistema Benedek sigue vigente, seguimos infectados por España. Pero en este caso el Parlamento ha intervenido y ojalá destape la úlcera infectada a causa de las inmundicias políticas de los Habsburgo. Hace tres días fue nombrado barón y ahora le exigen que devuelva el título, la sombra de Benedek se alarga y empieza la escena del archiduque Alberto.³⁵⁸

A última hora de la tarde llega la primera mala noticia: la dimisión de Salandra ha sido rechazada. Si lo entiendo bien, eso significa guerra. Habrá que esperar hasta mañana.

Lunes 17 No cabe duda, habrá guerra.³⁵⁹ Cualquier engaño sería un crimen: la Entente ha vencido en todas las batallas diplomáticas hasta ahora. Salandra y Sonnino se quedan, los defensores de la neutralidad temen por sus vidas, se han acabado las concesiones y las cesiones, quieren la guerra. Todo por culpa de la soberbia de Tisza, que no estaba de acuerdo con la política de Berchtold, al menos conciliadora. Pero aquí los asnos aún lo admiran por su «postura» del mismo modo que admiraron la de Su Majestad.³⁶⁰ No hay nada que hacer, siguen sin darse cuenta de que estamos a las puertas de *la* catástrofe alemana,

que sólo podría expiarse con la creación de la república alemana. Pues cuando una nación ha sido tan manipulada y se ha adulterado lo más profundo de su alma, su rencor tiene que encontrar una válvula de escape y tan sólo espero que tome el rumbo acertado. Comparado con eso, las victorias en Galitzia son un juego de niños, el frente alemán del oeste se tambalea de forma preocupante, veo venir una derrota catastrófica. En estos momentos pienso en la tragedia de Jeremías³⁶¹ que siempre he querido escribir.

Martes 18 Por fin, ahora que la guerra con Italia es inevitable, Tisza ha hablado, y nos ha ofrecido un montón de embustes y vaguedades. Afirma que se han hecho ofertas, pero no por debilidad, sino por pura humanidad. Decir semejante idiotez ante el Parlamento es algo que sólo puede ocurrir aquí. Es insólito, los teatros todavía están abiertos, la gente no sabe, o *no quiere saber*, lo que le espera.

Miércoles 19 Me deja perplejo comprobar que la esperanza todavía planea sobre la ciudad. En la bolsa sigue habiendo idiotas esperanzados. Discuto con Specht, el pobre sigue creyendo que ganaremos y que las fuerzas extranjeras se mantendrán neutrales.

Jueves 20 Día de sesión en el parlamento de Roma. ¿Quién tiene esperanzas aún?! Los periódicos todavía no han publicado nada definitivo, pero la ausencia de Galiotti es elocuente. Faltan unos días de preparativos.

A última hora de la noche llega el comunicado. Gritos de alegría para D'Annunzio. Ha alcanzado *l'alta cima*, ha llegado más arriba que Victor Hugo y que ningún otro escritor de la modernidad, ha subido al estrado del Estado. ¡Y eso costará cien mil vidas!

Viernes 21 Ahora se dignan explicarnos a nosotros, los niños buenos, qué deberíamos haber cedido. Es decir, los berlineses pueden contarlo, porque nuestros periódicos aún llevan la mordaza, incluso *ahora*, en estos momentos, salen llenos de borrones y tachaduras. Un día deberá hablarse de esta ignominia. Hasta el último instante juegan con las personas que derraman su sangre, pero nadie se rebela. Han colgado la declaración de guerra sobre las cabezas de la gente como una piedra, ¿será un milagro si dan la noticia!

Sábado 22 Seguridad absoluta de que habrá guerra; sólo hay unos cuantos que todavía no *quieren* creérselo por miedo a la verdad. La moral está baja, pero no hundida. La aflicción sustituye a la esperanza. Ah, ojalá faltara menos... Teníamos la esperanza de haber llegado al final y resulta que empieza ahora.

Domingo 23, de Pentecostés Turno de inspección de la mañana a la noche. Después, al salir, ediciones especiales de los periódicos, la declaración de guerra de Italia. Ninguna conmoción, la gente regresa de sus excursiones, el tiempo es espléndido. Sólo muy entrada la noche, desde una que otra ventana, arrebatos esporádicos de entusiasmo alcohólico: «¡Abajo los espaguetil!». La misma canción que cuando la cuestión Serbia. Las masas carecen de memoria.

Lunes 24 Los periódicos dan rienda suelta a la indignación, por la noche ya aparecen manifestaciones patrióticas (por encargo). Pero en conjunto reina la calma, los nervios no dan más de sí. El cerebro ya no es capaz de asimilar nada que no sea un miedo real: los rusos a las puertas de Viena, el reclutamiento, la escasez de carne... Cualquier otra cosa no la asimila.

Martes 25 Llega la noticia de grandes victorias a las puertas de Przemyśl, en los Cárpatos. ¡Cuánta alegría habrían causado no hace mucho! Pero a nadie le interesan ya las *fases* de la guerra, sólo hay interés por los resultados, que a su vez se desprenden exclusivamente de las suposiciones. Las victorias de nuestra flota también son imponentes, aunque a fin de cuentas no sean más que ostentación (el estilo del comunicado, por cierto, lamentable).

Miércoles 26 Aumenta el goteo de buenas noticias, pero quedan atrás sin hacer mella. Me siento entumecido, impasible, más allá del miedo y la esperanza, en el equilibrio de Spinoza. Por lo demás, he vuelto a trabajar en mis cosas, ¡buena señal!

Jueves 27 Siguen llegando buenas noticias: han vuelto a hundir un barco delante de los Dardanelos. Antes de la declaración de guerra de Italia habría podido tener un efecto liberador, pero ahora más bien sentimos que todo se alarga. La insensibilidad es generalizada y viene acompañada de síntomas físicos: cansancio corporal, somnolencia, languidez. ¡Debería ocurrir algo muy gordo para sacarnos de este sopor!

Viernes 28 Primeras noticias de la guerra desde el sur: tendenciosas, presentan a los italianos como cobardes, algo que me parece muy mezquino. Naturalmente, se trata de propaganda. Me parece repugnante la campaña difamatoria de la tropa intelectual contra D'Annunzio, al que todos esos escritorzuelos no le llegan a la suela de los zapatos.

Sábado 29 Parto a Baden para descansar y disfrutar de aire fresco y espacios verdes. Un eco de otro tiempo.

Domingo 30 Con Petzold, que me presenta a su prometida.³⁶² No puedo sino pensar en *Hamlet*: todavía no se han gastado las suelas de los zapatos con que caminó tras el féretro de su esposa. Pero hace tiempo que he dejado de moralizar. Siento la guerra como una bruma que se cierne sobre mi jornada, invisible pero sofocante.

Lunes 31 Inspección de ocho a ocho. He leído mucho, he podido abstraerme.

Martes, 1.º de junio [de 1915] Esbozo de *Jeremías*. Tiempo y fuerza, por favor, eso es lo único que pido. O sólo fuerza, pues ella consigue arañar tiempo de donde sea.

Miércoles, 2 de junio ¡Mayo ha sumado 300000 prisioneros! Es una cantidad inmensa, pero no decisiva. Ayer hablé un buen rato con Karl Larsen, ¡qué bien sienta en nuestra vida encerrada todo aliento del exterior! Aquí nos tratan como a niños. Nadie se ha dignado aún a presentar el acuerdo de la Triple Alianza al pueblo, aunque medio millón de hombres han sido enviados a morir. Siguen las recepciones donde desfilan condes y barones, pese a que haga mucho tiempo que necesitamos un Ministerio de Coalición. Sin embargo, el pueblo lo encuentra natural: siempre ha sido así, ya se sabe... Ese «ya se sabe» delata el derrotismo.

Jueves, 3 de junio Un fenómeno que no debería olvidarse jamás: el pueblo, las masas, no aprenden. Uno querría pensar que al cabo de diez meses de guerra serían capaces de juzgar, pero todo sigue igual, los mismos rumores y la misma credulidad. De repente, todo el mundo dice que se está negociando con Serbia, que Pašić está en Viena, y que el motivo es la injerencia de Italia y la absoluta inacción de Serbia a orillas del Drina.

Sospecho que simplemente están esperando el momento más favorable, y además ya se han apoderado de Albania. Aunque sea absurdo, la gente jura y perjura que Pašić está en Viena. No aprenden nunca. A mediodía, gritos de júbilo, se ha recuperado Przemyśl. La ciudad clama entusiasmada. Por la noche, desfile de antorchas y serenatas delante del Ministerio de la Guerra. Se trata menos del éxito militar que del hecho de poder pronunciar de nuevo el nombre de Przemyśl en Austria, de haber borrado esa mancha. Si no pendiera sobre nuestras cabezas la incertidumbre de Italia, se habría desatado una orgía. Ahora tan sólo es la embriaguez de una noche mientras las banderas ondean y las luces iluminan la ciudad.

Viernes 4 Aún se desconocen los detalles sobre Przemyśl. Al parecer, los rusos han huido, aunque por lo visto lograron salvar su artillería.

Sábado 5 Progresos en Galitzia, pero sin noticias de los otros frentes. Ha empezado a hacer calor y no ha caído ni una gota de lluvia, ¡el otro extremo! En Baden, recuerdo el día que estábamos sentados en el parque y llegó la noticia del asesinato de Francisco Fernando: la música dejó de sonar. Ahora suena de nuevo, pero entretanto el mundo se ha llenado de inválidos, enfermos incurables y desdicha. Envidio la alegría de la gente, que no les afecten los acontecimientos.

Domingo 6 Estoy en Vöslau, trabajo un poco. Las cifras del mes de mayo son exorbitantes: 300000 rusos, más que en la guerra con Japón.³⁶³ Cómo han cambiado las dimensiones desde entonces. Lo que antes era decisivo, hoy sólo es episódico. Doy largos paseos, y el drama comienza a tomar forma.

Lunes 7 El monótono trabajo de la oficina no me proporciona ninguna satisfacción. Ginzkey se marcha: ¡cuánto me gustaría acompañarlo! Recibo una carta de Rolland con un poema de Van Eeden, saludos desde mundos perdidos.

Martes 8 Monotonía de los hechos. Trágica conversación con Alice S.³⁶⁴ De golpe, todos los destinos se precipitan hacia el abismo.

Miércoles 9 ¡Discusiones en la oficina! Deficiencias y hartazgo. Las victorias de Galitzia, Stanislau, no calman la fiebre interior.

Jueves 10 Mi diario muere a causa del peso que me oprime. Estoy exhausto el día entero, cansado de todo. El drama lo he madurado, pero me fallan las fuerzas. Me paso la mitad del día en cama, soñando, tal vez sea la inactividad lo que me hace estar cada vez más inactivo, con mayor razón en estos tiempos. Del norte llegan informes de victorias, pero sé el alto precio que tienen y que están lejos de acercarnos al final.

Viernes 11 Nada importante.

Sábado 12 Quedo con Adelt, que me cuenta muchas cosas del norte, de las rivalidades que existen aún hoy. El sentimiento de solidaridad, como todo sentimiento fuerte, tan sólo tiene cortas fases de auge, mientras que el individualismo está siempre presente y vuelve a su posición como una goma elástica. Todos los libros lo muestran y pese a ello seguimos sin creérselo. En Przemyśl la rivalidad nos ha costado muchas vidas, el 10º cuerpo del Ejército debía tomar la ciudad *à tout prix* y atacó la plaza antes de estar preparado para el ataque.

Domingo 13 Trabajo un poco, lecturas y calma. Estoy muy retraído y me conviene.

Lunes 14 Recibo una carta de Rolland llena de bondad y esperanza. No sé qué sería de mí sin él, ¡siempre me consuela!

Martes 15 Viene a verme Hans Müller. Lo han declarado apto para el servicio, pero este patriota teme tanto servir como no ser un héroe. Es lamentable ver que la gente vive de cara a la galería pese a estar vacíos por dentro. Y éstos son los que llevan la voz cantante en estos momentos. Siempre la misma lección: relacionarse sólo con los mejores, todo lo demás es rebajarse. Y retraerse, trabajar. Tal vez también jugar con mujeres, pero no entablar «relaciones». Soledad, ¡soledad! Debo aprender a estar solo, siento que ya es hora.

Miércoles 16 Nada en los periódicos, incluso éstos deben de estar asqueados de las palabras, como me ocurre a mí en la oficina.

Jueves 17 He trabajado un poco más, aunque todavía sin brío. Quiero empezar la semana que viene. Tal vez alquile una habitación en algún lugar. En casa hay demasiadas distracciones, recuerdos y espejismos, ahora mismo la detesto, está llena de pasado, el ambiente está cargado. Ocho días al aire libre me curarían. La única alegría es haber recibido una carta de Zech y otra de Guilbeaux. Qué bien me sienta leer en francés en estos días, porque las palabras que llegan de fuera me resultan siete veces más fraternales. Guilbeaux ha mantenido la cordura, y por lo visto hay unos pocos más como él. ¡Pero qué pocos son! Hace semanas que no se sabe nada de Bazalgette, sería espantoso que le hubiese pasado algo precisamente a él.

Viernes 18 La cosa empieza a ordenarse, a aclararse. Veo las líneas con nitidez. Políticamente, la situación en el frente oriental sigue siendo favorable, ofensiva contra Lemberg. Pero tengo la impresión de que no es en absoluto decisiva.

Sábado 19 Me han ascendido a sargento primero, me parece irónico. Por la tarde parto a Baden.

Domingo 20 Estoy metido de lleno en mi obra de teatro y desde entonces el mundo exterior me duele menos, siento que rindo cuentas ante mí mismo. Es la única forma de huir, puesto que los países están cerrados, como las ciudades. Las cartas de Guilbeaux son de una cordialidad espléndida y muy afines a lo que siento.

Lunes 21 Nada importante. Paso la velada en casa del consejero áulico Zuckerkandl con Schnitzler, al que su sordera le otorga un aire increíblemente enternecedor. Es imposible no encariñarse de él, es tanta su profunda bondad que ni siquiera su intelecto puede empañarla.

Martes 22 El día transcurre sin más hasta que de pronto, por la noche, se produce la agitación—un movimiento subterráneo, sin razón alguna, que desencadena misteriosamente algo desconocido, como el manantial que brota de la materia muerta—, y de repente se alza lentamente la bandera en lo alto del ayuntamiento: Lemberg ha caído. Pronto la ciudad bulle de alegría, se llena de gritos y risas, como si la guerra hubiese terminado y mañana llegara la paz. Es bueno que a esta pobre gente se le conceda un momento de felicidad, ¡cuánto hacía que lo anhelaban!

Miércoles 23 Está claro que Viena es una ciudad para celebraciones. Qué bien ondean las banderas en el aire limpio, cómo resalta los colores el verdor... Y qué bien le sienta el júbilo a la gente, a las muchachas que revolotean por todas partes vestidas de blanco. Después de una gran victoria se entregan a la despreocupación. Para ellos y para los charlatanes ya está todo ganado: los rusos, «aniquilados», Polonia es nuestra, se acabó todo. No sabe uno si compadecerlos o envidiarlos. Por la noche, multitudinarios desfiles con banderas y farolillos, el himno imperial retumba por toda la Ringstraße y, por primera vez, el «bullicio» tiene algo de grandioso. Sobre todo los pobres, los más pobres, necesitan este consuelo infantil, de luces y velas, este baile de infinitos destellos. Y es que son los primeros días en que está oficialmente permitido alegrarse en Viena.

Jueves 24 Segundo día de festejos. Celebración imperial en Schönbrunn, y por la noche, vuelta al toque de retreta. La suntuosidad del ayuntamiento es inolvidable, pero al mismo tiempo uno se pregunta si hay un motivo para semejante euforia. Me siento incapaz de dar saltos de alegría despreocupadamente, como los demás, esa manera de engañarse me resulta incomprensible. Entretanto, los trabajos preliminares para el *Jeremías* avanzan, aunque el estado de ánimo actual no sea el más propicio.

Viernes 25 Nada importante. ¡Es asombrosa la resistencia que están oponiendo en el sur! A lo largo de todo un mes, los italianos no han conseguido prácticamente nada, incluso su flota está dormida. También es interesante la tregua con Serbia (quizá pactada en secreto), que marcha en dirección a Albania. Entre los Aliados se ha metido una cuña que se dilata lentamente y tal vez parta el tronco.

Sábado 26 Inspección, por eso no puedo avanzar en mi trabajo, me importunan constantemente. Sólo he podido escribir la proclama para la Oficina de Beneficencia de la guerra. Después, por la noche, parto a Sankt Pölten a disfrutar del permiso.

Domingo 27 Parto a Türnitz a primera hora de la mañana. En el trayecto pasamos por delante del campo de prisioneros rusos, lleno de jóvenes espléndidos que trabajan construyendo nuestras casas o las de sus descendientes. Me llena de una alegría poco patriótica verlos tan lozanos. Después me interno en el bellissimo paisaje del Gstettenhof, que en el pasado perteneció a Toni Schläger, donde me entrego a un magnífico primitivismo. Sin embargo, es espantoso comprobar que no ha quedado un solo hombre en el campo. Lo más parecido a un hombre que veo es un anciano embobado fumando en pipa en un pueblecito, todo lo demás es una despoblación desoladora. Por contraste, la naturaleza parece del todo virgen y pura, imperturbable, despreocupada.

Lunes 28 Trabajo bien. Ni siquiera la lluvia me afecta, tranquiliza saber que favorecerá la cosecha.

Martes 29 Continúo trabajando y termino el esbozo del primer acto y del prólogo. ¡Si pudiera mantener este brío! Un permiso y estaría salvado. Regreso por la noche. Buenas noticias de la guerra: se ha ocupado Hálych,³⁶⁵ los italianos han sido repelidos.

Miércoles 30 La gris cotidianidad desolada. Alfred tiene que volver a incorporarse, es espantoso ver cómo también se vacía la ciudad.

Jueves, 1.º de julio [de 1915]³⁶⁶ El episodio de la noche por la victoria de Lemberg ha finalizado con virtuosismo. Avanzo interiormente con la obra. El ambiente festivo se ha disipado de la noche a la mañana, y la necia charlatanería sobre una paz por separado ha cesado. La gente es demasiado estúpida para comprender la trágica situación, o demasiado inteligente: tratan de evitarla y se embriagan con palabras como «Revolución en Rusia», «renuencia a la guerra en Francia», «problemas económicos en Inglaterra»... Viejas cantinelas que podríamos tocar perfectamente con nuestros instrumentos.

Viernes 2 En Schönbrunn, la antigua sensación de extraño peligro de siempre. Un poco de trabajo y noticias pasables. Me vuelvo cada vez más solitario, las personas me agotan más de lo que me estimulan.

Sábado 3 Trabajar me sienta muy bien, es el único baño de aguas ferruginosas que puede calmar mi silenciosa aflicción, el cansancio interior que me atormenta. He abordado uno de los grandes problemas de la obra con destreza y audacia; los personajes secundarios aún no están bien resueltos, ni del todo justificados, y me molesta cierta monotonía en la progresión del relato. Ojalá encuentre la manera de darle la vuelta. Del sur llegan noticias sobre arduos combates.

Domingo 4 El segundo acto definido a grandes rasgos, ahora toca el tercero. Paso la velada con amigos.

Lunes 5 Los periódicos anuncian la victoria en la batalla de Gorizia.³⁶⁷ Es difícil no alegrarse. No puedo tener compasión por Italia, se ha metido en la guerra innecesariamente, sólo por afán de gloria y por jactancia. Quien topa con ellos, topa con

todo lo inmundo de la guerra, con su falaz *pathos* y su desaforada arrogancia.

Martes 6 Un buen artículo[‡] de Adelt, uno de los poquísimos que se han manifestado en esta guerra. Avanzo lentamente con el trabajo, se me abre una posibilidad esperanzadora: una escapada de dos semanas a Galitzia.

Miércoles 7 ¿Hubo alguna vez en tiempos de paz tan pocos acontecimientos notables como ahora en los de guerra? Avances de las tropas, retiradas, dos mil prisioneros aquí y allá, miles de muertos... Los hechos ya ni siquiera afligen el alma. Estamos endurecidos hasta que se atisbe una posible paz que nos libere. En los labios de todo el mundo se lee el mismo suspiro: «¿Cuánto falta aún?». Antes, la gente preguntaba por el objetivo, ahora ya sólo por el final.

Jueves 8 Por la noche, llega la noticia triunfal de que se ha torpedeado un crucero italiano,³⁶⁸ una noticia que viene muy bien para encubrir la derrota de Kraśnik. Pero en las casas ya no ondean las banderas. En todos los hogares, en cada habitación, reina la angustia, Lemberg fue el último grito de esperanza, Varsovia quizá todavía lo sea. Y, al día siguiente, todo vuelve a hundirse. Parece ser que en Alemania los distintos partidos reanudan las negociaciones secretas de naturaleza política sobre la paz. Los socialistas prefieren un final rápido y barato mientras que los otros quieren la victoria a cualquier precio. Con Bélgica se obtendría de inmediato. El pueblo está fuera de juego, es únicamente carne de cañón, el yunque sobre el cual caen los siete martillos de los enemigos.

Viernes 9 Me he enterado de un desagradable caso de exención del servicio militar de origen judío. Unos rabinos han ex-

pedido más de dos mil certificados falsos de candidatos al rabinado. Este tipo de episodios comprometen el esfuerzo de decenas de miles de personas en el campo. He trabajado un poco. Quiero dejar terminado el tercer acto esta semana.

Sábado 10 El viaje a Galitzia es cada vez más probable. Me alegra mucho, pero no me atrevo a hacerme ilusiones. Por fin algo que me sustraiga de la monotonía de los hechos, que de cerca son tan atroces y de lejos, en cambio, se vuelven tan aritméticos, tan abstractos, que matan el espíritu y aturden los sentidos, al fin y al cabo pura sensibilidad.

Domingo 11 Baden, tranquilidad, un poco de trabajo. Recupero lentamente el sosiego.

Lunes 12 Se confirma el viaje a Galitzia. Lamentablemente debo irme en el momento en que se decide la suerte de mi hermano. Pero si algo he aprendido es a no dejar pasar una ocasión que no se repetirá. Hace demasiado tiempo que padezco esa sensación de estar completamente desvinculado de todo y que siento el deseo de saber del país, pueblo a pueblo, ciudad a ciudad..., de esos lugares que viven en la memoria pero no están vivos, que tan sólo son un nombre, un concepto, una palabra muerta, informe. Será extenuante y poco productivo, pero debo verlo: estoy cansado del entorno vienés.

Martes 13 Gestiones para obtener el pasaporte. Pasado el mediodía, todavía nada; después, la inspección. Estoy tan nervioso que no consigo hacer nada.

Miércoles 14 Últimos preparativos. ¡Por la noche parto a Cracovia! (Intercalo aquí el viaje a Galitzia hasta el 26 de julio de 1915).³⁶⁹

14 de julio, por la noche ¡Partimos! La llegada de trenes a la estación del norte es todo un cuadro en sí: están llenos de refugiados, de judíos polacos muy pobres con mujeres y niños de pecho. El hedor de la miseria y la confusión de los que tratan de huir lo invaden todo. Aquí se ve la otra cara de la victoria de Lemberg, una escena sobrecogedora: como las lombrices que, después del aguacero, vuelven a surgir de la tierra en busca de alimento.

Sólo hay vagones de tercera clase. En ellos también es difícil sustraerse al hedor: desinfectante, hospital militar, se mezclan todo tipo de olores. Bancas desnudas sirven de catres, un par de oficiales aparte y el resto, la masa confusa. Ya aquí se hace evidente la tragedia de Austria. Qué desamparados están los valientes jóvenes que desconocen la lengua, de pie, como dócil ganado, listos para dejarse meter en el redil. A diferencia de lo que ocurre en Alemania, aquí la obediencia es del todo inconsciente, es sólo instinto y disciplina. La mayoría son esclavos del sur. Uno de ellos, que quiere viajar a Tetschen,³⁷⁰ ha ido a dar al tren de Teschen.³⁷¹ Tratan de explicárselo, pero el joven mira a la gente asustado, como si lo acusaran de haber cometido un delito, no entiende nada de nada. Cuando lo hacen bajar del vagón, el pavor se lee en sus rasgos infantiles. Tal vez en Florisdorf³⁷² lo envíen al tren noroccidental, o tal vez se quede allí de pie, sin comida, sin nada. El destino determinado de buen principio.

Jueves, 15 de julio A primera hora de la mañana llegamos a Mährisch-Ostrau.³⁷³ Antes de saber dónde estábamos ya había notado el olor a carbón. El mismo suelo grasiento que en Bélgica, la misma planicie sombría y casi desértica y, después, las siluetas de las grúas de carga. Tanto aquí como en Oderberg se ven miles de vagones, como si hubieran establecido una especie de centro de maniobras. Este tipo de organización es el que

más me fascina porque es el más enigmático: las masas son más fáciles de captar que el problema de su desplazamiento. En Oderberg, de pronto, un escándalo en nuestro vagón: un comandante alemán, prusiano, que va dando órdenes con increíble gallardía a los peones ferroviarios (mitad aterrados, mitad burlones), porque le han indicado mal el andén. Y sigue quejándose, indignado, pese a que hace un buen rato que está sentado en el vagón: nuestros oficiales saludan, callan y se sonríen unos a otros. Es una escena embarazosa. Pero dos horas más tarde, en Oświęcim,³⁷⁴ vemos a una tropa de soldados alemanes que aguarda para subir al tren, impolutos y perfectamente formados, en posición de firmes, como en el campo de maniobras, y presenciamos entonces la otra cara de la gallardía que tan sólo un rato antes tan embarazosa nos había parecido. Y la percibimos por partida doble, pues aquí—la frontera tan sólo está a un kilómetro—el ser alemán contrasta con el polaco. Las pastoras, descalzas y sucias, cuidan sus vacas, y los colores del campesino eslavo se transforman en sucias ropas de ciudad sin brillo ni singularidad. El campo está desierto, yermo, todo es monotonía... Al ver estos parajes uno comprende la tristeza de las canciones populares eslavas. En una estación sube al tren un viejo oficial encanecido de la legión polaca y es como ver a Job con su copiosa barba. Toda una comunidad se ha congregado para despedirlo: inclinan la cabeza, serviles, ante el patriarca, y la escena parece sacada del Antiguo Testamento.

También la red ferroviaria resulta imponente: un tren cargado de carbón tras otro, las estaciones amplias y siempre concurridas y agitadas. Trenes de correo militar y de transporte de tropas, la locomotora en eterno funcionamiento. Para mí la febril actividad de abastecimiento, la organización del transporte, tiene algo embriagador. Y todo eso custodiado: se ha movilizadado un ejército para el Ejército y su abastecimiento. No obstante, en las estaciones no se encuentra un solo bocado de comer, ni nada que beber. Todo se transporta, todo se lleva a las multi-

tudes invisibles, la inmensa cantidad de millones cuya existencia se percibe aquí con más intensidad.

A las diez y media, puntuales, llegamos a Cracovia. Tenemos una hora para visitar la ciudad. Tomo uno de los cochecitos polacos, baratos, y dejo que me paseen por la ciudad, majestuosa y llena de carácter. Se nota la fuerza del medioevo y también me recuerda a las ciudades belgas, sobre todo la Ringplatz, donde se encuentra la basílica de Santa María, incomparable y preciosa (y las esculturas de Veit Stoss). Percibo también la atmósfera tan propia del catolicismo eslavo, más próxima a la italiana, como en Salzburgo y Praga, que a la española, como en Viena y Flandes. Imponente y majestuoso el castillo en la colina de Wawel.³⁷⁵ En esta ciudad la influencia austríaca no ha logrado imponerse, en general da más bien la impresión de una república polaca. No soy capaz de reconocer en Cracovia una fortaleza, aunque la colina de Wieliczka, desde cuyos puestos de avanzada se bombardeó a los rusos, está muy próxima. Tampoco sería visible la guerra si no fuese porque en los edificios de la biblioteca pública y el hospital militar ondea la bandera de la Cruz Roja, y en todos los diques y puentes relucen las bayonetas de los reservistas. Por lo demás, todo está intacto; la mezcla de población pobre rural que vaga por las calles temerosa e intimidada y los judíos polacos vestidos de tafetán negro es muy típica. Los campos de los alrededores lucen bien cultivados, y la guerra tal vez les quede más lejos que en Viena, donde no dejan de llegar noticias y se hacen negocios que con el tiempo terminan estableciéndose, mientras que aquí parece practicarse únicamente el pequeño comercio del intercambio cotidiano. La fortaleza ha protegido espléndidamente el casco antiguo de la ciudad.

Después de un retraso interminable, proseguimos el viaje a Tarnów.³⁷⁶ En el compartimento, mantengo una interesante conversación con los oficiales, que me explican varias cosas. De hecho, esto es lo que más me interesaba para obtener informa-

ción de primera mano. El paisaje es bellísimo. Las mujeres, vestidas de colores alegres, trabajan en medio de unos campos de cereales crecidos y exuberantes, y nos llega el jolgorio de las criaturas descalzas. En los bosquecillos de un hermoso verde asoman pequeñas iglesias coronadas con sus cruces claras y por todas partes reina una alegre calma. Wieliczka, la frontera más lejana hasta donde han llegado los rusos, ya ha quedado atrás, y nos adentramos en los lugares donde la guerra ha llegado. Sin embargo, las vías férreas resplandecen como si jamás hubiera caído un solo proyectil, las casitas de los guardabarreras relucen, con sus ladrillos nuevos, y el alambre de cobre perfectamente tensado del telégrafo brilla. Todo ha desaparecido, no queda el menor rastro en ninguna parte. O quizá sí, de vez en cuando, queda alguna señal, pero hay que saber verla: un charco redondo junto a las vías del ferrocarril donde un chiquillo, con la sonrisa de oreja a oreja, abreva su vaca, es el cráter provocado por el impacto de una granada que estalló a dos metros de las vías; a lo lejos, cruza una línea blanca, el trazado de una trinchera; más allá, en el bosque, árboles como partidos por un rayo, la obra de la metralla; y abandonado en un terraplén, como una cadáver tendido en el suelo, un vagón destrozado. Aparte de eso, nada más. La guerra no asoma por ninguna parte.

Sin embargo, nos acompaña durante todo el viaje, delante de nosotros, a nuestro lado, en la dirección opuesta, incesante e inagotable. Estamos permanentemente flanqueados por interminables trenes, cada uno de cincuenta vagones por lo menos, como el nuestro, y los vacíos incluso son más largos, es un descomunal peregrinaje de trenes sobre los relucientes raíles. Nuestro tren está lleno de soldados que están de permiso para participar en la cosecha, y mientras avanzamos se los oye cantar a través de las ventanillas bajadas. Uno termina entendiendo su talante infantil, la puerilidad esclava de estas personas adultas. Viajan sentados en los estribos balanceando las piernas, y cada vez que el tren se detiene bajan de un salto y corren a comprar

dulces y golosinas a las muchachas descalzas que aguardan en las estaciones. Si por casualidad aparece una campesina con el carrito lleno de panes, pastelillos y especialidades de Bohemia, salen disparados como niños. Ya puede lanzar silbidos el tren, y llamarlos todo el mundo, que ellos responden que primero tienen que hacerse con un pastelillo y, con la boca repleta, corren tras el tren en marcha, para indignación de un oficial alemán que viaja en el compartimento contiguo. Apenas el tren vuelve a detenerse, bajan de nuevo para conseguir más dulces, y entre una estación y otra jamás dejan de cantar.

Nos detenemos continuamente, media hora en cada estación, a veces también en mitad del campo. A mí no me desagrade, pues siempre hay a nuestro lado trenes militares. Al poco rato, llega un tren hospital alemán procedente de Hamburgo con cincuenta vagones relucientes y todas las sábanas blancas y planchadas, casi dan ganas de echarse en ellas. Los vigilantes viajan sentados en los estribos, con sus pipas, y nos miran sonrientes, sin duda contentos de no haber cargado aún los vagones de dolor y sufrimiento. Pero siguen avanzando hacia aquel «frente» que los atrae como un imán y que cada vez sentimos con mayor intensidad como una inmensa fuerza atroz. Al cabo de un rato pasa un tren con puentes de campaña. Preguntamos de dónde vienen y nos responden que de Francia. Partieron el domingo y llevan detenidos aquí desde las seis de la mañana sin poder avanzar porque primero deben pasar los trenes cargados de bueyes que mugen, el alimento de las tropas, y los otros, con los vagones precintados, que llevan los proyectiles, el alimento de los cañones. Un rato después pasa otro tren con la caballería bávara. «¿Y vosotros, de dónde venís?». «¡De Francia!», responden mostrando los dientes al reír. Y de pronto, no miento, veo los vagones belgas en los que tantas veces he viajado, donde dice Zeebrügge y Courtrai.³⁷⁷ Me enseñan un caballo árabe capturado en Lille.³⁷⁸ Cada vez que nos cruzamos con uno de esos trenes hay gritos de júbilo de uno y otro lado: «¡Hurra!», gritan los bávaros; «¡Adiós!», responden los austríacos. Cantan y cla-

man, cada vez que se cruzan se produce un estallido de júbilo. Es magnífico cómo el sentimiento de compartir un mismo destino estalla al menor contacto. Y sólo cuando pasa un tren de prisioneros rusos la alegría se propulsa hasta los cielos, como un cohete. Hasta los propios rusos ríen, como si el contento estuviese dirigido sólo a ellos.

Nuestro trayecto se ha convertido poco a poco en espera, parada y espera. A las siete nos ha adelantado el expreso que partió a las cinco de Cracovia, a nosotros que salimos a las 11:48. Cambio de vagón para ir a sentarme entre las tropas de alemanes. Me cuentan que han estado en Francia, en los Cárpatos y en Galitzia, pero no parecen en absoluto cansados. Observo su equipamiento, es magnífico, quizá demasiado bueno, porque pesa mucho, ellos mismos lo dicen. Es fantástico escucharlos contar cosas, con mucha sencillez y de buen grado, jamás olvidaré sus anécdotas. Estoy feliz de viajar en el tren militar y no en un automóvil, sólo así puede palparse la vida del Ejército desde dentro: la planificación que requiere y las dificultades de tal organización. Una fuerza lo dirige todo y tan sólo es posible percibirla cuando formas parte de ella. Llevamos detenidos tres horas y descubro lo que es tener hambre (porque no me atrevo a sacar mi trozo de salami en presencia de cien hambrientos), pero me hace feliz formar parte de esta comunidad.

Anochece y seguimos atrapados entre dos trenes, sin avanzar. Todos sentimos, incluido yo, que una ola está creciendo, que nos precipitamos hacia una gran ofensiva, y la percibimos antes de que el mundo siquiera la intuya. Sólo ahora me doy una idea de la magnitud real de una ofensiva, veo cómo se transforman en hechos las órdenes y los telegramas, y constato que, comparada con la preparación colosal que requiere, la batalla es tan sólo una mínima parte. Esto es algo que uno no puede ni imaginarse estando en casa, que es preciso vivir en primera persona.

Ya entrada la noche, cruzamos el Dunajec por el puente reconstruido. Aquí el terreno acaba de estabilizarse después de los acontecimientos. Y por fin, a las diez de la mañana, llegamos a Tarnów. También aquí está lleno de gente que huye y no se ve un solo mozo de cuerda para el equipaje, ni ningún carro. Cargo yo mismo mi maleta por la ciudad muerta hasta mi hotel (bastante sucio), el City, que trata de aparentar cierto nivel a través de detalles nimios. Pero ni siquiera la etiqueta francesa puede ocultar el enorme abandono.

Viernes 16 Por la mañana echo un primer vistazo desde la ventana: en la casa de enfrente no queda un solo cristal intacto y todas las persianas están desvencijadas. Luego bajo a la calle: a la vuelta de la esquina topo con una casa cuya primera planta está completamente destrozada y, como desde una enorme pupila negra, la guerra parece mirarme directamente a los ojos desde el fondo de esa cavidad. Los comercios, sobre todo los judíos, están cerrados a cal y canto: el pánico aún no parece haber pasado, la ciudad estaría desierta de no haber tantos soldados. Me presento primero en el puesto de mando, y en el café conozco a un cadete que me ayuda a tomar fotografías, aunque el tiempo no acompaña. La ciudad en sí no ofrece nada más que miseria y unos cuantos edificios destruidos por las granadas, pero en la (antiquísima) plaza del Mercado hay movimiento. Unos maravillosos personajes eslavos, como salidos de xilografías, entre diversos judíos laboriosos infinitamente pobres, ambos pueblos muy contrastados, tan sólo los une la devoción. Pasa un sacerdote en carro para llevar la extremaunción y todo el mundo se arrodilla en la sucia calle y reza. O en una esquina unas campesinas que pasan delante de la iglesia se detienen ante cada mendiga para ofrecerle un trozo del pan que llevan en sus cestas. Los polacos son más bien hostiles hacia los soldados austriacos, mientras que los judíos se descubren a su paso. Estos son muy curiosos, porque desempeñan trabajos poco habi-

tuales como los de cochero, arriero de burros, mozo de cuerda. También el gueto es singular, sucio y con las barracas negras como sarcófagos. Y entonces un comisionista se me acerca y me pregunta: «¿Busca algo el señor? Puedo conseguirle absolutamente todo» (naturalmente se refiere a una chica) y yo le pregunto si podría conseguirme una escarapela rusa, que le había prometido a S.³⁷⁹ Me conduce de inmediato a la casa de un sastre del gueto quien le explica que ha tirado todo lo de los *goyim*, de modo que pregunta a otros, y en un instante miles de judíos en Tarnów saben que quiero una escarapela rusa y todos preguntan, buscan, se desviven. Gracias a este encargo he conseguido conocer el interior del gueto.

Al mediodía, pese a la lluvia, voy al monasterio del Sacré Cœur en Zbylitowska Góra, alcanzado por nuestros morteros. El camino al cruzar el campo pasa ahora por un puente de guerra que nuestros ingenieros han llamado el puente de Linz y del que pueden estar orgullosos, porque esas maderas claras con su cuidada arquitectura son fascinantes. Paso por delante de casas que ha destruido la artillería y de otras donde han usado las ventanas como puertas para convertirlas en caballerizas. Del mobiliario no queda huella, por supuesto, los campesinos y los rusos lo han saqueado todo. En el suelo, profundos cráteres abiertos por granadas, casi borrados por la lluvia. En el Sacré Cœur sólo queda la hermana Grimmenstein,‡ que me muestra la habitación donde los oficiales rusos y unas chicas celebraban un baile el día de Año Nuevo, cuando la bomba impactó. Salieron despedidos por la ventana de la primera planta y dos bombas más destruyeron el resto. Murieron más de quinientas personas. El pobre edificio quedó completamente destruido, y la prueba de que trataron de defenderlo es la fosa común en el camino, cuyas improvisadas cruces de madera resultan sobrecogedoras. La hermana Grimmenstein me enseña la punta y los cascos de los proyectiles, mezclados con escoria del metal candente y de un tamaño suficiente para matar a una persona. También me cuenta muchas cosas de los rusos, dice que en ge-

neral fueron muy correctos, y que lo único que destruyeron de un modo infame fueron los retratos del emperador y los símbolos católicos.

Después de comer tengo un golpe de suerte. Veo un automóvil estacionado delante del café Loby, donde se concentra toda la vida «intelectual» de Tarnów (hay dos periódicos vieneses a disposición del público), ¡un automóvil! Me informo y cuando me dicen que viaja a Dębica me presento ante el teniente, quien, ante mi orden, se ofrece amablemente a llevarme con ellos, aunque me pide que aguarde dos horas, las primeras de descanso que me permito desde el inicio de este viaje. Por fin veo las carreteras de Galitzia, que hacen honor a su mala fama. El mal tiempo las ha convertido en un lodazal, parecido a un café achocolatado que salpica verdaderas olas de agua sucia al paso del automóvil. Pasamos por delante de casas destruidas, auténticos cadáveres de los que sólo queda el esqueleto, mutilados a los que las bombas han abatido un ala, o hundido un balcón, y se inclinan, tullidos, hacia delante. Y por todas partes, los restos de las trincheras, en parte ya absorbidas por la tierra y, aquí y allá, una melancólica cruz de madera. La propia ciudad de Dębica ofrece un cuadro desolador debido a la destrucción del puente sobre el Wisłoka, que se ha desmoronado por completo. Sus miembros de hierro parecen haber sido retorcidos por un monstruoso puño y las vías del tren cuelgan en el vacío como si fueran alambres. De la estación, por su parte, sólo han quedado las brasas y alguna que otra pared, por donde asoman, burlones, algunos utensilios de cocina, el tubo de una estufa o una estantería descolgada. El lugar está absolutamente devastado y es posible contar las casas que escaparon del fuego. La gente en esta ciudad también está aterrorizada, y o bien ha huido o vive en condiciones miserables. Parece una escena propia de Grimmshausen.

Desde Dębica continuó en tren hasta Jarosław. Volvemos a viajar de noche y de nuevo el terrible trajín no cesa ni un minu-

to. Aunque el reloj mundial sólo marca las horas de vez en cuando con tanta fuerza y virulencia que resuenan a través de todos los países, aquí, no obstante, el engranaje trabaja día y noche sin detenerse nunca. Me gustaría explicar cómo en plena noche, de golpe, en algún vagón en la Polonia rusa, alguien empieza a entonar una canción patriótica y sus camaradas lo acompañan mientras los demás escuchan. Son los soldados del estado de Estiria o los del Banato quienes cantan en este momento entre Rzeszów y Jarosław. Cantan para animarse, para no aburrirse o para mantenerse despiertos, el caso es que cantan sin parar. Llevan mucho viajando: han esperado, han estado estacionados, han pasado miedo, y aquí están ahora, amontonados con sus fusiles en algún compartimento, pegados unos a otros, durmiendo. Se los ve dormitar por todas partes: en los vestíbulos de las estaciones, en las bancas, sobre las maletas... Tienen tantas ganas de respirar aire fresco y campar libremente. Son como los caballos, que arman barullo en los vagones, impacientes por salir al aire libre. Uno de ellos cuenta, entusiasmado, que los últimos días pudieron viajar en un tren de carbón, y se dedicaron a escalar los montones como verdaderos alpinistas. Lo extraño es que ninguno de ellos, ni siquiera los alemanes, sabe adónde va, si estará frente al enemigo en una hora o dentro de catorce días. Pero confían tanto en cada batalla como en la guerra en conjunto. Quién podría describir estas noches en la oscuridad: afuera Galitzia y dentro un estrecho espacio con una lámpara de aceite parpadeando. Mientras uno habla de Ypres, el otro, un austriaco, de cuando estuvo con los morteros delante de Maubeuge, Verdún y Amberes, y la última vez delante de Przemyśl. ¡Cuánto mundo han visto! Y noche tras noche intercambian esa riqueza: es un intercambio espiritual incomparable. Y luego están los vagones con la inscripción *La Dépêche de Toulouse*,³⁸⁰ que dan a conocer, aquí en Łańcut,³⁸¹ la labor de los alemanes allá, a miles de kilómetros de distancia. Hay una especie de fuerza inmaterial en algún lugar invisible que lo sostiene todo y cuenta con el soldado de infantería que

se toma un vaso de té en la estación mientras, a su lado, un coche de Bélgica lleva las cartas que él ha escrito a Stettin y, una vez allá, recoge los cigarrillos de Alemania que se fumará, además de cañones, pasteles, zapatos y todos los utensilios del mundo. Todo lo que necesita pasa por delante de nosotros dentro de esos recipientes de hierro y madera cerrados para sostener el mundo de periódicos y otros pequeños lujos cotidianos. Podría viajar así cien noches sin cansarme de observar y escuchar.

Finalmente, a la una de la madrugada, llegamos a Jaroslaw. De la estación sólo quedan las cuatro paredes exteriores, por dentro está completamente vacía, como un árbol milenario alcanzado por un rayo, sólo una corteza calcárea ennegrecida y reventada. Naturalmente, nadie sale a recibirnos en la atemorizada ciudad, y no me queda más remedio que cargar la maleta durante media hora hasta el hotel Warsowie, donde me dan la habitación más sucia que he visto en mi vida (y es el mejor hotel). Las sábanas y las toallas no se han cambiado en semanas, el propio hotelero lo reconoce y se disculpa diciendo que todos han sido llamados a filas: «No tenemos jabón, señor, ni mujeres, ni a nadie». Me echo en la cama vestido, y apenas lo hago llaman a la puerta. Acaba de llegar una excelencia con su hijo y me preguntan si no me importaría que les ofreciesen mi habitación. Me explican que es un aristócrata polaco que quiere ver sus propiedades destruidas. Naturalmente no puedo negarme (aquí la solidaridad es más fuerte) y duermo echado en el canapé, vestido. Durante un buen rato oigo pasar la caballería alemana por delante del hotel, en dirección a Rawa-Ruska y Lublin. Son los mismos a los que vi anteayer, cabalgan sin parar, oigo el monótono ruido hasta que me quedo dormido.

Sábado 17 Al despertar, me doy cuenta de lo sucio que está el hotel. Y el servicio es lo más extraño que he visto jamás, lo componen el propietario, un judío picado de viruela, descar-

do; varios prisioneros rusos que hacen la limpieza y sonríen amablemente y agradecidos a cualquier oficial austríaco; y por último unas personas mugrientas y descalzas que le quitan a uno las ganas de comer. La ciudad está semivacía, lo han requisado todo: los caballos, los sirvientes, la comida..., todo, absolutamente todo. No hay dónde dormir, ni qué comer, ni qué comprar, es una miseria peor que la real, peor que la del proletario. Y en medio de esa pobreza, el veloz milagro de la organización alemana. Controlan la administración y lo regulan todo con letreros claros y visibles que cuelgan por todas partes y que incluso el más simplón entiende. Para los oficiales—todos los que están de paso—han dispuesto un comedor limpio, un oasis en este desgraciado nido de miseria, y centros de recogida de heridos. Letreros muy grandes: «No beban agua, peligro de disentería y cólera. Beban siempre agua hervida». Y efectivamente se ven los depósitos de agua que han colocado. También puede leerse otra advertencia: «Cúidense de las mujeres, todas tienen enfermedades venéreas, piensen en su protección y manténganse sanos para la patria». Han instruido a los rusos para realizar todo tipo de trabajos: sacan agua, limpian las calles, construyen puentes... Es maravilloso ver tanta diligencia, especialmente en medio de la degradada Polonia. La diferencia se aprecia en las personas, por ejemplo: cuando le pregunto a un judío a qué distancia queda el río San,³⁸² me dice que a una media hora. Luego pregunto en el puesto del comando de retaguardia y no lo saben, y cuando finalmente pregunto a un soldado alemán, me responde: «Está a unos 1200 o 1500 metros».

De modo que desciendo, bajo un sol de justicia, hacia el río San para ver los campos de batalla. El San, al igual que el Wisloka, me parece un río demasiado deslucido para la fama que tiene en Europa: apenas es un riachuelo terroso y sucio con las orillas llenas de juncos. Lo atraviesa un precioso puente de campaña decorado con banderas y bautizado (por nuestros ingenieros) como puente de Mackensen. Lo cruzo. A ambos lados pueden verse las cicatrices de las trincheras, pero alrededor

de las mismas los campos están cubiertos de flores amarillas. Una buena parte de las trincheras ya se han desdibujado, las amapolas florecen en las hendiduras como la sangre, mientras los zarcillos las rodean con delicadeza. En pocos años serán sendas o acequias, y los campos florecerán mejor con tan precioso abono. Las cubiertas de hormigón son magníficas dispensas revestidas de azulejos, perfectas para mantener las provisiones frescas. El bosquecillo contiguo está muy destruido por la artillería y surcado de trincheras, aunque los troncos siguen en pie. Y en medio se encuentra una pequeña tumba enmarcada con unos clavos de cemento, en la que puede leerse: «A los valientes soldados del 73.º regimiento de infantería». Camino un buen trecho a través de las trincheras: el suelo está cubierto de trozos de vidrio, restos de cartuchos de escopeta, muchas latas de conserva con letras en cirílico y, en medio, fragmentos de un periódico francés en el que leo: «*Visite du Roi Georges*»... «*Grande Victoire des Russes*». Estamos en julio, y este periódico es de enero, ¡sí que ha viajado!

Después, regreso a la estación de ferrocarril de Jaroslaw. No encuentro nada de comer en ninguna parte. Dedico un buen rato a escribir y hablar con los soldados alemanes. Me parecen magníficos, lo único que no me gusta es su afición a la bebida, los oficiales siempre tienen delante una copa de vino tinto y en los cafés exigen que les sirvan licores. Es el eterno cliché, en absoluto digno de su pujanza.

Como no quiero seguir esperando, cuando llega un tren húngaro con todos los vagones abiertos y con destino a Przemyśl me subo de un brinco. Un húsar me da un saco de harina con una manta, me acomodo estupendamente al aire libre, disfrutando de unas vistas magníficas y de libertad, ningún vagón panorámico en Suiza podría ser mejor. Mi sueño sería viajar siempre así. Sólo ahora me doy cuenta del poder que me da mi orden abierta: me está todo permitido, sin restricciones ni límites. Entre los miles de hombres sometidos, yo soy libre.

El trayecto es sumamente interesante. Aquí se han producido tres ataques a Przemyśl, todo el territorio es un campo de batalla. Los cráteres redondos de las granadas y los surcos de las trincheras llegan hasta las vías del tren, y el propio terraplén era una posición. De vez en cuando aparece una tumba—una cruz con un casco acabado en punta—o un vagón descarrilado, con las ruedas en el aire como un gigantesco escarabajo patas arriba. En mitad de este paisaje, las casas, intactas y despreocupadas, donde los niños se columpian entre los árboles en flor. Las posiciones son cada vez más definitivas, hormigonadas y camufladas: nos acercamos a las afueras de Przemyśl. Y a la altura de Żurawica, los emplazamientos se convierten en una obra de fortificación enorme. A partir de allí el paisaje monótono y llano se eleva en forma de colina redonda: es el cinturón de Przemyśl, que protegía la ciudad y la ocultaba.

Nada permite sospechar que nos acercamos a una de las fortalezas más pavorosas del mundo en la que han caído cien mil hombres en los últimos meses. Lo único que se ve son lomas cubiertas de un pasto verde, un poco artificiales cuando se las observa detenidamente. Un cinturón de un verde suave y rodeado de acogedoras casitas que a sus espaldas oculta una pequeña ciudad con antiguos campanarios incrustados en las faldas de la colina. Un paraje idílico, la ciudad más apacible y agradable vista desde lejos.

No obstante, ahora que el tren avanza lentamente, cruzamos el puente nuevo, porque el viejo está medio destruido y las cadenas que lo integraban han caído al vacío. Éste es el primer signo de la guerra que vemos. Entramos en la estación, donde ondea victoriosa la bandera negra y amarilla.³⁸³ Sin embargo, los letreros en el andén todavía están en ruso. Enfrente de la estación se encuentran el hotel y café Stieber, el núcleo vital de la ciudad, un gran comedor de oficiales. Hoy se ha convertido en un lugar histórico, y el estilo es, por cierto, el de un café austríaco de provincia semielegante, donde los parroquianos ma-

tan el tiempo leyendo el periódico y jugando al billar. No se consigue cerveza en ningún sitio, los rusos han respetado rigurosamente la prohibición de consumir alcohol. A menudo se ofrecían en secreto diez rublos por una botella, pero sólo los más osados se atrevían a vendérselas. Las calles están llenas de soldados, judíos y también mucho *demimonde*. No puedo salir de la fortaleza porque precisaría varios permisos, y por lo que me explicó el teniente M., tampoco hay nada que ver, porque ya se han retirado los escombros. La ciudad es aburrida, una cárcel. Pero sorprende su extensión. Se ven muchos judíos con sus sombreros negros de copa (es el inicio del *sabbat*) que saludan con reverencia. Son los únicos austriacos absolutamente fieles. Aparte de eso, pocas cosas interesantes, las más famosas, como suele ocurrir en general, lo más aburrido de lo que he visto hasta ahora en Galitzia. La rutina militar estropea las ciudades y les confiere una monotonía que resulta insoportable, salvo que tengan un fuerte contrapeso, como ocurre en Cracovia. Nada aquí resulta heroico, y en ninguna parte puede hallarse un mejor ejemplo de la invisibilidad de la guerra moderna: en esta ciudad no hay una sola casa dañada, hasta los cristales de las ventanas están intactos: por lo visto el único efecto del sitio que ha sufrido la población ha sido el hambre.

Domingo 18 Partimos de Przemyśl, ¡con muchas dificultades! Me hacen ir de una estación a otra y todo el mundo está de mal humor a causa del agotamiento y las responsabilidades. La incertidumbre altera todas las disposiciones, nadie sabe qué ocurrirá al cabo de una hora. Finalmente, consigo embarcarme en un tren alemán de artillería, donde los sargentos me hacen sitio amablemente por orden del subteniente. ¡Vienen de la frontera con Serbia! Sólo dentro de muchos años entenderemos el gran secreto de la organización alemana, la distribución de las fuerzas por todo el territorio europeo. ¡Unos vienen de Verdún, otros de Brandeburgo, y otros aun de Semlin!³⁸⁴ Y después los

vuelven a replegar, aunque siempre de forma ordenada y calculada. El tren pasa por puentes dinamitados y junto a numerosas trincheras, antiguos y nuevos surcos en la tierra apacible y fértil. Y, entremedio, las tumbas. En Mostiska³⁸⁵ es evidente la batalla, los cráteres de las granadas han perforado la tierra y están muy juntos.

Nos detenemos y esperamos innumerables veces antes de llegar finalmente a Gródek.³⁸⁶ En la estación algunos rutenos aguardan al tren endomingados y nos miran recelosos. Una judía de astuto rostro consigue acercarse disimuladamente con un voluminoso cesto lleno de *korn*, que vende a un precio exagerado: seis coronas el litro. Pero no hay nada de beber, la lengua se te pega en el paladar. Por suerte los soldados son ingeniosos y no tardan en juntar cuatro ladrillos, arrancar un par de tablas de una valla y pronto tienen un fuegucillo en el que preparar café. Disciplina: nadie bebe agua de las fuentes, esperan pacientes junto al fuego a que el café esté listo y luego llenan las cantimploras hasta arriba. A toda velocidad fríen también un par de huevos mientras los rutenos los observan como si fueran magos. Y después volvemos a emprender la lenta marcha a través de puentes destrozados. Para un trayecto de cuatro horas llevamos ya quince de camino. ¡Pero cuánto dicen estos campos en torno a Gródek, un pueblo medio destruido! Aquí todo son tumbas y más tumbas, cruces de madera que se pierden hasta donde la vista alcanza, como un bosque enano (las sepulturas simples para los nuestros, las dobles para los rusos). Cada vez hay menos distancia entre las trincheras, se distinguen claramente las más recientes de las del año pasado, que ya han cicatrizado y sobre las que empieza a crecer el trigo. Aquí se ve de todo: desvíos, puentes de madera y otros contruidos con travesaños... Un mundo de esfuerzos por amor a la ciudad hacia la que nos acercamos lentamente.

Cae la noche y seguimos sin estar cerca, esperas y más esperas. Y no podemos dormir, porque ¿quién nos despertaría? No

hay empleados. El destacamento alemán está preparado para apearse, pero no saben cuándo podrán bajar. La incertidumbre, la eterna incertidumbre, la tragedia de los soldados. Otros trenes ya han descargado en Gródek, cientos de prisioneros rusos han tenido que ayudar a colocar sobre la rampa las piezas de artillería que en breve sembrarán la muerte entre sus hermanos. Este tren debe continuar hasta Lemberg. Quisieran cocinar el rancho, pero nadie sabe si habrá tiempo suficiente. Las agujas de los relojes ya no miden en horas sino en eternidades.

Por fin, a medianoche, atisbamos el resplandor de la ciudad y, medio muertos de sed, miramos absortos el horizonte. Pero no se da ninguna señal y pasamos horas detenidos. Al fin, hacia las cuatro de la madrugada, después de un trayecto de veinte horas, nos detenemos. No en la estación, sino en el laberinto de rieles de las afueras. No hay nadie que pueda informarnos, ni nadie que hable alemán. Por suerte empieza a despuntar el alba. Cargo mi maleta y me encamino a trompicones a la estación, bastante deteriorada tras el paso de los rusos. En el puesto militar, todos se han quedado dormidos. Arrastro la maleta a través de un vestíbulo en ruinas y cuando me asomo al exterior encuentro un coche, ¡que Dios lo bendiga! Me conduce a un hotel por anchas calles a través de la fresca brisa perfumada de la mañana. El primer hotel está lleno, el segundo tiene una habitación libre. Y, tras tanta fatiga, me duermo.

Lunes 19 Hoy por fin he podido recorrer la ciudad. Es imponente, nada provinciana, toda una capital imperial de un país imaginario en el cual se percibe el refinamiento cultural. Los letrados rusos van desapareciendo, por todas partes se ven retratos del emperador. Si uno viste uniforme austríaco todo son facilidades. Cuando les pregunto si tienen recuerdos del paso de los rusos topo con malas caras, nadie admite tenerlos, y la repulsión, si bien política, es muy sincera. Desde la colina puede contemplarse el panorama: no se ha destruido nada, reina la

paz. Las provisiones de los comercios aún son de los días del dominio ruso, y lo único que es imposible encontrar son cigarrillos. Todo el mundo se desvive por conseguir tabaco, pero ni pagando con oro es posible obtenerlo. La estación es el único lugar que ha sufrido daños, aunque no tantos como se dijo. De los almacenes sólo quedan las cenizas y los dos vestíbulos laterales se hundieron, pero la fachada y la nave principal siguen intactas a causa de las prisas, no por consideración, como se encarga de recordar la gente de aquí.

Es extraña la lejanía de los acontecimientos. Estamos a cuarenta kilómetros del frente y no sabemos nada. Los periódicos son de hace ocho días, no hay comunicados, ni noticias... La gente vive en la luna. Y, sin embargo, al mismo tiempo se palpa la proximidad de los sucesos: el Ejército vigila la ciudad, se llevan a los detenidos, por las calles circulan oficiales en coche a todas horas, hay transportes de prisioneros de guerra, un campamento... Y en medio de todo ello, la población sigue a lo suyo, despreocupada. Parece que han salido ganando con el cambio.

La organización de los alemanes es única. Ellos mismos han colocado letreros para que sea posible encontrar todo en un instante. Las dependencias austríacas, en cambio, es imposible saber dónde se encuentran. Gasto veinte coronas en vehículos para saber dónde está el servicio de automóviles y al final no me proporcionan ninguna información. Mientras que, de ser alemán, lo encontraría todo: el parque de automóviles, el hospital, la estación de avituallamiento, el comedor de oficiales, el consulado... Es admirable cómo dispusieron todo en cuestión de horas.

Sigo buscando signos de la guerra pero no los encuentro. Lo único que me sorprende es que las calles queden a oscuras tan pronto en una ciudad tan grande. Por la noche sólo se ven uniformes, y el reflejo de los coches y de los convoyes recuerda

que esto es sólo una tregua en medio de un movimiento monstruoso.

Martes 20 He visto bastante más, he hablado con mucha gente, he intentado hacer muchas cosas. La pobreza del gueto de comerciantes es difícil de imaginar, pero pese a todo la gente está muy animada. Han dejado atrás un miedo que no habían conocido antes: los detenían por las calles y se los llevaban a los campos de trabajos forzados o los deportaban. El buen caviar ruso resarce del hambre sufrida, y el resto del tiempo lo pierdo tratando de conseguir información para mi viaje. Nadie sabe nada, las disposiciones cambian de hora en hora, nada es seguro, cualquier previsión es ridícula. Todo cambia constantemente, es imposible saber la hora de llegada o de salida a ninguna parte, estamos sobre una ola, sin excepción, nadie pisa terreno firme. Hoy, además, la lluvia se ha llevado toda la elegancia de la ciudad: cuatro gotas han bastado para que la belleza de Galitzia se convierta de inmediato en un lodazal sin remedio.

Casi consigo un automóvil para ir a Stryj,³⁸⁷ pero sólo *casi*. Aquí nada está centralizado, nadie sabe dónde se encuentra el servicio de automóviles, los oficiales viven en los cafés, y al final me entero con una hora de retraso de la partida del expreso. Pero no lo lamento, porque a las seis de la mañana me dicen en la estación que parte un tren hospital. El vagón de servicio está cerrado con llave, pero como estoy harto de esperar y del interminable ir y venir pidiendo información, subo al tren aun a riesgo de tener que viajar en los estribos hasta Stryj en plena lluvia. El tren está a punto de partir cuando llega tambaleándose un alférez. Tiene los ojos amarillentos y a duras penas puede caminar del cansancio. «¿Este tren va a Hungría?», me pregunta. Cuando le revelo el secreto (pues me han dicho que sólo yo podía viajar en él) el pobre muchacho se pone contentísimo y se encarama en el vagón casi a rastras, es la viva imagen de la miseria. Profesor de secundaria en Budapest al que mandaron

desde el comienzo al frente, ha contraído una dolencia renal y apenas tiene fuerzas. Habla de la guerra con un horror que me sobrecoge. Acaba de combatir en una batalla y aún tiene el espanto metido en el cuerpo. No obstante, la sola idea de regresar a Hungría lo reconforta. Querían atenderlo en Lemberg, pero él no podía soportar un día más en Galitzia: mejor viajar en la plataforma de un tren hospital aguantando la lluvia que yacer en la cama de un hospital de campaña.

Por suerte no pasamos demasiado rato a la intemperie, porque el vigilante del tren hospital nos permite entrar en el vagón de los enfermos. Está lleno de heridos graves, la mayoría húngaros. Hay ocho en un vagón, del techo cuelga una pequeña lámpara encendida y a través de las ventanas se ve un paisaje ajeno. Todos tienen algo que contar. El alférez cuenta cosas terribles de las batallas de los Cárpatos. El enfermero, un campesino alemán de Transilvania, relata historias de sus trenes: del caos al principio y, después, lo más espantoso, cuando en febrero llegaron los soldados congelados y había que cortarles las botas con navajas para poder sacar el pie y ni siquiera notaban nada cuando la hoja de la navaja los rozaba, a tal punto se habían convertido en un bloque de hielo. Los soldados muestran las heridas de los disparos que han recibido. Hay mucho sufrimiento reunido en estos trenes, y en el vagón siguiente hay uno que está a punto de morir: le dispararon en la vejiga y ya tiene el rostro lívido, en la próxima estación lo bajarán.

Lo único encomiable de estos tiempos es la camaradería. El enfermero le cede al pobre alférez su cama y yo le ofrezco comida, tratamos de consolarlo. El pobre, que tiene los nervios destrozados, llora de gratitud. Me repite una y otra vez que jamás olvidará cuánto lo he ayudado. Lo acostamos, los enfermos yacen en silencio, y pronto también él se queda dormido y tan sólo se oye el traqueteo del tren. Yo, el novato, soy el único que se mantiene en vela, custodiando el sueño de los enfermos, compadecido.

El médico asistente me saluda y me lleva a su compartimento. Me cuenta muchas cosas. También él está cansado y le duele haberse insensibilizado. Dice que, al principio, su labor lo conmovía, pero que ahora le aburre. Me pide que lo acompañe a hacer la ronda nocturna. Camino y voy dejando atrás a cien personas destrozadas. De todas ellas me resume su suerte, a tres me los señala con un gesto, están sentenciados: no sobrevivirán a esta semana. Hablamos un buen rato, inmersos en el olor húmedo de yodoformo, y sin darse cuenta el médico se sincera conmigo. En estos trenes las personas viven en una eterna soledad, todo el mundo está de paso, como en una granja alejada de la vida. También él sufre la constante incertidumbre, lo peor de la guerra: no poder decidir nunca nada, ver cómo las decisiones inesperadas que vienen de lejos y de arriba de repente te mandan aún más lejos.

Llegamos a Sambor después de la medianoche bajo una lluvia torrencial. El tren a Drohobycz no partirá hasta las tres y media de la madrugada. Como no tengo valor para despertar al alférez le dejo junto a la almohada galletas y chocolate. Aún le quedan veinte horas de viaje. Y luego me echo en un vagón vacío: aquí se aprende muy rápido a dormir a ratos.

Miércoles 21 Como nadie me ha avisado, he despertado a las cinco y media. Ni rastro del tren. No llegará antes de las once y media, tal como se ha sabido a última hora. Durante ese tiempo tengo que esperar en la estación, ni siquiera puedo dar un paseo por la ciudad de Sambor. No obstante, las estaciones de ferrocarril son ahora poderosos escenarios de la guerra. Llego un tren cargado de húngaros adornado con banderitas y una gran bandera que ondea. Todos cantan entusiasmados con voces broncas pero marcando el ritmo. Encima de la locomotora, un chiquillo de doce años vestido con el uniforme azul: bromista, pinche de cocina, chico para todo, la mascota de todos estos regimientos. Entre ellos, unos cuantos soldados del pres-

tigioso regimiento vienes de los *Deutschmeister* de la división de ametralladoras, divirtiéndose con el cigarrillo en la boca, como en las ilustraciones de Schliessmann. Encuentro a dos compañeros de fatigas, un oficial de la Legión Ucraniana y un comisario. Me entero de muchos asuntos políticos, en especial del sistema de espionaje de los rusos. En los últimos días hay muchos arrestos en Lemberg porque los rusos han dejado a muchos hombres de confianza, y en las poblaciones rutenas se captura a rehenes. También me cuentan muchas otras anécdotas interesantes, Durante el viaje volvemos a cruzar campos de batalla por puentes dinamitados, seis posiciones en forma de estrella de ocho puntas. Incluso sorprende ver un campo sin esas líneas como cortadas con sierra. Y por fin, pasado el mediodía, llegamos a Drohobycz. La calle principal es de una miseria indescriptible: niños desnudos, ancianos desaseados, mujeres que parecen sacadas de Oriente, todos viviendo en barracas. En la estación, judíos con unos cochecitos para el transporte de pasajeros. «Queda una plaza libre, quince cruceros»(todo el mundo sigue contando aquí en cruceros).³⁸⁸ Y por fin, la ciudad, un pueblo que ha crecido, con algunas residencias muy elegantes, las de los propietarios de las minas. Resultan extraños esos palacios en medio de tanta miseria, en una misma calle se amontona la basura, las letrinas y el mercado, todo revuelto. Una tercera parte de la plaza del mercado ha quedado reducida a cenizas y los comercios completamente saqueados. Aquí han causado auténticos estragos, para vengar a un general al que apresó una patrulla húngara. La población está consumida, no tienen nada, ha desaparecido el comercio y las tiendas, los ricos han huido o los han deportado. En esta ciudad se palpa realmente la tragedia de la invasión.

Por la tarde tomo un cochecito y parto a Boryslav. De repente, desde la parte más baja en el borde del bosque, surgen unas torres redondas como setas grises y cientos de torrecillas, como si estuviésemos en Birmania.³⁸⁹ De lejos resulta sorprendente, una imagen única. Boryslav en sí es un Klondike³⁹⁰ de tiempos

remotos, un pueblo de buscadores de oro. Barracas de madera cubiertas de barro, apretadas unas junto a otras, y, en medio, una pequeña iglesia de madera rutena, un delicado octágono. Y mires donde mires, miseria. De los depósitos de agua sólo han destruido unos pocos, las negras torres de perforación han sido reconstruidas: como en Lemberg, a los rusos sólo les ha faltado tiempo para llevar a cabo sus intenciones. También el soborno ha desempeñado su papel. De nuevo, como en Drohobycz, un lujo repentino en los establos de Augías. Los ortodoxos y los pravoslavos³⁹¹ curiosamente mezclados, de hecho toda la colonia es el producto de un fantástico capricho de la tierra.

Regreso a Drohobycz, donde me aguarda la misma suerte que en todo el viaje: esperar el tren mientras todo el mundo me dice algo distinto. Es muy divertido ver a los reservistas judíos, hombres de cincuenta años, sentados con sus lanzas, como salidos de una opereta. Espero hasta las ocho, hasta las nueve, hasta las diez... Finalmente me dirijo algo malhumorado al teniente, que a su vez me responde malhumorado y me pregunta el motivo del viaje y mi nombre. Y entonces me reconoce, coincidimos en un seminario. Comemos juntos (una vez más sus palabras revelan la historia entera de un destino) y duermo en su barraca junto a la estación. Nunca me había alojado en sitios tan extraños. Por la noche llegan noticias de la gran ofensiva en Rusia: son las tropas que vi, el movimiento que presentía. Mi intuición no me engañaba.

Jueves 22 La misma comedia de anoche. Espero a que llegue el tren a Stryj de seis a siete, y luego de siete a ocho, de ocho a nueve, de nueve a diez, de diez a once... Hasta que por fin llega. Volvemos a pasar por zona de combate, una trinchera junto a la otra. Pero al cabo de un rato aparece un bosque, la única máscara verde en esta maraña de fosas, en este laberinto de posiciones militares. Nadie imaginaría que esta zona haya podido ser atacada, pero los árboles dan fe de ello: partidos por pesa-

das piezas de artillería, como si les hubiese caído el cielo encima. La estación de Stryj no está tan ennegrecida como la de Drohobycz. También la pequeña ciudad es limpia, alegre y está repleta de banderas. La tomaron los alemanes y se nota, uno reconoce con alegría que es una etapa alemana, pues los periódicos se venden a precio de coste, e impera el orden y la disciplina. También aquí hay infinidad de prisioneros rusos, perfectamente uniformados y alegres. Nuestros soldados los tratan como amigos, y también a ellos se los ve alegres y sonríen mostrando los dientes. No les gustan los polacos, por aquí a nadie le gustan los polacos, y no puedo evitar pensar en el dicho francés: «Entiendo que pueda morirse por Polonia, lo que no entiendo es que pueda vivirse en Polonia». Los alemanes los tratan con reserva (como a su país). Pero nuestros soldados comen con ellos con gran apetito e intercambian alguna broma.

A última hora de la tarde reanudamos el viaje. Primero dejamos atrás las tumbas y la pequeña ciudad, y después enfilamos hacia los Cárpatos. Vislumbro las estribaciones antes de que oscurezca: colinas cubiertas de bellos bosques sin peñas, un paisaje amable en el que ahora, pasado el invierno, no queda rastro de los terribles combates. Los desfiladeros no son estrechos barrancos como había imaginado, sino suaves valles ondulados con hermosos senderos. También aquí hay huellas de los combates, aunque apenas reparamos en ellas. El tren asciende lentamente, internándose en la noche.

Lunes 26 Viaje de regreso de Budapest. Asuntos de mi hermano. En la oficina me conceden un permiso. Ahora empieza a aflorar todo el cansancio.

Martes 27 Recuperado el sueño atrasado, reanudo el trabajo. Recibo una carta de Romain Rolland, en la cual me comunica que abandona su actividad pública.³⁹² Él también se da por vencido. Toda mediación es absurda, una especie de suicidio espiri-

tual. Estamos ante un torrente de sangre que separa a los pueblos y que ya no es posible salvar con palabras. Continúo aquí mi diario.

Miércoles 28 Los alemanes cerca de Varsovia: contrataque sanguinario de los italianos en Isonzo, una fuerte sacudida a la balanza del destino. Es imprevisible el resultado de las siguientes luchas, nadie se esperaba una mar tan agitada. Yo presentía este embate, y me resulta extraño pensar que los puentes de campaña que vi durante mi viaje puedan estar flotando en el Vístula.

Jueves 29 Trabajo, dictados. Por culpa del asunto de mi hermano no llego a alegrarme de mi libertad. Nuestras tropas a las puertas de Lublin.

Viernes 30 Diario del viaje. Termino el borrador del tercer acto. Ahora he de continuar, no todo está claro. De golpe, el estado de ánimo de los vieneses ha cambiado por completo, todo el mundo está seguro de la victoria: en todo caso, la mala cotización de la moneda en Francia y la inactividad en el frente occidental les dan la razón. Además, la posibilidad de derribar a Alemania no es viable. Rumanía está tranquila de nuevo, ha establecido una especie de tregua con Serbia, que Rusia traicionó ante Italia y Bulgaria pese a todos los esfuerzos de la Entente. Se les ha querido arrebatarse simplemente aquello que sellaron con su sangre, de ahí la amargura y el malestar que produce el sacrificio por la política rusófila. Sería importante, pues, esta tregua ya manifiesta que apenas disimulan provisionalmente las demostraciones de la aviación. Ahora la guerra con Italia se convertirá en un verdadero enroque, antes cubríamos allí la frontera y operábamos contra Serbia, pero ahora es al revés. Sin duda es el giro más extraño de la guerra mundial hasta ahora.

Sábado 31 Hemos tomado Lublin, el punto en el que hace un año fracasamos. Allí estaba la frontera, ahora la hemos traspasado. Pero yo sigo sin poder alegrarme, sólo veo en ello una prolongación del conflicto, ningún desenlace, ¡ningún desenlace! ¡Todo lo contrario!

Domingo, 1.º de agosto [de 1915] Como siempre, en Baden. Hoy hace un año que regresé de Bélgica, me lo recuerda la dama con la que viajé en el tren. Qué curiosos son los encuentros de esa índole. E igualmente curioso—y desconcertante para mí y yo más agorero—que sigamos disfrutando de la claridad y del aire, que todo sea diversión, que después de un año demencial el mundo siga siendo el mismo, que Austria esté saliendo victoriosa (de momento sigo sin atreverme a creerlo). Me gustaría alegrarme por la estabilidad si no fuera porque precisamente garantiza que la guerra se prolongará. La humanidad no ha exigido jamás tanto a los individuos, antes sólo combatían los que cobraban por ello, pero ahora se arrebató la vida a todos. La sangre brota de miles de heridas, pero sigo sin ver estallar la indignación que arrastre río abajo toda esta desgracia.

Lunes, 2 de agosto Me subleva esa especie de interés deportivo que todos manifiestan por la guerra. Hacen apuestas sobre cuándo va a caer Varsovia (algo que parece inminente), especulan desde lejos sobre los acontecimientos, como si fuese un juego. A mí, en cambio, una sola muerte como la de Ehrenbaum-Degele me sume en una profunda melancolía y me quita cualquier alegría. ¿De veras podemos hablar de *nosotros*? Yo no me siento capaz.

Martes, 3 de agosto Llegan buenas noticias de Rusia. En el frente occidental, nada. La inactividad de los franceses o bien es un reconocimiento de la fuerza alemana o bien obedece a

unos preparativos descomunales. Me inclino a creer lo primero. La guerra va entrando en otoño, y cada cual se reserva para el golpe final. Sacrificar mucha munición y a pocos hombres se ha convertido en la máxima de todos los pueblos, aunque entre nosotros tal vez no demasiado.

Miércoles 4 Hoy me he citado en un café con una dama que está de duelo. Sólo cuando he alzado la vista para observar a mi alrededor mientras la esperaba me he percatado de cuánta gente está de duelo últimamente. Es terrible pensar que en toda Europa está ocurriendo lo mismo.

Jueves 5 Más buenas noticias. Nunca se ha trazado y llevado a la práctica algo tan grandioso como esta ofensiva alemana. Quiérase o no hay que admitir que los resultados son admirables, hasta el enemigo farfulla entre dientes este elogio. Aparte de eso, he leído el manuscrito de la última novela de Romain Rolland,³⁹³ un libro irrelevante, muy por debajo de su nivel. También él esta exhausto, ¡pobre! ¡Ya no lucha, se ha retirado! ¡Llega la primera noticia de Varsovia!

Viernes 6 ¡Euforia! ¡Varsovia e Ivangorod han caído!³⁹⁴ Atro-nador primer aniversario de la declaración de guerra, el mejor que habríamos podido imaginar. En la ciudad vuelve a haber movimiento, pero no son los mismos gritos de alegría que cuando cayó Lemberg. La gente está cansada incluso para celebrar. Sólo las banderas ondean sus colores al viento alegremente. [-] ¡Episodio con Hans Müller! [-]

Sábado 7 ¡Parto a Baden! Viola Neumann‡ me habla de su época de enfermera y de cuando estuvo a punto de morir de tifus. Para las personas de naturaleza realmente aventurera la guerra es una liberación, ella también se da cuenta y quiere vol-

ver. Inolvidable la anécdota del prisionero ruso, de la enfermera imprudente, del viaje, y, en general, de la atmósfera cuando la muerte acecha (el contorsionista que exhibió su talento ante los *Deutschmeister*). Varsovia no ha entusiasmado tanto a los vieneses como Lemberg, pero Alemania se siente a salvo de cualquier amenaza: nada más increíble que el anciano que ya ha comprado una plaza en una ventana de Múnich para ver la llegada triunfal de las tropas. También aquí ha aumentado muchísimo la confianza. Personalmente, no me atrevo a compartirla: temo que no dure.

Domingo 8 Trabajo. Vuelvo a reunirme con Viola Neumann,‡ que me cuenta muchas cosas, también de los judíos del norte, aunque lo que explica no es demasiado edificante: falta de sentido de comunidad, sólo se sienten vinculados a la familia, demasiado temor por la salud, pero poco amor alegre y libre a la vida. Tiene razón. Hablamos de muchas otras cosas interesantes. Por la noche, gracias al vino, recobramos la alegría.

Lunes 9 El estado de ánimo de la gente ha cambiado por completo, ahora no quieren que se acabe nada si no hay ganancias, todos exigen Polonia, Curlandia y Bélgica, e indemnizaciones de guerra. Por suerte los enemigos son demasiado obstinados para ofrecer una paz normal: ahora, con la angustia de estas victorias, en Rusia podríamos hacerlos recular. Es atroz, no obstante, que todavía sean necesarios meses para llegar al agotamiento, que es la condición previa de cualquier clemencia. Ahora mismo resulta insoportable escuchar el tono impertinente de los políticos franceses. Siguen teniendo esperanzas con respecto a los Balcanes y, de hecho, sus ofertas parecen haber causado allí gran impresión, pero las victorias de Alemania dificultan cada día más la decisión y el ejemplo de Italia los induce a extremar las precauciones. El secreto de la postura serbia sólo saldrá a la luz dentro de muchos años, por el momento es el

enigma de la política. ¿Será el armisticio entre nosotros y ellos un acuerdo? ¿Les estamos sirviendo para chantajear o están a la expectativa? Sin duda es uno de los capítulos más extraños de la guerra mundial.

Martes 10 Tensiones, ¡nervios! ¿No es ignominioso que toda Europa mire temblando los pequeños parlamentos y que alabemos a los mediadores, bastante dudosos a menudo? ¡Cuánto vamos a avergonzarnos todos y cada uno de nosotros! Zech ha escrito una magnífica necrológica† por la muerte de una excelente persona, el poeta Ehrenbaum-Degele.

Miércoles 11 ¡Victorias y más victorias! Seguimos avanzando en Polonia, despacio pero firmemente, como una verdadera apisonadora. Y en el frente occidental, impotencia. Me he prohibido hacer mofa de cualquier pueblo, pero la jactancia de esta gente no tiene límite. Cómo es posible que aquellos que los vitoreaban, que auguraban que destruirían e invadirían Alemania, sigan cacareando que la ofensiva alemana ha sido un fracaso, aunque con cada palabra lo único que logran es despertar falsas ilusiones. También para nosotros resulta un tanto embriagador, yo mismo lo noto, algo que me lleva a exagerar el propio juicio, pero uno ha de saber protegerse de sí mismo. Y, más importante aún: me lo reservo todo para una sola alegría, la del último día.

Jueves 12 Trabajo un poco, pero no consigo terminar nada. Estoy demasiado atento a lo que ocurre, esperando, impacientándome, y aunque la razón aconseje resignarse, el grito de «Edición especial!» me saca de mí mismo, me arrebató la serenidad y me aboca a la inquietud contra mi voluntad. Es imposible sustraerse.

Viernes 13 Esta ofensiva alemana es abrumadora, tiene cierta grandiosidad melancólica: cada ruedecilla del engranaje gira en el instante preciso, como una máquina de precisión. Por lo visto, los rusos se han quedado sin municiones y sacrifican a sus hombres para ganar tiempo en la retirada y organizar la retaguardia. En los Balcanes, un movimiento incierto a raíz de las propuestas de la Entente. Su diplomacia es excelente, pero ahora el Ejército alemán les ha arrebatado la carta de triunfo. Ya no les quedan cartas y además sus promesas han perdido credibilidad. Pero, pese a todo, su gran habilidad sumada a la impopularidad de los alemanes todavía podría obtener resultados inesperados.

Sábado 14 Por la tarde, parto a Baden. Trabajo en *Jeremías* y luego la ocupación de siempre. Mantengo una interesante conversación con Viola Neumann.‡

Domingo 15 Hugo Wolf cuenta muchas cosas de Budapest. El papel de los húngaros en esta guerra es detestable: se embolsan todas las victorias de los pueblos que han subyugado y las hacen constar como propias, pese a que el país entero está lleno de opresión y corrupción. Pero se presentan magistralmente como los héroes. ¡Qué nación repugnante!

Lunes 16 Avanzamos hacia Kowno.³⁹⁵ Y cuando los alemanes anuncian el avance hacia algún lugar no se hacen esperar: nos han inculcado esa confianza. El ejemplo de la actitud reservada es grandioso y permanecerá para siempre. Es el contraste más formidable que cabe imaginar frente a la jactancia de cualquiera. Nunca habíamos estado tan orgullosos como ahora de hablar esta lengua, yo mismo siento esa distinción, pese a haberme jurado que no permitiré que los éxitos me envanezcan (ni que los fracasos me abatan).

Martes 17 Trabajo en la oficina y en casa. Pocas novedades. Y, sin embargo, las presentimos.

Miércoles 18 Cumpleaños del emperador. Banderas por todas partes. Tengo guardia en la caballeriza. Y por la tarde llega la noticia: Kowno ha caído. Un regalo digno de este 85.º aniversario, en un momento legendario. Casi parece increíble que un hombre, un solo individuo, haya vivido tanta historia como él. A veces uno siente una especie de escalofrío dinástico, una oleada de profundo respeto por todas las experiencias que le ha tocado vivir, del mismo modo que uno admira un árbol que ha visto florecer y morir a los seres humanos, cuyas raíces siguen creciendo y cuya copa continúa dando flores por los siglos de los siglos.

Jueves 19 No tardan en llegar nuevas noticias: Novogorodguievsk.³⁹⁶ El ambiente ha cambiado radicalmente. Ya nadie piensa en ceder una sola pulgada del territorio conquistado, todo el mundo se indigna cuando oye hablar de los acuerdos que ahora supondrían la salvación. No creo en una nueva Polonia, porque Alemania jamás devolverá su parte y no habrá tranquilidad hasta que el territorio recupere su configuración natural. Pero la victoria es muy seductora, incluso para los más lúcidos. Temo el castigo de los dioses.

Viernes 20 Novogorodguievsk ha supuesto 85000 prisioneros, Kaunas 20000, y entre las dos, más de mil cañones, lo cual presiona visiblemente a Rumanía. El tono del discurso del canciller alemán [Bethmann-Hollweg] ha cambiado: férreo, firme e imperturbable. Ya no habla de defenderse, sino de que lo que no es posible doblar tiene que romperse. Memorable cuando dice: «Hemos dejado atrás los sentimentalismos».

Sábado 21 Magnífico el discurso de Helfferich. Aunque resulta fácil hablar en estos momentos en que toda palabra se convierte en el eco de los hechos. Pero la alegría no está exenta de amargura: han torpedeado al *Arabic*,³⁹⁷ y entre las víctimas hay estadounidenses. Una clara demostración de la «actitud hostil» que justifica las amenazas de Wilson. Si ha sido torpeza o cálculo no es posible saberlo con certeza, pero en cualquier caso es un nuevo motivo de inquietud, una tensión muy peligrosa que resta importancia a las victorias alemanas. También ha recibido una inyección de moral Francia, donde la confianza en la victoria había sufrido serios reveses, lo que se manifiesta sobre todo en la irritabilidad del Parlamento y envalentona a países como Rumanía.

Domingo 22 De la prensa alemana se desprende la perplejidad con respecto al caso del *Arabic*. Unos cuantos torpes intentos de justificarse, protocolarios, sin convicción. Diría que deberíamos reconocer nuestros errores. El desánimo es demasiado grande para permitirnos estas cacerías patéticas, y una buena parte de los alemanes está en contra de la guerra submarina, que ha traído más odio que beneficios. En Viena, hace mal tiempo desde hace días, lo cual acrecienta la sensación de vacío en la ciudad. Antes la moral era más sombría, pero la ciudad estaba más llena, más animada, hasta en su desaliento había más vida que en el actual abandono. Los hombres se han convertido en una rareza, y estamos tan acostumbrados a verlos de uniforme que parece que quien va de civil tiene que pedir disculpas. Por la noche llegan buenas noticias sobre la ofensiva alemana en Rusia, que nadie sabe hasta dónde llegará, pero en cualquier caso ha dado un giro sin precedentes al curso de la guerra.

Lunes 23 Las tropas alemanas y las nuestras están a un paso de Brest-Litovsk³⁹⁸ y todo indica que no tardará en ser evacua-

da. Los alemanes son únicos en el asedio a las fortalezas y la velocidad con que las toman es un bálsamo para nuestra herida que supura, Przemyśl. Ya tiene el mérito de haber aguantado mucho tiempo (la gente se ha vuelto desmemoriada, ya no recuerda lo que sintió ayer) y pronto empezarán a celebrarlo. A mí, personalmente, estos acontecimientos ya no me afectan. Estoy demasiado cansado de esperar que llegue el final y no puedo galvanizarme a cada rato. De hecho, tengo la impresión de que a la mayoría le ocurre lo mismo, la exaltación se agotó hace tiempo y en las almas tan sólo queda melancolía e indolencia.

Martes 24 Brest-Litovsk ha caído, el último bastión ruso ha sido evacuado. Avanzamos en todos los frentes, la declaración de guerra de Italia a Turquía ha sido un fracaso, y en los Balcanes no pasa nada relevante, pero aun así nadie está contento. Tal vez en Alemania lo estén, pero aquí nadie, absolutamente nadie tiene espíritu de conquista, no es nuestro modo de ser, es tan absurdo e innecesario que casi echamos de menos la anterior situación, que permitía esperar un final más veloz. A fin de cuentas Alemania y Austria son dos pueblos completamente diferentes.

Miércoles 25 Brest-Litovsk está bajo nuestro control pero nadie lo celebra. Ni los periódicos saben que más decir. Ya nadie quiere, ni puede, continuar. La gente dice, desanimada: «Esto va a durar un año más». Nadie pregunta: «¿Qué ganaremos con la victoria?», sino únicamente: «¿Cuándo llegará la paz?».

Jueves 26 Mi trabajo avanza un poco, pero a trompicones y muy despacio. Me faltan el ímpetu, la coherencia, la pasión de la tenacidad. No obstante me doy cuenta de que casi todo el mundo está perturbado por los tiempos que vivimos. *Exe. a. trois.*³⁹⁹

Viernes 27 Tras corregir el ensayo sobre Galitzia⁴⁰⁰ he partido a Baden. ¡Qué bien sienta pasear! La guerra queda lejos. Nunca había deseado tanto instalarme en el campo como ahora, y lo haré en cuanto acabe la guerra.

Sábado 28 He terminado de esbozar el cuarto acto y después he visto a Viola Neumann, ‡ una mujer fascinante llena de contradicciones: dolor y fuerza, pudor y franqueza, enorme audacia y prudencia femenina. Una naturaleza dostoevskiana que disfruta plenamente de la vida en los momentos de mayor peligro. Por la noche, una fiesta en el parque donde la gente muestra una sensualidad bastante cínica: ya no es un juego o un simple divertimento, como antes, sino un desahogo. Se nota que todo el mundo se ha contenido durante un año y que ya no puede, ni quiere, contenerse más. También yo estoy cansado de estar pendiente de lo que pasará. Debo volver a centrarme y olvidarme de esta época, que tanto exige y tan poco ofrece. Incluso la compasión empieza a perder su dimensión trágica, el mutilado no es la excepción sino la regla, y el infeliz es el más predecible. Una persona alegre y serena, que se sienta dichosa y sea optimista, parece un milagro de tiempos remotos.

Domingo 29 Las noticias de los periódicos son irrelevantes. Baños en Vöslau,⁴⁰¹ episodios en Baden con X. V. y la pequeña D.‡ A partir de hoy quiero reservarme un día a la semana para mí, se lo exigiré al mundo y a Dios.

Lunes 30 La oficina, capítulo aparte, estoy harto. La cabeza no me da más de sí, detesto el trabajo que hago porque me parece inútil. Lo que hacía antes tenía un sentido, pero el trabajo de ahora es monótono y sólo sirve a intereses particulares. Me asquea tanto que ni siquiera puedo hacer mi trabajo en casa. Paso la tarde con Herbert Eulenberg, que ha engordado y, como si hubiera olvidado su entusiasmo por Alemania, ahora es

miembro de asociaciones antibelicistas. ¡También él habría hecho mejor en mantener la boca cerrada todo este tiempo! Personalmente, es un mediocre. No creo en los genios que engorran.

Martes 31 Han publicado mi ensayo sobre Galitzia. Correrías por ministerios y oficinas para obtener estadísticas. La prensa alemana publica todos los días la información que aquí invertimos horas en reunir. Aparte de eso, un cansancio infinito.

Miércoles, 1.º de septiembre [de 1915] Ya no recibo noticias de Rolland. Me imagino que ha regresado a Francia para demostrar que no teme a nadie. Dicen que allí el ambiente sigue siendo demencial: al fin y al cabo, la guerra es mucho más leve para ellos que para nosotros. Están bien abastecidos, no han hecho grandes sacrificios, libran pocas batallas, los relevan a menudo... desconocen el dramatismo de las ofensivas. Están más bien alerta, en una batalla similar a la de Wallenstein antes de tomar Leipzig,⁴⁰² tratando de proteger a cada hombre, mientras que en Alemania los soldados dan, deben dar, todo de sí. Por eso temo que seamos los primeros en acusar el agotamiento.

Jueves, 2 de septiembre No dejan de publicarse artículos exigiendo responsabilidades por la guerra. Queda demostrado que las negociaciones entre Inglaterra y Alemania fueron prometedoras y que un debate público en los parlamentos habría obtenido resultados positivos. Pero la diplomacia secreta lo ha echado todo a perder: ¡con razón se oye el chiste del caballo, el buey y el asno que se pelean por su parte del botín de guerra! No obstante, la actitud conciliadora de Alemania con Estados Unidos nos ha dado una brizna de esperanza.⁴⁰³

Viernes 3 Nadie habla ya de la guerra, ¡sólo de la paz! Es la eterna pregunta de millones de personas día y noche, hace mucho que todos los pueblos comparten este deseo común, pero aún no se ha hecho realidad. Es muy posible que, visto con perspectiva, nos convenga probar este cáliz amargo para que el belicismo desaparezca durante décadas, durante generaciones. Pero ¿acaso no se falseará este sentimiento en cuanto acabe la guerra? ¿No he visto ya como todos reniegan del ayer y se aferran al presente? Quien es llamado a filas y no puede escabullirse critica a los que hacen lo posible por evitar el frente, quien ayer aún escribía sus versitos patrióticos (Eulenberg) hoy se presenta como apóstol de la paz. Y todos los que ahora lloriquean y gimen en el frente terminarán convirtiéndose en conformistas y apóstoles de «los grandes tiempos pasados». Este pensamiento me atormenta tanto que desearía ver a todos los pueblos obligados a arrodillarse. Por espeluznante que parezca esta idea, tal vez sea lo mejor.

Sábado 4 Trabajo y al terminar parto a Baden. No deja de llover, se ha perdido una parte de la cosecha de avena y buena parte de la de patatas. ¡De qué sirven diez mil prisioneros rusos más! Escucho con espanto que nuestro armamento se encuentra en un estado deplorable y envidia a los optimistas empedernidos.

Domingo 5 Descanso, paseo, cine, episodios.

Lunes 6 Feld se ha convertido en un personaje cómico, el patriota fanfarrón Bramarbas⁴⁰⁴ que se avergüenza de no haber sido llamado a filas (y en el fondo de su alma no cabe de contento). En la mayoría de casos el patriotismo está estrechamente unido a la vanidad, incluso el auténtico heroísmo es en buena medida autocomplacencia, un vicio, la voluntad de hacerse valer, más que la de valer. Un día habría que escribir sobre el tema. El llamamiento a filas de los hombres de cuarenta y tres a

cincuenta años ha vuelto a inquietar a la ciudad, el rencor y los reproches proliferan, todos quieren que llamen primero a los demás, ¡los viejos a los jóvenes y los jóvenes a los viejos! Y a eso se suma el pánico al reclutamiento de repesca. A mí todo el asunto me deja indiferente: jamás temo lo desconocido, pero tampoco tengo curiosidad metafísica, estoy anclado en el presente. Sin embargo, la histeria se ha desencadenado, todo el mundo pregunta y cunde el pánico entre los mismos que estaban entusiasmados mientras se sentían seguros.

Martes 7 Cassian‡ en la cancillería. Hoy se ha presentado Hans M[üller], el más acérrimo partidario de la guerra, definitivamente curado de sus ideas tras catorce días de formación militar. Para todos estos señores la guerra no es más que un asunto personal, pero en cuanto amenaza su vida no dudan ni un instante en borrar de sus rostros el maquillaje patriótico que les encendía las mejillas. Además, el fervor belicista ya no se estila en los folletines, lo que se lleva ahora es el humanitarismo. El torpedeamiento del *Hesperian*⁴⁰⁵ es una nueva insensatez de los alemanes. Visto objetivamente, casi parece una provocación

Miércoles 8 Día festivo, ¡y cómo lo disfruto! Como una criatura. Es deplorable cómo hemos vuelto a caer en la dependencia, que no es sino la otra cara del milagro, de la organización: vista desde fuera es admirable, pero desde dentro no es sino brutalidad y coerción.

Jueves 9 Nada. Tedio, vacío, indiferencia. No me avergüenzo, se ha convertido en un fenómeno de masas, como antes lo fue el entusiasmo.

Viernes 10 Parece que en Galitzia algo no marcha del todo bien. Hemos aprendido a interpretar los telegramas y empeza-

mos a intuir lo peor. Pero en los Balcanes se está preparando una operación grande. Se ha suspendido la correspondencia y el telégrafo con Alemania. Aparentemente contamos con el apoyo de Bulgaria, si bien la Entente cuenta con el de Rumanía. Vuelve la gran tensión del comienzo.

Sábado 11 Vuelven a correr rumores en Viena. Uno pensaba que eran cosa del pasado, pero el menor indicio los abona y crecen como espárragos. Donde vayas alguien te cuenta el plan de ataque contra Serbia. Dicen que atacarán cerca de Negotin. Por lo visto, no obstante, ya hemos sufrido allí una derrota.

Domingo 12 En Baden, descanso, tranquilidad. Lamentablemente, trabajo poco. Los acontecimientos no dan tregua, y aunque uno ya no se implique tanto en ellos, la exaltación del principio sume en un lamentable estado de agotamiento.

Lunes 13 Los rumores vuelven a desatarse. Un capitán que ha recibido ocho condecoraciones nos cuenta que ha empezado la incursión en Serbia, aunque todavía no se haya hecho pública. Siempre la misma manifestación primitiva de los deseos que se toman por realidades, exactamente igual que hace un año. La gente jamás aprende, pero uno debería recordar que los más peligrosos son los oficiosos, los conocidos del ministerio.

Martes 14 Parece prepararse una tormenta. Bulgaria se está armando y mientras tanto nosotros guardamos riguroso silencio sobre Rumanía. Algo está a punto de estallar. Pronto se convertirá en historia: la batalla en los Dardanelos se ha vuelto una carrera de las naciones por obtener la llave del mar Negro. ¡Qué dramático será leer el relato de estos hechos en el futuro y qué atroz es tener que vivirlos!

Miércoles 15 Rumores, inquietud e incertidumbre. La derrota en Ternópil ha sido bastante seria,⁴⁰⁶ los rusos han comunicado 40000 prisioneros. Una cifra pequeña comparada con nuestras victorias, pero importante teniendo en cuenta nuestras pérdidas.

Jueves 16 La oficina me asfixia. Hace ocho días que no escribo una sola línea para mí.

Viernes 17 ¡Nada! ¡Cansancio!

Sábado 18 Parto a Baden en busca de un poco de tranquilidad. He leído una crítica a Hesse a causa de su moderación.⁴⁰⁷ Ahora resulta que los escritorzuelos de la prensa se dedican a injuriar a las personas más nobles. Trágica conversación con Alice [Schalek], y después con Viola [Neumann]. ‡ En estos momentos todo el mundo se siente más desdichado que nunca.

Domingo 19 La hojarasca anuncia el otoño, refresca. Por las mañanas el invierno lo cubre todo con un manto blanco, y me estremezco sólo de pensar en los meses que vendrán. Por la tarde llega la noticia: ¡ha caído Vilna!⁴⁰⁸ ¡Por fin una alegría!

Lunes 20 Finalmente llega la noticia a la oficina: pasamos a la ofensiva en Serbia. Lo que se desprende del comunicado causa mucha inquietud. Esta vez *tiene* que dar resultado, esta vez hay demasiado en juego, nos jugamos nuestro prestigio. La incursión, una vez iniciada, *tiene que* conducir velozmente al objetivo. Pero los serbios también lo saben. ¡Esta vez es cuestión de vida o muerte, hay que dejarse la piel!

Martes 21 De nuevo el estancamiento. Así cambian de color las emociones en un instante. En el norte, en Volinia, no ha ha-

bido suerte, hemos sufrido un duro contrataque. Los rusos notifican miles y miles de prisioneros austríacos. Tampoco el cerco del Ejército ruso parece ir como imaginaron algunos ilusos de la prensa. Y en Serbia ningún avance. Fue sólo una primera (y contundente) advertencia para Bulgaria. Así transcurren los días, en este eterno vaivén, como hoy, que vuelve a decaer la moral. Pero lo que resulta evidente es que esto es una manera de ajustar cuentas, y son momentos decisivos. La espantosa igualdad de fuerzas pronto quedará atrás: aún recuerdo los nervios que pasábamos en la escuela cuando se acercaba el momento de saber los resultados de los exámenes. Ahora esta inquietud la experimenta todo el mundo. Aparte de eso, no cesan los más variopintos rumores de paz.

Miércoles 22 Bulgaria se moviliza. Casi sería preferible que interviniera un mayor número de efectivos en la guerra para terminar de una vez con este tormento. Cada día nos obligan a adentrarnos un paso más en terreno desconocido, y pese a todo seguimos avanzando. Una tormenta se cierne sobre el mundo entero. Si mañana se produjera la peor desgracia imaginable ni siquiera nos asombraría. La inquietud nos ha consumido de tal modo que en nuestro interior sólo quedan brasas. Soy incapaz de trabajar. Estos días ni siquiera consigo leer a causa de la angustia.

Jueves 23 En respuesta a Bulgaria, Grecia en armas y disturbios en Rumanía. Es un fenómeno que convendrá tener en cuenta en el futuro: el demencial torbellino de la guerra termina arrastrando todo a su paso. Las noticias, inciertas. En el norte, con Hindenburg, la situación está encallada, al parecer los rusos han eludido el cerco; en Serbia, como en Italia, ningún movimiento. La angustia que produce esta calma es peor que cualquier catástrofe.

Viernes 24 Nada especial. Tensiones en todos los frentes. El mariscal de campo Von Mackensen ha hecho una visita casi ostentosa a Viena antes de partir a Budapest. Me resulta sospechoso el anuncio público del ataque a Serbia: en general las sorpresas suelen prepararse con mayor discreción. Por lo visto está pensado para presionar a Grecia, que también se ha movilizado, y dar una advertencia a Rumanía.

Sábado 25 Comienza una escalada titánica, la ofensiva de los franceses e ingleses. Combate simultáneo en *todos* los frentes, ¡desde los Dardanelos hasta el mar Báltico, el mar del Norte y los Alpes! Es espantoso pensar que cada día cuesta la vida a miles de personas, pero parece que el mundo quiere saber por fin hasta dónde es capaz de llegar. Este gigantesco esfuerzo tiene algo de ajuste de cuentas definitivo. Revivimos la inquietud de los primeros días de guerra, ojalá el círculo se cierre pronto.

Domingo 26 Llega un comunicado de Alemania que pone los pelos de punta: después de setenta horas de bombardeos dos divisiones han tenido que emprender la retirada dejando atrás importantes instalaciones. Si no confiáramos en la veracidad de estos informes y en el Ejército alemán estaríamos aterrorizados. De modo que sufrimos un leve temor, una inquietud que, poco a poco, nos va quitando el sueño. Estamos inmersos en el espíritu de nuestros tiempos, en los momentos que marcarán el curso de la historia de la humanidad: sentimos los embates de la tempestad estremecidos. Me temo que las próximas dos semanas darán una nueva forma al mundo. Quién sabe si por fin empezaremos a ver los contornos de una posible paz. ¡Tal vez!

Lunes 27 Parece que se ha superado la crisis en Francia, pero aún no es posible respirar tranquilo. Una amenazadora nube se cierne sobre nosotros.

Martes 28 Continúa la incertidumbre, pero corren rumores de que se ha logrado rechazar la gran ofensiva occidental, aunque a costa de un gran sacrificio de vidas. De Bulgaria no se sabe nada con seguridad.

Miércoles 29 Días de angustia, exactamente igual que al comienzo. Pasamos las horas a la espera de noticias, pero la comunicación con los Balcanes, normalmente tan fluida, parece haberse interrumpido. Mi trabajo está de nuevo bajo mínimos por culpa de los acontecimientos.

Jueves 30 Todo parece indicar que algo no va bien. Por lo visto debíamos emprender la ofensiva contra Serbia al mismo tiempo que Bulgaria, pero la retirada del Ejército de Linsingen lo ha impedido. La derrota en Ternópil fue tal vez un golpe del destino en esta guerra mundial.

Viernes 1.º [de octubre de 1915] Sigue sin estar nada claro. La postura de Grecia resulta cada vez más amenazante. Qué tormento es todo esto, ¡tenemos los nervios destrozados! Es insostenible.

Sábado 2 Se espera en cualquier momento un desembarco en Salónica. Bulgaria parece indecisa. ¡Qué atroces son estos tiempos! Hemos abierto la caja de Pandora.

Domingo 3 No quiero pensar más en la guerra, pero no consigo sustraerme. Siento que me falta el aire y jadeo tratando de recobrar el aliento. Me parte el corazón ver Suiza en el mapa.

Lunes 4 La guerra se prolonga y no se atisba el final. La herida no cicatriza ni se abre, simplemente sigue escociendo. Vivimos días espantosos, ¡ojalá todo me resultara indiferente!

Cuánto envidia a los demás, a los egoístas. Paso la velada con Adelt, que se queja de su trabajo. Él, que es el encargado de crear opinión sobre la guerra, la odia más que sus lectores, a quienes debe adornársela con anécdotas.

Viernes 5 [= Martes] Nada. Paseos. Trabajo un poco.

Miércoles 6 Venizelos ha caído,⁴⁰⁹ Bulgaria amenazada con el ultimátum, por fin se producen acontecimientos decisivos. Es atroz ver cómo se propaga este incendio, pero tal vez sea mejor que el fuego lento de las brasas.

Jueves 7 Vuelve a reinar la angustia de los primeros días de la guerra. Cada hora trae una noticia que desmiente la anterior. Nuestro servicio de noticias es peculiar: nuestros periódicos reciben telegramas de Berlín, el *Times* de Londres informa desde Salónica. Así nos mantenemos informados los austríacos, pese a estar más cerca, lo cual, naturalmente, explica nuestra desconfianza. La severidad de nuestra censura ha provocado mala sangre, y ni siquiera impide que lo sepamos todo, por ejemplo, que Masaryk ha huido a Londres, donde ha aceptado una cátedra universitaria. A mí me da lástima el destino de ese hombre tan honrado.

Viernes 8 La situación se complica cada vez más. Bulgaria está lista para el ataque, Grecia parece favorable a las potencias centrales: más tensión es imposible. En cuanto a Francia, es evidente que empieza a flaquear la confianza inculcada. El clamor general es más moderado. Pero precisamente la escalada del odio impide hacer marcha atrás. En todas partes se habla de la paz, incluso personas tan sensatas como el consejero áulico Frankfurter creen que el conflicto no puede prolongarse demasiados meses. Pero yo no consigo tranquilizarme, no confío en

la rendición de Inglaterra. La verdad es que estoy completamente perdido de nuevo. Esta tensión me destroza los nervios, soy incapaz de trabajar por mi cuenta. Necesito ocho días de tranquilidad en el campo, pero ¿quién no? Habría que calcular el coeficiente de desgaste de las personas para saber cuánto aguante tienen, pero los cálculos realizados hasta ahora son a todas luces insuficientes. Lo más asombroso es la resistencia tanto de los individuos como del conjunto del pueblo, la capacidad de adaptarse a las necesidades de cada momento, que es inmensa. La naturaleza es admirable incluso cuando es destructiva.

Sábado 9 Inquietud, impaciencia, Bulgaria vacila mientras Belgrado cae. Hoy ha llegado la noticia, pero nadie lo celebra: todavía nos persigue el espanto de antaño. Lo que entonces hicimos de más ahora lo hacemos de menos. Ni banderas, ni muestras de alegría, ni artículos patéticos. La gente apenas presta atención a las noticias. Es curioso cómo se ha desvanecido el odio a los serbios, que, desde que intervinieron los italianos, se ha transformado casi en simpatía. Aquí el serbio siempre será recibido con reverencia: se han sabido defender. En realidad, Viena no conoce el odio, tan sólo anhela los placeres, se contenta con vivir la vida. Ni siquiera la guerra nos ha curtido. No ha cambiado nada, absolutamente nada: todo sigue igual.

Domingo 10 Harían falta muchas páginas para describir la singularidad de esta época, pero sin duda lo más extraño es la capacidad de adaptación del pueblo. Hay cuatro millones de hombres en el frente, y una inmensa cantidad de personas han perdido a parientes cercanos, pero en los teatros y las salas de conciertos se agotan las entradas cada día y a los negocios les va viento en popa. Ello demuestra que incluso las emociones más intensas provocan a lo sumo breves momentos de tensión: como un elástico, la sensibilidad humana recobra su dimensión

original. Yo soy uno de los pocos locos que piensa en el conjunto, los demás se han asegurado una posición provechosa, tanto moral como literaria y materialmente. No me entra en la cabeza que, al cabo de un año, pese a la espantosa inflación, la gente *note* la guerra *menos* que hace un año. El año pasado se les echó encima, todo el mundo temía que los rusos entraran en Viena, y ahora que deberían estar abatidos por la duración de la guerra se divierten e ignoran la historia universal, mientras en Serbia e Italia miles de hombres se sacrifican por la patria.

Lunes 11 Bulgaria pasa a la ofensiva, Grecia no se pronuncia, en la Entente se palpa la consternación: Constantinopla se les escapa, y nosotros por fin nos sacamos un peso de encima.

Martes 12 Los acontecimientos se precipitan, pero nosotros o bien los ignoramos o bien somos incapaces de asimilarlos. En cualquier caso, desde mayo, desde la gran ofensiva en Galitzia, han pasado infinidad de cosas en nuestro bando que no serán fáciles de compensar. Tal vez a ello se deba la tranquilidad de la gente, que me resulta inexplicable. ¡Qué diferente imaginábamos el mundo en guerra!

Miércoles 13 Nada importante. Un buen concierto,⁴¹⁰ el otoño y la música me proporcionan unas horas de paz.

Jueves 14 Los búlgaros han pasado al ataque y nosotros tratamos de abrirnos camino a su encuentro. Los serbios están viviendo su hora heroica. Nadie los odia en Austria, al contrario, los compadecemos.

Viernes 15 Vuelvo a tener ánimos para trabajar, pero sufro una y otra vez la maldición de las interrupciones. Y además estoy tan cansado, tan exhausto...

Sábado 16 La situación en el país es espantosa. La lucha con M. por su renuncia,‡ las mentiras, los forcejeos, la terquedad. Y el empeño en no querer entender la época ni lo que requiere. Quizá Francisco José también sea así.⁴¹¹ Es imposible entender de otro modo la historia universal sin recurrir a este tipo de analogías con la vida íntima.

Domingo 17 Avanzamos a toda velocidad. Los búlgaros arrasan a los serbios, porque tienen tropas de refresco, como las que nosotros perdimos hace más de un año, igual que los serbios. Vivimos momentos decisivos, en todas partes se inician ataques muy violentos, pero por lo visto en Rusia tenemos menos suerte. Aquí la indiferencia de la gente es absoluta, ya no nos queda la energía necesaria para celebrar las victorias. Es el terrible efecto de habernos acostumbrado a la guerra. Todos nos preguntamos: «¿Cuándo llegará la paz?», pero nadie tiene la respuesta, tan sólo nos queda el anhelo.

Lunes 18 Los búlgaros continúan atacando. Ya les han cortado el ferrocarril a los serbios, se ha neutralizado el nervio de la movilización. Ahora estamos todos pendientes de lo que ocurrirá, aunque esta victoria no ha producido la menor satisfacción.

Martes 19 Recibo una carta entrañable de Rolland. Estoy más animado. Por suerte la guerra no ocupa todos mis pensamientos, en los últimos días he conseguido leer mucho y sólo buenos libros. En cuanto a mi trabajo, la situación es deplorable: lo he abandonado por completo.

Miércoles 20 Victorias en el frente del sur, donde comienza la batalla de Isonzo. Se supone que la letra de imprenta escrita

con sangre debería alegrarnos. Yo me siento incapaz.

Jueves 21 Da la impresión de que es el comienzo del *Finis Serbiae*. Mientras tanto Grecia y Rumanía siguen alerta. La situación es espantosa, le destroza los nervios a cualquiera. El principal tormento de estos acontecimientos, los más atroces de todos los tiempos, es que su duración los vuelve tan espantosos como monótonos.

Viernes 23 [= 22] Nada relevante. Por la noche, voy al concierto de Richard Strauss.⁴¹² No obstante, su música es demasiado temperamental como para abandonarse a ella, no me permite relajarme y olvidar.

Sábado 24 [= 23] La tragedia serbia, el hundimiento de un pueblo, mientras nosotros aquí nos esforzamos por escribir un verso. La de los serbios es una epopeya de una grandeza insólita en la historia de la humanidad, que reúne en diez años más acontecimientos de los que cualquier nación abarca en décadas. Es una tragedia de proporciones shakespearianas, aunque lo veamos todo demasiado pequeño, minúsculo. La compasión que inspiran es generalizada, mientras que el odio a Italia no ha disminuido al cabo de los meses.

Domingo 25 [= 24] He retomado el trabajo. Monotonía en los asuntos políticos. Me aburren a pesar de preocuparme.

Lunes 26 [= 25] ¡Nada!

Martes 27 [= 26] Todo tipo de avances, aunque nada esté muy claro, salvo en Serbia. Nadie cree en la paz a corto plazo, pero cualquiera que viene de Berlín afirma que para Navidad todo habrá terminado. Alemania siempre tiene consignas para

formar la opinión pública: son disciplinados en todo, incluido el pensamiento.

Miércoles 28 [= 27] Un recuerdo de ayer: el cuarteto Rosé interpretando a Beethoven.‡ La impresión persiste aún hoy. La música me sacude el hollín de los asuntos políticos, de los funestos acontecimientos.

Jueves 29 [= 28] Nada relevante. Mientras escribo estas palabras se libran las batallas más sangrientas de todos los tiempos en los tres frentes, pero uno está ya tan embotado que se atreve a escribir que no pasa «nada en especial».

Viernes 30 [= 29] Una nueva imprudencia de los alemanes: han convertido en mártir a Edith Cavell, una supuesta espía a la que han fusilado en Bruselas. Es un caso lamentable y un tanto turbio, a juzgar por cómo se justifican los alemanes y por la indignación que ha provocado en el mundo entero. Habría sido más que suficiente una condena de diez años de cárcel.

Sábado, domingo, lunes [1.º de noviembre de 1915] (Día de Todos los Santos) Me instalo en Baden. Tranquilidad, paseos. Una única noticia: la caída de Kragujevac,⁴¹³ pero nadie iza banderas como antes. Estamos cansados.

Martes, 2 de noviembre Acabo de enterarme de que ha muerto Johann Kern,‡ un hombre valiente, aunque sin duda un temerario que había dilapidado su fortuna, a quien le fascinaba la guerra porque le permitía recuperar la posición social que había perdido. Estaba herido cuando partió al frente, pero ese tipo de personas viven precisamente de ambiciones. En los últimos días los combates han recrudecido. La gran ofensiva italiana, aunque ha sido rechazada, se ha cobrado sus víctimas.

Miércoles 3 Nada relevante. Las tropas búlgaras se han unido al Ejército y se encuentran estacionadas cerca de Nisch.⁴¹⁴

Jueves 4 He trabajado un poco. Los alemanes atacan a Hesse porque no es suficientemente alemán. Su respuesta es ponderada y elegante:⁴¹⁵ cree que esta guerra lo envejecerá diez años. ¿Y a quién no?

Viernes 5 Nada relevante. Siempre, no obstante, el mismo espantoso recelo.

Sábado 6 Ha caído Nisch, un gran paso hacia delante. Con toda seguridad habremos conseguido contrariar los planes de la Entente, y Grecia y Rumanía hace tiempo que están fuera de juego. En cualquier caso, una nueva prenda en manos de las potencias centrales.

Domingo 7 Trabajo, pero lenta y miserablemente. Es como volar con las alas rotas.

Lunes 8 Continúo escribiendo mi diario por pura inercia, ya que la monotonía intelectual en los últimos días es terrible. Todo el mundo se ha convertido en augur, todos fijan la mirada en un punto del firmamento confiando en vislumbrar una nubecilla de paz. La menor murmuración, la declaración más anodina hecha en cualquier parlamento, se comenta, se vuelve del derecho y del revés y se le saca brillo hasta que alguna de sus aristas lanza un rayo de esperanza. A estas alturas nadie puede concebir que la situación se prolongue indefinidamente. Uno se da cuenta de lo difícil que es vivir sin esperanza. Bastaría con que atisbéramos un puntito de luz al final del túnel en el cual se ha hundido nuestra civilización para volver a hallar consuelo.

Por lo visto la moral de nuestros soldados está por los suelos, todas las cartas que mandan son unánimes. Y los que echaban leña al fuego por fin han sido desenmascarados: ahora hablan de humanitarismo con la boca chica.

Martes 9 Aparte de la carta de Rolland, ninguna alegría.

Miércoles 10 Nada. Unos cuantos miles de prisioneros, unos cuantos cientos de kilómetros cuadrados. Pero eso no hace avanzar ni un centímetro el asunto.

Jueves 11 En el parlamento inglés, el maravilloso discurso de un solo hombre en defensa de la paz.⁴¹⁶ Con cuánta avidez lo han escuchado millones de oídos. Pero no llegan al centenar las voces que le responden.

Viernes 12 Un nuevo signo de que Alemania quiere poner fin a la ocupación de Bélgica: exige al país 40 millones de francos al mes. Eso no se hace cuando se tiene la intención de permanecer. Por desgracia, parece que en esta ocasión el vencido no quiere dejar ir al vencedor. Es evidente que Alemania quiere la paz, pero la Entente no. Sin embargo, da la impresión de que los que más sufriremos seremos nosotros, al menos Austria.

Sábado 13 Nada. Los periódicos son un asco y, sin embargo, los engullimos en cuanto salen.

Domingo 14 Paso la noche en casa de Schnitzler, donde también está Barnowsky. Me admira que algunas personas, sobre todo del teatro, consigan mantener las emociones completamente al margen. Algunos están tan inmersos en su mundo que ni siquiera ven a los demás. Normalmente eso los convertiría

en necios, pero en las actuales circunstancias los hace afortunados.

Lunes 15 Quedo con Egon Erwin Kisch, quien me cuenta cosas terribles del campo de batalla, sobre todo humillaciones. Son atroces y nada puede compensarlas. Y todos, absolutamente todos, tenemos el corazón destrozado. Los tiempos en que los regimientos desfilaban cantando alegremente por la ciudad ¡parecen sacados de un sueño!

Martes 16 Nada. Aumentan los rumores sobre la caída de Görz.

Miércoles 17 Hoy he trabajado bien. He logrado esbozar un acto completo.

Jueves 18 Trabajo bien, avanzo a buen ritmo. Es la única forma de evadirse. Es una pena que a menudo la sensualidad o la apatía me impidan trabajar, ¡qué lástima!

Viernes 19 Trabajo y sigo trabajando, por fin estoy metido de nuevo. Ahora sólo debo ser constante, ¡no abandonar!

Sábado 20 ¡Sorpresa! Me llega de Francia un poemario de Pierre-Jean Jouve con la dedicatoria «*Fraternellement*».⁴¹⁷ No soy capaz de expresar lo que he sentido. Ha sido pura música, algo maravilloso, el sonido de un aleteo desde los cielos. Los versos en sí no son especialmente logrados, pero ¡los sentimientos, la intención, el amistoso saludo!

Domingo 21 Guardia. Trabajo. Lecturas.

Lunes 22 La catástrofe serbia se precipita. Han tenido que retroceder hasta el campo de Kosovo Polje, escenario de una derrota histórica del Imperio serbio. La operación es de una precisión pasmosa y se ejecuta con una exactitud aritmética, mientras que la expedición de la Entente, desconcertada, no sabe en qué dirección avanzar, amenazada como está tanto en la vanguardia como en la retaguardia. Sin embargo, no consigo figurarme del todo una «victoria» de Alemania. En ocasiones, la prisa con la que quieren acabar resulta inquietante. Nunca ha sido más favorable el momento para una paz concertada por ambos bandos, ahora que se anuncian enfrentamientos decisivos en el este y el oeste.

Martes 23 Prosigue el ataque. Acabo de leer un informe† de Schmidtbonn que da fe de toda la tragedia del país. Esta campaña sobre el estiércol y la nieve no tiene precedentes en la historia.

Miércoles 24 Trabajo.

Jueves Nada importante. La gran maquinaria de la guerra sigue en marcha, girando como una rueda de molino que vierte sangre nueva.

Viernes 26 Novedades en la ciudad: el canciller alemán visita Viena y se nombra a nuevos ministros.⁴¹⁸ De lo importante siempre nos enteramos con antelación, se filtra y gotea de manera misteriosa.

Sábado 27 Merienda infantil la víspera de mi cumpleaños,⁴¹⁹ pasamos un muy buen rato.

Domingo 28 ¡Hoy cumpla treinta y cuatro años! Son muchos y, al mismo tiempo, tan pocos. En cualquier caso, son los que tengo. El mejor deseo fue el de un amigo: «Que celebremos tu próximo cumpleaños en tiempos de paz». Por la tarde, Felix leyó su tragedia *Tántalo*,⁴²⁰ una obra maestra, espléndida, humana y de una perfección formal envidiable. Quedamos sinceramente impresionados, e incluso me permití darle un par de sensatos consejos, pero en conjunto es una obra sensacional. Ha sido uno de los momentos más felices de esta guerra.

Lunes 29 La visita del emperador Guillermo a Viena transcurre con la máxima discreción. Sólo un comunicado por la noche (acompañado de un menú francés) sin indicación de hacia dónde continúa el viaje. Todo rodeado del mayor secreto, sin duda desean que la visita pase desapercibida.

Martes 30 Trabajo. Nada importante.

1-8 de diciembre [de 1915] Desde hace días no he anotado nada en mi diario porque estoy totalmente dedicado a mi obra de teatro. Espero dejar concluido en breve el trabajo preliminar, el escenario lo tengo claro: ya sólo me falta el impulso necesario para poner manos a la obra. Mentalmente está todo definido, lo único que me preocupa es si saldré airoso desde el punto de vista formal. El primero de enero quiero empezar sin falta, tal vez necesite cuatro meses para concluirla. No obstante, la incertidumbre de la vida me resulta tan penosa que no sé si lo conseguiré. Por el momento, mi posición en Viena parece bastante segura, aunque las tempestades siempre se desatan cuando el cielo está más sereno. La situación política es cada vez más complicada. Nos hallamos ante un problema paradójico: Alemania se desanima con cada victoria, porque nunca obtiene el resultado deseado, las negociaciones de paz. No sé si la Entente se sugestionaba a sí misma o si hay hechos que se nos esca-

pan, pero lo cierto es que los vencidos están menos cansados, menos desmoralizados que nosotros, a juzgar por el caso de Italia. La intervención de Bulgaria, tal vez haya sido benéfica, pero en absoluto decisiva y, por el momento, ni siquiera ha contribuido a acelerar el curso de los acontecimientos. La cámara italiana, en contra de lo que todo el mundo esperaba, se mantiene firme, de modo que la posibilidad de alcanzar la paz por separado se ha desvanecido indefinidamente. También en Austria el entusiasmo ha ido dando paso paulatinamente a una especie de parálisis. Jamás se había vivido semejante horror.

10 de diciembre, viernes Progresos diarios en Serbia. Ya nadie se alegra de esa espantosa agonía. En Grecia, la situación es tensa y puede dar un vuelco en cualquier momento.

11 de diciembre, sábado He recibido el libro de Rolland,⁴²¹ un verdadero consuelo para el alma. Él también ha perdido toda esperanza frente a este mundo desolador.

Domingo 12 Por fin he disfrutado de los paseos.

Lunes, 13 de diciembre El discurso del canciller del Reich ha sido una gran decepción: polémico, impreciso, insensible, receloso, insatisfactorio y enervante. En respuesta, manifestaciones por la paz delante del Reichstag, además de cuarenta votos en contra de los presupuestos. El proletariado está indignado, según me cuenta [Camill] Hoffmann y cualquiera que venga de Alemania, de hecho. Sólo en Austria no hay protestas. Tenemos nuestro proceso de Kramář,⁴²² muy discreto, por lo demás. No parece que exista el pueblo, ni la justicia, ni el Estado... Más o menos así se vivía en Francia en tiempos de Luis XIV. Todo el mundo se indigna, pero a nadie se le ocurre rebelarse.

Martes, 14 de diciembre Vuelvo a escuchar al cuarteto Rosé. Y, en medio de una obra tardía preciosa—el adagio del opus 125—⁴²³ siento el susurro de un pensamiento íntimo: ¿cómo es posible que en un mundo en el que existe algo tan bello, en este preciso instante los hombres se estén lanzando granadas? Es una pregunta para la que no tengo respuesta, y, sin embargo, al escuchar esas notas celestiales me resultó más inconcebible que la propia muerte.

Miércoles, 15 de diciembre Recibo una nueva carta de Rolland, bondadoso y fraternal. Ah, alcanzar esa perfección espiritual, ¡eso es una meta! He estado trabajando en el texto sobre Gottfried Keller.⁴²⁴

Jueves 16 Trabajo sobre Oberdanch⁴²⁵ para la oficina y mucho para mí.

Viernes 17 La situación actual es indescriptible, será imposible de explicar a las futuras generaciones. El agotamiento y la indiferencia generalizadas, el ideal de solidaridad desvanecido, y no obstante seguimos sufriendo por inercia. Son las autoridades las que temen el final, porque no satisfará a nadie: ninguna reparación podrá compensar las vidas que se han perdido. La misma pasividad fría de los espectadores en Suiza, en Escandinavia..., todos piensan sólo en sí mismos. Únicamente logran evadirse de la tierra unos segundos, supeditar los propios intereses a los de la comunidad durante unos instantes. Luego se vuelve a lo de antes. La humanidad se ha retraído en sí misma, sólo se reconoce en el individuo. La compasión, la indignación, todo se ha templado, lo único que persiste es lo más elemental, los instintos más primitivos, el miedo a morir, oscura sombra del sentimiento más noble, el amor a la vida. ¡Las personas son mucho más honestas de lo que fueron antes en su «belleza»!

Cuánto hemos aprendido de la psicología de masas. Pero a qué precio, ¡a qué precio!

Sábado 18 De pronto todo el mundo aborrece los periódicos. Este odio es en cierto modo la venganza por las esperanzas que les vendieron, es la náusea al despertar de la anestesia. Además, ahora son más exactos, más francos. Por eso resultan aburridos.

Domingo 19 Quedo con Oskar Fried, cuya absoluta seguridad —que admite impúdicamente— me parece fascinante. «Permítanme hablar diez minutos más de mí mismo, ya saben que es lo único que me interesa honestamente». ¡Menudo personaje! Saca provecho de todo, no desprecia nada que pueda servir a su obra. Se codea con los periodistas, halaga a los redactores, pero no lo hace nunca movido por la codicia ni por afán de reconocimiento en un sentido vulgar. Lleva la vanidad al extremo del exhibicionismo (¡me recibe completamente desnudo!) pero, como en el caso de cualquier ambicioso, no hay erotismo, porque es autoerótico. Me recuerda mucho a Lissauer por su talante berlinés, pero tiene la voluntad, la energía, la disciplina y la paciencia innegables para llegar a los setenta en plena forma. Es asombroso cómo en dos días ha conseguido otro podio en Budapest, cómo termina consiguiendo lo que se propone. Le digo: «Tenemos que impacientarnos por los demás, no por nosotros mismos», y el comentario da pie a una conversación interminable, en especial sobre la conducta de Mahler y su bautismo.⁴²⁶ Siempre me anima este tipo de personas capaces de darse de golpes contra las paredes por su obra: sin duda se magullan en el intento, pero terminan atravesándolas.

Lunes 20 Por la tarde, vienen a verme a casa Fried, Stiedry, Specht y Stefan. Mantenemos conversaciones interesantes y animadas. El arte es nuestro único consuelo en estos tiempos miserables.

Martes 21 Estos días antes de Navidad son una verdadera vorágine, sobre todo porque mi criado está enfermo. No doy abasto.

Miércoles 22 En el frente pasan cosas todos los días, pero a duras penas lo notamos, tan sólo llega una ligera presión, una especie de lastre. A la gente la devora el tedio y el agotamiento.

Jueves 23 Recados en el centro, extrañamente animado. En estas fechas, cuando las calles se llenan de gente, la ciudad recupera la apariencia de antes. Pero si se fija uno bien apenas hay jóvenes sin uniforme. Los muchachos se han convertido en una rareza, pero nos daremos cuenta cuando regresen.

24 Nochebuena. Guardia. Escribo cartas, me pongo al día antes de que termine el año.

25, 26 Fiestas de Navidad lánguidas e inquietas. Militarmente la situación es mil veces mejor que el año pasado, casi deberíamos salir a celebrarlo a la calle, pero hace un año la gente estaba mucho más eufórica. Hoy la miseria ya ha hecho mella en muchísimos hogares y la tensión, sobre todo en el frente, es prácticamente insoportable. Apenas salgo de casa. No me alegra ver a la gente inmersa en la rutina, y aún menos de buen humor, me pone enfermo. Rilke viene a verme: ¡qué tragedia lo de París!⁴²⁷

Lunes 27 Nada. Las operaciones militares ya no tienen ninguna importancia. El fantasma del servicio civil obligatorio planea sobre Inglaterra: es un acontecimiento histórico tal vez más beneficioso para la paz que todas las batallas. Pero ¿qué sabemos nosotros desde aquí?

Martes 28 Mi padre cumple setenta años y lo celebramos en pequeño comité, sin ninguna gracia ni emoción. Es evidente lo aislado que está del mundo en que vivimos. Tal vez también yo seré así algún día. La gente puede decepcionarte y a veces incluso entiendo a mi padre, sé que es mayor, pero no querría volverme como él.

29, 30 Dolor de muelas, tengo una fístula. Me quedo en cama, incapaz de concentrarme en nada que no sea el dolor. Una pequeña intervención.

31, Nochevieja Un fin de año tranquilo, sin celebraciones. Naturalmente, la gente ha salido a la calle. En Viena incluso saldrían a contemplar el fin del mundo. Divina y eterna frivolidad, la mejor muestra de la absoluta indiferencia incluso en tiempos de guerra. Tal vez es mejor eso que tomarse trágicamente esta farsa, así al menos duermen tranquilos.

Sábado 1.º [de enero de 1916] Año Nuevo. Para celebrarlo me dan permiso hasta el 6. Trabajo en mi pieza dramática tanto y tan bien como puedo. También me rondan por la cabeza algunos poemas. Sea como sea, tengo que trabajar, ése es mi propósito para el nuevo año. Aquí estamos todos desmoralizados. Por lo visto, el giro en Berlín es trágico. Es como cuando un corredor está a punto de vencer, muy por delante de los demás, y siente que se le cierra la garganta y, temblando, teme desplomarse antes de la meta. Éste es el efecto que causa la angustia y la presión sobre los alemanes. Nadie es capaz de imaginarse el final, resulta incluso inconcebible.

Domingo 2 Trabajo en silencio. Qué bien sienta tener tiempo para uno mismo. Por primera vez siento que vuelvo a ser yo del

todo y profundamente.

Lunes 3 Trabajo, aunque con una interrupción para visitar al dentista. Este dolor me invade hasta lo más hondo de mi ser. Sólo pensar en él me deja exhausto.

Martes 4 Trabajo y sigo trabajando. Qué suerte poder hacer por fin lo que quería. ¡Y estar libre, sin ataduras, completamente libre! ¡Parece un sueño!

Miércoles 5 He hecho de todo. He leído mucho, lo cual me ha permitido evadirme del mundo, de las discusiones interminables que me paralizan. Cuando hablo, lo hago exclusivamente para aclarar algo. Recibo carta de Rolland, bondadosa y clara, como siempre.

Jueves 6 Día de Reyes. Último día de permiso, y como tal lo siento y lo disfruto. ¡Mañana, vuelta al servicio!

Viernes 7 Trabajo, reuniones y dentista. Una existencia insignificante y mezquina. Que se acabe todo. Ahora soy yo el que da ánimos a los demás. ¡Hago el papel de Jeremías! ¡Ojalá pudiera escribirlo!

Sábado 8 Paso la velada con Lia Rosen. Es un prodigio de ingenuidad, una tragedia de opereta. Me habla bastante de Rilke.

Domingo 9 He dictado una cosa (Heine)⁴²⁸ y he salido a pasear. Nada importante en el mundo.

Lunes 10 Nada. Dentista y poco más.

Martes 11 Trabajo un poco y recibo una carta de Jouve llena de bondad y fraternidad. Cuánto añoro a veces Francia, ¡a pesar de todo!

Miércoles 12 Por la tarde he ido a escuchar el *Réquiem* de Mozart.⁴²⁹ Después, he leído largo rato su biografía, cosa que habría que hacer siempre, después de escuchar cualquier gran obra: hay que volver a la persona, para aprender. Y por la noche, de forma totalmente inesperada, la caída de Lovćen, que parecía una fortaleza inexpugnable.⁴³⁰ La primera gran victoria puramente austríaca, un golpe de gracia a Italia y, sobre todo, una prueba de nuestra fuerza militar, ya que tanto los rusos en el norte como los italianos en el sur atacan nuestras líneas. Por desmoralizados que estemos, podemos volver a admirar esta gesta sin reservas. El pueblo, sin embargo, ha olvidado en qué consiste alegrarse. De hecho, ya no queda nadie capaz de hacerlo. Pero, aun así, es un rayo de sol entre los nubarrones del desánimo.

Jueves 13 Trabajo. Voy a casa de Viola [Neumann],‡ llena de gente, y pierdo el tiempo en flirteos y tonterías.

Viernes 14 Hemos tomado Cetiña. Por fin vuelven a ondear banderas en los tejados. Sienta bien verlas, aunque sólo sea porque se hace justicia, pues la ciudad era el centro de la megalomanía, la pústula de la altanería. Los hombres a los que envían a morir terminarán rebelándose contra sus dirigentes, contra sus reyes: ésa es mi esperanza, más firme cada día.

Sábado 15 Vienen a casa la señora Von Hattingberg y unos amigos. Pasamos una velada tranquila. Últimamente donde mejor me encuentro es en casa. Las riñas familiares continúan, pero no me afectan en absoluto.

Domingo 16 Trabajo y recados. Naturalmente no es un trabajo sincero, apasionado: me siento demasiado cansado para trabajar con ahínco. [-] Por la tarde, de improviso, viene a verme Rilke. El servicio lo ha afectado mucho,⁴³¹ apenas puede hablar. Le trae recuerdos de infancia: «Ya me destrozaron la vida una vez, y cuando creía haberme recuperado, recibo un nuevo golpe». No lo tratan bien, la protección que ha recibido lo ha perjudicado porque viene de personas influyentes. Me gusta tanto su rostro pacífico y enfermizo: pese a que no es bello, resulta conmovedor como el de un animal manso. Su mirada es tan seria y serena, y habla con tanta sencillez. A Rilke la guerra lo atormenta muchísimo, quizá más que a todos nosotros. Por lo visto, sus manuscritos se han perdido definitivamente. [-]

Lunes 17 En plena inspección llega la noticia: Montenegro ha depuesto las armas e iniciado negociaciones de paz. Por primera vez oímos la palabra *paz* y suena maravillosamente. Por primera vez en mucho tiempo nos atrevemos a tener esperanzas, a confiar en que tal vez este acontecimiento prepare el terreno para la concordia mundial. Ha bastado esa palabra para alegrarnos el día.

Martes 18 Las casas están de nuevo engalanadas con banderas. El sentir general es que, de algún modo, Italia debería desempeñar un papel en esta capitulación, que esto no es más que el comienzo de una gran campaña en favor de la paz. La impaciencia es madre de la esperanza, el deseo hace realidad los anhelos más audaces. Corren rumores por toda la ciudad, pero ni siquiera me atrevo a crérmelos.

Miércoles 19 Seguimos sin saber nada con certeza, pero la inquietud ya es generalizada. Hoy ha venido Rilke de nuevo. Ojalá pudiera ayudarlo...

Jueves 20 Por lo visto la situación en Montenegro no está del todo clara. Quizá nos hayan engañado; en cualquier caso, la capitulación se está llevando a cabo muy lentamente.

Viernes 21 Los comunicados del extranjero también presentan la rendición de Montenegro como una estratagema militar. Pero lo más importante es que las tropas han avanzado sin derramar sangre y se han ocupado todos los puertos. Hoy han llamado a filas a mi criado Josef, un anciano canoso y enfermizo. Ha sido terrible verlo partir.

Sábado 22 La moral está por los suelos, todos presentimos que la guerra se eternizará, ninguna victoria puede ser un anuncio del final, al contrario, desata siempre nuevos rencores en el enemigo. También en Alemania están abatidos. Nadie sabe qué aportan las pequeñas victorias, y aumenta la sensación de impotencia.

Domingo 23 Voy a Baden con Schnitzler y pasamos un día muy agradable. Hablamos de temas muy personales. Está atravesando un mal momento, su obra no progresa y se da cuenta.

Lunes 24 Shkodër tomada por los austriacos. Pero nadie lo celebra, porque sólo servirá para debilitar la retaguardia. Empezará la crisis. El Ejército me reclama.⁴³² Nervios y resistencia.

Martes 25 Todo el mundo está nervioso. Hacemos lo que podemos. Hans Müller implora de rodillas, pero no sé si servirá de algo. Ciertamente, éste es un momento decisivo de mi vida. Por la noche, escuchando el programa[†] del cuarteto Rosé, olvido todos mis males.

Miércoles 26 Hans Müller parece haberlo logrado: ha convenido al capitán de realizar una operación que, esperemos, sea exitosa. Está con nosotros Rainer Maria Rilke, a quien he conseguido alegrarle el día al informarle de que Rolland ha logrado salvar una parte de sus manuscritos.

Jueves 27 Avances en Albania que, sin embargo, supondrán nuevas etapas. Nos estamos desangrando a fuerza de sacrificar hombres. A mi criado, al que llamaron a filas, no volveré a verlo nunca. Todo el mundo al que alistan desaparece. Por la tarde voy a casa de Messchaert, y luego mantengo una discusión con Feld. Siempre pierdo los estribos.

Viernes 28 He oído algunas conversaciones, la gente está amargada y discute. Los discursos que se han oído en el Parlamento de Hungría han exasperado a la opinión pública. Es evidente que los húngaros ya no tienen interés en la guerra desde que han conseguido su objetivo, que era Serbia. A eso se suma el proceso Kramář: a nosotros nos falta precisamente unidad interna, y sin duda la guerra no la favorecerá. Por la noche me quedo en casa y procuro trabajar.

Sábado 29 Con el mes concluyen también las visitas al dentista (que me impidieron trabajar) y espero que también concluya la crisis militar. Por la noche vuelvo a casa de Messchaert, ¡una velada estupenda!

Domingo 30 Hoy he haraganeado todo el día. La situación política roza lo intolerable. Si algo está claro a estas alturas es que los perdedores de esta guerra serán todos los países europeos, y Estados Unidos y Japón, los vencedores. Pero es precisamente esta espantosa evidencia, que nadie quiere reconocer, la que convierte cada semana que pasa en un tormento. A eso se suma

el odio creciente entre las personas de mi entorno. Ya no me atrevo a ir al barbero: desde que lo llamaron a filas su mujer me mira de un modo que no puedo soportar. Los corroe la envidia y el odio, incluso amigos como Resb.[‡] parecen completamente transformados desde que los han llamado a filas. Los mismos que antes charlataneaban sobre el voluntariado parecen hoy otros. El ambiente es irrespirable a causa de los malos instintos y, como el gorrón que teme el momento de pagar la cuenta, todos anticipan la hora con espanto y tratan de posponerla una y otra vez.

Lunes 31 Trabajo un poco. Por la noche acudo por primera vez al teatro a ver la obra de Sil-Vara.⁴³³ Me resulta sencillamente insoportable y no entiendo el fenómeno espantoso de los teatros y cines llenos noche tras noche. Todas estas personas deben de tener familiares, o amigos, en el campo de batalla, aunque sólo un círculo reducido puede permitirse pagar a diario las caras entradas. En esta guerra la gente cada vez me parece más rara, más incomprensible.

Martes, 1.º de febrero [de 1916] ¡Los zepelines sobrevuelan París! Estoy dispuesto a aprobarlo, porque precisamente en Francia es donde el espíritu bélico tiene más fuerza. Sin embargo, no entiendo que afecte a personas «inocentes». Claro que, para mí, todos son inocentes, estén o no armados.

Miércoles, 2 de febrero Día festivo. Ahora disfruto plenamente los festivos y los celebro al máximo durmiendo y sin hacer nada. Me faltan fuerzas para trabajar.

Jueves 3 Últimamente hablo a menudo con Rilke. Sobre Bélgica piensa lo mismo que yo, también a él le ha hecho perder todo el entusiasmo este comienzo. Es un hombre que, para traba-

jar, necesita evadirse de la vida, y sólo puede avanzar si renuncia a conversar, a escribir cartas y a prodigarse. Seguramente ello explique también su divorcio.⁴³⁴ Ha decidido sacrificar una mitad de su vida para poder consagrarse a la otra. Desde luego, no existen soluciones intermedias en estos asuntos cruciales. Humanamente, aprecio muchísimo su integridad. Me resulta conmovedor verlo sufrir por tener que escribir sobre la guerra. Su conciencia lo hace de una perfección ejemplar.

Viernes 4 Voy al dentista y al volver me resulta imposible hacer nada. Los rumores sobrevuelan la ciudad como negros cuervos. ¡Rumanía y Estados Unidos!

Sábado 5 Todo es penumbra. Nuestra campaña militar, que parecía asegurada, vuelve a nublarse. Pero ni siquiera soy capaz de sentir miedo, ni ninguna otra emoción intensa, tengo los nervios destrozados. En los últimos días hemos agotado todas nuestras fuerzas y tendrán que pasar meses para recobrarlas.

Domingo 6 Se ha publicado mi viejo artículo sobre Estados Unidos,⁴³⁵ por suerte de forma anónima. Todas esas cosas ya no me gustan.

Lunes 7 El asunto en el Archivo de Guerra se ha resuelto favorablemente, por lo menos en la medida en que es posible afirmar algo así en los tiempos que corren. Para mí es un nuevo estímulo para volver a trabajar, aunque ya no confío demasiado en mis nervios. En todo caso, he empezado a dictar mi novela corta.⁴³⁶

Martes 8 En el ámbito político ocurre poca cosa, o más bien nada. Para la moral esta pasividad es peor que una derrota, puro veneno para los nervios. La catástrofe fortalece, estimula la

resistencia, mientras que este estado de letargo nos va corroyendo día a día. Ya nadie es capaz de leer los periódicos, y en el frente los soldados se mueren de aburrimiento: toda la grandeza y la seducción de la guerra, lo que resultaba atractivo y arrasaba a combatir, se ha perdido en esta existencia vacua. De hecho, no hace sino empeorar la situación de Alemania, todo el mundo coincide en que Austria es paradisiaco en comparación con el Reich. Al fin y al cabo, nosotros hemos logrado alcanzar el objetivo nacional por el que iniciamos la guerra, Serbia y Polonia, y en adelante sólo tenemos que mantenernos firmes, mientras que las victorias de Alemania no les han reportado nada positivo. Paso la velada con Leo Greiner, que estuvo de teniente en Doberdò:‡ es el único poeta austríaco que ha estado realmente en el campo de batalla.

Miércoles 9 De todo y nada. Los días pasan.

Jueves 10 Trabajo.

Viernes 11 Inspección y más trabajo. ¡Qué poco avanzo en tantas horas! Todo se me hace una montaña.

Sábado 12 Por lo visto el asunto de Estados Unidos se ha resuelto, aunque todas las noticias son fragmentarias. Además, como no leemos la prensa extranjera regularmente, desconfiamos de por sí. Sólo nos muestran el lado bueno de las cosas, como las manzanas que se exponen con una mitad envuelta en papel para ocultar la parte picada.

Domingo 13 Cuánto disfruto de los domingos. Soy un perezoso, pero ¡cómo disfruto de esta libertad! Quizá me ha ayudado a valorarla el trabajo forzado, que ya dura demasiado, para todo hay un límite.

Lunes 14 Viene a verme a casa Margit Steiner, que hace un tiempo me mandó unos poemas muy bonitos. ¡Es curioso cómo se sincera la gente conmigo! Me habla de su vida, desde los días en un internado hasta su matrimonio con un oficial celoso que la controla día y noche sin ofrecerle nada a cambio, un hombre con el que vive en el campo, completamente aislada, tanto que se sintió afortunada de padecer una afección pulmonar, porque la enfermedad le permitió pasar unos meses en Montreux. La guerra, gracias a la ausencia de su marido, también ha sido para ella una bendición, aunque no sé si se aprovecha demasiado. Me da la impresión de que no, pero la soledad la ha ayudado a encontrarse a sí misma y le resulta maravilloso. Cuántos deseos oculta la silenciosa vida burguesa, tan plácida en apariencia, y qué presuntuosa me parece la mía cuando descubro lo poco que tienen otros, mientras que yo malgasto tanto. Me ha conmovido mucho...

Martes 15 Comedia en la oficina. Esta tarde el rey de Bulgaria [Fernando I] ha visitado el Archivo de Guerra y una enorme multitud se ha congregado para saludarlo, pues cada apretón de manos de uno de estos reyes Midas equivale a recibir una condecoración. El teniente Paldeis,‡ para hacer que Schönthal‡ saliese de la habitación, le ha dicho que su tía había llamado ya tres veces por teléfono, después de lo cual ha conducido al rey a la sala de proyecciones por una puerta trasera y los demás, decepcionados, han tenido que verlo por la mirilla; frustrados por la espera, no les ha quedado más remedio que contemplar furiosos cómo, deshaciéndose en elogios, despedían al rey sin que ellos hayan tenido ocasión de poderse acercar a él. *Difficile est, satiram non scribere.*⁴³⁷

Miércoles 16 He dictado el artículo «La torre de Babel»⁴³⁸ para la revista suiza con la que Rolland me invitó a colaborar. Creo

que me ha quedado muy bien. Ya en casa, toda clase de asuntos que me hacen perder el tiempo y me irritan. Hoy ha partido a Tropau⁴³⁹ mi buen criado Josef, después de que lo declarasen apto para el servicio en el campo, sin armas, lo cual es una suerte, al fin y al cabo. Espero que el pobre, que es inteligente, sepa desenvolverse.

Jueves 17 He terminado de dictar la novela corta. Ahora quiero centrarme en mi mundo interior, el exterior me resulta cada vez más incomprensible. Europa se encuentra sumida en la mayor pobreza que ha conocido mientras que todos los Estados que participan en la guerra nadan en la abundancia. Los teatros y los restaurantes llenos de bote en bote, un placer que, no obstante, es en parte forzado, porque le falta la alegría serena. Por mi parte, ya casi no salgo, porque sólo sirve para que vuelva a casa asqueado.

Viernes 18 Llega una amarga noticia de la guerra: los rusos han tomado Erzurum,⁴⁴⁰ la principal fortaleza de los turcos. Ésta es la primera gran victoria en mucho tiempo y muestra la peligrosa reorganización de las tropas del zar. Pronto se desatarán las carnicerías más cruentas en todos los frentes. Los indicios se multiplican día a día. He vuelto a trabajar en mis cosas, aunque no lo suficiente, pero estoy tan exhausto que por poco que haga me siento dichoso.

Sábado 19 Nada importante. He terminado mi novela corta, sólo me falta revisarla.

Domingo 20 Hans Margulies‡ ha regresado del frente. Es extraño lo poco que cuentan ahora los que han combatido. Con Steiff‡ pasa lo mismo. O quizá es que todo lo que cuentan ya lo sabemos. Los corresponsales de guerra lo han divulgado todo.

Lunes 21 Recordatorio: el sábado vino a verme a casa Rilke. Pasamos horas hablando y ahora entiendo mejor su propósito. Después de su período musical, quería modelar la realidad. Todo, lo que fuese. Se impuso tareas: «Carrusel» y «La pantera» son algunos ejemplos. Ahora sólo quiere crear desde una visión íntima, pero con la misma intensidad. Por eso también ha renunciado a viajar. Con qué fervor miró mis manuscritos, se lo toma todo con mucho interés. Para él no existe la indiferencia, todo es importante. Juzga y valora cada cosa por separado, según sus propios valores.

Martes 22 Con Schnitzler en casa de la esposa del consejero aulico Zuckerkandl. Pese a todo, hemos terminado hablando de la guerra. Siempre acaba saliendo el tema y cuando ocurre ya no hay forma de hablar de otra cosa.

Miércoles 23 Llegan noticias de Alemania sobre graves problemas de abastecimiento y descontento general. Creo que pesa la inminencia de la tormenta, que retumba cada día con más fuerza en el frente occidental.

Jueves 24 La inquietud en el frente occidental coincide con nuestra ofensiva en Durrës.⁴⁴¹ Y, para colmo, el discurso devastador de Asquith.⁴⁴² Su frialdad y su intransigencia ponen los pelos de punta, qué manera de aferrarse a su opinión, como si no lleváramos dieciocho meses de guerra ni los alemanes hubieran ocupado Bélgica y territorios de Francia.

DIARIO DE SUIZA

(13 DE NOVIEMBRE DE 1917 - FEBRERO DE 1918)

Martes, 14 [= 13] de noviembre [de 1917]⁴⁴³ Parto de Innsbruck por la mañana, naturalmente con retraso, aunque sólo lo anuncien como inevitable cuando ya estamos en el tren. Antes de cruzar la frontera, los pasajeros se inquietan, pero sin asomo de romanticismo. La atmósfera misteriosa de los mensajeros y los diplomáticos ha dado paso al griterío de los fabricantes y los viajeros judíos; el control se prolonga dos horas, lo cual me permite visitar Feldkirch, una ciudad preciosa con diversos campanarios. Y después, la ceremonia, en mi caso muy rápida, pero en el de algunas damas no tanto. Finalmente, cruzamos la frontera en un vagón oscuro apenas iluminado por una lamparita de petróleo, el único que va de Feldkirch a Buchs. En un trayecto donde antes circulaban sin parar trenes rápidos, ahora pasan a cuentagotas. Como al llegar a Buchs ya no hay ninguna conexión ferroviaria, me veo obligado a pasar la noche en un hotel de mala muerte con escaleras que crujen y lleno de imbéciles,⁴⁴⁴ pero exactamente lo mismo le toca a la princesa con su séquito. Es como en los tiempos de las diligencias, cuando se rompía una rueda. La comida, hay que admitirlo, es abundante, pero la sensación de libertad se esfuma a causa de las largas horas de viaje y espera.

Miércoles, 15 [= 14] de noviembre El tren de Buchs a Zúrich sale a primera hora de la mañana. El trayecto, que pasa junto a montañas cubiertas de niebla y junto al lago de Walen, es bonito, y mantengo interesantes conversaciones con el doctor Kunwald,‡ un auténtico europeo que me cuenta sus peripecias en Brasil durante la guerra y su insólita travesía. Al mediodía llego al encantador Hotel Schwert de Zúrich,⁴⁴⁵ antiguo y nuevo a la vez. Después de comer pasa a recogerme Lothar. Va-

mos al consulado y luego a la exposición de los impresionistas,⁴⁴⁶ de una riqueza impresionante, de una exuberancia pictórica insólita. Después, al café Odeon,⁴⁴⁷ la patria de los refractarios, revolucionarios, desertores. Allí están Trog, un suizo probo y aburrido, un par de alemanes pangermanistas, aunque bastante pusilánimes, Paul Ilg, que me gusta pese a su laconismo, Wolfgang Heine y Wedekind. Heine es un afable profesor socialdemócrata, un hombre moderado y cauto. Cuando le pregunto por el trato dado a Liebknecht responde con evasivas, asegurándome que «en su momento» lo intentaron, que trataron de «intervenir»... En suma, pocas firmeza y convicción, una escena lastimera. Ceno con Wedekind y Ehrenstein. Wedekind habla largo y tendido de la vieja Zúrich: la de hoy tiene mucho en común con la de 1848, cuando se convirtió, para bien o para mal, en la capital intelectual del mundo.⁴⁴⁸ Hoy lo es más bien a su pesar, no sólo por la cartilla de racionamiento del pan,⁴⁴⁹ sino también por la superpoblación artificial y las tensiones que padece la ciudad. A eso se suma el encarecimiento de la vida y la preocupación de que la guerra también los acabe arrastrando a ellos. Después Ehrenstein me habla de muchas otras cosas, sobre todo de su historia de un hermano,⁴⁵⁰ que me parece absolutamente fantástica, como todo lo que ocurre aquí.

Jueves, 16 [= 15] de noviembre Por la mañana salgo a pasear por la ciudad. Las tiendas llenas a reventar de productos, casi obscenamente para nuestra mirada desacostumbrada, pero, en el fondo, qué poca importancia tienen todas esas cosas. Al mediodía, una conversación con los Giustiniani me devuelve a Viena por unos instantes; después paso el rato en un café con Leonhard Frank. Tiene un rostro parecido a Savonarola, y un aire a Kainz, rasgos duros, ojos vidriosos de mirada gélida, y tartamudea un poco cuando se pone nervioso. Es de una maldad fría, muestra la soberbia del fanático radical. Me habla de su libro, que quiere publicar en Alemania para acelerar la revo-

lución que tanto ansía y espera que se produzca en cuatro años.⁴⁵¹ Tiene un odio ciego a Alemania, estrecho de miras pero productivo. Le prometo visitarlo mañana. Todavía consigo ir a ver a Rubiner, que tan bien me cae. Discuto con los pacifistas intransigentes del café, que, desde su posición de seguridad, consideran que los «del otro lado» no hacen lo suficiente. Rubiner entiende la diferencia entre su despreocupación y la angustia moral de los otros, y admite que la causa no suscita solidaridad y que cada cual se atiene a su opinión. Mantenemos conversaciones muy importantes y decisivas sobre determinados temas. Es una persona muy abnegada, sacrifica los ahorros que le quedan para la revista.⁴⁵² Me opongo a su discurso del odio. Por fortuna es un hombre con el que es posible hablar. Me parece importante lo que me cuenta de Rolland, que padece la falta de tacto de los alemanes: buscan al «hermano universal» en provecho de sus ideas. También me parece bella la idea de que Francia tiene una tradición de revolución intelectual, mientras que Alemania empieza a buscarla ahora. Después, voy a ver la obra *Castillo Wetterstein* de Wedekind,⁴⁵³ anticuada, simplista, pretenciosa y torpe, y él mismo, como actor, lamentable. Una vergüenza para la época, que ya siento vibrar en mi interior después de tan sólo una pocas horas de libertad.

Viernes, 17 [= 16] de noviembre Paso la mañana con Oskar Fried, que se aloja en nuestro hotel. Parece cansado y profundamente triste, ha perdido el talante descarado y pícaro que lo caracterizaba. Está desmoralizado, la decepción por el fracaso de la tentativa de paz de agosto lo ha dejado muy abatido.⁴⁵⁴ Curiosamente, lo que de lejos se percibe en Suiza como libertad, aquí se ve de forma muy distinta. Es como si estuvieran sentados en la aguja de un campanario, aislados, distantes, perdidos en cierto modo. Esta pequeña porción de territorio también es una cárcel. La vida intelectual tiene aquí algo robinso-niano. Después, voy al teatro a ver a Reucker. Vagas promesas,

sin comprometerse, y yo no me animo a insistirle. Al terminar quedo con Leonhard Frank, con quien mantengo una animada conversación que termina volviéndose amarga y bronca. Él reivindica la revolución, yo le respondo que exigir el sacrificio de otros me parece despreciable, ya que la revolución se paga con sangre. Le pregunto qué es más importante para él: la paz inmediata sin la victoria que reclama (revolución y cambio de régimen en Alemania) o el triunfo de sus ideas después de tres años de guerra. Cuando me contesta que prefiere tres años más de guerra, me rebelo contra el autoritarismo y terminamos poniéndonos groseros. Le pregunto qué hace él, qué sacrifica, qué peligro corre, y me responde que está preparando la revolución. Le reprocho que eso es lo mismo que hacen los belicistas, que también recurren a la guerra, a la muerte de los demás, para defender sus ideas. Se burla de mí por anteponer la vida al espíritu, a lo cual le respondo que la vida es lo único que puedo sacrificar y le pregunto por qué no se va a Alemania. Me repugna ese odio ciego que, no obstante, no corre ningún riesgo, ese fanatismo gratuito en nombre de ciertos conceptos teóricos, pese a que admiro mucho su obra. Sin embargo, su delirio le hace perder la razón y tacha a «los vieneses» de apáticos, generalización demasiado simplista que me apresuro a discutir. De golpe veo con claridad lo irreal que es este comfortable fanatismo que tan rentable resulta en estos momentos y que, pese a ser sincero, se basa en una mentira. Nos separamos con cierto resentimiento y será difícil que volvamos a hablar. Friedrich Adler les da mil vueltas, tanto por sus actos como por su espíritu. Ahora me doy cuenta de que cualquier forma de aislamiento es una traición; los revolucionarios, los inmisericordes del café Odeon de Zúrich, son uno de los capítulos más tristes de la guerra mundial. Ajustar cuentas con ellos es un deber. Después, ya un poco más tranquilo, me reúno con Fried, y luego con Korrodi y Kesser. Discutimos sobre la raíz de todos estos asuntos: la falta de tacto (activistas que publican a [André] Suares para demostrar su pacifismo!), tan lamentable como la pro-

paganda. Kesser me proporciona un buen símil para la gente de la propaganda al decir que hablan sin parar como los locos, sin tener en cuenta si lo que dicen interesa a los demás. Por la noche paso cinco horas con Fritz von Unruh. Se lo ve más robusto, a primera vista casi parece lozano, pero tiene los nervios destrozados. Apenas puede caminar después de haber pasado veintidós semanas en cama y lleva guantes porque le supuran las manos. De cinco hermanos es el único medianamente sano. Me parece admirable la severidad con que habla de quienes se andan con medias tintas (¡Rathenau, Hauptmann!). Es terrible todo lo que le ha tocado vivir: Bélgica, el Marne, Verdún, Rusia... Lo ha recogido todo en un diario de seis volúmenes que, si se publica, será el documento más escalofriante de la guerra.⁴⁵⁵ Nos entendemos completamente. Él también es consciente de que la vida lo es todo, el único bien supremo, y de que el único pecado supremo contra el espíritu es atentar contra ella. De su vivencia más profunda sólo le ha quedado una cosa: la vida, que, gracias a un milagro, ha salvado de cien infiernos. El heroísmo de haberlo apuntado todo, aun exhausto en medio del combate, es un acto de altruismo que servirá a las futuras generaciones. Me siento profundamente conmovido—un sentimiento que sólo me inspiran las personas genuinas—cuando contemplo sus ojos imperturbables, rodeados de unas oscuras ojeras, y volvemos a sentirnos muy unidos, como hace diez años en el Tiergarten de Berlín. En momentos como ése toda la vida espiritual (gracias a la verdad) se convierte en una comunión increíblemente fácil. Es un milagro que nunca deja de extasiarme.

Sábado, 18 [= 17] de noviembre Por la mañana, trabajo, correspondencia y telegramas, y recibo una buena noticia de Rolland. En todas sus cartas arde la llama de la amistad. Después, recados: la biblioteca, la librería de viejo, que resulta ser de un antiguo conocido de la piazza di Spagna de Roma. Así, estando

en Suiza, siento la resaca del mundo de ayer. Al mediodía, con Wedekind, que viene a verme al hotel, y por la tarde, una breve cura de soledad, que ya estaba necesitando. En el Museumsverein leo los periódicos y las revistas: unas cartas magníficas de Baudelaire y el *Corriere della Sera* de los días del horror. Luego viene a recogerme Lothar y vamos al club del Círculo de Lectura de Hottingen.⁴⁵⁶ Un bullicio de hombres barbudos sentados frente a las mesas servidas, y, en el centro, Wedekind, que lee pasajes de sus obras en un ambiente distendido y, sin embargo, cargado. Me doy cuenta de lo ridículo que es dedicarse a la creación, pero por suerte no se me acerca nadie. La terquedad, la frialdad, la grosería y la falta de tacto de estos suizos me resulta insoportable: no es que espere uno que lo reciban con los brazos abiertos, pero al menos sí alguna invitación a conversar que anime a abrir la boca. Comprendo perfectamente la precaución hostil de los suizos: han sufrido demasiado a menudo la falta de tacto alemán, pero la terquedad con que se aferran a sus convicciones me deja pasmado. Me parece horrible el carácter pequenoburgués que descubro en este país, el espíritu de pigmeos, la aproximación al arte tan erudita y llena de nociones sobre el deber, esta nación de rácanos, estas asociaciones de filisteos donde individuos como Wiegand⁴⁵⁷ ¡llevan la voz cantante! Ya entiendo por qué en este círculo de gruñones, donde anodinos versificadores se leen entre sí sus poemas, el viento de Europa parece una peligrosa corriente de aire, pero qué vergüenza que nosotros nos rebajemos de ese modo. Me alegra que mi orgullo no me permita acercarme ni un paso a estos jóvenes tan tercos. No quiero caer tan bajo, el asco me lo impide. Por la noche quedo con la señora Albert delante de los reflejos del Limmat: tristeza infinita y desconcierto en este campanario de una Europa que pronto quedará anegada en sangre. La verdad es que, pese al chocolate y las botas de piel, este país me sigue pareciendo una tortura.

Domingo, 19 [= 18] de noviembre Por la mañana trabajo, y luego me reúno con Rubiner, que pese a su extremismo sigue siendo tratable. Me explica su maximalismo: exigir el máximo para generar terror. Una simple revolución no asusta a la burguesía, al contrario, incluso la desea, pero hay que anunciar una que la asuste. No obstante, es difícil ser coherente a nivel personal. Le pregunto por las condiciones materiales de existencia y me responde que consisten en limitarse a lo mínimo, y lo mismo vale para los dirigentes. Pero me muestro implacable y le pregunto cómo podrán formarse entonces personal y culturalmente, y le hablo de los peligros que ello comporta. Ayer estalló un motín en las fábricas de munición que causó cuatro muertos y numerosos heridos:⁴⁵⁸ los suizos están hartos de los extranjeros que soliviantan el país, y se habla de la expulsión de tales indeseables. Pese a todo, el anhelo de justicia de Rubiner no lo tienen los fanáticos. Al mediodía voy a casa de Lothar, que vive en la parte alta de la ciudad, desde donde se ve el lago a lo lejos rodeado de montañas. Lothar es un pobre lunático que batalla con sus preocupaciones, extravagante y despistado, pero muy buena persona; su esposa, una mujer mayor un poco indiscreta, pero también bondadosa (¡una gran debilidad por lo de siempre!). Después paso un rato con un grupo de gente aburrida, que al menos me permiten asomarme a la sociedad suiza y pasar una velada tranquila. Ceno muy bien y vuelvo a casa de buen humor. No tener que preocuparme de las pequeñas cosas, estar libre de minucias, me sienta muy bien.

Lunes, 20 [= 19] de noviembre Por la mañana, recados y otras menudencias. Al mediodía me reúno con Ehrenstein en casa de Charlot Strasser y su esposa. Ella es rusa y él suizo, ambos tienen el talante amable y abierto de los europeos. Por lo visto, él ha sido el garante de todos los casos difíciles, así que también yo podría recurrir a él, además de al abogado del doctor P. R.‡ Después, voy corriendo—las prisas se convierten en

la tónica del día, aunque aquí tienen un significado más noble y puro que en Viena—a la casita de Fritz von Unruh cerca de Ergas.‡ Me lee pasajes de su libro prohibido *Vor der Entscheidung* ['Antes de la decisión'],⁴⁵⁹ tras habernos contado la horripilante historia de una fosa común donde los granaderos aplastaban los cadáveres con sus pesadas botas para hacer espacio. La obra es grandiosa: las escenas se suceden de forma brillante, con un ritmo admirable, propio de un visionario, y el tratamiento del tema es de una sensibilidad inolvidable. El lenguaje es a ratos espléndido y a ratos predecible. Y, como todas las emociones exaltadas y profundas, a veces también se le va de las manos. Sin embargo, hay escenas (como la del crucifijo clavado en una trinchera sobre el que alguien orina; la del mojón en que aparece el rostro de Cristo al encender una cerilla; la de los dos coches que avanzan y retroceden; el caos del final) de una belleza demoníaca. También el llamamiento a las madres a la otra obra, y en general su conocimiento de todo, tan apasionado. No miento si digo que, al leer, el éxtasis le ilumina los ojos, y la voz, normalmente tan suave, retumba con cada frase. Ese éxtasis le otorga a quien lo alcanza, más que al artista, los rasgos que admiramos y veneramos en el poeta. Por la noche me cuenta muchas cosas de su vida, de sus años de cadete, de su época de pintor, de Reinhardt⁴⁶⁰ y Rathenau, cuya vanidad y servilismo parodia de maravilla. Reina un ambiente cordial y amistoso en nuestra conversación, y no hay nada que me guste más que las personas puras y sabias (¡Leonhard [Adelt]!).

Martes 21 [= 20] Por la mañana he estado charlando con Van der Velde en el hotel. Me habla enseguida de Zech, cuya carta todos consideran una falsificación por encargo del Alto Mando del Ejército.‡ Y lo peor de todo es que hay quien cree reconocer una alusión a mi persona. Me apresuro a desmentirlo formalmente y de forma contundente, y le pido que niegue que yo tengo algo que ver con Zech.⁴⁶¹ Después, me reúno con

Scheffler, Cassirer y la Durieux. Les doy mi opinión sobre las posturas poco claras para que no quepa ninguna duda sobre mi propia autonomía. Es una pena que también Fried esté mezclado en este asunto... Yo debería evitar Berna. Por lo demás, he escuchado muchas cosas interesantes de las más diversas personas [cuatro líneas tachadas]. Paso la tarde con la señora Albert, cuyos cuadros son muy interesantes, aunque les falta ese algo demoníaco que me seduce de los artistas plásticos. Ella, en cambio, es una mujer entusiasta, histérica, sin duda también enferma, desvalida a causa de su cojera, aunque de una innegable fuerza. Tiene el rostro demasiado pálido y hay en él un mohín malicioso que a ratos recuerda la extraña belleza de las ménades. Me lee (admirablemente) poemas de Rilke, la mayoría dedicados a ella, que atesora en un precioso ejemplar manuscrito. Muchos son espléndidos (sobre todo el de las campanas) y en todos se percibe el profundo misterio de ese hombre en apariencia frío e impersonal, porque siempre disimula lo más íntimo, no lo exhibe en sus obras, sino que lo mantiene en la sombra de su vida. Sólo a veces, cuando trato con personas próximas a él, me doy cuenta de que ha depositado en sus poemas lo más valioso de su existencia y adivino cómo se prodiga este artista en apariencia tan parco. Sin duda es uno de los pocos hombres que tienen un estilo de vida propio y que interpretan la palabra, la esencia del poeta, en un sentido elevado e íntimo; uno de esos hombres que, exponiéndose y ocultándose a un tiempo, se liberan y se inhiben en un juego de máscaras constante. Su sublime concepción de la misión del poeta encuentra toda su fuerza retórica en el diálogo inédito (*Über den jungen Dichter*)⁴⁶² que nos lee la señora Albert. El texto evidencia la vasta cultura de Rilke y su asombrosa capacidad para dar plasticidad a la abstracción más profunda. Sólo recuerdo una frase magnífica: «¿Qué sentiría este joven poeta si existiera alguna certeza?». Eso explica que la verdadera esencia del poeta se encuentra en la eterna relatividad de las imágenes, las palabras y los valores; y cuando la señora Albert nos lee los imponentes

poemas del Libro de horas,⁴⁶³ me doy cuenta de que, para Rilke, el sentido de la creación poética no se halla en el hecho de fijar la realidad, sino en el de compararla. No se adentra en el mundo, sino que lo intensifica a través de la variedad: el desorden del mundo fluye en él con el ímpetu de un torrente y su labor consiste en conferirle forma. Cobro conciencia del poder de la creación poética por segunda vez durante estos días y, agradecido, hago de esta experiencia la piedra de toque de mi disponibilidad afectiva. Más tarde, paso la velada con Paul Zifferer, que me cuenta detalles de su viaje. Curiosamente, estos periodistas culturales exageran la realidad para hacerla más atractiva. Naturalmente, lo persiguieron unos espías, le revisaron sus cartas y le registraron las maletas..., y se siente como si fuese un agente secreto. Es divertido escuchar tales historias y es fácil caer en la trampa y creérselas.

Miércoles, 22 [= 21] de noviembre He perdido la mañana hablando por teléfono, escribiendo y charlando. Ganas de partir. He hecho el equipaje y he viajado a Berna, donde he llegado casi de noche. Tan sólo he visto fugazmente las calles porticadas que concilian de un modo extraño la ciudad provinciana del pasado con el lujo de las tiendas modernas.

Jueves, 23 [= 22] de noviembre Por la mañana salgo a dar una vuelta por la ciudad. Es bastante extraña, como una especie de península que se adentra en el Aar, una lengua de tierra cubierta de un laberinto de casas que resulta más grotesco que bonito. Desde lo alto de las colinas tampoco se tiene una visión completa de la ciudad, tan sólo una perspectiva parcial, y no hay un solo edificio que destaque. Después de almorzar voy a ver a Hermann Hesse, que vive a una hora de la ciudad,⁴⁶⁴ en una casita de campo sencilla y antigua sin ningún tipo de comodidad. En su habitación prácticamente sólo hay libros, el mobiliario es escaso y austero. Tiene las facciones bien defini-

das, un poco infantiles, aunque el rostro distinguido es el de un sabio anciano (me recuerda a los cuadros de Holbein), germánico y afilado. Habla con acento suizo, y al cabo de dos minutos ya estamos cómodos. Me cuenta que él (como yo) ha sopesado todos los aspectos del servicio obligatorio de acuerdo con su conciencia, no desde el punto de vista de la utilidad. Tampoco está de acuerdo con la opinión pública y deplora la propaganda. Le repugna la palabrería, desconfía de muchos antiguos amigos y vive completamente aislado. Para consolarse, ha comenzado a pintar y me regala una acuarela preciosa. Es curioso cómo coincidimos en todo (Dehmel, Rolland): hay un tipo selecto de personas con las que ya nunca discrepo. Por lo visto, una vez alcanzada cierta altura moral, lo mismo se hace obvio para todos, sólo es preciso alcanzar esa altura. Hablamos un rato sobre el arte más reciente. A él le sorprende la simultaneidad de sus manifestaciones, que compara con un fenómeno natural, y yo la interpreto como un fenómeno cultural, un signo de la aceleración de la comunicación moderna. Hoy en día todas las modas se propagan mucho más rápido, en este sentido ya no existe la provincia. Siempre estaré profundamente de acuerdo con un hombre que lucha por la justicia, de modo que la despedida ha sido de lo más entrañable y amistosa. Luego he estado con Van der Velde en un café. Se encuentra en una posición difícil porque pertenece a ambas naciones, y sus simpatías son las de todos los hombres sensatos. Su refinamiento me parece una bendición: posee una delicadeza de la que carecen los alemanes, incluso los mejores. Paso la velada con Fried: está apático, melancólico, ha perdido toda su vitalidad. Realmente el sufrimiento le sienta mal, como dice él mismo. Cuando lo veo me doy cuenta del efecto que tiene la guerra en las personas cuyo trabajo no es una vocación.

Viernes, 23 de noviembre Parto de Berna a primera hora, viajo en el compartimiento con el joven Jacob Feldner [-] Ro-

main Rolland dice que es «trop jeune et un peu compromettant» [‘demasiado joven y un poco comprometedor’], impresión que comparto: una conmovedora imprudencia que nace de la honradez [-]; viajamos con otro joven, un bávaro que me cae muy bien y me cuenta muchas cosas de nuestros amigos. En este pequeño grupo de Ginebra parecen confluír buenas dosis de idealismo, más que en el grupo de Berna. Me alegra mucho poder conocerlos mejor a todos. Dos horas en Lausana: las vistas del lago enturbiadas por la niebla; la ciudad, desprovista de grandeza. Las tímidas tentativas de construcciones monumentales desaparecen en el laberinto de casas que recuerdan las afueras de París. La mezcla recuerda a la provincia francesa, sólo que aquí la catedral no es en absoluto majestuosa. La gente es latina, como si estuviésemos a varios días de distancia de la tosquedad de Zúrich y de Berna. A veces basta observar la gesticulación para percibir el odio entre ciertas etnias, y cuanto más próximas mayor es. Después, pasamos por delante de la Riviera: así la llaman pese a las montañas que relucen detrás del lago y se reflejan en él, y a que algunos elementos del paisaje recuerden más bien a Merano. Las casas blancas encaladas alineadas a orillas del lago como las perlas de un collar, en Vevey, Territet, Montreux, sí recuerdan a Ostende y sus alrededores, o a Niza y Montecarlo. Además, el ambiente de ocio y placer confiere a este mundo el misterioso tono lujoso, que, aunque no suele gustarme, en estos momentos me parece majestuoso y fantástico. El hotel Byron de Villeneuve me gusta, es lujoso sin ser ostentoso, y lo mejor de todo es que por lo visto apenas hay huéspedes. Me encierro de inmediato en mi habitación y no me muevo de allí hasta la cena: desde mi balcón veo el castillo de Chillon, todo el lago y la hilera de lucecitas a lo largo de la orilla. Creo que aquí podría trabajar bien. ¡Ojalá tuviera el tiempo y la paz interior! Durante la cena veo a Rolland. Pasa junto a mí y no me reconoce hasta que lo saludo, pues finalmente he acudido para complacer su deseo, pero sin anunciarme. «Enseguida estoy con usted», me dice. Su rostro no ha cambiado, quizá

está un poco menos delgado, y hasta que no me acerco no advierto las finas arrugas que lo surcan. Sus ojos, de un azul claro, a veces acerado, siguen estando llenos de bondad. Habla, como siempre, con una delicadeza y una claridad insólitas en los alemanes. De lejos, su hábito negro abotonado hasta arriba le da el aire de sacerdote inglés, casi parece severo, pero en cuanto se acerca es evidente que tiene que esforzarse por dominar su afeblimiento. Después de la cena, se sienta con nosotros. Hablamos con cierta cautela por la gente de aquí. Lo que nos cuenta no nos consuela demasiado: dice que Francia está más determinada que nunca a seguir a su Gobierno. La minoría intelectual, en asuntos de derecho, es más decidida que la nuestra, pero no tiene fuerza. A ambos nos parece que el peor crimen de esta guerra es la represión de la palabra, de la que son culpables tanto el militarismo como todos los intelectuales que le han dado alas. Le explico la peculiar situación en que nos encontramos, que en estos momentos nuestra posición es, punto por punto, la oficial, lo cual nos aboca a una curiosa contradicción: pese a nuestra absoluta condescendencia, nos vemos obligados a continuar en guerra. La conversación nunca llega al punto álgido, porque tenemos muchas otras cosas de qué hablar: personas, colegas, libros... Rolland me reitera su admiración por Jeremías, y me explica sus dificultades, sin jactarse de ellas y sin exagerarlas: no ha ido a París, sólo a la frontera a recoger a su padre.⁴⁶⁵ Es enternecedor ver cómo se mantiene unido a su familia día a día, un hombre de casi cincuenta años. Y entonces vuelvo a reconocer una vez más esa maravillosa bondad que ha conseguido conmover y conmocionar a toda Europa. Por la noche paso un buen rato en el balcón, admirando la magnífica placidez de este paisaje sublime, que reúne todo lo que contemplo en el espejo de la belleza: el lago y la noche, el brillo de las distantes luces de unos hoteles muy elegantes y las laderas blancas bajo la luz de luna, el silencio y las estrellas, la suave brisa perfumada de nieve. Desde la ventana, como un bloque de

mármol, veo alzarse, resplandeciente, Chillon. ¡Inolvidables vistas vespertinas!

Sábado, 24 de noviembre Por la mañana salgo a pasear y planifico un poco el trabajo. Trato de esbozar mentalmente un poema sobre Polifemo,⁴⁶⁶ pero el paisaje que me rodea es demasiado hermoso y no consigo concentrarme. Después de comer, charlo con Romain Rolland. Me habla de Verhaeren, me cuenta que al comienzo de la guerra encontraron a un soldado que llevaba una fotografía suya dedicada y supusieron que yo se la había dado. También menciona un artículo[‡] sobre mí que se publicó en plena guerra. Por lo visto, los jóvenes franceses, pese a todo su antibelicismo, conservan intacto su fervor nacional. Sus opiniones y sus ideas son más claras, y no vacilan tanto como los nuestros. Vildrac, que ha corrido muchos peligros, no puede publicar nada; Jules Romains, astuto como es, no ha expuesto nada de su vida ni de sus ideas. Aun así, Rolland tiene derecho a preguntarnos: ¿cómo es que ningún autor alemán escribe nada sobre la guerra? ¿Cómo es posible que se mantengan al margen? Siempre la misma contradicción (tiene razón): durante cuatro semanas todos escribieron y ahora nadie lo hace. De hecho, no encuentro rastro de esta época en la obra de Schnitzler, de Rilke, de Hofmannsthal. ¿Y no es una forma de muerte, vivir al margen de esta época? Pese a todo, siempre hablamos en los pasillos y con cierta precaución. A ambos el pudor parece impedirnos abordar temas demasiado personales. Y sin embargo sabía que esa conversación íntima y sincera terminaría llegando: por la noche—a la tarde he salido a dar una vuelta por Montreux, la típica ciudad de tiendas de la Riviera—me había invitado a su habitación a recoger unos cuantos libros, y una vez allí hablamos con toda franqueza. Su habitación, que incluye una antecámara y una alcoba, incluso en un hotel tan lujoso emana la sencillez monacal de su vida interior: una estrecha mesa, una maleta y libros. Ningún cuadro, nada

que evoque el hotel ni la ciudad. Sigue fiel al viejo secreto de su existencia: no dormir más de cinco o seis horas. De este modo gana muchísimo tiempo. Eso sí, no sale demasiado a pasear, no hace ejercicio, e incluso cuando conversa lo hace en voz baja manteniendo el cuerpo en reposo en todo momento: se entrega exclusivamente al intelecto, a la pasión espiritual y tal vez también a la música. Dice que el piano que tiene en su habitación a veces le procura consuelo, y que durante los dos primeros años de la guerra sólo ha vivido para estas cosas. ¡Cuánto ha trabajado! Actualmente, prepara una novela y una comedia,⁴⁶⁷ necesita liberarse de la constante *impression douloureuse* de la obra épica con la comedia, que, en cualquier caso, también habrá nacido del dolor. Además, lleva un diario, «La guerre»,⁴⁶⁸ desde el comienzo, y algún día será uno de los documentos más valiosos de la humanidad. También escribe cartas a todos los rincones del mundo, cartas y libros. Aunque ahora ya no recibe demasiadas visitas, no atiende el teléfono, no recibe a nadie a quien no haya invitado y la conversación con el cual pueda comprometerlo: *on a peur de se compromettre en parlant*. Rolland no teme no poder regresar a Francia, pero tampoco quiere estar obligado a hacerlo. ¡Quiere ejercer influencia, estar abierto al mundo, reconstruir y unir! Hablamos mucho de Alemania y Francia, como en los viejos tiempos. Lo que más le preocupa de Francia no es tanto lo material como lo espiritual. Ahora mismo, la situación es excelente, los extranjeros traen dinero, corren los *sovereigns* y todo el mundo se lucra, pero él ve desaparecer a los franceses (la gran afluencia de extranjeros que ya se apreciaba claramente en París antes de la guerra). Le angustia la aniquilación de Europa—tal como lo ha expresado magistralmente en su proclama *Aux peuples assassinés*—,⁴⁶⁹ la destrucción de la solidaridad. Nos entendemos del todo en estos asuntos y a los dos nos parece que no tendremos ninguna posibilidad si cedemos una sola pulgada a las posiciones oficiales. Rolland sospecha de las mismas personas que yo, y ambos juzgamos a la gente únicamente en función de los sacrificios

que hicieron o hacen. Si bien todos los fenómenos tienen su paralelo a un lado y otro—la anglofobia y la desconfianza frente a Alemania—, el pensamiento democrático parece reforzar el sentimiento de pertinencia del individuo a la nación. Incluso las obras poéticas (Barbusse, Duhamel) nacen del espíritu democrático, mientras que en Alemania plasman siempre la experiencia del individuo. Eso es algo que en nuestro país oficialmente no se entiende. Hablamos también de Estados Unidos. A Rolland le parece débil Wilson y señala el profundo abismo que en ese país separa los intereses materiales de los ideales. Todo ello está mucho mejor disimulado allí que en Austria, pero por lo visto el aislamiento moral y personal también es terrible. Basta una palabra (por ejemplo Arcos) en un periódico neutral para que el autor sea proscrito, y no dejo de admirar, agradecido, el coraje de Rolland, que me recibe con tanta cordialidad, pese a que muchos hayan defraudado su confianza, sobre todo sus amigos. Me conmueven las palabras con que me expresa su absoluta confianza: en esa habitación estrecha, como en aquella otra de París, ¡siento la maravillosa pureza de nuestra amistad, que se sonroja ante cada palabra pronunciada! Acepta de inmediato la idea de ayudar a los prisioneros, pero al mismo tiempo se pregunta si su intervención podría perjudicarlos: su profunda bondad siempre antepone a los otros. Todos nuestros encuentros me dejan profundamente conmovido.

Domingo, 25 de noviembre Por la mañana me encuentro con Rolland de camino a la estafeta de correos. Ahora se explica la extraña reserva con respecto a su familia: la dama que está de visita en su casa es la esposa del ministro francés Cruppi y dudaba si presentármela (aunque ella sí quería) para no causarme problemas en mi país. Hasta ese punto llega su delicadeza. Volvemos a hablar largo y tendido del sufrimiento de las naciones: siempre que hablamos del tema se le humedecen los ojos. Algunas de las revistas que me da me permiten comprobar con

cuánta determinación combate el nacionalismo, y los ataques que recibe. Me presenta a su hermana, que está leyendo Jeremías y me hace muchos elogios. Por la tarde estoy muy animado y escribo un largo poema para Guilbeaux, «Polifemo»: a pesar de algunos problemas formales, expresa con intensidad lo que siento. En este ambiente he recobrado la concentración que me ha faltado durante tanto tiempo y me doy cuenta de cuántas menudencias me distraen en Viena. Durante la velada, vuelvo a mantener una larga e interesante conversación con Rolland. A causa de nuestro común pudor, siempre empezamos hablando de cosas como la literatura, y sólo después nos adentramos en temas más íntimos. Me habla de Suarès, Claudel... y finalmente hablamos de Renan, que según él no supo envejecer. Su vanidad, como la de Spitteler (a quien veneraba como si fuera un genio), no le permitió mantener la lucidez. Y entonces expone su propia postura. Creo que también debe haberle ayudado la autoridad que le ha dado su obra, la sensación de saber que es un referente para cientos de personas. Me confiesa que rebelarse contra la opinión pública ha estado siempre en su naturaleza, desde que llegó a París a los dieciséis años. Le salía espontáneamente, aunque el éxito le llegó más tarde a raíz de la oposición que concitó su ensayo *Más allá de la contienda*. Cree que el deber de todo ser humano es cuestionarse radicalmente y que es trágico que en aquella época no hubiese nadie en Alemania dispuesto a rebelarse. Respeta mucho a Dehmel pese al error que cometió...⁴⁷⁰ Lo más admirable es la capacidad que tiene Rolland de percibir el valor de los demás por más divergencias que puedan existir en el plano intelectual. La medida de su discurso es impecable, y su cálida mirada llena de compasión consigue que me sincere. Después de hablar con él siempre me quedo muy relajado: su manera de ver las cosas (según la cual lo más importante no es el heroísmo ni la revolución, sino única y exclusivamente la lucidez y la integridad, la coherencia con los dictados de la conciencia y liberarse de todas las corrientes y los prejuicios de la época y de los pueblos)

es también la mía. Como él, yo tampoco creo en la fuerza externa, sino sólo en la interior, en la fuerza de la última resistencia.

Lunes 26 He estado leyendo varios números de *Tablettes*,⁴⁷¹ y de otras revistas editadas por los jóvenes franceses, y siento cada vez con mayor fuerza la crisis de la conciencia. La presencia de alguien como Rolland y la serenidad interior de la reflexión me obligan por fin a pensar las cosas de un modo lógico y extraer consecuencias. Me repugna tener que eludir responder para salir del paso, como si hoy en día sólo un «no» claro y tajante pudiera ser de ayuda. Pero ¿tendré el mismo valor en Viena? Ser refractario es una de las condiciones más miserables si no va acompañada de una profunda convicción. Resulta estéril, cobarde y fútil, tan sólo sirve para protegerse. Creo que sólo si me obligan a tomar las armas objetaré públicamente. Redactaré un memorándum⁴⁷² y se lo dejaré a Rolland para que pueda publicarse en caso de que me encuentre en dificultades. Hoy en día, ya no puede permitirse que haya víctimas en vano, así que ha llegado el momento de hacer algo. Cuando se tiene la suerte de gozar de la confianza de tales personas, no debe traicionarse. Siento cómo la libertad exterior me está infundiendo libertad interior: ayer escribí un poema, «Polifemo», y hoy quiero dirigir una carta abierta a mis hermanos franceses.⁴⁷³ Después de comer, Rolland nos invita a su habitación. Evidentemente, no nos conviene hablar abiertamente delante de la gente, debemos evitar dar la impresión de ser íntimos. En la habitación de Rolland también está su hermana y charlamos cordialmente, les hablo de mi propia situación. Él no intenta influirme, cree que cada cual debe obrar de acuerdo con su conciencia y está convencido de que hago lo correcto. Admira a los jóvenes franceses por los riesgos que asumen (Guilbeaux recibe amenazas a diario),⁴⁷⁴ y su desconfianza hacia los jóvenes alemanes se debe a la pregunta que plantean: *Quand allez vous vous enfin com-*

promettre [‘¿Cuándo os vais a comprometer de una vez?’. En este sentido, las cosas aquí también son peligrosas: los suizos temen una invasión de cualquier bando, y de hecho el propio Rolland está inquieto porque no sabe dónde ocultar sus papeles, sobre todo su Journal de guerre.⁴⁷⁵ Explica el increíble caso de un maestro a quien fueron a buscar a la escuela para fusilarlo y antes de morir aún encontró tiempo para escribir en la pizarra la divisa de la fraternidad. También menciona el caso de Châteaubriant, que se niega a convertirse en oficial y que, después de la guerra, quiere comprar una gran casa de campo para explotarla con sus compañeros de armas. Y nos habla del caso de Albéric Magnard,⁴⁷⁶ uno de los mejores compositores, a quien los alemanes llevaron al paredón (además de quemar todas sus partituras) porque, según dijeron, alguien había disparado desde su casa. De hecho, aún no hemos hablado de política, sino tan sólo de cuestiones de humanidad. No desperdicia un solo minuto en preguntarse por la victoria, algo que al otro lado de la frontera es la principal preocupación; no le interesa la sensibilidad colectiva, que siempre es estéril, sino tan sólo la dimensión humana, la resistencia del individuo (sea de dónde sea) a las masas. Nos muestra sus partituras de viaje, una colección de cuadernillos con sus arias italianas favoritas, antiguas, que lleva siempre consigo, mientras su mano reposa con delicadeza sobre el piano. La maravillosa serenidad de su existencia, son regard enveloppant [‘su mirada envolvente’], lo rodea de una misteriosa aura de bondad y amor: tal como Jouve dijo con tanta gracia, «plus qu’un homme, il est un symbole» [‘más que un ser humano, es un símbolo’].

Por la tarde, trabajo. Carta a los amigos franceses. En este ambiente intelectual me siento inmensamente libre y el día, pese a las muchas horas, se me hace corto.

Martes 27 Trabajo. Al mediodía paso un rato estupendo con Rolland. Qué bonito que lamente que tengamos que irnos el

jueves: le da pena que nuestra visita haya coincidido con la de madame Cruppi. Como ella ha perdido a su segundo hijo en la guerra,⁴⁷⁷ Rolland, en su infinita bondad, se siente en la obligación de consolarla. Me asegura que, de no haber sido así, habría estado completamente solo. De todos modos ¡cuánto han dado de sí estos días! No hablamos nunca de la guerra, ni de la victoria, ni de lo que podría pasar. Me explica por qué no ha continuado con su serie sobre grandes hombres.⁴⁷⁸ Cree que presentarlos como ejemplares sería mentir: un gran hombre jamás puede ser un modelo para los otros, que seguramente sucumbirían bajo el peso de la mitad de dolor que él es capaz de soportar, pues precisamente les falta la capacidad de elevarse por encima de las circunstancias. Además, en el caso de los grandes hombres todas las formas morales adquieren un valor singular. Por eso tampoco quiere modificar su Vida de Tolstói, aunque esté de acuerdo conmigo en que sólo ahora se hace evidente la vigencia, el valor profético, de su pensamiento. En estos momentos, el sentido de la justicia de Rolland es tan fuerte que ya no es capaz de dedicarse a una biografía que, en cierta medida, se basa en una carencia. Hablamos entonces de retratos de personajes y dice que de él no hay ninguno (salvo una fotografía hecha inmediatamente después de su enfermedad). El tema nos lleva a hablar de los pintores modernos, que toman sólo lo que les resulta interesante de un rostro, pero no hacen justicia al conjunto. Y es que el problema de la justicia es lo más importante para Rolland. Asimismo, me cuenta que hace muchos años, en este hotel, vio por primera vez a Victor Hugo: el escritor mostraba una afable alegría donde otros recurrían a la ironía. Después vamos a su habitación, donde nos toca antiguas melodías italianas y alemanas, y también de Debussy. Muchas partituras las lleva siempre consigo, mientras que otras piezas se las sabe de memoria. Me habla de sus clases, y charlamos sobre la soberbia de los musicólogos y la actitud distanciada de algunos artistas que se refugian en sus propias limitaciones. Me parece muy certero cuando afirma que todos quieren comenzar

creando la última obra de Beethoven, están demasiado preocupados por ofrecer una obra de arte, pero paradójicamente a todos los aterra dejarse llevar, entregarse. Como contraejemplo, me muestra la música de Paul Dupin para Jean-Christophe. Es un modesto funcionario de ferrocarriles que, debido a su postura en el caso Dreyfus,⁴⁷⁹ fue trasladado a un pueblucho de mala muerte en la Bretaña. Dupin jamás ha escuchado una sinfonía, sin embargo piensa en la música a todas horas, anota temas incluso bajo las ruedas de una locomotora, y sus colegas, que lo aprecian, lo protegen. Y su música es preciosa, plasma a la perfección el sentido de la obra. Me gustaría poder hacer algo por él, pero sobre todo por Rolland. Algún día me gustaría escribir sobre él, escribir un libro. Me explica que una mujer que lo conoce desde hace veinte años acaba de escribir una biografía sobre él y que le da pánico que se publique ahora, en plena guerra. Hasta ese punto lo odian, hasta ese punto lo temen (en Ginebra lo atacaron físicamente). ¿Será capaz de creer que ocurra algo así la gente dentro de veinte, dentro de cinco años? Después de hablar con él siempre trabajo de maravilla. He terminado el artículo⁴⁸⁰ y luego aún me ha quedado tiempo para ir al antiguo castillo de Chillon y a Montreux. Qué largos y hermosos son los días aquí.

Miércoles, 28 de noviembre Por fin puedo celebrar un cumpleaños, el trigésimo sexto, en paz. Por la mañana, he escrito mi «Testamento de conciencia»,⁴⁸¹ que entregaré a Rolland por si se da el caso extremo, estoy decidido. Después de almorzar, larga y maravillosa conversación con Rolland. Hablamos de sus obras, del drama que escribió en 1903 y no quiere reeditar,⁴⁸² y también de estos tiempos. Me confiesa que en los dos primeros años sufrió tanto que quería morir. Nada lo consolaba, ni siquiera la música. No tocó ni una tecla, hasta ahora no había vuelto a tocar y a entregarse a esta amada práctica. Toda victoria, tanto daba el bando, le causaba dolor, y toda derrota, triste-

za. Dice que ha sufrido más desde la distancia que si hubiese estado allí. Alejado de todos sus amigos, ninguno se atrevía a ir a verlo; pese a todo, sabe ser justo con sus enemigos: su modo de alabar a Léon Daudet me deja atónito. Vamos a su habitación y me habla de sus planes de futuro. Quiere empezar una obra colectiva con unos cuantos amigos, una obra dirigida a las naciones que trascienda la idea de patria, una obra sin ningún objetivo oculto, completamente al margen de la política. Tan sólo quiere contar con unas pocas personas de confianza, entre las cuales me alegra descubrir que estoy incluido. Evolucionar para él no es otra cosa, en última instancia, que acabar con las mentiras arraigadas: dice que lo alarmó descubrir cuántas suscribía él mismo al comienzo de la guerra. Ahora reconoce en todas partes el mito y la mentira donde antes le pasaban inadvertidas: en la historia, en los libros, entre sus amigos... Ésa es su idea: denunciar juntos las mentiras en el seno de la humanidad, hacer que cada cual sea sincero consigo mismo. Es consciente de que se trata de una labor ingente que requiere un gran sacrificio. Me cuenta el horror que sintió al cumplir cincuenta años y darse cuenta de cuántas cosas había hecho en vano: *Mais tout de même, comme la vie est belle!* [‘¡Pero, aun así, qué bella es la vida!’]. Cuánto hay aún por hacer, cuánto por leer y por vivir aún. Siempre me pregunta por libros, su sed de conocimiento es insaciable. Al mismo tiempo, trabaja todo el día, no sale; y, en recuerdo a la carta que Tolstói le respondió, responde a todos los que buscan ayuda.⁴⁸³ Qué capacidad de amar sigue teniendo: sobre todo a Rusia, el país del sacrificio. Está de acuerdo conmigo en que allí tal vez podría renacer Beethoven. Y me cuenta la historia del millonario que lo visitó y, ávido de gratitud, enviaba dinero a todos los presos. Él ha conseguido dejar atrás esas cosas, consciente de que hay que obrar para uno mismo. Me conmueve tanto este tipo de vida interior, consagrada a las personas y a los libros, que abarca el mundo entero. Me emociona increíblemente observarlo hablar con alguien, porque siempre mira cálida y atentamente a su interlocutor, y le

responde con dulzura. Y me llena de orgullo que me tenga tanta confianza y que le guste tanto mi obra (hoy ha vuelto a hablarme de la escena en el calabozo de Jeremías).⁴⁸⁴ Finalmente, cuando ha llegado Helene Stöcker, me he marchado a Montreux, donde el sol se disgrega en infinitos reflejos y la niebla plateada rodea las cumbres rosadas de las montañas. Al volver al hotel, desde la calle, veo a Rolland sentado en su habitación conversando con la señora Louise Cruppi y la escena me cautiva, porque pese a observarla desde lejos sé cuánta bondad alberga su deferencia. Cada minuto que paso con él es un tiempo inolvidable que atesoraré para siempre.

Jueves 29 Madame Cruppi ha partido pronto y Rolland nos invita a su habitación por la mañana. Su hermana también está allí. Entiendo su reserva: cualquier francés que viaja a Suiza tiene que firmar antes un documento donde se compromete a no reunirse ni con pacifistas ni, sobre todo, con ciudadanos de naciones enemigas. Soy consciente, pues, de lo que supone lo que hacen estas personas audaces, más aún ahora que Clemenceau ha instaurado el terror. Hablo largo y tendido con Rolland sobre la posibilidad de su retorno. Ninguno de los grandes franceses de rango y renombre le ha dado apoyo. Seguramente tratarían de señalarlo como el cerebro del movimiento pacifista y le requisarían sus escritos. No teme por su persona, sino por su palabra, que quedaría sepultada para siempre. La represión de la libertad de pensamiento en Francia (hablamos del caso de Hélène Brion, que ambos conocemos) es para él uno de los mayores tormentos. Todo lo que de francés hay en él se siente profundamente afligido al ver a Francia bajo el dominio de extranjeros, de ideas ajenas que, si bien no amenazan el país, ponen en peligro la libertad que éste encarnaba para él. Esta situación lo pone muy melancólico. Todos presentimos que se acerca uno de los momentos más críticos de la historia universal, que debería pasar «algo» ahora o nunca, y quienes rechazamos

toda agresión abierta y la imposición de cualquier idea, estamos absolutamente abrumados. Al despedirnos tan sólo me dice: «Espero que volvamos a vernos en tiempos mejores», y ambos sabemos que los más atroces son los que hemos vivido y viviremos. Contemplo por última vez su mirada seria y profundamente bondadosa, y dejo atrás unos días increíbles sabiendo que no se repetirán pronto.

Viajo a Ginebra. Llego a tiempo para pasar la velada con Guilbeaux. Está rejuvenecido, enérgico, y rebosa alegría y vitalidad. La victoria bolchevique también es suya. En la conferencia que da conozco a Jouve, cuyo rostro fino y entusiasta me conmueve de inmediato. Después, Masereel: un hombre corpulento, barbudo y afable, de hermosa mirada seria tras las gafas. Como Verhaeren, viste el traje de pana de los obreros. Me agrada a primera vista. Vamos a un café (junto con [Albert] Dreyfus, de la *Revue franco-allemande*). Guilbeaux nos cuenta cosas increíbles de los bolcheviques, la asamblea en la Casa del Pueblo de Berna hasta las dos de la madrugada, el viaje de Lenin a través de Alemania en un vagón blindado,⁴⁸⁵ el retorno de Trotsky de las cárceles inglesas... Dreyfus, que acaba de regresar de París (¡de París!), nos cuenta que un mayor inglés alquiló su vivienda por un año. Todos muy animados, pasamos una velada entre camaradas.

Viernes 30 Por la mañana veo a Beaudoin, un buen tipo insignificante. Por suerte la carta de Verhaeren es auténtica. ‡ Después voy a la Agence de Prisonniers⁴⁸⁶ y escribo extensamente sobre el lugar.⁴⁸⁷ Por la tarde, en casa de Jouve, con quien nos entendemos perfectamente: compartimos la misma filosofía, la de Rolland, la de Tolstói. En su estrecha pieza, pasamos una tarde de auténtica camaradería, primero con Masereel y, más tarde, con Rosika Schwitter y madame Marguerite Gobart, ‡ que también se unen. Reina el buen ambiente de antaño. Es maravilloso lo que Jouve cuenta de Rolland. Ambos es-

tamos en contra de los excesos de los maximalistas de aquí. Después de cinco horas de conversación, me siento agotado, pero he tenido noticia de los viejos amigos y he disfrutado de la confianza de los nuevos. Muy interesante Masereel, el desertor belga cuyas propiedades han saqueado, aunque según él no han sido los prusianos, sino la guerra. Qué justas son estas personas, ¡y qué nobles, qué fraternales! Me siento bien, cosa que raras veces me ocurre. Ah, revivir los días de París en esta minúscula habitación. Por la noche, con Rosika Schwimmer, que me cuenta muchas cosas de Van Eeden y Lloyd George. ¡Ay, cómo se me llena aquí el corazón!

Sábado, 1.º de diciembre [de 1917] Por la mañana me llega una impertinente carta de Rubiner, infantil e histérica, en respuesta a la mía, que era del todo espontánea y sincera. En serio, tengo que aprender a dominarme y no confiar en personas que sé que no son de mi cuerda. Le respondo con mesura y, espero, correctamente. La hostilidad obstinada de esta gente peligrosa, Sch. y Fr.,‡ terminará consiguiendo que Zúrich me resulte insostenible. No tengo ganas de pelear con ellos, porque no puedo mostrarme abiertamente en su contra. Ah, si no tuviese las manos atadas. Después voy a la Cruz Roja y veo al bonachón del doctor Ferrière, quien me expone una serie de cosas que contaré. Más tarde, de nuevo con Guilbeaux, que también se muestra implacable y obstinado, pero humano, pese a todo, a diferencia de los pueriles literatos. Luego vamos a ver a Debrit con Le Maguet, una persona sencilla pero muy agradable. Debrit es un tipo inteligente, vital y competente, de un comunismo menos cerril que el de los otros dos. Es una bendición hablar después con Masereel, tan meditado y razonable. ¡Ah, por qué llamamos así! ¡Por qué cedemos la palabra a los maníacos, a los furiosos! Para terminar la jornada, lo mejor de todo: paso la noche solo, tranquilidad, reflexión, ¡y un descanso!

Domingo, 2 de diciembre Paso la mañana con Masereel, que me cae muy bien, cada vez mejor. ¡Cómo se ríe! Tiene un rostro de flamenco bonachón increíblemente vivaz y su conciencia de ello da una increíble fuerza a su serenidad. Pero la verdadera sorpresa me espera cuando llegamos a su casa. Su taller, su vivienda, se encuentra en el desván de una casa campesina en ruinas en medio de la ciudad, toda de madera con un jardín descuidado. Una casa proletaria, precisamente en Ginebra, que conserva cierto carácter rural. Sus obras me impresionan como pocas desde hacía tiempo. La serie de La Ville,⁴⁸⁸ ciento cincuenta dibujos en blanco y negro, es una de las cosas más espectaculares que he visto jamás. Plasma en ella toda la ciudad, con su inmenso dinamismo, y las mil formas de su vulgaridad, muy vibrante. Las personas aparecen masificadas: sin fisonomía, no hay rostros individuales. Tan sólo representan clases sociales, tipos de indumentaria, son componentes de un conglomerado. ¡Qué trazo! Y casi parece el producto del azar. No tiene un estilo claro: recoge la influencia de Japón (Hokusai), del cubismo, del expresionismo; lo asimila todo, pero de un modo intuitivo, como el trazo, libre pero seguro. Los otros dibujos, los paisajes y los grabados (todos monocromos) también evidencian un gran dominio de la técnica. Pero en la serie sobre la ciudad se percibe la mirada infinita que absorbe y asimila cada movimiento. El hombre sosegado, de aspecto grave, que se oculta tras las gafas sagazmente bajadas posee una fuerza insólita. El suyo es un extraño destino: nacido en Blankenberghe hace veintiocho años, tiene un marcado acento alemán y es medio refractario, huyó del país con un certificado falso y vive aquí con su esposa (significativamente mayor que él) y la hija de ella. Guilbeaux lo descubrió en París, cuando estuvo colaborando en Assiette,⁴⁸⁹ un día que le rechazó un dibujo. Ahora se ha instalado aquí y es un excelente camarada. Conmoverlo lo que me cuenta de Verhaeren: tienen la sensación de que últimamente lo está pasando realmente mal. Es un placer hablar con él. Sin ser un intelectual, es inteligente y, como artista, posee un

gran sentido de la justicia. Por la tarde salimos a pasear después de la nevada, que nos obsequia con un precioso paisaje esculpido en hielo. Visitamos a Baudouin, que vive casi en la frontera francesa. Él me interesa tan poco como M.‡ Lo que sí me interesa, en cambio, es la carta que en ese momento no tenían a mano y que querría ver de una vez. El número de diciembre de 1916‡ es una prueba de que existe, lo certifica. Poetas pequeño-burgueses poco interesantes, aunque Beaudoin no carece de talento. Después vamos a ver a Biriukov. Tras una caminata de tres cuartos de hora en la oscuridad, finalmente llegamos a una villa y entramos por la cocina. Nos esperan Jouve y Biriukov, vestido como Tolstói: botas altas, blusón ceñido con el cinturón, barba gris. Un buen hombre. La esposa y los hijos‡ están en la misma pieza. Toda la habitación cubierta de libros, en todas las paredes, en cajas y en arcas. Nos paseamos por la estancia, y él nos acompaña en todo momento. Por un instante se pone rígido, pero enseguida vuelve a mostrarse afable. Ese rostro... a ratos me recuerda a Whitman, otros, a Rodin. Todos los grandes. Y encima de un taburete su máscara. Su mano. La mano alzada significa una vez más el mundo. Manuscritos. Salimos tarde y nos adentramos en la noche. Después aún paso un buen rato con Guilbeaux, que me cuenta muchas cosas. Como siempre, lo mejor de todo tiene que ver con Romain Rolland, ¡que cede Jean-Christophe a Demain!‡ Otra conmovedora prueba de su bondad.

Lunes, 3 de diciembre Al amanecer partimos de Ginebra a Berna. Una vez llegamos, vamos a la embajada, donde nos atienden con mucha amabilidad, y luego le hacemos una visita a Van der Velde. Su situación no me resulta del todo clara. Insiste en su independencia y le creo, pero en estos momentos todo es muy complicado: ¡cómo chocan en la conciencia lo permitido y lo prohibido! No veo a nadie más, prosigo el viaje y durante el

trayecto reviso mis notas y trato de trabajar en mi estudio sobre la Cruz Roja que tanto me interesa.⁴⁹⁰

Martes, 4 de diciembre Zúrich es un no parar: trabajo y conversaciones con Cassirer, Lothar. Todo el mundo te cuenta algo que contribuye a armar el gran mosaico. Que a Leonhard Frank le hayan pagado nueve mil francos de anticipo por sus novelas cortas antibélicas muestra que,⁴⁹¹ a pesar de todo, de esta clase de coyuntura también es posible sacar provecho (y mofarse al mismo tiempo del burgués); de R.,⁴⁹² de quien ya me había advertido Ehrenstein, ni rastro, por suerte. Me alegro de no ver a esa gente. Por la tarde veo a Korrodi: también advierto dificultades en su caso. Pero el librito de D.‡ es factible, aunque sólo si me dan el tiempo suficiente. Por la noche, en la conferencia‡ de Rosika Schwimmer, quien, mesurada y clara, hace gala de un equilibrio admirable entre el intelecto y las emociones. Absolutamente comprensible para todo el auditorio. A mí su vehemencia me impresiona enormemente. Después vamos a visitar a una familia medio rusa a media noche. Uno adquiere con facilidad tales hábitos.

Miércoles, 5 de diciembre Por la mañana, círculo de lectura,⁴⁹³ todo en orden. Por la tarde, dictado‡ de la visita a casa de Biriukov.‡ Cartas, gestiones... Por la noche, bastante tranquilidad, por fin un descanso.

Jueves, 6 de diciembre Sigo trabajando, despachando correspondencia y con la traducción de Rolland. Paso una agradable velada charlando con Charlot Strasser.

Viernes, 7 de diciembre Friderike⁴⁹⁴ vuelve a partir, dificultades en la aduana. Trabajo. Conversaciones con Cassirer que me aclaran muchas cosas: la propaganda, Rascher, los nueve mil

francos suizos de honorarios que le han pagado a Frank el revolucionario, la homosexualidad de toda la banda de Berna (¡lamentablemente, también Unruh!). Al mediodía quedo con Ehrenstein y por la noche con Rosika Schwimmer.

Sábado 8 De nuevo trabajo. Termino el artículo sobre la Cruz Roja y después viene a verme Bérau.⁴⁹⁵ Paso la velada con Hochdorf y Horner, el redactor jefe del diario Zürcher Post. El Neue Zürcher Zeitung publica la respuesta de Heine⁴⁹⁶ a una entrevista conmigo: vueltas y más vueltas que no conducen a ninguna parte. Y recibo una carta de Rolland, muy afectuosa, en la que me cuenta entre otras cosas que ha escrito sobre mi Jeremías en Coenobium.⁴⁹⁷

Domingo 9 Paso horas en casa trabajando. Debería ir a ver a mucha gente, pero la verdad es que no me apetece. De todos modos pierdo un buen rato en el hotel con Cassirer, con quien mantengo una conversación muy interesante. Lo acompañan el Professor Gaul⁴⁹⁸ y Van der Velde, que está en la ciudad por un día. Los hermosos cuadros de Cézanne, Van Gogh, Renoir, ¡están en manos del representante de la propaganda artística en Suiza! Me entero de muchas de estas cosas, sobre todo de los misteriosos tejemanejes de los nombramientos (tanto Bruselas como Berna están en manos de los homosexuales), y es entonces cuando advierto la espantosa magnitud que ha adquirido este estado de cosas en los últimos años. También aquí en Zúrich llama la atención que todo el círculo (Seippel, Unruh, H.‡) sea homosexual, parecen tenerlo prácticamente todo en sus manos a través de esta francmasonería. La verdad es que no sería un detalle irrelevante si uno quisiera escribir una historia de la esencia alemana.

Lunes, 10 de diciembre Por la mañana, voy a visitar a Reucker, que me da largas, pero cada vez parece más dispuesto a

aceptar y tengo la impresión de que finalmente la obra saldrá adelante. Paso la velada con Ehrenstein y otros: salgo más de lo que en realidad me gustaría. Lo que echo en falta, lo noto desde el comienzo del viaje, son libros, no obstante no me apetece comprar aquí porque no podría llevármelos, pero leer periódicos me agota. En realidad, desde que he vuelto, no logro librarme del cansancio. Por lo visto, los nervios que he sufrido durante meses empiezan a pasarme factura. Cuando consiga un permiso quiero irme quince días—o un mes entero—a la montaña o a cualquier rincón tranquilo donde pueda trabajar. La incertidumbre en que vivimos no tiene fin. Y el discurso de Wilson me ha sumido literalmente en un abismo.‡ Por la tarde aún me ha dado tiempo de ir a ver al consejero de gobierno Wettsstein,‡ un hombre inteligente y, por lo visto, muy activo. En el ámbito político, es claramente favorable a Alemania, aunque, desde su punto de vista una declaración franca de los alemanes a propósito de Bélgica es absolutamente indispensable.‡

Martes, 11 de diciembre Mucha correspondencia. Nada definitivo, pues los próximos días no podré trabajar ni un poco. Por la tarde voy a visitar a Faesi en Zollikon. Le tengo mucho afecto a este hombre distinguido y elegante, y también a su esposa, tan inteligente y amable.⁴⁹⁹ El ambiente es encantador, como en toda Suiza, libre de la molesta intrusión de la modernidad (tan desagradable en Austria) y de la última moda. En todas partes se respira paz. La ubicación también es fantástica, cerca del lago. Por la noche voy a recibir a Jouve y Masereel a la estación de ferrocarriles, un tanto inquieto, porque Jouve amenazaba con anular la visita por culpa de un resfriado. Una vez en la estación paso un buen rato caminando arriba y abajo sin aburrirme—las estaciones de tren siempre me han apasionado—y me alegro cuando por fin los veo llegar juntos. Más tarde, en el hotel, mantenemos una interesante conversación.

Miércoles 12 Largas conversaciones. Como debemos quedarnos encerrados en casa, charlamos de maravilla con Cassirer, quien da increíbles explicaciones de Alemania a Jouve. Después salgo a pasear con Masereel, una persona maravillosa, cuyo carácter plácido y atento me parece encantador. Rara vez espero tanto de alguien como de él. Luego quedo con [Leonhard] Frank, que está especialmente afectuoso. Por la tarde, la lectura pública, no demasiado concurrida, pero con una audiencia atenta.⁵⁰⁰ Espantoso el episodio del cónsul general de Alemania: nos espera en la habitación para que le presente a Jouve y felicitarlo. ¡Cuánto nos perjudican y nos ponen en peligro! Me inquieta la red que nos rodea, densa pero invisible: *Le piège éternel* ['La eterna trampa']. Al terminal, charlo con Seippel, que ha acudido con Hochdorf, Faesi, Steinberg, Ivan Goll y algunos otros miembros de este grupo tan heterogéneo. Me alegra que por fin haya terminado.

Jueves 13 Atrapados en una inextricable red de compromisos. Conversaciones desde primera hora de la mañana hasta la noche. Tan sólo consigo zafarme un rato para salir de paseo con el sabio Masereel, y me da la impresión de descubrir la ciudad por primera vez. Masereel tiene unos preciosos ojos claros y un gran corazón. Rara vez he conocido a nadie que me resulte tan simpático. Entre Rubiner y yo empieza a producirse una especie de reconciliación. Celebramos un importante cenáculo y aprobamos elaborar un manifiesto. Nos pondremos en los próximos días. Hoy estoy demasiado cansado. No obstante sigo charlando con C.‡ hasta bien entrada la noche.

Viernes 14 Estoy demasiado fatigado para soportar todo esto. Negociaciones con Rascher y con Reucker, cena magnífica con Cassirer (que cuenta fabulosas historias de soldados: la de los primeros enfermos y la del general). La conversación se vuelve intensa: volvemos una y otra vez a la cuestión de cómo

superar el militarismo alemán, a través de una rebelión o dejándonos vencer para que finalice la guerra. Por la noche, me escabullo y me quedo en casa con M.⁵⁰¹ Los periódicos traen críticas muy favorables.⁵⁰²

Sábado 15 Dedico toda la jornada a poner al día la correspondencia. Al mediodía voy a ver al señor Von Manzig, ‡ un hombre bastante amable pero aburrido. Por la noche, asisto a la lectura dramatizada de «La metamorfosis del comediante».⁵⁰³ Muy agradable, y Gründ, ‡ excelente. [Oskar] Reinhart, de Winterthur, a cuyo hermano [Hans] conocí en la India, se acerca a saludarme. Son curiosos estos millonarios un poco rústicos que cultivan fiel y seriamente la literatura, que lo conocen y lo entienden todo, y al mismo tiempo son de una burda candidez. Ha sido una velada magnífica. Espero poder despachar mañana el resto de cartas y asuntos pendientes para ponerme a trabajar de nuevo.

Domingo 16 He terminado con las cartas y he puesto al día este diario. Después de almorzar voy a ver al doctor Trog. Un buen ambiente, auténtico, fabulosos cuadros de Hodler. Conversaciones interesantes. Por la noche, doy un largo paseo y luego descanso y reflexiono.

Lunes 17 Las noticias de Viena siguen siendo inquietantes. Nunca hay nada claro, ninguna certidumbre. Al mediodía voy a ver a Busoni. Su talante alegre y su dominio de sí son magníficos, ¡qué gran maestro! Hospitalario, bondadoso, eminente y con una absoluta pasión por el arte. En esto es severo: critica a Rolland sin indulgencia, aunque admira por completo su carácter. El retrato ‡ que hizo de Boccioni (de vivos colores y más allá del cubismo) es la expresión fiel de su aspecto patético y, sin embargo, delicado. Busoni es sumamente amable conmigo, y su esposa [Gerda Sjöstrand], espléndida. Estaban también un

joven doctorando alemán llamado Bruno Götz y la señorita Simon,[‡] una doctora en teoría musical, de Varsovia, que no me cae tan bien (me parece demasiado despiadada en sus críticas). Busoni, en cambio, con su sonrisa luminosa y, no obstante, melancólica, me parece interesantísimo: es tan expansivo que necesita estar siempre rodeado de gente. Además, hace gala de un cosmopolitismo insólito: nos cuenta lo que respondió a un estudiante que le dio su «condolencia» por la derrota italiana. También a él le ha probado el exilio: asegura que jamás había trabajado tanto como ahora. Me gustaría convertirlo algún día en el protagonista de una novela o de un relato: es la bondad en persona, un poco amanerado a causa del virtuosismo, pero su carácter es genuino, pese a que sus gestos sean un poco exagerados.

Después, doy un paseo con Bruno Götz. También es un refugiado, un hombre inteligente, afable y refinado. Luego, por la noche, me reúno con Lothar y el pintor Von Koppay. Otro individuo al que hay que conocer: un hombre elegante, casi un boyardo,⁵⁰⁴ de punta en blanco, elegantísimo y con ese refinamiento que proporciona haber frecuentado durante treinta años la más alta aristocracia de todos los países. Antes de la guerra, tuvo un taller en Londres y otro en Nueva York. Es imposible imaginar siquiera la vida que llevan estos individuos y sus ganancias. Es muy amable, y educadísimo, un poco tontorrón y frívolo, pero domina a la perfección el small talk. Estoy convencido de que en Inglaterra lo consideran charming, sobre todo porque ha retratado a diez reyes y siete mil princesas. Aquí hace retratos de toda la delegación de Berna (ah, no nos imaginamos la carrera que pueden hacer estos Hans Müller de la pintura). Ha sido muy interesante conocer a un tipo como él al menos una vez en la vida.

Martes 18 La mañana la dedico a responder cartas, y a dictados, conversaciones, todo lo cual termina dejándome agotado.

Ya tendría que haberme liberado de todas esas cosas, pero cada día surge alguna nueva (ahora, por ejemplo, la traducción de Rolland),⁵⁰⁵ y además, aquí no tengo una rutina organizada, y tengo los nervios destrozados. Tal vez me marche pronto a Lucerna o a cualquier otro lugar para trabajar un par de semanas. Por la noche asisto con Reinhart al concierto de Busoni.⁵⁰⁶ Magnífico, realmente insuperable: esa ligereza, su gracia y su brío. Contemplar sus movimientos suaves y, sin embargo, nada femeninos, me resulta inmensamente placentero. Por fin escucho música de veras, plenamente, ¡por primera vez en semanas! Tengo que describir a Busoni como ser humano.⁵⁰⁷ Después, cuando queremos marcharnos, un escándalo en todas las lenguas. La torre de Babel había aterrizado en la Bahnhofstrasse de Zúrich: Sájarov y otros dos pintores rusos, Clotilde von Derp, Bianca Segantini, el alsaciano Goll, varios jóvenes polacos, franceses, ¡una ensalada de lenguas! Y, tomados del brazo, caminan cuesta abajo por la calle bajo la luz de los faroles, riendo y haciendo ruido en todas las lenguas al mismo tiempo. ¡Qué momento inolvidable! Algo digno de que el mundo lo viera. Al final, no obstante, el bullicio me abruma y me escabullo discretamente.

Miércoles 19 Traduzco a Rolland, y respondo cartas. Hoy, por una vez, descanso, no veo a nadie, todo el día para mí.

Jueves 20 Voy a ver a la señora Albert, que lamentablemente se encuentra muy mal. Su desamparo me resulta enormemente conmovedor. Nadie se ocupa de ella, y me siento culpable. Pierdo los días respondiendo cartas, o haciendo otras cosas inútiles, viendo a gente... Vuelvo a quedar con Leonhard Frank, que ahora se muestra leal e insistente porque quiere algo de mí, seguramente que intervenga en su favor con Cassirer, con quien, por cierto, últimamente paso mucho tiempo, y es un individuo muy especial, audaz, temerario, socarrón y astuto a

partes iguales. Sin duda es muy inteligente. Todos debemos ser muy cautelosos y vigilar lo que decimos: uno no aprende nunca, pero el espía siempre está en casa. La oficina de prensa, que controla y limita la libertad de movimiento de su propia gente. Recibo una carta de Rolland preciosa, como todo lo que viene de él. Por la noche, vuelvo a ir a casa de Reucker, y tras hablar largo y tendido sobre Jeremías, el asunto queda zanjado. Estoy dispuesto a suprimir cuatro actos (me vendería el alma a cambio de la libertad).⁵⁰⁸

Viernes 21 Por la mañana correspondencia. El desasosiego empieza a dominarme, ya no me siento libre. Al mediodía viene a verme Oskar Fried, que también está bastante alicaído. Todos nos sentimos rodeados de locura y tan sólo anhelamos que vuelva a imponerse la razón. Conozco a dos españoles, el marqués Pelroso‡ y Vegas.‡ Magnífico lo que Pelroso cuenta de París, de donde acaba de regresar: acerca del zepelín gris metálico, un espectacular coloso que yace ante la cúpula des Invalides; de los estadounidenses, que atraviesan a toda velocidad la ciudad en automóviles con las cocottes, y del campo, de las numerosas mujeres de luto. Más tarde, por la noche, voy a casa de Goll y la señora Claire Studer, una joven encantadora. Nos acompaña la señora Werefkin, la pintora rusa, una mujer espléndida y vital que nos cuenta anécdotas inolvidables de su infancia y su patria (la historia de la embarazada que posó para ella y le besó los pies; su llegada a Alemania en plena guerra, pensando ingenuamente que allí no le ocurriría nada, a ella, una rusa). Pasamos una velada estupenda juntos, la verdad es que aquí hay personas fenomenales.

Sábado 22 Parto a Berna. Durante el viaje leo a Suarès. Después voy a ver a Heresi,‡ que es encantador y me ofrece todo el apoyo. Si Viena pasa a la acción, no habrá problemas. Por fin está todo encaminado. Por la tarde voy a ver a Hesse. Me sienta

bien verlo, es tan lúcido y tan íntegro. Su actividad de los últimos tres años es admirable, tan sacrificada. Y, sin embargo, no ha abandonado su obra, a la que se aferra con todas sus fuerzas. Por la noche regreso a casa, y leo el magnífico libro de Welty que me ha regalado.⁵⁰⁹

Domingo 23 He perdido todo el día resolviendo toda clase de asuntos. Tengo tantas cosas inútiles que resolver aquí... Ay, estos períodos de «transición», ocho días antes de que se resuelva algo. Ojalá pudiera ahorrármelos. Lo demás sería fácil, caería por su propio peso. Aun así, no hay un solo día que no esté inquieto. Me parece muy extraño lo que me cuenta Steinthal:⁵¹⁰ su propio affaire con Hülsen.⁵¹¹

Lunes 24 Voy a ver de nuevo a la señora Albert. La situación es más lúgubre y triste que nunca. Le leo algunos poemas de Louise Labé durante un rato,⁵¹² y, por afligida que se encuentre, me lo agradece muchísimo. Me habla de Rilke, de su rigor y de su pequeña vanidad de puertas afuera, de su debilidad por la aristocracia, de sus flaquezas... Pese a toda su admiración, se burla de Rilke, como todas las mujeres en cuanto «calan» a un hombre. O quizá debería decir en cuanto «empiezan a calarlo». Una celebración navideña pobre y magra. Por la noche, estoy solo (tal como deseaba), pero no por mucho rato. De pronto aparece Hochdorf con unos amigos, entre ellos el pintor Kornhas, cuyo rostro me parece muy agradable. Es un alemán del sur, afable, aunque tiene unos ojos grises severos y una mirada penetrante. Charlamos muy a gusto y me pide que pose para un boceto. Acepto de buen grado porque me gusta su mirada.

Martes 25 Paso la mañana con Werefkin. Nos acompañan un alsaciano y un ruso. Los cuadros de Werefkin son increíblemente interesantes: aparte de la orgía de color, desbordan vida y fervor, son de una suntuosidad insólita, como flores tropica-

les de ensueño, y aun así ¡tan rusos! Y ella es una mujer que, pese a estar envejecida, desborda bondad y vitalidad. Nos cuenta que llegó a Alemania con su pasaporte ruso pero, con tanto trabajo, nadie reparó en su nacionalidad, y muchas otras cosas más por el estilo. Aquí podría tomar notas para esa novela sobre el exilio. Y los negocios del alsaciano, a quien los patriotas condujeron a la policía porque no hablaba bien en francés. Después, voy a ver a Kornhas, que tiene un sentido del paisaje excelente. Aunque en los primeros cuadros es evidente la influencia de Segantini, ahora ha encontrado un estilo propio. Creo de veras que se convertirá en un paisajista de primer nivel. También su vida es singular. Tras enamorarse de una joven inglesa en St. Blasien, se deprimió y pasó dos años en un manicomio, tras lo cual viajó a la Engadina, donde regentó un hotel, trabajó de custodio en el Museo de Segantini⁵¹³ y finalmente retomó la pintura. Pese a su accidentada vida es un hombre muy abierto y sincero, muestra la sencillez y bondad tan característica de los alemanes del sur.

Miércoles 26 Trabajo. Desasosiego. Voy a ver Korrodi y mantenemos una conversación interesante. Después voy a casa de Scheller⁵¹⁴ y veo los cuadros de Kornhas. Por la noche, gran celebración navideña en el hotel. La Durieux es una narradora fascinante y también una gran chanssonnière. El hotel se ha convertido en una gran familia.

Jueves 27 Todo parece indicar que la resolución será favorable.⁵¹⁵ También llegan noticias de Neue Freie Presse. El retrato de Kornhas está casi terminado. Por la noche, con Ehrenstein.

Viernes 28 Carta de Rolland. Como siempre, una gran alegría. Trabajo preliminar, y por la tarde, retrato y encuentros con mucha gente. Ahora la inquietud proviene tanto de fuera como de dentro. Deseo ir a la Engadina y estoy decidido a marchar-

me allí ¡sea como sea! Hoy he hablado por teléfono con Berna: me permiten quedarme al menos hasta que salga la resolución. Creo, no obstante, que sólo puede ser favorable. En caso contrario, dudo que aceptara ponerme a su disposición.

Sábado 29 Trabajo. Voy a ver a la señora Albert. La soledad en la que vive es trágica, y su desgracia y su gratitud, por lamentables que me parezcan, me causan mucha impresión. Después de comer, poso para Kornhas, un tipo maravilloso y un poco ingenuo, lleno de una ternura que mitiga su rudeza. Totalmente entregado a su mujer, de un modo sincero e ingenuo. La historia de su compromiso roto, el carácter visceral de los instintos apaciguado por una profunda melancolía. Más tarde voy a ver a Seippel, un viejo imbécil, indeciso, blando e indolente. No tiene ningún valor como persona, y el suyo no es un arte verdadero, carece de toda fuerza. Por la noche, acudo a ver la obra de Reinhardt,⁵¹⁶ que, pese a ser bienintencionada, carece de interés, en definitiva es banal. Luego paso un rato con él y el doctor Hunziker. Cuánta aridez personal hay en todas estas personas.

Domingo 30 Trabajo en proyectos menores. No consigo librarme de la inquietud que me causa seguir sin tener noticias de la resolución. Por la tarde quedo con Ehrenstein, y después voy a ver al doctor [Hans] Bodmer. Conversación interesante. Luego, poso para el retrato, y más tarde quedo con Hochdorf en una pequeña cervecería encantadora, la Walliser Kneipe. Los días siempre se me hacen cortos, pese a que no se acaban nunca.

Lunes 31 Voy a ver a la señora Albert, ¡la operan hoy! En el hotel, la noche de fin de año todo es bullicio, bromas y jolgorio. Yo no estoy de humor para sumarme, tengo un nudo en la garganta: cualquier palabra se me atraviesa y me desgarras.

Martes 1.º [de enero de 1918] ¡Ah, días de fiesta! Con Frank y Grümbach,[‡] que cuenta muchas cosas importantes. Luego, posado para el retrato, que está casi terminado. Trabajo en los artículos,⁵¹⁷ que me resultan un estorbo. Tendría que ir a casa de la señora Albert, pero no me siento con fuerzas. Esas visitas me parten toda la tarde, y ahora necesito cada hora para mí. Trabajar concentrado me resulta casi imposible, tengo los nervios aún más destrozados de lo que creía. Primero debo liberarme de la angustia, necesito estabilidad. Y en cierto modo las preocupaciones siempre me rondan por la cabeza, y nunca consigo llegar a ninguna conclusión, ¡nunca!

Miércoles 2 Trabajo bastante. El retrato está terminado. Voy a ver a la señora Albert: pese a que tiene muy mal aspecto, ha recobrado una vitalidad prodigiosa. Apenas me queda tiempo para dar un paseo, hasta ese punto me tienen cautivo las obligaciones. Por la noche, me dejo arrastrar por los otros a la Bracconière:⁵¹⁸ lo peor que ha inventado hasta ahora la «propaganda alemana». Estas cosas deberían censurarse públicamente. De regreso en el hotel, pierdo mucho tiempo en conversaciones.

Jueves 3 Parece que mi asunto va por buen camino. Telegrama de la redacción del Neue Freie Presse. Tengo muchísimo que hacer: antes del día 7 debo terminar un artículo[‡] sobre Werfel y dos ensayos.⁵¹⁹ Para colmo, como de costumbre, mucha gente me persigue para que les haga algún favor. Así que el poco tiempo que tengo se me esfuma, pero por suerte soy capaz de concentrarme en los artículos. He olvidado anotar que al mediodía he ido a ver a Busoni. Me maravilla su aplomo, aunque, a nivel humano, su mujer resulta incluso más admirable, ya que él peca siempre de cierto amaneramiento del que no logra desprenderse, aunque sea tan encantador como el de Herzl. Habla de [Oskar] Fried con severidad y ecuanimidad a

un tiempo: en asuntos artísticos es de un rigor asombroso, incluso excesivo. Desprecia las tradiciones, a pesar de que él mismo, en cierto modo, participa de ellas, y su hijo de dieciocho años, por talentoso que sea como pintor, desdeña ya a todos los maestros. El ambiente de esa casa daría para una novela. Estoy pensando seriamente en incorporar algún día el personaje de Buisoni en alguna de mis obras, aunque todavía no tengo demasiado claro cómo hacerlo.

Viernes 4 Trabajo en los artículos, luego me reúno con Ehrenstein y otros, y por la noche vienen a verme Claire Studer e Ivan Goll. Después llega también Hochdorf, y la reunión en la habitación de Cassirer con la señorita Si.‡ y todos los demás resulta estupenda. Estamos muy alegres, y algunos personajes nuevos, como la señora Dequist,‡ de pelo rubio como el heno, dan al ambiente un cariz marcadamente erótico que produce un rejuvenecimiento general. Todos evitan ir demasiado lejos, aunque Kornhas no quita ojo a la señora Dequist, y Goll la emprende con Steinthal, de cuya esposa resulta ser el jefe. La situación es un auténtico caos: por suerte, soy de los que saben refrenar a tiempo ciertos impulsos y quedarse sólo con la mejor parte, la excitación.

Sábado 5 Trabajo, trabajo y más trabajo. Quiero terminar cuanto antes y lo conseguiré, pese a todas las gestiones pendientes. Corro de un encuentro a otro: me entretienen Reinhardt, de Winterthur, el cuadro de Kornhas y, por último, Gisela Etzel-Kühn, que llega de Berna. Estamos muy entusiasmados, pero no dura mucho: está demasiado cansada, demasiado mayor y decepcionada. En cierto sentido, las mujeres como ella sienten que hace tiempo que han echado a perder su vida y lo único que les queda lo malbaratan en mezquindades como los celos o la literatura. En efecto, también ella abortó contra sus deseos íntimos. De hecho, tiene una vida muy difícil, siempre

necesitada de dinero, aguardando a que los editores le paguen, situación que desconozco, pero que, supongo, debe ser espantosa.

Domingo 6 También el domingo me veo obligado a trabajar en mil cosas. Por la tarde, me despido de la señora Albert. Acabo de descubrir que tiene una hermana que vive en Zúrich, pero no quería que fuese a verla: esa obstinación suya, las desavenencias con el padre, la hermana, el marido y Rilke son muy significativas. Por lo visto, siempre está en conflicto con su destino, como si una fuerza íntima (un deseo demoníaco incontrollable) la desafiara en todo momento. Así es como un día que va en bicicleta (pese a cojear) la atropella un coche y le pasa por encima del rostro, destrozándoselo. Milagrosamente logra salvarlo. ¡Cómo me recuerda su amarga risa a la de Klikuscheff de Dostoievski! Y eso no es nada comparado con el inconmensurable dolor que ha sufrido durante horas y horas. La operación la noche de fin de año, el sufrimiento ante las necias enfermedades (la respuesta de una a una pregunta ansiosa: «Queremos a todo el mundo, sobre todo a los que sufren»), el ambiente inhóspito, las consecuencias imprevisibles de la situación... Sin duda es una heroína. ¡Qué rica y variada es la vida! Me doy cuenta de que bastaría alzar las manos para cazar al vuelo una parte de todo lo que se presenta cada día por el camino. Mientras no trata uno de profundizar en la realidad y se contenta con lo superficial, con la representación externa, imaginar resulta completamente superfluo. Si quisiera escribir novelas como Gourlakff tendría un montón de material. Por la noche, el personaje más fantástico de todos: Alastair. Faesi nos ha invitado a Korrodi y a mí a su casa, y en la invitación dice que Alastair acudirá. El nombre me suena de algo, pero no sé de qué. Korrodi tampoco sabe decirme nada concreto. Sólo cuando estamos en la casa Faesi nos advierte de que Alastair está al caer y que no nos sorprendamos por su atuendo insólito. Nos explica

que Alastair no soporta los cuellos y que le fascinan los buenos disfraces. Apenas acaba de decirlo, entra un joven dando saltitos ataviado con un elegantísimo traje amarillo de Pierrot con un precioso cuello de encaje, completamente afeitado, pelirrojo y peinado, muy bello y de piel clara, de vivarachos ojos azules y manos inquietas y delicadas, que dejan a la vista un gigantesco anillo. Posa, sonríe, derrocha gracia, y consciente de la impertinencia de su sonrisa levanta las manos para hablar, e, inclinándose grácilmente, da unos saltitos como una muchacha a punto de aplaudir de alegría, y suelta una carcajada con la ruidosa intensidad de las risas estudiadas, pero sus gestos son lo más prodigioso que jamás he visto. Se expresa de un modo amanerado, como los discípulos de George,⁵²⁰ pero absolutamente correcto. Luego nos ofrece una maravillosa interpretación al piano y canta preciosas canciones populares... Me entero de que es bailarín y de que en París ha cosechado un enorme éxito junto con Guilbert, y que también sus exposiciones como ilustrador han causado sensación tanto en Londres como en París. Es la persona más extravagante que he conocido jamás, pero lo que cautiva va más allá de la mera ostentación, porque su estilo, tan auténtico, trasciende la ridiculez. Después de la cena viene a recogerlo un coche, y, al cabo de un rato, regresa con una elegante maletita que alberga su disfraz de Pierrot, y viaja con nosotros de regreso a Zúrich. Nos explica que en el hotel Dolder lo acosan a menudo, y eso que únicamente sale de noche. En realidad, su singular rostro, tan agraciado y vivo, y el aura de misterio que lo rodea (lo único que conseguimos sonsacarle es que es alemán) hacen de él un personaje cautivador. Podría seguir escribiendo montones de cosas sobre él, más porque tengo la impresión de que no volveré a verlo, e incluso deseo que así sea para que la singularidad de este encuentro inesperado no se convierta en un hábito, el cual inevitablemente comportaría una decepción. Ha sido magnífico conocerlo de este modo, y el trayecto de regreso a casa, con sus pieles de pantera en el regazo (o es millonario o amante de una anciana rica), es todo un es-

pectáculo. Al principio sospeché que exprimía a Faesi como hace Steiner‡ con Reinhardt,⁵²¹ pero no, su secreto es otro, y ése es precisamente su encanto, el aura de misterio que no hace sino aumentar a su alrededor. Por la noche, todavía paso un rato en el hotel con los otros: conviene no tratar de revivir el acontecimiento.

Lunes 7 Telegrama de Alfred [Zweig], seguro que es uno de sus ataques de pánico, pero he tenido que salir corriendo al abogado, al notario, al consulado y al ayuntamiento, y ni siquiera he podido hacer mis maletas. Tengo mil asuntos pendientes: recoger a Lothar por la noche, hacer compras, despedirme de Dequist y de Si., dictar un artículo a St.,‡ ir corriendo a casa de Rascher y disculparme con los Strasser. Termino de hacer las maletas a las tres de la madrugada.

Martes 8 Parto a Davos con retraso por culpa de Béraud, que me aburre soberanamente, y al llegar tengo que subir la cuesta en medio de una nevada terrible. Me esperan en Wüst & Klein.⁵²² La siguiente persona que conozco es la señora Von zur Mühlen, la traductora de Andréiev.⁵²³ Alta, delgada, mirada esquiua, manos delicadas, de una vitalidad contagiosa y, según dicen, siempre a 38° de temperatura, el pulso febril de los moribundos. Aquí la muerte acecha en cada rincón: la tosecilla que sientes a tu lado, los pasillos pulidos, la temperatura que aumenta de forma sospechosa tras las comidas, la coquetería que parece desafiar a la muerte, es una atmósfera fantástica y entiendo perfectamente que seduzca a Thomas Mann y desee escribir una novela sobre el tema. Después voy a ver a Schmidtbonn, que primero hace aspavientos, pero después se deja persuadir: luce un bronceado espléndido, sin embargo me da la impresión de que algo lo consume interiormente, estoy convencido de que no es el campesino que aparenta. Luego quedo en un café con Leo Greiner, una de esas personas excelentes

cuya mera presencia me entenece. Por la tarde, la lectura en público bastante concurrida,⁵²⁴ aunque no lo suficiente como para que la velada no resulte deficitaria: el gesto de amistad de Schmidtbonn ha sido muy amable. Una vez terminada la lectura, pasamos largo rato juntos en el café: aparecen curiosos personajes, como Paul Apel, el poeta autor del *Sonnenstösser*,⁵²⁵ luego aquel viejo amigo de Petzold y, por último, Latzko, que tan bien me cae. Finalmente me duermo en este extraño aire enrarecido y cargado, que hace latir la sangre en las venas con más fuerza. El sueño puntuado por pequeñas chispas incandescentes.

Miércoles 9 Esta mañana por fin he despachado buena parte de mi interminable correspondencia. Acto seguido, he ido a ver a Latzko. En el preciso instante en que entro por la puerta lo veo inyectarse otra dosis de morfina. Noto como decae, sobre todo después de la comida, pasadas las dos horas tras la última dosis. Tiene el rostro demacrado, exhausto: parece ciertamente un moribundo. Me cuenta que el gobierno austríaco lo acosa a instancias de las autoridades suizas. Por lo visto, siete objetores de conciencia que se han negado a servir se han remitido a él y advierto cómo lo embriaga la gloria que anhelaba desde hace décadas. Tiene archivadores llenos de cartas con reseñas y reconocimientos, sin orden ni concierto. Y mientras conversamos siempre vuelve a hablar de sí mismo, monomaniaco. Por la noche voy a ver a Greiner con la señora Moissi, Schmidtbonn y Landau. Magnífica conversación, en la que Greiner y yo (también en el asunto de Dehmel) nos entendemos muy bien, mientras que Schmidtbonn no llega al fondo de las cosas. Le reprocho (cordialmente) que todos somos culpables y, aunque no quiere admitirlo, consigo hacerme oír. Conversamos, aquí en Davos, hasta altas horas de la madrugada entre viejos amigos: Greiner dice que somos fantasmas, porque le parece increíble nuestro encuentro.

Jueves 10 Parto de Davos a primera hora de la mañana y desciendo la montaña con los internos alemanes.⁵²⁶ Cuentan muchas cosas y todo en contra de Francia. En cambio, alaban unánimemente a los ingleses y a los belgas. Les han escupido, les han arrojado bostas, y los oficiales casi nunca han hecho nada para impedirlo. Actos como éstos alimentan el gran odio del futuro. En Buchs, espera en vano, que aprovecho para saldar mis últimas deudas epistolares.

Viernes 11 A primera hora de la mañana estoy en la estación. Viajamos con Friderike y Susanne a St. Moritz. El trayecto es precioso. Llegamos a las diez y media bajo un sol radiante. Primero nos dirigimos al hotel Margua, y después al Caldene, más antiguo y agradable en medio de la ostentación de los nuevos ricos.

Sábado 12 Me repugna esta vida ociosa. Me da vergüenza formar parte de ella, como ya he explicado en mis ensayos y artículos.

Domingo 13 He empezado mi Dostoievski, pero avanzo a duras penas.⁵²⁷ Le hago una breve visita a la señora Durieux. Soy feliz cuando no tengo que ver a nadie. Por fin tranquilidad. El paisaje es maravilloso.

Lunes 14 Trabajo. No salgo en todo el día, no quiero ver a nadie. Toda la gente que aborrezco está aquí: la señora Lothar,⁵²⁸ Schickele y hoy, por si fuera poco, Karl Krauss.

Martes 15 El manuscrito del magnífico ensayo‡ de Rolland. Como siempre, es el mejor, el más leal de todos, nunca lo admiraré demasiado. ¡Ay, cuánto añoro Villeneuve!⁵²⁹

Miércoles 16 El proceso contra Caillaux me tiene en vilo. Casi no puedo pensar en otra cosa. Es un personaje de Balzac. ¿Por qué no nos atrevemos a hacer lo mismo que él? Siempre nos quedamos en el plano psicológico y al final nos invade el vértigo.

Hasta el lunes 28 No he escrito nada, vida vegetativa. Todo es demasiado hermoso, el cielo es espléndido. La excursión a Sils Maria bajo la claridad deslumbrante de un aire cristalino, las caminatas por un paisaje nevado que exhala el perfume de un prado blanco. Entre una cosa y otra, trabajo en mi Dostoievski y trato de encontrar cierta paz interior. Pero no tarda en invadirme la inquietud por las decisiones inminentes. El lunes proseguimos nuestro viaje. Es agradable, aunque Susanne me pone un poco nervioso. Me agotan tanto sus constantes demandas como su ausencia. Vivo continuamente en los extremos.

Martes 29 Por la mañana me reúno con Werfel, que está radiante, espléndido. Las primeras palabras que intercambiamos ya son de complicidad, nuestro común odio a las personas que no son sino teorías revestidas de carne y nervios. Un tema que nos permite dar rienda suelta a nuestro rencor, pero también a la cordialidad. En el hotel hay una actividad frenética: Lasker-Schüler, poeta que hace gala de su genio; Annette Kolb, extravagante, desmemoriada y un poco ridícula, pero de très bon cœur; Van der Velde con su hijita de nariz respingona y sus peculiares amigos, Lothar, Kornhas... Un tobellino imparable. No faltan las rivalidades ni las veleidades. Por la noche, voy a ver Las troyanas,⁵³⁰ una representación espléndida y absolutamente emocionante. Al terminar, me reúno con Busoni y Werfel, que tiene mil autocríticas y no rescata nada de su trabajo. Culpa a Goethe y se descalifica a sí mismo, critica al artista que se limita a examinar su relación con el mundo y con ello se in-

culpa a sí mismo (pero pone por las nubes a un creador como Balzac, el voyant ['vidente']). Siempre critica su propio trabajo: el genio no le permite sustraerse de la ley, por el contrario, debe someterse más que cualquier otro a ella. Ésa es, no obstante, su fuerza: este duelo con la propia conciencia ha fortalecido extraordinariamente su carácter, y gracias a ello ha desarrollado una profunda sensibilidad. Estamos de acuerdo en todo, salvo por el hecho de que, en este momento, él se opone a cualquier pacto. Considera que sería catastrófico que un conflicto de esta magnitud terminase reducido a una miserable transacción. En cambio, yo (y la Kolb) sólo clamamos que ya basta de hacer justicia, ha llegado la hora de la misericordia. Entonces se manifiesta inconscientemente la naturaleza demoníaca de su ser. Me ha regalado su poemario⁵³¹ y leo los versos conmovido.

Miércoles 30 Por la mañana voy a ver a Reucker. Se confirma Jeremías,⁵³² y empezamos a elegir los decorados. Todo va como la seda gracias a la eficacia del personal. Es curioso ver cómo va alzándose, como si fuera un juego de construcción, lo que hasta ahora sólo eran imágenes sin relieve. Es impresionante. Después, hasta las cuatro, recortamos y retocamos el texto. Conversaciones, disposiciones..., y por la noche, acudo a la función de El cazador del bosque de Lortzing. Una música ligera y envolvente, muy alemana en el sentido tradicional, alegre, serena, estilo Biedermeier. Me he reído como un niño, lo cual me ha sentado de maravilla.

Jueves 31 Me he deslomado escribiendo cartas y leyendo... He desbrozado el camino. Mañana toca Dostoievski y el resto, me apetece ponerme. Estoy harto de pasar horas escribiendo a otros, quiero centrarme en mí. El ejemplo de Werfel es una buena advertencia: su propia bondad lo hace rebotar de arriba abajo como una pelota, indefenso, más por excesiva benevolencia que por falta de fuerzas. ¡Pobre! Me da pena, aunque sim-

plemente padece las consecuencias de su abnegación: sólo consigue ser él mismo viviendo para y a través de los demás.

Febrero de 1918 Resumen de todo un mes, tal vez del más importante y decisivo. No he tenido tiempo de escribir día a día, todo ha sido demasiado intenso, precipitado, trágico y desconcertante. Debería narrar los acontecimientos hora a hora, sobre todo de los últimos días, que han sido de la crueldad más refinada que pueda exigírsele a un ser humano.

Al comienzo estuve trabajando en mi Dostoievski, es decir, la felicidad. También tuve ocasión de hablar con Werfel y fue un placer. El acuerdo con el teatro, un éxito. Hay perspectivas de una nueva prórroga, lo cual me esperanza. Y, por último, el trabajo: jamás había gozado de tanta confianza. Enemigos de antaño, como Schickele, ahora me apoyan. Los franceses me consideran su defensor y amigo. Mi ensayo «El corazón de Europa»⁵³³ se publica en dos lenguas. Mis libros tienen éxito. Siento girar el mundo en torno a mí. ¿No es demasiado?

A ello se suman valiosos encuentros. Con Anette Kolb, con quien me entiendo de fábula; con Latzko, un ser bondadoso y distinguido, cuya lúcida bondad le permite llegar siempre al fondo de las cosas; con los Faesi, tan amables con Friderike. También la velada en casa de Ragaz: ¡qué hombre! Un santo de nuestro tiempo. No es un pacifista, sino un antimilitarista que obra por convicción. Un fanático que se dejaría quemar vivo, pero que en su fuero interno es profundamente indulgente. Me muevo entre personas afines. Incluso Alfred A. H. Fried. Hasta ahora no era consciente de que estas personas me tuvieran tanto aprecio, que hubieran seguido con tanto interés mi trayectoria a lo largo de los años, que confiaran y contaran tanto conmigo. Pocas veces he sentido tan claramente mi potencial, pocas veces me he sentido tan intensamente, pese a la incertidumbre, en el cénit de mi vida.

Por otra parte, comienzan los ensayos de Jeremías,⁵³⁴ que todos reciben con entusiasmo. Lamentablemente, contraigo unas terribles anginas y me pierdo casi todos los primeros ensayos. Guardo cama con las amígdalas inflamadas y sin poder moverme. Pero por suerte [se interrumpe la escritura].

DIARIO DE SUIZA

(20 DE SEPTIEMBRE - 13 DE NOVIEMBRE DE 1918)

Montreaux, viernes, 20 de septiembre [de 1918] Retomo el diario después de una interrupción de más de medio año. El tiempo, que parecía muerto, vuelve atrocemente a la vida. Estaba cansado de que nada tuviera sentido, pero el tiempo parece haberlo recuperado o, mejor dicho, el sentido que se había ocultado en esta crisis empieza a manifestarse. En las últimas semanas, después del giro memorable de la guerra en la segunda batalla del Marne,⁵³⁵ han ocurrido muchas cosas, al margen del trabajo, muy importantes para mí. En primer lugar, la polémica que suscitó mi artículo en *Neue Zürcher Zeitung*⁵³⁶ y, posteriormente, la reunión con Wiesner,⁵³⁷ quien quería intimidarme comunicándome su profundo disgusto y topó con mi firme determinación (ya no me dejó intimidar por el cadáver de Austria, y mucho menos por sus diplomáticos, que empujaron a este país tranquilo y apacible al abismo de un falso heroísmo). Entonces vino una breve bocanada de esperanza: la oferta de paz,⁵³⁸ que pronto se estrelló contra el muro de piedra del otro imperialismo. La escapada a la montaña me proporcionó cierta libertad sensorial: he aprendido a combatir este vano espíritu de masoquismo que sacrifica la cotidianidad a los rigores del intelecto. Tengo que aprender el arte de vivir en un especie de letargo, de vivir para mí y no para los tiempos, que a fin de cuentas son la destrucción de la vida, un obstáculo, más que una liberación. Aquí, en Montreux, en una pequeña habitación desde la que veo el lago, vuelvo a disfrutar de perspectiva y de una serena mirada interior. El cielo sigue cubierto, pero parece que podría despejarse.

Al atardecer viene a vernos Chapiro, el joven tan entrañable y gracioso. Es un auténtico placer escucharlo hablar de su gran familia en Kiev, que para ir de viaje necesitaba un vagón entero

y nunca podían subir todos al mismo tranvía. Eran tantos que la cocinera necesitaba el coche para hacer la compra. De esa época también nos cuenta que vivía de la recogida de cerezas a diez céntimos el kilo y por la noche le dolía todo el cuerpo. Pero después de reír un rato hablamos de asuntos serios: a él también lo «salvó» Rolland. A partir de una carta que le envió a Rolland, éste le pidió que lo visitase y siempre tenía tiempo para él, le ayudó todo lo que pudo. En plena guerra y en la cima de su fama, Rolland sufre dificultades económicas, porque mantiene a toda su familia y ayuda a muchísimos amigos. De todos los gestos que ha tenido con los otros, hay uno sobre el cual se guarda silencio: en Berna ha ido directamente al consulado francés a obtener información sobre Guilbeaux⁵³⁹ para poder defenderlo à fond, llegado el caso. La ayuda que presta a sus amigos es una de las cosas más conmovedoras que quepa imaginar, y cuántas más cosas me cuentan de él más convencido estoy de la singularidad de su persona, que aún a un vasto saber con un amor incondicional a los seres humanos. Su carácter infatigable tiene algo de heroico, lo mismo que la enorme soledad de su existencia. Siempre que hablamos de él quedamos profundamente emocionados.

Sábado, 21 de septiembre El día se ha despejado, hace una mañana preciosa. Estoy sentado al sol en la terraza, inmerso por primera vez en mucho tiempo en la poesía, la que leo y la que escribo. Saber que iré a ver a Rolland por la tarde ¡es un rayo de luz que me ilumina el día! Y de este paisaje luminoso surge un pequeño poema, ¡el primero desde hace una eternidad!‡ Por la tarde veré a Rolland. Nos encontramos en el tranvía con su madre, que está un poquito más frágil, pero, a diferencia del año pasado, se muestra muy abierta y extremadamente amable con nosotros. Trato de identificar el rostro de Rolland en el de ella, pero apenas es posible reconocerlo en sus facciones marchitas. Es maravillosa la armonía que existe entre él, sus padres

y su hermana, todos de cierta edad, la ternura tan dulce que se profesan (que tal vez también oculte profundos conflictos). Rolland acude a recibirnos al hotel: tiene mejor aspecto, sus penetrantes ojos claros son magníficos, pero esta vez algún disgusto o tristeza profunda parecen enturbiar su espíritu bondadoso. Ha perdido la esperanza a causa de los tiempos que vivimos: la libertad de pensamiento está cada vez más coartada y el heroísmo sólo se mantiene vivo en los ideales tradicionales. Ve Francia bajo el dominio de Estados Unidos, el espíritu de esta nueva victoria inmortalizado, las mentiras de la Triple Entente perpetuadas y embellecidas, generaciones sumidas en la autocomplacencia, el orgullo gobernando el mundo. Se ha apoderado de su ser una profunda desconfianza hacia nuestra época: habla también de los revolucionarios alemanes, que constituyen la principal amenaza. Al principio (como siempre) me cuesta conversar con él, porque parece cohibido y, en consecuencia, a mí me ocurre lo mismo. Luego salimos a dar un largo paseo los cuatro, le cuento algunas cosas y después hablo un buen rato con su hermana. Me gusta tanto observarlo, contemplar la prudente solemnidad de su andar, la serenidad de sus gestos, y siempre me doy cuenta de cómo lo quiero, sobre todo cuando lo veo tan desolado. Tiene que volver a despedirse de sus padres y su hermana, que deben regresar a París (ella trabaja allí y los padres la siguen), y me da la impresión de que esta vida de hotel también empieza a pesarle. Como todos nosotros, acusa estos tiempos, y quizá también resiente el hecho de que (siendo francés) los acontecimientos no le den la razón. Al menos desde hace unos años. Pero... Le temps viendra!⁵⁴⁰ Por la noche consigo trabajar un poco.

Domingo, 22 de septiembre Día de lluvia lleno de escritura (privada y literaria). He escrito un artículo sobre Faesi⁵⁴¹ y, a raíz de la repentina aceptación de la Leyenda,⁵⁴² una docena de cartas. Otro se alegraría, pero a mí estas cosas me dejan indife-

rente (ayer incluso se me olvidó apuntar lo de la carta de Bahr⁵⁴³ sobre este asunto‡ y la extraña relación con Andrian-Meyerbeer). Este sinnúmero de cartas y diligencias consumen lo mejor de mí, me aturden, pero no encuentro la manera de quitármelas de encima. Quizá debería levantarme muy pronto para dictarlo todo antes del desayuno y quitarme de encima todas las obligaciones para el resto del día, incluida la lectura de la prensa. Pero no consigo hacer acopio de la fuerza de voluntad necesaria: indiferente a mis propios asuntos, todo lo que viene de fuera me inquieta. Evadirme de todo, relajarme, se ha convertido en un problema que no consigo resolver: diría que la angustia es una parte innata de mi personalidad que se contagia a las personas que me rodean y les afecta profundamente, más incluso que a mí. Puedo decirlo tranquilamente: ¡hoy ha sido un día perdido! Por mucho que, en apariencia, haya trabajado.

Lunes, 23 de septiembre Todavía bajo los efectos de todo el papeleo y las gestiones de ayer. Salgo a pasear y leo muchos diarios (ni siquiera sé para qué). Por la tarde viene a verme Rolland y hablamos un buen rato a solas. Está desolado porque, en contra de lo que cabía esperar, todavía quedan menos personas libres, independientes, en este cuarto año de guerra que en el primero. Por lo visto ha perdido a muchos amigos. Sobre la magia de la palabra escrita, me explica que sus mejores amigos de Ginebra, que lo conocen desde hace años, leyeron con placer—y casi se creyeron—las acusaciones de madame Debran contra él.⁵⁴⁴ La letra impresa tiene un inmenso poder sobre las personas elementales, y en este asunto la mayoría de personas son elementales. En Inglaterra y Francia todo el mundo se ha distanciado de él: Wells escribió una carta abierta contra él, y en París Loyson prepara un nuevo libro‡ muy crítico con Rolland. La campaña difamatoria al otro lado de la frontera es despiadada. El proceso contra Guilbeaux dará pábulo a las peores diatribas,⁵⁴⁵ y parece que éste, de hecho, ha cometido algunas im-

prudencias. Se trata de comprometer al movimiento en el país, cosa que terminará confirmando el terrible engaño orquestado por las veintitrés naciones aliadas. Asimismo, como yo, Rolland está tan disgustado con Suiza que le gustaría regresar a Francia, y está pensando seriamente en hacerlo. Interceptan la mitad de su correspondencia, está aislado: medio en broma, hablamos de un nuevo país que aún está por descubrir. Con todo, trabaja mucho: en una nueva novela, que está terminada, en una sátira.⁵⁴⁶ Es extraña la combinación, que él mismo señala, de escepticismo y entusiasmo (más intensa que en Francia). Una mezcla genuinamente francesa, y añade: «Cuanto más intensa sea, menos me reconocerán como uno de los suyos». Pese a su actual desconfianza (nunca lo había visto tan abatido), infunde valor a los demás, sobre todo a los jóvenes: la gente nunca sabrá la profunda inquietud que hemos sufrido mientras ellos estaban inmersos en sus pequeñas preocupaciones. Prevé que la guerra, la agitación y la lucha, durarán cinco o seis años más, y teme que para entonces lo hayan abandonado las fuerzas. A ello se suma la tragedia de sus padres, que a duras penas siguen vivos y a quienes no puede acompañar. Soy consciente de la situación en la que se encuentra: movido por la voluntad de ayudar, se muestra ante los desconocidos más fuerte de lo que realmente es. Las continuas polémicas lo obligan a mantenerse siempre alerta, razón por la cual su sueño sería tener un chalet donde poder vivir tranquilo y ajeno a todo. Es difícil describir su terrible soledad en estos años y la tragedia de su lucha (no cuenta con un solo compañero que esté a su altura en ningún otro país). Tenemos que intentarlo. Cuando veo la ternura, y al mismo tiempo la gravedad, con que me mira siento el deber de procurarle la grandeza que merece.⁵⁴⁷

Martes, 24 de septiembre Por la mañana llega un telegrama: debería escribir algo para Forum.⁵⁴⁸ Me siento en mi escritorio y redacto de un tirón, con la facilidad que he recobrado, un ar-

título contra el oportunismo. ¡Me siento tan pleno interiormente! Las discusiones, por absurdas que parezcan, aguzan tanto los puntos de vista que uno se siente concentrado y preparado para todo. Por la tarde, he leído los periódicos: la derrota simultánea en los frentes turco y búlgaro da testimonio de la fuerza de la Entente.⁵⁴⁹ Temo que en Austria y Alemania se produzcan secuelas similares, pero más vale un final horrible que un horror sin fin. He trabajado poco hoy, pero he leído bastante. Tengo que recuperar el ritmo, que se ha resentido un poco a causa de los artículos que he tenido que escribir.

Miércoles 25 Es un personaje peculiar, nuestro casero. Un alcohólico intermitente que, por lo visto, en este preciso instante sufre una crisis: por ejemplo, guarda bajo llave toda la correspondencia y se niega a repartirla, se pasea todo el día con una carta certificada que le he entregado y duerme la mona con ella en el bolsillo. Por la mañana, trabajo un poco y despacho correspondencia; por la tarde, un agradable paseo a Mont-Fleuri, tras el cual voy a ver a Rolland. Primero salimos al jardín. Rolland tiene una mirada muy profunda: ve el tiempo venidero como una época de crisis, no cree que la guerra termine. Le pregunto si aún representamos algo, si tenemos derecho de representar a una nueva generación: en nosotros coexisten dos elementos en conflicto, la voluntad de actuar y el deseo de tranquilidad. Rolland cree que no volveremos a tener ocasión de tomar la palabra, que no llegaremos a vivir esa situación. Todo se ha visto socavado hasta los cimientos, y surgirá una nueva clase. Desde su punto de vista de historiador, nosotros somos el pasado: el sentido de lo nuevo, tan poderoso en él, vive en el porvenir. De ahí su admiración por Lenin (pese a las brutalidades que ha cometido), cuyas ideas califica de boulet de canon, mortíferas pero certeras. Sabe que nosotros no existimos para esa clase de personas despojadas de humanidad, que sólo se atienen al pensamiento lógico y renuncian a la compasión y a

los sentimientos. Pero le apasiona la clarividencia de Lenin, que anticipa la lucha durante generaciones, y también la juventud del pueblo, a quien el sufrimiento ha empujado a actuar, mientras que en nuestras sociedades los bienes materiales nos han sumido en la debilidad. El pequeño rentista y el obrero ya estaban atados al orden establecido a través de la propiedad, y jamás transformaron la época porque siempre querían más (ello es incluso más cierto en Alemania). Pero el cambio es indispensable, por eso tenía que llegar una crisis que sacudiera el mundo de arriba abajo. El suyo no es punto de vista partidista, al contrario, es un simple sentido del deber el que lo inclina a ver la vulneración de las libertades en Francia como la mayor catástrofe, sin que ello nos exima de la obligación de oponernos al régimen. También profesa una profunda desconfianza hacia las ideologías, que considera el origen de todos los conflictos y extravíos. El hombre sencillo conoce el sosiego porque no se deja llevar por las ideas. En cierto sentido, las ideas son enemigas de la vida, pese a ser también su expresión más elevada. Con todo, el enemigo más peligroso es el dinero. Hablamos largo y tendido de las eventualidades: sean cuales sean los acontecimientos futuros, habrá lucha y agitación. Y me percaté de que alguna parte de él anhela el sosiego. Nuestra conversa es muy agradable y dilatada: es maravillosa la confianza que me tiene; su escepticismo ante la época jamás se traslada a las relaciones humanas. Regreso a casa en un plácido atardecer.

Jueves 26 Por la mañana toda clase de quehaceres menores. Por la tarde, una excursión a Vevey. Una inesperada ciudad encantadora con antiguas casas de estilo francés, entrañable, pintoresca y reconfortante por contraste con el lujo de Montreux. Los hoteles conservan la distinción de antaño (cuando todavía no existía la palabra elegancia), y la atmósfera es cálida, apacible y poética. Ambos deseamos íntimamente vivir aquí, tal vez en

primavera lo logremos. Pasamos de largo por Tour de Peitz, el antiquísimo castillo; regresamos con Van der Velde.

Viernes 27 La mañana se me ha ido en ensoñaciones y preparativos para la novela de Rolland.⁵⁵⁰ A mediodía llega la noticia de la rendición de Bulgaria.⁵⁵¹ Tant mieux! Mejor un final horrible. Me temo que ha empezado el alud, el estruendo llega hasta Alemania. No obstante, qué deplorables los discursos: ni una sola palabra cálida, inteligente, vital. Pura desolación. Siempre con dos días de retraso respecto a los acontecimientos. Ahora, sin embargo, los sigo impasiblemente.

Por la tarde vienen a vernos Rolland y su hermana. Conversamos largo rato, hasta bien entrada la noche. Con cuánta cordialidad y afecto nos habla de Guilbeaux: sin exigir nuestra discreción, aunque, por cómo habla, sé que cuenta con ella. Las imprudencias de Guilbeaux le han costado muy caras, pero no oímos una sola queja. Puedo proporcionarle alguna información. El asunto es más serio de lo que creía.

Después hablamos largo y tendido del proyecto del libro.⁵⁵² Evoca su juventud, la impresión que le produjo el primer contacto con París y la entrada en sociedad en la época en que vivió en casa de su suegro, Michel Bréal, donde conoció a la Sorbona entera. El sacrificio de su padre le infundió un fuerte sentimiento de responsabilidad (evidente hasta el día de hoy). Hablamos de la intervención del destino en su vida: hace alusión a Roma, adonde fue a dar por casualidad y casi contra su voluntad, porque a los otros dos [candidatos] no se los consideró merecedores. Fue allí donde escribió Jean-Christophe. En París, a duras penas había conseguido esbozar una novela decadente sobre el declive de un gran artista, pero en Roma conoció el triunfo. La idea se le ocurrió de súbito en el Janículo, donde también concibió el proyecto de una larga serie dedicada a los héroes. No obstante, la tristeza se apoderó de él y sólo consiguió transformarla en un triunfo con su Beethoven.⁵⁵³ El pro-

yecto sobre Mazzini⁵⁵⁴ se hundió en las tinieblas (Ernst Halfanþ rechazó el manuscrito) y abandonó la idea: y así surgió Jean-Christophe, de unas notas absolutamente fortuitas que había escrito para sí mismo. De hecho tiene muchísimas notas. Durante décadas, sus escritos han sido un diálogo consigo mismo. Con los demás, menos: la fuerza efectiva proviene del pathos del éxito. Le digo que le llegó en el momento oportuno, cuando era necesario y justo, y me responde con una sonrisa melancólica: «Pour le bonheur trop tard» [‘Demasiado tarde para la felicidad’]. Advierto cuánto ha sufrido a causa de los esfuerzos en vano, que posiblemente también hayan perjudicado en buena medida su matrimonio. En general, el proyecto del libro le gusta; evidentemente es demasiado modesto para pedir nada, pero se muestra muy confiado. Me habla también de su entusiasmo por Renan (a quien describe magníficamente) y lamenta que se haya desperdiciado tanta admiración en vano, a falta de personas merecedoras en estos tiempos cruciales. Todas sus confesiones tienen un poder mágico: habla de sí mismo como de alguien completamente ajeno, sin ninguna presunción, casi con la distancia del historiador: cualquier forma de orgullo o vanidad le son completamente ajenas, su relato es objetivo y, por lo mismo, desprovisto de falso pudor. Siempre se observa a sí mismo como un problema moral: siente que ya ha superado la montaña de las incertidumbres. Aunque sigue teniendo conflictos, está seguro de sus decisiones. Me inspira tanto respeto ver cómo se inclina hacia delante para escuchar, la claridad sobrecogedora de la mirada que dedica a los amigos, siempre afectuosa, y sus ojos azul claro, de una clara luminosidad, y la voz, tan suave que todo lo que dice parece una confidencia. Al igual que con Verhaeren, siento que cada instante que paso junto a él «hace época», como decía Goethe.⁵⁵⁵ Y cada encuentro me sume en un estado de exultación intelectual que es el equivalente espiritual del sentimiento que experimenta la mujer tras el amor, esa impresión profunda que inunda lentamente todo su ser y sigue resonando mucho después. Su mera presencia hace que reine la

armonía entre las personas, del mismo modo que, dado su talento, obra incluso en la distancia: como la música, su persona me infunde una especie de fuerza liberadora, y después de verlo el día siempre se vuelve más puro.

Sábado 28 ¡Día convulso! Bulgaria ha sido derrotada: o ya se ha rendido o se rendirá en cualquier momento.⁵⁵⁶ Las consecuencias son imprevisibles, pero parece que los acontecimientos se apresuran. Eso indica también la bolsa, donde incluso han subido los valores alemanes. Vuelvo a salir en busca de los periódicos, como en los momentos más febriles del comienzo de la guerra, cuando esperábamos ávidamente cualquier noticia. La excitación en Viena debe de ser increíble, y también contribuirá a la desmoralización en Alemania. La consigna «On les aura» [‘Acabaremos con ellos’] se ha hecho realidad: se refleja aquí en la mirada de los heridos. Por la mañana he dado una vuelta por Vevey, y por la tarde, cartas. ¡Qué bien sienta no trabajar de vez en cuando!

Domingo 29 Día claro. He leído unos versos preciosos de Verwey. Por la tarde voy a ver a Rolland. Está muy alterado por el asunto de Guilbeaux. Los socialistas, sobre todo Graber, lo han traicionado, han vulnerado sus declaraciones privadas y lo han librado a la persecución judicial y política, aunque este asunto, que se debe en gran medida a la imprudencia de Guilbeaux, no los afecta en absoluto. La carta la sustrajo la secretaria de Schlesinger, quien ha desempeñado un papel francamente triste en todo el asunto: sólo ahora me doy cuenta de lo peligrosa que es esa pandilla y me he jurado evitar Berna en lo posible. Guilbeaux sólo le reprocha a Rolland que no le informara. Su firmeza es asombrosa, pese a que este nuevo ataque le afecta profundamente y lo perjudica: la situación de toda esa gente es terrible. Pero él conserva una dignidad admirable porque actúa con absoluta libertad, para sí mismo, con ese aplomo

que da el guiarse por el propio instinto. También a mí me perjudica la desgracia de Guilbeaux, pero no voy a dudar en darle apoyo, por incómodo que resulte en estos momentos: el pobre diablo me da mucha lástima, hay algo profundamente trágico en su talante juvenil. Con Rolland hablamos mucho, entre otras cosas, de viajes: la presencia de su madre y su hermana nos impide hablar de temas más profundos. Pero cuando nos despedimos vuelvo a sentir su extraordinaria cordialidad... y esa soledad tan profunda e inmensa.

Lunes 30 Los acontecimientos se precipitan a una velocidad de vértigo. La capitulación de Bulgaria es un hecho;⁵⁵⁷ Hertling, derrocado. Los periódicos alemanes dan fe de la consternación: la tormenta amenaza con estallar por fin. En Viena, una caída sin precedentes del valor de cambio, mientras aquí los valores de la moneda extranjera están en fantástica alza: diría que no falta mucho para que se produzca la capitulación de Austria. Días sin precedentes, porque cada uno de ellos se lleva consigo una década de desarrollo de Alemania, barre todos los ideales prusianos, pese a lo cual son de una grandeza indescriptible. No puedo trabajar en mis cosas, tengo los nervios a flor de piel y me siento a merced de los acontecimientos.

Martes, 1.º de octubre [de 1918] Por la mañana, una estupenda escapada a Coppet-Mies. Viñedos otoñales, azul cobalto. A mediodía, Lausana-Ouchy, y después con los Jouve. Son realmente encantadores con nosotros. Él es un hombre delicado y sensible, que vive, por así decirlo, con reticencia: come poco, camina poco, prácticamente evita fatigarse a causa de su fragilidad, pero interiormente alimenta una de las pasiones más intensas. No se jacta de ser poeta ni tiene confianza alguna en sí mismo, ¡pero qué fuerza moral tiene! Viven los tres en una casita por 300 francos al mes, sin servicio, la mujer se encarga de cocinar, de la casa y del hijo; además trabaja de mecanógrafa y

traductora, y es muy hospitalaria... Una compañera en el sentido más elevado del término. ¡Cuántas personas abnegadas he conocido ya! Él también está muy afectado por el asunto, aunque apenas hemos tenido tiempo para hablar de cosas importantes.

Miércoles, 2 de octubre Por la mañana vamos a visitar a los Arcos con Jouve, que ha venido hasta aquí. También ellos viven en una buhardilla por 30 francos, y pasamos un rato maravilloso, son muy hospitalarios, la mujer (¡encantadora!), que ha huido cruzando la frontera con él, el cantamañanas de Chapiro, Rieger...⁵⁵⁸ Naturalmente, se producen discusiones acaloradas, que conseguimos eludir enseguida. Arcos me cuenta muchas cosas de su juventud, que fue muy siniestra: la tragedia en la casa paterna, después los peligrosos años que pasó extraviado (se entregó a todos los vicios: cocaína, alcohol y mis propios vicios), hasta que su suegra y su mujer lo salvaron. Me maravilla la lucidez moral, a diferencia de las relaciones tortuosas e intrincadas de los burgueses. ¡Qué admirables me parecen estas personas! Nunca deja de conmoverme la serenidad con que soportan la pobreza.

Jueves, 3 de octubre Por la mañana viene a verme Charles Hofer. Una historia increíble la de este suizo, que va a parar a la legión extranjera, participa de las bajezas más escalofrantes mientras su mujer [Cilette Ofaire], sin recursos, se muere de hambre en París. Estas cosas habría que contarlas algún día. Después quedo con Baudouin, y por la tarde con los maravillosos Arcos: brillantes y alegres. Él es un hombre tan divertido que sólo puede caer bien. Por la noche quedo con [Marguerite] Debrit y G.,⁵⁵⁹ una escena deplorable: él, crispado, ella, llorosa. Él siempre exhibe esa maldad, el virulento deseo de ofender que tanto contrasta con su fragilidad intelectual. La petulancia me entristece, porque suele ocultar el miedo, y también el des-

dén hacia personas como Rolland. Ya no creo que pueda esperarse nada de la gente que ha perdido el respeto a los demás. Es un hombre extraviado: un día terminará reventando, como un sapo que se hincha demasiado. Yo ya lo sabía, y acceder a él ha sido difícil, pero abandonarlo ahora sería despreciable. Sin embargo, no puedo salvarlo de sí mismo.

Viernes, 4 de octubre El viaje de Ginebra a Zúrich es un verdadero martirio, incluso haciendo paradas. Levantarse a las cinco y media de la madrugada, ir sin desayunar a la estación en plena noche, los trenes abarrotados y, para colmo, la proletarianización de la existencia: siempre en tercera clase, como si no existiera otra, demasiado ahorrador para comprar un par de libros decentes, porque no sé si tendré que terminar deshaciéndome de ellos. Ya en Berna, me he sentado en un café y después he estado dando vueltas un buen rato: no hay nada más agotador que andar sin rumbo ni pausas. Me he encontrado con Commer,[‡] que me pone en guardia, pese a mostrarse muy amable conmigo. Y después el regreso, a la frenética carrera, hasta bien entrada la noche. Al llegar me entero de que ya no nos alojamos en el Belvoir, sino que nos hemos mudado a casa del doctor G.[‡] Pero estoy tan cansado que apenas alcanzo a echar un vistazo a la habitación y caigo rendido en la cama.

Sábado, 5 de octubre He pasado toda la mañana escribiendo cartas. Responder a mano la correspondencia personal y profesional se está convirtiendo en un martirio. Invierto la mayor parte de mis fuerzas en esta labor y empiezo el día malhumorado. Sin embargo, en estos tiempos imposibles no queda más remedio que ocuparse de las cartas. Aunque en realidad siento que es precisamente mi bien máspreciado, la creación literaria, el que más se resiente por culpa de esta labor, que es un modo de consumirse sin ningún provecho... Si tuviese que dar un consejo a un joven poeta talentoso lo convencería de no res-

ponder una sola carta desde el primer día, de mantenerse completamente al margen del mundo. Paso la tarde en el centro de la ciudad, donde me entero de la noticia de una nueva oferta de paz y de la propuesta de armisticio,⁵⁶⁰ que se parece bastante a una rendición. Sea como sea, la paz llegará sin duda en primavera. ¡Quizá los acontecimientos se precipiten aún más y llegue antes de lo que sospecho! Uno respira mejor. Mañana, el discurso del canciller del Imperio y, seguramente en pocos días, la respuesta de Wilson. Entonces veremos con mayor claridad y, reloj en mano, podremos empezar a contar las horas de agonía que nos quedan.

Domingo, 6 de octubre Por la mañana, cartas y notas. De hecho, estoy desesperado por sacarme de encima la montaña de trabajo que me abruma. La falta de esas pequeñas cosas que contribuyen al bienestar es un terrible obstáculo para mi productividad. Por la noche, el discurso del canciller alemán, bueno, pero llega tarde, muy tarde. Creo que las condiciones de Wilson incluirán la evacuación de Lorena. ¿Lo aceptará Alemania? El tiempo sigue avanzando a una velocidad tan vertiginosa que nuestros pensamientos apenas pueden darle alcance.

Lunes, 7 de octubre Día inquieto por culpa de la expectación, y a ello se suma el asunto Beck-Alfred.⁵⁶¹ ¿Por qué no me atengo nunca a mi instinto? Ahora me aguardan catorce días de nerviosismo, inquietud, dudas, telegramas, incertidumbre... ¡Ay, cómo lo odio! Y, sin embargo, siempre me involucro en estas historias sin valorar la gravedad de la situación. Por culpa de este asunto he perdido todo un día de trabajo, y hasta diría que la idea de la paz inminente se ha desvanecido. Es casi seguro que se aceptará un armisticio en condiciones tolerables, pero creo que se subestima lo duras que serán estas condiciones para las debilitadas potencias centroeuropeas. Me resulta inimaginable cómo recuperará Austria su prestigio... Soy incapaz de sen-

tir la menor exaltación: creo que, sobre todo para Austria, los dos primeros años de postguerra serán aún peores que los de guerra. Me resulta impensable que pueda hacerse nada con auténtico entusiasmo, con verdadera alegría, aunque quizá estoy juzgando la situación desde mi propio sentimiento de impotencia, puesto que en estos momentos todo mi ímpetu se ha esfumado. Mis mejores años han quedado reducidos a cenizas, y envidia a los más jóvenes y a los mayores: a quienes todavía pueden adaptarse a los nuevos tiempos y a los que ya ni siquiera les hace falta hacerlo.

Martes, 8 de octubre Tensiones constantes. La campaña de difamación contra Josef B.⁵⁶² me inquieta un poco: al final, esta historia deberá resolverse de un modo u otro, convendría preocuparse por otras cosas. El tormento moral es indescriptible: los periódicos de la Entente atacan severamente a Alemania, la criminalizan, y al otro lado de la frontera parece que ya sienten el agua al cuello. Un estúpido artículo de Rathenau⁵⁶³ sobre un ejército nacional llama la atención entre el resto, que por lo demás son pura cháchara. La situación del gabinete liberal es sumamente peligrosa: si aceptan unas condiciones draconianas, los conservadores se lo echarán en cara eternamente, pero si no las aceptan será mucho peor, el fin. El problema es que el liberalismo resulta imposible en un estadio tan avanzado: ahora hace falta radicalismo. A Alemania le ha llegado la hora de reconocer la amarga realidad.

Miércoles, 9 de octubre Por la mañana escribo un artículo sobre el libro (muy malo) de Latzko.⁵⁶⁴ La verdad es que la literatura bélica me tiene asqueado. Por la tarde quedo con Béraud, después voy a ver a Kesser, con quien puedo hablar muy bien y sensatamente de política. Coincidimos en todo. Después llega Unruh triunfante: asegura que el Imperio alemán lo aceptará todo e incluso expulsará a los Hohenzollern. Está radiante,

nunca lo he visto tan contento, y nos explica que acaba de recibir un telegrama del príncipe Augusto Guillermo: la humillación no le preocupa, ni tampoco la debacle financiera, vive egocéntricamente ensimismado. En medio de la conversación, cita su última obra, recita páginas enteras de versos que me suenan ramplones y frívolos. En su encantadora genialidad hay mucho diletantismo, o quizá es justo al revés. Está muy influenciado por Wildenbruch,⁵⁶⁵ pero es muy cordial y abierto, pura vitalidad y entusiasmo. Sus facciones son las de un joven lleno de fervor que, sin embargo, empieza a perder la ternura y hasta diría que es posible adivinar en él la firmeza del terrateniente prusiano del este. Rara vez he visto una complacencia tan clara, salvo quizá en las mujeres que no hacen otra cosa que deleitarse en cada una de sus palabras y gestos. Me fascina la capacidad de embriagarse con su propia persona, pero a la larga debe resultar insoportable. También es notable su capacidad creativa: diarios, dos ciclos terminados,⁵⁶⁶ aparte de las proclamas, los trabajos... Rara vez he visto una ambición tan pura y genuina: no se trata de la vulgar ambición del éxito, sino de la demoníaca, la ambición de un Kleist, la que codicia el firmamento entero, la que aspira a ser Shakespeare o nada. No piensa en la literatura, se siente un genio byroniano, es el poeta de Prusia y Alemania. Nunca se cuestiona a sí mismo ni se compara con nadie: sólo se escucha a sí mismo, a sí mismo y a nadie más. Pero su presunción no es en absoluto insignificante, es de una grandeza, pasión y fuerza que resultan inevitablemente cautivadoras. Mientras conversamos llega la respuesta de Wilson: una esperanza fría, una humillación velada, una invitación implícita a deponer las armas. Es de esperar que Alemania la acepte, pues en los últimos días ha aprendido mucho de modestia y lo que antes parecía imposible ahora cae por su propio peso.

Jueves, 10 de octubre La falta de una resolución en el asunto de Beck me tiene inquieto.⁵⁶⁷ En cuanto a la política, parece que

las cosas empiezan a estar claras: Alemania traga sin rechistar los bocados más indigestos, aunque el asunto le removerá el estómago más de lo que cree la gente. Trabajo un poco. Por la tarde, con James Joyce, el escritor irlandés, enjuto, pequeñoburgués, agudo, inteligente, pero muy quaint [‘extravagante’]. Ha vivido catorce años en Trieste y le encanta la ciudad porque jamás le ha exigido pagar impuestos: ha comenzado a escribir relativamente tarde, es decir, lleva diez años trabajando en su novela.⁵⁶⁸ Y ahora resulta que una odisea irlandesa aparece en una revista antes de que la haya terminado. Es una situación extraña, y también lo es que ningún editor inglés quiera publicar la obra. Joyce parece un tipo excéntrico al que, como a todos los necios egocéntricos, sólo le preocupa su propia persona: en los catorce años que ha pasado en Trieste no ha ido una sola vez a Fiume, Zagreb ni Viena, y aquí también vive metido en su cueva. Después voy a ver a la señora Hertzka:⁵⁶⁹ cotilleos vieneses intrascendentes.

Viernes 11 La intranquilidad que me provoca el asunto de B.⁵⁷⁰ es realmente un incordio, y el alza de los valores en la bolsa la acrecienta. Además estoy agotado, me invade el miedo ante el menor signo de debilidad, porque estamos rodeados de gripe por todas partes, en Zúrich la mitad de la población ha caído enferma y cada día hay una docena de fallecidos.⁵⁷¹ Por la tarde, una llamada del Neue Zürcher Zeitung para escribir un artículo sobre Lammasch:⁵⁷² dicen que será el nuevo primer ministro, lo que sería excelente. Intento escribir algo: no vale nada. Por la noche, hago una segunda versión: sigue siendo malo. Ahora mismo no tengo la menor capacidad creativa ni literaria: me he vuelto estéril y estoy irritado, tal vez a consecuencia de haber dejado de golpe todos los narcóticos, el tabaco y el café..., un heroísmo que me sorprende a mí mismo. Me siento bien, pero estoy perezoso y cansado, sin ganas ni capacidad de trabajar...

Sábado 12 A primera hora de la mañana por fin llega el telegrama de Alfred. Me da una alegría. He ido a ver a Beck y al director, contento de salir de nuevo de la ciudad. Por la tarde salgo a pasear, descanso y me entrego a la lectura, perezoso y feliz. Sobre todo debo evitar que las preocupaciones materiales se acumulen, porque entonces desfallezco de inmediato.

Domingo 13 Hoy llega la noticia de que Alemania acepta todas las condiciones previas. Un alivio: el final ya es inevitable. En Alemania han apartado del poder al emperador⁵⁷³ y al príncipe heredero [Guillermo], la capitulación está en marcha: lo más duro nos espera en Austria, donde parece ineludible el reparto y un total desmembramiento. Pese a todo, paso bien el día, festivamente perezoso, leyendo y escribiendo, aunque no consigo trabajar demasiado.

Lunes 14 La epidemia de gripe es espantosa. Treinta personas mueren a diario en Zúrich, miles están enfermas. Naturalmente, como en la guerra, uno tiene la estúpida sensación de que no puede tocarle, pero qué desagradable e inquietante es sentir que el fantasma acecha en cada esquina. Faesi ha enfermado en Viena, en todas partes lo mismo. Trabajo en un artículo para Presse,⁵⁷⁴ pero ¡estoy tan cansado del trabajo literario a destajo! Quisiera pasar una buena temporada escribiendo para mí y sólo para mí, algo que desde hace años me resulta irrealizable, inalcanzable.

Martes 15 Trabajo un poco, termino el artículo, buenas cartas, Jeremías se ha representado en Núremberg (mi indiferencia hacia esas cosas es monumental); por la tarde viene a verme Béraud y me cuenta la fría respuesta que ha dado Wilson, quien exige categóricamente la abdicación de los Hohenzollern, la evacuación total sin condiciones [de los territorios ocupados] y

anuncia negociaciones con Austria por separado. El escalofrío de la historia me penetra hasta la médula: comparado con lo que le espera a Alemania, Brest-Litovsk parecerá un juego de niños.⁵⁷⁵ Volvemos a la espantosa tensión de 1914, con la diferencia de que ya nada nos altera los nervios, estamos insensibilizados, hemos perdido cualquier resto de esperanza o de miedo. Ya no podemos más. Que se devanen los sesos quienes acordaron la paz de Brest-Litovsk, yo ya no quiero atormentar mi cerebro con esas cosas. Uno ni siquiera se atreve a pensar en el final, pues la paz no será sino el comienzo de nuevos conflictos.

Miércoles 16 Toda clase de menudencias: lectura de críticas de Jeremías,⁵⁷⁶ charla con Rubiner... Ambos nos damos cuenta de lo trágico que es el terrible empobrecimiento de Alemania, que no tendrá parangón en la historia de la humanidad, nada ha supuesto jamás una derrota similar. En este sentido, supera la imaginación, hay que pensar en utopías. Por la tarde, trabajo. Corrijo mi nueva obra, lo cual resulta inmensamente placentero en medio del caos.⁵⁷⁷

Jueves 17 Últimamente voy todos los días a la ciudad y no trabajo en nada en concreto. Me inquietan los acontecimientos internacionales sin fin, las noticias se suceden incesantemente con una virulencia increíble. Estamos viviendo los momentos más intensos de nuestra historia: se está conformando el destino de Europa. Pero ¿qué es para nosotros Europa, sino una ilusión, una mancha en el mapa convertida en un profundo sufrimiento? Ojalá me quedaran fuerzas para pensar más allá del tiempo y entender esta guerra como un acontecimiento histórico, como las guerras otomanas, y reconocer así, impasiblemente, de qué somos inocentes y en qué estamos libres de responsabilidad moral.

Viernes 18 Nada importante; no he trabajado, me he limitado a esperar las decisiones. Dicen que el emperador partirá en cualquier momento:⁵⁷⁸ pero los Hohenzollern son muy testarudos y se aferran desesperadamente a su trono. Mi odio hacia esa gente no tiene límites: arrogantes en la fortuna y cobardes en la adversidad.

Sábado 19 He hablado largo y tendido con Kesser. Todo el mundo está de acuerdo, salvo la camarilla de Potsdam. Por lo visto el desconcierto en Berlín es monumental: las noticias son tan ridículas como confusos los artículos periodísticos. Imposible orientarse. En la bolsa, un baile frenético de valores, mientras que en la ciudad la gripe ha adquirido dimensiones pavorosas. Una epidemia mundial frente a la cual la peste de Florencia u otras similares consignadas en las crónicas son un juego de niños. Devora cada día en Europa entre veinte y cuarenta mil personas; pero ¿qué es Europa? Una ficción de la que hay que olvidarse, como de toda alianza.

Domingo 20 He estado esperando el comunicado de respuesta de Alemania.⁵⁷⁹ En su lugar llega el de Wilson a Austria, devastador: establece la absoluta liquidación del país. Parece, pues, que será el final tanto de los Habsburgo como de los Hohenzollern. Todas las declaraciones que catorce días atrás habrían parecido blasfemias hoy son simples evidencias.

Lunes 21 Buenas noticias: el teatro Lessing ha aceptado la Leyenda,⁵⁸⁰ la impresión de los libros está casi a punto. Bien mirado ¿no es más importante esto que la aborrecible política que nos devora y nos consume sin ofrecer nada a cambio?

Martes 22 Por fin me he quitado de encima toda la correspondencia. De Fiori⁵⁸¹ trae novedades de Berlín, del caos que

reina, aunque sin estallidos. Continúan mercadeando mientras la revolución planea sobre nuestras cabezas. Buscamos ávidamente en un periódico tras otro sin encontrar nada que nos tranquilice.

Miércoles 23 Tensiones sin fin. Nada de trabajo. Me he limitado a leer, entre otros a Nietzsche. Me paso el día leyendo la prensa con gran inquietud. Pero hace un precioso día de otoño, claro, limpio, los árboles parecen salidos de un bosque encantado. No obstante, la gripe me arrebató la alegría: cada día se acerca más, no caer en sus garras se ha convertido en un milagro.

Jueves 24 El comunicado de Wilson donde exige la destitución del emperador alemán parece fatídico. La bolsa reacciona con una fuerte subida, pero todo eso pasa a segundo plano a causa de la desintegración de Austria. Ya no sabemos qué seremos, si alemanes o checoslovacos, todo es oscuro e incierto, aunque ya ni nos preocupa. Pero ¡esta incertidumbre, este desasosiego!

Viernes 25 Beck despachado, tras lo cual voy a casa de los Faesi, donde me informan de que él sigue en Viena. Aparte de eso, sólo expectación e impaciencia.

Sábado 26 Recibo una carta maravillosa de Rolland. He escrito[‡] sobre Masereel y nada más. Sólo aguardo la abdicación, que sigue haciéndose esperar.

Domingo 27 Siguen las tensiones. No puedo ni respirar de los nervios. En Austria los acontecimientos se precipitan a una velocidad inusitada. El alud se nos echa encima: me gustaría

observar cómo cae, pero no se detiene. Es atroz esa aceleración, esa velocidad espantosa.

Lunes 28 Dicen que Lammasch será el primer ministro. ¡A buenas horas! Pero más vale tarde que nunca. La respuesta alemana, floja y evasiva. ¡Ah, qué caos! ¡Dentro y fuera de mí!

Martes 29 Mi artículo publicado.⁵⁸² Masereel viene a recogerme. Es un hombre de una sencillez maravillosa, profundo, leal e inteligente, imposible no encariñarse de él. Me cuenta tantas cosas, y de un modo tan humano, que querría ser como él.

Miércoles 30 Almuerzo con los Cassirer, una alegría en medio del caos. Llego Ludwig con muchas noticias: revolución en Hungría, Austria pronto arderá. Imposible asimilar tantas cosas, es demasiado de golpe.

Jueves 31 Con [Leonhard] Frank, la encarnación del mal: se alimenta de odio y produce odio. Cómo le enfurece que otros escriban algo, cómo desprecia el dinero, pese a lo cual acaba de comprarse una casa. Después de verlo siempre me duele la barriga. Ludwig nos cuenta muchas cosas, pero lo alinea todo con mucha diplomacia. Hace gala de mucha inteligencia, es más capaz de lo que parece. Oferta de armisticio por parte de Austria: los gemidos desesperados del moribundo que se resiste a morir. Y Wilson se toma su tiempo para responder.

Viernes, 1.º de noviembre [de 1918] El alud es cada vez más aterrador. Han asesinado a Tisza.⁵⁸³ Por fin, dicen. Y aun así, es demasiado tarde. Revolución en Hungría declarada y general; en Austria, Victor Adler es nombrado ministro de Asuntos Exteriores. Paso la tarde en casa de Latzko, que está en cama. La tragedia de su mujer es terrible: le ocultó sus dolores para no

estorbar su trabajo y ahora está en las últimas.⁵⁸⁴ No le permiten verla a causa de la gripe: complicaciones del azar que él percibe como un ensañamiento del destino. Al mismo tiempo, es inmensamente bondadoso, no puedo dejar de pensar en él postrado en su lecho, sufriendo, con el alma destrozada. Por la noche vuelven a llegar noticias: los ingleses están en Liubliana.⁵⁸⁵ Esto va más allá de lo que es posible entender, comienza a ser demasiado.

Sábado, 2 de noviembre Las tensiones empiezan a rebasarme. Austria está en plena revuelta y librada al bolchevismo. Me devano los sesos tratando de comprender lo que ocurre. De los diarios sólo se obtienen retazos, lo demás es pura fantasía. Estoy tan abstraído en la lectura de los periódicos que pierdo el tren. Y para colmo la debacle en el Isonzo,⁵⁸⁶ la retirada del Ejército, el último buque de guerra torpedeado...⁵⁸⁷ Piden ayuda a los ingleses y estadounidenses, del mismo modo que los finlandeses se la pedían a los alemanes. La abdicación del emperador alemán es inminente, la del austriaco ya parece haber tenido lugar, se avecina un caos como el mundo entero no ha visto jamás. Wilson, sin embargo, no cede, guarda silencio mientras nosotros esperamos con el corazón en un puño.

Domingo 3 Por si fuera poco, el asunto del hermano de Beck.⁵⁸⁸ Vuelvo a pasar por el infierno de los cuadros de Rudolf.⁵⁸⁹ Pero esta vez no me afecta tanto personalmente y, además, los tiempos son tan convulsos que es imposible pensar siquiera en llevar a buen fin esta historia. El Imperio entero se resquebraja, necesitamos recibir noticias, pero pocas nos ofrecen una imagen de conjunto. Lamentablemente, han vuelto a vencer los voicingleros, los nacionalistas alemanes: para variar, se impone el que más grita. Si la Austria alemana se anexionase al Imperio alemán y se aislase de los otros Estados, las consecuencias serían imprevisibles: sobre todo, empobrecimiento total; y Viena,

con su absurda masa de dos millones y medio de habitantes, sería desplazada a los confines del Imperio, por no hablar de la pauperización inexorable, del inevitable hundimiento. Hablo de ello un buen rato con Ludwig Bauer, quien está convencido de que la solución más sensata es hacerse judío.

Lunes 4 Apenas he dormido, en realidad no he dormido nada. Desde hace dos semanas no he escrito ni una línea, me limito a devorar los periódicos, inquieto y crispado. Llega la noticia del armisticio: es despiadado, un segundo Brest-Litovsk. Ni siquiera yo, tan pesimista, había previsto tal final denigrante. No obstante, la necedad de los alemanes hace salir a todos los demonios de sus agujeros: siguen siendo incapaces de despedirse de su amado monarca y eso cuesta miles de vidas inocentes. Por la tarde quedo con Rieger, quien ahora, en medio de este tumulto espantoso, quiere regresar. No llegan ni cartas ni telegramas, estamos completamente aislados. Y además a todo el mundo le falta lo más necesario y beneficioso: sensatez. No se dan cuenta de que en Austria muy pronto va a estallar tal caos que, en comparación, todo lo que hemos vivido hasta ahora parecerá un juego de niños. Y una vez más serán los vocingleros, los que más gritan, quienes se adueñen de la situación y lo echen todo a perder. En estos días Masereel, lúcido, honesto y bondadoso, es una bendición. Hay muy pocas personas a las que tenga tanto cariño como a él. Es todo bondad y fuerza, una combinación prodigiosa.

Martes 5 La estabilidad es cada vez más frágil. En Vorarlberg hay una revuelta,⁵⁹⁰ sus habitantes quieren unirse a Suiza, que no los espera con los brazos abiertos. En Innsbruck, los soldados saquean los trenes,⁵⁹¹ en Viena parece que la rebelión se está preparando. Voy a la caza de noticias veraces y no las encuentro. Diría que el caos acaba de comenzar, pese a lo cual los editores me escriben desde Alemania para pedirme libros, todo

sigue su curso tranquilo. Me da la impresión de estar viendo a un moribundo hacer planes para el año que viene, consciente de que no es posible aspirar al perdón: las condiciones de la paz serán cada día más demoledoras para Alemania. Los Aliados no tienen ninguna prisa en acelerar las negociaciones de paz, al contrario, esperan con notable calma y parsimonia el desgaste interno. Es la tensión nerviosa más intensa que quepa imaginar, me consume.

Miércoles 6 He trabajado en el libro sobre Rolland⁵⁹² animado por Rütten y Loening.⁵⁹³ Todavía reina una considerable confusión en el mundo, aunque poco a poco algunas cosas se van aclarando. De Austria llegan mejores noticias, no personales, sino en los periódicos. Parece que el orden se mantiene al precio de esfuerzos descomunales. La descripción de los aluviones de soldados que regresan del frente y son expulsados a Vorarlberg manu militari pone los pelos de punta.⁵⁹⁴ Paso el día entero obsesionado con esas imágenes. Son terribles los suizos, incluso en una situación como ésta tan sólo se preocupan por sus mezquinos temores.

Jueves 7 Finalmente, el buen Rieger no se ha marchado. Ha aceptado un puesto en una farmacia de aquí, un trabajo muy respetable. El armisticio con Alemania está a punto de firmarse, en dos días se habrá terminado todo, más aún después de la revuelta en Kiel.⁵⁹⁵ Quedo con Ragaz, con quien, en el fondo, sólo me entiendo en las cosas que se ocultan tras su armadura teológica. Me he encontrado con Josef B.,⁵⁹⁶ que me ha tranquilizado bastante, el asunto no nos afecta.

Viernes, 8 de noviembre Día histórico. Alud de noticias: Baviera se convierte en república, Suiza está en huelga general, ultimátum al káiser alemán, negociaciones de paz... Se queda uno sin aliento, pero nos falta la fuerza interior para asimilarlo

todo, estamos demasiado exhaustos. Uno percibe la magnitud de los acontecimientos, pero no tiene verdadera capacidad para concebirla. Aquí la gente tiembla de miedo, resulta casi insostenible hablar del asunto. De Austria, ninguna noticia.

Sábado 9 Huelga a causa de la movilización.⁵⁹⁷ Es trágico que no haya periódicos justo ahora, cuando más los necesitamos. La agitación se palpa en todas partes, cada instante nos hace temblar. Los ciudadanos están muertos de miedo y cualquier noticia los aterra. Los rumores corren de boca en boca, aunque todo esto no sea más que una farsa comparado con todo lo que ha pasado hasta ahora en el mundo. Paso la velada con Unruh, que por fin, como todos nosotros, está profundamente conmocionado por el terrible destino del pueblo alemán. Antes se decía con ligereza: hay que derrotar a Alemania. Ahora, no obstante, queda claro que esta guerra ha sido demasiado larga y que una derrota equivale a la ruina total.

Domingo 10 De nuevo estamos sin periódicos. Y en Alemania ha estallado la revolución, Baviera es una República, se ha expulsado al káiser y, junto con él, a todos los reyes y archiducos. Las condiciones del armisticio son un segundo Brest-Litovsk, pero la situación de Alemania es desesperadamente similar a la de Rusia. A ello se suma el anuncio de la huelga ferroviaria en respuesta a la provocación por parte del Gobierno.⁵⁹⁸ la ciudad está llena de armas, los soldados corren de un lado a otro en los convoyes, con ametralladoras y cascos de acero. Y nosotros nos preguntamos: ¿dónde está la alegría? La guerra ha terminado, se ha instaurado la República de Alemania, se ha expulsado a los reyes, pronto el juicio de Dios caerá sobre los instigadores de la guerra. Pero en lugar de esa alegría, esta inquietud sofocante, el horror ante todo lo que se avecina.

Lunes 11 A primera hora de la mañana voy a la estación ferroviaria con Masereel, que quiere partir; no hay trenes ni periódicos. La situación es grave: la ola se alza sobre el mundo entero. De Holanda y Suecia llegan las mismas noticias. La guerra se ha cobrado una terrible venganza contra quienes la deseaban: emperadores, reyes, diplomáticos, militares, capitalistas... Su mundo se desmorona. Las grandes potencias nunca son destruidas: se destruyen ellas mismas. Nos hallamos ante un cambio como el de la Revolución francesa, con la única diferencia de que todo ha adquirido unas dimensiones monstruosas. Tendremos que aprender a vivir de otro modo, no queda más remedio.

Martes 12 Nos vamos enterando de todo poco a poco. En la ciudad ha habido tiros, la huelga se extiende por todo el país. Es cierto que en Suiza la oposición es fuerte, hay demasiados pequeños propietarios, que son el muro más sólido contra la revuelta. El pequeño propietario es más duro y tenaz que el grande: se aferra a lo que tiene. En cuanto a los obreros, también son pequeñoburgueses, van endomingados incluso entre semana. En el fondo, sólo quieren poder, pues prácticamente no tienen nada más que reivindicar. El día se hace largo sin noticias, más aún ahora.

Miércoles 13 De vez en cuando me entero de algún detalle. Se ha firmado el armisticio, Victor Adler ha muerto, el emperador Carlos [I de Austria] ha abdicado... En otros tiempos nos habríamos quedado sin habla, pero ahora tan sólo estamos cansados. Ya han pasado tantas cosas y quedan tantas por pasar... Uno ya no da más de sí. Al menos yo consumo la mitad de mis fuerzas pensando en los espantosos escenarios que se avecinan, en que el odio entre clases y estamentos inundará el mundo.

DIARIO DE 1931

(22 DE OCTUBRE - 6 DE DICIEMBRE DE 1931)

Jueves, 21 [= 22] de octubre de 1931 De pronto, tras años sin escribir, me he decidido a reanudar el diario. Lo hago empujado por el presentimiento de que se avecina un período crítico, similar a los días de la Gran Guerra, que merece un testimonio escrito del mismo modo que en otros tiempos lo requirieron los grandes viajes que emprendí o la guerra. No me refiero a una conflagración armada, ni la espero, sino a conflictos sociales internos, que en el caso de Austria podrían ser una revolución fascista o de la Heimwehr.⁵⁹⁹ En todo caso, va bien volver a ejercitar la mirada atenta.

El pretexto inmediato para escribir de nuevo fue la llamada telefónica que recibí anoche del periódico Neue Freie Presse comunicándome que Schnitzler había muerto. La muerte de las personas me afecta poco, siempre que no implique una tragedia para sus familias y que el difunto haya completado su obra. En el caso de Schnitzler, ha muerto «viejo y colmado de días», como Job.⁶⁰⁰ Sin embargo, me ligaban a él recuerdos, además de la gratitud y el respeto a una persona que supo evitar los excesos, mucho más que yo, tal vez porque nunca se entregó a nadie, no osaba abrirse demasiado y estaba más centrado en sí mismo, más retraído en su mundo interior. En cualquier caso era un personaje muy noble. Sé que me apreció de veras desde el principio, y aunque ya era demasiado mayor para entablar una amistad íntima conmigo, me ofreció todo lo que quiso y pudo dar a un joven como yo. He escrito unas palabras en su memoria,⁶⁰¹ apresuradas pero al menos desprovistas de la falsa pompa y los aspavientos que tanto se estilan en estas ocasiones. Por la tarde he continuado con María Antonieta.⁶⁰²

Viernes 22 [= 23] Me repugna la política austríaca. Uno tiene que acostumbrarse una y otra vez a quitarse de la cabeza que es un ciudadano, y a rechazar, por ilusorio, cuanto se nos exige, a no desperdiciar energías en una momia galvanizada artificialmente. En las conversaciones siempre surge la pregunta: «¿Adónde vamos?». Todos los países son igualmente inviables, Europa no volverá a ser habitable hasta que esté unificada y ofrezca en su espacio libertad de movimiento. Cómo se reirán algún día de las locuras en las que invertimos nuestra energía intelectual: al leer ahora en los escritos de Mercy las preocupaciones políticas de 1780,⁶⁰³ percibo exactamente los mismos esfuerzos inútiles por mantener un equilibrio imposible, ese arte de hacer castillos de naipes llamado diplomacia. Continúo con María Antonieta.

Sábado 23 [= 24] Noticia del funeral de Schnitzler. El presidente de la República [Miklas] no presentó sus condolencias, ningún ministro asistió al sepelio, la universidad guarda silencio: estupendo, queda clarísimo. No pactar jamás con esa gente, rechazar cualquier honor.⁶⁰⁴ ¡Cuanto más insignificantes son, más seguridad les da su arrogancia! Debo reafirmarme en la convicción de que lo que pasa en este país no tiene nada que ver con mi yo íntimo. He continuado trabajando o, más bien, esbozando.

Domingo 24 [= 25] Disgusto a causa de Hünich, que lo pone todo patas arriba, la bibliografía y hasta el catálogo. Cada vez veo más claro que la debilidad es el peor vicio—algo importante también para el libro sobre María Antonieta—, porque corrompe a los demás. A Klüber, a Hünich, a todos los de aquí: mi deferencia, mi generosidad y mi confianza, en lugar de estimularlos, los ha debilitado, los he consentido moralmente. Ahora la ira que brota de su inconsciente la dirigen contra mí, y con razón: la debilidad es su vicio. Algunas lecturas, un poco de

trabajo. Tendría que ser más diligente y quiero que este diario me sirva de estímulo.

Lunes 25 [= 26] A.⁶⁰⁵ me llama desde Viena a causa de un artículo‡ «mistificador» que lo ha indignado, sin motivo, a mi entender. Hablo por teléfono con Berlín por la película,⁶⁰⁶ me dedico al ensayo para Rusia,‡ a la necrológica‡ de Schnitzler y, paralelamente, a María Antonieta. He terminado el borrador de la primera parte. Como estoy molido, por la noche intento descansar.

Martes 26 [= 27] He vuelto a hacer gimnasia: hay que tratar de mantener en forma este despojo. Después, una discusión con Hünich, que ha estado dándome largas y encima pretende echarme la culpa del retraso. Ideas para una pieza teatral sobre María Teresa, la división de Polonia y José II; aunque más bien dan para una novela.⁶⁰⁷ Me parece un tema muy interesante por la voluntad moral de ella y sus premoniciones. Sigo avanzando con María Antonieta: será un libro larguísimo.

Miércoles 27 [= 28] Bastante trabajo. Avanzo con María Antonieta. Por la tarde, recibo a Kippenberg, que tiene muy buen aspecto. Resolvemos todos los temas enseguida, me parece que habla de la situación con más optimismo del que siente, quizá no sin segundas intenciones. Pero si lo soluciona todo, fenomenal.

Jueves Kippenberg se queda hasta la noche y, entretanto, despacho correspondencia. Al final estoy tan exhausto que apenas soporto «la unción del rabino».⁶⁰⁸

Viernes 29 [= 30] He reanudado el trabajo a primera hora. No avanzo tanto como querría, hay tal cantidad de material que

primero tengo que clasificarlo y revisarlo.

Sábado 30 [= 31] Pese a todo, María Antonieta avanza a buen ritmo. Muchas cartas. La situación política es preocupante: la agitación de la Heimwehr se palpa en todas partes. Sigo sopesando la idea de buscar un lugar tranquilo, pero al menos mientras persista en casa la incertidumbre a causa de Alice y Susanne [Winternitz], no puedo pensar en nada definitivo.

Domingo, 1.º de noviembre He avanzado un poco más con María Antonieta. Discusión con Alice y Susanne durante el almuerzo. Es insoportable vivir en este ambiente de necedad y miserable presunción, me ahoga y sobre todo consume toda mi energía. Me sentaría bien tomarme un respiro. Por la tarde, una siesta reparadora.

Lunes 2 Cartas de Richard Strauss⁶⁰⁹ (importante), Ernst Benedikt sobre aquel tema y Salten a propósito de la ceremonia.⁶¹⁰ Lo más importante: he continuado trabajando en el libro de María Antonieta. Muy pronto habré despachado el asunto de Mirabeau,⁶¹¹ lo que significa un progreso considerable y me acerca al meollo de la biografía. Un par de episodios aburridos y luego el resumen. A partir del cautiverio, la narración fluirá. Lo importante ahora es mantener una concentración rigurosa: no aflojar hasta que tenga el andamiaje completo. Después, redactar más ampliamente dos capítulos a modo de prueba. Al anoecer, durante un paseo, las numerosas patrullas de la Heimwehr que pasan de un lado a otro en bicicletas y automóviles me sobrecogen. No me cabe duda de que habrá un nuevo intento de golpe de Estado, y creo que les dará resultado. La historia nos ha enseñado que los recortes salariales a amplios sectores de la población alborotan el país entero y la insatisfacción arroja a los votantes a los brazos de los opositores al gobierno; a ello se suma el éxito del movimiento nacionalsocialista en

Alemania:⁶¹² a la gente le falta tiempo para cambiar de chaqueta en cuanto presiente que soplan aires nuevos. Es difícil saber si detrás de esos movimientos hay ideas políticas de largo alcance. No obstante, lo más probable es que solamente se hayan planificado las primeras etapas y el resto se deje al azar. Personalmente, todo eso no me afecta demasiado, pues no aprovecho en absoluto la libertad de movimiento de que dispongo. Más bien llevo una vida monacal consagrada a mi trabajo en un aislamiento y austeridad que a mí mismo me parecen exagerados. Me vendría bien activar la circulación sanguínea con un poco de vida.

Martes Continúo con la biografía de María Antonieta. He llegado a un punto especialmente delicado. No obstante, creo que he superado lo más difícil: ahora sólo tengo que dar relieve al personaje para que destaque sobre el fondo de los hechos históricos. Paso el mediodía con la señora Jannings. Por la tarde, he leído el nuevo libro de Carossa,⁶¹³ un placer por su lenguaje, en la mejor tradición del alemán: claro, elegante y sobrio. Como en el caso de Stifter, todo lo familiar y real se vuelve irreal: momentos en que la naturaleza parece sobrenatural. Tiene una profunda comprensión del misterio, como en el diario de guerra en Rumanía.⁶¹⁴ Una obra imperecedera, ¡un escritor puro como pocos! Y uno de los pocos libros que da gusto releer.

Miércoles Continúo con María Antonieta hasta la huida a Varennes. La situación política parece haberse aclarado un poco, no creo que quepa temer un golpe de Estado en un futuro inmediato, porque la coyuntura actual en Alemania exige legalidad, y una acción violenta produciría una pésima impresión: el número de simpatizantes de los nacionalsocialistas crece a tal velocidad que ya no necesitan recurrir a medidas ilegales. Confían en conquistar en las urnas lo que hasta hace poco sólo pa-

recía posible alcanzar con granadas de mano. En cambio, las repercusiones de la crisis económica son impredecibles. Me llega de París una carta de Benno Geiger, afectuoso, aunque un poco desanimado; qué espantoso tener que volver a empezar a los cincuenta años, yo no tendría fuerzas. Aunque quizá uno las halle cuando las necesita. De hecho, me gustaría comprobarlo, sería un reencuentro con mi propia juventud.

Jueves María Antonieta. Carta de Silbergleit. ¡Quién sabe si aún podemos salvarlo! En cualquier caso, haremos todo lo posible. Por la noche voy al cine a ver una película sonora francesa que resulta encantadora, *Le Million*,⁶¹⁵ de René Clair, sin el sentimentalismo ni la rigidez de los alemanes.

Viernes Continúo con María Antonieta sin interrupciones. Es un mero retrato, pero creo que resulta conmovedor. Por lo demás, nada relevante. Carta de Richard Strauss, que me espera el día 20.

Sábado Trabajo en María Antonieta. Visita del peculiar pianista Sérov: tengo que leerme su libro,⁶¹⁶ que, por lo demás, me puede resultar útil. Personalmente no me produce demasiada impresión.

Domingo Todo el día perdido en reuniones con Hinterberger para tratar el asunto de Alix.⁶¹⁷ Me agotan estos cálculos minuciosos. Aplicada al ámbito del espíritu, toda esta energía combinatoria habría dado una buena novelita.

Lunes 9 Noticias desagradables. Denegado el crédito de sesenta millones,‡ al parecer debido a la presión de Seipel, cuyo trabajo es estupendo, pero es el único que ofrece planes a largo plazo, y tiene el valor de practicar la *politique du pire* [‘política

de lo peor'] que recomendaba Mirabeau. Nuestro m.⁶¹⁸ zozobra y se precipita hacia la catástrofe, que tal vez sea preferible al marasmo. Pero cuánto tiempo me hará perder el papeleo, las declaraciones de renta y normativas... Realmente más habría valido que viajara a Francia sin preocuparme de nada; también Rusia me habría servido para olvidarme de todo.⁶¹⁹ En cualquier caso, avanzo con María Antonieta.

Martes Sigo avanzando con María Antonieta. Espero haber terminado mañana la huida de Varennes,⁶²⁰ que ocupará unas cuarenta páginas. Calculo que el libro entero tendrá unas quinientas páginas y dudo que pueda terminarlo realmente en primavera. Si soy capaz de mantener, o incluso acelerar, el ritmo actual, sería viable. Tengo que asegurarme, no obstante, de que la calidad del texto no se resienta. Comencé a principios de septiembre, de modo que han sido tres meses de dictado, un mes de revisión general y tres meses más de redacción: eso significaría concluir a finales de marzo, en el mejor de los casos. Después, la corrección de pruebas, que no será cualquier cosa. Todo ello si consigo dejar de lado todo lo demás.

Miércoles María Antonieta adquiere volumen: deberé reducir el aspecto historiográfico para no perder de vista el personaje. Queda mucho por hacer. De momento, sólo consigo terminar capítulos sueltos. Tendré que dedicarle ocho horas al día. De todos modos, como me he sacado de encima varias cosas, puedo concentrarme más.

Jueves Fiesta nacional. El día transcurre con calma. La crisis mundial, subterránea, queda soterrada bajo el papel de periódico.

Viernes Avanzo con María Antonieta. Ha venido Lissauer, imponente, bondadoso, parece salido de un libro de historia, no es un hombre de nuestro tiempo. Tiene una vida complicada, también él es víctima de la crisis: apenas hay forma de ayudarlo. Quien escribe obras de teatro atemporales, adelantadas o fuera del tiempo, dispone de poco para sí mismo. Pese a lo mediatundo y ensimismado que está, distraído y disperso, de pronto tiene arrebatos de entusiasmo. Realmente le tengo mucho aprecio.

Sábado María Antonieta sigue viento en popa. Me acuesto pronto para descansar.

Domingo Ordeno papeles y preparo el trabajo para un nuevo capítulo, pues mañana quiero proseguir.

Lunes He pasado el día entero despachando correspondencia como un poseso. No ha quedado nada pendiente. Después, he hablado con Jannings, muy azorado, como tantos otros, por la situación económica. En estos momentos la gente adinerada casi da lástima. A Jannings le atormenta la posibilidad de perder lo que nunca llegará a disfrutar, teniendo en cuenta su salud. Pese a todo, es increíble cómo sabe disfrutar de la vida, con sus gruesos labios carnosos y su rostro de Lúculo, muy redondo pero enérgico (tiene cierto aire de ruso).

Martes Múnich.⁶²¹ En la habitación he estado dándole vueltas a la novelita y tomando notas.⁶²² Aunque el comienzo me parece magnífico, no tengo claro cómo continuarla: el personaje de la joven debería aportar algo sorprendente. Podría describir una orgía y también considerar la idea de la gou.⁶²³ o simplemente hacer que fuera boba e introducir el embarazo. Por la tarde, poso en el taller de Schwerin para el retrato; por la no-

che, voy a ver La posada del Caballito Blanco⁶²⁴ con Lotte S.‡ y después de la función al café pastelería, etcétera. En realidad, me he divertido mucho con la opereta y, a excepción de la escena en que aparece el emperador, no me ha dejado mal sabor de boca.

Miércoles La llamada de Carossa y la carta de Richard Strauss me alegran la mañana. El asunto Corciade parece resuelto.⁶²⁵ Al mediodía, con el extraordinario Kirchhoff, ‡ un hombre magnífico e idealista que me encanta; sólo él podía haber escrito ese estupendo libro suyo. Puro entusiasmo y dinamismo: ¡ojalá pudiese encontrarle editor! Confío mucho en su obra. Larga sesión de posado en casa de Schwerin: sin duda es un retratista muy talentoso.

Paso la velada con Carossa. A juzgar por su aspecto, parece cansado, tiene la mirada apagada, la tez ligeramente marchita. El exceso de trabajo durante años en la consulta médica empieza a pasarle factura y, por si fuera poco, su vida familiar tampoco anda bien (ni con la esposa ni con el hijo). Maravilloso lo que cuenta sobre el modo en que Hofmannsthal le hizo cobrar conciencia de sí mismo, sobre la carta que recibió en plena noche y no pudo leer de puro cansancio, y también sobre mi artículo en el Berliner Tageblatt,⁶²⁶ que tanto le ayudó a seguir adelante. Su robusta apariencia oculta a un ser muy delicado y sensible. La experiencia lo conmueve profundamente y, puesto que no ha vivido demasiado, se mantiene fiel a todas las impresiones, y éstas a él: de ahí su hermetismo y su capacidad de profundizar en las cosas. Su faceta poética proviene de una esfera onírica oculta tras su vida práctica: ha soñado mucho y considera sus sueños como experiencias, no como simples destellos que pasan ante los ojos. Qué vida más sencilla lleva, casi rústica, al margen de la elegancia, de todo lo que se considera cultura, y no obstante entregada al espíritu, de floración muy lenta pero ahora en su plenitud. Me habla de sus pacientes, que aho-

ra lo reconocen como poeta, y de los días en la casa de Rilke en Muzot.⁶²⁷ vive en un círculo íntimo pero lo hace intensamente. Nos encontramos con multitud de gente en el café, y su torpeza al evitarla es conmovedora de tan bondadosa. En su escritura reconozco (no es casual) rasgos de Goethe, y es que en su forma de ser, de hecho, están presentes la brillantez y el influjo de aquél.

Jueves Por la mañana trabajo un poco, por la tarde voy a posar al taller de Schwerin y después me acerco a ver a los Bahr. Qué triste es la situación de ella, es incapaz de asumir que el mundo no quiere escuchar una y otra vez su Ortrud⁶²⁸ o su Brunilda,⁶²⁹ que su tiempo ha pasado, es incapaz de despedirse de la ópera, quiere costearse su influencia en Salzburgo, se siente incomprendida en todas partes y cuanto más ineludible se hace el declive de su marido más se desespera. Me ha resultado sobrecogedor verlo a él: sus ojos, antes tan vivaces y alegres, están cansados y apagados, sin brillo. Lo único que le interesa es la iglesia. No puede razonar ni retener lo que escucha, lo olvida todo (ella me cuenta que anotó mi visita cinco veces en su agenda, pues soy el único a quien le alegra ver). Qué triste me resulta todo esto, a duras penas me atrevo a escribirlo, pero diría que se trata de una especie de demencia. Si continúa así, le deseo una muerte rápida antes que esta lenta decadencia. Lo acompaño a la capilla del Corpus Christi y observo sus mechones canos que asoman bajo la boina; las manos completamente enrojecidas, con las uñas demasiado largas; el rostro hinchado; camina con dificultad a pesar de ayudarse de dos bastones, y se muestra temeroso al cruzar la calle... Jamás había visto a nadie tan desvalido a causa de la edad. De hecho, respiro aliviado al estrecharle la mano y despedirme: me temo que ésta sea la última vez que lo veo. Después voy a casa de Emil Hirsch y por la noche asisto al concierto de Bruno Walter, que dirige el concierto grosso de Händel, música magnífica, aunque no sea emotiva,

y una sinfonía de Haydn (la n.º 12), ese regalo del cielo, alegría gozosa e inocente. Un compositor que no probó el fruto del árbol del bien y del mal, que vivió en el paraíso. Hubo que esperar a Beethoven para que apareciese el ser humano, [-] Haydn es la inocencia; Beethoven, la conciencia de la culpa [-] la creación esforzada, la labor colosal. La Heroica es un arte elaborado, a menudo demasiado elaborado, demasiado vasto, excesivamente deliberado, de una sublimación demasiado intencionada, prometeico, pero no divino, el ángel caído que ansía ascender de nuevo. La lucha con y por el arte, juego y plegaria. Encuentro con la amiga de Mannheim que conocí en Zell, asombroso y conmovedor. En general, con cuántas personas me cruzo a cada paso, cuántos reflejos me devuelven lo que he vivido. Estoy infinitamente satisfecho de estos días.

Viernes Por la mañana voy a ver a Richard Strauss. Tiene buen aspecto, su cara de bonachón bávaro, un poco triste, pero los ojos son de un azul clarísimo y muy vivos, y habla con vivacidad y humor, la luminosidad de su mirada da fe de que su talento artístico está intacto. Hablamos del tema que nos concierne: la pantomima le parece una propuesta demasiado exigente,⁶³⁰ necesitaría ocho horas de espectáculo para llevarla a cabo, sobre todo teniendo en cuenta que, como admite sin tapujos, ni él ni nadie es capaz de escribir hoy una melodía puramente clásica. De hecho, no tiene claro qué dirección debería tomar la música y cree que convendría una pausa. Como me explica, la música ha tardado apenas dos siglos y medio en alcanzar la madurez, lo cual supone una evolución vertiginosa que explica el actual estancamiento, y estoy completamente de acuerdo. El otro libreto⁶³¹ le encanta, me anima a concluirlo, le gustaría incluir algunos cuplés, estrofas breves, al estilo de una opereta... Afirmo que incluso El caballero de la rosa le parece demasiado larga.⁶³² En estos momentos lo que más le interesa es que el estilo sea claro y conciso. Me habla mucho de sí mismo y de su

modo de trabajar. De hecho, es una persona despreocupada, lleva una vida rutinaria y sin percances, pero siempre está a punto, en forma, para «ponerse con la música», ya que, parafraseando a Goethe,⁶³³ la inspiración obedece al trabajo. A propósito de la inspiración, Strauss me cuenta cómo compuso Sueño en el crepúsculo.⁶³⁴ Iba a dar un paseo con su esposa y, mientras esperaba a que ella se arreglase, se puso a hojear un libro de Bierbaum y, al tiempo que leía, fue componiendo la melodía, de modo que cuando entró su mujer y dijo: «Estoy lista», él le respondió: «¡Yo también!». Cuarenta y cinco años como director de orquesta apenas lo han marcado; jugar al skat, además de relajarlo, tiene para él una función reguladora. Su fascinación por Mozart es extraordinaria: la productividad del compositor sigue resultándole incomprensible, para él es el mayor genio, una autoridad absoluta. Alcanzó a ver a Wagner en el Odeón y, en 1882, en Wahnfried, donde su padre era primer trompa⁶³⁵ y tuvo un pequeño conflicto con el compositor por querer ir con sus colegas de la orquesta hasta la ciudad de Bayreuth a almorzar en lugar de hacerlo junto al teatro. Wagner, enfadado, les gritó en el más genuino dialecto sajón (que Strauss imita con mucha gracia): «¡Id a tragar pepinillos en vinagre donde os plazca!». A Brahms también llegó a conocerlo en Meiningen,⁶³⁶ aunque no lo aprecia demasiado; en cuanto a los jóvenes de hoy, les falta enjundia. Se siente bastante solo, como el último de una gran estirpe clásica. Considera que su primer éxito fue Salomé.⁶³⁷ Lindner quería reescribir el libreto, pero en cuanto Strauss escuchó la primera línea del texto le pareció tan musical que quedó todo decidido.⁶³⁸ Venera a Wagner: me cuenta que hoy, por ejemplo, ha descubierto en las tubas de Los maestros cantores,⁶³⁹ obra que ha escuchado cientos de veces, un nuevo matiz instrumental. Detesta Bayreuth: cuenta entre risas cómo lo han proscrito por no haberse mantenido fiel a su «línea», y también a causa de Siegfried [Wagner]. Para él, Wagner y Beethoven son los únicos capaces de crear tensión dramática y acrecentarla. A propósito de Beethoven, también me cuenta

que él llegó a conocer a Lachner, a quien Beethoven le revisó las composiciones y con quien Schubert tenía una relación de amistad. Todas sus opiniones son libres, sólidas y personales, su amor por el cosmopolitismo es absoluto y considera que el arte y los artistas son la expresión más elevada y legítima de cualquier nación, su razón de ser. Esa misma seguridad también la tiene en la vida. No presiona a nadie, no es impaciente, a menudo pasa semanas sin trabajar, especialmente en invierno: gracias a que administra bien las horas del día nunca pierde los nervios y tiene tiempo para todo, y diría que nunca ha estado enfermo. Es un hombre lúcido, su intelecto es un instrumento enteramente a su servicio, de ahí esa serenidad. Le encanta La mujer sin sombra⁶⁴⁰ por su atmósfera onírica, pero no parece tan contento con Arabella,⁶⁴¹ en la que sigue trabajando aunque está incluso dispuesto a abandonarla por alguna mejor, pues le parece desfasada. También ha comenzado una sinfonía.‡ Tengo la impresión de que en el fondo sigue trabajando por compromiso, más que por impulso, sin la pulsión demoníaca. Mientras hablamos se me ha ocurrido que la música, como la literatura, concede un papel cada vez más central a la inteligencia, ya no hay ninguna obra en la que no intervenga el intelecto, el espíritu que le da forma: no se trata de una cuestión de la «formación», por el contrario, estamos de acuerdo en que el artista debería concluir la formación técnica hacia los quince años, más importante que el bachillerato. De hecho, según me cuenta él mismo, dominaba el oficio a los quince años, lo que le dio entera libertad para entregarse a la inspiración. Por la noche, voy a ver Electra y me fascina:⁶⁴² tiene pasajes exuberantes, el encuentro con Orestes, donde el arrebató de ternura desbordante de Electra es como el milagro de la rosa que florece del tallo seco,⁶⁴³ un matiz que no se debe a Hofmannsthal, sino a Strauss, capaz de trascender el libreto y sentir. Y qué vehemencia del ritmo, qué atmósfera sobrecogedora, majestuosa, prodigiosa... La parte meramente cantada, en cambio, me ha parecido un poco forzada, más psicología que melodía original. Pero

sin duda es una gran obra, un opus. Ha sido un día fantástico, que ha concluido con un encuentro muy cordial con Leonhardt.⁶⁴⁴

Sábado Por la mañana, abrumado por la correspondencia, las llamadas telefónicas, los telegramas, las divisas y otros engorros similares. Después, quedo con Sieveking,‡ y por la tarde voy a Starnberg con la bella Lotte S. ‡ y pasamos un muy buen rato, que contrasta con esta semana funesta. Más tarde, por la noche, me voy tranquilamente al café y me repongo. El ambiente es estupendo y me siento feliz de estar solo, me pregunto por qué demonios quiero viajar a Reichenhall antes del 25, suponiendo que mañana y pasado consiga trabajar un poco.

Domingo Erich Mosse (Peter Flamm), muy amable y simpático. El único problema es que no sabe qué hacer consigo mismo. Tiene mucho talento, pero no el suficiente; es temperamental, pero no ha aprendido a dominarse. De todos modos, conversar con él es agradable e interesante. Por la tarde, continuo con María Antonieta.

Lunes María Antonieta va viento en popa. Por la noche, con la simpática joven del café. ¡Es terrible tener que trabajar en tales condiciones! El turno de la una del mediodía hasta la una y media de la madrugada, doce horas y media sin sentarse, y después una hora de camino a casa. Esos horarios le destruyen la vida a cualquiera. Pasamos un rato muy agradable en el bar, asombrosas confidencias.

Martes Termino el primer capítulo.⁶⁴⁵ ¿Cuántos habrá? Calculo que unos veinte. Eso supondría cinco meses de trabajo si no acelero el ritmo, algo indispensable e imperioso. Asimismo, he dictado también pasajes de la primera parte. Por la tarde

quedo con Leonhardt,⁶⁴⁶ que está en plena forma. Por la noche, paso un rato tranquilo en el café.

Miércoles Sigo avanzando con María Antonieta. No he visto a nadie en todo el día, hasta la noche, cuando asisto a la función de Fidelio. Una representación floja, desangelada, las voces suenan apagadas y, de hecho, la ópera misma no me ha impresionado como en otras ocasiones. Los actos demasiado inconexos, parece más bien un concierto. En cierta medida, la ópera de Mozart y de Beethoven suponen un retroceso frente a la coherencia dramática de Gluck, algo que Wagner supo percibir con acierto, pese a que erró al ver en esa forma la ópera del futuro, puesto que se trata de la de la gran tradición.

Jueves Nada relevante. Prosigo con María Antonieta, y recibo las primeras cartas de felicitación:⁶⁴⁷ la de Bahr me emociona especialmente, parece escrita con cierto esfuerzo. En los periódicos, nada importante, apenas los leo. Por la noche, Friederike, ya se han arreglado las cosas en casa, ahora sólo falta preservar la paz.

Viernes Por la mañana, leo un artículo sorprendentemente bueno de Frischauer⁶⁴⁸ y salgo a pasear. Por la tarde voy a ver El camino de la vida,⁶⁴⁹ una magnífica película rusa de propaganda, comprensible para cualquiera, de un profundo simbolismo económico y político, al margen de la tesis moral: ¿es posible una educación que combine bondad, entereza y conocimientos psicológicos? Pese a que, a la hora de la verdad, también terminen echando mano del revólver.⁶⁵⁰ Magníficos actores, una interpretación profundamente humana, muy conmovedora, una obra maestra muy sugestiva y estimulante. Las producciones rusas siempre me llegan al alma y despiertan un extraño entusiasmo en algún lugar de mi corazón que está más allá del intelecto: ¡qué país, qué fuerza! Después, por la noche,

voy al café, y regreso a casa. Miro el reloj: mañana, qué digo, en quince minutos cumplo (¡horror!) cincuenta años. ¿Habrá aún algo nuevo en mi vida? ¿Dispondré de reservas, de vigor, si llega? Vederemo. En cualquier caso, debo evitar sucumbir a la superstición, nada de persignarse ni bendecir las fechas del calendario. Un año más, ¡adelante! No para llegar muy lejos, espero, sino tan sólo para hacerlo por el buen camino.

Sábado 28 Día funesto: cincuenta años. Al mediodía, en el restaurante de Schwarz⁶⁵¹ con Zuckmayer,⁶⁵² que acude con dos fabulosas jóvenes del circo Knie; el señor Schwarz nos invita a champán y todo el mundo está de excelente humor. La Frizi⁶⁵³ se va a la función de Kakadu⁶⁵⁴ y yo al café, así que nos despedimos. Por la noche asisto al maravilloso concierto de Sigrid Onegin. Qué voz tan bella, límpida, pura perfección, parece un sueño. ¡¡Sobre todo el aria de Macbeth!!⁶⁵⁵ Después, con la señora Faesi, a quien me encuentro por casualidad.

Domingo 29 Regreso a Salzburgo.⁶⁵⁶ Montones de telegramas, cartas y regalos, los más bonitos de perfectos desconocidos. Por la noche, tranquilo en casa.

Lunes, martes, miércoles, jueves No he hecho otra cosa que responder cartas a toda velocidad. Imposible trabajar. Un desastre, porque el 3 quería estar en Viena. Por la noche quedo con Jannings, que está de excelente humor. Ese grandullón ahoga su descomunal miedo en descomunales cantidades de alcohol.

Viernes 4 [dediciembre] Paso la mañana con Alfred [Zweig]. Al mediodía voy a casa,⁶⁵⁷ y después visito a Beck⁶⁵⁸ y a Jannings, en cuya casa se presenta Margarete Melzer, el alma de la velada, que me mira de soslayo con petulancia. A las siete y me-

dia de la tarde estoy en el teatro, donde la señorita Jungmann me acompaña al palco de Hauptmann. Imponente la cabeza de este hombre majestuoso. La frente, muy abombada, la boca bien perfilada, no tiene arrugas propiamente dichas, tan sólo finos surcos, como los de la pátina de las pinturas antiguas, sano como un roble. Un rostro goetheano en un cuerpo ágil pese a su corpulencia; el cabello blanco como la nieve forma un aura luminosa que no me canso de contemplar. Habla con una curiosa timidez y un ligero desconcierto, como si acabara de despertar, y al hacerlo parece buscar las palabras, y también su mirada, bondadosa y tierna, delata cierta confusión. Menciona Veland,⁶⁵⁹ su obra más preciada y muy poco conocida, aludiendo al Festival de Salzburgo.⁶⁶⁰ La velada ha sido interesante. Jannings, imponente por su forma de interpretar la debilidad: expresa a la perfección el carácter leal, germánico en su sesgo idólatra, y la ingenuidad. Después voy con Shalom Asch (de una autenticidad espléndida) al Sacher⁶⁶¹ y a bares.

Sábado 5 Por la mañana, voy a casa de Alfred, y al mediodía, al banquete que ofrece Trebitsch en el Sacher en honor de Gerhart Hauptmann; Bjørn Bjørnson y su esposa, de lo más amables y simpáticos. Ver a Hauptmann reconforta; largas discusiones con Salten y otros. Más tarde, por la noche, asisto a la suntuosa fiesta de Werfel en una mansión obscenamente lujosa, donde nos ofrecen una cena exquisita regada con champán. No falta nadie: han asistido un tal príncipe Schwarzenberg ‡ y Tandler, Coudenhove y Alban Berg, Moll y Salten, Auernheimer, Ernst Benedikt y Schönherr, Zsolnay y Czokor, la flor y nata de la ciudad. En cuanto a Werfel, regordete como un compositor provinciano de vodevil, anticuado con su esmoquin y la panza que trata de ocultar bajo el chaleco, como si su apariencia grotesca disimulara su genio. Ella [Alma Mahler-Werfel], en cambio, delicada y voluptuosa, toda una dama del teatro social y, como tal, encantadora. Me parece un prodigio que Werfel sea

capaz de crear obras como las suyas dentro de semejante jaula de mármol. Hauptmann, que camina haciendo eses, suelta disparates metafísicos y resulta enternecedor: pierde continuamente el hilo de Ariadna, pero se siente a gusto en su laberinto. Qué maravilloso es, pese a todo y todos, este hombre excepcional.

Domingo Viaje de regreso, y entretanto despacho correspondencia y trabajo un poco, no demasiado (las agotadoras obligaciones), hasta el viernes.

APUNTES DE NUEVA YORK

(17-30 DE ENERO DE 1935)

Estados Unidos, 17 [de enero] de 1935 Llegamos con retraso, de noche. No obstante, el espectáculo de la bandera estrellada ondeando al viento es majestuoso. Es imposible describir cómo van surgiendo en la oscuridad las fachadas de luz blanca, que se alzan como por arte de magia en mitad de la noche ofreciendo una escena increíble, de una majestuosidad inverosímil. Durante el día todo es arquitectura, cristal, hierro, piedra, sustancia material; de noche, cuadrículas de luz suspendidas, células luminosas que la geometría vuelve sobrenaturales. En esta ciudad se ha domesticado el fuego, que en la naturaleza sólo se conocía en estado salvaje. Nada habría asombrado más a las generaciones precedentes, ni a mí mismo: Nueva York se alzaba majestuosa de día, pero de noche era una ciudad como cualquier otra. Lanzaba algún destello, un velo de luz parecía flotar sobre un pantano, de una fosforescencia increíble. Pero ahora, en este último cuarto de siglo, la luz se ha puesto a nuestro servicio y se ha hecho el esplendor. Se ve obligada a delinear contornos, formar palabras, dar vueltas en el tiovivo, bailar, apagarse, agacharse como un perro ante el amo. Ha de pintar las paredes de par en par, hacer surgir en la oscuridad, como por arte de magia, sus blancas estalagmitas. Pobres lámparas de arco de antaño, modestos soles pálidos junto a los endiablados anuncios de neón que gritan y gesticulan, que vierten cascadas de palabras luminosas y danzan. La aparición de esta ciudad espectral, como un espejismo, es indescriptible, porque es inefablemente irreal.

Después de los interminables rituales de desembarco, me adentro en la ciudad. Cordial despedida de los estupendos compañeros de viaje, Toscanini, Shalom Asch, Felix Somary,⁶⁶² y de los admiradores internacionales, mientras me apresuro a

quitarme de encima a los periodistas. Me dirijo al hotel Astor, donde la propietaria enseguida me invita a pasar.⁶⁶³ La verdad es que está un poco pasado de moda y que uno de esos palacios colosales me habría parecido más estadounidense, pues en este hotel sigue reinando el tradicional rigor germano. Pero tendré muchas ocasiones de ir a otros hoteles para ver cómo funcionan, y no me apetece vivir en una cuadragésima planta con vistas al parque, porque tendría vértigo; prefiero hospedarme aquí, en el bullicio infernal de Broadway, en la Séptima Avenida, cuyas frenéticas luces bullen hasta la madrugada. Por la noche, consigo ir a visitar a los Huebsch, que viven en una casa muy confortable, aunque por desgracia estoy bastante cansado.

Viernes 18 El aire es helado, como la vez pasada,⁶⁶⁴ más propio de un altiplano que de una ciudad. Visito el majestuoso edificio Rockefeller, de un estilo soberbio, el triunfo del pragmatismo puro, claro y honesto. Son magníficas estas torres remachadas y fundidas (no diría que han sido construidas, sino erigidas, porque construidas denota una labor humana lenta, ardua, penosa, mientras que estas torres han sido concebidas, edificadas y erigidas por máquinas: la construcción materializada). ¡Y qué precisión!, qué voluntad de pulcritud por comparación con los edificios del pasado, que aún llenan los huecos entre estas nuevas construcciones, como montañas de estiércol amontonado junto al majestuoso e imponente brillo de estas obras. Después he despachado todos los trámites con Huebsch y hemos almorzado en el Ritz (espléndido). Por la tarde he subido a la torre de la radio para disfrutar del panorama: el aire gélido y despejado ofrece unas vistas indescriptibles, el premio del alpinista sin esfuerzo, y qué paisaje el de esta estrecha lengua de tierra, que, uniéndose a la naturaleza, crea una nueva armonía en una totalidad nueva y opone una nueva medida a las proporciones del océano infinito. Desde esta cumbre gozamos de la vista de pájaro; al lado hay una cafetería, calma, pulcritud y jóvenes boni-

tas. Luego he dado una vuelta y me he metido en una barbería para descansar, un placer oriental. Qué arte ha creado este pueblo joven para mantenerse joven, qué afán de pulcritud. Sentado en la mullida butaca es como si tomase un baño, me dan un masaje facial con aceite de limón y un montón de toallas suaves y perfumadas: la piel del rostro se hiela, luego se funde, se calienta y se enfría, respira, se dilata, se contrae, mientras me lustran las botas y una joven de manos delicadas me hace la manicura. Salgo del local terso, limpio, fresco, perfumado y contento, jamás había conocido treinta minutos más reparadores tras un profundo agotamiento. Y así reemprendo la marcha, ahora por la Sexta Avenida, una calle que parece desoladora tras la magnificente Quinta Avenida, y donde los desempleados se agolpan delante de las agencias de colocación para leer las ofertas de trabajo que se anuncian en trozos de papel. Después regreso al hotel, concedo una entrevista de prisa y corriendo y salgo de nuevo. La noche neoyorquina es fantástica. Las hileras de casas a pie de calle se iluminan, como todo, mientras el cielo empieza a oscurecer. Pero de pronto uno se sobresalta: en lo alto, muy arriba, algo luminoso flota en el aire, una torre, una columna, unas ventanas, rectángulos suspendidos en el vacío, y en la cumbre del cielo, un reloj, a una altura donde uno ya no esperaría encontrar nada terrenal, donde habitan los dioses mitológicos. Y finalmente, de nuevo casillas de luz escalonadas en sesenta plantas, un hotel, una estación de trenes..., todo esculpido con nitidez en medio del gélido aire puro. Ha vuelto a obrarse la magia: por la noche nace una segunda ciudad que yo desconocía, por entonces aún no se había inventado esta luz. Empezaban a construirse los primeros rascacielos, que ni siquiera habían encontrado su característico estilo, eran más bien como colmillos de mamut que se alzaban hacia el cielo. Observábamos boquiabiertos aquellos edificios de diecisiete plantas. Pero esta elevación a las alturas sólo la conoce nuestro tiempo, es el espectáculo más asombroso que jamás se haya visto y, cosa admirable, no sobrecoge como la naturaleza, sino que incre-

menta la confianza en el ser humano al elevarlo hasta el cielo. Por la noche, mientras ceno, he escrito estas líneas y luego he vuelto a caminar (he llegado hasta Battery,⁶⁶⁵ pero una tormenta de nieve me ha impedido proseguir: aquí los elementos son inclementes)

Como el frío me ha calado hasta los huesos, me he metido a comer en un pequeño restaurante barato. ¡Qué obsesión tienen con la higiene! Cada terrón de azúcar, cada cigarro, van envueltos, todo impoluto, casi aséptico. Hasta el pescado y la carne parecen el producto de prodigiosas máquinas. El pequeño local es decepcionante desde el punto de vista estético, pero la gente parece muy animada y alegre. Éste es un pueblo extraordinariamente pueril, de ahí el gusto por las golosinas: en todas partes hay caramelos, chokolatinas, helados (hielo no falta, siempre ofrecen agua helada, como si necesitasen algo fresco, sentir el frío). Llama la atención la necesidad de actividad constante, de estar haciendo algo, comiendo, fumando, leyendo; las grandes papeleras siempre están repletas de periódicos desechados. Comen deprisa, leen deprisa, ¡rápido, rápido! Por la tarde, hacia las cinco, he querido comprar un periódico de la mañana y ha sido imposible encontrarlo: en esta ciudad la mañana está lejísimos de la tarde, hay una actividad frenética, todo el mundo avanza sin volver la vista atrás. [-] ¡es comprensible! Aquí lo bueno es lo nuevo. Cuanto más nuevo, mejor, en arquitectura y en cualquier forma de expresión [-] Me voy a la cama muy satisfecho y exhausto.

Sábado 19 Bruno Walter me llama por la mañana. Después cruzo el Central Park, rodeado de edificios que forman una muralla y le dan el aire de un colosal patio de armas, y me dirijo al Metropolitan Museum. En el vestíbulo del museo están dando un concierto sinfónico: como en Rusia, la intención es atraer al público. Es el método tradicional de la Iglesia, pero en este caso la música y los sermones se convierten en conferen-

cias y música. Seguro que también regalan caramelos a los estudiantes para atraerlos, ya que, de hecho, el grueso del público son adolescentes y jóvenes. En el museo, magnífico La cosecha de Brueghel,⁶⁶⁶ un cuadro que no conocía, de un crudo realismo; la composición también es excelente, es uno de esos cuadros que muestra toda la variedad que adquiere el quehacer humano y la naturaleza en una estación del año. Un retrato notable de la reina Isabel de Inglaterra, de Lucas de Heere, donde plasma su inquietud, la expresión temerosa y la indecisión disimulada bajo la opulencia de su indumentaria. Conozco un cuadro donde se la retrata heroica.‡ Persona insegura. Turner me parece extraordinario: el Canal Grande, tal vez su cuadro más brillante y luminoso, inolvidable;⁶⁶⁷ en cambio, los Rembrandt del museo son más flojos; a diferencia de los Goya, Una corrida de toros y Mujeres del balcón (parecen prisioneras de sus maridos, apostados a sus espaldas como gendarmes),⁶⁶⁸ y el paisaje Ciudad encima de una roca,⁶⁶⁹ suerte de sueño de Piranesi, obra de la imaginación más tenebrosa. Vista de Toledo de El Greco es el sueño nocturno más moderno y fantasmagórico que he visto jamás. Tanto en este cuadro como en los retratos, El Greco es el pintor más grande, más majestuoso.

Al mediodía quedo con Guinzburg⁶⁷⁰ y, después, un paseo en coche de dos horas con él por la ciudad y los alrededores. Lo más imponente es el nuevo hospital, el Medical Center, un conjunto de clínicas situadas en la orilla del East River que se alzan como un castillo del Grial sobre un campo de escombros, acero brillante, latón, piedra y cristal, auténticos bloques erigidos dentro de la ciudad, un pabellón para los enfermos y un laboratorio. Es una fábrica de ciencia absolutamente incomparable: del todo nueva y por ahora única (mañana tal vez haya una mejor). Después atravesamos Harlem, el barrio de los negros. Al doblar una esquina de la Quinta Avenida, de pronto, la calle se inunda de rostros oscuros. Una broma de carnaval que aquí es el pan de cada día. Todo el mundo es de color, los policías, los carteros, es un mundo aparte, al margen del otro, como una ve-

ta oscura que atraviesa el mármol blanco. La gente, no obstante, parece feliz, los chiquillos son especialmente fascinantes, porque los negros tienen un carácter muy alegre, siempre están de buenas, con una sonrisa en los labios que les deja a la vista los dientes (en la barbería, uno que parecía salido de una película me explicaba que podía hablar por teléfono mientras me afeitaba—aquí es posible—, lo importante es no perder el tiempo, hay que hacer seis cosas a la vez: mandar a planchar una chaqueta, adecentar el sombrero, o darse un tratamiento en la piel y hacerse la manicura). Acto seguido, nos acercamos con Guinzburg al Washington Bridge, cuya capacidad de carga supera la del Brooklyn Bridge, aun siendo más ligero y delgado. No se advierte la menor vibración («El ritmo de Nueva York»),⁶⁷¹ tan sólo una quietud magnífica, la impasible seguridad de una fortaleza. Cruzamos Nueva Jersey y desde allí regresamos cruzando el túnel del Hudson, otra maravilla, reluciente, claro, una autopista por donde los vehículos pueden avanzar a toda velocidad mientras por encima fluye el ancho y profundo Hudson, en cuyos muelles están amarrados los colosos del océano. Al salir vemos a lo lejos la cordillera de rascacielos. Hago una breve pausa en una cafetería con autoservicio: todo es práctico y democrático, hasta un niño podría servirse sin conocer la lengua, basta con leer los números (Nueva York es una ciudad donde es fácil manejarse, pensada para todos los extranjeros que viven en ella, a diferencia de Londres). La calle es una eterna Babel, se oye hablar todas las lenguas y se ve a todo tipo de personas. En cierta medida, aquí todo el mundo se adapta enseguida, hacen suya la manera de ser estadounidense, se amoldan, y sólo la generación siguiente se americaniza por completo. Además, todo es increíblemente barato, la vida es más cómoda que en Suiza. Me figuro que en esta ciudad podría trabajar bien: se dispone de mucho espacio, de más libertad y variedad que en cualquier otra, tan sólo se echan de menos las terrazas de los cafés y los restaurantes. Después regreso al hotel y hablo por teléfono con Toscanini, despacho la corresponden-

cia y vuelvo a casa de Huebsch, donde me encontraré con mis queridos parientes.⁶⁷² Espero que ahora que soy más conocido sean más amables: cuando he llevado a revelar las fotografías al drugstore y he escrito mi nombre, el joven dependiente me ha dicho sorprendido: «Oh, that's a very good name. I am delighted to work for you» [‘Caramba, qué apellido. Es un placer atenderle’]. Muy agradable la velada en casa de Huebsch: he visto a Josef Brettauer,⁶⁷³ cuyo aspecto hace honor a su apellido y se ha comportado con más amabilidad de la que esperaba. El problema es que las reuniones me fatigan, no estoy hecho para la vida social.

Domingo 20 Me tomo un día de descanso. Por la mañana he estado escribiendo, tomando notas sobre Nueva York y sobre el hecho de que, curiosamente, la ciudad se construyó en origen con una finalidad práctica y sólo más adelante fue cobrando forma. No lo hizo a lo ancho, como las ciudades que se extienden homogéneamente hasta el horizonte, sino que se alzó imponente a orillas del río Hudson, donde la descubrimos ahora. Su verticalidad evoca un faro colosal dominando el mar. (¡No se ve una sola iglesia!). Su esencia es sin duda masculina. Es la única ciudad que ha entendido la nueva dimensión de la urbe, que mira directamente a los ojos, obstinada, intrépida y clara, a quien se le acerca desde el mar, desafiante como un hombre. A mediodía quedo con Felix Warburg, un señor apuesto, alto funcionario de la administración, de ascendencia mitad judía, mitad alemana; con él están la señora Loeb y su hijo, que da la impresión de ser un bobo perezoso. La casa, típica de la gente adinerada con pretensiones, de estilo gótico, parece una catedral; los cuadros son las típicas piezas de coleccionista, un Rafael mediocre (if Raffaello at all [‘en caso de ser un Rafael’]) y otros italianos tempranos, pero ninguno realmente notable. La colección de cuadros de Rembrandt sí es magnífica, y nos explica que a ninguno de sus cinco hijos le interesa el arte.

No es muy inteligente, pero sin duda es un hombre distinguido y probablemente demasiado gran señor para ser un buen hombre de negocios. Acto seguido me dirijo al City Museum, que es un museo menor y no exhibe nada de mucho interés. Tengo el dudoso placer de encontrarme allí con David Bach.⁶⁷⁴ Después, voy a una cafetería y de inmediato regreso a casa para trabajar y leer un poco. Por la noche, doy un largo paseo y veo cosas muy interesantes, pero las distancias son inmensas. Voy a una sala de baile de negros, el Savoy,⁶⁷⁵ en penumbra, tal vez para atenuar la negrura de los rostros. [-] sólo destacan los dientes muy blancos, no se ve un solo rostro, recuerda El hombre invisible de Wells. [-] Es fantástico verlos bailar, mueven todas las articulaciones: las mujeres, ágiles como leopardos, se mueven con una delicadeza y flexibilidad en las caderas prácticamente desconocidas para nosotros; los hombres, en cambio, mucho más enérgicos. Como la civilización aún no ha desvirtuado la naturaleza, el contraste entre los sexos es mucho más evidente. Pero lo más divertido es la indumentaria que llevan: vestidos de fiesta ajados y sombreros viejos de hace seis u ocho años (que también llevan las porteras y niñeras con increíble orgullo cuando se atildan) y desentonan en sus primitivos cuerpos de color ébano. Aparte del Savoy, Harlem me decepciona. La gente se ha asentado, parece haberse adaptado a esos edificios (que se distinguen por las escaleras de incendios, signos inequívocos de la superpoblación). Van a los mismos cines que la hija del rey de Inglaterra,⁶⁷⁶ y los placeres y los gustos son del todo homogéneos. Luego, por recomendación del chofer, voy a un bar maravilloso, que merecería un cuento. Finalmente regreso al hotel, pero como no estoy cansado leo hasta bien entrada la madrugada.

Lunes 21 Wall Street y Broadway. Estos enormes edificios de la banca lo dejan a uno sin aliento (y me pregunto si no serán huecos por dentro, como los ladrillos de los que están hechos).

La pobre Trinity Church, tan pequeña, los mira desde abajo como un perrito a su amo. Es curioso cómo desaparece de golpe la monumentalidad, la elegancia, en Broadway, justo antes de la Calle 1, cuando comienza el barrio hispano, la Gendarmenstrasse de Berlín,⁶⁷⁷ hasta que, en la Calle 30, la distinción reaparece. Lo mismo ocurre en la Quinta Avenida, el no va más de la elegancia hasta la Calle 100; diez calles más allá se llena de cubanos e hispanos de color, luego hay veinte o treinta calles más de negros y, finalmente, reaparece el mundo de los blancos. Es una ciudad estratificada, en absoluto homogénea, hecha de islas dispares y entremezcladas. La cohesión de las razas. Correspondencia: recibo demasiado tarde una invitación para dar una conferencia en la Universidad de Harvard, y a eso se suman los fotógrafos y otras pérdidas de tiempo. Tomo apuntes para la conferencia.⁶⁷⁸ Por la noche, poca cosa, sólo voy a ver una excelente película rusa, Chapáyev,⁶⁷⁹ y después me recojo.

Martes Día movido. Primero, cartas y menudencias. Al mediodía voy a ver a Josef Brettauer, que vive en una gran mansión con la misma austeridad que los demás, ni un solo objeto nuevo, todo está como siempre. Para almorzar, el tradicional estofado de ternera y strudel de requesón. Se ha roto el hielo, empieza a manifestarse el orgullo familiar de los Brettauer, me muestra las fotos familiares que heredó de Eugen⁶⁸⁰ (aquí han venido a parar). Advierto la gran influencia que tiene cuando vamos al Cornell Hospital (Hospital of New York) en el East River, que es la cosa más espectacular que he visto hasta ahora en Nueva York y, desde el punto de vista de la perfección técnica, probablemente sea único en el mundo. La fachada en sí es insuperable: los motivos del Palais des Papes de Aviñón⁶⁸¹ ampliados hasta el infinito (treinta plantas). Pero al mismo tiempo es una clínica, un laboratorio y una universidad, organizados con una habilidad técnica indescriptible. Níquel y cristal, una pulcritud apabullante, el aire no procede directamente del exte-

rior, sino que se filtra, todo está aislado, cada botella de leche, cada congelador, de modo que los miles de pacientes no se contagien. Los mecanismos de las camas, de las puertas (silenciosas), de los quirófanos, son increíbles: cuentan con los equipos más sofisticados, cada caso es examinado y descrito con novecientos detalles, todo se almacena a máquina, y eso con todos los tipos de pacientes. Jamás he visto la ciencia tan bien organizada como en esta fábrica de la salud, nunca había visto la organización al servicio de tanta belleza. Precisaría días para describirlo, y también para hablar del principio democrático (la misma comida para todos), de la pulcritud de las enfermeras, de las azoteas ajardinadas, de los protocolos en caso de epidemia, de las bibliotecas, de las salas de admisión, de los laboratorios, todo de una perfección que parece sacada de un sueño: aquí adoran el presente. Por la noche, a un tiempo agotado y animado tras la visita, voy a escuchar Romeo y Julieta interpretada por la Cornell, que resulta bastante mediocre, aunque la puesta en escena, en cambio, es de un refinamiento increíble.⁶⁸² Después vamos al Cotton Club con Wallmann-Burghauser para ver bailar a los negros, algo realmente magnífico. La elegancia de los trajes, la espontaneidad de los gestos, la soltura con que balancean los brazos y la precisión y energía con que mueven las piernas. Bailan con la espontaneidad con que juegan los animales, con entusiasmo y pasión, animándose cada vez más, de un modo tan genuino que en ningún momento resulta obsceno ni escandaloso. Los bailarines de claqué son sensacionales, y los cánticos religiosos, todo es de una calidad que no se encuentra en Europa y tiene un touch de ingenuidad muy reconfortante. Es una lástima que el espectáculo comience a las doce y media de la noche, porque a las tres y media de la madrugada estoy demasiado agotado para seguir el ritmo y regreso a casa (todavía bajo la impresión que me ha causado el hospital, la perfección me estimula el sistema nervioso de una forma casi voluptuosa).

Miércoles 23 Primero despacho todo tipo de correspondencia, y acto seguido me voy a la biblioteca pública. A la hora de comer quedo con la simpática Anny Bernstein,⁶⁸³ un poco amanerada. Después termino de redactar la conferencia (o casi), y por la noche voy a casa de los Guinzburg y vamos juntos a ver *Point Valaine* de Noël Coward.⁶⁸⁴ Entretanto se desata una tormenta de nieve como no se veía en Nueva York en las últimas dos décadas, el viento sopla con tal fuerza que corta la respiración, el aire es hielo líquido, los coches han quedado sepultados bajo la nieve, pero en la ciudad todo lo combaten de inmediato con mucho ímpetu. Es maravilloso el centelleo de las ventanas a través de la luz rosada. El metal de las casas reluce tras la malla de copos y produce un efecto fantástico. La obra de Noël Coward, floja, pero la salvan los grandiosos actores, Lunt y Ruth Boyd, que tienen unos registros realmente estremecedores: él es magnífico, un ruso con las piernas desnudas que se mueve como un animal salvaje, indómito e inofensivo a un tiempo, abatido, de mirada atormentada. Crea, inventa el papel a medida que interpreta el personaje, que sin su interpretación sería vacío y plano. Definitivamente, es uno de los grandes actores de nuestro tiempo, desperdiciado en esta obra menor: el único papel que estaría a su altura sería el de Raskólnikov. Tras la función me dirijo a un antiguo speakeasy en la Calle 52 que aún conserva todos los dispositivos de la época de la ley seca: sirenas de alarma, puertas de tranca, barras plegables, etcétera. Ahora, por supuesto, es un local tranquilo para la gente del teatro.

Jueves 24 Por la mañana voy con Huebsch a la Morgan Library (el señor Morgan querría conocerme en persona, pero no tengo tiempo); las ilustraciones de Blake al Libro de Job son una maravilla, hasta que has visto esos colores celestes no puedes decir que las conoces de veras. Después, los manuscritos, las cartas de María Antonieta a Mercy-d'Argenteau, sin duda

auténticas, porque las adquirieron junto con todos los papeles de la familia, los manuscritos de Thackeray, Keats (el Endimión),⁶⁸⁵ Shelley (poca cosa), Byron (Macbeth,⁶⁸⁶ Don Juan), una maravillosa hoja del Fausto de Goethe, el Mahoma de Voltaire,⁶⁸⁷ Cuento de Navidad de Dickens,⁶⁸⁸ una cantidad increíble de exquisiteces. Los cuadros me gustan menos, son las típicas obras de los coleccionistas ricos, como las que hay en casa de los Warburg o en las colecciones europeas. Quizá vuelva otro día. Al mediodía almuerzo con Huebsch y después despacho diversas gestiones y cartas. Por la noche, acudo al concierto de Toscanini. En el palco, con la señora Toscanini y el alcalde La Guardia, que parece un camarero italiano y habla un vienés impecable. También veo a algunos conocidos: Muck de Jary, Commer,‡ nuestro mundo es un pañuelo. La Séptima de Bruckner resulta aburrida pese a Toscanini;⁶⁸⁹ la Salomé de Strauss, de una polifonía sorprendente, pero la melodía me parece pobre y abrupta. La orquesta es técnicamente fabulosa. Después, asisto a una opulenta cena en casa de los Muschenheim que, en el fondo, me resulta bastante aburrida. Mi incapacidad para conversar con personas sentadas a una gran mesa cada día es más acusada, me faltan el talento y las ganas.

Viernes Por la mañana, recados; vuelvo a subir a la torre, hago fotos y esbozo la intervención en la radio. Al mediodía almuerzo, por la tarde me voy al Radio City Ballet, y por la noche a casa de Huebsch. Por desgracia, la carta de Friderike me ha estropeado la velada entera: sufro terriblemente con esta historia, realmente es un mal del que uno nunca es consciente, como si sólo pudiesen padecerla los demás. La velada en casa de Huebsch es tremendamente agradable, está llena de gente amable, representantes de los grandes periódicos y de un bookclub, pero estoy demasiado disgustado para disfrutarla como merece. Aun así, Shalom Asch me arrastra al Café Royal, donde se reúnen la literatura y el teatro judíos, y de golpe estamos en Varso-

via o en Leopoldstadt:⁶⁹⁰ los mismos rostros inteligentes, lívidos y de facciones marcadas, nuestro pueblo, de una uniformidad inquietante y, sin embargo, eternamente incomprensible, inasible. Asch me presenta a uno de los escritores, que se llama Singer. Todos ellos tienen un aire de réprobos, forman su propio círculo reducido al margen de la literatura mundial. Asch es el único que ha logrado traspasar fronteras.

Sábado Sigo disgustado por culpa de esa necia carta, que he respondido con prisas y sin la debida contundencia. Al mediodía me reúno con la gente de la Metro Goldwyn Mayer y me quedo horrorizado de su increíble mediocridad. Me muestran «informes parciales» de María Antonieta,⁶⁹¹ elaborados por verdaderos idiotas analfabetos que no tienen la más remota idea ni de las personas ni de los valores. Ayer, mientras veía la película *The Iron Duke* en el Radio City, ya tuve la sensación de que no me convenía tener nada que ver con ese mundo, con nada de todo esto: las conferencias que doy, y cualquier aparición en público, me repugnan. Al mediodía, con la señorita Morlay,⁶⁹² me despido de los Wallmann-Burghauser y después, por fin, descanso un poco (el teléfono suena sin cesar), leo dos horas el libro de Gorman sobre María Estuardo,⁶⁹³ muy exhaustivo pero no demasiado estructurado (le falta el sentido de lo esencial). Acto seguido aparece Felix Wittmer,⁶⁹⁴ tras haber aguantado ayer a Erich Mosse, y finalmente me voy al teatro yiddish. Una excelente dirección rusa, buenos actores, lástima que la pieza, por desgracia, fuese completamente infantil y floja: una obra sobre los cruzados,‡ una tragicomedia soportable únicamente por las canciones y danzas. Al final, aparece un muchacho pálido, the author, a saludar al público, middle class y no muy versado, pero a todas luces benévolo. Después voy al restaurante ruso, que parece muy simpático con sus danzas y otros números. Es curioso cómo cada barrio tiene en esta ciudad su propia vida, que no puede compararse con la de ningún otro: sus ca-

racterísticas son tan diferenciadas que uno podría llamarlos con los nombres originarios de las ciudades de origen de sus habitantes; de hecho, Nueva York es el mayor crisol de culturas del mundo. Por la noche, dedico dos horas a la edición dominical del New York Times y no alcanzo a leer ni la octava parte.

Domingo Mañana tranquila y productiva, he escrito el artículo para el periódico judío,[‡] he tomado un baño y he leído. Al mediodía he ido a casa de los Brettauer. Él, un tanto vanidoso; ella, mucho más simpática y hospitalaria. Por la tarde he visitado algunos lugares, pese al frío gélido, y luego he ido a casa de Stephen Wise, un hombre realmente inteligente. De rostro expresivo, insólita elocuencia y mente privilegiada, es un individuo especialmente dotado que sabe entusiasmar a miles de personas. Enseguida entiende la idea del proyecto y se ofrece a ayudarme de buen grado;⁶⁹⁵ con más tiempo, habría sido perfectamente posible, pero los problemas domésticos me pesan mucho. Después he estado en casa de Huebsch, donde, como siempre, el ambiente es familiar e íntimo. Qué gente estupenda.

Lunes Muchos quehaceres. Primero, me quito de encima a un sinnúmero de personas que vienen a importunarme. Después paso un rato memorable en el ensayo de Toscanini de la sinfonía de Schubert: me ha causado una maravillosa impresión y he escrito sobre ello en otro lugar.⁶⁹⁶ Allí he coincidido con Klemperer, que siempre me saca de mis casillas porque va de un lado a otro durante todo el ensayo. Luego, en casa de Huebsch, reviso la traducción de la conferencia, y después me entrego a un trajín interminable para obtener el visado de salida del país (me veo obligado a caminar más de media hora por las calles cubiertas de hielo—imposible avanzar—para llegar a la oficina de aduanas), lo cual me ha permitido, no obstante, contemplar nuevamente esta ciudad descomunal, proyectada de origen con proporciones colosales, que uno nunca acaba de co-

nocer del todo. Después, regreso a casa de Huebsch y me entretengo con toda clase de trabajos. La vida en esta ciudad es agotadora, tengo que hacer las maletas y otras tareas igual de penosas. Cuando no dispones de nadie que te ayude, siempre acabas perdiendo dos días antes y después del viaje en asuntos puramente administrativos y prácticos. Por la noche he conseguido preparar la conferencia y leerla; me quedan montones de cosas que hacer, seguramente sólo podré ocuparme de los apéndices de María Estuardo en el barco.⁶⁹⁷

Martes 29 Día atareado. Por la mañana, en casa de Huebsch, corregimos juntos la conferencia, después almuerzo, luego entrevistas con siete reporteros, entre ellos tres judíos muy desagradables. Ya por la mañana había tenido una discusión similar con el hijo de Shalom Asch, Nathan [Asch], que ahora es editor de un periódico judío comunista en inglés,‡ la empresa más insensata a que puede dedicarse un judío en los tiempos que corren. Están profundamente convencidos de que hay que cambiar el mundo, y tal vez no les falte razón, pero en mi opinión ello exige antes que nada renunciar al nacionalismo judío, no es posible nadar y guardar la ropa. Quienes no somos radicales, por cierto, nos vemos en una situación cada vez más difícil, tenemos que evitar que nos arrinconen. Estas entrevistas me resultan insoportables, no volveré a prestarme nunca más, porque si no las escribes tú mismo lo tergiversan todo (igual que con las fotografías). Por cierto, olvidé describir, a propósito de la radio, las instalaciones, el cromo, el níquel y el vidrio, todo de un gusto delicado y pulido, aparte de los prodigios técnicos: unos enormes receptores verdes permiten controlar cómo cada vocal, cada B, C, D, se traduce en vibraciones de distinta intensidad; por primera vez he entendido algo de la transposición gráfica del sonido en luz y, de nuevo, en señal acústica. Ojalá ésta haya sido la última conferencia radiofónica, porque lo único que querría ahora es recluirme y consagrarme a mi trabajo,

intentar escribir otra vez la novela corta, que quizá se perfile como una novela más ambiciosa, y en cualquier caso me parece una prueba de habilidad más importante que cualquier otra cosa en este momento.⁶⁹⁸ Por la tarde asisto al concierto ‡ de Klemperer (tras haber almorzado en casa de los Muschenheim), preciosa la obertura de *Ifigenia*⁶⁹⁹ a cargo de la orquesta de Filadelfia, que seguramente supera en pureza y unidad a cuantas existen. Fantástico también el público, acudió la flor y nata: al fin y al cabo, en las salas de conciertos se encuentra la elite de la cultura en una ciudad de ocho millones de habitantes. Hago las maletas y después aún me da tiempo de ir al Rainbow-Room, en la planta 65 del edificio Rockefeller. Desde un cómodo bar (al lado hay espectáculos de danza con luces de todos los colores) puede verse la celosía de luces de los bloques de pisos, tan maravillosamente inmateriales que no tienen comparación con nada de este mundo, no hay cielo estrellado más denso, más luminoso, más finamente labrado, es imposible imaginar que detrás de esas ventanas habiten seres humanos. Y la magia de los ascensores, que, ágiles y ligeros, te elevan de un solo impulso hasta el cielo: en un abrir y cerrar de ojos estás a setenta plantas de altura. Esta clase de innovaciones técnicas tienen algo voluptuoso, al menos cuando uno no está acostumbrado a ellas, aunque casi seguro que no habrá tiempo de acostumbrarse porque antes se habrán inventado otras. Vista de noche, Nueva York es gigantesca, la única ciudad cuya extensión se capta mejor de noche (más que en Londres, por ejemplo), y diría que le queda mucho por crecer, en diez años aun será más espectacular.

Miércoles 30 Hoy parto. No obstante, antes veo a Madam Merowith‡ con su boy y hago una visita a Elmer Adler en su taller de Pynson Printers. Finalmente, la despedida. Es interesante que aquí la partida sea una ceremonia, sobre todo cuando sales a medianoche: te vas cargado de regalos, de telegramas, en

medio de las voces chillonas de las mujeres estadounidenses, quizá así eran antiguamente las despedidas en las estaciones de ferrocarril o en las de diligencias. Han acudido los Huebsch para cumplir con el ritual. El Hudson se ha helado y los rompehielos trabajan a toda máquina alrededor de nuestro buque, quiebran y extraen grandes témpanos grises para abrirnos paso, mientras yo experimento en mis propias carnes el verdadero frío norteamericano con su límpida luz azulada. Y asisto al grandioso espectáculo bajo la luz del sol; a medida que nos alejamos, ascienden como torres babilónicas, como pirámides aztecas, las siluetas anchas o esbeltas, masculinas o femeninas, de los rascacielos, y en el extremo de Manhattan se concentran más densamente, para proteger los bancos, el oro y Wall Street. Apenas se divisa aún la famosa estatua de la Libertad, que (como dicen en broma) da la espalda a Nueva York para ofrecer la antorcha a los que llegan, y lentamente todo se achica y se oscurece, el puente de Brooklyn se convierte en un difuso espectro y los gigantescos barcos de vapor, en barquitos de papel, mientras ante nosotros se extiende, vasto e infinito, el mar.

(Primer día). El barco navega plácidamente.⁷⁰⁰ No es demasiado lujoso y como no conozco a nadie tengo todo el tiempo del mundo para reflexionar y hacer balance. Pese a no haber sacado provecho material ni propagandístico, este viaje me ha enriquecido interiormente, si bien no he conseguido resolver mi profunda crisis artística y personal. En primer lugar, he podido comprobar que mi creciente pánico a cualquier acto público es imposible de superar, que no quiero ni puedo afrontarlo y que debo retirarme voluntariamente de la carrera por el éxito. Ahora debería ocuparme de tareas ingratas, puramente personales, sobre todo dejar de lado la biografía e intentar concentrarme de nuevo; una novela es lo que más me convendría, aunque me atraiga más la creación dramática. Es posible que sea la última vez que visito Estados Unidos, y no quiero saber

nada más del cine, ni de todas esas sórdidas cuestiones de dinero, ni de la prensa, a la que también tendría que renunciar definitivamente. El programa para los próximos meses está claro: terminar María Estuardo y después trabajar todos los días en una obra épica, depurar el estilo y aprender de nuevo lo que tal vez haya olvidado. Renunciar una vez más el hábito de dictar y ver a menos gente. Más cine, más teatro, todo lo que aporta temas, estimula e inspira. Esta pausa me ha sentado bien y al libro de María Estuardo también le será de provecho.

DIARIO DEL 27 DE SEPTIEMBRE DE 1935

(VIAJE DE PARÍS A LONDRES)

Jornada de viaje como tantas otras en los últimos años. ¿Se acostumbra uno a vivir de acá para allá porque se tambalean los cimientos del mundo? ¿O porque, al presentir que podrían volver los tiempos en que los países levantan muros, quiere respirar fugazmente unas bocanadas del aire del mundo? En cualquier caso, para mí viajar ya no es un estado excepcional, sino casi natural. Me he desprendido cada vez más de los vínculos y las costumbres, del hogar y las pertenencias, que se han vuelto inciertas, prácticamente prescindibles. Bastan dos maletas (en una, la ropa, las necesidades materiales; en la otra, los manuscritos, las reservas para el trabajo del espíritu) para estar en casa en cualquier parte. Si el sentido de una vida es descubrir una y otra vez nuevas formas de libertad en lo transitorio y en lo espiritual, entonces tal vez sea mejor vivir con el mínimo lastre posible, cultivar el arte de dejar atrás buena parte del pasado sin sentimentalismos.

Por la mañana, en París, voy a la estación de ferrocarriles. Contemplar cómo despierta una ciudad es siempre un espectáculo maravilloso, el momento en que cientos de miles de personas salen de sus madrigueras e inundan las calles. Es fantástico cuando una ciudad se pone en movimiento, como una locomotora al ponerse en marcha: la primera vuelta de la rueda es lenta, pesada y quejumbrosa, pero después se va acelerando hasta que de repente ha alcanzado la velocidad normal y el ritmo de la marcha es tan veloz, tan impetuoso, que en el interior ni se nota. Me maravilla la multitud que se precipita a las calles recién limpiadas, como llevada por un torbellino, cada cual buscando su lugar en el interior de ese aparente tumulto; no existe nada tan majestuoso como un caos, que en realidad es un orden minuciosamente estudiado, igual que la escena de una mu-

chedumbre agitada en el teatro, en la que el menor movimiento y gesto han sido establecidos con absoluta intención por la mano invisible del director.

Lo primero que hago al llegar a la estación es comprar el periódico. ¿Ha estallado ya la guerra en Abisinia o no?⁷⁰¹ Las generaciones futuras deberán aprender cómo hemos vivido todos estos años de postguerra, esperando cada día un nuevo cataclismo, ese sordo estruendo subterráneo que se nos mete en el corazón, ora procedente del este, ora del oeste, del norte o del sur. Desde 1914 no hay mañana que no abramos el periódico con un ligero temor, pues nuestro destino personal ha estado sujeto (más que en ninguna otra época) a la política y a sus señores de turno. Pero no—respiro aliviado—, hoy no ha estallado la guerra, siguen las negociaciones. Los aviones vuelan de un lado a otro, como aves embriagadas, transportando a los mandatarios de los Estados para asistir a reuniones y firmar pactos secretos, aunque el verdadero absurdo, la barbarie de la diplomacia criminal, aún está por llegar.

¡De modo que subo aliviado al vagón! Desplazarse da sosiego, viajar es hacer una pausa en medio de la agitación del mundo. Cuando uno libra el cuerpo al movimiento, ajusta instintivamente el espíritu a su ritmo. He reaprendido a leer, a pensar, prácticamente a trabajar, dentro de un tren en marcha, y cuando al mediodía toca apearse en Boulogne, junto al canal de la Mancha, me siento más tranquilo que inquieto, más descansado que fatigado. Quiero embarcar aprisa para echar el primer vistazo al bendito mar y dar una bocanada de este aire cargado del intenso perfume salobre, una bocanada de lejanía. Pero no, hombre del siglo XX, ¡no olvides que también eres ciudadano, ciudadano de un país al que le perteneces más que a ti mismo! Recuerda con humildad las ceremonias que se celebran en nuestra pequeña Europa cuando uno cruza la sagrada nada de una frontera. ¡Haz cola ante el control de pasaportes! Así que aguardo pacientemente, pero al mismo tiempo humillado y

amargado. ¡Se han desvanecido la alegría, la frescura de la sensación puramente animal, el voluptuoso sentimiento de libertad! Me siento vejado, ya no soy una persona libre y autónoma, sino un súbdito, y al constatarlo en mi interior nace de inmediato el sentimiento de rebeldía. Tal vez sólo nos ocurra a nosotros, los que nacimos y vivimos antes de la Gran Guerra, porque antaño cruzábamos despreocupadamente de un país a otro sin pasaporte ni papeles—documentos que parecen lo más natural del mundo a las nuevas generaciones—, a nosotros, a quienes estas colas obligatorias, aunque sean una mera formalidad, nos devuelven siempre a las afrentas morales que sufrimos desde entonces. Para nosotros hacer cola sigue siendo sinónimo de miseria, nos recuerda los años de hambruna y reclutamiento. Antes de la Gran Guerra, hacíamos cola para algo que nos gustaba, para gozar de un placer artístico. Se formaban colas delante de la ópera o del teatro, la gente estaba impaciente y contenta a un tiempo, ilusionada, y la expectativa aumentaba gracias a ese preámbulo, los jóvenes entusiastas, amigos, compañeros, desconocidos, todos nos congregábamos en esa alegre fila. No nos empujaba a formarnos ni el deber ni la necesidad, por eso no nos avergonzaba la espera. Sólo durante la guerra y la postguerra el mundo conoció esta humillación, esta nueva forma de espera impuesta por el miedo y la necesidad, como se aguarda un interrogatorio o una sentencia, de modo que cada vez que se nos inflige esa espera, aunque sólo dure dos minutos, renace en mi interior la ira y la rebeldía.

Pero la verdad es que son sólo unos minutos: un vistazo al pasaporte y un sello. Hoy en día todo país europeo se alegra de despedir al extranjero. Así que en un abrir y cerrar de ojos estaré en el barco para ver por fin el mar y respirar el aire del cielo y del mundo. Pero no, hay otro control de pasaportes, el de los ingleses después del de los franceses y, puesto que ahora se trata de entrar en el país, es más estricto que el rápido trámite de salida. A la cola otra vez, y en esta ocasión, como en los tiempos de guerra, es posible advertir en los rostros de los vecinos

cierta inquietud e incertidumbre. ¿Se nos permitirá entrar en la isla británica que, antes de la guerra, era el lugar más hospitalario y libre del mundo? ¿Y por cuánto tiempo: días, semanas, un mes? Finalmente, tras la larga espera, llega la breve inquisición y por último el permiso de entrada al país. Pero interiormente siento una profunda vergüenza: ¡así vive la Europa de 1935, así recela un país de otro! Para quienes nacimos libres, vuestro maravilloso mundo es una Europa dividida, vallada y llena de fronteras. ¿Alguna vez ha existido mayor insensatez, despropósito más absurdo? Diría que no, porque hoy en día, al viajar, la relación entre el tiempo empleado propiamente en desplazarse y el tiempo que se pierde en tales controles fronterizos resulta cada vez más paradójica. Hace un siglo viajar de París a Londres requería tres días, de los cuales quizá media hora se dedicaba a inspecciones y controles. Hoy, cuando el avión permite recorrer esa distancia en una hora, siguen haciéndonos perder inútilmente una hora o más, y pronto llegará el día en que los controles requieran más tiempo que los trayectos en sí, del mismo modo que la mayoría de los Estados desperdician más energía en defender sus fronteras que en educar y formar a su pueblo. Creo que podría, que puedo, acostumbrarme a todo salvo a la estupidez y la sinrazón, y en este sentido la situación actual de Europa me atormenta y me irrita una y otra vez. Al ver cómo se tuerce el camino recto, cómo se complica lo simple, a veces tengo la sensación de que un loco se ha apoderado del timón y conduce el mundo hacia un destino desconocido haciendo eses a la deriva.

Sé que es ridículo rebelarse contra estas aparentes nimiedades, pero precisamente en los pequeños detalles se perciben mejor los grandes fenómenos, del mismo modo que el cazador, el labriego o el pescador saben reconocer cuándo se avecina tormenta en el vuelo bajo e inquieto de las aves. ¿Cómo se me ha ocurrido pensar de pronto en las aves? Pues porque, apenas hemos atracado, los vendedores de periódicos nos salen al encuentro agitando los diarios como alas blancas. Y vuelvo a

comprar uno. ¿Ya ha estallado la guerra en Abisinia o todavía no? Y así estaremos mañana y pasado mañana y semanas y meses, a la espera de los diarios, nosotros, los habitantes de 1935, a quienes el estallido de la guerra en 1914 nos desgarró el alma, y desde entonces tenemos una sensibilidad singular que la generación de postguerra en parte es incapaz de entender y en parte ridiculiza porque les parece sensiblería. ¡Pero basta de cavilaciones! Mejor disfrutar de las vistas de la campiña inglesa desde el tren: el verde parece distinto bajo el húmedo cielo gris, las casas son diferentes, la gente, las costumbres, hasta el aire es diferente, más denso, pesado y cargado, no es el aire alegre, delicado y suave del campo francés. Y después de atravesar unos suburbios indescriptiblemente tristes, grises y tiznados, pero salpicados aquí y allá de parches verdes que hacen un poco más amable el paisaje, por fin llegamos a Londres. En todos los tejados y azoteas resplandecen fuegos artificiales de palabras en luces de todos los colores, amarillas, verdes, rojas y azules, una miríada de reclamos que parpadean en medio del crepúsculo, nombres, productos, eslóganes que incitan a comprar desde todas las plantas de los edificios: ¡compra, compra, compra! Siempre el mismo monótono imperativo. No obstante, entre las luces de los semáforos el torrente infinito de coches es de una regularidad portentosa. El mundo muestra aquí su otra cara, el rostro inteligente de la tecnología: la Europa del presente, que fracasa estrepitosamente en el ámbito espiritual, derrocha sus virtudes y su eficacia en el ámbito práctico. Y vuelvo a advertir la monstruosidad de esta urbe, que, como un pulpo, extiende sus mil tentáculos por los cinco continentes para obtener la mano de obra, la riqueza y el dinamismo que transforma el trabajo invisible de millones de personas anónimas en luz y lujo, en opulencia y movimiento, gracias al peligroso prodigio de la modernidad: la organización.

Paso un rato en casa deshaciendo las maletas y quitándome de encima el hollín, pero jamás podría encerrarme durante las primeras horas en una ciudad extranjera, aunque haya estado

cientos de veces. Antes de ponerme a trabajar tengo que sentir-la, palparla, saborearla, soy incapaz de relajarme leyendo un libro o trabajar si antes no he satisfecho esta curiosidad. Lo primero que hago cuando llego a una ciudad extranjera es subirme a la torre o la cima desde donde sea posible contemplarla entera, o bien ir donde palpita con mayor intensidad, al corazón de la metrópolis. Así pues, enfilo hacia Picadilly Circus, la plaza circular que es el verdadero polo norte, o sur, de nuestro mundo, alrededor de la cual (al menos hoy en día) gira todo el planeta. Es difícil mantenerse inmóvil en ese lugar, porque la vibración del incesante movimiento te arrastra, la multitud te engulle, el tráfico de los coches te ciega, el estrépito te ensordece, y pese a todo vas para disfrutar precisamente de esa dinámica fuerza. En apariencia nada ha cambiado: los nombres del whisky de moda y de los actores aclamados del momento siguen desplegándose en letras luminosas en lo alto de los edificios, y advierto satisfecho que he olvidado todos los nombres que el año pasado lucían aquí durante meses en parpadeantes letras de un metro de altura. Y es que mi yo más íntimo no se deja deslumbrar por los anuncios ni la propaganda. Sólo los recuerdos emotivos persisten en la memoria. ¡Seguid vuestra carrera, nombres, que por más tiempo y más deprisa que corráis, jamás alcanzaréis la inmortalidad! Cinco versos de un poema perfecto creados por un autor anónimo pueden sobrevivir y os sobrevivirán, pues todo lo que desfila delante de las multitudes está condenado al olvido. Tan sólo lo captan y saborean unos instantes antes de tragarlo y olvidarlo para volver a engullir mañana. Quieren un placer diario—del mismo modo que trabajan, comen y duermen a diario—, en lugar de reservarse el placer como algo extraordinario y selecto. Es impresionante y sobrecogedor ver cómo se apelotonan delante de los cines que les prometen, con lemas grandilocuentes, asesinatos e historias de amor, emociones fuertes y lágrimas garantizadas. Aunque todo el mundo tiene derecho al ocio, no puedo evitar preguntarme si el pésimo gusto que evidencian estos alimentos de las

masas no estará contribuyendo a idiotizar Europa, que hoy en día no alumbrá ningún gran pensamiento; me pregunto si no le arrebatará a la gente la capacidad de entender su época, de transformarla y mejorarla, si el constante suministro de entretenimiento vulgar con que se alimentan no les impedirá dotar su futuro de un sentido, de un propósito, de un significado.

Cuanto más tiempo permanezco en la plaza más percibo la fuerza del torbellino. Ha caído la noche y todos los coches, autobuses y vagones de metro de esta ciudad de seis millones de habitantes corren hacia la pequeña zona del Soho que reúne las nueve décimas partes de todos los teatros, barracas de feria y espectáculos de Londres. En breve, a las ocho y media, todos abrirán sus puertas, que también cerrarán a la misma hora, las once. Los actores cantarán, bailarán e interpretarán al mismo tiempo, los personajes desfilarán por las pantallas de los cines, y una legión de espectadores, tres cuerpos del ejército, o seis, o diez, quién sabe, recibirán su instrucción emocional. Entretanto, camino solo, arrastrado por la multitud y oponiendo resistencia, embobado por el hechizo de esta simultaneidad, pese a maldecirla, atrapado a mi vez en los tentáculos de la gran ciudad y luchando para librarme de ellos; pero, sin darme cuenta, en una o dos horas me habré adaptado a su ritmo y me acompañará hasta que decida acostarme. Sé que mañana al despertar ya no seré extranjero en la ciudad y podré reanudar mi trabajo, concentrado y fresco, para intentar dar un sentido a mi profundo desgarró con las modestas fuerzas que me quedan. Sin embargo, lo primero que haré mañana, 28 de septiembre, será abrir el periódico y buscar una respuesta a la pregunta decisiva sobre el destino de nuestra generación: ¿ha estallado la guerra o todavía no? ¡Qué vergüenza para Europa, y qué vergüenza para toda nuestra generación! Esperamos y preguntamos sumisamente, en vez de tomar las armas de la razón y labrar por nuestra cuenta un futuro mejor para la humanidad.

VIAJE A BRASIL

(8 DE AGOSTO - 1.º DE SEPTIEMBRE DE 1936)

8 de agosto de 1936 Parto de Southampton, de la que apenas he visto el puerto llano, con numerosos brazos, similar a Portsmouth, gris, como todo en Inglaterra. El barco me parece bastante correcto,⁷⁰² aunque me resulta antipático, ni punto de comparación con la elegancia del Rex italiano ni con la sencilla solidez del Manhattan; es un intento fallido de suntuosidad, sin estilo, frío. El tiempo, increíblemente calmo, y el fresco de septiembre.

9 de agosto Hace un tiempo inmejorable. Leo mucho, primero en español (hago notables progresos) y luego una historia de Magallanes.⁷⁰³ Apenas tengo vida social, sólo he hablado con un profesor de Botánica, Brieger, que viaja a Brasil con el encargo de fundar un instituto de genética. He empezado a escribir la novela corta.⁷⁰⁴

10 de agosto Día muy interesante. Cuando nos aproximamos a Vigo, en España, nos informan de que podemos desembarcar bajo nuestra responsabilidad, y al mismo tiempo dicen que no existe el menor riesgo. A la entrada de la bahía hay anclado un navío estadounidense de un gris metálico, imponente como un iceberg. Bajo a tierra con unos cuantos portugueses con los que hablo en español. La ciudad está llena de militares en relucientes uniformes, disciplina completamente alemana, camisas azul marino o de color caqui, y boina militar. Entre ellos hay pintorescos muchachos de trece años armados con revólver holgazaneando junto a los muros, y se dejan fotografiar. También llama la atención que mucha gente del pueblo no lleva el distintivo rojo de los fascistas.⁷⁰⁵ Contemplo y fotografío pesados camio-

nes repletos de soldados con cascos de combate que parten al frente y parecen tan inofensivos como los de nuestra Hei-mwehr y, por lo que me cuentan, respetan rigurosamente la hora de la siesta durante el combate. Delante del ayuntamiento hacen cola un sinnúmero de voluntarios,⁷⁰⁶ jóvenes bien plantados—en estas dos horas he visto más chicas guapas⁷⁰⁷ que en toda Inglaterra—, los españoles son de una belleza fascinante y a la vez pintoresca: las mujeres cargan quintales sobre la cabeza como las romanas, los carreteros⁷⁰⁸ arrean burros, todo tiene un aire griego. La revolución no parece preocupar mucho a la gente, sólo en una librería (junto al inevitable Maria Stuart)⁷⁰⁹ veo la obra de Hitler, el libro antisemita de Ford⁷¹⁰ y otras barbaridades por el estilo. Mientras tomamos un café en un bar nos explican que se ha cortado el suministro de agua desde hace días y los trenes no circulan, pero (como ocurría en Viena en su día) durante la revolución el zapatero vende zapatos y el tabernero, cerveza; la vida no se detiene, sólo más adelante los gobiernos la transforman lentamente. Por lo general, poco más de la quinta parte de la población participa en las guerras civiles. Habitado a las milicias de Alemania y Austria, uno podría pasear durante horas por la ciudad sin advertir que el frente se encuentra a una hora de la ciudad. Sin embargo, cuando uno lo sabe adivina infinidad de pequeños indicios, que a mis ojos quedan un tanto empañados por la pintoresca imagen de España. Qué coloridas son las calles: los burros, las yuntas de los bueyes, las calesas de cuatro asientos con sus lonas junto a los automóviles de elegante línea..., y cómo recuerdan a Goya las ancianas de cabellos desgreñados, cubiertas de sudor y polvo, con sus delantales, los pies sucios... Y, no obstante, la enorme dignidad de sus andares: precisamente porque jamás se doblan pese a la carga (algunas llevan cestos llenos a rebosar sobre la cabeza), su andar tiene algo de majestuoso, incluso cuando piden limosna. Y los niños de Murillo, encantadores por su desparpajo y por su belleza: a todos les encanta que los fotografíen, para ellos las fotos conservan cierta magia. Dos horas en

España es una experiencia más intensa que un año en Inglaterra, sobre todo ahora que los cañones atraviesan la ciudad y uno descubre entusiasmado la sabia indolencia de este pueblo incluso en una crisis como ésta.

Martes, 11 de agosto En Lisboa. Descubro con alegría lo equivocado que estaba: no esperaba tanto color en esta ciudad. Es una Génova más colorida, más meridional, más autóctona, de elegantes calles y avenidas llenas de cafés, mientras que, en las calles aledañas, aparecen los burros y las mujeres cargando cestos: el esplendor en la miseria y la miseria en el esplendor, ese magnífico contraste de los países mediterráneos. La gente no es tan altiva como en España ni tan bien parecida, mucho mestizaje, y falta el orgullo del caballero⁷¹¹ pese a lustrarse los zapatos todo el día. Deambulo durante horas observando los negocios abiertos, que venden todo tipo de baratijas y tienen un singular encanto primitivo, mucho más que las avenidas, que recuerdan un poco a los Balcanes. En suma, una magnífica transición antes de volver al ambiente más bien monótono del barco, donde sólo me interesan los emigrantes judíos que viajan en tercera clase, y yo a ellos, porque naturalmente hay uno que ha reconocido al «mejor escritor» y están felices de que me acerque a charlar con ellos. No obstante, en adelante espero tener unos cuantos días de trabajo sin interrupciones.

14, 15 y 16 La travesía es muy agradable, sin sobresaltos. De momento he conseguido escoger bien a mis interlocutores y mantenerme de incógnito hasta el punto de que hay dos personas leyendo libros míos sin saber quién soy: sólo los judíos que viajan en tercera clase me han reconocido. Hablo de vez en cuando con Cecil Mandsley,⁷¹² uno de los más altos funcionarios del Ministerio de Trabajo, responsable de todo el ámbito educativo: es un inglés amable, muy distinguido y correcto, que musica anónimamente poemas de Nayer.‡ También charlo con

el profesor Brieger, catedrático de genética que se traslada a São Paulo y me explica en detalle las complejidades de esa disciplina. Sería interesante averiguar más cosas sobre el tal Gregor Mendel, un personaje trágico como Mesmer,⁷¹³ para escribir sobre él. Brieger me cuenta de manera muy vívida la mala suerte de Mendel al escoger como objeto de estudio, o de ensayo, una planta que se fecunda a sí misma, de modo que su investigación fue refutada, como le ocurrió a Mesmer. Pertenece a la larga lista de los olvidados: tendré que leer más. También converso con la esposa de un ginecólogo de Breslavia (un tal Fraenkel), una vienesa vivaracha, parlanchina y muy lectora. Insoportable cuando me pide que sea yo quien me «presente» a su marido, puesto que soy más joven, cosa que, evidentemente, me niego a hacer. Luego está el capellán católico del barco, un joven simpático que pasó largo tiempo en St. Jakob con la condesa Wurmbrand⁷¹⁴ y, por último, el señor Montagne, ‡ neoyorquino, aunque de hecho es ciudadano del mundo, un gran tipo. De oficio es ingeniero de minas, y ha estado en todas partes, habla todas las lenguas, es una fuerza de la naturaleza, detesta los Estados y cualquier forma de patriotismo, es intrépido, le apasiona la vida en la selva virgen, tolera perfectamente el calor y su robusto físico parece soportarlo todo (tiene una abuela china y, sospecho, también sangre judía). Además es muy culto, informado, increíblemente inteligente, uno de esos tipos que ganan una fortuna poniendo en peligro su vida y la pierden con la misma facilidad. Es pesimista en lo que respecta a Brasil. Cree que la naturaleza en ese país es indomable (los insectos devoran la madera) y no cree que los europeos sean capaces de permanecer más de dos años seguidos sin menoscabo de sus fuerzas: la continua deshidratación del cuerpo y los rayos ultravioleta minan seriamente la salud, y todo el mundo me confirma su parecer (incluido el excelente pintor argentino Cesáreo Bernaldo de Quirós). El señor Montagne me da una descripción interesante de sus expediciones mineras: cada vez que les llegan noticias de un nuevo yacimiento han de abrirse camino a

través del territorio, pero a menudo reciben informaciones erróneas y se pasan años vagando antes de encontrar el emplazamiento idóneo para la explotación. No obstante, diría que en esas empresas están en juego ingentes sumas de dinero que van a parar a manos de unos pocos. Leo la historia del descubrimiento del Nuevo Mundo y me sobrecoge pensar en el coraje de tantísimas personas anónimas invertido en tal empresa (de la historia de Sarmiento, en el libro de Magallanes, podría salir tanto una novela como un capítulo de mis momentos estelares,⁷¹⁵ que escribiré sin falta en Londres). Mi novela corta avanza a paso de tortuga, no se me ocurren ideas nuevas—qué bien la habría escrito cuando disponía de secretaria, veremos qué sale al final—. [-] Que no se me olvide el relato del señor Montagne sobre Lampião, el ladrón de Bahía [-] Físicamente, el viaje me está sentando de maravilla: creo que he adelgazado gracias a la dieta, la gimnasia y todas las escaleras que hay que subir, y, por lo demás, seguro que el aire húmedo quema grasas o deshidrata el cuerpo. En cualquier caso, estamos ahora en el ecuador. Queda exactamente una semana de viaje.

20 de agosto Falta un día para llegar a Río. La vida en el barco empieza a resultar aburrida. Ocho días son la medida perfecta para una travesía, salvo si se dispone de state room ['camarote de lujo'] donde poder trabajar como en casa. El tiempo, por suerte, ha sido muy bueno, y he podido estar al aire libre desde primera hora de la mañana hasta el atardecer, aunque envidio a los pasajeros que no tienen ningún impedimento para pasarse tres cuartas partes del día entrando y saliendo de la piscina al aire libre y, luego, irse a los fancy balls ['bailes de disfraces'] y a las carreras, todas esas actividades infantiles que los ingleses se toman con sacrosanta seriedad. La ceremonia para celebrar el paso del ecuador es pomposa, pero resulta vulgar y no tiene ninguna gracia, no es más que un trámite que repiten desde hace cuarenta años. La vida social es muy agradable, aunque

no me haya aportado nada. El bueno del señor Mandsley es de una sequedad que asusta, y dudaría que los ingleses sean de carne y hueso si no fuera por el espectáculo grotesco de instintos desatados que protagonizaron ayer las dos ancianas señoras embriagadas de champagne. Empiezo a temblar al pensar en la vida pública y todos los compromisos ineludibles, pero espero, al menos, poder seguir trabajando en Río. La novelita que estoy escribiendo me parece problemática y siento curiosidad por ver si lograré salir airoso: para el desenlace, gracias a Dios, se me ha ocurrido una idea estupenda, pero todavía me falta la parte central, y la dificultad no es sólo describir la pureza, sino mostrarla. En cuanto a libros, a bordo apenas hay nada legible. Trato de leer la célebre Cumbres borrascosas, pero me parece absolutamente ilegible, mientras que La historia de las aventuras de Joseph Andrews de Fielding me resulta divertido (aunque una vez leído uno de Fielding los has leído todos) y Orgullo y prejuicio de Jane Austen me impresiona mucho. Qué bien compuesta desde el punto de vista de la caracterización de los personajes, qué comprensión de la naturaleza humana y qué sentido del humor. Reconozco que, al final, en estos viajes siempre termino descubriendo cosas. En la próxima entrada ya escribiré en tierra firme: esta noche tengo la esperanza de poder ver la Cruz del Sur.

De noche, súbitamente, refresca: pasamos el Cabo Frío. ¡Mañana Río de Janeiro! Habrá que madrugar.

21 de agosto ¿Podré anotar todo sobre Río ¡sin olvidar demasiadas cosas!? A primera hora de la mañana llegamos al puerto, una maravilla. Primero, las islas, verdes o rocosas, surgiendo del mar, y después, entre la fina niebla matutina, se elevan el Corcovado formando una cruz y el Pan de Azúcar, como dos monolitos, y, entre ambos, en la espléndida sinuosidad de las bahías, se extiende la ciudad, interrumpida una y otra vez por las montañas que, como los dedos de una mano, se alzan

para sostenerla. No puedo imaginar nada más hermoso que esta ciudad que se despliega como un fascinante abanico mientras los ferris atraviesan el mar a toda velocidad: el aroma del océano empieza a confundirse con la fragancia de la tierra que nos abraza con delicadeza. La llegada tiene la calidez de un recibimiento auténticamente meridional, mientras que Nueva York, de una majestuosidad parecida, te da la bienvenida con sus icebergs de piedra y el rumor de la ciudad, que, triunfante, te sale al encuentro. Nueva York te llama, Río te aguarda, masculina una, femenina la otra, con sus líneas curvas que evocan la silueta de una mujer emergiendo de las olas, la Venus Anadiomena. Esta primera impresión es inolvidable, la conservaré siempre en el recuerdo: con cada mirada, muda, su belleza adquiere una nueva dimensión, Río no tiene una sola perspectiva, como Nápoles, sino que es espléndida desde todas partes, contemplada desde la cima de las montañas o desde el mar, desde la playa o desde cualquier rincón. Y a ello se añade el colorido, suave y, en cierto sentido, musical. Sin duda, esta ciudad es mágica.

Mientras espero para desembarcar, acuden a recibirme tres señores del ministerio, junto con el encargado de negocios austríaco [Faccioli-Grimani] y una tropa de periodistas y fotógrafos. Me conducen al Corcovado Palace,⁷¹⁶ donde me alojan en una suite de lujo de varias estancias, con vistas a la playa, más bella que todas las de Europa, de fina arena clara bajo los destellos verdes del mar. Lo que más me gustaría es pasarme horas en esta terraza, pero no hay tiempo. Enseguida tengo que salir para acercarme al centro de la ciudad, que es maravillosa, una feliz mezcla de Madrid, Lisboa, Nueva York y París juntas en la gran avenida Rio Branco, muy distinguida (pese a que su estilo aún no está del todo definido), y sobre todo de una inmensa vitalidad. En ella descubro la exquisita mezcla que a lo largo de los próximos días me parecerá la cosa más inverosímil de nuestros tiempos: la absoluta ausencia de prejuicios raciales salta a la vista nada más llegar. Visito el Ministerio de Asuntos Exteriores, cuyo edificio fue originalmente la residencia particular

de un rico y me permite hacerme una idea del estilo de antaño, un barroco moderado de colores muy vivos, el rojo intenso de la madera local, dura como el hierro, del palosanto, que nosotros llamamos palisandro y que a veces es tan dura que se trabaja como la piedra. El ministro [Macedo Soares], muy amable y distinguido. Sobra decir que nos sacan fotos a diestra y siniestra, lo cual en Brasil es, junto al jogo do bicho,⁷¹⁷ el vicio nacional: un pasatiempo infantil que complace a todas las clases sociales. Luego me dedico a los fotógrafos y a las entrevistas, imposible contar cuántos libros he firmado y cuántas personas me han perseguido. De hecho, mi celebridad en este país es realmente asombrosa, va de los círculos más distinguidos a los más humildes, y no se debe a un libro u otro, sino a todos por igual. Me doy cuenta de ello con Koogan, un tipo muy simpático. Otro que también es amabilísimo, toda una suerte, es Jaime Chermont, que me han asignado como acompañante. Proviene de una de las familias patricias, es un hombre adinerado y muy culto, criado en un ambiente aristocrático, una persona de una amabilidad tan exquisita como pocas veces he conocido. Por la noche, salgo a pasear con Koogan presintiendo que en los próximos días no disfrutaré de estas diversiones. Subimos al Pan de Azúcar, así llamado por su forma (el Corcovado replica la misma forma, tan singular). El fuerte viento dificulta la subida en coche, pero las vistas desde lo alto merecen la pena. La noche cae de golpe en Río, sin transición: de pronto, la luz se desvanece, pero lo hace de un modo discreto e imperceptible. Reina una oscuridad casi inconcebible y el mar se convierte en metal negro. Entonces, la ciudad se ilumina de pronto, ofreciendo un espectáculo grandioso. La cadena ininterrumpida de luces serpentea a lo largo de todas las bahías, Urca, Flamengo, Botafogo y la gigantesca bahía de Guanabara, tan grande que, según dicen, cabrían perfectamente todas las armadas del mundo. Al mismo tiempo, empieza a iluminarse el corazón de la ciudad, los edificios a la americana, esplendorosos faros en mitad del aire límpido, y sopla la suave brisa que transporta el aroma de

las selvas tropicales cercanas. Una espléndida naturaleza virgen alumbrada por la luz de la civilización. Disfruto estremecido de esta belleza inimaginable y no querría marcharme jamás: sin duda no existe otra ciudad sobre la faz de la tierra que ofrezca unas vistas parecidas. Después de cenar, Koogan me lleva al Canal do Mangue, la calle de mujeres. Increíbles las estampas de este Yoshiwara⁷¹⁸ carioca. Las mujeres aguardan sentadas en los luminosos locales de paredes amarillas o verdes, como si estuvieran en vitrinas, cada una con su nom de guerre en un letrero: Coonne, Leonie, Gaucha, Paquita... Es la mezcla más variopinta que jamás he visto. Mujeres negras como el carbón, con sus frondosos cabellos, los pechos desnudos, la mirada perdida, indiferentes como tallas de ébano; francesas maquilladas y ataviadas con camisetas de tirantes de colores chillones y provocativos shorts tararean cancioncitas o gritan a los transeúntes, mientras las judías del Este prometen las mayores perversiones o mestizas de todas las tonalidades del café con leche, jovencísimas algunas, ajadas otras, delicadas unas y toscas otras, tal vez quinientas, sentadas junto a las innumerables puertas, ofrecen un libro ilustrado de todas las razas y tipos, y detrás de cada una, la indefectible cama. Algunas se desperezan, indolentes; otras tratan de seducirte contoneándose, mientras otras aun miran al vacío con una indiferencia oriental. Lo más asombroso para nosotros es la mezcla absoluta, la ausencia de racismo, tan singular y característica de este país. Los negros andan con los blancos y los blancos, con los negros, la calle bulle de agitación y, sin embargo, reina la disciplina más estricta, una brigada de policía patrulla el barrio y a las doce de la noche todo se apaga de repente; los locales están alquilados como puestos, y el colosal mercado de carne humana baja la persiana. Cuántos destinos reunidos, cuánto camino deben haber recorrido estas francesas y estas judías antes de recalar en esta ciudad para cobrar tres milréis la hora (junos tres francos franceses!). Qué teatro al servicio del placer inmediato más banal y cruel. Rara vez en mi vida he visto algo tan fascinante como estas cuatro calles fulgu-

rantes cuyos laberínticos muros están destinados a un solo y único propósito. Hay muchachas muy bellas, sobre todo las mestizas indígenas, de cuerpos delicados y lisas melenas negras de un brillo metálico: una silenciosa melancolía emana de todas ellas, pero ni siquiera esta humillación, el hecho de estar sentadas en esos escaparates como mercancías, las vuelve vulgares. Me siento más sobrecogido que excitado. Es una escena inolvidable.

Sábado 22 Parto a Petrópolis⁷¹⁹ en automóvil, un trayecto que me recuerda a nuestro Semmering. Advierto maravillado la extensión de la ciudad, de la que tardamos media en salir: hay tiendas abiertas por todas partes y al contemplar el interior y la vida que encierran descubro una vez más el perfecto mestizaje —niños negros, blancos, mestizos juegan juntos sin problema—, y en cada rincón percibo el cálido trato de este pueblo, su peculiar sensibilidad, acompañada de una gran gentileza en las clases altas. El viaje en automóvil es interesante: primero cruzamos las zonas pantanosas donde en el pasado hizo estragos la fiebre amarilla, y luego ascendemos por una carretera muy sinuosa hasta alcanzar las cumbres donde los cariocas se refugiaban del calor en verano (y que hoy transforman Río en una playa descomunal). El benévolo rey Dom Pedro (su bondad fue erosionando su reinado y la abolición de la esclavitud fue el golpe de gracia) tenía aquí su residencia de verano, igual que los diplomáticos extranjeros. Hoy en día Petrópolis no es más que una pequeña provincia indolente, habitada por los descendientes de colonos alemanes enviados a Brasil (los barrios tienen nombres de provincias alemanas) a los que se sigue distinguiendo por sus hijos de cabellos rubios. Como no hay gran cosa que ver nos dirigimos a una granja de aves de corral con plantaciones de café; los dueños tienen una casa preciosa, la dama habla en buen alemán y, por supuesto (como todos aquí), ha leído mis libros. Finalmente, regresamos a la ciudad, donde al-

muerzo con el encargado austríaco de negocios Faccioli Grimeni, que me cuenta muchas cosas de Brasil: todos adoran este país, especialmente el carácter hospitalario y generoso de la gente. Sienten que, con la suficiente inmigración y dinero, el país tiene mucho futuro.

Domingo 23 Por la mañana, después de despachar varios recados, admiro la magnífica playa de Copacabana. Al mediodía, acudo al lunch que ofrece el ministro de Asuntos Exteriores Macedo Soares en el Jockey Club, con sesenta invitados, entre ellos mujeres de una belleza extraordinaria; las hijas del presidente Getúlio Vargas, encantadoras, muy sencillas e inteligentes. El emplazamiento del Jockey Club es espectacular: detrás del hipódromo, la laguna Rodrigo de Freitas rodeada de montañas, tras las cuales se adivina el mar. Una inmensa cubierta de cemento protege las tribunas del sol y, pese al mal tiempo, hay un montón de personas haciendo apuestas: el juego es el vicio de este pueblo. Hay incontables casas de juego, además de la lotería estatal y el prohibido jogo do bicho, el juego del animal, una especie de lotería callejera en la que participa todo el mundo, un ingenioso invento que haría innecesarios los impuestos si se legalizara. Me han explicado que hay seis mil formas diferentes de apostar y que los banqueros clandestinos pagan cualquier suma, por prohibido que esté el juego. El banquete, exquisito y, por suerte, sin brindis ni discursos. Después, voy a Tijuca por una carretera mágica que cruza la selva tropical. Las palmeras más hermosas que he visto jamás y unas mariposas tan extrañas como delicadas. Al llegar a nuestro destino, vamos a ver a madame Tulutes, ‡ que vive en la casa más bonita que he visto. Originalmente fue la casa de campo del almirante británico Cochrane y aún conserva de aquel tiempo el parque chino de esparcimiento con puentes colgantes y farolillos, lo cual le da un aire de país imaginario: cada ángulo ofrece un paisaje distinto, se ven las montañas, la selva y el mar desde las

perspectivas más variadas. La casa es enteramente moderna: baldosas de mármol, sólidas vigas y unas rejas correderas de hierro forjado que permiten salir al exterior desde cualquier punto. Antiguos muebles familiares, enormes armarios de palo-santo procedentes de iglesias, altares empotrados (toda la gente bien es muy devota en Brasil), pero sin excesos, todas las piezas son sobrias y selectas, elegidas con un gusto exquisito. Consta-to una vez más (y no será la última) la extraordinaria cultura en los círculos distinguidos y lo necios que son nuestros prejuicios europeos. En esta ciudad las clases altas dan muestra de un refinamiento y una educación que nosotros hemos perdido hace años. En cuanto a las clases populares, tienen una noción casi romántica del erotismo, no existe la libertad como la entendemos nosotros: una jovencita, por ejemplo, no puede salir con un muchacho, aunque no se trata de mojigatería, sino de que así se goza de la espera. Pero volvamos al jardín. Cuando nos invitan a salir de la casa descubro, de pronto, el pequeño estanque iluminado. Todo está envuelto en una luz mágica y, bajo las palmeras de Brasil, asisto a una fiesta de verano exquisita. Al cabo de un rato, sin embargo, regreso: me comprometí, por estúpido, a dar una conferencia, y además he de preparar una respuesta para la Academia. Para colmo, he olvidado el manuscrito en el hotel.

Lunes 24 Por la mañana, trabajo, entrevistas y un paseo por la ciudad, que cada vez me gusta más. Cuánta diversidad y qué colorida. En un restaurancito brasileño pruebo la feijoada y bebo aguardiente de caña de azúcar, fumo estupendos puros y tomo café (tan caliente que si escupiese un trago a un perro saldría aullando), paso un buen rato con Cláudio de Souza, Peixoto y otros poetas, y me sentiría en el paraíso si la sombra de las malditas conferencias no se cerniera sobre mi cabeza.

Martes 25 Paseo y trabajo. Mire desde donde mire, la ciudad nunca deja de sorprenderme, no he visto ninguna más bella. ¡Pero aún tengo mucho que hacer! Para empezar, la visita al presidente de la República, el dictador Getúlio Vargas. El palacio es sencillo y elegante, y se me dispensa un trato fantástico, nada ceremonioso. Voy vestido de calle, y durante los cinco minutos que espero se me acercan varios ministros y comandantes de la marina para que les firme ejemplares de mis libros. Finalmente me recibe Vargas, un hombrecillo robusto de mirada incisiva y penetrante, muy enérgico y desenvuelto, más que su francés. Me dedica unas palabras muy amables sobre la popularidad de mi obra, me habla de las posibilidades de Brasil y me pregunta muchas cosas sobre Viena y Lehár, todo sin formalidades. En cambio, en el Museo de Historia me aguarda una aglomeración de gente y fotógrafos. Más tarde, la Academia está llena a rebosar. Leão hace una larga introducción sobre mi obra, tras la cual doy un discurso en alemán, que es traducido al portugués. Acto seguido, me veo abrumado por el entusiasmo, tengo que firmar cientos de libros y hasta las siete no logro terminar. Finalmente, regreso al hotel con el cuello de la camisa empapado en sudor y prosigo preparando la conferencia hasta bien entrada la noche.

Miércoles 26 Excursión a las islas de Paquetá y Brocoió. El mar está muy agitado, casi es peligroso. Pero ¡cómo se despliegan las bahías, las islas, una tras otra, las montañas con el Dedo de Deus y el Corcovado formando una cruz! Cada decorado oculta otro, a cuál más bello. Las islas me hacen pensar en Próspero; Brocoió es una selva transformada en paraíso, asisto en ella a un almuerzo estupendo en una casa demasiado refinada y doy paseos en la exuberancia tropical. Una excursión preciosa. Después, salgo a hacer compras y recados a la ciudad, y por la noche regreso al barrio de Mangue, donde tocan unos cuantos músicos brasileños. Antes, sin embargo, hago la lectura

de la leyenda:⁷²⁰ mil doscientas personas colman la gran sala, me conmueve la gratitud y el entusiasmo de la gente y, además, tengo la satisfacción de haber recaudado más de seis mil milréis para los refugiados.⁷²¹

Jueves 27 Paso la mañana corrigiendo hasta el último instante el horroroso francés de la traducción, y llego exhausto a la conferencia.‡ La sala, por supuesto, llena a rebosar, discursos de los ministros que me flanquean, los dos mil asistentes se levantan en mi honor, yo estoy muerto de vergüenza y empiezo a sudar. A continuación, el discurso de los estudiantes, luego la sesión de fotografías y, gracias a Dios, se han acabado los actos públicos. Por la noche vuelvo a ir en automóvil a la laguna Rodrigo de Freitas, donde tengo la sensación de hallarme en medio de las montañas suizas, el claro de luna sobre las cimas, una noche de verano en los Alpes. El lago refleja nítidamente cada luz y ofrece un espectáculo indescriptible. Por último, me dirijo a la Gruta da Imprensa, una grandiosa quebrada que se precipita sobre el mar.

Olvidaba apuntar la visita al club Elite, donde han reunido a los mejores músicos negros de Brasil en nuestro honor. El flautista, buenísimo: un ritmo trepidante, a un tiempo fogoso y bailable, mientras los otros lo acompañan a la perfección; lo único que no conocía era un instrumento de metal llamado ganzá, una especie de pepino que se sacude y emite un sonido muy sugerente, que resultaría superfluo en una música menos rítmica. Son músicos de esa danza febril, la macumba, gracias a la cual los negros se entregan a trances frenéticos. La música combina motivos muy antiguos con elementos nuevos de una gran vehemencia. Inmediatamente después, el baile. Da gusto ver la naturalidad con la que se mezclan las razas ¡y la decencia que reina en semejante tugurio! Las negras (obreras o criadas) esperan de pie en silencio, apoyadas contra la pared, como condesas, a que un danzarín las saque a bailar, ¡y cómo bailan entonces! ¡Qué

agilidad, qué sentido del ritmo! Sólo en el Cotton Club de Nueva York he visto algo parecido. Casi me apena confesar que inevitablemente la cosa acaba con una instantánea con flash que, para mi vergüenza, publicarán mañana en los periódicos junto a la foto en que aparezco con el presidente.

Sábado 29 Por fin un día libre en el que puedo hacer y deshacer a mi antojo. Por la mañana salgo a pasear y a despachar recados. ¡Cuánto se disfruta una ciudad paseando sin rumbo por sus calles! En Río los contrastes son impresionantes: la parte principal es muy moderna, fabulosamente organizada, limpia y hasta lujosa, pero también hay los barrios monótonos, de construcción austera, con tienditas siempre abiertas (las calles secundarias que cortan los bulevares son especialmente curiosas) y, por último, los barrios más folclóricos. Visitamos uno por la tarde en compañía de un prefecto de policía, porque son zonas peligrosas, a menudo hay asesinatos y el prefecto reconoce abiertamente que rara vez se apresura al culpable, porque los vecinos de estos barrios hacen piña y se apresuran a dar falso testimonio. Son las llamadas favelas, barrios de casitas que la gente construye por sus propios medios, sin ser propietarios del terreno. Y hay que ver esas casas: hechas de tablones viejos y techadas con planchas onduladas o chapa oxidada, donde las personas conviven con los cerdos, los negros con los blancos, todos mezclados, sin alcantarillado ni agua corriente, un cúmulo de habitáculos rudimentarios en plena ciudad, dominando los barrios nobles. Esas miserables barracas invaden una colina donde podría emplazarse un hotel de lujo con unas fabulosas vistas sobre el puerto y la bahía, extendiéndose en la ladera como sarna sobre la piel desnuda de la roca. Sin embargo, la gente que vive en la favela no parece especialmente afligida, los niños van relativamente limpios, dadas las circunstancias, y es comprensible que prefieran vivir, sin vigilancia y con libertad, en estas chozas—al fin y al cabo, son suyas—que en los tristes

pisos de alquiler. Este barrio, al cual se llega subiendo unas escaleras y trepando peligrosamente a través de las resbaladizas piedras por donde bajan las aguas residuales, contrasta de un modo muy pintoresco con las avenidas luminosas. Y de estas cavernas trogloditas voy directamente al Ministerio de Asuntos Exteriores—a mí también me encantan los contrastes—para despedirme del secretario de Estado [Macedo Soares]: una vez más, la distinción más suntuosa, ¡qué ciudad, qué ciudad! Desde allí me dirijo a un restaurante a comer feijoada y después parto rumbo a São Paulo.

Sábado 29 São Paulo es muy fea, una ciudad caótica e inacabada que está buscando su forma y su perfil urbanos, un conglomerado de todo tipo de personas y estilos. Rascacielos a la estadounidense de veinticuatro plantas se alzan junto a monótonas casitas, bellas mansiones y calles repletas de gente, una auténtica Birmingham o Manchester, ni una sola mujer por las calles, sólo hombres, sólo trabajo. Ahora bien, la ciudad crece a pasos agigantados, cada hora se construyen tres casas, la pequeña colonia de jesuitas, que apenas abarcaba un triángulo de una docena de edificios, se ha convertido, gracias al benigno clima (la ciudad está a 800 metros de altitud), en una metrópoli de casi millón y medio de habitantes, y esta proliferación tropical prosigue. Más grande que Roma, que Milán, sólo la población italiana es de trescientas mil personas, y hay sirios y japoneses (todo un barrio), negros y árabes: recuerda la monstruosidad de Norteamérica, aunque el dinamismo de esta ciudad es inquietante. Por la mañana, vamos en automóvil al serpentario de Butantan (que significa ‘mucho viento’),⁷²² donde nos enseñan cómo extraen el veneno de serpientes y arañas (un espectáculo espeluznante). Lo que más me impresiona es un frasco de vidrio, que hasta un niño podría alzar sin esfuerzo, en el que se conserva cristalizado el veneno de ochenta mil serpientes: como cada gránulo contiene una cantidad de veneno suficiente para

matar en el acto a un ser humano, con el contenido de ese frasco de vidrio podría exterminarse una ciudad entera. En el laboratorio, el director, el doctor Slotta, y su asistente, el doctor Neisser, nos muestran sus interesantes experimentos para descubrir hormonas y aislar los elementos del café. A mediodía voy a casa del prefecto [Silva Prado], de una ridícula suntuosidad italiana. Por la tarde visito diversos barrios y, finalmente, paso la velada con el encantador Guilherme de Almeida.

Domingo 30 Viaje a Campinas en un cupé especial. Viaja con nosotros el arzobispo, un hombre encantador e inteligente que estudió mucho tiempo en Roma (se llama Prato).‡ Campinas es una pequeña ciudad sin interés y aburrida que está en declive porque la tierra, agotada, ya no produce café (ahora cultivan naranjas), y hace tiempo que São Paulo la ha dejado atrás. Visitamos una fazenda, que es tal como la había imaginado: una casa de una sola planta bien conservada, con la terraza en sombra, un peristilo y muebles antiguos, sólo faltan los esclavos. Sobre el café escribiré en otro momento.⁷²³ Luego vamos a ver una procesión y, al anochecer, regresamos [a São Paulo] con el ministro.

Lunes 31 Por la mañana visito la cárcel, el llamado penitenciário, la principal curiosidad de São Paulo. Es la organización más prodigiosa que he visto jamás, concebida con mucha humanidad y administrada del mismo modo por el director Mello‡ y su asistente Assaly, ‡ aunque—como ellos mismos se preguntan—¿puede ser humana una prisión? Resulta interesante el registro que llevan de los presos según el sistema del profesor Kretschmer,⁷²⁴ las celdas están limpias y los pasillos ventilados, los reclusos viven mejor allí que en sus casas y, sin embargo, ¡cuánto sufren, especialmente los braceros, la falta de libertad! Tratan de distraerlos asignándoles tareas y, de hecho, se ocupan de todo el centro: lavan, cocinan, producen medicamentos, manejan las máquinas, son carpinteros y sastres, no

hay nadie ocioso. Pero, pese a disponer de cine, libros y música, es imposible sustraerse al horror: basta el silbido estridente con que el guarda los llama para que se te hiele la sangre. Una escena grotesca: cuando salgo al patio, los encuentro a todos en formación—negros, mestizos y blancos—, y treinta hombres de los mil quinientos reclusos, la banda de música, entonan en mi honor el himno nacional de Austria, que han aprendido de prisa y corriendo. Cuando les pregunto qué crímenes han cometido descubro que ¡la mayoría son asesinos, el resto, pederastas y ladrones! Luego nos fotografían, y el fotógrafo, de semblante amable, ¡¡¡también es un asesino!!! Todo es inmejorable, concebido con mucha humanidad, los reclusos parecen afables y casi contentos, pero la visita me resulta profundamente sobrecogedora. Después me llevan al Instituto do Café (dado que he alabado la bebida), donde me explican cómo se prepara y me regalan una cafetera y cinco kilos de café de la mejor variedad. Por la tarde acudo al palacio del gobernador [Sales Oliveira], tras lo cual paso una velada tranquila y relajada, es decir: firmar entre cuarenta y sesenta libros, hacer el equipaje y despachar cartas, además de visitar a Segall, un pintor malísimo.

1.º de septiembre Viajo en automóvil a Santos. Un paisaje montañoso increíble, las vistas del valle y el mar, espectaculares, un viaje extraordinario. Visito al Jardín de Orquídeas (cuatro mil ejemplares), almuerzo fabulosamente en una villa muy bonita, visito una explotación cafetera (sobre la que escribiré en otra ocasión)⁷²⁵ y finalmente voy a tomar el barco, donde están Duhamel y Ludwig, con los que tan bien me entiendo. Ludwig es un fenómeno de vitalidad, siempre entusiasmado, curioso, trabajador, quiere saberlo y hacerlo todo.

DIARIO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

(1.º DE SEPTIEMBRE - 17 DE DICIEMBRE DE 1939)

1.º de septiembre de 1939⁷²⁶ Los periódicos matutinos publican la asombrosa oferta de los alemanes,⁷²⁷ tan moderada y razonable a primera vista que uno cree estar soñando. Pero en una segunda lectura descubro la infamia: la oferta jamás se ha presentado ni transmitido a los polacos—de hecho, sólo se habría presentado en caso de que alguien hubiese acudido a Berlín—, una de esas pérfidas maniobras de las que echan mano tan a menudo, que, esperemos, ya no engañe ni siquiera a los más bobos. Sin embargo, no pierdo la esperanza y vamos a ver a un abogado para hablar de los requisitos para casarnos,⁷²⁸ y de allí al registro civil. No parece haber ninguna objeción, el funcionario es todo lo amable que cabe esperar y programa la ceremonia para el lunes. Pero, de repente, un empleado se acerca a toda prisa y nos anuncia que Alemania ha declarado la guerra a Polonia. Entonces tenemos la oportunidad única de presenciar la flema británica: el funcionario continúa explicándonos cómo procederá en nuestro caso y, mientras en Austria todos hubiéramos empezado a correr de un lado a otro y a gritar, aquí todo el mundo permanece sereno e imperturbable. La ciudad no ha cambiado en nada: nadie corre ni parece inmutarse, todo sigue su curso con normalidad y calma. Después de comer la radio transmite las primeras noticias: las ciudades bombardeadas por los alemanes, extractos de un discurso de Hitler que contienen un rayo de esperanza: dan a entender que Italia no entraría en guerra, al menos no de forma inmediata.⁷²⁹ En tal caso, me consuela pensar que los italianos se han dado cuenta por fin—como Buckingham—que están contribuyendo al Weltherrschaft ['dominio mundial'] de Alemania y terminarán lamentándolo. Por la tarde voy al centro, no hay mucho que ver. ¡Nadie imaginaría, ni en sueños, que hoy es el día en que ha

empezado la mayor catástrofe de la humanidad! Qué diferencia con aquellos días en Austria en que la gente, ebria de entusiasmo y de cerveza, gritaba por las calles. Pero, claro, era una generación que no conocía la guerra, que tenía de ella una idea romántica y creía (como mi propio padre) que el conflicto sería cosa de algunas semanas tras las cuales todo volvería a la normalidad. Partían al frente cargados de flores, como las inconscientes víctimas en los templos de la Antigüedad, mientras que aquí reina el silencio absoluto, la determinación. Es (quién sabe) un entrenamiento moral—no permitir que te vean jamás exaltado—, o tan sólo falta de imaginación; en cualquier caso, es asombroso, y diría que el ejemplo de los ingleses inhibe mi habitual nerviosismo. Jamás me habría creído capaz de escuchar la radio con tanta concentración y serenidad. Siento que podría realizar espléndidamente cualquier trabajo si dispusiera de tiempo y se me brindase la oportunidad. Ni asomo de las fantasías disparatadas de 1914, cuando quería presentarme voluntario al día siguiente y no soportaba la idea de perder la ocasión.⁷³⁰ Ahora, en 1939, sabemos (ésa es la diferencia) que todo el mundo será llamado a filas, que no tendremos que esperar mucho y que la suerte de los civiles no será muy distinta a la de los soldados. A las seis de la tarde llegan más noticias, un discurso del primer ministro [Chamberlain]. La parte que he escuchado, muy lacónica y no del todo a la altura de las circunstancias. Todavía no ha declarado la guerra, sino que ha dado a los alemanes la oportunidad de cesar las hostilidades (creo que podría haber sido más contundente). Supongo que hoy Daladier será más enérgico. Aunque quizá este modo de hablar sea el más eficaz para los británicos (no para Estados Unidos ni el mundo latino). Al atardecer, expectante y cansado. Nada. Probablemente sea la última noche sin bombardeos por mucho tiempo en Inglaterra.

Sábado, 2 de septiembre Ominoso aniversario de Sedan.⁷³¹ Los periódicos sólo publican detalles sobre las escaramuzas; a las dos de la tarde se convocan la Cámara de los Comunes y la de los Lores: será la hora de la verdad. Mientras no se declare la guerra soy un hombre libre y puedo estar sentado en mi habitación.⁷³² Antes de comer viene a verme Körner y me asegura que, mientras no se apruebe ninguna nueva ley, tengo derecho a devolverle el dinero a Friderike, de modo que se lo envío a la una de la tarde. Aunque tendré que moderar mis gastos, no me corresponde a mí quedarme su patrimonio, y además ni siquiera sé si saldremos vivos de este trance. Paso la tarde entera esperando. No hay declaración de guerra en la Cámara de los Comunes a las dos de la tarde. Aplazada hasta las seis. Tampoco en esa sesión se emite la declaración de guerra, la Cámara se reúne de nuevo mañana domingo. ¿Estará esperando Chamberlain darle una última oportunidad a ese demente? Ni yo ni nadie lo cree. Tal vez Inglaterra y Francia quieran poner de manifiesto ante el mundo entero que han hecho todo lo posible y le han dado una oportunidad a Alemania, incluso después del ataque; de ese modo toda la responsabilidad recae sobre Hitler. O quizá quieran ganar un día más para la evacuación, que se recordará como uno de los grandes hitos de esta guerra: ¡tres millones de niños en tres días!⁷³³ El dispositivo funciona de maravilla y la próxima generación de ingleses está a salvo. Debería describirlo un día en los Momentos estelares, quizá lo incluya en las «miniaturas históricas».⁷³⁴ Un repentino soplo de vida en Bath, la ciudad adormecida despierta, por todas partes hay personas comprando e invadiendo los comercios, las calles están llenas de niños. La gente es maravillosa: pocas veces los ingleses habían tenido mejor ocasión de mostrar su inveterada amabilidad. Cae la noche sin que llegue declaración alguna. Una noche más, pero todos presentimos que será la última de paz en mucho tiempo.

Domingo 3 Los diarios de la mañana publican noticias sorprendentes. Italia ha propuesto organizar una conferencia e Inglaterra ha aceptado a condición de que Alemania se retire de territorio polaco. Un rayo de esperanza, por pequeño que sea, y es que sospecho que la situación económica de Alemania ha empeorado tanto a raíz de las pérdidas y gastos de los últimos días que no tiene otra opción que declararse en quiebra. En cualquier caso, Inglaterra y Francia se han beneficiado inmensamente de estos dos días, porque han podido adquirir alimentos y combustible, realizar la evacuación de los niños y, sobre todo, han dado a Hitler la oportunidad de renunciar a la fuerza. Si se niega a hacerlo, quedará claro ante el mundo entero que es él y sólo él quien quiere esta guerra, y eso jamás se olvidará. La espera se alarga, hasta que a las diez llega el ominoso anuncio: el embajador británico ya había declarado el primero de septiembre que Inglaterra entraría en guerra si el gobierno alemán no cesaba las hostilidades y abandonaba el territorio polaco. Se nos informa de que el embajador ha dado un ultimátum a Alemania que expirará a las once de la noche. Alemania no ha respondido. A las once y cuarto, Chamberlain hace una declaración: solemne, serena y sobrecogedora. Ya nadie puede albergar la menor duda sobre ese criminal.

A partir de hoy empieza otra vida para mí: ya no soy libre ni independiente. Tan sólo lamento no tener ninguna oportunidad de escribir, porque no domino suficientemente el inglés ni tengo a nadie que pueda corregir mis errores y dar énfasis a lo que quiero expresar. Esto es lo que más me atormenta, ser prisionero de una lengua de la que no puedo servirme como corresponde: qué diferente era la situación en los tiempos que pasé en Austria y Suiza, donde podía escribir en mi propia lengua e incluso utilizarla para animar a otros. En la ciudad no hay el menor indicio de cambio, todo sigue exactamente igual. Sólo de noche se propaga el miedo, pues todo queda a oscuras y uno se siente encarcelado. Al final, será mil veces peor que en 1914, cuando podíamos viajar e ir a los teatros porque la vida no

cambió en absoluto, excepto para quienes estaban en las trincheras, olvidados por todos. Además, no tenemos idea de los nuevos horrores que nos esperan: las nuevas armas químicas y la devastación que nos deparará esta guerra, de esos asesinos espero cualquier cosa. Qué desmoronamiento de la civilización, qué humana era la guerra cien años atrás comparada con la actual; después de 1919 hemos tenido veinte o veinticinco años para pactar, modificar y mejorar los tratados a fin de llegar a nuevos acuerdos entre los pueblos, pero no se ha hecho nada, absolutamente nada. De ahora en adelante, durante años, el pueblo vivirá aterrorizado, temiendo los ataques hasta en sueños. Ésta será la primera noche, y tal vez mañana oigamos hablar de los primeros ataques.

4 de septiembre La noche ha sido muy tranquila. Los diarios matutinos, solemnes, ni asomo de odio, ni siquiera críticas a Hitler. Por la mañana, cuando nos presentamos en la comisaría de policía para comunicar nuestra residencia, oímos que un barco estadounidense que viajaba rumbo a Nueva York ha sido torpedeado.⁷³⁵ Todavía no se ha confirmado la noticia, pero recuerdo que los primeros días de guerra estaban marcados por esperanzas parecidas: en este caso, la neutralidad de Estados Unidos se verá seriamente comprometida. En la comisaría, la misma espera que siempre en tiempos de guerra, lo recuerdo y sé que empeorará. La inscripción en el registro es muy rápida, lo único que constato con tristeza es que nos inscriben como alien enemies,⁷³⁶ lo cual significa que el Gobierno del Reino Unido reconoce tácitamente la anexión de Austria⁷³⁷ y nos trata como a alemanes. Si bien no nos envían a un campo, debemos permanecer en un radio de cinco millas y comunicar cualquier cambio a la comisaría de Bath y a la del lugar donde nos mudemos. No obstante, todo parece indicar que entretanto nos concederán la naturalización. Por la tarde, paseo por la ciudad, no hay mucho que ver. Qué diferencia con la euforia de 1914,

cuando la gente aún no sabía lo que es una guerra, cuando los jóvenes se apresuraban a alistarse voluntarios, temerosos de que la guerra terminase antes de que los llamaran a filas. Hoy, todos saben que pronto les llegará su turno. Por el momento, no parece que las noticias militares despierten mucho interés, no es como en Bélgica, Polonia está lejos y no existe contacto estrecho entre ambos pueblos. ¿Qué significa Polonia para los ingleses? La posición de Italia sigue siendo incierta, y de improviso Roosevelt da un paso atrás:⁷³⁸ después de haber criticado a Alemania y la dictadura durante años, ahora declara que Estados Unidos se mantendrá neutral y no enviará un solo hombre a Europa. Tampoco hay nada que haga pensar que se cambiará la ley de neutralidad, favorable a Alemania, ni que se permitirá el transporte de armas y bienes de consumo. Todo parece indicar que ésta será una guerra muy larga, la única esperanza es que en Alemania la rebaja de salarios y la enorme subida de impuestos impidan que el país muestre el mismo entusiasmo que al comienzo de la guerra anterior; en cuanto a los checos, no cederán tan fácilmente. En estos momentos, no obstante, todo es incierto. Tal vez este absurdo conflicto tenga alguna consecuencia positiva: el final del capitalismo como lo conocemos. Antes de que nos demos cuenta, llegará un nuevo orden mundial. Si será mejor, sólo lo sabremos con el tiempo.

Martes, 5 de septiembre Un día espléndido, tal vez el más agradable en Bath, nadie podría sospechar que el mundo está en guerra: en todos estos días no hemos percibido el menor rastro del conflicto. ¿Dónde están los exaltados gritones de 1914? Salvo por el hecho de que la ciudad está un poco más animada tras la llegada de los tres o cuatro mil refugiados de Londres, no ha cambiado nada. Almuerzo en las termas: ¡qué vistas más espectaculares! Y por la tarde damos un paseo a pie desde Clareston hasta la colina: es fantástico el modo en que el esplendor de la naturaleza puede hacer olvidar la estupidez hu-

mana. Estoy contento de haber disfrutado de este descanso antes de que comiencen los tristes días de invierno. Pero ¿cuándo empezaré a trabajar? ¡Ya va siendo hora! El trabajo es lo único que puede ayudarme en estos momentos de desesperación y disgusto: si escucho la radio es sólo para mejorar mi inglés. El fenómeno más llamativo de la confusión de lenguas: cuando oímos hablar polaco, es Alemania quien habla; cuando oímos alemán, es Londres, y así sucesivamente. Las tardes se han vuelto terriblemente tristes. Las calles están oscuras y desiertas, hay que evitar que de las ventanas salga el mínimo rayo de luz. Y eso que aún estamos a primeros de septiembre y no se hace de noche hasta las ocho, ¡no quiero pensar cómo será cuando oscurezca a las cuatro o las cinco de la tarde! Además, no hay teatros, ni cines, ni nada de nada. Recuerdo la Viena de 1914, incluso la de 1918, con la Ópera, los bailes y los espectáculos, cuando podía uno contar con vivir y dormir... Por lo demás, es eso, sólo eso, lo que me permite confiar en que la guerra no se prolongue demasiado: esta vez hasta la vida en el hinterland va a resultar muy penosa, y despojada de alegría, de diversiones, se volverá insostenible. Además, ¿cómo se protegerán las ciudades del saqueo, los robos y los atracos si reina la oscuridad durante meses? No puedo imaginar peor prueba de fuego, y es de esperar que Alemania se desmorone primero, Inglaterra seguro que no (si Italia no interviene, lo cual sería absurdo). Italia debería saber que, después de Polonia y Hungría, le llegará su turno.⁷³⁹

Miércoles, 6 de septiembre Hoy es un día decisivo. Mientras estoy leyendo los diarios de la mañana, recibo la llamada del doctor Ingram:⁷⁴⁰ me informa de que podemos casarnos a las cuatro de la tarde. Lotte y su cuñada están tan sorprendidas como yo. Al mismo tiempo, llega una carta del señor Huntley diciendo que está dispuesto a vender la casa. Vamos a verla y nos parece más bonita que nunca. El único problema es que actual-

mente hay alojados en ella veinte niños de las afueras de Londres, de la escuela de la señora Huntley, y no la desalojarán hasta la Navidad o incluso un poco después. En cualquier caso, es bueno tener casa propia en estos tiempos, aunque sólo podamos ocupar dos o tres habitaciones mientras se resuelva todo. Almuerzo, me afeito a toda prisa y finalmente nos casamos sin mucha ceremonia, tan sólo el acta de matrimonio donde declaro que tomo a Lotte Altmann como legítima esposa. ¡Por hoy ya está bien! Un nuevo paso adelante en aras del orden en un mundo en eterno desorden.

Martes, 7 de septiembre Por la mañana despacho una serie de asuntos menores y acto seguido almuerzo en las termas y doy un largo paseo: Bath no había estado nunca tan hermosa como estos días, que me recuerdan los gloriosos tiempos de agosto de 1914 en Baden, a las afueras de Viena.⁷⁴¹ Las noticias son muy extrañas: Cracovia ha sido tomada, Varsovia le seguirá muy pronto, y en una semana los alemanes habrán invadido el país entero, como en 1915. Pero extrañamente no se ha producido ningún ataque a Inglaterra, en el frente occidental reina la calma; de hecho, Francia, Inglaterra y Alemania aún no han comenzado propiamente la guerra y el silencio de Francia es sorprendente. No me atrevo ni siquiera a pensarlo, pero después de la derrota absoluta de Polonia, cuando los alemanes puedan obtenerlo todo directamente de los rusos, sus vecinos y nuevos aliados, podrían producirse negociaciones de paz antes de que llegara la verdadera batalla. No me imagino cómo podría derrotarse a Alemania, pero tampoco cómo podrían caer Inglaterra o Francia. Sobra decir que sería un triunfo para Hitler conseguir su parte de Polonia después de haberla destruido durante años y años, pero ¿de veras entrará Francia en una guerra de tres o cuatro años para liberarla teniendo un vecino tan peligroso como Italia? No sé por qué, pero tengo la sensación de que el sentimiento de solidaridad con Polonia no es tan fuerte como

con Checoslovaquia, que desde el comienzo de la guerra ha demostrado ser un aliado leal, mientras que Polonia dejó a Francia a merced de los alemanes y se sumó al saqueo de la vecina Checoslovaquia. No me atrevo a esperar que se imponga la razón y se detenga la guerra antes de que se desate la verdadera masacre. Hoy mismo todavía sería posible que todas las partes pactaran la paz, pero un bombardeo de Londres o París lo impediría durante años.

Viernes, 8 de septiembre La debacle del Ejército polaco es absoluta, como si realmente se hubiera llevado a cabo la guerra relámpago que los alemanes anunciaban y llevaban preparando desde hace dos años. Por el lado francés, calma absoluta, no tienen la menor intención de sacrificar a sus jóvenes en un combate sin posibilidades de éxito. En el mar los alemanes también han demostrado mucha destreza: el Bremen ha logrado escapar y los submarinos han pasado a la ofensiva;⁷⁴² tal vez la guerra no estalle nunca, pero me temo que si lo hace será de una violencia sin precedentes. Muchas dificultades con la compra de la casa, pero confío en que lo consigamos y, si todo va bien, no tengamos que instalar la calefacción por el momento. Lo más importante: ¿cuándo podré volver a trabajar? No hay tiempo que perder.

Sábado 9 He perdido la mitad del día en los trámites relacionados con la compra de la casa: parece que finalmente hemos llegado a un acuerdo. De Polonia llegan muy malas noticias; de Francia, ninguna: me pregunto cómo podría empezar la gran guerra. Por la tarde escucho el discurso de Göring, y debo admitir que ha sido impresionante: popular, astuto, lleno de matices retóricos—amenazas, concesiones, chistes, sentimentalismo—, un excelente ejemplo de demagogia. Me temo que tiene razón en algunas cosas, por ejemplo, en que ya se ha roto el «bloqueo» y en que las materias primas pueden llegar de Rusia en

cantidades ingentes. Cómo se las arreglarán para pagarlas es otra historia. Es muy extraño que hasta ahora no haya habido bombardeos ni combates en el frente occidental. Me aferro cada vez más a mi impresión de que los franceses son reacios a intervenir. Koerner tiene razón: lo decisivo será dónde estallará primero la insurrección, si en Francia o en Alemania.

Domingo 10 En una semana y media la mitad de Polonia ha sido ocupada y su ejército, aniquilado. Lo que más me sorprende en los periódicos británicos es que no compadezcan a los polacos. Nada que ver con Bélgica en 1914. ¡Cómo influye la distancia en los sentimientos! Durante la Gran Guerra observamos lo mismo en China.⁷⁴³ Tengo la extraña esperanza de que la guerra no estallará, y todos los comunicados semioficiales no alteran esta convicción o, mejor dicho, este anhelo secreto. A fin de cuentas, ¿no sería mejor dejar de lado la idea de la guerra, puesto que se convertirá en un conflicto interminable si no se frena de inmediato? Más vale que me ponga a trabajar. Creo que la autobiografía⁷⁴⁴ no sería lo más indicado y tampoco tengo ánimos para escribir novelas,⁷⁴⁵ tal vez lo mejor sería un libro como Erasmo.⁷⁴⁶

Lunes No hay novedades. Aún tengo montones de asuntos de la casa pendientes. Creo que comprar es una buena decisión, porque durante años va a ser imposible moverse libremente por el mundo y en tiempos así uno quiere tener algo parecido a un hogar. Sólo me da miedo el invierno si no tenemos calefacción. Los austríacos recordamos muy bien la última guerra, lo percibimos todo con más lucidez e intensidad que los ingleses. No saben que los bienes de consumo desaparecerán, de momento sólo les sorprende que los precios se hayan encarecido un cinco o un diez por ciento.

Martes Nada relevante. Esta guerra será lenta e interminable, y llevará al desmoronamiento del capitalismo. Cada día me resultan más indiferentes las fronteras. Hoy, indicios de que Rusia quiere adueñarse de una parte de Polonia⁷⁴⁷ y del alcance del tratado, mucho mayor de lo que se suponía en Inglaterra. Desdeñar a Rusia ha sido el mayor de los incontables errores de Chamberlain.

Miércoles Nada relevante. Tengo que ponerme a trabajar de una vez, no puedo seguir así. Hoy he firmado la escritura de la casa: creo que la compra no ha sido mala idea, aunque me marche del país cuando termine la guerra. Estoy cansado de pensar en el futuro.

Jueves 14 La señorita Wall[†] me comunica que todavía no se ha decidido nada de los trámites de naturalización en tiempos de guerra. Quiero intentar salir de Inglaterra, ir a Francia, a Suecia o adonde sea. Es una vergüenza que a mi edad y en mi posición tenga que presentarme en la comisaría cada vez que quiero viajar, aunque sólo sea por un día. Tengo muchos trámites pendientes de la casa, en estos momentos todo es complicadísimo y en el futuro aun será peor. Espero que podamos resolver a tiempo lo de la caldera, la próxima semana será demasiado tarde.

Viernes 14 [= 15] de septiembre Sorprendentes noticias de Rusia, no muy alentadoras. Al parecer Hitler y Stalin han acordado una cuarta división de Polonia, la movilización de Rusia no puede tener otro sentido ni razón. Esto significa que Francia e Inglaterra tienen que declararle la guerra a la Unión Soviética, y ahora resulta evidente el gran error de Chamberlain al no firmar el tratado de inmediato. El triunfo de Rusia supondría el derrumbe absoluto del capitalismo y estoy convencido de que Inglaterra firmará muy pronto la paz, aunque las condiciones le

sean desfavorables, porque perdería India, y la posibilidad de derrotar a Hitler sólo sería de cierta ayuda para los judíos ucranianos. Es indudable que estamos en los albores de una nueva era y que el mundo anterior, contra lo que pensaban los conservadores, no sobrevivirá. Me inquieta mucho la propaganda de los periódicos ingleses: exageran los simulacros del Ejército francés y dan por hecha la hambruna en Alemania, algo más improbable que nunca, pues tienen frontera con la Rusia aliada. Me dispongo a comenzar mi Cicerón,⁷⁴⁸ ya he perdido demasiado tiempo con esta estupidez de la política y la guerra.

Viernes, 15 [= sábado, 16] de septiembre Nada relevante. Leyendo entre líneas los titulares de prensa se adivina que la intervención de Rusia en Polonia parece inevitable; Rumanía intenta entenderse con Alemania, Hungría duda, y el silencio de Italia no es alentador; Mussolini tendrá que salirse de la mejor manera posible, dado que ya ha cedido una vez ante Hitler.⁷⁴⁹ Siempre he creído supersticiosamente en la expresión de los rostros, y del mismo modo que en 1914 el de Francisco Fernando auguraba desgracias,⁷⁵⁰ el rostro circunspecto de Chamberlain hace temer lo peor. Por otra parte, ya no creo en una guerra de tres años, sería una completa locura, excepto para Stalin, que tendría en la alianza con Alemania el instrumento necesario para destruir de una vez por todas el capitalismo, al menos en Europa.

Domingo 17 Malas noticias. Los rusos han invadido Polonia. Ahora Inglaterra y Francia se ven obligadas a declararle la guerra, de lo contrario ni siquiera podrán restablecer la antigua Polonia. Si no vencen a los soviéticos, la guerra será una batalla sin salida. Deberían firmar la paz de inmediato, y seguro que, pasado cierto «período de gracia», lo harán. Desde el comienzo, este conflicto era una causa perdida, y Chamberlain, al hacer fracasar la alianza con Rusia, cometió uno de sus errores más

garrafales. Eso es lo que escucho en Londres, adonde he ido por primera vez desde que estalló la guerra; la ciudad está sumida en la tristeza, y cuando regreso a casa, abatido, me doy cuenta una vez más de que esto no puede seguir así. Jamás las grandes potencias se habían visto tan sometidas a la estupidez de sus líderes; y eso que había líderes, pero no recurrieron a ellos. El fin de las hostilidades supondrá un cambio profundo en este país y me temo que los principales beneficiados serán los partidarios de Mosley.

Lunes 18 Muchos quehaceres: el equipaje, ir al banco por la nueva ley de impuestos, al abogado para hablar de mis asuntos, a la caja de caudales, donde constato los efectos de las regulaciones, y también a ver a Eisemann. Después, malas noticias de nuevo: uno de los mejores portaviones ingleses ha sido torpedeado,⁷⁵¹ se han perdido ochocientas vidas y unos treinta aviones; diría que, como siempre he sospechado, en los últimos veinticinco años los submarinos alemanes han mejorado muchísimo y es prácticamente imposible esquivarlos. Lo veo todo negro: el inicial entusiasmo por esta guerra se disipará pronto, especialmente en Francia. Llego a casa a primera hora de la tarde, exhausto.

Martes 19 Telegrama de Monath: todo ha llegado en perfecto estado, me quito un peso de encima.⁷⁵² Después, esperar los camiones de mudanzas en Rosemount.⁷⁵³ Olvidé mencionar el estúpido incidente de ayer con el mobiliario rústico. Estuve esperando desde las ocho y media y dieron las diez, las once, las doce, la una, las dos, las tres, las cuatro, las cinco de la tarde; llamé tres, cuatro veces a Londres, convencido de que algo terrible había pasado con los muebles (pobre Beethoven),⁷⁵⁴ y los dos hombres de Wooster⁷⁵⁵ que esperaban conmigo terminaron marchándose. En ese momento, a las cinco y media de la tarde, llegaron los dos camiones. Descargamos y desempaquetamos

todo. Vuelvo a casa agotado y al llegar escucho un abominable discurso de Hitler plagado de mentiras en el que no menciona ni la declaración de guerra ni la ofensiva a Polonia, el peor de todos sus discursos, claramente improvisado. Y pensar que ese farsante es el amo del mundo.

Miércoles 20 Malas noticias de Freud, está sufriendo mucho...⁷⁵⁶ Es demasiado vigoroso, de forma que la reacción de su cuerpo es excesiva. Qué terrible padecer de ese modo a los ochenta y tres años. No he hecho más que escribir cartas, pero ahora quiero ponerme a trabajar en serio. Esta guerra me tiene muy inquieto: no percibo el menor entusiasmo y además los británicos se enfrentan a un dilema moral muy desagradable, puesto que su deber sería declarar la guerra a la Unión Soviética, y ahora Alemania dispone de un argumento estupendo, porque puede decir: ¿por qué sólo nos atacan a nosotros?

Jueves 21 La casa me da mucho trabajo. A menudo me arrepiento de haberme complicado tanto la vida, pero necesitaba un lugar donde reunir mis pertenencias y el piso de la calle Hallam⁷⁵⁷ ya no era seguro. Me agotan estos tiempos... Una guerra que no termina de empezar y que tan sólo nos consume los nervios, el dinero y el tiempo. Me da la impresión de que la gente no ve la hora de que lleguen buenas noticias y, en su desesperación, inventan tonterías sobre la captura del Bremen: la propaganda inglesa es vergonzosa. Y diría que está destinada a ocultar algo de Italia o Rusia, que no lo cuentan todo. Menuda diferencia con el discurso que ha dado Roosevelt esta tarde: claro, humano, abierto... El único estadista a la altura de los tiempos.

Viernes Triste. Cansado. Mi única esperanza es que esta guerra termine pronto. Dudo que alguien luche por la descompuesta Polonia. Hablo con Jahnda,[‡] y despacho corresponden-

cia. Mi situación aquí es atroz, estoy aislado, no tengo la capacidad ni la oportunidad de expresarme. Lo único que se espera de mí en este país es que me desprenda de mis divisas, pero no me reconocen ningún derecho. En Francia quizá traten a los extranjeros con más contundencia, pero al menos uno sabe a qué atenerse.

Sábado ¡Nada! Empiezo a tomar notas para el Cicerón, pero me faltan las ganas, porque ni siquiera sé quién lo publicará, y eso que soy uno de los autores más conocidos del mundo.

Domingo, 24 de septiembre Me entero por la radio de que anoche falleció Freud, gran amigo, querido maestro. Sobra decir que me gustaría ir al funeral. Pero una vez más me doy cuenta de mi aislamiento en este país: no dispongo de ningún periódico donde publicar unas palabras, ninguna oportunidad de decir nada, y llevo seis años viviendo en Inglaterra. En momentos como éste me arrepiento de no haberme instalado en otro país, pero ahora ya no tengo elección, debo quedarme donde estoy; mi vida, en todo caso, ya no vale mucho, la libertad ha desaparecido y en esta «lucha por la libertad alemana» la libertad inglesa será la víctima. Me gustaría ser tan ingenuo como mis colegas escritores. ¿O tal vez soy más sincero conmigo mismo? Qué año para mí: Freud, Joseph Roth,⁷⁵⁸ Toller⁷⁵⁹ y ¡tantos otros!

Lunes 25 En la casa: habrá que hacer muchos arreglos antes de que podamos mudarnos. Luego, montones de trámites hasta que consigo la autorización para ir a Londres. Después tomo el tren en plena hora punta, lleno a rebosar. Y de pronto, hacia las ocho de la mañana, en lugar de llegar a Londres, estoy en Salisbury.⁷⁶⁰ Heme ahí, en una estación desconocida, completamente a oscuras; los porteadores corren arriba y abajo con sus lucecillas azules, es como estar en Vineta, la ciudad sumergida, fan-

tasmagórica y desfigurada, peor que nuestras estaciones durante la Gran Guerra. No se distingue ninguna entrada, ningún restaurante, no se ve nada, reina un caos completo. Aunque es difícil obtener información, finalmente me entero de que aún hay un tren con destino a Londres y tengo que esperar tres horas más sentado a oscuras, sin poder leer ni hacer nada. Finalmente, por la noche, llego a la estación de Waterloo a oscuras y no encuentro una sola indicación. Afortunadamente consigo un taxi, que me conduce por las calles negras y desiertas, y por fin llego, cansado y hambriento, a Woodstock Street.⁷⁶¹

Martes, 26 de septiembre Por la mañana tomo notas para el discurso fúnebre que debo pronunciar en las exequias de Freud.⁷⁶² Como tengo el tiempo muy justo voy directamente al crematorio, situado en un hermoso lugar con vistas a los prados verdes. La valiente María Bonaparte ha cruzado el canal, pese a los peligros, y hay muchísima gente, pero casi ningún representante del gobierno ni del mundo literario inglés. El primer discurso es el del profesor Jones, sincera, profundamente conmovido; después intervengo yo, y espero haberlo hecho bien, y luego toma la palabra un austriaco presuntuoso. Muy amablemente la señora Freud me hace saber cuánto afecto me tenía el querido maestro y cómo esperaba el día en que fuese a visitarlo. Todos los familiares se muestran muy amables y agradecidos conmigo. En resumen, una ceremonia digna y discreta. Regreso de inmediato a Bath, que siempre me parece más bella cuando vuelvo de Londres. ¡Ay, si pudiera ponerme a trabajar todo iría mejor!

Miércoles 27 Paso la mañana en casa, completamente vacía salvo por los obreros. Recibo una estúpida carta de mi hermano, que siempre busca pretextos para sentirse ofendido y justificar su egoísmo. Realmente deplorable, pero creo que estoy harto, se acabó de una vez por todas.

Lunes, 16 de octubre Ha pasado algo que no me esperaba, me he cansado de escribir este diario porque el curso de la «guerra» me asqueaba demasiado. Es difícil leer los periódicos sin indignarse: cuando veo la mezquina propaganda siento que yo podría hacerlo mil veces mejor, mejor y de forma más honesta. La guerra ni siquiera ha empezado del todo. En los últimos días ha habido muchos sobresaltos: el «ofrecimiento de paz» de Hitler, la respuesta de Daladier y, finalmente, la contundente negativa de Chamberlain (su discurso, sin una sola idea constructiva, es frío, y uno no puede evitar la impresión de que está «ofendido»). De modo que así seguirán las cosas, en contra de mis expectativas, mis esperanzas y mi desesperación, pero no consigo entender los verdaderos motivos de la obstinación inglesa: es un pueblo maravilloso, los preparativos parecen perfectos, la actividad de este país, cuya principal fuerza es su unidad, es imponente, y sin embargo no veo cómo podrían vencer a los alemanes a corto plazo. Por otra parte, jamás podrían cubrirse los costos que supondría una guerra larga, que conduciría a la destrucción de nuestra cultura. Lloyd George lidera a solas la oposición, pero no me fío de los políticos, tal vez lo motive la ambición más que la convicción. La situación militar es muy confusa, no se ha producido ningún movimiento decisivo. Y aunque el hundimiento de grandes buques de guerra ingleses es sin duda una enorme catástrofe,⁷⁶³ en la guerra anterior este tipo de riesgos eran mucho más frecuentes. Me cuesta concebir cualquier «victoria», lo único que veo por todas partes es el sacrificio de millones de vidas y la miseria humana.

Pese a que veo a pocas personas y no tengo distracciones, no consigo ponerme a trabajar en serio. Ni siquiera leo demasiado, pese a tener una biblioteca entera a mi disposición. Mi única ocupación es la casa, que estará terminada en tres o cuatro semanas. Sólo he recibido la visita de Louis Gillet, que pese a contarme muchas cosas de París, no me ha dado ninguna infor-

mación relevante. El resto del tiempo lo paso esperando, siempre esperando, y a menudo desesperando.

Martes 17 [de diciembre] Día deprimente. Había depositado demasiadas esperanzas en que esta guerra jamás comenzaría, y finalmente los bombardeos alemanes se acercan a Edimburgo, han destruido uno de los acorazados más grandes... Me aterroriza que esto sea tan sólo el preludio. Siempre las mismas debilidades humanas, ¡qué falta de previsión! Ni siquiera sé cómo podría durar tres años esta guerra: la capacidad de destrucción ha progresado tanto que basta un año para sumir al mundo entero en la miseria absoluta.

CUADERNO DE LA GUERRA, 1940

(22 DE MAYO - 19 DE JUNIO DE 1940)

22 de mayo de 1940 Retomo el diario. En alguna parte tomé notas de los primeros días de la guerra. Una vez más, quería esbozar para mí mismo un cuadro de la época, pero finalmente abandoné. Durante meses no ocurrió nada, tan sólo elucubraciones sin fundamento, palabras vacías. Las mismas proclamas que en Austria: «Venceremos porque tenemos que vencer». Inglaterra insistía en su riqueza, en su fortaleza, pero no me dejé engañar. Tenía la impresión de que se estaba perdiendo un tiempo precioso, de que el easygoing [‘despreocupación’] persistía mientras había incontables jóvenes desempleados. Me recliné, no quería hablar con nadie. Mi antiguo espíritu de Casandra había resucitado. Luego, poco antes de partir a París, se produjo la aventura noruega,⁷⁶⁴ mal preparada pero anunciada a bombo y platillo, y después llegó la estupefacción ante la precisión y rapidez con que la armada alemana le dio la vuelta a la situación. Fue el primer golpe a un amor propio indolente. La derrota en la expedición (que predije en la conversación con C.†) hizo crecer aún más el malestar, Chamberlain fue apartado del gobierno y reemplazado por Churchill (demasiado tarde).⁷⁶⁵ Pasé esos radiantes días crepusculares en París,⁷⁶⁶ y apenas estuve de regreso comenzó la invasión de Bélgica y Holanda. El primer día estaba convencido de que Hitler había cometido un grave error: se enfrentaba a uno o dos millones más de soldados, ejércitos coloniales y de la Marina. Pero los alemanes se impusieron gracias a una ofensiva increíble—que supuso la derrota de Bélgica, Holanda y las líneas francesas—e Inglaterra despertó abruptamente de su easy going.⁷⁶⁷ Tenemos por delante los días más espantosos de nuestra vida. Una vez más, la historia universal cobra tintes trágicos. A partir de ahora escribiré a diario.

Lunes 19 [= 20] Parto a Londres. Llama la atención la cantidad de casas y flats ['pisos'] en alquiler o en venta. También sorprende qué pocos uniformes se ven, como si de la noche a la mañana hubieran enviado a todo el mundo a Francia. He hecho consultas en el consulado estadounidense y preguntado por el pasaporte de Lotte. Al mediodía almuerzo en el Berkeley.⁷⁶⁸ En el restaurante, habitualmente abarrotado, no hay un alma. A la gente se le ha caído la venda de los ojos hace dos días. La bolsa lo ha entendido, el pueblo pronto lo hará y los periódicos ya no pueden ni quieren seguir ocultando el peligro.

Martes 20 [= 21] Trabajo, preparativos. A mediodía me siento a escuchar la radio y me quedo sin aliento: los alemanes están en Amiens, es decir, cerca de Abbeville y de la costa, de modo que el ejército inglés destacado en Bélgica está rodeado por tres flancos, lo acorralarán en la costa y podrá considerarse afortunado si sólo pierde el material. Es una catástrofe, y me temo que será la catástrofe. Representa una seria amenaza para París, la Línea Maginot podría ser atacada por la retaguardia, Inglaterra quedar aislada y posiblemente incluso ser invadida. En estos momentos no veo cómo podría hacerse retroceder a los alemanes, los ejércitos aliados parecen necesitados de liderazgo y unión. Han destituido a Gamelin de la noche a la mañana y es probable que deba comparecer ante un consejo de guerra. Pero ¿de qué servirá? ¿Y de qué sirve ahora el llamamiento a trabajar sábados y domingos en las fábricas de aviones después de ocho meses de easy going? Es un día funesto y confieso que, ni siquiera en mis peores presagios, había imaginado que fuese posible una ofensiva tan rápida como ésta. Por desgracia, sí me esperaba que reaccionaran buscando chivos expiatorios: en los periódicos se exige cada vez con mayor énfasis el internamiento de los residentes austríacos y alemanes. Ya sé

lo que nos espera tras la guerra: odio por partida doble, por hablar alemán y por ser judíos.

Miércoles 22 Lúgubre editorial del Times,[‡] ¿será el preludio de la paz? Las palabras «de todos modos» no hacen más que reforzar el poder absoluto del Gobierno tanto sobre los bienes como sobre la jornada laboral. Quizá me equivoque, pero una larga contienda significaría la destrucción absoluta del mundo, al menos del nuestro, y ya no creo en la posibilidad de victoria. Lo único que podemos hacer es resistir, y sólo eso costará muchísimas víctimas.

Jueves 23 Los alemanes siguen avanzando y ya están en las puertas de Boulogne. Ése si es un nombre elocuente para los ingleses, un lugar por el que miles de ellos han pasado: saben cuán peligrosamente cerca se encuentra. No entiendo cómo, dada su posición elevada, no puede ser defendida de las tropas motorizadas. En cualquier caso, esta estrategia de guerra es enteramente nueva y supone una considerable ventaja en medio de este horror,⁷⁶⁹ pues permite tomar decisiones con más agilidad. Ante tales catástrofes, el disgusto por culpa de los derechos cinematográficos de Volpone parece ridículo.⁷⁷⁰ Qué extraño resulta preocuparse por asuntos personales, privados, mientras está en juego la vida misma.

Viernes 24 Inconcebible: ha caído Boulogne, los alemanes avanzan hacia Calais, el Ejército parece estar cercado en Bélgica y caerá en una o dos semanas si no ocurre un milagro. ¿Y entonces? Por primera vez sentimos el peligro en nuestras propias carnes, ya ni siquiera descarto la posibilidad de un desembarco, más bien la considero seriamente. Aquí, por fin, han entendido la situación, se han abolido las llamadas libertades, se ha detenido a los líderes fascistas, se ha impuesto el servicio obligatorio a los desempleados... Pero ¿no es demasiado tarde para todo

esto? Ahora más vale pensar en uno mismo, sería espantoso encontrarse cara a cara con los alemanes después de siete años huyendo, y lo que nos espera después de la guerra, como judíos o como alemanes, no será menos espantoso. Tal vez todavía consigamos el permiso para entrar en Estados Unidos, pero hasta para eso tal vez sea demasiado tarde. Pese a todo, quizá para aislarme, trabajo a conciencia en mis memorias,⁷⁷¹ aunque me interrumpan constantemente cien asuntos. En esta situación, Víctor [Fleischer], con su tedio melancólico, se ha convertido en un incordio constante: ahora que están en juego acontecimientos de un alcance impredecible, ahora que debemos repensar todo nuestro futuro (si es posible pensar en lo impensable), incluso un amigo se convierte en un fastidio. ¡Calais está cercada!

Sábado 25 El lazo se estrecha, calculo que en una semana a lo sumo el Ejército, en la medida en que logre salvarse, se replegará hacia Inglaterra. Los periódicos han dejado de ocultar la gravedad de la situación, pero dudo que la opinión pública sea tan consciente como nosotros, que aprendimos a leer los periódicos en 1914. Me atormenta mi imaginación clarividente: veo perfilarse los escalofriantes contornos de la postguerra en Inglaterra, los estallidos de odio que, una vez más, recaerán en nosotros, ya sea por nuestra condición de extranjeros o por la de judíos. No sólo hemos de contar con ser perseguidos una vez más, con perder los últimos medios de subsistencia,⁷⁷² sino también con el odio. Pero ¿adónde ir? Ahora mismo no tengo fuerza ni valor para volver a hacer las maletas y partir sin siquiera saber adónde. ¿Dónde podríamos vivir en paz y realmente seguros durante una década? Si al menos pudiese terminar la biografía respiraría un poco más tranquilo.⁷⁷³ En todo caso, ya he escrito el capítulo sobre Wilson con que concluir los Momentos estelares,⁷⁷⁴ y por la noche he dejado listo el *encargo* de Chambrun.

Domingo 26 Prayer Day⁷⁷⁵ con un incidente en la iglesia.‡ El panorama en la prensa es desolador, la palabra victory ha desaparecido del vocabulario para dar paso a defence. Ni una noticia alentadora de Estados Unidos; que Hoare haya viajado a Madrid es señal de que confía en ponerse en contacto con Mussolini y posiblemente incluso en negociar con él. No subestimo la tenacidad inglesa, prodigiosa, pero en este momento puede convertirse en un peligro si, llevados por su sentido del honor, alargan una batalla que, precisamente porque es imposible ganar, sólo puede prolongarse. La mayor parte del Ejército profesional de Inglaterra parece estar fuera de combate y los reclutas que han recibido instrucción contrarreloj sólo serán carne de cañón para las tropas alemanas, entrenadas a conciencia durante años, verdaderas máquinas de guerra totalitarias. El bloqueo del Canal y la proximidad de Londres a los actuales aeródromos alemanes comportarán el uso de cañones e innumerables víctimas, sin que tengamos siquiera ocasión de contratacar. No podrán mantener Narvik bajo control de las fuerzas aliadas:⁷⁷⁶ en lugar de vencer a las tropas alemanas, las inglesas se verán en una situación precaria. Todo ha ido de mal en peor. Mi escepticismo, que, como en 1914, me aislaba de los demás y me convencía de que a lo sumo la partida quedaría en tablas, se ha visto del todo superado por la situación. Volvemos a ir a la deriva, librados a la suerte, sin remos ni timón, cuando creíamos, más que nunca, estar a salvo en la orilla. Todo empieza de nuevo y evolucionará a un ritmo mucho más veloz, ya que la técnica, en otros tiempos embrionaria, se ha perfeccionado: ahora que la dominamos, la aniquilación será fulminante. No me dejo engañar por la nobleza y humanidad de la que se presume en Inglaterra, como no me dejé engañar en Austria por el «eso es imposible en nuestro país». El infortunio y la desgracia envenenan tanto a las personas como a los pueblos, y los ambiciosos que quieren seguir los pasos de Hitler tienen el terreno abonado. Sea como fuere, estaría bien tener un frasqui-

to de morfina siempre a mano, quizá lo necesitemos. Creo que soy uno de los pocos que cree que no hay tiempo que perder y que no debería atrasarse el final sin una razón de mucho peso. A día de hoy, los Aliados, a diferencia de los alemanes, todavía no han introducido una sola innovación técnica en el armamento, y los militares no han sido los únicos que han demostrado ser demasiado conservadores, también la población civil y las instituciones lo son. Humanamente, lo único importante es no avergonzarse de pensar que la instrucción militar no tiene nada que ver con la cultura humanística, que la barbarie no es un valor ni un acto heroico, por más que sus consecuencias puedan parecerlo. Mientras el objetivo de la lucha era combatir el principio de agresión, tenía sentido, pero ahora que este principio se ha revelado invencible militarmente tan sólo se trata de una lucha, sólo contribuye a verter sangre, se destruye por mera obstinación, por respeto a la idea, grandiosa y atroz a un tiempo, del «honor patrio», cuando en realidad se trata de un asesinato, porque los muertos no podrán salvar ni modificar nada. Pero ¿cómo explicarlo? ¿Y a quién? ¿Cómo es posible exigir sensatez a los exaltados? ¿Y cómo fortalecer mi espíritu conciliador, que roza la debilidad patológica, ante una voluntad cuya honestidad ética debo reconocer pese a mi exasperación? Ahora sería el momento de una intervención mediadora, aunque debería participar en ella todo el continente americano, no sólo Roosevelt.

Lunes 27 Parto a Londres. Por primera vez el tren no es puntual, parece que empiezan a llegar trenes de heridos y de transporte de provisiones. En el Ministerio de Información he hablado con dos señores y los dos estaban de acuerdo, en realidad más que yo, y ahora mismo prefiero que tomen la decisión ellos, pues ¿qué haría yo allí? No voy a poder trabajar ni estaré tranquilo. Si me hubiera quedado en la calle Hallam⁷⁷⁷ me sentiría más libre, pero una casa ejerce un curioso poder sobre

uno.⁷⁷⁸ Además, a causa del cansancio acumulado los cambios me producen aversión; no me apetece Nueva York, y el resto de Estados Unidos me parece desolador, a excepción de San Francisco, adonde es demasiado tarde para ir. Todos estos trámites me agotan tanto que después de ir arriba y abajo he tenido que detenerme a descansar en St. James Park. La ciudad está desierta, las calles, sin un alma, como un domingo. Ha sido un duro golpe. En la Austria de 1914 la historia nos había acostumbrado a las derrotas, pero en Inglaterra nadie dudaba de la victoria, incluso de una victoria inmediata. El eslogan de la «última batalla» era el evangelio. Por primera vez la gente está inquieta, malestar que la prensa de baja estofa busca convertir en rencor hacia los extranjeros. Durante la guerra y después, nuestra situación empeorará: a) por haber nacido en territorio alemán, b) por haber nacido judíos. Pero ¿adónde huir del odio? Nos aguardará celosamente en todas partes, nos perseguirá donde vayamos.

Martes 28 Por la mañana, al despertar en casa, un nuevo sobresalto: Bélgica ha depuesto las armas. Con ello se pierde el ejército del norte, en parte forzado a capitular, un inmenso botín de material para los alemanes, no compensado, ni en una milésima parte, por la excusa de la fuerza mayor. Lo más trágico es que sólo ahora Inglaterra empieza a hacer verdaderos esfuerzos, desde la renuncia de Chamberlain uno tiene la sensación de que ocupan cargos de responsabilidad las personas adecuadas: Duff Cooper ha demostrado estar a la altura de estos tiempos catastróficos, Churchill ha sabido contagiar de inmediato su energía al país, y el pueblo, al que sólo se le explicaba lo bien alimentados y contentos que estaban los reclutas, ahora es consciente de las rigurosas exigencias que impone este delirio. Si la guerra continua, será la más terrible que ha conocido la humanidad, la absoluta aniquilación de Europa. Y, sin embargo, sea por desidia, por coraje o por lealtad, no estoy dis-

puesto a huir, aunque me faciliten la salida. Precisamente acabo de leer que Emil Ludwig parte a Estados Unidos con esposa e hijo, supuestamente a dar conferencias (¡en pleno verano!).⁷⁷⁹ Me pregunto si no deberíamos abandonar de una vez por todas Europa. Lo que está claro es que no nos cabe esperar gratitud por nuestra perseverancia, por este sacrificio, pues cada día que pasa demuestra que la palabra y el honor no valen nada; de hecho, el crimen más infame de Hitler es haber elevado a la categoría de valores la mentira y la estafa, haber conseguido que se llame «arte de gobernar y de vivir» lo que desde hace siglos se consideraba un crimen. Y puesto que quienes vivimos y creemos en los viejos principios estamos perdidos, ya me he procurado cierto frasquito, porque en estos momentos puede pasar cualquier cosa, incluso que los alemanes ocupen Inglaterra si Italia interviene, Francia capitula o se pierden París y El Havre.

Miércoles, 29 de mayo Nada que reseñar, continúa la lucha desesperada de las tropas cercadas. Narvik ha sido tomada, pero tanto da, el triunfo llega con un mes de retraso. Trabajo en la autobiografía. He leído el sagaz libro sobre la revolución prusiana,⁷⁸⁰ que establece un atinado paralelismo entre Hitler y Federico el Grande, poniendo de relieve la analogía con el dogma de la eficiencia que conduce a la supremacía gracias a «la renuncia a la vida». Excelente el pasaje donde se explica que Federico el Grande azotaba a los soldados al grito de «¡Debéis amar a vuestro rey!», y con los alemanes lo conseguía a fuerza de latigazos. Las mismas injurias a María Teresa que emplea Hitler contra Beneš y sus demás rivales, y a ello se suma su impotencia sexual, un análisis extraordinario, lástima que tenga que devolver el único ejemplar de Beheim que subsiste, porque todos los demás han sido destruidos junto con mis obras. La idea de que mis libros ya no existan me estremece, en la medida en que aún pueda estremecerme algo. Mucho más desolador es verme condenado a escribir el resto de mi vida en un idioma que sólo

hablan aquellos a quienes se les prohíbe leerme, y el hecho de que, para mi generación, ya sea tarde, demasiado tarde para cambiar, y deba darme por vencido en todos los sentidos.

Jueves, 30 de mayo Sí, en todos los sentidos: hoy un delegado del gobierno advierte a la población en un comunicado oficial de que no debe mantenerse trato con antiguos ciudadanos alemanes y austríacos, una prohibición moral. Y con mi apellido, impronunciabile para los ingleses, tengo asegurado el rechazo de por vida, sólo me pregunto por qué razón seré más odiado, si por alemán o por judío. Pero de lo que no hay duda es de que nos han echado encima el odio como una túnica de Neso. Quizá se añada el resentimiento de clase, que empieza a manifestarse, así que estaremos bien servidos. Además, no veo ningún país donde pueda ir realmente, estoy demasiado agotado para emigrar con la casa auestas, me abruma la misma funesta carga que a Oscar Wilde en el momento crítico. Acabo de saber que podría ir a Brasil vía Nueva York. Pero ¿debería hacerlo? ¿Abandonar de nuevo el trabajo, la casa, todo, y saltar al vacío, entregarme a la incertidumbre, perder una vez más el tiempo en conferencias y reuniones sociales mientras el alma se me hiel? Lo que ayer habría sido una alegría, hoy sabe a hiel. Y mientras tanto la catástrofe de la guerra va a más, parece que Italia está a punto de sumarse al festín de los carroñeros, es cuestión de días.

Viernes, 31 de mayo Las noticias no mejoran, ¿cómo podrían mejorar? Lo que más me duele es no ver en los periódicos la menor intención de dar marcha atrás, evidentemente han cantado victoria con demasiado entusiasmo. Ya no existe ninguna posibilidad de ceder, algo que habría sido muy fácil frente a Italia; por desgracia, el paralelismo con 1915 es evidente, cuando al cabo de trece horas ya estaban dispuestos a conceder el triple de lo que habría sido sensato ofrecer a las doce, pero

ahora se ha convertido en una humillación tan superflua como enviar de embajador a Moscú a sir Cripps, una decisión que se recibió con menosprecio, porque dos o tres años de Chamberlain no pueden compensarse en dos semanas. Echando la vista atrás, hay que admitir que ningún país ha tenido una política—o no-política—, ni se ha puesto en una situación tan peligrosa, como Inglaterra en los últimos años. En cuanto a París, nunca he dejado de sospechar que Francia un día pueda sacar buen partido y dejar a Inglaterra en la estacada, como ya hizo en la época de la ocupación de Renania. Parece una terrible fatalidad del destino que, como ocurrió en Alemania en 1918, se recurra a las personas capaces y competentes demasiado tarde. En cualquier caso, qué diferencia entre los discursos claros y concisos de Duff Cooper y los deplorables del ministro de Información designado por Chamberlain.⁷⁸¹ Ojalá el destino no nos depare la suerte de la Alemania de entonces y se convierta a Mosley en mártir ofreciéndole el único trampolín que le falta para imponer la dictadura: la cárcel. Todos sabemos cuánto favoreció a Hitler haber pasado por la prisión.

Sábado, 1.º de junio Parece que Italia está a punto de intervenir, sólo un milagro podría evitarlo, o soy yo el que lo ve todo negro. Hace seis meses, en mi opinión, aún habría sido posible evitarlo a costa de inmensos sacrificios, pero ¿acaso no serán ahora aun mayores? Esto hace que el viaje a Brasil sea más peligroso y difícil. No sé qué decisión tomar. Me lo jugaré a los dados: si me facilitan todo lo necesario, me marcharé (tanto mejor, o tanto peor), y si no me consiguen lo que hace falta, no me marcharé. Someterlo a mi decisión es demasiada responsabilidad. Lo peor para mí es que las pocas personas a las que aún veo me parecen estúpidas o hipócritas, ¿o las ciega tanto el optimismo que no ven lo que sucede? ¿Estaré exagerando yo las consecuencias? Seguro que en unos años todo habrá vuelto a la normalidad, incluso lo peor, pero ahora (en 1940) para mí

unos años no son lo mismo que en 1918. Ojalá tuviese más tranquilidad para trabajar, pero los preparativos me distraen tanto como estos atroces tiempos que vivimos.

Domingo 2 ¡Cuántas trivialidades me ocupan la cabeza! De las veinticuatro horas del día, a duras penas paso una concentrado en el trabajo. Debo decidir qué hacer con los autógrafos y si convendría enviar los dibujos por correo...⁷⁸² Todo el orden que creé con tanto esfuerzo, desbaratado de nuevo. Pero ahora debemos—sobre todo yo *ad personam*—prepararnos para lo peor si, después de la derrota de Francia, se produce el desembarco en Inglaterra: no querría caer con vida en manos de esos hombres. A veces me pregunto si alguna vez habíamos vivido tiempos parecidos, sobre todo aquellos sobre los que pesa la maldición—que no la culpa—de ser judíos. Jamás habría imaginado, ni siquiera en los tiempos más convulsos de mi juventud, que a mis casi sesenta años se me pudiera perseguir como a un criminal. Pero creo que hay que abandonar definitivamente cualquier sentido del deber hacia el Estado, dado que no existen garantías de que el Estado cumpla sus deberes para con nosotros. Temo que el movimiento de Mosley llegue al poder—si no él en persona, alguien como él—, y nosotros nos convirtamos en ciudadanos de cuarta clase, por ser antiguos alemanes o por ser judíos, y no descarto en absoluto una revocación [de la nacionalidad]. En estos momentos es imposible prever cómo acabará todo esto para nosotros, con independencia de cómo acabe para los demás, y si bien en mi autobiografía trato de mostrar que la época de la seguridad quedó atrás y hay que aceptar nuestra suerte, el tema tal vez dé pie a debates literarios más que a una íntima toma de conciencia. Aun así, la situación no impide que haya mucha gente que, sin poseer una décima parte de esta seguridad, viva al día, despreocupados o encomendándose a Dios; incluso judíos como Victor [Fleicher] se niegan con todas sus fuerzas a morir y luchan por su salud

sin siquiera preguntarse de qué vivirán. Por la noche, parto a Londres.

Lunes 3 En Londres. El viaje resultó más largo y pesado, calculo que al volver pasaré otras seis horas de pie. En el Ministerio de Información todo está listo, me parece estupendo que ya no se planteen el día 12 como una opción para el viaje, porque estoy menos convencido que nunca; si Italia atacara a Inglaterra,⁷⁸³ los riesgos del viaje se duplicarían o incluso se quintuplicarían. Pero en cualquier caso el asunto está encarrilado. Más tarde he quedado con Eisemann para hablar sobre el envío. Me duele la muela y estoy cansado de todo: nada me asusta más que este agotamiento que tanto me debilita cuando debo tomar decisiones. Para hacer frente a todo lo que tengo por delante necesito las pocas fuerzas, determinación y voluntad que me quedan.

Martes, 4 de junio Italia está a punto de declarar la guerra. ¿Ocurrirá un milagro? Me temo que en Francia esto pueda provocar una crisis, y es que, para un país cuyo territorio está en buena parte ocupado, sería una locura luchar contra un enemigo tan superior. Temo que la intransigencia de Inglaterra, la magnífica tenacity de este pueblo, pueda conducirlo a un desesperado combate como el de Cartago contra Roma. ¿Se podrá seguir viviendo en Europa después? ¿Y, si no, dónde? Hoy en día todo va más deprisa que nunca. En mayo de 1915 también creí que la guerra duraría unas semanas, pero ¿acaso eso evitó algo? No veo a nadie dispuesto a acudir en nuestra ayuda, Estados Unidos llegaría demasiado tarde y Rusia también.

Miércoles, jueves, 5 y 6 de junio Las noticias, por desgracia, me parecen muy desfavorables, los franceses tendrán que ceder ante el imparable avance hacia Dieppe y Rouen, con lo cual la ruta de abastecimiento quedará cortada, después de la de la in-

dustria y el carbón. Me temo que la capitulación será inevitable y tal vez sería mejor que se produjese antes de la intervención de Italia. Uno se insensibiliza poco a poco y sólo imagina vagamente lo atroz que será el mundo después de la guerra. Entretanto, dicto pasajes de mi autobiografía y modifico el texto de Suter para Momentos estelares.⁷⁸⁴

Viernes, 7 de junio Ninguna mejora, prosigue la destrucción de nuestro mundo, no puedo ni imaginar cómo acabará todo esto para nosotros. Por la tarde he estado en casa de Desmond Flower y hemos conversado sobre el título.⁷⁸⁵

Sábado 8 y domingo 9 Ninguna noticia de Londres. Creo que, para variar, he vuelto a llegar demasiado tarde..., en fin, qué sea lo que Dios quiera, Insha'Allah! Un viaje no estaría exento de peligro en estos momentos. He revisado con Desmond el texto de Suter: aunque nada de eso tenga sentido, uno sigue adelante. Probablemente mañana tendré que volver a Londres y, en cualquier caso, presionaré. El martes es prácticamente la fecha límite e Italia puede intervenir en cualquier momento.

Lunes, 10 de junio Día negro, empezando por el disgusto del Volpone:⁷⁸⁶ por si no hubiera bastado, ahora quieren atormentarme con sus engaños. Y luego, a las seis, el tiro de gracia: Italia ha declarado la guerra. Hacía tiempo que lo esperábamos, pero en el fondo quedaba la esperanza de que no ocurriera. Por si fuera poco, la derrota a orillas del Somme y las victorias alemanas en Noruega por tierra y mar. Desde mi punto de vista, de ahora en adelante cada soldado caído será un sacrificio en vano, puesto que una verdadera victoria es imposible, mientras que para el adversario la derrota es inconcebible, Austria sólo fue un preludio. Mis trámites para viajar a Brasil tampoco avanzan, por lo visto he vuelto a llegar tarde, como de costumbre.

Y además apenas tengo fuerzas. Sé que las cosas nunca volverán a ser como antes, y una vida con Francia destruida en una Inglaterra hostil—con el alemán o con el judío que soy—no tiene ningún sentido para mí. Tampoco literariamente: todos los proyectos a los que aún podría dedicarme se han visto truncados durante años por la falta de concentración, y, de todos modos, a los sesenta años uno ya no es el que era, está medio acabado. Ya estoy harto, y tan sólo vacilo sobre cómo realizar mi voluntad, pero creo que los acontecimientos me ayudarán; veo venir tiempos de una penuria que los demás ni siquiera sospechan. Para rematarlo, catástrofe doméstica de última hora: la señora Kahn debe abandonar en el plazo de tres días la ciudad, convertida ahora en protected area [‘zona protegida’], como el resto de ciudadanos alemanes y austriacos. ¡Dios mío, cómo tratan a las personas! El dentista, que montó la consulta con sus últimos recursos, ¡tiene que dejarlo todo de la noche a la mañana! ¡Y como él miles de personas más, y los franceses! ¿Qué será de nosotros cuando empiecen los bombardeos aéreos y el resto de dificultades? ¡No quiero ni pensarlo! Y, sin embargo, no pienso en otra cosa, llevado por la imaginación, antes tan fértil, y hoy fatídica, pues aniquila todo germen y toda posibilidad de creación. ¡Qué día más negro!

Martes, 11 de junio Por la mañana, en la comisaría y en el abogado por el asunto de Martha Kahn. En el periódico, la temida noticia: la evacuación de París. Los alemanes están a tan sólo cincuenta kilómetros. Puesto que toda la zona industrial ya está ocupada, con París desaparece la posibilidad de una resistencia prolongada. Creo que la capitulación de toda Francia es inevitable, porque resistir sólo supondría destrucción y un inútil derramamiento de sangre, y no cabe contar con un ejército inglés digno de ese nombre, ni fiarse de España. Sin duda la tenacidad inglesa promete una lucha sin cuartel. Si Hitler fuese un líder normal podría esperarse cierta conmiseración después

de la derrota, pero este hombre lleno de odio, tras haber predicado veinte años la «injusticia» de Versalles, pondrá unas condiciones ante las cuales Brest-Litovsk parecerá un juego de niños.⁷⁸⁷ Apenas soy capaz de pensar, tengo un nudo en el estómago y el cuerpo tenso: lo que está ocurriendo me paraliza, pues temo que la realidad supere hasta las peores previsiones. Con Estados Unidos no puede contarse, llegará demasiado tarde a la lucha, en caso de que finalmente decida intervenir. Por la tarde, voy a ver al señor Vachell, un hombre mayor de lo que pensaba, de setenta y nueve años, que no obstante se conserva bien, a la inglesa, gracias a una vida cómoda pero activa; parece un viejo coronel de familia distinguida. Su casa es muy confortable y está decorada con buen gusto, él mismo posee la cultura de la vieja guardia.⁷⁸⁸ Por la noche me encuentro con la refugée Arbé,[‡] a quien también han expulsado de su casa, y después leo a Dickens, porque ya no soporto lecturas nuevas ni exigentes. También he dejado de escuchar la radio. Me resulta prácticamente intolerable esa forma de prodigar datos irrelevantes para eludir hablar de la realidad.

Miércoles 12 Sigo sin recibir respuesta y ni siquiera la reclamo. Por lo visto, París se ha convertido en un infierno, la mayor parte de la población ha huido, nadie sabe qué será de Friderike y de todos los amigos.⁷⁸⁹ También parece que un gran contingente del ejército está rodeado, lo que implica que la derrota es absoluta. Me pregunto si capitularán. Lo único que me consuela es pensar que es posible poner fin a esta pesadilla en cualquier momento. Es inquietante que incluso en Bath se celebren juicios contra simpatizantes de los nazis casi a diario, lo cual evidencia la colaboración de Alemania con los fascistas ingleses. ¿Qué ocurrirá después de la guerra cuando todos esos tipos salgan de los internments [‘campos de internamiento’] convertidos en mártires? La ideología nazi siempre ha impresionado a los resentidos, en Inglaterra es especialmente popular en-

tre mujeres solteras; y si a la clase media y a los pequeños pensionistas ingleses les ocurre lo mismo que en Alemania, las consecuencias serán semejantes; en estos momentos apenas sospechamos el alcance de las posibles conmociones que aguardan a Europa. El hecho de que la respuesta que me habían prometido hoy no haya llegado evidencia que en Inglaterra no tienen idea de mi estatus literario en el extranjero, lo cual ya advertí a raíz de mi viaje a Francia.⁷⁹⁰ Pero, por otra parte, su ignorancia tiene algunas ventajas, porque estoy hartado de una celebridad que en los últimos años sólo me ha causado disgustos.

Jueves 13 París está sentenciada: en pocos días asistiremos a uno de los reveses más atroces de la historia. No puedo evitar preguntarme qué sentido tiene seguir pensando. Esta guerra se está librando en nombre de un principio sobre el que se basa nuestra existencia, pero si este principio se desmorona también lo hará el mundo que conocemos. De modo que ya no sé para qué ni dónde viviré. La vida será tan sólo una huida incesante, un mero intento de mantenerse a flote, y no se me ocurre un solo país donde establecerme a mi edad. He renunciado a muchas cosas sin esfuerzo, porque, afortunadamente, no conozco la vanidad, pero no soporto la desconfianza ni el rencor que me rodean, estoy definitivamente hartado. Tener que agachar la cabeza, sentirse en falta, puede soportarse unas semanas, pero resulta intolerable como forma de vida. Nunca había sido tan pesimista, jamás había tenido tan pocas esperanzas como ahora, cuando el combate (perdido ya hace tiempo) es tan sólo una lucha desesperada, sin ninguna posibilidad de victoria. Noto crecer la desconfianza hacia nosotros día a día, cada vez más N.B.S.,⁷⁹¹ y temo que el rechazo adquiera proporciones germánicas. Pero ¿adónde huir?

Viernes 14 Voy de nuevo a Londres. Es un día tan típico que lo describiré en detalle para incluirlo en la autobiografía. Me he

levantado a las siete de la mañana, he tomado el tren, donde ya no me atrevo a leer ni a escribir (el profesor Isaacs tuvo que dar explicaciones a un policía por tomar nota de las gasolineras del trayecto), y llego a las once y cuarto. Primero me dirijo al Consulado de Brasil, pero al ver que no abren hasta las doce decido ir a ver al cónsul chileno, que no está: me informan de que ya no ocupa el cargo. Vuelvo al Consulado de Brasil, donde consigo aclarar algunos asuntos. Pero cuando regreso después de almorzar me informan de que mis fotografías no sirven: tengo que llevar unas con fondo blanco. Me dirijo al fotógrafo, pues, donde me toca esperar otros veinte minutos. Tardará unos días, pero no puedo dejar allí los pasaportes porque no me los entregarán hasta las tres de la tarde. A las tres estoy en el Ministerio de Información, donde me explican que no estarán listos hasta las tres y media, así que vuelvo a esperar tres cuartos de hora dando vueltas sin rumbo. A las tres y media regreso, pero no es posible acceder al edificio a causa de un simulacro de defensa antiaérea. Cuando, a las cuatro, consigo entrar, no están los pasaportes. Espero hasta las cinco. No puedo reservar los pasajes de barco porque para ello son necesarios los visados, así que hoy no será posible resolver nada más, y de todos modos estoy exhausto. Por la noche le cuento todo esto a Isaacs.

Sábado 15 Por la mañana, voy directamente al Consulado de Estados Unidos. El mismo cónsul que diez días atrás me aseguró que me extendería un visado de turista sin problemas, me informa hoy de que no es posible porque tienen nuevas órdenes y ya no expiden visados de turista, sólo de tránsito. De acuerdo. Sí, pero antes debo tener los pasajes a Brasil, sin ellos no puede tramitar los visados. ¿Y ahora qué hago? Me dirijo a la Cunard Line,⁷⁹² pero no hay nadie. Me piden que aguarde unos minutos, y espero de las diez a las once y media. Finalmente, cuando llega el responsable, me informa de que sin visado no hay billete. Cuando le respondo que el lunes tendré el visado para Bra-

sil, me entero de que también necesita el visado de Estados Unidos, que sólo expedirán ¡cuando tenga el pasaje! Pese a decirme que lo lamenta, es muy descortés. Sea como sea, voy al Consulado de Brasil. Todo está listo. Entonces escribo una carta para el señor Egerton† y después, como es sábado y las oficinas están cerradas, regreso a Bath con las manos vacías: ahora mismo no sé cómo lo conseguiremos, ni si lo conseguiremos, porque lo único que he logrado es perder el tiempo y la paciencia, no he podido pensar en nada sensato en todo el día. Y, para colmo, la sobrecogedora noticia de que ¡la cruz gamada hondea en la torre Eiffel! Soldados de Hitler montan guardia delante del Arco del Triunfo. La vida ya no merece la pena. Tengo casi cincuenta y nueve años y los próximos serán espantosos, ¿qué sentido tiene soportar todas estas humillaciones?

Domingo, 16 de junio Los alemanes han tomado Verdún y Saarbrücken, el ofrecimiento de Roosevelt de enviar más material llega, en mi opinión, demasiado tarde. Está claro que Hitler prepara un gobierno Mosley en Inglaterra, y podríamos tener otra Alemania y otro Hitler. Sea como sea, estamos perdidos, la vida ha quedado destruida por décadas y yo ya no tengo décadas por delante, ni las quiero tener. Una señal inquietante: se anuncia la celebración de un primer consejo de ministros en Burdeos a mediodía, un segundo por la tarde. Adivino de inmediato qué significa: la inminente capitulación. El hecho de que Pétain tome las riendas lo dice todo. Ya no hay salvación, Europa está acabada, nuestro mundo se desmorona. Definitivamente, ahora somos apátridas.

Lunes Vuelta a Londres. El mismo proceso que la otra vez. Primero tramitamos el certificado de vacunación, después vamos a ver a Jenkins, hora y media de espera para escuchar que no ha conseguido nada. Almorzamos con Cortesão. A las dos de la tarde llega la noticia de la capitulación de Francia. Por fin

conseguimos los visados de Brasil y vamos a recoger los billetes de barco: esperamos dos horas de pie en Cunard Line para enterarnos finalmente de que no se ha hecho la reserva y no hay plazas disponibles. Tras esperar un buen rato mientras llaman a todas partes, nos piden que regresemos mañana por la mañana, que volverán a intentarlo, aunque no puedan prometer nada de nada. Agotados, vamos al hotel Grosvenor. Precisamente ahora que la señora Egerton⁷⁹³ había llamado por teléfono y el cónsul había dado su aprobación, ¡este último contratiempo! Y es que hace días que apenas zarpan barcos y todos están llenos hasta finales de julio. En el Grosvenor, Eisemann promete movilizar a su primo, que trabaja en la agencia palestina de viajes. Estoy muy deprimido. Se ha perdido Francia, reducida a escombros por siglos, el país más cautivador de Europa, ¿para quién escribiré, para qué viviré? En Inglaterra la situación cada vez es más tensa, me siento completamente marginado pese a la nacionalidad,⁷⁹³ incluso indeseable, porque nos han convertido en personas sospechosas a las que no conviene acercarse.

Martes 18 Nos dirigimos a la agencia palestina de viajes a primera hora. Allí nos dan esperanzas, pero en cualquier caso tendríamos que viajar en tercera clase y vía Brasil. El joven que nos atiende es muy amable y diligente, y nos promete que estará todo listo a las dos de la tarde, de modo que podríamos llegar al consulado a tiempo, hacer el resto de trámites y regresar. También aprovecho para ir al banco y dejarlo todo arreglado, para ver a Eisemann en Sotheby's,⁷⁹⁴ y luego ir a correos y ver a Wilmot.⁷⁹⁵ A las dos de la tarde, cuando volvemos a la agencia, nos dicen que los papeles estarán a las tres. Dan las tres y cuarto cuando por fin aparece el joven a toda prisa: sólo había pasajes de tercera clase y no partiremos antes del 22 (tanto mejor). A las cuatro menos cuarto vamos corriendo al Consulado de Estados Unidos para ganar un día, pues cierra a las cuatro. Por

suerte nos atienden gracias a la bella joven, lectora mía, y sólo esperamos una hora hasta que nos lo entregan todo y por fin podemos ir a coger el tren corriendo. Sin embargo, no estoy alegre: lo que está ocurriendo en Francia es demasiado espantoso, como lo que pasará aquí, donde están decididos a resistir a cualquier precio. Ya en casa, despacho correspondencia y ordeno papeles.

Miércoles 19 El equipaje está preparado o, mejor dicho, todo está a punto. Ahora sólo hay que esperar dos o tres días hasta que llegue la orden de partida. Aquí la situación se complica cada día que pasa. Nos han arrebatado a la señora Kahn y no se nos permite contratar a la otra chica, aunque sea yugoslava; tampoco William⁷⁹⁶ puede quedarse, porque al ser irlandés suscita recelo entre los vecinos. No es posible encontrar chicas, y por lo demás no estarían dispuestas a trabajar para «enemigos», como se nos considera cada vez más a menudo. Se palpa la inquietud, que sin duda terminará convirtiéndose en odio, y estamos indefensos ante lo que vendrá porque la determinación de los ingleses terminará transformándolos por completo. Entretanto, se ha fijado nuestro viaje para el martes, pero todavía no me lo creo.⁷⁹⁷

SOBRE LOS MANUSCRITOS ORIGINALES

Stefan Zweig hizo sus anotaciones en nueve cuadernos muy diferentes entre sí. Los cuadernos de los diarios de *1912-1913*, *1914-1915* y *1915* están encuadernados en piel (como el diario del viaje a Galitzia, de formato más pequeño, intercalado donde corresponde cronológicamente). El diario de su estancia en Suiza (noviembre de *1917*-febrero de *1918*) lo escribió en una libreta con tapas de hule negro, en cuya parte de atrás, sueltas pero ordenadas, se conservan también las páginas con anotaciones hechas en Suiza entre el 20 de septiembre y el 13 de noviembre de *1918*. En *1931*, le sirvió de diario una libreta de borrador, cuadriculada, con perforaciones en el lado izquierdo. En *1935*, en Nueva York, también utilizó una libreta de hojas cuadriculadas. El «Diario del 27 de septiembre de *1935* (viaje de París a Londres)» es en buena medida un conjunto de diez folios a la manera de diario, mecanografiados y de gran formato, que Zweig dictó y después corrigió a mano. En su viaje a Brasil en *1936* lo acompañó un cuaderno de espiral de formato pequeño; cuadernos similares utilizó para el diario de *1939*, escrito en inglés (las páginas sólo se conservan sueltas) y para el último del año *1940*.

Todos los textos han sido transcritos con fidelidad y se han corregido exclusivamente, sin indicación expresa, los lapsus linguae. Asimismo se han completado las letras apenas esbozadas al final de línea; las palabras que aparecen en cursiva están su-

brayadas en el original, pero no se han indicado los subrayados dobles. Los originales de los diarios que abarcan desde 1912 hasta 1915, así como el diario de 1931, fueron transcritos por encargo del doctor Richard Friedenthal, las hojas mecanografiadas se encontraron en su legado. Quiero expresar mi agradecimiento a la señora Gabriele Seng por la transcripción del resto de los diarios.⁷⁹⁸

ÍNDICE DE OBRAS

«Arturo Toscanini. Ein Bildnis» ('Arturo Toscanini. Un retrato'; prólogo a Arturo Toscanini, de Paul Stefan)

edición en dos volúmenes (selección de poemas y obras de teatro) de las obras de Émile Verhaeren

«“Niels Lyhne” de Jens Peter Jacobsen» (prólogo)

«Prolog und Epilog zu Shakespeares Sturm. Quasi una phantasia» (prólogo y epílogo a La tempestad de Shakespeare [prólogo a Ariel, epílogo a Calibán])

«Testament des Gewissens» ('Testamento de conciencia')

ARTÍCULOS

«A mes freres Frangais»

«An die Freunde in Fremdland» ('A los amigos del extranjero')

«Antwerpen» ('Amberes')

«Aus der neutralen Schweiz: Ein Dichter» ('Desde la Suiza neutral: un poeta')

«Autographensammlung als Kunstwerk, Die» ('El coleccionismo de autógrafos como obra de arte')

«Bei den Sorglosen» ('Con los despreocupados')

«Bekenntnis zum Defaitismus» ('Homenaje al derrotismo')

«Besuch bei Balzac. 47, rue Raynouard» ('Visita a la casa museo Balzac. 47, rue Raynouard')

«Besuch beim Kaffee» ('Visita a una plantación de café') véase «Kleine Reise nach Brasilien» ('Breve viaje a Brasil'; serie de artículos)

«Brief an Romain Rolland» ('Carta a Romain Rolland')

«drei Wanderungen des Königsmorders Ravailac, Die» ('Las tres peregrinaciones del regicida Ravailac'; reseña de La Tragédie de Ravailac, de Jérôme y Jean Tharaud)

«El regreso de Gustav Mahler»

«Entwertung der Ideen, Die» ('La devaluación de las ideas')

«Faksimileausgabe von Heines "Deutschland, ein Wintermarchen", Eine» ('Una edición facsímil de «Alemania. Un cuento de invierno»; reseña de la obra de Heinrich Heine)

«Friedensbotschaft im Herbst» ('Un mensaje de paz en otoño')

«Fünzigjährigen, Den! Eine öffentliche Anregung» ('¡A los quincuagenarios! Una propuesta pública')

«Galiziens Genesung» ('La curación de Galitzia')

«Gustav Falke, "Die Stadt mit den goldenen Türmen". Falke zu seinem 60. Geburtstag» ('Gustav Falke, «La ciudad de las torres doradas», texto con motivo de su sexagésimo cumpleaños')

«Hans Carossa»

«Heimfahrt nach Österreich» ('Viaje de retorno a Austria')

«Heinrich Lammasch»

«Herz Europas, Das. Ein Besuch im Genfer Roten Kreuz» ('El corazón de Europa. Una visita a la Cruz Roja en Ginebra')

«In memoriam Erwin Sternried»

«Jakob Wassermann»

«Kampf um den Suezkanal, Der» ('La lucha por el canal de Suez')

«Kleine Reise nach Brasilien» ('Breve viaje a Brasil'; serie de artículos)

«Lebensfahrt der Obristin Regula Engel, Die» ('La trayectoria vital de la coronela Regula Engel'; reseña de Lebensbeschreibung der Witwe des Obrist Florian Engel von Langwies, de Regula Engel)

«Lowen» ('Lovaina')

«Lüttich» ('Lieja')

«Opportunismus, Der Weltfeind» ('Oportunismo, el enemigo mundial')

«Regresar a los cuentos»

«Rhythmus von New York, Der» ('El ritmo de Nueva York')

«schlaflose Welt, Die» ('El mundo insomne')

«Schnitzler, der Osterreicher» ('Schnitzler, el austríaco')

«torre de Babel, La» (publicado originalmente en francés como «La Tour de Babel»)

«Tragodie der Deutschamerikaner, Die. Ein Wort der Teilnahme. Von einem osterreichischen Dichter» ('La tragedia de los germanoamericanos. Unas palabras compasivas de un poeta austríaco')

«Warum nur Belgien, warum nicht auch Polen?» ('¿Por qué sólo Bélgica? ¿Por qué no también Polonia?')

«Wort von Deutschland, Ein» ('Unas palabras sobre Alemania')

CONFERENCIAS Y DISCURSOS

«Alfons Petzold» (Viena)

«Hermann Bahr» (Viena)

«Liliencron und der Krieg» ('Liliencron y la guerra'; Viena)

«Pour ceux qui ne peuvent pas parler» (París)

«Vienne d'hier, La» ('La Viena de ayer'; París)

«Worte am Sarge Sigmund Freuds. Gesprochen am 26. September 1939 im Krematorium London» ('Unas palabras en memoria de Sigmund Freud. Pronunciadas el 26 de septiembre de 1939 en el Crematorio de Londres')

ENSAYO

autobiografía véase mundo de ayer, El. Memorias de un europeo

Baumeister der Welt. Versuch einer Typologie des Geistes ('Maestros universales. Intento de una tipología del espíritu'; ciclo ensayístico)

«Busoni»

Cicerón véase «The Head upon the Rostrum. Cicero's Death, December 7, 43 B. C.» ('La cabeza en la tribuna. La muerte de Cicerón') (en Momentos estelares de la humanidad)

curación por el espíritu, La (Mesmer, Mary Baker-Eddy, Freud)

«Dostoievski» véase también Tres maestros (Balzac, Dickens, Dostoievski)

Émile Verhaeren (1904)

Émile Verhaeren (1910; biografía)

Erinnerungen an Émile Verhaeren (Émile Verhaeren. Recuerdos)

«Grouchy» véase «El minuto universal de Waterloo» (en Momentos estelares de la humanidad)

«Head upon the Rostrum, The. Cicero's Death, December 7, 43 B. C.» ('La cabeza en la tribuna. La muerte de Cicerón') véase The Tide of Fortune (en Momentos estelares de la humanidad)

«Lebensbild einer Dichterin» ('Apuntes biográficos sobre una poeta') véase Marceline Desbordes-Valmore

Magellan. Der Mann und seine Tat ('Magallanes, el hombre y su gesta')

Marceline Desbordes-Valmore

María Antonieta

María Estuardo

Momentos estelares de la humanidad. Catorce miniaturas históricas

«El descubrimiento de El Dorado. J. A. Suter, California. Enero de 1948»

«El minuto universal de Waterloo. Napoleón, 18 de junio de 1815»

«El tren sellado. Lenin, 9 de abril de 1917»

«Grouchy»

«Wilson Fracasa. 15 de abril de 1919»

Sternstunden der Menschheit. Fünf historische Miniaturen (primera edición de Momentos estelares de la humanidad, con cinco «miniaturas históricas»)

The Tide of Fortune

«The Head upon the Rostrum. Cicero's Death, December 7, 43 B. C.» ('La cabeza en la tribuna. La muerte de Cicerón')

mundo de ayer, El. Memorias de un europeo

«Raskolnikov» véase «Dostoievski»

Romain Rolland. El hombre y su obra

«Sainte-Beuve»

Tres maestros (Balzac, Dickens, Dostoievski)
véase también Baumeister der Welt. Versuch einer Typologie

des Geistes ('Maestros universales. Intento de una tipología del espíritu'; ciclo ensayístico)

Triumph und Tragik des Erasmus von Rotterdam ('Triunfo y tragedia de Erasmo de Rotterdam')

NARRATIVA

Amok:

«La calle del claro de luna»

Ardiente secreto

«calle del claro de luna, La» véase Amok

candelabro enterrado, El

Confusión de sentimientos. Apuntes personales del consejero privado R. v. D.

Confuso recuerdo véase «La calle del claro de luna» (en Amok) embriaguez de la metamorfosis, La

impaciencia del corazón, La

Legende der dritten Taube, Die ('La leyenda de la tercera paloma')

Miedo

«Novelita de verano»

«Wondrak»

POESÍA

«Herren des Lebens, Die. Ein Zyklus lyrischer Statuen» ('Los señores de la vida'; ciclo de poemas)

«Indischer Spruch» ('Proverbio indio')

«Polyphem» ('Polifemo')

«Wie die Schwalbe...» ('Como la golondrina...')

TEATRO

Haus am Meer, Das ('La casa junto al mar')

Jeremías. Poema dramático en nueve cuadros

«El día más amargo»

«El rumor»

«La conversión»

«La prueba del profeta»

Legende eines Lebens. Ein Kammerspiel in drei Aufzügen
(‘Leyenda de una vida. Una pieza en tres actos’)

Marsyas und Apoll ('Marsias y Apolo')

schweigsame Frau, Die ('La mujer silenciosa'; adaptación libre de La mujer silenciosa, de Ben Jonson)

verwandelte Komodiant, Der. Ein Spiel aus dem deutschen Rokoko ('La metamorfosis del comediante. Pieza teatral del rocó alemán')

Volpone (adaptación libre de Volpone o el zorro, de Ben Jonson)

TRADUCCIONES

Clérambault, de Romain Rolland

«Feindeshaß und Nächstenliebe» («Notre prochain, l'ennemi»), de Romain Rolland

«hingeschlachteten Völkern, Den!» («Aux peuples assassinés»), de Romain Rolland

Rubens, de Émile Verhaeren

«Tanz der Greise und Greisinnen» («La Danse des vieux et des vieilles»), de Émile Verhaeren

Zeit wird kommen, Die (Le temps viendra), de Romain Rolland

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Adelt, Leonhard (1881-1945), periodista austríaco y corresponsal en Múnich del diario *Berliner Tageblatt*

Adler, Elmer (1884-1962), diseñador gráfico, tipógrafo y bibliófilo estadounidense. Fundó en Nueva York la imprenta Pynson Printers (1922-1940), donde diseñaba y producía ediciones limitadas de libros para editoriales como Alfred A. Knopf y Random House, o la revista para bibliófilos *The Colophon*

Adler, Friedrich (1879-1960), líder político de la socialdemocracia austríaca; condenado a muerte en 1916 por el asesinato del primer ministro austríaco Karl Graf Stürgkh (1859-1916); fue amnistiado en 1918

Adler, Victor (1852-1918), diputado socialdemócrata austríaco, murió diez días después de ser nombrado secretario de Estado de Asuntos Exteriores

Áhrental, Alois Lexa von (1854-1912), ministro de Asuntos Exteriores en 1906

Alastair véase Voigt, Hans-Henning von

Albert, Eugen (1856-1929), químico alemán, esposo de Lou Albert Lasard, con el que tuvo una hija, Ingo de Croux-Albert (1911-1997)

Albert Lasard, Lou (1885-1969), pintora expresionista alemana, que entre 1914-1916 mantuvo una relación con el poeta Rainer Maria Rilke

Alberto I de Bélgica

Alberto de Austria, archiduque de Austria y duque de Teschen (1817-1895)

Altmann, Charlotte Elizabeth (Lotte, 1908-1942), secretaria y segunda esposa de Zweig, con quien se casó en Inglaterra en 1939. Se suicidó junto al escritor en Petrópolis

Altmann, Hannah (1898-1954), esposa del hermano de Lotte, Manfred Altmann

Altmann, Manfred (1900-1954), médico, hermano de Lotte Altmann

Amann, Paul (1894-1958), escritor austriaco

Andrade de Almeida, Guilherme (1890-1969), abogado, periodista y escritor brasileño

Andréiev, Leonid Nikoláievich (1871-1919), escritor y dramaturgo ruso

Andrian, Leopold (1875-1951), escritor y diplomático alemán, nieto de Giacomo Meyerbeer, director general del Wiener Hoftheater en 1918

Apel, Paul (1872-1946), poeta alemán

Arcos, René (1880-1959), escritor francés

Arcos, Renée, esposa de René Arcos

Asch, Nathan (1902-1964), escritor estadounidense de origen polaco

Asch, Sholem (también Shalom Asch, 1880-1957), novelista y dramaturgo estadounidense en lengua yiddish de origen polaco, amigo de Zweig

Asquith, Herbert Henry (1852-1928), entre 1908 y 1916 primer ministro inglés

Auernheimer, Raoul (1876-1948), escritor austriaco

Auffenberg von Komarów, Moritz Freiherr (1852-1928), ministro de Guerra del Imperio austrohúngaro en 1911 e inspector general del Ejército en 1912, fue acusado de abusar de su cargo de ministro para realizar operaciones en la Bolsa en 1915.

Finalmente fue absuelto y recuperó el grado de general fuera de servicio

Augusto Guillermo de Prusia (1887-1949), formó parte del gobierno de Hitler desde 1933, y en 1945 fue arrestado por el ejército estadounidense y juzgado

Austen, Jane (1775-1817), escritora inglesa

Bach, David Josef (1874-1947), redactor del periódico vienes *Arbeiter-Zeitung*

Bach, Johann Sebastian (1685-1750), compositor alemán

Bachrach, Julius (1849-1912), banquero y corredor de bolsa vienes

Bachrach, Stefanie (1887-1917), hermana de la traductora Marianne Gius-tiniani

Bahr, Hermann (1863-1934), escritor, coeditor del semanario *Die Zeit* ('El tiempo') y crítico teatral del periódico *Neue Wiener Tagblatt* ('Nuevo diario vienes'). De 1906 a 1907, fue director del Deutsches Theater en Berlín, en 1912 se trasladó a Salzburgo y en 1918 ocupó el cargo de primer asesor artístico teatral en el Burgtheater de Viena. Inmediatamente después, retornó a Salzburgo y en 1922 se instaló en Múnich

Bahr-Mildenburg, Anna (1872-1974), famosa sobre todo como intérprete de Wagner; protegida de Gustav Mahler, se consagró como una de las grandes estrellas de la Ópera de Viena. Esposa de Hermann Bahr

Balmont, Konstantín Dmítrievich (1867-1943), poeta ruso

Balten, Zerline (1882-1942), actriz y cantante austríaca

Balzac, Honoré de (1799-1850), novelista francés

Barbusse, Henri (1873-1935), escritor francés

Barnowsky, Victor (1875-1952), director del Kleines Theater de Berlín

Barres, Maurice (1862-1923), escritor y político francés

Bartsch, Rudolf Hans (1873-1952), escritor austríaco

Barzun, Henri-Martin (1881-1973), poeta experimental y escritor francés, miembro del grupo utópico artístico-literario Abbaye

Baudouin, Louis-Charles (1893-1963), poeta y ensayista francés
Bauer, Julius (1853-1941), crítico musical, editor y libretista
Bauer, Ludwig (1876-1935), escritor y periodista austríaco
Baudelaire, Charles (1821-1867), poeta y crítico francés

Bazalgette, Léon (1873-1928), traductor francés, principalmente de Walt Whitmann

Beaumarchais, Pierre-Augustin Caron de (1732-1799), dramaturgo francés

Beck, Christian (1979-1916), poeta y escritor belga, que publicó bajo numerosos pseudónimos, como Joseph Bossi o Vol-demar

Beer-Hofmann, Richard (1866-1945), dramaturgo y poeta austríaco

Beethoven, Ludwig van (1770-1827), compositor alemán

Begović, Milan (1876-1948), dramaturgo, poeta lírico y épico, y traductor croata del alemán e italiano. De 1901 a 1912, fue asesor artístico teatral en el Deutsches Schauspielhaus de Hamburgo, en 1918, en el teatro vienés Neue Wiener Bühne, y entre 1927 y 1932, en el Teatro Nacional Croata de Zagreb

Beheim-Schwarzbach, Martin (1900-1985), escritor, ajedrecista y traductor germanobritánico

Beierle, Alfred (1885-1950), actor teatral y cinematográfico alemán que trabajó en el Freie Volksbühne de Viena

Benatzky, Ralph (1884-1957), compositor austríaco de origen checo

Benedek, Ludwig August Ritter von (1804-1881), general austríaco, durante la guerra de 1866 se le confió por expreso deseo del emperador Francisco José el alto comando del Ejército del norte en la Guerra austro-prusiana, pese a no co-

nocer el escenario de la guerra. Los austríacos fueron derrotados en Koniggratz y a Benedek se lo relevó del mando

Benedicto XV (nacido Giacomo della Chiesa, 1854-1922), cuyo pontificado duró desde 1914 hasta su muerte

Benedikt, Ernst (1882-1973), hijo de Moriz Benedikt, discípulo de Stefan Zweig, que escribía con el pseudónimo Erich Major

Benedikt, Moriz (1849-1920), redactor jefe del periódico *Neue Freie Presse* de Viena

Beneš, Edvard (1884-1948), presidente de Checoslovaquia en el exilio de Londres

Béraud, Henri (1885-1945), narrador francés

Berchtold, Leopold von, conde de Ungarschitz, Frattling y Pullitz (1863-1942), estadista austrohúngaro y, entre 1912 y 1915, ministro de Asuntos Exteriores

Berg, Alban (1885-1935), compositor austríaco

Bergson, Henri (1859-1941), pensador francés

Bernaldo de Quirós, Cesáreo (1879- 1968), pintor argentino

Bernstein, Ann, representante de Metro Goldwyn Mayer en Viena

Bertolini, Pietro (1859-1920), político italiano, de 1907 a 1909 ministro de Trabajo en el Gabinete Giolitti

Bessemer, Hermann (1883-1943), periodista, escritor austríaco

Bethmann-Hollweg, Theobald von (1856-1921), canceller del Reich Alemán y, de 1909 a 1917, primer ministro de Prusia

Bettelheim, Anton (1851-1930), periodista y crítico austríaco, editor de la *Neue Osterreichische Biographie*

Bettelheim, Helene (1857-1936), Gabillon de soltera, ahijada de Hebbel y escritora austríaca

Bienerth, Anka (1869-1937), esposa del gobernador de la Baja Austria Richard von Bienerth durante la Primera Guerra

Mundial, y una de las dos presidentas honoríficas de la 1ª Sección de la Schwarzwelbes Kreuz ('cruz negra y amarilla'), organización destinada a dar asistencia a desempleados y necesitados durante los años de la guerra

Bierbaum, Otto Julius (1865-1910), novelista, crítico y poeta alemán

Birinski, Leo (1884-1951), dramaturgo, guionista y director teatral de origen ruso que trabajó primero en Austria y luego en Alemania, y a partir de 1920 en Estados Unidos

Biriukov, Pavel Ivánovich (1860-1931), pacifista y editor ruso, amigo, colaborador y biógrafo de Lev Tolstói

Biriukova, Pavla «Pasha» Nikolaievna (1867-1945), Sharapova de soltera

Bjørnson, Bjørn (1859-1942), escritor noruego y premio Nobel de Literatura en 1903

Bjørnson, Karoline (1835-1934), actriz noruega y esposa de Bjørn Bjørnson

Blake, William (1757-1827), pintor inglés, artista gráfico y poeta, realizó numerosas ilustraciones bíblicas

Bloch, Jean Richard (1884-1947), escritor francés

Boccioni, Umberto (1882-1916), pintor italiano, escultor y cofundador del futurismo

Bodmer, Hans (1862-1948), fundador, junto con Wilfried Treichler, de la sociedad literaria zuriquesa Lesezirkel Hottingen (1882-1940, 'Círculo de lectura de Hottingen')

Bonaparte, María (1882-1962), princesa de Grecia y Dinamarca, paciente, amiga y discípula de Freud

Boreović von Bojna, Svetozar (1856-1920), general del Imperio austrohúngaro

Börne, Ludwig (1786-1837), escritor alemán

Bouserez, Ludovic (n. 1884), joven compositor belga que había compuesto un drama a partir de un poema de Verhearen

Boyd, Ruth (1903-1981), Miller de soltera, actriz estadounidense

Brahm, Otto (1856-1912), crítico, director y gerente de teatro

Brahms, Johannes (1833-1897), compositor alemán

Braun, Felix (1885-1973), escritor, poeta y dramaturgo austríaco casado con Hedwig Freund

Bréal, Michel (1832-1915), filólogo francés y suegro de Romain Rolland

Brieger, Friedrich Gustav (1900-1985), botánico y genetista polaco-alemán

Brion, Hélène (1882-1962), maestra, sindicalista, pacifista y feminista francesa. En noviembre de 1917 fue arrestada por contrapropagandista y enviada a prisión acusada de traición y «derrotismo» por su «pacifismo encubierto», mientras sufría una campaña de difamación en los periódicos franceses

Brisset, Jean-Pierre (1837-1919), gramático y escritor excéntrico

Briúsov, Valeri Yákovlevich (1873-1924), poeta ruso

Brontë, Emily (1818-1848), escritora inglesa, autora de *Cumbres borrascosas*

Brossa, Jaume (1875-1919), dramaturgo y articulista español en lengua catalana y española, amigo de Léon Bazalgette, exiliado en París en 1897 a raíz de sus artículos y de una conferencia en el Ateneo Barcelonés

Bruckner, Anton (1824-1896), compositor austríaco

Brudermann, Rudolf Ritter von (1851-1941), general austrohúngaro relevado del mando en marzo de 1915 a raíz de la evacuación de Lemberg

Brueghel, Pieter, el Viejo (c. 1525-1569), pintor flamenco

Burckhard, Max (1854-1912), de 1890 a 1897 director del Burgtheater de Viena

Burián von Rajecz, Stephan (1851-1922), ministro austrohúngaro de Asuntos Exteriores

Busoni, Ferruccio Benvenuto (1866-1924), compositor y pianista italiano

Busoni, Raffaello (1900-1962), hijo del compositor, pintor e ilustrador

Byron, Lord (George Gordon Baron, 1788-1824), poeta inglés

Caillaux, Joseph (1863-1944), político francés, fue acusado por el Tribunal Supremo de confraternizar con el enemigo. Su condena en 1920 por traición y conjura contra el Estado levantó una ola de indignación política y protestas de la Liga de los Derechos del Hombre; en 1925 fue amnistiado

Carcano, Paolo (1843-1918), político italiano, ministro de Hacienda con diferentes gobiernos, partidario de la intervención de Italia en la Primera Guerra Mundial

Carlos I de Austria, rey Carlos IV de Hungría (1887-1922), coronado káiser el 21 de noviembre de 1916 tras la muerte de su tío abuelo, el káiser Francisco José I

Carlos I de Rumanía (1839-1914), desde 1881 en el trono

Carneiro Leão, Múcio (1898-1969), periodista, poeta, narrador y crítico brasileño

Carossa, Hans (1878-1956), novelista y poeta alemán

Carossa, Hans Wilhelm (1906-1968), hijo de Hans Carossa y Valerie Carossa

Carossa, Valerie (1880-1941), Endlicher de soltera, esposa de Hans Carossa

Cassirer, Paul (1871-1926), marchante de arte, fundó una editorial en Berlín junto con su primo Bruno Cassirer (1872-1941), que publicaba también la revista *Kunst und Künstler*

Cavell, Edith (1865-1915), enfermera inglesa, ayudó a numerosos soldados belgas a cruzar la frontera durante la Primera Guerra Mundial, motivo por el cual fue fusilada de acuerdo con la ley marcial

Cézanne, Paul (1839-1906), pintor francés

Chamberlain, Arthur Neville (1869-1940), de mayo de 1937 a mayo de 1940 primer ministro británico

Chambrun, Jacques (1906-1976), agente literario estadounidense radicado en Nueva York

Chapiro, Joseph (1893-1962), periodista de origen ruso

Châteaubriant, Alphonse de (1877-1951), escritor francés, premio Goncourt (1911)

Chéramy, Paul-Arthur (1840-1912), coleccionista francés

Chermont, Jaime Sloan (1906-1983), diplomático brasileño, embajador de Brasil en Inglaterra (1966-1968). Sus contactos familiares y con el Ministerio de Asuntos Exteriores ayudaron a que en 1941 Zweig consiguiera el permiso de residencia permanente y los visados de entrada en Brasil para toda su familia

Churchill, Winston Leonard (1874-1965), de mayo de 1940 a julio de 1945 y de octubre de 1951 a abril de 1955 Primer Ministro del Reino Unido

Cirmeni, Benedetto (1854-1935), político y periodista italiano, cercano a Giolitti, de quien se consideraba portavoz extraoficial

Clair, René (1898-1981), cineasta francés

Claudé, Paul (1868-1955), poeta francés

Clemenceau, Georges (1841-1929), primer ministro francés (1917-1920) que fomentó una política de revancha extremadamente hostil hacia Alemania

Cochrane, Thomas Alexander (1793-1860), político radical, inventor y almirante británico. Tras abandonar la Marina Real británica, de 1823 a 1925 comandó la marina brasileña

Constantino I de Grecia (1868-1923), obligado a abdicar en junio de 1917 por la Entente y el primer ministro griego Venizelos

Cornell, Katharine (1893-1974), actriz teatral estadounidense de origen alemán

Corot, Camille (1796-1875), pintor francés

Cortês, Armando (1891-1977), ingeniero agrónomo, administrador colonial, traductor e historiador portugués, en 1932 se exilió primero a Londres y luego a París. Su correspondencia con Zweig está reunida en *Cartas de Inglaterra. Correspondencia de Stefan Zweig para Armando Cortês* (Coimbra, Centro de Investigado em Estudos Germanísticos, 2012)

Coste, Hilde (1894-1919), actriz

Coudenhove, Paula von (1863-1934), von Handel de soltera, condesa austriaca

Coudenhove-Kalergi, Richard Nikolaus de (1894-1972), conde, escritor y político austriaco

Courbet, Gustave (1819-1877), pintor francés

Coward, Noël Peirce (1899-1973), dramaturgo inglés, autor de *Point Valaine* (estrenada en Broadway en 1934)

Cripps, Stafford Richard (1889-1952), político laborista británico, embajador británico en Moscú de 1940 a 1942. En 1949, a raíz de sus simpatías con el comunismo, fue expulsado del Partido Laborista

Cruppi, Jean-Charles-Marie (1855-1933), político francés

Cruppi, Louise (1862-1925), activista y escritora francesa, esposa de Jean-Charles-Cruppi y madre de tres hijos a los que perdió: Marcel Cruppi, el mayor y Jean-Louis, el menor, murieron en la Primera Guerra; el segundo, Paul, había muerto antes de la guerra

Crüwell, Gottlieb August (1866-1931), historiador austriaco y director de la biblioteca de la Universidad de Viena, autor de una biografía de María Antonieta

Csokor, Franz Theodor (1885-1969), dramaturgo, asesor artístico teatral y director austríaco

Czinner, Paul (1890-1972), dramaturgo

Daladier, Édouard (1884-1970), entre enero y febrero de 1934 y entre abril de 1938 y marzo de 1940, primer ministro de Francia

D'Albert, Eugen (1864-1932), compositor alemán de origen escocés

D'Albert, Ida (1869-1926), Theumann de soltera, casada con Ludwig Fulda en primeras nupcias y con Eugen d'Albert en segundas

D'Annunzio, Gabriele (1863-1938), poeta italiano, diputado de la Cámara italiana (1898-1900) y partidario declarado de la entrada de Italia en la Primera Guerra Mundial

Dankl, Viktor (1854-1951), general de la caballería austrohúngara; en 1917, recibió el título nobiliario de barón, y, en 1918, el de conde

Daudet, Léon (1867-1942), escritor francés

David, Gérard (c. 1450-1523), pintor flamenco de miniaturas

David, Jacques-Louis (1748-1825), pintor francés

Debran, Isabelle, cantante y actriz estadounidense

Debrit, Jean (1880-1956), periodista suizo

Debrit, Marguerite (1885-1919), periodista, feminista, pacifista suiza y traductora de Tolstói

Debussy, Claude-Achille (1862-1918), compositor francés

De Fiori, Ernesto (1884-1945), escultor alemán de origen italiano

Degas, Edgar (1834-1917), pintor y escultor francés

Dehmel, Richard (1863-1920), escritor y poeta alemán

Delacroix, Eugène (1798-1832), pintor francés

Delahaye, Ernest (1853-1930), escritor francés, que mantuvo una larga y estrecha amistad con el poeta Arthur Rimbaud

Derp, Clotilde von (1892-1974), bailarina expresionista alemana, esposa del bailarín Sájarov

Desbordes-Valmore, Marceline (1786-1859), actriz, cantante y poeta francesa

Deutsch, Ernst (1890-1969), actor austríaco de teatro y cine, también conocido como Ernst Dorian

Devrient, Max (1857-1929), actor alemán de cine y teatro, y director desde 1882 del Hofburgtheater; en el estreno de *La casa junto al mar* interpretó el personaje del oficial

Dickens, Charles (1811-1870), novelista inglés

Dörmann, Felix (1870-1928), escritor austríaco

Dostoievski, Fiódor (1821-1881), novelista ruso

Dreyfus, Albert, periodista suizo afincado en París

Duff Cooper, Alfred (1890-1954), político conservador británico, secretario de Guerra entre 1937 y 1938, en 1940 fue nombrado ministro de Información del gobierno de Churchill

Duhamel, Georges (1884-1966), escritor y poeta francés

Dupin, Paul (1865-1949), compositor autodidacta francés, compuso un par de escenas para piano movido por la lectura del *Jean-Christophe* de Romain Rolland

Durieux, Tilla (1880-1971), actriz austríaca, en 1910 se casó con Paul Cassirer

Dworaczek, Paul Wilhelm (1873-1916), poeta y dramaturgo austríaco

Eckermann, Johann Peter (1792-1854), poeta y escritor alemán

Ehrenbaum-Degele, Hans (1889-1915), poeta expresionista alemán

Ehrenstein, Albert (1886-1950), escritor y poeta expresionista austríaco

Eisemann, Heinrich (1890-1972), librero de viejo alemán y vendedor de autógrafos en Londres, adonde se había exiliado tras el ascenso de Hitler

Ekk, Nikolái (1902-1976), cineasta ruso

Engalitscheff, Antoinette, princesa húngara, viuda de un gran duque ruso y casada en segundas nupcias con Siegfried Trebitsch

Etzel, Gisela (1880-1918), escritora y traductora alemana

Eulenberg, Herbert (1876-1949), escritor alemán

Eysoldt, Gertrud (1870-1950), actriz

Faccio, Marta Felcina «Rina» (1876-1960), escritora italiana que publicaba bajo el pseudónimo Sibilla Aleramo

Faccioli-Grimani, Amelio (1844-1926), abogado austríaco de origen italiano, consejero de la legación austríaca en Brasil

Faesi, Jenny (1886-1973), esposa de Robert Faesi

Faesi, Robert (1883-1972), historiador de la literatura, ensayista, poeta y narrador suizo

Falke, Gustav (1853-1916), escritor alemán

Federico II, el Grande, (1712-1786), rey de Prusia desde 1740 hasta su muerte

Feld, Leo *véase* Leo Hirschfeld

Feldner, Jacob (n. 1896), joven berlinés miembro del movimiento cultural y educativo juvenil alemán Die deutsche Jugendbewegung

Fels, Friedrich Michael, amigo de Zweig

Fernando I (1861-1948), rey de Bulgaria (1908-1918)

Ferreira de Silva, Virgulino, conocido como Lampiao (1898-1938), marido de Maia Bonita (1911-1938), fue el más famoso de los *cangaceiros* ('bandoleros') brasileños

Ferrière, Frédéric-Auguste (1848-1924), doctor suizo, vicepresidente del Comité Internacional de la Cruz-Roja. Al inicio de la guerra fundó la sección civil de la Agencia Internacional de Prisioneros de Guerra

Fielding, Henry (1707-1754), escritor inglés

Figuière, Eugène (1882-1944), escritor y editor francés, miembro del grupo utópico artístico-literario Abbaye

Flaubert, Gustave (1821-1880), novelista francés

Fleischer, Victor (1882-1952), escritor y editor austriaco

Flower, Desmond (1907-1997), editor británico de *Momentos estelares de la humanidad*

Fontana, Oskar Maurus (1889-1969), periodista, crítico de teatro y escritor austriaco

Fort, Germaine *véase* Pouget, Germaine

Ford, Henry (1863-1947), empresario estadounidense, fundador de la empresa automovilística Ford Motor Company

Fort, Jeanne (1897-1992), hija de Paul Fort, se casaría con el pintor futurista italiano Gino Severini

Fort, Paul (1872-1960), poeta y dramaturgo francés

Fraenkel, Ludwig (1870-1951), ginecólogo y obstetra alemán, pionero en endocrinología ginecológica. En 1936 se exilió a Uruguay

Francisco Fernando, archiduque de Austria-Este (1863-1914), sucesor al trono de Austria, cuyo asesinato desencadenó la Primera Guerra Mundial

Francisco José I de Austria (1830-1916), coronado en 1848 emperador de Austria, rey de Hungría y rey de Bohemia²

Franck, César (1822-1890), compositor francés de origen belga

Franck, Henri (1888-1912), poeta francés

Franco, Francisco (1892-1975), general y dictador español

Frank, Leonhard (1882-1961), escritor alemán

Frankfurter, Albert (1868-1952), director general de la naviera Österreichischer Lloyd

Freud, Martha (1861-1951), Bernays de soltera

Freud, Sigmund (1856-1939), médico austríaco, fundador del psicoanálisis, en 1938 emigró a Londres

Friderike *véase* Winternitz, Friderike Maria von

Fried, Alfred Hermann (1864-1921), escritor y pacifista austríaco

Fried, Oskar (1871-1941), director de orquesta y compositor alemán

Friedell, Egon (1882-1950), crítico de teatro, actor, libretista e historiador cultural vienés

Friedenthal, Richard (1896-1979), escritor alemán, albacea del legado de Stefan Zweig y editor de sus obras

Friedlaender, Max (1852-1934), musicólogo berlinés

Frischauer, Paul (1898-1977), periodista, dramaturgo, narrador, que resultó herido en el frente. En 1940, emigró de Inglaterra a Brasil

Fulda, Ludwig (1862-1939), escritor de comedias alemán, cofundador, en 1889, de la asociación Verein Freie Bühne

Furtmüller, Aline (1883-1941), profesora, hija del revolucionario ruso refugiado en Viena Samuel Klatschko y esposa de Carl Furtmüller (1880-1951), que hizo carrera política tras la guerra y fue una de las primeras mujeres en ingresar en el consejo municipal vienés

Gambetta, Léon (1838-1882), político republicano francés

Gallimard, Gaston (1881-1975), traductor y editor francés

Gamelin, Maurice-Gustave (1872-1958), nombrado generalísimo de las fuerzas aliadas en Francia en septiembre de 1939. El 19 de mayo de 1940 lo destituyeron; el 6 de septiembre de 1940 fue arrestado. En el «Proceso de Riom» (de febrero a abril

de 1942) se le declaró culpable de la derrota de Francia. Hasta abril de 1943 estuvo en una prisión francesa y después en una prisión alemana hasta el final de la guerra

Gauguin, Paul (1851-1903), pintor francés

Gaul, August (1869-1921), escultor e ilustrador alemán

Geiger, Benno (1882-1965), historiador del arte y amigo de Zweig

Geldern, Lucy *véase* Jacobi, Lucy von

George, Stefan (1868-1933), célebre poeta y traductor alemán

Georgi, Friedrich Freiherr von (1852-1926), ministro de Defensa durante la Primera Guerra Mundial

Gerasch, Alfred (1877-1955), actor de teatro y cine alemán

Géricault, Jean-Louis-Antoine-Théodore (1791-1824), pintor francés

Geyling, Remigius (1878-?), director de escenografía del Neue Wiener Bühne (1909-1911) y del Burgtheater (1911-1913)

Ghéon, Henri (pseudónimo de Henri-Leon Vageon, 1885-1944), dramaturgo francés

Gide, André (1869-1951), escritor francés

Gillet, Louis (1876-1943), académico francés, historiador del arte y de la literatura francesa

Ginzkey, Franz Karl (1871-1963), escritor austríaco

Giolitti, Giovanni (1842-1928), político italiano liberal partidario de la Triple Entente. Primer ministro entre 1903 y 1914, con interrupciones

Girardi, Alexander (1850-1918), tenor austríaco

Giustiniani, Marianne (Mimi) (1882-1964), Bachrach de soltera, traductora

Glöckner, Josephine «Pepi» (1874-1954), actriz y soprano austríaca, casada con Leopold Kramer

Glossy, Karl (1848-1937), escritor, bibliotecario, director del Museo y Archivo de la ciudad de Viena. Fue editor del diario *Osterreichische Rundschau*

Gluck, Christoph Willibald Ritter von (1714-1787), compositor alemán

Goethe, Johann Wolfgang (1749-1832), poeta, novelista y dramaturgo alemán

Goldmann, Paul (1865-1935), corresponsal en Berlín del diario *Neue Freie Presse*

Goll, Ivan (1891-1950), conocido también como Yvan o Iwan Goll, poeta expresionista franco-alemán en lengua alemana, su pacifismo lo llevó a hacerse objetor de conciencia al servicio militar y exiliarse en Suiza

Göring, Hermann (1839-1945), comandante supremo de la *Luftwaffe*, las fuerzas aéreas del Reich, y, más tarde, vicescanciller del Reich

Götz, Bruno (1885-1954), poeta germano-báltico, escritor y traductor

Goya, Francisco de (1746-1828), pintor español

Graber, Ernest-Paul (1875-1956), político socialista suizo, secretario general del Partido Socialdemócrata y editor del diario *La Sentinelle*

Grautoff, Erna (1885-1948), esposa de Otto Grautoff

Grautoff, Otto (1876-1937) traductor de la novela *Jean-Christophe*, de Roman Rolland

Greco, El (1541-1614), pintor de origen griego que se estableció en Toledo

Greiner, Leo (1876-1928), poeta, dramaturgo y director del departamento teatral de la editorial S. Fischer de Berlín

Grillparzer, Franz (1791-1872), dramaturgo alemán

Grimeni, Faccioli, encargado austríaco de negocios en Brasil

Grimmelshausen, Hans Jakob Christoph von (1621-1676), escritor alemán, autor del famoso *El aventurero Simplicissimus* (*Der Abentheuerli-che Simplicissimus Teutsch*, 1669)

Guilbeaux, Henri (1884-1939), germanista, traductor y pacifista francés

Guilbert, Yvette (1868-1944), cantante francesa

Guillermo, príncipe heredero (1882-1951)

Guillermo II (1859-1941), emperador de Alemania (1888-1918) y rey de Prusia (1859-1941)

Guinzburg, Harold Kleinert (1899-1961), editor estadounidense, cofundador, en 1925, de la editorial Viking Press

Haas, Willy (1891-1973), crítico de cine alemán

Hagemann, Carl (1871-1945), asesor artístico y director teatral

Hagen, Hertha von (1876-1962), actriz austríaca

Hahn, Reynaldo (1874-1947), compositor francés de origen venezolano

Händel, Georg Friederich (1685-1759), compositor alemán afincado en

Inglaterra y nacionalizado inglés

Harden, Maximilian (pseudónimo de Maximilian Felix Ernst Witkowski, 1861-1927), ensayista, crítico, escritor satírico y actor

Hardt, Ernst (1876-1947), escritor alemán y director general del Deutsches Nationaltheater (1919-1924)

Hattingberg, Magda von (1883-1959), pianista y escritora austríaca, y la «Benvenuta» de Rilke

Hauptmann, Carl (1858-1921), escritor alemán y hermano del también escritor Gerhart Hauptmann

Hauptmann, Gerhart (1862-1945), dramaturgo, poeta y novelista alemán

Haydn, Joseph (1732-1809), compositor austríaco

Hebbel, Friedrich (1813-1863), dramaturgo y poeta alemán

Heere, Lucas de (1534-1584), pintor flamenco

Hegner, Jakob (1882-1962), editor austríaco

Heimann, Moritz (1868-1925), dramaturgo

Heine, Albert (1867-1949), actor y director de teatro alemán que dirigió *La casa junto al mar* de Zweig

Heine, Wolfgang (1861-1944), adversario de la Liga Espartaquista, movimiento socialdemócrata radical (fundado en 1917 por los diputados socialdemócratas del parlamento), quien, después de la Revolución de Octubre de 1917, empezó a luchar también en Alemania por la revolución y el sistema soviético

Helfferich, Karl (1872-1924), político alemán, como secretario de Estado de la Tesorería del Reich organizó la financiación de la guerra

Heller, Hugo (1870-1923), librero y editor vienes

Henckell, Karl Friedrich (1864-1929), poeta alemán revolucionario y precursor del naturalismo

Hernried, Robert (1883-1951), musicólogo y compositor austro-americano Hertling, Georg von (1843-1919), conde, filósofo y estadista; primer ministro prusiano (1917-1918)

Hetzka, Yella (1873-1948), Fuchs de soltera, feminista vienesa, editora y fundadora de la primera escuela de horticultura austríaca, antigua amiga de Friderike Maria von Winternitz

Herzl, Theodor (1860-1904), periodista, dramaturgo, escritor y activista político austrohúngaro, fundador del sionismo moderno. Fue él quien introdujo a Zweig en la *Neue Freie Presse*

Hesse, Herman (1877-1962), escritor, poeta y pintor

Heumann, Albert, crítico y editor francés

Heymel, Alfred Walter (1878-1914), escritor y editor alemán, fundador de la revista *Insel*, germen de la célebre editorial ho-

mónima, publicó bajo los pseudónimos Spectator Germanicus y Alfred Demel

Hindenburg, Paul von Beneckendorff und von (1847-1934), mariscal de campo alemán y jefe del Estado Mayor del Ejército de Alemania

Hinterberger, Hugo (1868-1943), conocido fotógrafo vienés

Hirsch, Emil, librero de viejo en Múnich, emigró a Nueva York durante el nazismo

Hirschfeld, Georg (1873-1942), escritor alemán

Hirschfeld, Leo (1869-1924), conocido como Leo Feld, escritor, asesor artístico y dramaturgo

Hirschfeld, Victor (1858-1940), asesor artístico teatral austriaco, director y autor de obras populares, conocido como Victor Léon

Hitler, Adolf (1889-1945), canciller imperial de Alemania en 1933 y *Führer* (1934-1945)

Hoare, Samuel (1880-1959), político conservador inglés, embajador en España (1940-1944)

Höbling, Franz (1886-1965), actor y director austriaco que interpretó el papel del segundo marido de Katharina, una de las protagonistas de *La casa junto al mar* de Zweig

Hochdorf, Max (1880-1948), escritor alemán

Hodler, Ferdinand (1853-1918), pintor suizo

Hoen, Maximilian Ritter von (1859-1936), coronel y posteriormente general. Entre los años 1903 y 1911 trabajó en el Archivo de la Guerra, entre 1911 y 1912 dirigió la oficina de prensa del Ministerio de Guerra, y posteriormente regresó al Archivo de la Guerra. Durante la Primera Guerra Mundial, entre 1914 y 1917, dirigió el *Kriegspressequartier*, el cuartel de prensa de guerra

Hofer, Charles (1878-1955), pintor suizo

Hoffmann, Camill (1879-1944), escritor y periodista checoslovaco

Hoffmann, E. T. A. (1776-1822), el célebre escritor alemán

Hofmannsthal, Hugo von (1874-1929), narrador y poeta

Hohlfeldt, Dora (1862-1931), Tenge de soltera, escritora alemana

Hokusai, Katsushika (1760-1849), grabador y pintor japonés

Holl, Gussy (1888-1966), actriz y cantante alemana que en 1923 se casó con el actor cinematográfico alemán de origen suizo Emil Jannings

Horner, Jakob (1887-1930), redactor jefe del diario *Züricher Post*

Horsetzky-Hornthal, Viktor von (1835-1932), jefe de la dirección artística de los teatros de la corte

Hötzendorf, Franz Conrad von (1852-1925), Jefe del Estado Mayor desde 1906, nombrado mariscal en 1916, en 1917 fue relevado del cargo por diferencias de opinión con el Emperador Carlos I (1887-1922) y, en julio de 1918, destituido definitivamente

Huebsch, B. W. («Ben», 1873-1965), fundador y director de la editorial B. W. Huebsch Inc. de Nueva York, de la cual surgió, en 1925, la editorial Viking Press

Hugo, Victor (1802-1885), poeta, dramaturgo y novelista francés

Hülсен, Hans von (1890-1968), escritor y periodista alemán

Humperdinck, Engelbert (1854-1921), compositor

Hünich, Fritz Adolf (1885-1964), poeta austríaco; fue asistente de Stefan Zweig en la investigación realizada para la biografía *María Antonieta*; más tarde elaboró junto con Erwin Rieger la «Bibliographie der Werke von Stefan Zweig» ('Bibliografía de las obras de Stefan Zweig'), que le dedicó al autor la editorial Insel con motivo de su quincuagésimo cumpleaños

Huntley, propietario de Rosemount, la casa que Stefan y Lotte Zweig compararon en 1940 en Bath y donde vivieron de enero a junio

Hunziker, Rudolf (1870-1946), historiador de literatura, presidente de la Asociación Literaria de Zúrich (Literarische Vereinigung, Zürich)

Ibsen, Henrik (1828-1906), dramaturgo y poeta noruego

Ilg, Paul (1875-1957), escritor suizo, cuyas novelas se caracterizan por la crítica social

Isaacs, Jack (1896-1973), profesor británico de lengua y literatura inglesas en el King's College de Londres, la Universidad Hebrea de Jerusalén y el Queen Mary College de la Universidad de Londres, y miembro fundador de la Film Society

Isabel I (1533-1603), reina de Inglaterra

Isabel II (1926), reina de Inglaterra

Jacobi, Bernhard von (1880-1914), actor alemán

Jacobi, Franz (1864-1942), actor alemán

Jacobi, Lucy von (1887-1956), Goldberg de soltera, actriz, periodista y dramaturga, casada con el actor Bernhard von Jacobi. Hans-Jürgen, el hijo de ambos, murió de una enfermedad pulmonar en febrero de 1914, a los seis años de edad

Jacobsen, Jens Peter (1847-1885), botánico, poeta y novelista danés

Jammes, Francis (1868-1938), dramaturgo y poeta francés

Jannings, Emil (1884-1950), actor cinematográfico alemán de origen suizo

Jannings, señora véase Holl, Gusy

Jary, Muck de, actor de cine y teatro alemán que participó en películas como *Der Ring des Cesare Borgia* (1920) o *Tote sie!* (1920)

Jaurès, Jean (1859-1914), político socialista francés, fundador del periódico *l'Humanité*, decidido pacifista y promotor de un acuerdo germano-francés, asesinado en París (el 31 de julio de 1914)

Jenkins, Douglas (1910-1980), cónsul general estadounidense en Londres

Jetmmar, Rudolf (1869-1939), pintor simbolista y artista gráfico austríaco

Joffre, Joseph Jacques Césaire (1852-1931), mariscal francés, desde 1911 jefe del Estado Mayor; durante la Primera Guerra Mundial fue general en jefe en el frente del norte y del noreste

Jones, Ernest (1879-1958), psiquiatra y psicoanalista británico, uno de los más estrechos colaboradores de Freud

Jorge V, rey de Inglaterra

Josef, criado de Stefan Zweig entre 1912 y 1915, año en que lo llamaron a filas

Jouve, Andrée, esposa de Pierre-Jean Jouve, y madre de Olivier Jouve (n. 1914)

Jouve, Pierre-Jean (1887-1976), poeta y novelista francés

Joyce, James (1882-1941), escritor irlandés, quien decidió afincarse en Suiza

Jungmann, Elisabeth (1894-1959) secretaria y colaboradora de Gerhart Hauptmann durante muchos años

Juvenal (60-128), poeta romano satírico

Kaemmerer, Ami (1861-1926), comerciante exportador hamburgués

Kahn, Martha (1887-1983), Mayer de soltera, empleada doméstica alemana de los Zweig en la casa de Bath, de la que cuidó tras la partida de los Zweig y hasta la muerte de éstos

Kainz, Josef (1858-1910), actor teatral austríaco de origen húngaro

Kalbeck, Max (1850-1921), influyente crítico musical, poeta y traductor alemán

Kassner, Rudolf (1873-1959), intelectual austríaco, ensayista y filósofo cultural

Keats, John (1795-1821), poeta británico

Keller, Gottfried (1818-1890), escritor y poeta suizo

Kesser, Hermann (1880-1952), escritor alemán, partió del expresionismo para comprometerse con las ideas pacifistas en sus dramas, relatos y ensayos

Key, Ellen (1849-1926), pedagoga sueca

Kilian, Eugen (1862-1925), director de teatro, dirigió *La casa junto al mar* en Múnich

Kippenberg, Anton (1874-1950), editor alemán y desde 1905 director de la editorial Insel de Leipzig, donde, de 1904 a 1934, se publicaron las obras de Stefan Zweig

Kisch, Egon Erwin (1885-1948), periodista y escritor alemán de origen checo que viajó por muchos países como «infatigable reportero rojo»

Kleist, Heinrich Wilhelm von (1777-1811), poeta, dramaturgo y novelista alemán

Klemperer, Otto (1885-1973), director de orquesta alemán

Klitsch, Eduard (Edi, 1888-1942), actor cinematográfico austríaco

Klofác, Václav (1868-1942), político nacionalista radical checo, que ejerció como ministro de Defensa (1918-1920)

Klüber, Karl Werner, también asistente de Stefan Zweig en la investigación para *María Antonieta*

Kolb, Annette (1870-1967), escritora y pacifista alemana

König, Otto (1881-1955), periodista austríaco

Koogan, Abraao (1912-2000), editor brasileño de Ediciones Guanabara, que publicó en 1932 las obras en portugués de Stefan Zweig y Sigmund Freud. Fue el pionero de las ediciones de

libros de medicina en el país y uno de los fundadores de la Editora Delta

Koppay, Joszi Árpád (nacido barón József Árpád Koppay von Drétoma, 1859-1927), pintor austrohúngaro que vivió desde 1914 en Zúrich y Berna

Körner, Erich (1893-1980), banquero austríaco, socio del vienés Bank Winter y cofundador del banco de inversión londinense S. G. Warburg

Kornhas, Gertrud (1892-1986), Brandt de soltera

Kornhas, Walter (1887-1940), pintor y artista gráfico alemán

Korrodi, Eduard (1885-1955), crítico literario suizo; desde 1914, jefe del suplemento cultural del diario *Neue Zürcher Zeitung*

Kosor, Josip (1879-1961), escritor croata

Kramář, Karel (1860-1937), político checo, primer ministro de Checoslovaquia tras la disolución del imperio austrohúngaro (en julio de 1917)

Kramer, Leopold (1869-1942), actor y director de teatro austríaco, casado con la actriz Pepi Glockner

Krauss, Karl (1874-1936), escritor y periodista austríaco, fundador del periódico *Die Fackel*

Kretschmer, Ernst (1888-1964), psiquiatra alemán

Kubin, Alfred (1877-1959), pintor expresionista austríaco de origen checo

Kusmanek von Burgneustätten, Hermann Rudolf (1860-1934), general de infantería austrohúngaro, comandante de la fortaleza de Przemyśl, que la defendió del asedio ruso hasta la rendición y entrega de la plaza (el 22 de marzo de 1915)

Kutscher, Artur (1878-1960), historiador literario alemán y teórico del teatro

Kvápil, Jaroslav (1868-1950), dramaturgo y poeta checo

Labé, Louise (1525-1566), poeta renacentista francesa

Lachmann, Hedwig (1865-1918), escritora, poeta y traductora alemana

Lachner, Franz (1803-1890), compositor y director de orquesta alemán

La Guardia, Fiorello (1882-1947), político estadounidense, de 1933 a 1945 alcalde de Nueva York

Lammasch, Heinrich (1853-1920), jurista austríaco que abogó por la reconciliación entre las naciones. Participó como consejero jurídico en la delegación de paz austroalemana de la conferencia de Saint-Germain. Entre el 27 y el 31 de octubre de 1918 estuvo al frente del gobierno austríaco

Lampião véase Ferreira de Silva, Virgulino

Landau, Paul (1880-1951), historiador de la literatura y del arte

Larreta, Enrique (1875-1961), escritor argentino que vivió muchos años en España, cuya principal obra es la novela *La gloria de Don Ramiro* (1908, publicada en alemán en 1929 y 1958 con el título de *Versuchungen des Don Ramiro*)

Larsen, Karl Halfdan (1860-1931), escritor danés

Lasker-Schüler, Else (1876-1945), escritora y poeta alemana

Latzko, Andreas (1876-1943), escritor húngaro-alemán

Leão véase Carneiro Leão, Múcio

Leconte de Lisle, Charles (1818-1894), poeta francés

Lehár, Franz (1870-1948), compositor austrohúngaro

Le Maguet, Claude (pseudónimo de Jean Salives, 1888-1979), editor de revistas, escritor y pacifista refugiado en Suiza durante la Primera Guerra Mundial, donde fundó la modesta revista de vanguardia *Les Tablettes*

Lemaître, Jules (1853-1914), escritor francés

Lemonnier, Camille (1844-1913), escritor belga

Lenau, Nikolaus (pseudónimo de Nikolaus Franz Niembsch Edler von Strehlenau, 1802-1850), poeta austríaco

Lenin (Vladímir Ilich Uliánov, 1870-1924), revolucionario comunista y principal dirigente bolchevique de la revolución de octubre de 1917 en Rusia, vivió exiliado en Suiza desde 1905 hasta 1917, cuando regresó a su país en un tren blindado que atravesó Alemania

Léon, Victor *véase* Hirschfeld, Victor

Levetzow, Karl Michael Freiherr von (1871-1945), poeta y libretista alemán

Liebknecht, Karl (1871-1919), líder, junto con Rosa Luxemburg (1870-1919), la Liga Espartaquista; ambos recibieron por ello ataques de sus amigos del Partido Socialdemócrata, que Liebknecht había abandonado en 1916 a causa de las hostilidades hacia su persona

Liliencron, Detlev von (1844-1909), poeta y novelista alemán

Lindner, Anton (1874-1915), poeta austríaco

Linsingen, Alexander von (1850-1935), general prusiano

Lissauer, Ernst (1882-1937), escritor austríaco

Lloyd George, David (1863-1945), miembro liberal inglés de la Cámara de los Comunes. Fue ministro de Hacienda (1908-1915), de Defensa (1915-1916), de Guerra (1916) y primer ministro (1916-1922)

Loeb, Nina J. (1870-1945), hija de Solomon Loeb, fundador de la firma de inversión neoyorkina Kuhn, Loeb & Co., viuda de Paul Moritz Warburg (1868-1932), hermano de Felix Warburg

Lortzing, Albert (1801-1851), compositor alemán

Lothar, Ernestine, esposa de Rudolf Lothar

Lothar, Rudolf (1865-1943), editor jefe del diario vienés *Neue Freie Presse*

Loyson, Paul-Hyacinthe (1873-1921), dramaturgo francés

Luce, Maximilien (1858-1941), artista, impresor y anarquista francés

Lucka, Emil (1877-1941), escritor austríaco

Ludwig, Elga (1884-1971), Wolff de soltera, esposa de Emil Ludwig

Ludwig, Emil (1881-1948), escritor alemán, desde 1906 establecido en Suiza

Ludwig, Gordon (n.1923), hijo de Emil y Elga Ludwig

Luis XIV, rey de Francia

Lunt, Alfred (1892-1977), director de teatro y actor estadounidense

Luxemburg, Rosa (1871-1919), pensadora polaca y líder, junto con Karl

Liebkecht, del Partido Socialdemócrata de Polonia y de Alemania

Macedo Soares, José Carlos (1883-1968), jurista, historiador y político brasileño, fue ministro de Asuntos Exteriores (1934-1936) y ministro de Justicia (1937)

Mackensen, August von (1849-1945), mariscal general de campo alemán, general en jefe del Ejército contra Rusia y los Balcanes

Maes, Pierre (1887-1968), escritor belga, autor de una antología de textos de su compatriota el poeta Georges Rodenbach (*Choix de poésies*, 1949) y de una biografía de éste (*Georges Rodenbach, 1855-1898*, 1952)

Magnard, Lucien Denis Gabriel Albéric (1865-1914), compositor francés

Mahler, Gustav (1860-1911), compositor austríaco

Mahler-Werfel, Alma (1879-1964), compositora y editora musical austríaca, viuda de Gustav Mahler y esposa de Franz Werfel en terceras nupcias

Major, Erich *véase* Benedikt, Ernst

Malipiero, Gian Francesco (1882-1973), compositor italiano

Mallarmé, Stéphane (1842-1898), poeta francés

Mandin, Louis (1872-1943), poeta francés

Mandl, señora, secretaria de Stefan Zweig

Manet, Edouard (1832-1883), pintor francés

Mann, Thomas (1875-1955), novelista alemán

Mantegna, Andrea (1431-1506), pintor y grabador italiano

Maran, Gustav (1854-1917), actor cómico célebre por interpretar el papel del vividor

Marberg, Lili (1876-1962), actriz alemana que interpretó el papel de Katharina, la protagonista de *La casa junto al mar* de Stefan Zweig⁷

Marcelle, amante parisién de Stefan Zweig

Marcora, Giuseppe (1841-1927), político italiano, exponente de la izquierda y del Partido Radical, partidario de la intervención de Italia en la guerra

María Antonieta de Austria (1755-1793), esposa del rey de Francia Luis XVI, murió en la guillotina condenada por traición

María Teresa de Austria (1717-1780), reina de Hungría, Bohemia y Croacia, y desde 1740 hasta su muerte emperatriz del Sacro Imperio Romano Germánico

Masaryk, Tomás Garrigue (1850-1937), líder de los nacionalistas checos; emigró a Londres hasta finales de la Primera Guerra Mundial; en 1918 se convirtió en el presidente de Checoslovaquia

Masereel, Frans (1889-1972), artista gráfico y pintor belga, pacifista y crítico social

Masereel, Pauline (1878-1968), Imhoff de soltera, casada en primeras nupcias con Adolphe Auguste Thomas, con quien tuvo a su hija Paule Thomas

Maudslay, Cecil Winton (1880-1969), subsecretario británico del Board of Education

Maupassant, Guy de (1850-1893), escritor francés

Mazzini, Giuseppe (1805-1872), político italiano que había luchado por la unificación nacional y la renovación interna de su país

Meiler, Friedrich (1882-1971), amigo de Stefan Zweig

Melzer, Margarete (1907-1959), actriz alemana que aparecía en *M, el vampiro de Dusseldorf* (1931), de Fritz Lang

Mendel, Gregor Johann (1822-1884), descubridor de las leyes fundamentales de la herencia genética

Mercereau, Alexandre (1884-1945), poeta simbolista francés, miembro del grupo utópico artístico-literario Abbaye

Mercy-d'Argenteau, Claude Florimund, conde (1727-1794), diplomático austríaco, consejero de confianza de la emperatriz María Teresa

Merrill, Stuart Fitzrandolph (1863-1915), poeta franco-estadounidense

Mesmer, Franz Anton (1734-1815), fundador del mesmerismo o magnetismo animal

Messchaert, Johannes (1875-1922), barítono de los Países Bajos

Messein, Albert (1873-1957), editor francés, que en 1911 publicó las obras completas de Verlaine

Meyer, Arthur (1844-1924), periodista francés

Meyer, Conrad Ferdinand (1852-1898), poeta y novelista suizo

Meysenbug, Malwida von (1816-1903), escritora alemana, que también mantuvo correspondencia con Romain Rolland

Michel, Robert (1876-1957), escritor austríaco

Miklas, Wilhelm (1872-1956), de 1928 a 1938 presidente de la República de Austria

Mille, Constantin (1861-1927), escritor y periodista rumano, editor de periódico *Adeverul* ('La verdad'), de Bucarest

Mirabeau, conde de *véase* Riqueti, Honoré Gabriel de

Moissi, Maria (1874-1943), Urfus de soltera, actriz austríaca, esposa del actor austríaco de origen albanés Alexander Moissi (1879-1935)

Molière (1622-1673), dramaturgo, actor y poeta francés

Moll, Carl (1861-1945), pintor austríaco; padrastro de Alma Mahler

Molnár, Ferenc (1878-1952), periodista, corresponsal de guerra, dramaturgo y novelista húngaro, emigró a Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial

Molo, Rosa (1882-1970), Richter de soltera

Molo, Walter von (1880-1958), escritor alemán

Monath, Paul (1893-1985), abogado austríaco, marido de la sobrina de Friderike Zweig, la artista Elisabeth Monath

Monet, Claude (1840-1926), pintor francés

Moréas, Jean (Ioannis Papadiamantopulos, 1856-1910), escritor en lengua francesa de origen griego

Morgan, John Pierpont (1867-1943), banquero y filántropo estadounidense, en 1924 convirtió la biblioteca privada de su padre, la Pierpont Morgan Library, situada en la Avenida Madison de Nueva York, en una institución pública

Mörike, Eduard (1804-1875), poeta y escritor alemán

Morisse, Paul (1866-1946), traductor francés

Morlay, Gaby (1893-1964), actriz francesa

Mosley, Oswald Ernald (1896-1980), militar y político británico que en 1932 fundó y lideró el partido British Union of Fascists, que se prohibió en 1940. Hasta 1943 Mosley estuvo preso

Mosse, Erich (1891-1963, pseudónimo Peter Flamm), escritor alemán

Mosse, Rudolf (1843-1920), editor alemán

Mozart, Wolfgang Amadeus (1756-1791), compositor

Müller, Johannes (1864-1949), escritor alemán

Müller-Einigen, Hans (1882-1950), escritor austríaco

Murillo, Bartolomé Esteban (1618-1682), pintor español

Muschenheim, Elsa (1881-1945), propietaria del hotel Astor en Nueva York

Muschenheim, Frederik August (1871-1956), propietario del hotel Astor, esposo de Elsa

Mussolini, Benito (1883-1945), militar y dictador italiano

Napoleón Bonaparte (1769-1821), primer Cónsul de la República de Francia y, de 1804 a 1815, Emperador de los franceses

Napoleón II Bonaparte (François Charles Bonaparte Herzog, duque de Reichstadt, 1811-1832), el único hijo de Napoleón I y de María Luisa de Habsburgo-Lorena, archiduquesa de Austria (1791-1847)

Neisser, Klaus Alfred (n. 1911), químico alemán, asistente de Slotta en el Instituto Butantan

Neugebauer, Alfred (1888-1957), actor cinematográfico austríaco

Neustädter, Ellen (1885-1926), actriz alemana, casada con el director de teatro Emil Geyer

Nietzsche, Friedrich (1844-1900), filósofo alemán

Oberdan, Guglielmo (1858-1882), intentó asesinar al emperador Francisco José I en una visita del mismo a Trieste. Su plan fracasó y el 20 de diciembre de 1882 fue ejecutado

Ohnet, Georges (1848-1918), novelista francés que en la segunda mitad del siglo XIX fue el autor más vendido en Francia

Ofaire, Cilette (1891-1964), escritora suiza

Onegin, Sigrid (1891-1943), Hoffmann de soltera, famosa contralto alemana de origen sueco

Orloff, Ida (1889-1945), actriz de teatro y cine austríaca de origen ruso

Ovidio (43 a. C.-17), poeta romano

Paquet, Alfons (1881-1944), poeta, dramaturgo y ensayista alemán

Pašić, Nicola (1846-1926), estadista serbio, varias veces primer ministro; luchó contra el dominio de la dinastía de los Obrenovic, favorables a Austria

Paul Wilhelm *véase* Dworaczek, Paul Wilhelm

Pedro II (1825-1891), rey de Brasil de 1831 a 1889; la abolición de la esclavitud, que impuso con firmeza, condujo a la caída del Imperio de Brasil

Peixoto, Júlio Afranio (1876-1947), médico, político, escritor e historiador brasileño, miembro de la Academia Brasileña de Letras

Pétain, Philippe (1856-1951), mariscal francés, elegido primer ministro el 17 de junio de 1940, llevó a cabo una política de colaboración con Alemania, y en 1945 fue acusado de alta traición y sentenciado a muerte, pero dada su avanzada edad Charles de Gaulle le conmutó la pena por cadena perpetua y fue encarcelado en la isla de Yeu

Petzold, Alfons (1882-1923), poeta obrero austríaco

Petzold, Hedwig (1890-1968), Gamillsheg de soltera, segunda esposa de Alfons Petzold

Petzold, Johanna (1886-1914), apellidada Kraml-Noworka de soltera, esposa de Alfons Petzold

Pins, Nelly (1883-1921), escritora austríaca que firmaba como Nelly Cornelius y editora de una selección de las obras de Camille Lemonnier

Piranesi, Giovanni Battista (1720-1778), grabador y arquitecto italiano

Pissarro, Camille (1830-1893)

Poincaré, Raymond (1860-1934), político francés; de 1913 a 1920, presidente de la República

Poncheville, André Mabilie de (1886-1969), escritor, poeta e historiador francés

Poppenberg, Felix (1869-1915), ensayista y crítico berlinés, colaborador (desde 1896) de la revista literaria alemana *Die neue Rundschau*, que se suicidó al comienzo de la Primera Guerra Mundial

Potiorek, Oskar (1853-1933), general austrohúngaro nombrado comandante en jefe del Ejército de los Balcanes en julio de 1914. Fue relegado del cargo después de abandonar Belgrado en diciembre del mismo año

Pouget, Germaine (1893-1980), hija del poeta simbolista Léo d'Orfer, esposa de Paul Fort

Prohaska, Jaro (1891-1965), cantante de ópera austriaco

Racine, Jean (1639-1699), dramaturgo francés

Rafael (1483-1520), pintor y arquitecto italiano

Ragaz, Leonhard (1868-1945), catedrático de teología y párroco suizo

Rascher, Max (1883-1962), editor zuriqués, fundador de la editorial Rascher, especializada en literatura pacifista, arte y psicología

Rathenau Walther (1867-1922), en 1915 fue presidente de la AEG (Allge-meine Elektrizitats-Gesellschaft), la Compañía General de Electricidad; en la Primera Guerra Mundial fue director del departamento de materias primas del Ministerio de Guerra prusiano: en 1919, participó en calidad de perito en la Conferencia de Paz de Versalles; de mayo a noviembre de 1921, fue ministro para la Reconstrucción; a principios de 1922, mi-

nistro de Asuntos Exteriores. El 24 de junio de 1922 fue asesinado

Redon, Odilon (1840-1916), pintor francés

Reichstadt, duque de *véase* Napoleón II Bonaparte

Reimers, Georg (1860-1936), actor alemán que interpretó el personaje de Thomas en el estreno de *La casa junto al mar* de Zweig

Reinhart, Hans (1880-1963), escritor suizo

Reinhardt, Max (1873-1943), primero actor y posteriormente director, ejerció una influencia decisiva en la vida teatral alemana como director del Deutsches Theater (1905-1920) y del Kammerspiele, el teatro de cámara (1906) de Berlín. A partir de 1920, fue el primer director del Festival de Salzburgo, y a partir de 1924 dirigió con regularidad el Theater in der Josefstadt. En 1933 y emigró a Austria y en 1938 a Estados Unidos

Reinhart, Oskar (1885-1965), comerciante suizo, coleccionista de arte y mecenas

Rembrandt (1606-1669), pintor flamenco

Renan, Joseph Ernest (1823-1892), escritor francés, orientalista, filósofo de las religiones, historiador y crítico literario

Renoir, Auguste (1841-1919), pintor francés

Reucker, Alfred (1868-1958), director alemán del Vereinigte Stadttheater de Zúrich (1901-1921)

Rieger, Erwin (1889-1941), periodista y escritor austríaco, primer biógrafo de Stefan Zweig

Rilke, Rainer Maria (1875-1926), poeta austríaco

Rimbaud, Arthur (1854-1891), poeta francés

Riqueti, Honoré Gabriel de, conde de Mirabeau (1749-1791), político francés

Roda Roda, Alexander (1872-1945), novelista, dramaturgo y ensayista austríaco de origen moravo

Rodenbach, Georges (1855-1898), poeta y novelista belga

Rodenbach, señora véase Urbain, Anna-Maria

Rodin, Auguste (1840-1917), escultor francés

Rolland, Antoinette-Marie (1845-1919), Courot de soltera, madre de Romain Rolland

Rolland, Emile, padre de Romain Rolland

Rolland, Madeleine (1872-1960), traductora y hermana de Romain Rolland

Rolland, Romain (1866-1944), escritor, musicólogo e intelectual francés que abogó por el pacifismo durante la Primera Guerra Mundial, conoció personalmente a Zweig en París en 1910 y a partir de entonces mantuvieron correspondencia

Romains, Jules (pseudónimo de Louis Farigoule, 1885-1972), poeta y escritor francés; tradujo y colaboró con Zweig en 1929 en la adaptación de *Volpone*

Roosevelt, Franklin Delano (1882-1945), de 1933 a 1945, presidente de Estados Unidos

Rosé, Arnold Josef (1863-1946) fundador, en 1882, del famoso cuarteto Rosé

Rosen, Lia (1873-1972), actriz austríaca

Rosenbaum, Richard (1867-1942), secretario literario y artístico del Hofburgtheater, el teatro imperial

Rosner, Karl Peter (1873-1951), periodista y escritor austríaco, redactor jefe de la revista mensual *Der Greif* que publicaba la editorial Cotta 35

Rossum, Willem Marinus van (1854-1932), cardenal católico holandés

Roth, Joseph (1894-1939), escritor austríaco

Rubens, Peter Paul (1577-1640), el célebre pintor flamenco

Rubiner, Ludwig (1881-1920), escritor alemán

Rittner, Rudolf (1869-1943), actor, director teatral y dramaturgo alemán

Rundt, Arthur (1881-1939), escritor, director y propietario de teatro alemán

Ryner, Han (1861-1938), escritor francés

Rysselberghe, Théo van (1862-1926), pintor belga

Sájarov, Aleksandr (1880-1963), pintor y bailarín ruso

Sainte-Beuve, Charles Augustin de (1804-1869), crítico y escritor francés

Salandra, Antonio (1853-1931), primer ministro de Italia entre 1914 y 1916. Al estallar la guerra mantuvo a Italia neutral; en 1915, a raíz del tratado de Londres, alineó el país con la Entente

Sales Oliveira, Armando de (1887-1945), político brasileño, de abril de 1935 a diciembre de 1936, gobernador del Estado de São Paulo

Salten, Felix (pseudónimo de Siegmund Salzmann, 1869-1947), dramaturgo y novelista, autor de la popular novela *Bambi*

San Giuliano, Antonino di (Antonino Paterno Castello, 1852-1914), político liberal italiano, desde 1910 ministro de Asuntos Exteriores, en 1914 abogó por la neutralidad de Italia

Sarmiento de Gamboa, Pedro (c. 1532-1592), navegante, científico, cosmógrafo, escritor, explorador y conquistador español, fue consejero del virrey de Perú, se le encomendó la dirección de una expedición al sur del Pacífico y Felipe II lo nombró gobernador y capitán general de las poblaciones que se fundaran en el estrecho de Magallanes

Schaeffer, Emil (1874-1944), historiador del arte y dramaturgo austriaco de origen polaco

Schalek, Alice (1874-1956), periodista y fotógrafa austriaca

Scheffler, Karl (1869-1951), crítico de arte, de 1903 a 1933, editor de la revista *Kunst und Künstler* ('Arte y artistas')

Scheller, Hanns W. (1896-1964), pintor alemán establecido en Suiza

Schickele, René (1883-1940), escritor alsaciano-alemán

Schläger, Antonie («Toni», 1859-1910), Lautenschlager de soltera, cantante de ópera austriaca

Schlesinger, Paul (1878-1928), corresponsal en Suiza del diario berlinés *Vossische Zeitung*

Schliessmann, Hans (1852-1920), dibujante y caricaturista muy popular en Viena

Schmidtbonn, Wilhelm (1876-1952), dramaturgo, poeta y escritor alemán

Schmitz, Oscar Adolf Hermann (1873-1931), escritor alemán

Schnitzler, Arthur (1862-1931), dramaturgo vienés

Schnitzler, Olga (1882-1970), Gussmann de soltera, esposa de Arthur Schnitzler

Scholz-Zelezný, Helene (1882-1974), escultora de origen checo

Schönaich, Franz Freiherr von (1844-1916) general de infantería y, de 1906 a 1911, ministro de Guerra del Imperio austrohúngaro

Schönherr, Karl (1867-1943), dramaturgo, poeta lírico y narrador austriaco

Schönherr, Malvine (1867-1956), Perlsee de soltera, esposa de Karl Schon-herr

Schubert, Franz (1797-1828), compositor alemán

Schuch, Ernst von (1846-1914), desde 1872 director de la Ópera de la corte de Dresde

Schumann, Eva (1889-1973), Feine de soltera, escritora y traductora alemana, esposa de Wolfgang Schumann

Schumann, Wolfgang (1887-1964), escritor y periodista alemán

Schwerin, Ludwig (1897-1983), pintor e ilustrador muniqués

Schwimmer, Rosika (1877-1948), pionera del movimiento feminista húngaro y del movimiento pacifista internacional. De 1918 a 1919 fue miembro del Consejo Nacional Húngaro del Gobierno y representante de Hungría en Suiza. Durante la Primera Guerra Mundial, impartió conferencias en favor de la paz en veintidós Estados de Estados Unidos

Segall, Lasar (1891-1957), pintor brasileño de origen lituano

Segantini, Bianca (1886-1980), escritora y editora suiza, publicó en Alemania los escritos y la correspondencia de su padre, el pintor Giovanni Segantini

Segantini, Giovanni (1858-1899), pintor ítalo-suizo

Seipel, Ignaz (1876-1932), sacerdote católico y político conservador austríaco, canciller federal de 1922 a 1924 y de 1926 a 1929; en 1930, fue nombrado ministro de Asuntos Exteriores; se declaró partidario de la anexión de Austria a Alemania confiando en que contribuyese a la reorganización de Europa central

Seippel, Paul (1858-1926), periodista, director del *Journal de Geneve*

Sérov, Víctor Ilich (1902-1979), pianista ruso

Servaes, Franz (1862-1947), escritor alemán, crítico de teatro alemán

Setzer, Franz Xaver (1886-1939), fotógrafo austríaco

Seurat, Georges (1860-1891), pintor francés

Shakespeare, William (c. 1564-c. 1616), dramaturgo, poeta y actor inglés

Shaw, George Bernard (1856-1950), dramaturgo irlandés

Shelley, Percy Bysshe (1792-1822), poeta inglés

Sibilla Aleramo *véase* Faccio, Marta Felcina

Silbergleit, Arthur (1881-1943), poeta alemán de origen judío, muerto en el campo de concentración de Auschwitz. Su

matrimonio con Gertrud Michler (1884-1979), no judía, lo salvó de la represión en los primeros años del Tercer Reich. Varios amigos emigrados trataron de sacarlo del país o le ayudaron financieramente, como Friderike y Stefan Zweig, quien costó dos operaciones pulmonares del poeta, aquejado de tuberculosis

Silten, Paula (1892-1942), apellidada Silberer de soltera, actriz alemana Silva Prado, Fabio da (1887-1963), político brasileño, alcalde de São Paulo (1934-1938)

Singer, Israel Yehoshua (1893-1944), escritor judío ashkenazi polaco en lengua yiddish

Sisley, Alfred (1839-1899), pintor francés

Sjöstrand, Gerda (1862-1956), hija del escultor sueco Carl Eneas Sjöstrand y esposa del compositor Busoni

Slotta, Karl Heinrich (1895-1987), bioquímico alemán que en 1935 se exilió a Brasil y fue director del área de química y farmacología experimental del Instituto Butantan

Somary, Felix (1881-1956), banquero y economista austriaco-suizo experto en economía política

Sonnino, Sidney Constantino (1847-1922), político italiano, en calidad de ministro de Asuntos Exteriores condujo a Italia a la guerra contra las Potencias Centrales

Souza, Cláudio de (1876-1954), médico y escritor brasileño, secretario general del PEN Club de Brasil

Soyka, Otto (1881-1955), escritor austriaco

Specht, Richard (1870-1932), letrista, dramaturgo, musicólogo y escritor austriaco

Spinoza, Baruch (1632-1677), filósofo neerlandés

Spire, André (1868-1966), escritor francés

Spitteler, Carl (1845-1924), escritor suizo

Stalin, Iósif (1878-1953), presidente del Consejo de Ministros de la Unión Soviética (1941-1953) y Secretario General del

Partido Comunista (1922-1952)

Stefan, Paul (1879-1943), musicólogo austriaco

Steinberg, Salomon David (1889-1965), redactor, de 1915 a 1921, de la sección cultural del diario *Zürcher Post*

Steiner, Herbert (1892-1966), escritor y editor de las obras completas de Hugo von Hofmannsthal

Steiner, Margit (1877-¿?), de soltera Gold, poeta

Steinthal, Walter (1887-1951), periodista e historiador judío-alemán

Stendhal (Henry Beyle, 1783-1842), novelista francés

Sternried, Erwin, joven germanista austriaco fallecido en combate en la Primera Guerra Mundial

Stiedry, Fritz (1883-1968), director de orquesta y compositor austriaco

Stifter, Adalbert (1805-1868), escritor y poeta austriaco

Stöcker, Helene (1869-1943), escritora alemana, comprometida con la protección de las madres solteras y sus hijos, la reforma sexual y el entendimiento entre los pueblos

Stoss, Veit (c. 1440 y 1450-1533), artista alemán del gótico tardío, escultor, pintor y grabador en cobre

Strasser, Charlot (1884-1950), psiquiatra y escritor suizo

Strauss, Franz (1822-1905), intérprete de trompa, padre del compositor Richard Strauss

Strauss, Richard (1864-1949), compositor y director de orquesta alemán

Stravinski, Ígor (1882-1971), compositor ruso

Stringa, Alberto (1880-1931), pintor italiano

Strunz, Franz (1875-1953), profesor e historiador de la ciencia austriaco

Stucken, Eduard (1865-1936), escritor alemán

Studer, Claire (1891-1977), poeta, periodista y escritora francoalemana, casada en primeras nupcias con el editor alemán Heinrich Studer y en 1921 con Ivan Goll

Suarès, André (1868-1948), poeta y crítico francés

Swoboda, Margarethe (1872-1921), actriz austríaca

Tal, Ernst Peter (1888-1936), editor, fundó en 1919 una editorial vienesa con su nombre

Tandler, Julius (1869-1936), médico y político socialdemócrata austríaco

Terramare, Georg (1889-1948), narrador y dramaturgo austríaco

Thackeray, William Makepeace (1811-1863), novelista británico

Tharaud, Jean (1877-1952), escritor francés, hermano de Jerome Tharaud

Tharaud, Jerome (1874-1952), escritor francés, hermano de Jean Tharaud

Thimig, Hugo (1854-1944), actor alemán de reparto, principalmente cómico, que vivió la mayor parte de su vida en Viena. De 1912 a 1917, dirigió el Hofburgtheater, el Teatro imperial de la corte

Thurn und Taxis, Marie von (1855-1934), aristócrata alemana, mecenas de artistas de su época, en particular de Rainer Maria Rilke

Tiepolo, Giovanni Battista (1696-1770)

Tisza, István (1861-1918), político húngaro, dos veces primer ministro

Toller, Ernst (1893-1939), escritor y político alemán

Tolstói, Lev Nicoláievich (1828-1910), escritor ruso

Toscanini, Arturo (1867-1957), compositor y director de orquesta italiano

Toscanini, Carla (1858-1971), De Martini de soltera

Toulouse-Lautrec, Henri de (1864-1901), pintor francés

Trebitsch, esposa de véase Engalitscheff, Antoinette

Trebitsch, Siegfried (1869-1956), escritor, dramaturgo y traductor austriaco. Emigró a Suiza en 1938, desde allí se trasladó a Francia y en 1940 regresó a Suiza

Tribout, Georges (1884-1962), pintor francés

Trog, Hans (1864-1928), redactor del suplemento cultural del diario *Neue Zürcher Zeitung* desde 1901 hasta su muerte

Trotsky, Lev Davidovich (1879-1940), apresado en Rusia en diciembre de 1905, logró huir del país y vivió en el extranjero hasta que regresó en 1917 y fue uno de los líderes de la revolución de Octubre

Tsvetkovskaia, Elena Konstantinovna (1880-1943), esposa del poeta ruso Konstantín Dmítrievich Balmont

Turner, William (1775-1851), pintor inglés

Unruh, Fritz von (1885-1970), dramaturgo y novelista alemán

Urbain, Anna-Maria (1860-1945), periodista belga, esposa de Georges Raymond Constantin Rodenbach, poeta y novelista simbolista belga

Vachell, Horace Annesley (1861-1955), escritor inglés

Van der Velde, Henry (1863-1957), arquitecto belga; hasta 1914, director de la Escuela de Artes y Oficios de Weimar

Van Eeden, Frederik Willem (1860-1932), poeta neerlandés

Van Gogh, Vincent (1853-1890), pintor neerlandés

Vara, Sil (1876-1938), periodista y escritor austriaco

Vargas, Alzira (1914-1992), hija de Getúlio Vargas

Vargas, Getúlio Dornelles (1882-1954), de 1930 a 1945 y de 1950 a 1954, presidente de la República de Brasil

Vargas, Jandira (1913-1980), hija de Getúlio Vargas

Veltzé, Alois, teniente coronel en el Archivo de Guerra

Venizelos, Eleftherios Kyriakos (1864-1936), primer ministro de Grecia desde 1910, se opuso enérgicamente a la política de neutralidad del rey Constantino I

Verdi, Giuseppe (1813-1901), compositor italiano

Verhaeren, Émile Adolphe Gustave (1855-1916), poeta belga y amigo de Zweig

Verhaeren, Marthe (1860-1931), Massin de soltera, pintora belga

Verlaine, Paul (1844-1896), poeta francés

Verwey, Albert (1865-1937), poeta neerlandés

Víctor Manuel III (1869-1947), rey de Italia (1900-1946)

Viertel, Berthold (1885-1953), escritor y director de teatro austríaco, entre 1928 y 1932, fue realizador de cine en Hollywood. En 1933 emigró a Londres, en 1939 a Estados Unidos, en 1946 regresó a Londres y en 1948 a Viena

Viertel, Salka (1889-1978), Salomé Steuermann de soltera

Vildrac, Charles (1882-1971), escritor francés, cuñado de Georges Duhamel

Visan, Tancrede de (pseudónimo de Vincent Biétrix, 1878-1945), escritor francés

Voigt, Hans-Henning von (1887-1969), conocido como Alastair, dibujante, poeta y traductor alemán. Decidió vivir en París, donde se envolvió de una atmósfera de esoterismo y se presentaba como un personaje *fin de siècle*

Vojnović, Ivo Graf (1857-1929), escritor croata, encarcelado en 1914 por el gobierno austrohúngaro como nacionalista yugoslavo

Vollmoeller, Karl Gustav (1878-1948), dramaturgo

Voltaire (1694-1778), pensador y escritor francés

Wagner, Cosima (1837-1930), segunda esposa del compositor alemán

Wagner, Richard (1813-1883), célebre compositor alemán

Wagner, Siegfried (1869-1930), compositor, hijo de Richard Wagner y encargado del Festival de Bayreuth desde 1908 hasta su muerte

Walden, Herwarth (Georg Lewin, 1878-1941), escritor, músico, artista y marchante alemán

Wallmann-Burghauser, Margarete (1904-1992), bailarina, coreógrafa y directora austríaca

Walter, Bruno (1876-1962), director de orquesta y compositor alemán. Desde 1913 hasta 1922 fue director general musical en Múnich; de 1929 a 1933, director del ciclo Leipziger Gewandhauskonzerte

Warburg, Felix Moritz (1871-1937), banquero estadounidense de origen alemán, miembro de la familia de banqueros y filántropos de Hamburgo internacionalmente conocida, emigró en 1893 a Estados Unidos

Wassermann, Jakob (1873-1934), novelista austríaco

Weddigen, Otto (1882-1915), comandante de submarinos alemán durante la Primera Guerra Mundial

Wedekind, Frank (1864-1918), célebre escritor y dramaturgo alemán

Weigand, Wilhelm (1862-1949), poeta neorromántico, novelista y ensayista alemán

Weingartner, Felix von (1863-1942), director de orquesta y compositor austríaco. En 1911 sucedió a Gustav Mahler como director de la Ópera de la corte imperial de Viena

Weiskirchner, Berta (1865-1934), esposa del alcalde de Viena en los años de la Primera Guerra Mundial y una de las dos pre-

sidentas honoríficas de la 1ª Sección de la Schwarzzgelbes Kreuz ('cruz negra y amarilla'), organización destinada a dar asistencia a desempleados y necesitados durante los años de la guerra

Wells, Herbert Georg (1866-1946), escritor estadounidense

Welti, Albert (1862-1912), pintor suizo

Werefkin, Marianne von (1860-1938), pintora expresionista rusa

Werfel, Franz (1890-1945), novelista, dramaturgo y poeta checo, tercer marido de Alma Mahler

Westhoff, Clara (1878-1954), escultora alemana, esposa de Rainer Maria Rilke

Whitman, Walt (1819-1892), poeta estadounidense

Wiecke, Paul (1862-1944), actor y director del Hoftheater de Dresde
Wiegand, Carl Friedrich (1877-1942), escritor alemán

Wiesner, Friedrich von (1871-1951), diplomático austriaco y alto funcionario en el Ministerio de Asuntos Exteriores del Imperio austrohúngaro

Wilde, Oscar (1856-1900), poeta y escritor inglés, encarcelado entre 1895 y 1897 por perversión sexual

Wildenbruch, Ernst von (1845-1909), poeta y dramaturgo alemán, nieto del príncipe Luis Fernando de Prusia

Wildgans, Anton (1881-1932), poeta y dramaturgo vienés. Entre 1921 y 1923, y durante la temporada 1930-1931, fue director del Kleines Wiener Burgtheater

Wilson, Thomas Woodrow (1856-1924), de 1913 a 1921, vigésimo octavo presidente de Estados Unidos

Winternitz, Alice (1907-1986), hija mayor de Friderike

Winternitz, Friderike Maria von (1882-1971), Burger de soltera, escritora y traductora austriaca. Su matrimonio con Felix von Winternitz, padre de sus dos hijas, Alice (1907-1986) y Susanne (1910-1998), se disolvió en 1913. Contrajo matrimonio con Stefan Zweig en enero de 1920, año en que la legisla-

ción austríaca permitió a las personas divorciadas volver a casarse. En diciembre de 1938 se separó de Zweig

Winternitz, Susanne (1910-1998), hija menor de Friderike

Wise, Stephen Samuel (1874-1949), líder sionista y rabino de la Sinagoga Libre de Nueva York

Wittmann, Hugo (1839-1923), libretista de operetas y periodista austríaco de origen alemán

Wittmer, Felix (1902-1985), germanista, profesor y ensayista alemán exiliado en Estados Unidos

Wolf, Hugo (1888-1946), escritor austríaco

Wurmbrand-Stuppach, Charlotte (1898-1975), Börnemann de soltera, casada con el conde austríaco Karl Erwin Gundaccar von Wurmbrand-Stuppach (1866-1942), cuya residencia, el castillo de St. Jakob am Thurn, fue confiscada por la Gestapo

Zech, Paul (1881-1946), escritor alemán

Zeiss, Karl (1871-1924), dramaturgo y director de teatro alemán

Zifferer, Paul (1879-1929), periodista y escritor austríaco

Zinner, Alfred (1881-1967), doctor austríaco

Zobeltitz, Hanns von (1853-1918), escritor alemán, redactor jefe de la revista mensual *Velhagen und Klasings Monatsheften*

Zoff, Otto (1890-1963), escritor

Zoff, Wilhelmine «Mimi» (1890-1967), Hamerschlag de soltera

Zoozmann, Richard (1863-1934), editor y escritor alemán, que publicó también sus obras bajo los pseudónimos de Richard Hugo y Hugo Zürner

Zsolnay, Paul von (1895-1961), editor austríaco, tercer marido de la escultora austríaca Anna Mahler (1904-1988), hija de Gustav y Alma Mahler

Zuckerkindl, Berta (1864-1945), Szeps de soltera, periodista austríaca, esposa de Otto Zuckerkindl

Zuckerkindl, Otto (1861-1921), urólogo y cirujano austríaco

Zuckmayer, Carl (1896-1977), escritor y guionista cinematográfico alemán

Zur Mühlen, Hermynia von (1883-1951), escritora y traductora austríaca, colaboradora de los diarios *National-Zeitung* de Basilea, *Bund* de Berna y *St. Galler Tageblatt* de St. Gallen

Zweig, Alfred (1879-1977), hermano mayor de Stefan Zweig

Zweig, Charlotte (Lotte) véase Altmann, Charlotte Elisabeth

Zweig, Friderike véase Winternitz, Friderike Maria

Zweig, Ida (1854-1938), Brettauer de soltera, madre de Stefan Zweig

Zweig, Max (1892-1992), dramaturgo israelí de origen checo que afirmaba tener un parentesco lejano con Stefan Zweig

Zweig, Moritz (1845-1926), padre de Stefan Zweig

NOTAS

¹ La única referencia a un dietario de fecha anterior se encuentra en *Erinnerungen an Émile Verhaeren* (*Émile Verhaeren. Recuerdos*): Stefan Zweig visitó al poeta belga por primera vez en agosto de 1902 en su casa de Caillou-qui-bique. «Desgraciadamente perdí el diario de aquella época entonces...» (*Émile Verhaeren*, en: *Gesammelte Werke in Einzelbänden* [GWE, obras completas en veinticinco volúmenes], Fráncfort del Meno, S. Fischer, 1984, p. 258).

² En el legado de Stefan Zweig no se ha encontrado ninguno de los diarios anteriores. Los que se reproducen en este volumen son los que el autor dejó en el escritorio de su casa de Bath en 1940 antes de partir a América. Mientras escribía sus memorias no «disponía de un solo ejemplar de mis libros, ni de apuntes, ni de cartas de amigos» (*El mundo de ayer*, trad. Joan Fontcuberta y Agata Orzeszek, Barcelona, Acantilado, 2001, p. 15). En los apuntes que Richard Friedenthal tomó para un proyecto de biografía de Zweig, decía: «Es probable que buena parte del material anterior se haya perdido o destruido».

³ En el verano de 1903, Zweig viajó por vez primera a París y Bretaña. «...cómo me gustaría estar de nuevo en la Île de Bréhat, en mi pequeño velero marrón, abriéndome camino hacia un mundo que ni conocía ni imaginaba que existiera; o en París, acompañado de mujeres bonitas y afables, cuando, aunque no quisiera reconocerlo, me dejaba llevar de aventura en

aventura por pura apatía o aburrimiento» (Carta a Hermann Hesse del 1.º de noviembre de 1903, en: Hermann Hesse & Stefan Zweig, *Correspondencia*, trad. José Aníbal Campos, Barcelona, Acantilado, 2009, p. 32). En los años siguientes, Zweig viajó numerosas veces a París («ciudad de la que me atraen muchas cosas y hacia la que me desvía cierto ímpetu incontrollable», Stefan Zweig & Hermann Hesse, *op. cit.*, p. 31). A Londres viajó por primera vez en la primavera de 1906: «Me había impuesto a mí mismo, como un deber, estar en Londres entre dos y tres meses, porque ¿cómo conocer nuestro mundo y evaluar sus fuerzas sin conocer el país que, desde hace siglos, ha tenido a ese mundo bajo su férula?», escribió más tarde sobre aquel viaje en *El mundo de ayer* (trad. Joan Fontcuberta y Agata Orzeszek, Barcelona, Acantilado, 2001, p. 205). Zweig permaneció unos cuatro meses en Londres, desde allí viajó a Oxford y Escocia. En una carta sin fecha, confesó a la escritora sueca Ellen Key (1849-1926): «Vivo en Londres un poco a regañadientes. Me gusta el sol, y los cielos nublados me hacen sentir como si me oprimieran el corazón con un aro de plomo. Además, no tengo demasiadas personas cercanas. Los ingleses son bastante fríos y circunspectos, echo de menos la cordialidad».

⁴ *Das Haus am Meer*. La obra se estrenó en Viena, en el Hofburgtheater (el actual Burgtheater), el 26 de octubre de 1912.

⁵ Probablemente, Felix Poppenberg. Durante el semestre de invierno de 1902-1903, Stefan Zweig estudió en Berlín. «Lo que buscaba en Berlín era otra clase de libertad, una libertad mayor y más completa [...] Ansiaba el contacto con las “malas compañías”, quería lo opuesto a las formas de trato vienesas (Donald Prater, *Stefan Zweig. Das Leben eines Ungeduldigen*, Múnich, Carl Hanser, 1981, pp. 42-43). La bohemia que atraía a Zweig se reunía en un café en la Nollendorfplatz, donde debió de conocer a Felix Poppenberg, a quien el escritor alemán Otto Flake comparó con conocidos dandis como Wilde. *Confusión de sentimientos* (trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado,

2014), cuya inspiración sin duda fueron las experiencias de Zweig durante su período estudiantil en Berlín, podría contener un retrato de Felix Poppenberg, una especie de gesto y reflejo de su amistad, en el personaje del admirado profesor: «*mi maestro (pues así lo llamaré en adelante)*». Si la influencia que Poppenberg ejerció en Zweig era consciente o no, es imposible saberlo, pues no se han encontrado cartas ni anotaciones que lo verifiquen. Al final de *Confusión de sentimientos* se hace una última referencia al maestro: «Nunca he vuelto a verlo. Nunca he recibido una carta o un mensaje suyos. Su libro no ha sido publicado, su nombre ha caído en el olvido; nadie lo recuerda salvo yo» (*Confusión de sentimientos*, en: *Novelas*, Barcelona, Acantilado, 2012, pp. 298 y 374).

⁶ La abreviatura «*schaup.*» se refiere a un verbo acuñado por Zweig, «*schauprangerm.*», compuesto de los términos *Schau*, ‘exhibición, ostentación, espectáculo’, y *Pranger*, ‘picota’, de donde deriva la expresión «*an den Pranger stellen*», ‘exponer a la vergüenza, desenmascarar’. De acuerdo con el reciente libro de Ulrich Weinzierl, *Stefan Zweigs brennendes Geheimnis* (‘El ardiente secreto de Stefan Zweig’, Viena, Zsolnay 2015), se trata de una forma críptica del autor para aludir a su exhibicionismo. (*N. de la T.*).

⁷ Probablemente, una secretaria que trabajaba por cuenta propia. En aquella época, era frecuente que los escritores dictasen su correspondencia, así como sus textos, a mecanógrafas.

⁸ Con motivo del XXIII Congreso Eucarístico Internacional, el cardenal Willem van Rossum visitó la ciudad.

⁹ «Prolog und Epilog zu Shakespeares *Sturm*. *Quasi una phantasia*» (‘prólogo y epílogo a *La tempestad* de Shakespeare’; prólogo a Ariel, epílogo a Calibán), publicado por primera vez en *Insel Almanach 1913, auf das Jahr 1926*, Leipzig, 1925, pp. 68-74.

¹⁰ A comienzos de 1907, Stefan Zweig se mudó a una vivienda propia: en el número 8 de la Kochgasse, en el 8.º distrito de Viena. Los padres seguían viviendo en el 1.º distrito, en el nú-

mero 17 de la Rathausstraße, donde él y su hermano dos años mayor, Alfred, habían crecido.

¹¹ «Indischer Spruch» ('Proverbio indio'), en: *Silberne Saiten* ('Cuerdas de plata'), GWE, *op. cit.*, 1982, p. 172.

¹² Ya en la primavera de 1910, Stefan Zweig había empezado a redactar un ensayo, que le llevó largos años de trabajo, sobre Fiódor Mijáilovich Dostoievski (1821-1881), autor que le fascinaba. Publicó ocasionalmente pasajes del texto antes de concluirlo, y finalmente, en 1920, incluyó una versión muy resumida como la tercera parte de su *Tres maestros* (trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2004), que también incluye los retratos literarios de Charles Dickens (1811-1870) y Honoré de Balzac y constituía el primer volumen del ciclo *Baumeister der Welt. Versuch einer Typologie des Geistes* ('Maestros universales. Intento de una tipología del espíritu').

¹³ Probablemente, un fragmento del manuscrito del ensayo sobre Dostoievski que trata del personaje Raskólnikov, protagonista de la novela *Crimen y castigo* (1865-1866).

¹⁴ Josef.

¹⁵ *Inventur*, libro de ensayos publicado en Berlín en 1912.

¹⁶ Primera versión de «El minuto universal de Waterloo» (en: *Momentos estelares de la humanidad*, trad. Berta Vias Mahou, Barcelona, Acantilado, 2002, pp. 139-155; GWE, *op. cit.*, 1981, pp. 108-124), que apareció con el título de «Grouchy» el 13 de septiembre de 1912 en el diario vienes *Neue Freie Presse*.

¹⁷ Tres capítulos de la novela *Humillados y ofendidos* (1861) de Dostoievski: «una pieza única», tal como la describió el propio Zweig, ávido coleccionista de obras autografiadas.

¹⁸ Probablemente, la Pramergasse, cerca del Palacio de Liechtenstein.

¹⁹ *Das Mirakel*, pantomina en dos actos y un interludio, de Karl Gustav Vollmoeller, dirigida por Max Reinhardt, con mú-

sica de Engelbert Humperdinck, que se estrenó en La Rotunde de Viena.

²⁰ *Fanny's First Play* (*La primera obra de Fanny*, 1911), de George Bernard Shaw, comedia en tres actos, con un prólogo y un epílogo. Versión alemana de Siegfried Trebitsch.

²¹ Conocido restaurante de la época en la Kärntnerstraße.

²² Zweig usa a menudo está abreviatura incorrecta de Kärntnerstraße o Kärntnerring.

²³ Probablemente, Rudolf Huber, no se ha encontrado información.

²⁴ Paul Czinner, *Satans Maske* ('La máscara de Satán'), farsa en un acto.

²⁵ Susanne von Winternitz padecía insuficiencia metabólica crónica.

²⁶ Moritz Heimann, *Joachim von Brandt, Eine Komödie* ('Joachim von Brandt. Una comedia').

²⁷ *Das Haus am Meer* ('La casa junto al mar') no se estrenó hasta el 26 de octubre de 1912. Véase la nota de la primera entrada de estos *Diarios*.

²⁸ Hermano mayor de Stefan Zweig.

²⁹ *Narrentanz, Komödie in vier Akten* ('La danza de los locos. Comedia en cuatro actos'), de Leo Birinski.

³⁰ Stefan Zweig sentía pasión por Verhaeren desde sus tiempos de escolar y tradujo algunos de sus poemas con su consentimiento. En agosto de 1902, lo visitó por primera vez en su casa de Caillou-qui-bique y entablaron una amistad que se vio interrumpida únicamente por los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial. Zweig se dedicó a dar a conocer a Verhaeren en el ámbito de lengua alemana. Organizó un viaje para realizar lecturas públicas de la obra de Verhaeren en Alemania y, después de publicar traducciones de sus poemas en diversas revistas y periódicos, y un ensayo sobre el autor (en 1904), editó en 1910 dos volúmenes de sus obras (una selección de poemas y

obras de teatro), que completó con una biografía en un tercer tomo (*GWE, op. cit.*, 1984). Las versiones de Stefan Zweig de los poemas de Verhaeren se incluyeron en el volumen *Rhythmen* ('Ritmos') dentro de las obras completas (*GWE, op. cit.*, 1983), y las versiones de las piezas de teatro aparecieron en 1985 en *Ben Jonsons's «Volpone» und andere Nachdichtungen* ('El Volpone de Ben Jonson y otras adaptaciones para teatro', *GWE, op. cit.*, 1987).

³¹ Probablemente sea *Tanz der Greise und Greisinnen* ('Danza de los ancianos y ancianas'), *Insel Almanach 1913*, Leipzig, 1912, pp. 168-172.

³² En su ensayo «Jakob Wassermann» (1912), Stefan Zweig se refirió abiertamente a este aspecto. El texto está recogido en *El legado de Europa*, trad. Claudio Gancho, Barcelona, Acantilado, 2003, pp. 199-222.

³³ Gottfried Keller, *Die Leute von Seldwyla* (*La gente de Seldwyla*).

³⁴ Probablemente, alusión a una gira de conferencias que hizo Hermann Bahr en 1909 «en ciudades a orillas del Rin».

³⁵ «Den Fünfzigjährigen! Eine öffentliche Anregung» ('¡A los quincuagenarios! Una propuesta pública'), *Berliner Tageblatt*, 12 de septiembre de 1912, artículo en que Stefan Zweig propone celebrar el cincuenta aniversario de poetas y escritores, en lugar de esperar a que cumplan setenta años, representando sus obras en diferentes teatros y concediéndoles una compensación económica para incentivar la creación. En este contexto citaba a Hermann Bahr.

³⁶ Hermann Bahr no publicó su autobiografía hasta 1923: *Selbstbildnis* ('Autorretrato').

³⁷ *Die Sonnette an Ead* ('Sonetos para Ead', 1913).

³⁸ *Sommer*, comedia en tres actos.

³⁹ Famoso hotel de lujo vienés con café y restaurante.

⁴⁰ Stefan Zweig lo recomendó para que leyera sus obras en público, pues, por principio, él jamás hacía lecturas públicas en Viena.

⁴¹ Herbert Eulenberg dio una conferencia sobre el poema de Liliencron «Auf dem Aldebaran» ('En la estrella Aldebarán') citado a continuación.

⁴² Personaje del segundo acto de *Das Haus am Meer* ('La casa junto al mar'), segundo marido de Katharina. Franz Höbling interpretó el papel.

⁴³ *Anna Walewska, Eine Tragödie in fünf Akten* ('Anna Walewska, tragedia en cinco actos'), de Herbert Eulenberg.

⁴⁴ *Deutsche Märchen seit Grimm*, Jena, Eugen Diederichs, 1912.

⁴⁵ «Rückkehr zum Märchen» («Regresar a los cuentos», en: *Encuentros con libros*, trad. Roberto Bravo de la Varga, Barcelona, Acantilado, 2020, pp. 66-78), publicado el 14 de diciembre de 1912 en el diario vienés *Neue Freie Presse*.

⁴⁶ Bajo el título de *Gesinnung. Ein heiteres Quartett* ('Convicción. Un alegre cuarteto') se pusieron en escena en el Deutsches Volksteater cuatro comedias en un acto de Hans Müller: *Die Romantik* ('El carácter romántico'); *Der Mittwoch* ('El miércoles'); *Das Höchste* ('Lo máximo'); *Die Garage* ('El garaje').

⁴⁷ Max Friedlaender dio una conferencia sobre la canción popular alemana en la sala pequeña de la Konzertbureau der k. k. Gesellschaft der Musikfreunde ('Sala de conciertos de la Sociedad de Amigos de la Música de la corte imperial').

⁴⁸ Probablemente, Hanns von Zobeltitz.

⁴⁹ La versión alemana de la obra *Mon ami Teddy* ('Mi amigo Teddy', 1910), comedia en cuatro actos de André Rivoire (1872-1930) y Lucien Besnard (1872-1955).

⁵⁰ Véase la nota 2 del 16 de octubre de 1912.

⁵¹ Probablemente, el escritor Hermann Bessemer, que acompañó a Zweig al menos hasta la India durante el viaje a Oriente que el autor hizo en 1908-1909.

⁵² Felix Salten, «Stefan Zweigs *Das Haus am Meer*, ein Schauspiel» ('La casa junto al mar de Stefan Zweig, una obra en tres actos'), *Pester Lloyd*, 27 de octubre de 1912.

⁵³ Alfons Paquet, *Limo. Der große beständige Diener, Ein dramatisches Gedicht in drei Aufzügen* ('Limo. El grandioso criado perpetuo'), Fráncfort del Meno, Rütten & Loening, 1913.

⁵⁴ Véase la nota 2 del 16 de octubre de 1912.

⁵⁵ Sucesora de la tradicional editorial donde publicaban Goethe y Schiller, J. G. Cotta'sche Buchhandlung, que compraron en 1989 Adolf y Paul von Kröner (1836-1911).

⁵⁶ La primera guerra de los Balcanes (1912-1913).

⁵⁷ Gerhart Hauptmann, *Der Narr in Christo Emanuel Quint* (*Emanuel Quint, el loco en Cristo*), Berlín, S. Fischer, 1910.

⁵⁸ Stefanie Bachrach.

⁵⁹ «Brief an Romain Rolland» ('Carta a Romain Rolland'), *Berliner Tageblatt*, 22 de diciembre de 1912. Stefan Zweig se interesó por Rolland ya en 1907 a raíz de la publicación de la primera parte de su novela *Jean-Christophe*. En febrero de 1910 se habían conocido personalmente en París y a partir de entonces mantuvieron correspondencia prácticamente toda la vida.

⁶⁰ Probablemente, *Der Tod des Albon* ('La muerte de Albon').

⁶¹ Probablemente, Gottlieb August Crüwell.

⁶² Gerhart Hauptmann leyó pasajes de su drama entonces inédito *Der Bogen des Odysseus* ('El arco de Odiseo') y del poema «Die Klosteruhr» ('El reloj del monasterio') en la sala grande del Musikverein de Viena.

⁶³ La asociación vienesa de periodistas y escritores Concordia organizó un banquete festivo en honor de Gerhart Hauptmann en el local de la asociación vienesa de ingenieros y arquitectos. Pronunciaron discursos Felix Salten, el ministro de Cultura Max von Hussarek-Heinlein (1865-1935), Hugo Thimig y Gerhart Hauptmann.

⁶⁴ Probablemente, Schönfeld, en las afueras de Dresde.

⁶⁵ Alusión al óleo de Peter Paul Rubens *Hélène Fourment sortant du bain* (*Hélène Fourment saliendo del baño*, 1638), donde retrató a su segunda mujer desnuda.

⁶⁶ Relato publicado originalmente en la revista *Simplicissimus*, 20 de noviembre de 1896.

⁶⁷ «Der Brand von Egliswyl» ('El incendio de Egliswyl'), publicada por primera vez en F. Wedekind, *Die Fürstin Russalka*, Múnich, A. Langen, 1897.

⁶⁸ *Das Haus am Meer* ('La casa junto al mar').

⁶⁹ Probablemente, la primera versión del relato «Die Mondscheingasse» («La calle del claro de luna», en: *Amok*, trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2010).

⁷⁰ *In Ewigkeit Amen, Ein Gerichtsstück in einem Akt* ('Por los siglos de los siglos, amén. Una pieza jurídica en un acto'), Leipzig, Staackmann, 1913.

⁷¹ No se ha localizado, probablemente Zweig no llegó a escribirla.

⁷² *Legende eines Lebens, Ein Kammerspiel in drei Aufzügen* ('Leyenda de una vida. Una pieza en tres actos'), Leipzig, Insel, 1919; véase también *Das Lamm des Armen* ('El cordero del pobre'), *Dramen*, GWE, *op. cit.*, 1984, pp. 173-261.

⁷³ Georges Duhamel, *Dans l'ombre des statues. Pièce en trois actes* ('A la sombra de las estatuas. Pieza en tres actos'), París, NRF, 1912.

⁷⁴ Erich Major, *Die Quellen des künstlerischen Schaffens. Versuch einer neuen Ästhetik* ('Las fuentes de la creación artística. Intento de una nueva estética'), Leipzig, Klinkhardt & Biermann, 1913.

⁷⁵ Traducción de *Rubens* de Émile Verhaeren, Leipzig, Insel, 1913.

⁷⁶ Véase la nota del 12 de noviembre de 1912.

⁷⁷ Ferenc Molnár, *Das Märchen vom Wolf, Ein Spiel in vier Bildern*.

⁷⁸ «Gustav Falke, *Die Stadt mit den goldenen Türmen*» ('Gustav Falke, *La ciudad de las torres doradas*'), texto con motivo de su sexagésimo cumpleaños en el *Berliner Tageblatt*, 7 de enero de 1913.

⁷⁹ Véase la nota del 15 de diciembre de 1912.

⁸⁰ Forma parte de *Die gesammelten Gedichte* ('Poesía reunida'), Leipzig, Insel, 1924, y de *Silberne Saiten* ('Cuerdas de plata'), GWE, *op. cit.*, 1982.

⁸¹ Zweig no completó nunca este proyecto, como tampoco *Ifigenia*.

⁸² Por entonces estaba en cartel *Frauerl, Lustspiel in drei Akten* ('La propietaria de perros, comedia en tres actos'), de Alexander Engel (1868-1940) y Leo Walther Stein (1866-1930).

⁸³ Probablemente, el drama en cinco actos de Maurice Maeterlinck (1862-1949) *Aglavaine et Sélysette*. (N. de la T.).

⁸⁴ *Die Büchse der Pandora* (obra que formaba parte del ciclo *Lulu*) de Frank Wedekind, en que Gertrud Eysoldt interpretaba el papel principal.

⁸⁵ Tragedia en tres actos del escritor ruso Ósip Dimov (1878-1959). La versión alemana es de Alexander Eliasberg (1878-1924) y Carl Ritter (C. Rosenfelder, 1892-1963), en cuya puesta en escena del 7 de febrero de 1913 en el Neues Wiener Theater también actuó Gertrud Eysoldt.

⁸⁶ *Das Paar nach der Mode, Lustspiel in drei Aufzügen* ('La pareja a la moda. Comedia en tres actos'), de Raoul Auernheimer, se estrenó el 8 de febrero de 1913 en el Hofburgtheater.

⁸⁷ *L'annonce fait à Marie*, de Paul Claudel. La versión alemana de Jakob Hegner se publicó en Hellerau en 1912 y lleva el título de *Verkündigung, Ein geistliches Stück in vier Ereignissen und einem Vorspiel*, cuyo manuscrito original adquirió Stefan Zweig más adelante.

⁸⁸ Probablemente, *Angst* (Miedo, trad. Roberto Bravo de la Varga, Barcelona, Acantilado, 2018) que se publicó por entregas en *Neue Freie Presse*, en agosto-septiembre de 1913.

⁸⁹ Probablemente, Willy Haas.

⁹⁰ *Prinz Friedrich von Homburg, Ein Schauspiel in fünf Akten* (El príncipe de Hamburgo), de Heinrich von Kleist, en el Hofbur-

gtheater.

⁹¹ Parque situado directamente detrás de la casa donde vivía Stefan Zweig en Viena, en el número 8 de la Kochgasse.

⁹² Stefan Zweig había vivido allí durante su primer viaje a París en verano 1903.

⁹³ Émile Verhaeren, que pasaba temporadas alojado en su vivienda parisina.

⁹⁴ Probablemente, la traducción de su libro sobre Rubens.

⁹⁵ Familiares de la madre de Stefan Zweig.

⁹⁶ Probablemente, la novela corta *Miedo*.

⁹⁷ Véase el ensayo de Stefan Zweig «Sainte-Beuve», en: *Das Geheimnis des künstlerischen Schaffens* ('El misterio de la creación artística'), GWE, *op. cit.*, 1984, pp. 163-178.

⁹⁸ Probablemente se trate de Albert Heumann, autor de *Le mouvement littéraire Belge d'expression française depuis 1880* (1913).

⁹⁹ «Wie die Schwalbe...» ('Como la golondrina...'), véase S. Zweig, *Silberne Saiten* ('Cuerdas de plata'), GWE, *op. cit.*, 1982, p. 164.

¹⁰⁰ Durante su época de estudiante en la École Normale de París de 1886 a 1889.

¹⁰¹ Novela de Rolland publicada por entregas en *Cahiers de la quinzaine* entre 1904 y 1912, y en diez tomos a partir de 1905 por Ollendorff.

¹⁰² El monumento a Victor Hugo de Rodin.

¹⁰³ Véase el ensayo de Stefan Zweig «“Niels Lyhne” de Jens Peter Jacobsen», en: *El legado de Europa*, trad. Claudio Gancho, Barcelona, Acantilado, 2003, pp. 145-156.

¹⁰⁴ Stefan Zweig presentó su «Lebensbild einer Dichterin» («Apuntes biográficos sobre una poeta») en 1920 en el volumen *Marceline Desbordes-Valmore*, véase *Das Geheimnis des künstlerischen Schaffens* ('El misterio de la creación artística'), GWE, *op. cit.*, 1984, pp. 83-162.

¹⁰⁵ Librero de viejo.

¹⁰⁶ Stefan Zweig adquirió dos manuscritos y el testamento con el epitafio del escritor francés Stendhal.

¹⁰⁷ *Fêtes galantes* (*Fiestas galantes*, 1869).

¹⁰⁸ El drama *Le combat* se estrenó en el Théâtre des Arts de París.

¹⁰⁹ Revista socialista francesa fundada en 1910 por Jean Richard Bloch. (*N. de la T.*).

¹¹⁰ Probablemente, Gaston Gallimard, que tradujo al francés la tragedia en cinco actos *Judith* (París, NRF, 1911), de Friedrich Hebbel.

¹¹¹ En el original la «m.» se refiere probablemente a *minette*, término francés con que se alude al sexo oral. (*N. de la T.*).

¹¹² Recopilación poética de Paul Verlaine; véase la nota 5 del 12 de marzo de 1913.

¹¹³ Revista refundada por Alfred Valette y los simbolistas en 1890 y que evolucionaría hasta convertirse en una editorial en el siglo XX.

¹¹⁴ Probablemente, Eugène Figuière, estrechamente ligado a Alexandre Mercereau, miembro del grupo utópico artístico-literario Abbaye.

¹¹⁵ Más tarde, Zweig escribió un artículo sobre esa visita: «Besuch bei Balzac. 47, rue Raynouard» ('Visita a la casa museo Balzac. 47, rue Raynouard'), que publicó el *Berliner Tageblatt* el 16 de mayo de 1914.

¹¹⁶ Probablemente, Elena Konstantinovna Tsvetkovskaia.

¹¹⁷ Se trata de la adaptación teatral de la novela *Le Carillonneur* (*El carilloneiro*, 1897), de Georges Rodenbach, amigo de Émile Verhaeren.

¹¹⁸ Poemario *Les Moines* ('Los monjes'), París, Alphonse Lemerre, 1886.

¹¹⁹ *La leyenda de los siglos*, recopilación de poemas escritos entre 1859 y 1883, concebida como una inmensa representación de la historia y evolución de la humanidad.

¹²⁰ Con tal motivo escriben una postal a Friderike Maria von Winternitz desde el restaurante Le Boeuf à la mode: «Desde un almuerzo envían sus saludos Émile Verhaeren, Stefan Zweig, Romain Rolland, R. M. Rilke, L. Bazalgette».

¹²¹ La localidad de la provincia de Málaga en la que Rilke se instaló entre diciembre de 1912 y febrero de 1913.

¹²² En mayo de 1899.

¹²³ Análogo al *Diario de un escritor* (1876-1877) de Dostoievski. No obstante, Rolland escribió su *Journal des années de guerre: 1914-1919* (*Diario de los años de guerra, 1914-1919*) que se publicó en 1952.

¹²⁴ Caillou-qui-bique (Honelles), donde se encuentra un museo dedicado a Verhaeren.

¹²⁵ Su novela *Die Aufzeichnungen des Malte Laurids Brigge* (*Los apuntes de Malte Laurids Brigge*), Leipzig, Insel, 1910.

¹²⁶ Rilke vivió en el Castillo de Duino, cerca de Trieste, en 1911-1912 como huésped de la princesa Marie von Thurn und Taxis. Kassner lo visitó allí.

¹²⁷ Charles Vildrac, *Découvertes, Poèmes et Drames*, París, NRF, 1912.

¹²⁸ La ciudad portuaria de Sebastopol, situada en una bahía protegida del mar Negro, fue muy disputada durante la Guerra de Crimea (1853-1856) entre Rusia y Turquía, que recibió ayuda de Inglaterra, Francia y el reino de Cerdeña. El acorazado *Potemkin* llevaba el nombre del estadista y mariscal de campo ruso Grigori Aleksándrovich Potiomkin (1739-1791).

¹²⁹ Germaine Pouget y Jeanne Fort.

¹³⁰ Con ocasión del septuagésimo cumpleaños de Rudolf Mosse.

¹³¹ Ensayos (París, Bibliothèque de l'Occident, 1906).

¹³² *Der Bärenhäuter* (1899, ‘La piel de oso’), ópera de Siegfried Wagner (1869-1930), hijo de Richard Wagner.

¹³³ *Tristán e Isolda* (1865), de Richard Wagner.

¹³⁴ La Closerie des Lilas, café, restaurante y bar parisino en el boulevard de Montparnasse, fundado en 1883. Célebre lugar de encuentro de artistas y escritores. (N. de la T.).

¹³⁵ *Die Weise von Liebe und Tod des Cornets Christoph Rilke*, edición príncipe, Leipzig, Insel, 1906.

¹³⁶ Probablemente, el Museo Jacquemart-André, abierto al público en 1913 y creado por el militar e hijo de banquero Édouard André (1833-1894) y su esposa, Nélie Jacquemart (1841-1912), para exhibir la colección privada de arte en su mansión original (ambas donadas al Estado). (N. de la T.).

¹³⁷ Alusión a la novela de los hermanos Jérôme y Jean Tharaud, *La Maîtresse servante*, París, Emile-Paul, 1911.

¹³⁸ Probablemente, el nombre del niño que esperaba Marcelle.

¹³⁹ Reseña del libro *La Tragédie de Ravaillac* (París, Emile-Paul, 1913), de Jérôme y Jean Tharaud, publicada con el título de «Die drei Wanderungen des Königsmörders Ravaillac» (‘Las tres peregrinaciones del regicida Ravaillac’), *Neue Freie Presse*, 11 de mayo de 1913. François Ravaillac (1578-1610) fue el asesino del rey Enrique IV de Francia (1553-1610).

¹⁴⁰ La ciudad de Escútari pertenecía aún a Turquía. Albania la reclamaba, así como el Imperio austrohúngaro, y la ocuparon en la guerra de los Balcanes (véase la nota 2 del 7 de noviembre de 1912). Benedetto Cismeni, miembro de la Cámara italiana, confirmó que «Italia estaba decidida a aceptar la invitación que le hacía el Imperio austrohúngaro de una intervención armada en Albania» a condición de que no llevara a cabo invasión alguna en territorio montenegrino. En la Paz de 1913, se adjudicó Escútari a Albania.

¹⁴¹ *Der verwandelte Komödiant* ('La metamorfosis del comediante'), una obra de teatro del rococó alemán. Primera impresión en Almanach 1912, editado por la redacción de los cuadernos mensuales *Velhaegen und Klasings Monatsheften*, Berlín-Bielefeld-Leipzig-Viena, 1911, pp. 1-34. Edición príncipe del libro, Leipzig, 1913.

¹⁴² *Brennendes Geheimnis* (*Ardiente secreto*, trad. Berta Vias Mahou, Barcelona, Acantilado, 2004), en: *Erstes Erlebnis. Vier Geschichten aus Kinderland*, Leipzig, Insel, 1913.

¹⁴³ «Sommernovelette», en: *Erstes Erlebnis*, *op. cit.* Véase «Novelita de verano», en: *Noche fantástica*, trad. Roberto Bravo de la Varga, Barcelona, Acantilado, 2005, pp. 161-245.

¹⁴⁴ Probablemente, el proyecto de encargar a Rodin un busto de Gerhart Hauptmann.

¹⁴⁵ Probablemente, el proyecto de hacer que Rodin esculpiera un busto de Émile Verhaeren.

¹⁴⁶ Expresión con la que suele aludirse a los homosexuales. (N. de la T.).

¹⁴⁷ Lugar cerca de Sceaux, en las inmediaciones de París.

¹⁴⁸ Lugar próximo a Sceaux, cerca de París.

¹⁴⁹ *La brebis égarée* ('La oveja descarriada', 1910).

¹⁵⁰ Jean-Pierre Brisset (1837-1919), gramático y escritor excéntrico, inventor y comisario de vigilancia administrativa en la estación de Angers. Añadido al santoral de la patafísica y celebrado por André Bretón en su *Antología del humor negro*, donde se incluye una fotografía del personaje dando un discurso con sombrero de copa ante la escultura *El pensador* de Rodin. El chiste sobre el «batracismo» alude a la teoría lingüística de Brisset según la cual las personas proceden de las ranas.

¹⁵¹ La exposición pública, previa a la subasta, de obras de Corot, Degas, Fortuny, Goya, Millet o Géricault (del que se ofrecía un importante conjunto de esculturas), entre otros, de

Paul-Arthur Chéramy, que tuvo lugar en el parisino Hôtel Drouot, salas 5 y 6.

¹⁵² Casa de subastas.

¹⁵³ Probablemente, el embarazo de Marcelle.

¹⁵⁴ La primera parte del tercer libro de *Jean-Christophe*, la novela en diez volúmenes de Romain Rolland.

¹⁵⁵ Población francesa, en la región de Borgoña, lugar de nacimiento de Romain Rolland.

¹⁵⁶ Probablemente, exposición de Jacques-Louis David.

¹⁵⁷ Café parisino.

¹⁵⁸ Emil Lucka, *Die drei Stufen der Erotik* ('Los tres estadios del erotismo'), Berlín, Schuster & Loeffler, 1913.

¹⁵⁹ «Die Autographensammlung als Kunstwerk» ('El coleccionismo de autógrafos como obra de arte'), *Deutscher Bibliophilen-Kalender 1914*, Viena, 1913.

¹⁶⁰ Stefan Zweig pronunció la conferencia el 16 de mayo de 1913 en el paraninfo de la Universidad de Viena.

¹⁶¹ La ciudad de Escútari acababa de ser ocupada por el ejército de Albania, que reclamaba anexionarla a su territorio.

¹⁶² Parte del 17.º distrito municipal de Viena (Hernals).

¹⁶³ Friderike Maria von Winternitz, *Der Ruf der Heimat* ('El clamor de la patria'), Berlín, Schuster & Loeffler, 1914.

¹⁶⁴ Herbert Eulenberg, *Alles um Geld*, obra en cinco actos que se estrenó en el teatro Volksbühne de Berlín.

¹⁶⁵ Suburbio de París.

¹⁶⁶ Probablemente, el antiguo Café-Restaurant Soufflet, en el boulevard Saint-Michel, 25, cerca de los jardines de Luxemburgo. Lo frecuentaban estudiantes, libreros y escritores.

¹⁶⁷ Probablemente, *Clérambault*, París, P. Ollendorff, 1920, que Zweig tradujo al alemán (Fráncfort del Meno, Rütten & Loening, 1922).

¹⁶⁸ *Le Pain: tragédie populaire populaire en 4 actes & 5 tableaux* ('El Pan: tragedia popular en 4 actos y 5 escenas'), París, NRF, 1912. En 1913 se representó en el parisino Théâtre du Vieux-Colombier.

¹⁶⁹ Probablemente, Albert Messein.

¹⁷⁰ *Un asunto tenebroso*, novela que forma parte de *La comedia humana*, sobre un oscuro episodio de la época napoleónica y cuya primera impresión es de 1841.

¹⁷¹ Probablemente, Maximilien Luce.

¹⁷² Charles Leconte de Lisle, *Poèmes antiques* ('Poemas antiguos'), París, Marc Ducloux, 1852 y 1874. Probablemente, también los *Poèmes barbares* o los *Poèmes tragiques* del poeta del *luxe intellectuel*, la lírica elitista.

¹⁷³ Delahaye publicaría la obra *Rimbaud, l'artiste et l'être moral* ('Rimbaud, el artista y el ser moral'), París, Messein, 1923, así como *Les «Illuminations» et «Une saison en enfer»*, París, Messein, 1927.

¹⁷⁴ El día del atentado de Sarajevo (el 28 de junio de 1914 un nacionalista serbio, Gavrilo Princip, asesinó al heredero del trono austríaco Francisco Fernando y a su esposa Sofía), Stefan Zweig se encontraba en Baden, a las afueras de Viena, en casa de su amigo Benno Geiger, desde donde partió a la casa de su amigo Émile Verhaeren en Caillou-qui-bique, cerca de Ostende. El 28 de julio de 1914, después del ultimátum del 23 de julio, el Imperio austrohúngaro declaró la guerra a Serbia, y el 1.º de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia.

¹⁷⁵ Stefan Zweig pegó en la página contigua a la entrada de su diario el recorte de su artículo «Heimfahrt nach Österreich» ('Viaje de retorno a Austria') que se publicó en el periódico *Neue Freie Presse* el 1.º de agosto de 1914: «Cuando llego a la estación veo a unas cuantas personas esperando. Y finalmente, dentro del coche, avanzo por las callejuelas. En cada esquina, arremolinados en torno a los carteles blancos que llaman a la movilización, pequeños grupos que leen muy serios el serio lla-

mamiento. Nada parece haber cambiado, pero hay una extraña preocupación en todos los rostros, una profunda circunspección en el aspecto de todas las personas con que nos cruzamos: ninguna de esas miles de personas camina con paso alegre o indolente, sino que cada uno sabe que ha llegado la hora de la verdad. No es la Viena despreocupada y hedonista de siempre, han desaparecido la alegría juguetona, el eterno noctambulismo que tanto aman los forasteros y que a menudo hastían al vienés por su inconvencible frivolidad. Ya no hay sonrisas en los rostros, en las graves facciones se lee una profunda conmoción y una dignidad casi solemne. Las proclamas manifiestan en voz alta una determinación ceremoniosa y las conversaciones en voz baja delatan hasta qué punto todo el mundo cree que esta vez todo está en juego, que está en juego lo más irrenunciable. Por nada del mundo habría querido dejar de ver cómo esta ciudad, tan célebre por su alegría, encontró en la hora más grave una nueva y noble dignidad, un silencio que resultaba más eufórico que su música de siempre, y una calma meditabunda que me parecía más valiosa que su acostumbrado alegre bullicio. Nunca me ha parecido más digna de ser amada, y me alegro de haber podido llegar precisamente en esta hora».

¹⁷⁶ «Alistamiento voluntario en el Ejército. Para hacer justicia a la sorprendente cantidad de esfuerzos patrióticos declarados entre distintos sectores de la población y destinados a la participación en los acontecimientos bélicos, se dispone lo siguiente mientras perdure el conflicto: El alistamiento voluntario, según el § 19:6 de la Ley del Ejército y § 132:4 del Reglamento General del Ejército, queda autorizado de forma general siempre que se cumpla lo dictado por la ley. El reclutamiento de voluntarios puede llevarlo a cabo cualquier comandancia de distrito regional sin necesidad de licencia de admisión; no obstante, se considerará la cláusula del § 134:3, último apartado, del Reglamento General del Ejército. En caso de que los solicitantes puedan acreditar el previo cumplimiento de las pruebas de capacitación o del servicio militar obligatorio no será preciso presentar el

certificado de alistamiento. No obstante, deberá hacerse constar en el protocolo de reclutamiento y comunicar al cuerpo donde se preste el servicio. Los reclutas y los reservistas de reemplazo que hayan obtenido la capacitación durante el año en curso 1914 pueden, si así lo solicitan, incorporarse de forma inmediata a cualquier tropa excepto a la caballería y a la infantería montada. No está permitido realizar ningún cambio en la asignación individual de los alistados en las fuerzas armadas o en la Milicia Nacional, de acuerdo con § 141° del Reglamento General del Ejército, ni omitir las cláusulas del § 36:3 de la Ley del Ejército. Toda guarnición que requiera ser transferida a un cuerpo de tropas movilizadas será enviada al correspondiente cuerpo como tropa de reserva tras finalizar la formación militar. La finalización de la instrucción bélica la determina el comandante de la tropa de reserva (cuadro de reserva). Corresponde a las tropas de reserva el envío de las guarniciones correspondientes según las necesidades del Ejército en el campo de batalla».

¹⁷⁷ Véase la nota 2 del 30 de julio de 1914.

¹⁷⁸ Montaña situada en la frontera de Dalmacia, que pertenecía al Imperio austrohúngaro, con el reino de Montenegro. El rey Pedro I de Serbia apoyó, al igual que Rusia, al movimiento serbio de unificación de todos los eslavos del sur.

¹⁷⁹ Alemania le declaró la guerra a Rusia el 1.º de agosto de 1914.

¹⁸⁰ Probablemente, Friedrich Meiler.

¹⁸¹ Capital de Montenegro.

¹⁸² Probablemente, Otto Zuckerkandl.

¹⁸³ Ciudad rusa amurallada en la isla de Kotlin, situada en el golfo de Finlandia.

¹⁸⁴ Probablemente, Václav Klobáček.

¹⁸⁵ Inglaterra declaró la guerra a Alemania el 4 de agosto; un día antes, el 3 de agosto, Alemania había declarado la guerra a

Francia; Inglaterra, Francia y Rusia formaban la llamada Triple Entente, el pacto que se había firmado en 1907 a partir de la Entente Cordiale de 1904 entre Francia e Inglaterra y el acuerdo ruso-británico de 1907. Este pacto, a diferencia de la coalición de la Triple Alianza, de carácter militar, constituida en secreto en 1882 por el Imperio austrohúngaro, el Imperio alemán y posteriormente Italia, no establecía ningún compromiso previo, sino que tan sólo preveía la deliberación conjunta entre los países firmantes. Italia, por su parte, había firmado un pacto con Francia en 1902 que debilitaba a la Triple Alianza, y en 1915 Italia se pasó definitivamente al bando de los aliados de la Triple Entente.

¹⁸⁶ Incluso Stefan Zweig, que en todos los reclutamientos ordinarios había sido declarado no apto, presentó una solicitud a fines de julio de 1914 al Ministerio de Guerra del Imperio austrohúngaro, en la cual declaraba estar dispuesto a «ponerse al servicio del Departamento de prensa del Ministerio de Guerra del Imperio austrohúngaro de forma gratuita, posición a la que podía incorporarse de inmediato». Sin embargo, sólo fue reclutado el 12 de noviembre de 1914. Véase la nota del 12 de noviembre de 1914.

¹⁸⁷ Hugo von Hofmannsthal fue llamado a filas el 26 de julio de 1914 y destinado a Istria como oficial de la milicia.

¹⁸⁸ Calle vienesa que es un punto neurálgico de la ciudad.

¹⁸⁹ «Ein Wort von Deutschland» ('Unas palabras sobre Alemania'), *Neue Freie Presse*, 6 de agosto de 1914.

¹⁹⁰ El 2 de agosto Alemania había exigido de Bélgica en un ultimátum el libre paso de sus tropas por su territorio; Bélgica comunicó su negativa el 3 de agosto, y ese mismo día las tropas alemanas invadieron Bélgica.

¹⁹¹ En junio y julio de 1914, Friderike Maria von Winternitz y sus dos hijas estuvieron en el balneario de Tobelbad, hospedadas por el matrimonio Stoerk, ambos médicos y amigos de la familia.

¹⁹² El 6 de agosto de 1914 el Imperio austrohúngaro declara la guerra a Rusia y Serbia a Alemania.

¹⁹³ Primera mención al ensayo «Die schlaflose Welt» (‘El mundo insomne’), publicado el 18 de agosto de 1914 en *Neue Freie Presse*. Véase la nota del 14 de agosto de 1914.

¹⁹⁴ Dentro de la llamada Gran Retirada, en la que Rusia abandonó Galitzia y Polonia. Tras el Congreso de Viena (1815), Polonia fue dividida: Prusia obtuvo el ducado de Poznán y Prusia Occidental; el Imperio austrohúngaro, Galitzia; Cracovia fue declarada Estado libre; y el resto quedó anexionado a Rusia como Zarato de Polonia (o Polonia del Congreso) y tenía constitución, administración y ejército propios.

¹⁹⁵ Véase la nota 3 del 3 de agosto de 1914.

¹⁹⁶ El acorazado *Goeben* y el crucero *Breslau* habían zarpado del puerto neutral de Messina, controlado por las fuerzas armadas inglesas.

¹⁹⁷ Richard Dehmel fue enviado al Frente Occidental.

¹⁹⁸ Hugo von Hofmannsthal obtuvo una licencia gracias a la intervención de Joseph Redlich (1869-1936), miembro del Reichsrat (el parlamento austrohúngaro entre 1867 y 1918) y fue destinado a la oficina de asistencia bélica del Ministerio de Guerra.

¹⁹⁹ El artículo «Lüttich» (‘Lieja’) apareció sin firma el 11 de agosto de 1914 en *Neue Freie Presse*.

²⁰⁰ Probablemente, Robert Hernried.

²⁰¹ Población de Alsacia.

²⁰² Probablemente un poema similar al que escribió en la introducción de su diario de guerra *Zwischen Volk und Menschheit* (‘Entre pueblo y humanidad’).

²⁰³ Véase la nota 3 del 3 de agosto de 1914.

²⁰⁴ Probable alusión al Palazzo della Consulta, situado en la piazza del Quirinale de Roma y sede de la Corte constitucional de Italia. (*N. de la T.*).

²⁰⁵ «Die schlaflose Welt», publicado el 18 de agosto de 1914 en *Neue Freie Presse*.

²⁰⁶ Baden bei Wien (así llamada para distinguirla de la alemana Baden-Baden y de la suiza Baden), ciudad y balneario a treinta kilómetros al sur de Viena, donde Friderike Maria von Winternitz poseía una casa.

²⁰⁷ El emperador Francisco José I de Austria, cumplió ochenta y cuatro años el 18 de agosto de 1914.

²⁰⁸ Ciudad en el oeste de Serbia.

²⁰⁹ La flota francesa hundió el crucero alemán *Zenta* en el mar Adriático.

²¹⁰ El 19 de agosto, Japón lanzó un ultimátum a Alemania para que retirase de inmediato su flota de guerra de las aguas Asia oriental y evacuase de inmediato la concesión colonial Kiau Chau, junto con la capital Tsingtao. Ante la negativa de Alemania, Japón le declaró la guerra el 23 de agosto.

²¹¹ Probablemente, Arthur Schnitzler.

²¹² Alusión a la canción «Prinz Eugen, der edle Ritter» (‘El príncipe Eugenio, noble caballero’), canción popular alemana anónima que conmemoraba la conquista de la fortaleza de Belgrado por parte del príncipe Eugenio de Saboya en 1717.

²¹³ Probablemente, Ernst Benedikt.

²¹⁴ Población del este de Francia, en la región de Lorena, cerca de la frontera entre Luxemburgo y Bélgica.

²¹⁵ Antigua capital del distrito gubernamental de Gumbinnen en el noreste de Prusia Oriental; a partir de 1945 pasó a la jurisdicción de la Unión Soviética. Hoy se llama Gusev.

²¹⁶ El buque austrohúngaro *S.M.S. Kaiserin Elisabeth* fue enviado a Extremo Oriente como señal de cooperación con Alemania y tomó parte en la defensa de la concesión alemana de Kiau Chau en China.

²¹⁷ Ciudad polaca, entonces parte del Imperio ruso.

²¹⁸ Ciudad en el noreste de Francia, próxima a la frontera con Bélgica.

²¹⁹ «Löwen», *Neue Freie Presse*, 30 de agosto de 1914.

²²⁰ Edición conmemorativa con motivo del cincuentenario del periódico *Neue Freie Presse*.

²²¹ Ciudad en Prusia Oriental; desde 1945, bajo la administración polaca; hoy se llama Szcztytno.

²²² Véase la nota 3 del 3 de septiembre de 1914.

²²³ Lviv, ciudad de Ucrania, entonces bajo el dominio austriaco.

²²⁴ Estos tres estados habían declarado su neutralidad al comienzo de la guerra; Turquía lo hizo contraviniendo un acuerdo de cooperación con Alemania y el Imperio austrohúngaro en caso de guerra con Rusia.

²²⁵ La «Cruz negra y amarilla» fue una efímera organización del municipio de Viena destinada a prestar ayuda a los desempleados y necesitados. 1.^a Sección: Comedores sociales con el apoyo de sociedades benéficas; 2.^a Sección: Trámites para inscribirse; 3.^a Sección: Obtención de los medios necesarios para realizar las tareas de las anteriores secciones.

²²⁶ Ciudad de Polonia, entonces bajo dominio ruso.

²²⁷ Probablemente, Egon Friedell.

²²⁸ La ciudad de Chernvitsí, que hasta 1918 perteneció al Imperio austrohúngaro.

²²⁹ «An die Freunde in Fremdland», *Berliner Tageblatt*, 19 de septiembre de 1914.

²³⁰ Véase la nota 3 del 3 de agosto de 1914.

²³¹ En Rumanía.

²³² Alusión a la polémica suscitada a raíz del artículo de Gerhart Hauptmann «Gegen Unwahrheit» ('Contra las mentiras'), publicado el 26 de agosto de 1914 en *Berliner Tageblatt*. A raíz del artículo se desencadenó un polémico intercambio pú-

blico con Romain Rolland, que éste recogió en *Au-dessus de la mêlée* (Más allá de la contienda), *Journal de Genève*, 22 de septiembre de 1914.

²³³ Ciudad en el sureste de Polonia.

²³⁴ La sede del Ministerio de Asuntos Exteriores se hallaba en Kalksburg, barrio en la periferia de Viena donde se encontraba un centro jesuita de educación secundaria donde se formaron muchos futuros diplomáticos austríacos.

²³⁵ En la batalla de Königgratz o batalla de Sadowa (actual Hradec Králové, en la República Checa), librada el 3 de julio de 1866 en el marco de la guerra de las Siete Semanas, los prusianos obtuvieron la victoria decisiva contra las tropas austríacas y sajonas al mando de Ludwig August Ritter von Benedek.

²³⁶ Franz Freiherr von Schönaich, «Zur heutigen Lage» (‘A propósito de la situación actual’), *Neue Freie Presse*, 15 de septiembre de 1914.

²³⁷ Principal afluente del río Oise en el noreste de Francia.

²³⁸ Probablemente, Maximilian Ritter von Hoen.

²³⁹ Probable alusión al apellido de Moritz von Auffenberg. (N. de la T.).

²⁴⁰ Los buques acorazados ingleses *Aboukir*, *Hogue* y *Cressy* fueron torpedeados y hundidos en la costa occidental de Holanda por el submarino alemán *U-9*.

²⁴¹ Edición parisiense del diario estadounidense *New York Herald Tribune*.

²⁴² Tropas japonesas. Véase la nota del 20 de agosto de 1914.

²⁴³ *Neue Freie Presse* publicó un editorial con el título «Einige Bemerkungen über das Verhältnis zu Rumänien. Erinnerungen an die Vergangenheit, die Stimmung in Bukarest gegen Deutschland bis zur Schlacht von Sedan, Erfahrungen über russische Wortbrüchigkeit und die Wende von Bessarabien» (‘Observaciones sobre la relación con Rumanía. Recuerdos del pasado, la animadversión de Bucarest hacia Alemania hasta la batalla de

Sedán, experiencias sobre la deslealtad de Rusia y el cambio de rumbo de Besarabia’).

²⁴⁴ *Armut*, Leipzig, Staackmann, 1914.

²⁴⁵ Zweig escribió su necrológica: «In memoriam Erwin Sternried», *Neue Freie Presse*, 29 de septiembre de 1914.

²⁴⁶ Carlos I de Rumanía, gravemente enfermo, murió el 10 de octubre de 1914.

²⁴⁷ Condado de Hungría, hoy pertenece a Ucrania y Rumanía.

²⁴⁸ La carta, que Stefan Zweig había publicado el 22 de diciembre de 1912 en el *Berliner Tageblatt*, se publicó traducida en el *Journal de Genève* el 2 de septiembre de 1914 como prólogo a una carta abierta de Romain Rolland a Gerhart Hauptmann (véase la nota del 12 de noviembre de 1912).

²⁴⁹ «Antwerpen» (‘Amberes’), *Neue Freie Presse*, 9 de octubre de 1914.

²⁵⁰ Friedrich Schiller, «Belagerung von Antwerpen durch den Prinzen von Parma in den Jahren 1584 und 1585» (‘El sitio de Amberes por el príncipe de Parma en 1584 y 1585’), en: *Geschichte des Abfalls der vereinigten Niederlande von der spanischen Regierung* (‘Historia del abandono de las Provincias unidas de los Países Bajos por el gobierno español’), vol. I, Leipzig, Crusius, 1801.

²⁵¹ Villa portuaria belga situada en la provincia de Flandes Occidental, en la orilla del estuario del río Yser.

²⁵² El crucero alemán *Emden*, célebre por hundir y capturar treinta mercantes y buques de guerra aliados en el Índico a finales de 1914.

²⁵³ Río de Flandes.

²⁵⁴ *La Belgique sanglante*, París, NRF, 1915.

²⁵⁵ Great Yarmouth, ciudad inglesa en la costa de Norfolk.

²⁵⁶ Después de que el Ministerio de Guerra no le encontrase ningún puesto, Stefan Zweig se esforzó, aunque en vano, por prestar servicio en el sector sanitario del ejército.

²⁵⁷ Véase la nota del 20 de agosto de 1914.

²⁵⁸ Alusión al poema «La Belgique sanglante», publicado primero en inglés en el diario londinense *Observer* e inmediatamente después en *L'Écho de France* en versión original. El *Hamburger Fremdenblatt* publicó la traducción al alemán de Otto Ernst y el diario *Neue Freie Presse* vienes lo recuperó el 10 de noviembre de 1914. (Stefan Zweig había leído el diario ya la noche anterior).

²⁵⁹ Véase la nota 2 del 6 de agosto de 1914.

²⁶⁰ Trainzeugdepot (TZD), centro de operaciones de intendencia, situado en Klosterneuburg, en las afueras de Viena. Stefan Zweig le pidió de inmediato a Franz Karl Ginzkey, escritor y oficial de carrera, que intercediese para «sacarlo del monótono trabajo de oficina». Ginzkey estaba destinado en el llamado «*literarische Gruppe*» («grupo literario») del Archivo de Guerra y consiguió que Zweig se incorporase al mismo.

²⁶¹ Véase la nota del 12 de noviembre de 1914.

²⁶² El 15 de noviembre de 1914, el diario *Neue Freie Presse* publicó el artículo «Die Ästheten im Kriege» («Los estetas en guerra») de Hugo Wittmann, sin firmar, que decía: «Y uno de esos cerdos ya ha vuelto a abrir el hocico para cantar una de sus repugnantes canciones, una que supera todo lo que se ha escuchado hasta ahora en ese deplorable género artístico. Emil[!] Verhaeren, el poeta belga, quería batir el récord de infamia, y lo ha logrado».

²⁶³ «Der Kampf um den Suezkanal» («La lucha por el canal de Suez»), *Neue Freie Presse*, 18 de noviembre de 1914.

²⁶⁴ Al comienzo de la movilización, a Alois Veltzé se le confiaron tareas directivas y se le nombró miembro de la jefatura de división en el Archivo de Guerra.

²⁶⁵ Entrevista de Paul Goldmann.

²⁶⁶ Grillparzer había escandalizado en 1819 a los círculos de la corte con la publicación de su poema «Die Ruinen des Cam-

po Vaccino» (‘Las ruinas del Foro Romano’), aparentemente anticatólico, y desde entonces tuvo permanentes dificultades con la censura.

²⁶⁷ Véanse las entradas del 12 de noviembre de 1914, del 19 de noviembre de 1914 y del 28 de diciembre de 1914.

²⁶⁸ Victor Fleischer, *Kollega Eisenhart*, Leipzig, Max Pfeffer, 1916.

²⁶⁹ Ciudad en Polonia.

²⁷⁰ La ópera de Gluck *Iphigénie en Aulide* (1747; 1847 versión revisada por Richard Wagner).

²⁷¹ Día de la Inmaculada Concepción.

²⁷² Con la noticia de que el rey Alberto I de Bélgica había llegado a San Petersburgo.

²⁷³ La Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Breslau otorgó el título de doctor *honoris causa* al mariscal de campo general Hindenburg, al general prusiano Erich von Ludendorff (1865-1937), al ministro prusiano de Obras Públicas Paul Justin von Breitenbach (1850-1930) y al geógrafo sueco explorador de Asia Central Sven Anders von Hedin (1865-1952).

²⁷⁴ El archiduque Federico de Austria (1856-1936) fue nombrado mariscal de campo el 9 de diciembre.

²⁷⁵ El último domingo de adviento se conoce como «domingo dorado». (*N. de la T.*).

²⁷⁶ Ciudad polaca, entonces perteneciente a Galitzia.

²⁷⁷ «Nikolái Palkin», relato de Tolstói sobre el zar Nicolás I escrito en 1891.

²⁷⁸ El submarino austríaco *U-12* hundió el submarino francés *Curie*.

²⁷⁹ Acorazado monocalibre, buque insignia.

²⁸⁰ Stefan Zweig fue nombrado sargento «en reconocimiento de su excelente servicio».

²⁸¹ «Worte zum Gedächtnis des Prinzen Eugen» ('Palabras en memoria del príncipe Eugenio'), *Neue Freie Presse*, 24 de diciembre de 1914.

²⁸² Anna Bahr-Mildenburg, «Dienen, dienen» ('Cuidar, asistir'), *Neue Freie Presse*, 24 de diciembre de 1914.

²⁸³ «“A Vuestra Excelencia se le ha reprochado que en aquella gran época no hubiera tomado también las armas o, al menos, que no hubiera intervenido en cuanto poeta”, observé yo algo imprudentemente. “¡Dejemos eso, amigo mío!—replicó Goethe—. Vivimos en un mundo absurdo que no sabe lo que quiere y al que hay que dejar hablar y hacer a su antojo. ¿Cómo habría podido tomar las armas si no sentía odio? ¿Y cómo podría haber sentido odio sin ser joven? Si aquel acontecimiento me hubiera tocado vivirlo a los veinte años, seguro que no habría sido el último en armarme. Sin embargo, cuando eso sucedió yo ya había superado la sesentena. Además, no todos podemos servir a la patria del mismo modo, sino que cada cual ha de tratar de hacer lo que pueda según los medios que Dios le haya dado”», *Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida*, ed. y trad. Rosa Sala Rose, Barcelona, Acantilado, 2005, p. 820.

²⁸⁴ Probablemente, Pramergasse.

²⁸⁵ Sobre el traslado de Stefan Zweig del Trainzeugdepot, el centro de operaciones de intendencia en Klosterneuburg, al Archivo de la Guerra, véase la crónica de Klaus Heydemann «Der Titularfeldwebel. Stefan Zweig im Kriegsarchiv» ('El sargento primero Stefan Zweig en el Archivo de Guerra'), *Stefan Zweig 1881/1981. Aufsätze und Dokumente, Zirkular*, número especial 2, octubre de 1981, pp. 19-55.

²⁸⁶ Probablemente se refiere al ensayo sobre Dostoievski, que escribió en varias etapas y no apareció publicado en una versión muy resumida hasta 1920, en *Tres maestros*, trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2004 (véase la nota del 13 de enero de 1918).

²⁸⁷ «Liliencron und der Krieg» ('Liliencron y la guerra'), pronunciada en el Arbeiterbildungsverein ('Asociación para la formación de los trabajadores') de Viena; Max Devrient leyó textos de Liliencron y «el compositor Lothar Riedingers cerró la estimulante y meritoria velada» (*Neue Freie Presse*).

²⁸⁸ Probablemente, el fragmento que se conserva del relato «Wondrak» (en *La mujer y el paisaje*, trad. Roberto Bravo de la Varga, Barcelona, Acanalado, 2007, pp. 247-280).

²⁸⁹ Probablemente, divergencia de pareceres entre el director del Burgtheater, Hugo Thimig, y los actores.

²⁹⁰ El diario vienés *Arbeiter Zeitung* publicó fragmentos de la conferencia que Carl Spitteler había pronunciado el 14 de diciembre de 1914 en la Neue Helvetische Gesellschaft ('Nueva Sociedad Helvética') de Zúrich, sobre los deberes de la neutralidad intelectual, titulada «Ehrerbietung vor dem Schmerz» ('Profundo respeto al dolor').

²⁹¹ Probablemente, Alberto Stringa.

²⁹² Probablemente, Hermann Bessemer.

²⁹³ Localidad francesa a orillas del Aisne.

²⁹⁴ Con epicentro en Avezzano, costó la vida a veinticinco mil personas.

²⁹⁵ Probablemente, un artículo publicado anónimamente en el marco de la actividad de Stefan Zweig para el Archivo de Guerra.

²⁹⁶ En octubre de 1908, el conde Ährenthal consiguió imponer la anexión formal de Bosnia y Herzegovina pese a la oposición inicial de las grandes potencias, y en 1909 cerró un acuerdo que otorgaba a Italia cierta influencia sobre los Balcanes.

²⁹⁷ Véase la nota del 3 de agosto de 1914.

²⁹⁸ Probablemente, Otto Brahm y Stefan George.

²⁹⁹ Estreno en el Hofburgtheater.

³⁰⁰ «Aus den Denkwürdigkeiten der Zensur» ('Sobre las memorias de la censura'), *Neue Freie Presse*, 20 de enero de 1915.

³⁰¹ Impartió en Viena la conferencia «Die Geschichte der Persönlichkeit» ('Historia de la personalidad').

³⁰² Italia y Rumanía se declararon neutrales al inicio de la guerra. La mayor parte de la opinión pública italiana estaba de acuerdo, mientras que una minoría nacionalista exigía la adhesión a la Entente. (Véase la nota 3 del 3 de agosto de 1914). Pese a su declaración de neutralidad de 1914, el 27 de agosto de 1916 Rumanía, influida por las promesas de la Triple Entente, declaró la guerra al Imperio austrohúngaro.

³⁰³ Ballhausplatz, plaza de Viena donde se encontraba la sede el gobierno. (*N. de la T.*).

³⁰⁴ El 9 de noviembre de 1914 el *Emden* (véase la nota del 31 de octubre de 1914) fue abatido cerca de las islas Keeling por el crucero australiano *Sydney* y quedó atracado en un escollo, de modo que la tripulación tuvo que huir a bordo del *Ayesha*.

³⁰⁵ Traducción francesa (Mercure de France, 1905) de la obra antibelicista de Lev Tolstói *La guerra ruso-japonesa* (1904).

³⁰⁶ Su conferencia en Dresde el 25 de enero de 1915—en la que expuso su proyecto de una revista neutral y pacifista, reclamó un acercamiento entre los dos países y criticó a la prensa por ser la portavoz del odio—provocó tal ira entre el público que se vio obligada a abandonar la sala antes de concluir la charla y a huir en tren a Berlín esa misma noche.

³⁰⁷ *Die Schaubühne* ('El teatro'), semanario satírico fundado en 1906 por Siegfried Jacobsohn (1881-1926), que a partir de 1907 llevaba el subtítulo de «Semanario de política, arte y ciencia». En abril de 1918 pasó a llamarse *Die Weltbühne* ('El teatro del mundo').

³⁰⁸ Müller publicaba regularmente opiniones favorables a la guerra en *Neue Freie Presse*.

³⁰⁹ *Gefährliche Gabe, Komödie in drei Akten* ('El peligroso don, comedia en tres actos'), de Siegfried Trebitsch, se estrenó en el Deutsches Volkstheater de Viena.

³¹⁰ La colección Österreichische Bibliothek fundada por Hugo von Hofmannsthal que se publicó entre 1915 y 1917.

³¹¹ Burián intentó en vano que Rumanía e Italia permanecieran neutrales y Tisza fomentó los esfuerzos bélicos de su país.

³¹² Italia.

³¹³ El Parlamento austríaco existía desde 1848, pero no intervenía en la política exterior.

³¹⁴ Londres, 1914; Boston-Nueva York, 1914.

³¹⁵ Ciudad en los Cárpatos que entre 1772-1919 perteneció a Austria, hasta 1939 a Polonia (con el nombre de Stanisławów), entre 1939-1962 a la Unión Soviética (como Stanislavov) y desde 1962 es una ciudad de Ucrania (bajo el nombre de Ivano-Frankivsk).

³¹⁶ Prasicz, en Hungría, actual municipio en la región de Nitra, Eslovaquia.

³¹⁷ Ingleses y franceses habían intentado atacar Turquía por los Dardanelos, pero fueron rechazados por los turcos con ayuda alemana.

³¹⁸ *Les Ailes Rouges de la Guerre* ('Las alas rojas de la guerra'), alusión a la figura heráldica alemana del águila, publicado en *Les Annales politiques et littéraires*.

³¹⁹ Primera referencia a la obra *Jeremías. Poema dramático en nueve cuadros* (trad. Roberto Bravo de la Varga, Barcelona, Acantilado, 2020).

³²⁰ «Feindeshaß und Nächstenliebe» ('Odio al enemigo y amor al prójimo'), *Neue Freie Presse*, 25 de marzo de 1915.

³²¹ *Bouvet, Irresistible y Ocean*.

³²² Probablemente, la fecha límite para el aprovisionamiento de la fortaleza.

³²³ En 1805, durante la Guerra de la Tercera Coalición, la inexpugnable fortaleza imperial de Ulm fue ocupada por los austríacos. No obstante, fue sitiada y tomada por Napoleón y

de ese modo los franceses tuvieron el camino despejado para llegar a Viena.

³²⁴ «Warum nur Belgien, warum nicht auch Polen?» (¿Por qué sólo Bélgica? ¿Por qué no también Polonia?), *Neue Freie Presse*, 4 de abril de 1915. Véase *Die schlaflose Welt. Aufsätze und Vorträge aus den Jahren 1909-1941* ('El mundo insomne. Ensayos y conferencias, 1909-1941'), *GWE, op. cit.*, 1983, pp. 52-67.

³²⁵ Recital de sus propios poemas en la sala de conciertos vienesa Konzerthaus.

³²⁶ Probablemente, Aline Furtmüller.

³²⁷ Ensayo general de *La Pasión según san Mateo* de Johann Sebastian Bach, dirigida por Franz Schalk (1863-1931) y organizada por la Gesellschaft der Musikfreunde ('Sociedad de Amigos de la Música').

³²⁸ Georges Ohnet, *Journal d'un bourgeois de Paris pendant la guerre de 1914* (*Diario de un burgués de París durante la guerra de 1914*), París, Société d'éditions littéraires et artistiques, 1914-1918. Probablemente Stefan Zweig leyó el primer volumen.

³²⁹ Acrónimo de la consigna «Hauptsache ist, dass die Engländer Keile kriegen» ('Lo esencial es que los ingleses reciban lo suyo').

³³⁰ El escritor Alfons Petzold estaba gravemente enfermo y no podía trabajar. Con esta charla en la sala mediana de la Konzerthaus, Stefan Zweig pedía donativos para ayudarlo. El manuscrito de la charla se encuentra en su legado.

³³¹ Ese día, Stefan Zweig fue promovido a jefe de sección.

³³² Rudolf Hans Bartsch, *Der Flieger* ('El aviador'), Berlín, Ullstein, 1915.

³³³ Franz Theodor Czokor, *Der große Kampf, Eine dramatische Dichtung in acht Bildern* ('La gran lucha, poema dramático en ocho cuadros').

³³⁴ La batalla del Kolubara, librada entre el Reino de Serbia y el Imperio austrohúngaro del 3 al 9 de diciembre de 1914. Pese

a que sus fuerzas en combate eran sólo poco más de la mitad que las de sus enemigos, los serbios vencieron y expulsaron de su territorio a los invasores.

³³⁵ *Komödie der Worte* ('Comedias de palabras') tres piezas de un acto, Berlín, S. Fischer, 1915.

³³⁶ Entre Hugo Thimig y Richard Rosenbaum, se dieron tensiones: Thimig se negó a seguir colaborando con Rosenbaum, pues éste había hecho observaciones despectivas sobre él ante subalternos.

³³⁷ Personajes de *El idiota* (1868-1869), de Fiódor Dostoievski.

³³⁸ «Gustav Mahlers Wiederkehr» («El regreso de Gustav Mahler», en: *El legado de Europa*, trad. Claudio Gancho, Barcelona, Acantilado, 2003, pp. 183-194), *Neue Freie Presse*, 25 de abril de 1915.

³³⁹ Alusión al personaje de la pieza dramática *Egmont* de Goethe, que corteja en vano a Klärchen hasta hacerse pesado.

³⁴⁰ La Orquesta Filarmónica de Viena interpretó *Das Lied von der Erde* de Gustav Mahler bajo la dirección de Bruno Walter. Los solistas fueron Luise Willer (1888-1970) y Otto Wolf (1874-1946).

³⁴¹ Acorazado francés, cuyo nombre homenajeaba la memoria del político republicano Léon Gambetta.

³⁴² Véase la entrada del 14 de septiembre de 1914.

³⁴³ Ciudad en el sureste de Polonia.

³⁴⁴ En Rusia.

³⁴⁵ Duinkerke en flamenco, ciudad del Flandes francés, próxima a la frontera con Bélgica.

³⁴⁶ En Galitzia.

³⁴⁷ Jeper en flamenco, ciudad en el noroeste de Bélgica que fue escenario de numerosas batallas extremadamente sangrientas y quedó destruida casi por completo.

³⁴⁸ Véase la nota 1 del 10 de diciembre de 1914 (p. 147).

³⁴⁹ Ejército ruso en las Besquidas, en el norte de los Cárpatos.

³⁵⁰ Pronunciado en Quarto con motivo de la inauguración de un monumento al héroe italiano de la independencia y artífice de la unificación Giuseppe Garibaldi (1807-1882).

³⁵¹ El acorazado *Léon Gambetta*. Véase la nota del 28 de abril de 1915.

³⁵² El 7 de mayo de 1915 el *Lusitania*, un vapor británico de lujo, el más grande y veloz de la época, recibió el impacto de un torpedo del submarino alemán *U-20*. El barco explotó inmediatamente y se hundió en veinte minutos. El hundimiento del *Lusitania* condujo a un severo enfrentamiento diplomático entre Estados Unidos y Alemania y, finalmente, a que Estados Unidos entrase en la guerra. Es probable (como sugieren algunos documentos descubiertos después de la Segunda Guerra Mundial) que el *Lusitania* estuviese armado, o incluso que se hubiera empleado como transporte de municiones.

³⁵³ *Man lebt nur einmal*, farsa musical en seis actos de Julius Horst (nacido Julius Hostach, 1864-1943) y Leo Walther Stein (1866-1930).

³⁵⁴ *Er und sie*, comedia de Georges Courteline (1860-1929).

³⁵⁵ *Wie einst im Mai*, farsa musical en cuatro actos, texto de Rudolf Bernauer (1880-1953) y Rudolph Schantzer (1875-1944), música de Walter Kollo (1878-1940) y Willy Bredschneider (1889-1937).

³⁵⁶ *Auf Befehl der Herzogin: ein Operetten-Idyll aus alten gemütlichen Zeiten; in drei Akten*, de Leopold Jacobson (1878-1943) y Robert Bodanzky (1879-1923), música de Bruno Granichstaedten (1879-1944).

³⁵⁷ La llamada campaña de Trípoli de Italia contra Turquía de 1911-1912.

³⁵⁸ Tras la derrota de Sadowa, el archiduque Alberto de Austria y duque de Teschen fue nombrado comandante general de todas las fuerzas armadas. Abogó por el servicio militar obligatorio.

³⁵⁹ Italia declaró la guerra a Austria-Hungría el 23 de mayo de 1915.

³⁶⁰ El emperador Francisco José.

³⁶¹ Tragedia que acabará escribiendo: *Jeremías. Poema dramático en nueve cuadros*, trad. Roberto Bravo de la Varga, Barcelona, Acantilado, 2020.

³⁶² Hedwig Gamillscheg, con la que Alfons Petzold se casó en segundas nupcias. Su primera esposa, Johanna, había muerto en diciembre de 1914 (véanse las entradas del 1.º de septiembre de 1912 y del 3 de diciembre de 1914).

³⁶³ En la guerra ruso-japonesa de 1904-1905.

³⁶⁴ Probablemente, Alice Schalek.

³⁶⁵ Ciudad ucraniana a orillas del Dniéster y antigua capital del Principado de Galitzia.

³⁶⁶ Ese día, Stefan Zweig fue ascendido a sargento primero.

³⁶⁷ Ciudad del norte de Italia bordeada por el río Isonzo, escenario de numerosas batallas desde 1915 hasta la conquista italiana en 1918.

³⁶⁸ *Amalfi*.

³⁶⁹ Apuntes escritos el 27 de julio de 1915 en otro cuaderno, véase p. 239 «Continúo aquí mi diario».

³⁷⁰ Nombre alemán con que se conocía la ciudad de Děčín, a orillas del río Elba, en el norte de la actual República Checa. (*N. de la T.*).

³⁷¹ Nombre alemán de Cieszy, ciudad polaca cerca de la frontera checa donde, hasta la Primera Guerra Mundial, se hablaba principalmente alemán.

³⁷² Desde 1914, 21.º distrito de Viena. (*N. de la T.*).

³⁷³ Nombre alemán de la ciudad checa de Ostrava, capital de Moravia-Silesia.

³⁷⁴ Auschwitz en alemán.

³⁷⁵ Wawelburg, entre los siglos XI y XVI fue la residencia de los reyes de Polonia y símbolo del Estado polaco.

³⁷⁶ Ciudad polaca en las proximidades de los Cárpatos.

³⁷⁷ Zeebrugge es una localidad de la costa belga que pertenece a Brujas, mientras que Coutrai, llamada también Cortrique, es otra ciudad belga situada en Flandes.

³⁷⁸ Ciudad del norte de Francia, llamada en flamenco Rysel y en neerlandés Rijsel, próxima a la frontera con Bélgica.

³⁷⁹ Probablemente Susanne, llamada Suse, hija de Friderike von Winternitz.

³⁸⁰ Diario francés.

³⁸¹ Ciudad del sureste de Polonia.

³⁸² Afluente del Vístula, en el sureste de Polonia. (*N. de la T.*).

³⁸³ La bandera austrohúngara.

³⁸⁴ En el distrito de Rathenow.

³⁸⁵ Ciudad de Ucrania, a sesenta kilómetros al oeste de Lemberg.

³⁸⁶ Nombre polaco de Gorodok, ciudad ucraniana próxima a la frontera con Polonia.

³⁸⁷ Nombre polaco de Stryi, ciudad ucraniana en las estribaciones de los Cárpatos.

³⁸⁸ El *kreutzer* fue la moneda habitual en el sur de Alemania, Austria y Suiza entre los siglos XIII y el XIX. (*N. de la T.*).

³⁸⁹ En su viaje a Extremo Oriente de noviembre de 1908 a abril de 1909, Stefan Zweig también visitó Birmania.

³⁹⁰ Región del territorio del Yucón en el noroeste de Canadá. Adquirió importancia por un breve período al ser escenario de la fiebre del oro que empezó en 1896.

³⁹¹ De confesión ortodoxa rusa.

³⁹² Rolland renunció a seguir posicionándose públicamente sobre la actualidad. El 28 de julio de 1915, Zweig le escribió: «Mi querido y leal amigo, me veo obligado a respetar su decisión de guardar silencio, pese a que el mundo echará muchísimo de menos su voz».

³⁹³ Romain Rolland, *Colas Breugnon*, París, Albin Michel, 1920.

³⁹⁴ Ciudad en Polonia, en la actualidad Dęblin.

³⁹⁵ Nombre que daban los polacos a la ciudad de Kovno, adaptación eslava de Kaunas, parte del Imperio ruso hasta la independencia de Lituania en 1918.

³⁹⁶ Actual ciudad de Ucrania, bajo dominio ruso durante la guerra, protegida por una ciudadela.

³⁹⁷ El segundo barco inglés de pasajeros que torpedearon los alemanes después del *Lusitania*. Véase la nota del 8 de mayo de 1915.

³⁹⁸ Ciudad rusa cercana a la frontera con Polonia. Hasta 1795 perteneció a Polonia, después pasó a formar parte de Rusia, y desde 1921 hasta 1945, nuevamente a Polonia. Con el Tratado de Paz de Brest-Litovsk firmado el 3 de marzo de 1918 entre la Rusia soviética por un lado y Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía por el otro, se dio por finalizada la Primera Guerra Mundial. Desde 1991 forma parte de Bielorrusia con el nombre de Brest.

³⁹⁹ Probablemente, *Exécuté acte troisième* para aludir al tercer acto de su poema dramático *Jeremías*.

⁴⁰⁰ «Galiziens Genesung» ('La curación de Galitzia'), *Neue Freie Presse*, 31 de agosto de 1915.

⁴⁰¹ Localidad balneario en Baja Austria, a 35 kilómetros de Viena.

⁴⁰² El 1.º de noviembre de 1632, Heinrich Holk, jefe del Estado Mayor de Wallenstein, ocupó la ciudad de Leipzig «de manera relativamente ordenada, como atestiguan los relatos de los ciudadanos» (Golo Mann).

⁴⁰³ La promesa de no torpedear ningún otro barco sin advertencia previa. Véanse las notas del 8 de mayo de 1915 y del 21 de agosto de 1915.

⁴⁰⁴ Personaje de la comedia *Jakob von Tyboe*, del escritor danés Ludvig Holberg (1684-1754); Bramarbas significaría ‘fanfarón’.

⁴⁰⁵ Después del *Lusitania* y del *Arabic*, tercer barco inglés de pasajeros que torpedearon los alemanes. Véanse las notas del 8 de mayo de 1915 y del 21 de agosto de 1915.

⁴⁰⁶ La ciudad polaca de Tarnopol (Ternopol en ruso) volvió a ser de Polonia en 1920, y en 1939 pasó a la Unión Soviética. Actualmente pertenece a Ucrania.

⁴⁰⁷ A raíz de un artículo en el *Leipziger Neuesten Nachrichten* se desencadenó una campaña contra Hermann Hesse, a la cual se sumaron numerosos diarios nacionalistas. El detonante fue una carta de Hesse al escritor danés Sven Lange en la cual condenaba la guerra.

⁴⁰⁸ En Lituania.

⁴⁰⁹ El primer ministro griego se vio obligado a dimitir.

⁴¹⁰ Concierto de beneficencia en la sala del Musikverein de Viena destinado a recaudar fondos para la beneficencia de la guerra. Willy Burmester (1869-1933) interpretó el *Concierto de violín en sol menor* de Max Bruch (1838-1920) y el *Concierto de violín en re mayor* de Ludwig van Beethoven. La dirección estuvo a cargo de Oskar Nedbad (1874-1930).

⁴¹¹ El emperador Francisco José I de Austria.

⁴¹² En la gran sala del Musikverein se interpretaron los poemas sinfónicos *Don Juan y Muerte y transfiguración*, así como dos marchas militares para gran orquesta bajo la dirección del compositor alemán.

⁴¹³ En Serbia.

⁴¹⁴ La ciudad de Niš, en Serbia.

⁴¹⁵ Véase la nota del 18 de septiembre de 1915. En octubre de 1915 Hermann Hesse respondió a los ataques dirigidos contra su persona con el artículo «Wieder in Deutschland» ('De nuevo en Alemania'), *Neue Zürcher Zeitung*.

⁴¹⁶ Leonard Henry Courtney (1832-1918), político y hombre de letras británico, declaró en el Parlamento inglés que, por gloriosa que fuera la pasión por la independencia nacional, tenía que conciliarse con la fraternidad entre los pueblos a fin de preservar la civilización. El diario *Neue Freie Presse* informó sobre este discurso en Viena.

⁴¹⁷ Pierre-Jean Jouve, *Vous êtes des hommes*, París, NRF, 1915.

⁴¹⁸ El 30 de noviembre en el gobierno austrohúngaro cambiaron los ministros del Interior y de Finanzas y Comercio.

⁴¹⁹ Fiesta con Alice y Susanne, las hijas de Friderike Maria von Winternitz.

⁴²⁰ Felix Braun, *Tantalos, Tragödie. Fünf Erscheinungen* ('Tántalo: tragedia en cinco manifestaciones'), Leipzig, Insel, 1917.

⁴²¹ *Au-dessus de la mêlée (Más allá de la contienda)*, París, Paul Ollendorff, 1915.

⁴²² Karel Kramář, miembro del Reichsrat (el parlamento austrohúngaro) en 1894, se mostró partidario de una alianza con Rusia—probablemente, entre otros motivos, porque mantenía una relación estrecha con los círculos del gobierno ruso—, pero hostil a la hegemonía de Alemania. Detenido en 1914 junto con otros políticos checos, en 1916 fue condenado a pena de muerte por alta traición, sentencia que se conmutaría más tarde por quince años de cárcel. Finalmente fue amnistiado en julio de 1917. En el mismo contexto de estas acusaciones debe verse el exilio de Tomáš Masaryk a Londres.

⁴²³ Probablemente, el *Cuarteto de cuerda en mi bemol mayor*, op. 127, de Ludwig van Beethoven.

⁴²⁴ Monografía sobre Gottfried Keller, finalmente abandonada, para *Baumeister der Welt. Versuch einer Typologie des Geistes* ('Ma-

estros universales. Intento de una tipología del espíritu’).

⁴²⁵ Probablemente, un informe sobre el irredentista italiano Guglielmo Oberdan.

⁴²⁶ Alusión al hecho de que Gustav Mahler, de origen judío, se hizo bautizar para convertirse al catolicismo en abril de 1897, poco antes de firmar su contrato como director de la Orquesta de Viena.

⁴²⁷ Al verse obligado «a partir por asuntos militares», Rilke tuvo que dejar «todos sus muebles, manuscritos y correspondencia de los últimos diez años en París» y, según supo más tarde, «todo se ha subastado y perdido irreversiblemente». Zweig escribió una carta a Romain Rolland (de la que proceden las anteriores citas), quien consiguió salvar una parte de las pertenencias de Rilke.

⁴²⁸ Eine Faksimileausgabe von Heines «Deutschland, ein Wintermärchen» (‘Una edición facsímil de *Alemania. Un cuento de invierno*’), publicado en la revista literaria berlinesa *Das literarische Echo*, 1.º de abril de 1916.

⁴²⁹ Concierto organizado por la Sociedad de Amantes de la Música en la sala del Musikverein; después del *Réquiem* de Mozart se interpretó la pieza para coro y orquesta *Der Feind* (‘El enemigo’), de C. Prohaska. La dirección estuvo a cargo de Franz Schalk.

⁴³⁰ Véase la nota 2 del 1.º de agosto de 1914.

⁴³¹ Pese a las quejas de sus amigos, el 4 de enero de 1916 Rilke fue enrolado y enviado a recibir formación militar de tres semanas a Viena. A causa de su mala salud y gracias a las influencias de algunos amigos como Stefan Zweig, al cabo de un mes fue trasladado al Archivo de Guerra. (*N. de la T.*).

⁴³² «Las nuevas inspecciones médicas de reclutamiento fueron una consecuencia del gran número de bajas en el frente; por otra parte, los mutilados de guerra dados de alta en el Hospital Militar podían ser enviados a prestar servicio en las

oficinas del Estado. A partir de un decreto del Ministerio de Guerra, entre el 26 y el 29 de abril de 1916 se puso en marcha una “acción de intercambio”, que también afectó a departamentos auxiliares como el Archivo de Guerra. Cuando el batallón de reserva del Regimiento de Infantería n.º 4 solicitó información sobre Stefan Zweig, recibió del Archivo de Guerra una respuesta dilatoria: presentaron un certificado médico y declararon que, en caso necesario, ellos mismos se ocuparían de la “exención” de Zweig, cuya labor en el Archivo de Guerra era indispensable, tras lo cual se tramitó la declaración de no apto (decisión arbitral de alta instancia). El 9 de mayo de 1916 una comisión del teniente mariscal de campo Von Teisinger realizó una inspección médica de todo el personal masculino del Archivo de Guerra. El resultado, nada desfavorable para Zweig —“apto para servicios auxiliares”—fue notificado al batallón de reserva que, sin embargo, no desistió, y a finales de julio se produjeron nuevas inspecciones. Zweig estaba inquieto, y contaba con que lo mandarían al frente. En el mes de octubre la situación se volvió más crítica, ya que se introdujo una nueva categoría, “apto para el servicio de guardia”, y todo miembro del personal del Archivo de Guerra que no fuese considerado indispensable debía incorporarse al batallón de reserva. Esta revisión tampoco acarreó consecuencias a Stefan Zweig. La que tuvo lugar en junio de 1917, en la que se hacía constar que padecía astenia, además de las secuelas de la operación de pleura [de 1909], confirmó que era apto para servicios auxiliares. Independientemente del resultado, no obstante, las periódicas revisiones médicas eran para Zweig un recordatorio de la inseguridad de la situación. Solamente ocupaba la posición de redactor del “grupo literario” del Archivo cuando lo solicitaban» (Klaus Heydemann, «Der Titularfeldwebel. Stefan Zweig im Kriegsar-chiv» [‘El sargento primero Stefan Zweig en el Archivo de Guerra’], *Stefan Zweig 1881/1918. Aufsätze und Do-kumente, Zirkular*, número especial 2, octubre de 1981, p. 32).

⁴³³ *Die Frau von vierzig Jahren, Ein Schauspiel* ('La mujer de cuarenta años, una pieza teatral'), en el Wiener Stadttheater.

⁴³⁴ En 1902 Rilke se separó de Clara Westhoff, con quien se había casado en 1901. Aunque entre 1902 y 1903 consideró el divorcio, no llegaron a tramitarlo.

⁴³⁵ «Die Tragödie der Deutschamerikaner. Ein Wort der Teilnahme. Von einem österreichischen Dichter» ('La tragedia de los germanoamericanos. Unas palabras compasivas de un poeta austriaco'), *Neue Freie Presse*, 6 de febrero de 1916.

⁴³⁶ *Die Legende der dritten Taube* ('La leyenda de la tercera paloma').

⁴³⁷ Juvenal, *Sátiras*, I, 30: 'Es difícil no escribir sátiras'.

⁴³⁸ Publicado por primera vez en francés con el título de «La Tour de Babel» en la revista *Le Carmel*, Ginebra, abril y mayo de 1916. La versión original alemana, «Der Turm von Babel», se publicó por primera vez en *Vossische Zeitung*, 8 de mayo de 1916; y más tarde en *Pester Lloyd*, 1.º de enero de 1930. Véase «La Torre de Babel», en: *El legado de Europa*, trad. Claudio Gancho, Barcelona, Acantilado, 2003, pp. 293-298.

⁴³⁹ Nombre alemán con que se conocía Opava, ciudad situada en el norte de la República Checa, a orillas del río homónimo.

⁴⁴⁰ En Turquía.

⁴⁴¹ Ciudad costera y capital provisional de Albania.

⁴⁴² El primer ministro inglés Herbert Henry Asquith declaró en un discurso que sólo se podría firmar la paz cuando el dominio militar prusiano estuviese completa y definitivamente aniquilado.

⁴⁴³ A partir de noviembre de 1917, a Stefan Zweig se le concedió una licencia del servicio militar que prestaba en el Archivo de Guerra, inicialmente por dos meses, con el objeto de impartir conferencias en Zúrich, Berna, Basilea y Lucerna «por encargo de la Oficina de Prensa del Ministerio de Asuntos Ex-

teriores». Éste era el eufemismo oficial del Gobierno austríaco para indicar a los países neutrales que ya no compartía la ideología bélica de Alemania. Zweig, espoleado en cartas crípticas por su amigo y colega del Archivo de Guerra Albert Ehrenstein, que se encontraba en Suiza desde 1916, había solicitado la correspondiente licencia a su superior, el teniente coronel Alois Veltzé. Zweig no mencionó en su solicitud que el teatro Zürcher Stadttheater de Zúrich hubiese aceptado estrenar su obra *Jeremías*, ni que él deseaba estar presente en los ensayos. Por su parte, Friderike von Winternitz pudo viajar con él a Suiza como delegada de la Asociación de Mujeres de Austria (Allgemeiner Österreichischer Frauenverein) para asistir a conferencias sobre la ayuda a los refugiados polacos. La licencia de Zweig fue prorrogada dos meses más, hasta febrero de 1918, después de lo cual se lo licenció definitivamente del servicio militar en virtud de su compromiso de escribir regularmente informaciones desde Suiza para el diario vienés *Neue Freie Presse*, del cual era colaborador desde hacía años. Zweig regresó a Austria a finales de marzo de 1919.

⁴⁴⁴ Hotel Rätia.

⁴⁴⁵ Hotel zum Roten Schwert, «Gasthaus 1406-1918», situado en la plaza Weinplatz de Zúrich, directamente a orillas del río Limmat. La «posada», como dice su nombre, dio albergue durante su existencia a emperadores, reyes y a muchos hombres célebres.

⁴⁴⁶ En la galería de arte Kunsthau, se exponían, entre otras, obras de Camille Corot, Gustave Courbet, Edouard Manet, Edgar Degas, Henri de Toulouse-Lautrec, Alfred Sisley, Claude Monet, Camille Pissarro, Georges Seurat, Auguste Renoir, Paul Cézanne, Paul Gauguin, Vincent van Gogh y Odilon Redon.

⁴⁴⁷ El Grand Café Odeon, en la esquina de Limmatquai y Bellevueplatz, que existe aún hoy.

⁴⁴⁸ Ya entonces habían llegado a Zúrich numerosos artistas y literatos que en Alemania eran perseguidos por razones políti-

cas.

⁴⁴⁹ Durante la Primera Guerra Mundial, también en la neutral Suiza hubo que racionar los alimentos y combustibles; con tal motivo, se repartían las correspondientes cartillas.

⁴⁵⁰ Albert Ehrenstein, *Den ermordeten Brüdern* ('A los hermanos asesinados'), Zúrich, Max Rascher, 1919.

⁴⁵¹ Probablemente, *Der Mensch ist gut* ('El hombre es bueno'), Potsdam, G. Kiepenheuer, 1919.

⁴⁵² *Zeit-Echo. Ein Kriegstagebuch der Künstler* ('Eco de los tiempos. Diario de guerra de los artistas'). Rubiner fundó esta revista junto con Heinrich Mann (1871-1950) y Kurt Hiller (1885-1972). Apareció desde agosto de 1914 hasta agosto de 1917.

⁴⁵³ *Schloss Wetterstein*, pieza teatral, Múnich, G. Müller, 1910. El estreno en el Zürcher Stadttheater se llevó a cabo bajo la dirección del propio Wedekind, quien además interpretó el papel masculino principal.

⁴⁵⁴ A raíz del fracaso de la guerra submarina, que había motivado la entrada de Estados Unidos en el conflicto, el Reichstag alemán formuló una resolución de paz que, no obstante, fue rechazada por los Aliados. De igual modo fracasaron los esfuerzos de paz del papa Benedicto XV, que el 9 de agosto propuso un comunicado de paz.

⁴⁵⁵ No llegó a publicarse nunca.

⁴⁵⁶ La sociedad literaria zuriquesa Lesezirkel Hottingen ('Círculo de lectura de Hottingen') fue fundada en 1882 por Hans Bodmer y Wilfried Treichler y existió hasta 1940.

⁴⁵⁷ Probablemente, Carl Friedrich Wiegand.

⁴⁵⁸ Durante una acción de los «Friedensfreunde» ('Amigos de la Paz'), algunos manifestantes—hombres y mujeres—consiguieron entrar en los Talleres Mecánicos Scholer (Mechanische Werkstätte Scholer) y exigieron parar las máquinas, así como el cese general de la producción de municiones y automóviles en Suiza. El portavoz, de apellido Dättwyler, declaró (según la in-

formación publicada en el diario *Neue Zürcher Zeitung*) que no bastaba con admirar a los hermanos de la Revolución rusa y simpatizar con ellos; había llegado la hora de hacer la revolución también en Suiza, y sobre todo en el Ejército, mediante una objeción de conciencia generalizada. El *Neue Zürcher Zeitung* no informó de víctimas mortales.

⁴⁵⁹ Fritz von Unruh, *Vor der Entscheidung. Ein Gedicht*, Berlín, E. Reiß, 1919.

⁴⁶⁰ Probablemente, Max Reinhardt.

⁴⁶¹ Stefan Zweig conocía a Paul Zech probablemente desde 1910.

⁴⁶² *Über den jungen Dichter. Einige Vermutungen über das Werden von Gedichten* ('Sobre un joven poeta. Algunas ideas sobre la creación de poemas'), edición privada, 1931.

⁴⁶³ *Das Stundenbuch, enthaltend die drei Bücher: Vom mönchischen Leben, Von der Pilgerschaft, Von der Armuth und vom Tode* (El libro de horas, dividido en tres libros: El libro de la vida monástica, El libro de la peregrinación y El libro de la pobreza y de la muerte), Leipzig, Insel, 1905.

⁴⁶⁴ Desde mediados de septiembre de 1912 Hesse vivía en una casa en Melchenbühlweg, la antigua residencia de su amigo el pintor suizo Albert Welti (1862-1912), una «finca aristocrática vieja y abandonada», como escribió el propio Hesse.

⁴⁶⁵ Emile Rolland.

⁴⁶⁶ Véase «Polyphem» en: *Silberne Saiten* ('Cuerdas de plata'), *GWE, op. cit.*, pp. 177-179.

⁴⁶⁷ *Colas Breugnon* (véase la nota del 5 de agosto de 1915); el término «comedia» probablemente alude al carácter satírico de la novela.

⁴⁶⁸ Véase la nota 3 del 17 de marzo de 1913 (p. 63).

⁴⁶⁹ «Aux peuples assassinés», *Le Bonnet Rouge*, 24 de mayo del 1917. La traducción de Zweig se publicó en 1918 con el título

«Den hingeschlachteten Völkern!» (‘¡A los pueblos masacrados!’) en la editorial Rascher de Zúrich.

⁴⁷⁰ Probablemente, el hecho de que Dehmel se presentase voluntariamente al servicio militar pese a su edad relativamente avanzada.

⁴⁷¹ *Les Tablettes*, modesta revista de vanguardia fundada por Claude Le Maguet.

⁴⁷² Stefan Zweig entregó a Romain Rolland su «testamento intelectual», como lo llamó él mismo, en un sobre lacrado con la indicación de «abrirlo y publicarlo en caso de recibir Rolland un telegrama cifrado que significase que Stefan Zweig se hallaba padeciendo las consecuencias de una objeción de conciencia al servicio militar activo. En este «“Testamento de conciencia” (“Testament meines Gewissens”) (que jamás tuvo que publicarse) expuso clara y explícitamente su fe en la no violencia con la que estaba comprometido; al mismo tiempo, sin embrago, expresaba su disposición a servir a su país durante la guerra, a condición de que no se le obligase a tomar las armas ni a utilizarlas para dar muerte a nadie; una argumentación peculiar y de doble filo, a pesar de su aseveración» (Donald Prater, *Stefan Zweig. Das Leben eines Ungeduldigen* [‘Stefan Zweig. Vida de un impaciente’], Múnich-Viena, Carl Hanser, 1981, pp. 145-146).

⁴⁷³ «A mes frères Français», publicada el 20 de diciembre de 1917 en la revista *Demain*, Ginebra-París.

⁴⁷⁴ Henri Guilbeaux editaba la revista antibélica *Demain*.

⁴⁷⁵ Véase la nota 3 del 17 de marzo de 1913.

⁴⁷⁶ Rolland lo menciona en su diario en 1914 como uno «de los primeros compositores de la joven escuela francesa».

⁴⁷⁷ Marcel Cruppi, el hijo mayor; el menor, Jean-Louis, ya había caído el 4 de noviembre de 1914; el segundo, Paul, había fallecido antes de la guerra.

⁴⁷⁸ Rolland había escrito *Vie de Beethoven* (1903, *Vida de Beethoven*), *Michel-Ange* (1905, *Miguel Ángel*), *Haendel* (*Vida de Händel*,

1910) y *Vie de Tolstoi* (1911; *Vida de Tolstói*, trad. Selma Ancira y David Stacey, Barcelona, Acantilado, 2010).

⁴⁷⁹ Juicio por traición a la patria contra el oficial de artillería francés de origen judío Alfred Dreyfus (1859-1935), que en 1894 fue condenado a cadena perpetua deportado en Cayenne por supuesta traición al revelar secretos militares (en 1890 fue amnistiado, y en 1906 puesto en libertad y rehabilitado). El caso Dreyfus condujo a una crisis política en Francia al reavivar el antisemitismo y las contradicciones entre nacionalistas clericales y los «Dreyfusiards» republicanos. Se desconoce el papel que pudo desempeñar Paul Dupin en el caso.

⁴⁸⁰ «A mes frères Français». Véase la nota 1 del 26 de noviembre de 1917.

⁴⁸¹ «Testament des Gewissens»: véase la nota 2 del 26 de noviembre de 1917 (p. 311).

⁴⁸² R. Rolland, *Le temps viendra*, París, E. Payen, 1903. La traducción de Stefan Zweig, titulada *Die Zeit wird kommen*, apareció en 1919 en la editorial E. P. Tal de Viena y Leipzig.

⁴⁸³ Véase la entrada del 10 de marzo de 1913.

⁴⁸⁴ El octavo cuadro, «La conversión», de *Jeremías. Poema dramático en nueve cuadros* (trad. Roberto Bravo de la Varga, Barcelona, Acantilado, 2020, pp. 205-244).

⁴⁸⁵ Véase «El tren sellado. Lenin, 9 de abril de 1917», en: *Momentos estelares de la humanidad*, trad. Berta Vias Mahou, Barcelona, Acantilado, 2002, pp. 273-284.

⁴⁸⁶ Agence Internationale des Prisonniers de Guerre (‘Agencia Internacional de la Cruz Roja de Prisioneros de Guerra’), en la cual también trabajaba Romain Rolland.

⁴⁸⁷ «Das Herz Europas. Ein Besuch im Genfer Roten Kreuz» (‘El corazón de Europa. Una visita a la Cruz Roja en Ginebra’), *Neue Freie Presse*, 23 de diciembre de 1917. Véase también *Die schlaflose Welt* (‘El mundo insomne’), *GWE, op. cit.*, pp. 74-89.

⁴⁸⁸ Frans Masereel, *La Ville*, París, Albert Morancé, 1925. La edición alemana, *Die Stadt*, se publicó el mismo año.

⁴⁸⁹ *L'Assiette au Beurre*, revista semanal francesa, satírica e ilustrada, publicada entre 1901 y 1912.

⁴⁹⁰ «Das Herz Europas» ('El corazón de Europa'), véase la nota 3 del 30 de noviembre de 1917.

⁴⁹¹ Leonard Frank, *Der Mensch ist gut* ('El hombre es bueno'), Zúrich, Max Rascher, 1918.

⁴⁹² Probablemente, Ludwig Rubiner.

⁴⁹³ Véase la nota del 17 de noviembre de 1917.

⁴⁹⁴ Friderike Maria von Winternitz viajó de regreso a Viena.

⁴⁹⁵ Probablemente, Henri Béraud.

⁴⁹⁶ Probablemente, una respuesta de Wolfgang Heine.

⁴⁹⁷ El artículo «*Vox Clamantis... Jeremias*, poème dramatique de Stefan Zweig», *Coenobium*, 20 de noviembre de 1917. *Coenobium*, rivista internazionale di liberi studi (1906-1919), editada en Lugano, se convirtió en una plataforma pacifista.

⁴⁹⁸ Probablemente, August Gaul.

⁴⁹⁹ Jenny Faesi.

⁵⁰⁰ Acto del Círculo de Lectura de Hottingen, en que Zweig leyó fragmentos de su obra *Jeremías*, y Jouve, su ciclo de poesía *Danse des mortes* ('La danza de los muertos').

⁵⁰¹ Probablemente, Frans Masereel.

⁵⁰² Críticas de la lectura pública del 12 de diciembre.

⁵⁰³ Probablemente se trate de la lectura pública de la obra de Stefan Zweig *Der verwandelte Komödiant. Spiel aus dem deutschen Rokoko* ('La metamorfosis del comediante. Pieza teatral del rococó alemán').

⁵⁰⁴ Miembro de la alta aristocracia en la antigua Rusia.

⁵⁰⁵ «Den hingeschlachteten Völkern!» ('A los pueblos masacrados'). Véase la nota 3 del 24 de noviembre de 1917 (p. 308).

⁵⁰⁶ Concierto para dos pianos de Ferruccio Benvenuto Busoni y Ernst Lochbrenner. Tocaron la *Sonata en re mayor* de Wolfgang Amadeus Mozart, las *Variaciones*, op. 46 de Robert Schumann, el *Concierto patético* de Franz Liszt, el *Scherzo*, op. 87 de Camille Saint Saëns, *Reminiscencias de Don Juan*, también de Liszt, en un arreglo para dos pianos, y—como estreno mundial—improvisaciones de Ferruccio Benvenuto Busoni sobre la canción «Wie wohl ist mir, o Freunde der Seele» del *Gesangbuch* de Schemellis y Bach.

⁵⁰⁷ Incluido en el volumen *Begegnungen mit Menschen, Büchern, Städten* ('Encuentros con personas, libros, ciudades'), Viena-Leipzig-Zúrich, Herbert Reichner, 1937 (edición parcial: *Encuentros con libros*, trad. Roberto Bravo de la Varga, Barcelona, Acantilado, 2020). Véase *Das Geheimnis des künstlerischen Schaffens* ('El misterio de la creación artística'), GWE, *op. cit.*, pp. 77-79.

⁵⁰⁸ Finalmente, para el estreno, se eliminaron tres de los nueve cuadros: el tercero, «El rumor»; el quinto, «La prueba del profeta», y el séptimo, «El día más amargo» (*Jeremías*, trad. Roberto Bravo de la Varga, Barcelona, Acantilado, 2020, pp. 61, 113 y 185).

⁵⁰⁹ Albert Welti, *Gemälde und Radierungen* ('Pinturas y aguafuertes'), sel. e introd. Hermann Hesse, Berlín, Furche, 1917.

⁵¹⁰ Probablemente, Walter Steinthal.

⁵¹¹ Probablemente, Hans von Hülsen.

⁵¹² Rainer Maria Rilke tradujo los sonetos de la poeta al alemán *Die vierundzwanzig Sonette der Louise Labé Lyoneserin* ('Los veinticuatro sonetos de Louise Labé'). (Existe traducción en español: Louise Labé, *Sonetos y elegías*, ed. y trad. Aurora Luque, Barcelona, Acantilado, 2011).

⁵¹³ En Pontresina (Suiza).

⁵¹⁴ Probablemente, Hanns W. Scheller.

⁵¹⁵ Sobre la prórroga de su licencia del servicio militar en el Archivo de Guerra.

⁵¹⁶ *Der Garten des Paradieses. Dramatische Rhapsodie aus Andersen* ('El jardín del paraíso, rapsodia dramática de Andersen'), de Hans Reinhart, Winterthur, Hoster, 1909. Se llevó a escena en el Pfautentheater.

⁵¹⁷ Para el diario *Neue Freie Presse*. Véase la primera nota de este diario de Suiza.

⁵¹⁸ Probablemente, un cabaret.

⁵¹⁹ Los dos textos que publicó Stefan Zweig en *Neue Freie Presse* fueron el ensayo «Bei den Sorglosen» ('Con los despreocupados'), 26 de febrero de 1918, y la reseña del libro *Regula Engel. Lebensbeschreibung der Witwe des Obrist Florian Engel von Langwies* ('Biografía de la viuda del coronel Florian Engel de Langwies'), que Zweig tituló «Die Lebensfahrt der Obristin Regula Engel» ('La trayectoria vital de la coronela Regula Engel'), 15 de marzo de 1918.

⁵²⁰ Posible alusión al poeta alemán Stefan George, que se convirtió en el maestro y mentor de poetas más jóvenes, con los que en ocasiones entablaba vínculos sentimentales, como fue el caso de Hofmannsthal.

⁵²¹ Posiblemente, Oskar Reinhart.

⁵²² Probablemente, un despacho de abogados.

⁵²³ Hermynia von zur Mühlen tradujo únicamente una parte de la novela de Leonid Nikoláievich Andréiev (1871-1919) *Elyugo de la guerra* para la colección Europäische Bibliothek, editada por René Schickele en la editorial Rascher de Zúrich. Von zur Mühlen tituló el fragmento «Hinter der Front» ('Detrás del frente').

⁵²⁴ Probablemente, lectura de *Jeremías*.

⁵²⁵ Paul Apel, *Hans Sonnenstössers Höllenfahrt. Ein Traumspiel* ('El paseo de Hans Sonnenstösser por el infierno. Una pieza de ensueño'), Berlín, Oesterheld & Co., 1911.

⁵²⁶ Soldados liberados en Ginebra por mediación de la oficina de asistencia a los prisioneros de guerra de la Cruz Roja.

⁵²⁷ Durante la guerra, Zweig había interrumpido la escritura de su ensayo sobre Dostoievski, que retoma en esta ocasión. Véase la nota 3 del 12 de septiembre de 1912 (p. 13).

⁵²⁸ Probablemente, Ernestine Lothar.

⁵²⁹ Zweig se había encontrado con Rolland en Villeneuve, en el cantón de Vaud, cerca del lado de Ginebra.

⁵³⁰ Adaptación libre de Franz Werfel de la tragedia de Eurípides en el Stadttheater de Zúrich que se estrenó el 22 de enero.

⁵³¹ Probablemente, *Gesänge aus den drei Reichen* ('Cánticos de los tres reinos'), Leipzig-Múnich, Kurt Wolff, 1917. (N. de la T.).

⁵³² El estreno en el Stadttheater de Zúrich se fijó para el 27 de febrero de 1918.

⁵³³ «Das Herz Europas. Ein Besuch im Genfer Roten Kreuz» (véase la nota 3 del 30 de noviembre de 1917). La traducción al francés la publicó la revista *Le Carmel* de Zúrich.

⁵³⁴ Sobre el estreno mundial el 27 de febrero de 1918 en el Zürcher Stadttheater escribió el *Neue Zürcher Zeitung*: «Rara vez es tan celebrado un autor en nuestro teatro en el estreno de su obra como en esta ocasión».

⁵³⁵ Los Aliados habían lanzado una ofensiva general y habían hecho retroceder gradualmente a los alemanes en octubre y noviembre de 1918.

⁵³⁶ En el número de julio-agosto de la revista *Friedens-Warte. Blätter für zwischenstaatliche Organisation*, que se publicaba en Berlín y Leipzig, Stefan Zweig publicó su artículo «Bekenntnis zum Defaitismus» ('Homenaje al derrotismo'), que recibió numerosos elogios. No obstante, Alfred Hermann Fried lo criticó duramente en *Neue Zürcher Zeitung* con un artículo titulado «Der Vernunftmeridian» ('El meridiano de la razón'), al que Zweig replicó en el mismo diario el 4 de agosto de 1918 con su artículo «Die Entwertung der Ideen» ('La devaluación de las ideas').

⁵³⁷ Probablemente, Friedrich von Wiesner. Véase la carta de Zweig a Friderike de agosto de 1918, en: Stefan & Friderike Zweig, *Correspondencia (1912-1942)*, trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2018, p. 85.

⁵³⁸ El 17 de septiembre, Austria-Hungría hizo a la Entente un ofrecimiento de paz, que fue rechazado.

⁵³⁹ Henri Guilbeaux fue acusado por fraternizar con el enemigo. El proceso tuvo lugar el 24 de marzo de 1919 en Francia: Guilbeaux fue condenado, en rebeldía, a la pena de muerte. Ante ello, Suiza lo expulsó y él se marchó a Rusia, donde permaneció hasta 1922. Después vivió en Alemania y finalmente volvió a Francia en 1932, año en que fue absuelto.

⁵⁴⁰ Título de la obra dramática de Romain Rolland. Véase la nota 2 del 28 de noviembre de 1917 (p. 316).

⁵⁴¹ «Aus der neutralen Schweiz: Ein Dichter» ('Desde la Suiza neutral: un poeta'), *Neue Freie Presse*, 11 de octubre de 1918.

⁵⁴² La obra de Stefan Zweig *Legende eines Lebens* ('Leyenda de una vida') se estrenó el 25 de diciembre de 1918 en el teatro Deutsches Schauspielhaus de Hamburgo.

⁵⁴³ Probablemente, una carta de Hermann Bahr, pero no se ha averiguado nada al respecto.

⁵⁴⁴ A principios de marzo de 1918 Isabelle Debran publicó en la revista *La Victoire* de Ginebra un artículo, «Das Schlangennest» ('El nido de la serpiente'), contra Romain Rolland y su grupo de amigos pacifistas, que provocó un encendido debate en la prensa.

⁵⁴⁵ Véase la nota 1 de la entrada del 20 de septiembre de 1918 (p. 352).

⁵⁴⁶ *Colas Breugnon* de la que, en su biografía *Romain Rolland. El hombre y su obra*, Zweig afirmaba que era «la obra más lograda de Rolland desde el punto de vista artístico».

⁵⁴⁷ El proyecto de la mencionada biografía de Romain Rolland.

⁵⁴⁸ «Opportunismus, der Weltfeind» ('Oportunismo, el enemigo mundial'), *Das Forum*, octubre de 1918. Véase *Die schlaflose Welt* ('El mundo insomne'), *GWE*, *op. cit.*, pp. 132-135.

⁵⁴⁹ El 29 de septiembre de 1918, Bulgaria firmó una tregua con la Entente, Turquía lo hizo el 30 de octubre.

⁵⁵⁰ Stefan Zweig no tradujo al alemán *Colas Breugnon* de Romain Rolland, pero sí revisó la traducción de Erna y Otto Grautoff.

⁵⁵¹ El primer ministro búlgaro Aleksandar Malinov (1867-1938) solicitó un armisticio a la Entente.

⁵⁵² *Colas Breugnon*.

⁵⁵³ R. Rolland, *Vie de Beethoven (Vida de Beethoven)*, París, Hachette, 1903.

⁵⁵⁴ Es probable que Rolland planease una biografía de Giuseppe Mazzini.

⁵⁵⁵ Es probable que Stefan Zweig recordase la frase de Goethe: «En sentido estricto, se puede y se debe fechar una nueva época a partir de cada día», en: *Máximas y reflexiones* (trad. Juan José del Solar, Barcelona, Edhasa, 2021). (*N. de la T.*).

⁵⁵⁶ El general Theodorov envió a un parlamentario para reunirse con el comandante general de los Ejércitos aliados, el general francés Louis-Félix-Marie-François Franchet d'Espèrey (1856-1942), y negociar una tregua de cuarenta y ocho horas. La propuesta fue rechazada por considerarse que podía tratarse de una estratagema.

⁵⁵⁷ La nueva solicitud de tregua a la Entente por parte de Bulgaria fue aceptada por mediación de Gran Bretaña.

⁵⁵⁸ Erwin Rieger sería el primer biógrafo de Stefan Zweig: *Stefan Zweig. Der Mann und das Werk* ('Stefan Zweig. El hombre y su obra'), Berlín, J.M. Spaeth, 1928.

⁵⁵⁹ Probablemente, Henri Guilbeaux.

⁵⁶⁰ El 4 de octubre de 1918 el nuevo gobierno alemán, encabezado por el príncipe Maximiliano de Baden, propuso al pre-

sidente Wilson el inicio de las negociaciones del armisticio.

⁵⁶¹ El litigio de su hermano mayor, Alfred.

⁵⁶² Probablemente, Josef Brendel (véase la entrada del 2 de octubre de 1912, p. 22).

⁵⁶³ Probablemente, el artículo «An Deutschlands Jugend» ('A la juventud de Alemania').

⁵⁶⁴ Probablemente, la novela bélica de Andreas Latzko *Friedensgericht* ('Juicio de paz'), Zúrich, Rascher, 1918, sobre la vida de los soldados alemanes en el frente occidental; no se ha averiguado nada sobre el artículo.

⁵⁶⁵ Ernst von Wildenbruch, compañero de Fritz von Unruh en la Escuela de Cadetes de Plön. Éste último se inspiró en la figura del príncipe Luis de Prusia, abuelo de Wildenbruch, para su segunda obra dramática, *Louis Ferdinand, Prinz von Preussen* ('Luis Fernando, príncipe de Prusia'), 1913.

⁵⁶⁶ Probablemente, la primera y segunda partes de la tragedia de Fritz von Unruh planeada como trilogía *Ein Geschlecht* ('Una generación'), Leipzig, K. Wolff, 1917, cuya segunda parte, *Platz* ('Plaza'), apareció en 1920 (Leipzig, K. Wolff).

⁵⁶⁷ El litigio entre Beck y Alfred, hermano mayor de Zweig.

⁵⁶⁸ En realidad, Joyce trabajó siete años—de 1914 a 1921—en *Ulyses*, que se publicó en París en 1922, si bien dieciocho capítulos ya habían aparecido por entregas entre 1918 y 1920 en la revista estadounidense *The Little Review*.

⁵⁶⁹ Probablemente, Yella Hetzka.

⁵⁷⁰ El litigio del hermano mayor de Stefan Zweig con Beck.

⁵⁷¹ La epidemia de gripe que se cobró más de veinte millones de víctimas en Europa.

⁵⁷² El artículo «Heinrich Lammasch», *Neue Zürcher Zeitung*, 29 de octubre de 1918.

⁵⁷³ A raíz de la nueva Constitución del Reich, que entró en vigor el 28 de octubre de 1918, Guillermo II fue apartado del gobierno para satisfacer las condiciones del presidente Wilson.

⁵⁷⁴ «Friedensbotschaft im Herbst» ('Un mensaje de paz en otoño'), *Neue Freie Presse*, 22 de octubre de 1918.

⁵⁷⁵ El 3 de marzo de 1918, se firmó la paz en Brest-Litovsk entre la Rusia soviética, por una parte, y Alemania, Austria-Hungría, Bulgaria y Turquía por la otra.

⁵⁷⁶ Con motivo de la puesta en escena en el Stadttheater de Núremberg.

⁵⁷⁷ La obra dramática *Legende eines Lebens* ('Leyenda de una vida'), que publicó en 1919 la editorial Insel de Leipzig.

⁵⁷⁸ El 9 de noviembre de 1918, el canciller del Reich, proclamó la abdicación de Guillermo II como káiser de Alemania a petición del presidente Wilson y tras un ultimátum al káiser.

⁵⁷⁹ El 21 de octubre de 1918, el Gobierno del Reich alemán respondió al presidente Woodrow Wilson sobre las condiciones de la Entente para la tregua.

⁵⁸⁰ La pieza de teatro de Zweig *Legende eines Lebens* ('Leyenda de una vida') se presentó en el Lessing-Theater de Berlín después del estreno mundial en Hamburgo.

⁵⁸¹ Probablemente, Ernesto De Fiori.

⁵⁸² «Heinrich Lammasch», véase la nota 5 del 11 de octubre de 1918.

⁵⁸³ El primer ministro húngaro István Tisza fue asesinado el 31 de octubre de 1918 por soldados insurrectos.

⁵⁸⁴ A Paula Latzko le habían diagnosticado un cáncer meses atrás, que había paliado tomando morfina a escondidas (véase la carta del 13 de octubre de 1918 en: *Andreas Latzko und Stefan Zweig - eine schwierige Freundschaft: Der Briefwechsel 1918-1939* ['Andreas Latzko y Stefan Zweig: una amistad difícil. Correspondencia 1918-1939'], Berlín, Der Frank & Timme, 2018, p. 28). Paula moriría en abril de 1919.

⁵⁸⁵ Actual capital de Eslovenia.

⁵⁸⁶ En realidad, la última de las doce batallas de la Primera Guerra Mundial en el valle del Isonzo (en el norte de Italia) tu-

vo lugar en noviembre de 1917; la derrota definitiva del Imperio austrohúngaro a manos de Italia se produjo con la batalla de Vittorio Veneto, entre el 23 de octubre y el 2 de noviembre de 1918.

⁵⁸⁷ La Marina italiana hundió el buque de guerra austríaco *Viribus Unitis* en el puerto de Pola (Istria).

⁵⁸⁸ Probablemente, el hermano de Beck, con quien Alfred Zweig tuvo el litigio.

⁵⁸⁹ Probablemente, Rudolf Jetmmar.

⁵⁹⁰ Los soldados retornados del frente de Italia, liderados por un abogado de Bregenz, el doctor Eder, formaron un Gobierno propio en Vorarlberg, que se negaba a formar parte de Austria y requería formar parte de Suiza. En respuesta, Suiza y Baviera reforzaron su guardia de fronteras contra Vorarlberg.

⁵⁹¹ Los soldados que regresaron del frente de Italia y no recibían alimentos saquearon sobre todo los comercios.

⁵⁹² Véase la nota 1 del 23 de septiembre de 1918 (p. 357).

⁵⁹³ Los editores de la editorial Rütten und Loening de Fráncfort del Meno, donde se publicó la biografía de Romain Rolland escrita por Stefan Zweig.

⁵⁹⁴ Suiza cerró la frontera con Austria cuando algunos soldados fueron enviados a pedir alimentos para Vorarlberg.

⁵⁹⁵ El motín de los soldados de la Marina Imperial alemana en Kiel el 4 de noviembre que desencadenó la Revolución de noviembre en Alemania.

⁵⁹⁶ Probablemente, Josef Brendel (véase la entrada del 2 de octubre de 1912, p. 22).

⁵⁹⁷ Para proteger a Suiza de la entrada de los soldados sublevados en Austria, Italia y Alemania, se concentraron tropas en las fronteras con estos países. Ante ello, los socialdemócratas llamaron a la huelga.

⁵⁹⁸ La huelga terminó convirtiéndose en huelga general con el objetivo de lograr un levantamiento político. Las ciudades

implicadas fueron Zúrich, Winterthur, St. Gallen, Aarau, Basilea, Lucerna, Berna, Thun, La-Chaux-de-Fonds y Ginebra.

⁵⁹⁹ La Heimwehr (Defensa de la Patria) era una milicia armada de derecha radical formada por voluntarios austriacos, fundada en 1919 para luchar contra el bolchevismo tomando como modelo el fascismo italiano y partidaria de un régimen autoritario. A diferencia de la fuerza paramilitar socialdemócrata Republikanischer Schutzbund (Liga de Defensa Republicana), la Heimwehr se convirtió en un movimiento de lucha política, especialmente tras los sangrientos disturbios del 15 de julio de 1927 en Viena. Más adelante, a Zweig se le acusó de esconder armas para la fuerza socialdemócrata y el 18 de febrero de 1934 fue registrada su casa en Salzburgo, después de lo cual abandonó Austria y, tras permanecer unos días en París, se estableció en Londres. Véase «El rechazo», en: Stefan Zweig & Friderike Zweig, *Correspondencia (1912-1942)*, trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2018, pp. 329 y ss.

⁶⁰⁰ Job 42, 17.

⁶⁰¹ «Schnitzler, der Österreicher» ('Schnitzler, el austriaco'), *Neue Freie Presse*, 22 de octubre de 1931.

⁶⁰² *Marie Antoinette. Das Bildnis eines mittleren Charakters*, Leipzig, Insel, 1932. (*María Antonieta*, trad. Carlos Fortea, Barcelona, Acantilado, 2012).

⁶⁰³ El conde Mercy-d'Argenteau, a quien la emperatriz María Teresa envió en 1780 a la corte francesa. Su correspondencia secreta con la emperatriz, así como con María Antonieta, constituyó una importante fuente para la biografía *María Antonieta* que escribió Stefan Zweig.

⁶⁰⁴ Zweig nunca aceptó condecoraciones ni distinciones honoríficas.

⁶⁰⁵ Probablemente, Alfred Zweig.

⁶⁰⁶ Probablemente, la versión cinematográfica de la comedia *Volpone* de Ben Jonson, cuyo guión adaptaron Stefan Zweig y

Jules Romain, que finalmente, en 1941, serviría para la película francesa homónima dirigida por Maurice Tourneur.

⁶⁰⁷ No realizó ni la pieza teatral ni la novela.

⁶⁰⁸ Acto consagrado a infundir salud y fuerzas. Aquí alude a la conversación con el editor Kippenberg.

⁶⁰⁹ Tras la muerte, en 1929, de Hugo von Hofmannsthal, que había escrito los libretos para varias óperas de Richard Strauss, el compositor estaba buscando a un sucesor. Anton Kippenberg le recomendó a Stefan Zweig, con quien congenió enseñada. Zweig escribió, a partir de la comedia de Ben Jonson, el libreto de *La mujer silenciosa*, la ópera en tres actos que, pese a las protestas de los nacionalsocialistas y contra el deseo de Zweig, dirigió Karl Böhm y se estrenó en Dresde el 24 de junio de 1935. La ópera se prohibió tras la cuarta función (véase *El mundo de ayer*, trad. J. Fontcuberta y A. Orzesek, Barcelona, Acantilado, 2002, pp. 468-474).

⁶¹⁰ Felix Salten probablemente se proponía organizar una ceremonia con motivo del quincuagésimo cumpleaños de Zweig, el 28 de noviembre de 1931.

⁶¹¹ Véase el capítulo «Mirabeau», en: *María Antonieta*, trad. Carlos Fortea, Barcelona, Acantilado, 2012, pp. 320-332.

⁶¹² En octubre de 1931, los nacionalsocialistas, los nacionalistas alemanes y el Stahlhelm (Asociación de Soldados del Frente) se unieron para formar el llamado Frente de Harzburg. El número de partidarios del NSDAP (Nationalsozialistische Deutsche Arbeiter Partei, 'Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán') aumentó a ochocientos mil y, al año siguiente, alcanzó el millón.

⁶¹³ Hans Carossa, *Der Arzt Gion* ('El doctor Gion'), Leipzig, Insel, 1931.

⁶¹⁴ Hans Carossa, *Rumänisches Tagebuch* ('Diario de Rumanía'), Leipzig, Insel, 1924.

⁶¹⁵ Comedia musical protagonizada por Annabella y René Lefèvre.

⁶¹⁶ Probablemente, la biografía temprana de Sérov a cargo de M.R. Werner, *To Whom It May Concern: The Story of Victor Ilyitch Seroff*, Nueva York, Jonathan Cape & Harrison Smith, 1931.

⁶¹⁷ Alice («Alix») von Winternitz aprendió fotografía en el estudio de Hugo Hinterberger.

⁶¹⁸ *Ebe.*, en el original: probable alusión a su matrimonio. El 31 de diciembre de 1931, Friderike le escribió a París, donde su marido había viajado a fin de documentarse en la Biblioteca Nacional para su biografía *María Antonieta*: «Yo misma quisiera procurarte la mayor tranquilidad, pero ya no sé cómo, porque tampoco yo acierto ahora a encontrar mi propio equilibrio en la inactividad», Stefan Zweig & Friderike Zweig, *Correspondencia (1912-1942)*, trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2018, p. 293.

⁶¹⁹ Stefan Zweig había planeado viajar por segunda vez en abril de 1931 a la Unión Soviética, pero lo pospuso para dedicarse a la redacción de *María Antonieta* y finalmente lo canceló. Su primera estancia en Rusia había tenido lugar en septiembre de 1928, cuando lo invitaron como representante de los escritores austríacos en los actos conmemorativos del centenario de Tolstói.

⁶²⁰ Véase el capítulo «La fuga de Varennes», en: *María Antonieta*, trad. Carlos Fortea, Barcelona, Acantilado, 2012, pp. 343-361.

⁶²¹ Stefan Zweig se desplazó de Salzburgo, donde residía desde 1919, a Múnich para encontrarse con Richard Strauss, según lo acordado por ambos. Strauss estaba en Múnich ese día para asistir al estreno de su ópera *Elektra*, y se reunieron en el hotel Vier Jahreszeiten.

⁶²² La novela corta fue creciendo hasta convertirse en una novela que Zweig no llegaría a concluir y sólo aparecería en

1982: *La embriaguez de la metamorfosis*, trad. Adan Kovacsics, Barcelona, Acantilado, 2002.

⁶²³ Probablemente, *gourgandine*, ‘mujer fácil, prostituta’ en francés.

⁶²⁴ *Im weißen Rößl*, opereta de Ralph Benatzky.

⁶²⁵ Misterioso asunto en París.

⁶²⁶ «Hans Carossa», *Berliner Tageblatt*, 8 de noviembre de 1928.

⁶²⁷ El mecenas suizo Werner Reinhart alquiló en 1921 el castillo Muzot en Suiza y lo puso a disposición de Rainer Maria Rilke. Tras su muerte (1927), se creó e instaló allí el Museo Rilke.

⁶²⁸ Esposa de Telramund, duque de Brabante, personaje de la ópera en tres actos de Richard Wagner *Lohengrin*.

⁶²⁹ Brünnhilde, valquiria amante de Sigfrido y personaje de la tetralogía operística de Richard Wagner *El anillo del nibelungo*.

⁶³⁰ *Marsyas und Apoll* (‘Marsias y Apolo’), que Stefan Zweig había previsto inicialmente para Ígor Stravinski o Arthur Honegger.

⁶³¹ El libreto de *Die schweigsame Frau* (‘La mujer silenciosa’).

⁶³² *Der Rosenkavalier, Komödie für Musik* (‘El caballero de la rosa, ópera cómica en tres actos’), libreto de Hugo von Hofmannsthal, música de Richard Strauss, se estrenó el 26 de enero de 1911 en Dresde.

⁶³³ Probablemente, alusión al comentario de Goethe sobre *El sobrino de Rameau* de Denis Diderot, donde distinguía dos formas de abordar la música, la sentimental y la intelectual.

⁶³⁴ *Traum durch die Dämmerung*, poema de Otto Julius Bierbaum al que Richard Strauss puso música en su op. 29, n.º1, de 1894.

⁶³⁵ Richard Wagner dijo de él: «Este Strauss es un tipo insoportable, pero cuando toca el instrumento es imposible enfadarse con él».

⁶³⁶ El célebre Hoftheater de Meiningen en el siglo XIX. Johannes Brahms estrenó allí su *Segundo concierto para piano*, op. 83 (*Zweites Klavierkonzert*, op. 83) en 1881, bajo la dirección de Hans Bülow, quien también dirigió en el mismo teatro el estreno de la *Cuarta Sinfonía*, op. 98 (*Vierte Symphonie*, op. 98) de Brahms.

⁶³⁷ Drama en un acto de Oscar Wilde. Estreno el 9 de diciembre de 1905 en Dresde.

⁶³⁸ Anton Lindner ya había trabajado el texto y fue el candidato de Strauss para escribir el libreto de la obra de Wilde en la traducción alemana de la escritora Hedwig Lachmann.

⁶³⁹ *Los maestros cantores de Núremberg* de Richard Wagner.

⁶⁴⁰ *Die Frau ohne Schatten, Oper in drei Akten (11 Bildern)* ('La mujer sin sombra, ópera en tres actos'), libreto de Hugo von Hofmannsthal, música de Richard Strauss. Se estrenó en Viena el 10 de octubre de 1919.

⁶⁴¹ Comedia lírica en tres actos de Richard Strauss y libreto de Hugo von Hofmannsthal. Se estrenó el 1.º de julio de 1933 en Dresde.

⁶⁴² Tragedia en un acto de Richard Strauss, libreto de Hugo von Hofmannsthal. Se estrenó el 25 de enero de 1909 en Dresde.

⁶⁴³ Alusión al *Tannhäuser* de Richard Wagner, donde el bastón del peregrino comienza a reverdecer como señal de que el moribundo Tannhäuser ha recibido el perdón divino; y también a la leyenda de Santa Isabel de Hungría: cuando su consorte, Ludovico IV, landgrave de Turingia, la reprendió a causa de sus obras de caridad, los panes que quería llevar a los pobres se convirtieron en rosas blancas y rojas.

⁶⁴⁴ Probablemente, Leonhard Adelt.

⁶⁴⁵ Probablemente, el comienzo de *La embriaguez de la metamorfosis*.

⁶⁴⁶ Probablemente, Leonhard Adelt.

⁶⁴⁷ Con motivo del quincuagésimo cumpleaños de Stefan Zweig, el 28 de noviembre de 1931.

⁶⁴⁸ Paul Frischauer, «Stefan Zweig zum fünfzigsten Geburtstag» ('En el quincuagésimo aniversario de Stefan Zweig'), *Berliner Tageblatt*, 27 de noviembre de 1931.

⁶⁴⁹ *Der Weg ins Leben*, versión alemana de uno de los primeros largometrajes rusos sonoros, *Putevka v žizn* de Nikolái Ekk.

⁶⁵⁰ Alusión a una escena en que el maestro anima a sus jóvenes alumnos (a los que trata de reformar para que abandonen el mundo del crimen) a entrar con pistolas en un prostíbulo para disuadir a los clientes.

⁶⁵¹ Restaurante en Múnich.

⁶⁵² Carl Zuckmayer vivía entonces en Henndorf, cerca de Salzburgo.

⁶⁵³ Probablemente, el nombre de una de las chicas del Circo Knie.

⁶⁵⁴ Posiblemente, función de la obra infantil de Carl Zuckmayer *Kakadu-Kakada* ('Cacatúa-Cacatá').

⁶⁵⁵ Ópera en cuatro actos (diez cuadros) de Giuseppe Verdi (1813-1901). Libreto de F. M. Piave. Aria del segundo acto: «La luce langue, il faro spagnesì» ('La luz languidece, el faro se apaga').

⁶⁵⁶ Stefan Zweig vivía desde 1919 en Salzburgo, en el Kapuzinerberg, junto con su esposa Friderike y las dos hijas de ella de su primer matrimonio, Alice y Susanne von Winternitz.

⁶⁵⁷ Se refiere a la casa de su madre en Viena.

⁶⁵⁸ Probablemente, el antiguo contrincante en el litigio de su hermano Alfred.

⁶⁵⁹ Se publicó en Berlín en 1925 y se estrenó en Hamburgo el 19 de septiembre del mismo año.

⁶⁶⁰ Salzburger Festspiele, fundado en 1917 bajo la dirección de Hugo von Hofmannsthal, Max Reinhardt, Alfred Roller y Richard Strauss.

⁶⁶¹ Famoso hotel de lujo vienés con café y restaurante.

⁶⁶² Felix Somary había embarcado en Génova en el trasatlántico italiano *Conte di Savoia* junto con su mujer, la condesa austriaca May Demblin (1900-1949), mientras que Zweig, al que ya conocía de Viena, lo había hecho en Niza.

⁶⁶³ Probablemente, Elsa Muschenheim.

⁶⁶⁴ Stefan Zweig estuvo por primera vez en Estados Unidos de finales de febrero a finales de abril de 1911.

⁶⁶⁵ Barrio de Nueva York, el más antiguo asentamiento en el extremo sur de la isla de Manhattan.

⁶⁶⁶ *Los segadores* (1565) de Pieter Brueghel el Viejo, Metropolitan Museum de Nueva York.

⁶⁶⁷ Probablemente, *El Gran Canal de Venecia* (1835).

⁶⁶⁸ Probablemente, los óleos *Corrida en la plaza* (c. 1810-1812) y *Majas al balcón* (c. 1808-1814).

⁶⁶⁹ Óleo sobre lienzo atribuido a Francisco de Goya que se expone en el Metropolitan Museum con el título de *City on the Rock*.

⁶⁷⁰ Probablemente, Harold Kleinert Guinzburg.

⁶⁷¹ «Der Rhythmus von New York», título de un artículo que Stefan Zweig publicó el 7 de diciembre de 1913 en el periódico de Dresde *Dresdner Anzeiger*.

⁶⁷² Los Brettauer, familiares maternos de Stefan Zweig.

⁶⁷³ Probablemente, un hermano de la madre de Stefan Zweig.

⁶⁷⁴ Probablemente, David Josef Bach.

⁶⁷⁵ Savoy Ballroom, salón de baile—conocido como «*Home of the happy feet*»—inaugurado en 1926 en la avenida Lenox, entre las Calles 140 y 141, en el distrito de Harlem, y muy popular entre las décadas de 1930 y 1950. Los bailarines eran conocidos como los *Savoy lindy hoppers*, por el *Lindy hop*, estilo de baile que se cree nació allí.

⁶⁷⁶ Isabel II de Inglaterra, la actual reina.

⁶⁷⁷ Calle bulliciosa con cabarets y tabernas.

⁶⁷⁸ Posiblemente sobre María Estuardo.

⁶⁷⁹ Película bélica de 1934 de los hermanos Serguéi (1900-1959) y Gueorgui (1899-1946) Vasíliev.

⁶⁸⁰ Eugen Brettauer; no se ha encontrado más información.

⁶⁸¹ Sede de los papas (1309-1377) y de dos antipapas (1378-1408).

⁶⁸² *Romeo y Julieta* se estrenó en Broadway en diciembre de 1934. Laproducción, innovadora, la dirigió Guthrie McClintic, marido de Cornell, que interpretaba el papel de Julieta.

⁶⁸³ Probablemente, la representante en Viena de la compañía cinematográfica estadounidense Metro Goldwyn Mayer, Ann Bernstein.

⁶⁸⁴ Zweig asistió a la función en el Ethel Barrymore Theatre.

⁶⁸⁵ El poema narrativo *Endymion*, de John Keats, se publicó en 1818.

⁶⁸⁶ Probablemente, *Manfred*, poema dramático publicado en 1817.

⁶⁸⁷ *Le Fanatisme ou Mahomet le Prophète*, tragedia de Voltaire publicada en 1742.

⁶⁸⁸ *A Christmas Carol*, publicada en 1843.

⁶⁸⁹ *Sinfonía n.º 7 en Mi mayor* de Anton Bruckner.

⁶⁹⁰ Barrio judío de Viena.

⁶⁹¹ La biografía de Stefan Zweig *María Antonieta* fue adaptada al cine en Estados Unidos en 1938 bajo la dirección del estadounidense W. S. van Dyke y producida por la Metro Goldwyn Mayer.

⁶⁹² Posiblemente, Gaby Morlay, que protagonizó la adaptación francesa de la novela de Stefan Zweig *Miedo* (trad. Roberto Bravo de la Varga, Barcelona, Acantilado, 2018), dirigida por el director ucraniano Víktor Tourjansky. La primera adaptación se

realizó en 1928 bajo la dirección del director alemán Hans Steinhoff.

⁶⁹³ Herbert Sherman Gorman, *The Scottish Queen*, Nueva York, Farrar & Rinehart, 1932.

⁶⁹⁴ Felix Wittmer se encargó, junto con John Theodore Geissendoerfer, de la edición estadounidense de la obra de Zweig, *Momentos estelares de la humanidad* (*The Tide of Fortune*, Nueva York, Prentice-Hall, 1931).

⁶⁹⁵ La fundación de una revista judía mensual; el proyecto no se realizó jamás.

⁶⁹⁶ «Arturo Toscanini. Ein Bildnis» ('Arturo Toscanini. Un retrato'), en: Paul Stefan, *Arturo Toscanini*, Viena-Leipzig-Zúrich, Herbert Reichner, 1935. Véase *Das Gebeimnis des künstlerischen Schaffens*, GWE, op. cit., 1984, pp. 316-327.

⁶⁹⁷ Apéndices a la biografía de Stefan Zweig *Maria Stuart*, Leipzig, Insel, 1935 (*María Estuardo*, trad. Carlos Fortea Gil, Barcelona, Acantilado, 2012).

⁶⁹⁸ Probablemente, *La embriaguez de la metamorfosis*.

⁶⁹⁹ Obertura de *Ifigenia en Áulide*, de Gluck.

⁷⁰⁰ Zweig zarpó de Nueva York en el trasatlántico *Manhattan*, de la naviera United States Lines, y llegó a Londres hacia el 7 de febrero.

⁷⁰¹ En la llamada segunda guerra ítalo-etíope entre octubre de 1935 y mayo de 1936 (la primera data de 1895-1996), Etiopía cayó en manos de los italianos y fue anexionada, junto con Eritrea y Somalia, al África Oriental Italiana.

⁷⁰² El trasatlántico *Alcántara*, de la naviera británica Royal Mail Lines.

⁷⁰³ Probablemente, Edward Frederic Benson, *Ferdinand Magellan*, Nueva York, Harper, 1930. Stefan Zweig encontró el libro por casualidad en la biblioteca del barco y le sirvió de estímulo para escribir su propia biografía de Magallanes: *Magellan. Der*

Mann und seine Tat ('Magallanes, el hombre y su gesta'), GWE, *op. cit.*, 1983.

⁷⁰⁴ Probablemente, uno de los numerosos comienzos de la novela *La impaciencia del corazón* (trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2006).

⁷⁰⁵ El 17 de julio de 1936 se había producido el alzamiento militar de Franco e iniciado la Guerra Civil Española. Vigo había sido la última zona de Galicia en caer en manos del bando nacional el 28 de julio.

⁷⁰⁶ Zweig dedica un largo pasaje a la España de aquellos años en *El mundo de ayer*, trad. J. Fontcuberta y A. Orzeszek, Barcelona, Acantilado, pp. 498-500.

⁷⁰⁷ En español en el original.

⁷⁰⁸ En español en el original.

⁷⁰⁹ La primera edición en español de *María Estuardo* sólo se publicó en 1958.

⁷¹⁰ Henry Ford, *The International Jew*, Michigan, Dearborn Publishing Co., 1920-1922. La primera traducción española apareció en una editorial alemana: *El Judío internacional*, trad. Bruno Wenzel, Leipzig, Hammer, 1925.

⁷¹¹ En español en el original.

⁷¹² Probablemente, Cecil Winton Maudslay.

⁷¹³ En *La curación por el espíritu* (trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2006), Zweig plasmó la vida y obra de Mesmer, de Mary Baker-Eddy y de Sigmund Freud.

⁷¹⁴ Probablemente, la condesa de origen danés Charlotte Wurmbrand-Stuppach.

⁷¹⁵ En 1927, Stefan Zweig publicó una primera edición de *Sternstunden der Menschheit* (*Momentos estelares de la humanidad*) con cinco «miniaturas históricas» que luego amplió, aunque no dedicó ninguna de las catorce a Pedro Sarmiento, que sí aparece brevemente en su *Magallanes*.

⁷¹⁶ Confusión de Stefan Zweig: se hospedó en el Copacabana Palace Hotel.

⁷¹⁷ Especie de lotería federal con apuestas flexibles que prácticamente se convirtió en una institución en el país y fue prohibida por ley.

⁷¹⁸ Barrio de prostitución en la ciudad de Tokio de la época.

⁷¹⁹ En septiembre de 1941, Zweig y su esposa Lotte alquilarían en esta pequeña ciudad de veraneo la casa (rua Goçaves Dias, 24) donde vivieron hasta que se suicidaron el 22 de febrero de 1942.

⁷²⁰ Stefan Zweig leyó «en un círculo privado a favor de los refugiados» la leyenda *Der begrabene Leuchter* (*El candelabro enterrado*, trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2007) ante la Asociación de Ayuda a los Judíos.

⁷²¹ Ese mismo día, en una carta a Friderike, Zweig contaba: «Hoy he hablado para un círculo íntimo (sin anuncio en la prensa), en alemán, para la Asociación de Ayuda a los Judíos. Por expreso deseo mío, el anuncio fue estrictamente *oral* y dirigido sólo a judíos, y han asistido mil doscientas personas, de las cuales la mitad han tenido que estar de pie toda la tarde. Los beneficios ascendieron aproximadamente a mil francos suizos, lo que aquí equivale a diez veces más, pues cinco mil milréis alcanzan para vivir años, todo es increíblemente barato», *Correspondencia (1912-1942)*, trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2018, pp. 366.

⁷²² En realidad, el nombre del Instituto Butantan proviene de la palabra de la lengua tupi *butantã* que significa ‘suelo triturado’.

⁷²³ El pasaje «Besuch beim Kaffee» (‘Visita a una plantación de café’), de su serie de artículos «Kleine Reise nach Brasilien» (‘Breve viaje a Brasil’), publicados entre el 10 de octubre y el 8 de noviembre de 1936 en *Pester Lloyd*.

⁷²⁴ Probablemente, la tipología de la «constitución humana» elaborada por Ernst Kretschmer.

⁷²⁵ Véase la nota del 30 de agosto de 1936.

⁷²⁶ Stefan Zweig escribió este diario en inglés en la ciudad de Bath, donde vivía desde julio de 1939.

⁷²⁷ La respuesta, en apariencia positiva, de Hitler a la oferta de los ingleses del 28 de agosto de 1939 de iniciar negociaciones directas.

⁷²⁸ El segundo matrimonio de Zweig, el 6 de septiembre de 1939 con Lotte Altmann, su secretaria.

⁷²⁹ Mussolini había declarado que su país no estaba listo para la guerra, pese a que el 22 de marzo de 1939 pactó una alianza militar con Hitler. En junio de 1940, Italia entró en guerra.

⁷³⁰ Véase la nota 1 del 4 de agosto de 1914.

⁷³¹ Día festivo en el Imperio alemán, entre 1871 y 1918, en que se celebraba el final de la batalla de Sedan de 1870.

⁷³² Tras la declaración de guerra de Gran Bretaña a Alemania, todos los alemanes residentes en Inglaterra—y, por extensión, todos los austriacos, debido a la anexión alemana en marzo de 1938—fueron declarados enemigos extranjeros, «*alien enemies*».

⁷³³ Temiendo bombardeos aéreos y sabiéndose en inferioridad militar, el gobierno británico puso en marcha la Operación Pied Piper (Flautista de Hamelin) para salvar a la población civil, en especial a los niños, enviándola a zonas rurales o a otros países. La operación, iniciada el primero de septiembre de 1939, movilizó en sólo tres días a un millón y medio de personas, de las cuales 827000 eran niños no acompañados.

⁷³⁴ Finalmente, Zweig no le dedicó ninguna de las catorce «miniaturas históricas» de *Momentos estelares de la humanidad*.

⁷³⁵ El 3 de septiembre de 1939, un submarino alemán hundió al vapor transatlántico inglés *Athenia*.

⁷³⁶ Véase la nota 2 del 2 de septiembre de 1939 (p. 469).

⁷³⁷ El 13 de marzo de 1938, el Gobierno del Reich alemán había declarado que Austria pasaba a ser un *Land* alemán.

⁷³⁸ Estados Unidos sólo cambió su estricta postura de neutralidad a principios de noviembre de 1939, cuando levantó el embargo de armamento a favor de las potencias europeas occidentales.

⁷³⁹ Desde principios de la década de 1930, corrientes radicales de extrema derecha habían influido en la política húngara; las relaciones con Alemania se estrecharon profundamente. En junio de 1941, Hungría entró en guerra del lado de las llamadas «Potencias del Eje», Alemania, Italia y Japón; en marzo de 1944, tropas alemanas ocuparon el país.

⁷⁴⁰ Testigo de la boda de Stefan Zweig y Lotte Altmann; no se ha encontrado más información.

⁷⁴¹ En realidad, Zweig estuvo en Baden bei Wien en junio de 1914 y regresó a Viena a finales de julio (véase la nota 1 del 30 de julio de 1914).

⁷⁴² El trasatlántico alemán más grande de su época, que sirvió comobuque da apoyo a la *Kriegsmarine* ('Marina de guerra') durante el conflicto. Hasta el 30 de septiembre de 1939, submarinos alemanes hundieron cuarenta y ocho barcos mercantes de los Aliados en el mar del Norte y el océano Atlántico.

⁷⁴³ Véase la nota del 20 de agosto de 1914.

⁷⁴⁴ La primera edición de *El mundo de ayer* (trad. Joan Fontcuberta y Agata Orzeszek, Barcelona, Acantilado, 2001) apareció póstumamente en 1944 en la editorial Bermann-Fischer de Estocolmo.

⁷⁴⁵ *La impaciencia del corazón* (trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2006), acababa de publicarse en la editorial Bermann-Fischer de Estocolmo. Entre noviembre de 1941 y febrero de 1942, Zweig trató de escribir otra novela, que debía mostrar una vez más su época desde la óptica de una mujer, pero no la terminó.

⁷⁴⁶ *Triumph und Tragik des Erasmus von Rotterdam*, Leipzig, Insel, 1935.

⁷⁴⁷ Polonia capituló el 28 de septiembre de 1939 y el mismo día se firmó el pacto de no agresión germanosoviético (pacto Mólotov-Ribbentrop), cuyas negociaciones se habían iniciado el 23 de agosto de 1939 y en el cual se distribuían los territorios de Polonia.

⁷⁴⁸ «The Head upon the Rostrum. Cicero's Death» ('La cabeza en la tribuna. La muerte de Cicerón') se publicó en la edición inglesa de *Momentos estelares: The Tide of Fortune. Twelve Historical Miniatures*, Nueva York, Viking Press, 1940. El original alemán sólo se publicó en 1982 en la revista *Neue Rundschau*, n.º 2, pp. 145-166.

⁷⁴⁹ Por exigencia de Hitler, Mussolini había intervenido militarmente en 1936 en la guerra civil española.

⁷⁵⁰ Véase la nota 1 del 30 de julio de 1914.

⁷⁵¹ El 17 de septiembre de 1939 submarinos alemanes hundieron el portaviones *Courageous* en el canal de Bristol.

⁷⁵² Probablemente, el dinero de la pensión para su exesposa Friderike; véase la carta de Zweig a ésta del 23 de abril de 1940, en: *Correspondencia (1912-1942)*, trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2018, p. 413.

⁷⁵³ Véase la entrada del 9 de septiembre de 1939.

⁷⁵⁴ Stefan Zweig poseía el escritorio de Beethoven.

⁷⁵⁵ Posiblemente, la compañía de seguros.

⁷⁵⁶ Sigmund Freud sufría cáncer de paladar y falleció el 23 de septiembre de 1939.

⁷⁵⁷ Desde marzo de 1936, Zweig había vivido en un piso del número 49 de la calle Hallam de Londres.

⁷⁵⁸ Su amigo Joseph Roth, con la salud muy deteriorada por el alcohol, había muerto en mayo de ese año en París, donde se hallaba exiliado, sin que Zweig pudiera satisfacer su deseo de reencontrarse con él. Véase la carta de Zweig a Roth de diciem-

bre de 1938, en: *Ser amigo mío es funesto. Correspondencia (1927-1938)*, trad. J. Fontcuberta y E. Gil Bera, Barcelona, Acantilado, 2014, p. 335.

⁷⁵⁹ Ernst Toller se había suicidado en mayo en Nueva York, donde se hallaba exiliado.

⁷⁶⁰ A unos sesenta kilómetros al suroeste de Bath. La línea de Bath a Londres era vía Reading.

⁷⁶¹ Probablemente, la antigua vivienda de Lotte Altmann.

⁷⁶² «Worte am Sarge Sigmund Freuds. Gesprochen am 26. September 1939 im Krematorium London» ('Unas palabras en memoria de Sigmund Freud. Pronunciadas el 26 de septiembre de 1939 en el Crematorio de Londres'). Freud fue sepultado en el cementerio de Golder's Green.

⁷⁶³ El 14 de octubre el submarino alemán *U-47* hundió el buque de guerra británico *Royal Oak* en la principal base naval inglesa, Scapa Flow, situada junto a las islas Orcadas. El hundimiento dejó más de ochocientos muertos y fue la demostración de que los alemanes eran capaces de llevar la guerra a aguas británicas. Los días 16 y 17 de octubre de 1939, fue la fuerza aérea alemana la que atacó buques de guerra británicos.

⁷⁶⁴ Los británicos enviaron escasas tropas para ayudar a Noruega a rechazar la invasión Alemana y tuvieron que abandonar el país el 9 de junio. El fracaso de esta operación para evitar la invasión Alemana de Noruega obligó a la Cámara de los Comunes a celebrar el histórico «debate de Noruega» que llevó al nombramiento de Churchill como Primer Ministro.

⁷⁶⁵ Winston Leonard Churchill asumió el cargo de Primer Ministro.

⁷⁶⁶ Stefan Zweig estuvo invitado en París en abril de 1940 para dar una conferencia en el marco de la Conférence des Ambassadeurs.

⁷⁶⁷ El 17 de mayo de 1940 las tropas alemanas habían llegado a Oise.

⁷⁶⁸ Probablemente, el restaurante del The Berkeley, hotel londinense entonces situado en la esquina de Piccadilly con Berkeley Street.

⁷⁶⁹ La táctica militar denominada «guerra relámpago» (*Blitzkrieg*), basada en una campaña rápida, sorpresiva y contundente con bombardeo inicial, seguido del ataque de fuerzas terrestres apoyadas por la aviación.

⁷⁷⁰ Véase la nota 3 del lunes 25 de octubre de 1931.

⁷⁷¹ *El mundo de ayer*. Véase la nota 1 del 10 de septiembre de 1939 (p. 478).

⁷⁷² Las palabras de Zweig son premonitorias: tras abandonar Europa en julio de 1940, pese a conservar la casa de Bath, su patrimonio restante se redujo debido a las devaluaciones, fluctuaciones en el tipo de cambio, restricciones en la circulación de divisas, subidas de impuestos y expropiaciones: «Todo el dinero que tenía en Inglaterra, incluidos los títulos de valor americanos que tuve que entregar y mi patrimonio de allí, se han perdido en un noventa o en un cien por cien», confesaba en una carta a su exesposa de comienzos de octubre de 1940, *Correspondencia (1912-1942)*, trad. Joan Fontcuberta, Barcelona, Acantilado, 2018, pp. 419 y ss.

⁷⁷³ Probablemente, su biografía de Balzac, proyecto que había retomado en Bath y que abandonó al partir de Europa. El libro quedó inconcluso a la muerte del escritor, y sólo gracias a la labor de su amigo y albacea Richard Friedenthal (1896-1979) apareció publicado en Estocolmo por la editorial Bermann-Fischer en 1946.

⁷⁷⁴ Stefan Zweig quería concluir con «Wilson fracasa», dedicado al presidente estadounidense, sus *Momentos estelares de la humanidad*.

⁷⁷⁵ «National Day of Prayer», el Día Nacional de Oración, fue aprobado por Churchill poco después de su nombramiento como primer ministro.

⁷⁷⁶ El 13 de mayo de 1940 las tropas aliadas, con apoyo de las fuerzas navales, atacaron la ciudad noruega de Narvik ocupada por los alemanes y la conquistaron el 28 de mayo. No obstante, el 24 de mayo el gabinete británico ya había decidido en secreto abandonar la empresa de Noruega previendo la inminente llegada de refuerzos alemanes y, sobre todo, dado el avance del Ejército alemán en Francia. Entre el 4 y el 8 de junio los aliados evacuaron a sus tropas y Noruega quedó en manos de los alemanes hasta el final de la contienda.

⁷⁷⁷ Véase la nota del 21 de septiembre de 1939.

⁷⁷⁸ Rosemount, su casa de Bath. Véase la entrada del 6 de septiembre de 1939.

⁷⁷⁹ Emil Ludwig viajó a Estados Unidos (vía Londres) para dar diversas conferencias por invitación de universidades estadounidenses y permaneció allí hasta 1945. Acabada la guerra, la familia Ludwig regresó a Suiza, donde el escritor había vivido desde 1906.

⁷⁸⁰ La obra del escritor germano-británico Martin Beheim-Schwarzbach, publicada bajo el pseudónimo Ulrich Volkmann, *Die preußische Revolution*, Estocolmo, Bermann-Fischer, 1940.

⁷⁸¹ El conservador Maurice Harold Macmillan (1894-1986) en 1939; y sir John Charles Walsham Reith (1889-1971) a principios de enero de 1940, a quien sucedió Duff Cooper en abril.

⁷⁸² Zweig vendió la mayor parte de los autógrafos y dibujos de su importante colección, mientras que la correspondencia con escritores célebres le legó a la Jewish National Library de Jerusalén.

⁷⁸³ Italia entró en la guerra el 10 de junio de 1940. A mediados de agosto, las tropas italianas conquistaron la Somalilandia Británica, lo que dio lugar a las luchas de las potencias del Eje contra los Aliados en el norte de África.

⁷⁸⁴ «El descubrimiento de El Dorado. J. A. Suter, California. Enero de 1948», en: *Momentos estelares de la humanidad*, trad. Ber-

ta Vias Mahou, Barcelona, Acantilado, 2002, pp. 169-179.

⁷⁸⁵ *The Tide of Fortune. Twelve Historical Miniatures*, trad. Eden y Cedar Paul, Londres, Cassell, 1940.

⁷⁸⁶ Véase la nota 3 del 25 de octubre de 1931.

⁷⁸⁷ Véase la nota del 15 de octubre de 1918.

⁷⁸⁸ El escritor inglés residía en Widcombe Manor, mansión georgiana situada en Widcombe, Bath.

⁷⁸⁹ Friderike logró abandonar París tres días antes de la ocupación alemana.

⁷⁹⁰ Zweig viajó a París del 10 al 29 de abril de 1940 para investigar sobre Balzac e impartir dos conferencias: *Pour ceux qui ne peuvent pas parler* ('Para quienes no pueden hablar'), retransmitida por Radio Paris el 24 de abril; y *La Vienne d'hier* ('La Viena de ayer'), la última que daría en Europa, el 26 de abril en el teatro Marigny.

⁷⁹¹ Probablemente, la abreviatura de «*not born subject*», aplicable a los no nacidos en territorio británico. Tradicionalmente, el derecho consuetudinario inglés distinguía entre: *not born subjects*, *denizen*, *alien friends* y *alien enemies*.

⁷⁹² Compañía naviera británica con la que navegaron Stefan y Lotte Zweig rumbo a Nueva York tras embarcar en Liverpool el 25 de julio de 1940.

⁷⁹³ Tanto Stefan Zweig como su esposa Lotte habían conseguido la nacionalidad británica el 15 de marzo de 1940.

⁷⁹⁴ Eisemann posiblemente ofreció la colección de autógrafos de Stefan Zweig a la casa de subastas Sotheby's.

⁷⁹⁵ Probablemente, E. Wilmot, contable y asesor fiscal de Stefan Zweig en el bufete de abogados Binder, Hamlyn & Co. en Londres.

⁷⁹⁶ Probablemente, el jardinero de la casa Rosemount de Bath.

⁷⁹⁷ Stefan y Lotte Zweig partieron en la fecha prevista, el martes 25 de junio de 1940, en el trasatlántico *Schytia* desde Li-

verpool con destino a Nueva York, donde permanecieron hasta el 8 de agosto. Ese día se embarcaron hacia Brasil en el trasatlántico *Argentina*, y arribaron a Río de Janeiro el 21 de agosto de 1940.

⁷⁹⁸ En la edición española se han corregido errores ortográficos en nombres propios y completado abreviaturas. (*N. del E.*).

ÍNDICE

DIARIOS	1
MEMORIAL ZWEIG	6
DIARIO DE SEPTIEMBRE DE 1912 A PRIMAVERA DE 1914 (PARÍS)	28
DIARIO DEL PRIMER AÑO DE GUERRA, 1914	100
DIARIO DEL SEGUNDO AÑO DE GUERRA, 1915	182
DIARIO DE SUIZA	272
DIARIO DE SUIZA	322
DIARIO DE 1931	350
APUNTES DE NUEVA YORK	369
DIARIO DEL 27 DE SEPTIEMBRE DE 1935	388
VIAJE A BRASIL	396
DIARIO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL	415
CUADERNO DE LA GUERRA, 1940	434
SOBRE LOS MANUSCRITOS ORIGINALES	455
ÍNDICE DE OBRAS	457
ÍNDICE ONOMÁSTICO	465
NOTAS	513